

PETER HEATHER

RESTAURACIÓN DE ROMA

CRÍTICA

Primera edición: noviembre de 2013

La restauración de Roma Peter Heather

Título original: The Restauration of Rome

© Peter Heather, 2013

© de la traducción, Silvia Furió, 2013

© Editorial Planeta S. A., 2013 Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

- © del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2013
- © de la imagen de la portada, Giraudon/ Bridgeman Art Library www.planetadelibros.com

First published 2013 by Macmillan, an imprint of Pan Macmillan, a division of Macmillan Publishers Limited.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-9892-648-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor igual

www.victorigual.com

ÍNDICE

Portada

Dedicatoria

Lista de ilustraciones

Lista de mapas y figuras

Prólogo

Parte I: «UNA COPIA DEL ÚNICO IMPERIO»

- 1. Gens purpura
- 2. Un filósofo de púrpura

Parte II: «EL CONQUISTADOR DE MUCHAS NACIONES»

- 3. «Por la autoridad de Dios»
- 4. Rumbo a Bizancio

Parte III: EL PADRE DE EUROPA

- 5. Navidad, 800
- 6. «El centro no puede resistir»

Parte IV: SEGUNDA VENIDA

- 7. Carlos el Grande y León el papa
- 8. Habemus papam: despegue papal

Epílogo. El padrino (parte III)

Abreviaturas

Fuentes primarias

Bibliografía

Agradecimientos

Ilustraciones

Notas

Créditos

Para Anita Holm Sawyer

LISTA DE ILUSTRACIONES

- 1. Mosaico de Teodorico de San Apolinar Nuevo en Ravena. (Bridgeman)
- 2. Broches con forma de águila del tesoro de Apahida. (Bridgeman)
 - 3. Moneda del emperador Zenón. (Bridgeman)
 - 4. El emperador Anastasio retratado en marfil. (AKG)
 - 5. Murallas de Constantinopla. (Bridgeman)
- 6. Mosaico del palacio de Teodorico de San Apolinar Nuevo. (AKG)
- 7. Mausoleo de Teodorico, según los modelos imperiales romanos, en Ravena. (AKG)
- 8. Teodorico en el medallón de Senigallia. (Bridgeman)
- 9. Bautismo de Cristo del baptisterio llamado de los arrianos en Ravena. (Bridgeman)
- 10. Justiniano y su corte en el famoso mosaico de la iglesia de San Vitale en Ravena. (Bridgeman)
 - 11. Teodora retratada en San Vitale. (Bridegman)
 - 12. La gran iglesia de Justiniano de Santa Sofía en

Estambul. (Bridgeman)

- 13. Puerto de Cartago, capital del reino vándalo de África del Norte. (Bridgeman)
 - 14. El Corpus Iuris Civilis. (Bridgeman)
 - 15. La Corona de hierro de Lombardía. (Bridgeman)
- 16. Relicario de Carlomagno en Aquisgrán. (Bridgeman)
- 17. Una copia del famoso mosaico del papa León, que muestra a Carlomagno y al papa como subordinados de san Pedro. (AKG)
 - 18. Coronación de Luis el Piadoso. (AKG)
 - 19. Carlos el Calvo. (AKG)
- 20. El libro de Josué del Evangelio de Carlos el Calvo. (AKG)
 - 21. Minúscula carolingia. (Bridgeman)
 - 22. Plano de San Galo. (©Stiftsbibliothek)
 - 23. Juicio del papa Formoso. (Bridgeman)
- 24. León IX: el más grande de los papas bárbaros y el patriarca de Constantinopla. (Alamy)
 - 25. Muerte de León IX. (Alamy)
- 26. El emperador Enrique IV y la condesa Matilde. (Bridgeman)
 - 27. El *Decretum* de Graciano. (Bridgeman)
 - 28. La vieja iglesia de San Pedro en Roma. (Bridgeman)
 - 29. El papa Inocencio III. (Bridgeman)

LISTA DE MAPAS Y FIGURAS

- Genealogía Amal
- 2. Constantinopla en el siglo v
- 3. Los godos de Teodorico en los Balcanes romanoorientales
 - 4. Imperio Occidental de Teodorico *c* 511
 - 5. Justiniana Prima/Caričingrad
 - 6. Roma oriental y Persia en el siglo VI
 - 7. Centro ceremonial de Constantinopla
 - 8. Conquista de África del Norte
 - 9. Conquista de Italia
 - 10. Auge de los ávaros
 - 11. Auge de los francos
 - 12. Auge de los carolingios
 - 13. Italia en el siglo VIII
- 14. Divisiones carolingias del siglo IX con una comparación del siglo VI
- 15. Principales unidades políticas autónomas de la cristiandad latina c. 1000

16. Centros intelectuales carolingios

PRÓLOGO

En torno al 4 de septiembre de 476, un veterano oficial del ejército romano de Italia llamado Odoacro arrestó y ejecutó al tío del emperador reinante de Occidente, Rómulo, conocido con el nombre de «Augústulo»: el pequeño Augusto. Siete días antes, Odoacro había hecho lo mismo con su padre. El propio emperador no era más que un niño y su padre y su tío gobernaban el imperio. Una vez en el poder, Odoacro fue razonablemente compasivo. Rómulo fue enviado a una propiedad en Campania donde pasaría el resto de sus días. Aunque lo más significativo para el curso de la historia de Europa fue que Odoacro convenció al Senado de Roma para que enviase una embajada al emperador de Oriente, Zenón, en Constantinopla. En ella declaraba que

no había necesidad de un gobierno dividido y que un único emperador compartido era suficiente para ambos territorios [el imperio occidental y el oriental].

No tardó en salir otra embajada hacia Constantinopla con la vestimenta imperial de Occidente, incluidas la capa y la diadema imperiales, distintivos que habían de ser portados únicamente por el emperador, pues de lo contrario se consideraba una traición. A pesar de que mantuvo la ficción de la soberanía imperial de Zenón, Odoacro no tenía la menor intención de permitir que Constantinopla interviniera en los asuntos del estado que ahora gobernaba, ubicado en Italia. Las dos embajadas de Odoacro terminaron con la tradición imperial con sede en Roma que se había prolongado durante casi 750 años.[1]

El derrocamiento de Rómulo Augústulo por parte de Odoacro no fue más que un golpe de gracia. La mitad occidental del imperio romano había sido erradicada progresivamente a lo largo de las tres generaciones políticas anteriores, mientras se operaba una notoria revolución en el equilibrio del poder estratégico en los extensos territorios europeos. Aparte de algunos éxitos muy tempranos, como la conquista de Sicilia en el siglo III a. C., el grueso del imperio romano se había obtenido durante los dos siglos anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo. Aquella era una época en la que la Europa no mediterránea estaba subdividida en tres amplias regiones geográficas: oeste y sur, centro-norte, y norte y este. Cada una de ellas albergaba sociedades humanas que niveles de desarrollo sorprendentemente en diferentes. Los niveles de producción de alimentos, densidad de población, complejidad económica, tamaño asentamientos y escalas de organización política eran muy superiores en la Europa de la cultura La Tène al oeste y al sur, y caían drásticamente a medida que se avanzaba hacia el este y el norte a través de las otras dos zonas. Durante estos doscientos años fundamentales de construcción del imperio, los mediterráneos de Roma proporcionaron territorios

suficientes recursos económicos y demográficos, junto con una formidable organización militar, para conquistar el resto de tierras europeas que valía la pena conquistar. En la práctica, solo el oeste y el sur ofrecían una buena facturación tras la conquista y el suficiente botín de guerra para justificar grandes campañas en las que las garras de las legiones solo se detenían en las lejanas fronteras.

No obstante, siendo la ambición humana la que es, también se llevaron a cabo grandes esfuerzos por someter a territorios de la zona central, dominados en gran parte por poblaciones de habla germánica, y generalmente se cree que la gran victoria de Arminio sobre un ejército romano en el bosque de Teutoburgo en 9 d. C. puso fin a este proceso. Sin embargo, la realidad es más prosaica. Posteriores campañas romanas destruyeron a Arminio, pero lo que finalmente indujo a Roma a permitir que su frontera fraguase en el río Rin sin tratar de ampliarla hacia el este fue la lógica de una ecuación imperial de coste-beneficio. Al inicio del primer milenio, la zona centro-norte no merecía los costes que suponía su conquista, mientras que la Europa exterior, la tercera zona al norte y este, nunca figuró en el radar imperial.

Sin embargo, a lo largo de los siguientes cuatrocientos años, un acelerado proceso de desarrollo transformó el modelo de vida de esta zona central, debido sobre todo al impulso proporcionado por la interacción con el imperio romano en todos los aspectos, desde la economía hasta los modelos políticos y culturales. A mediados del siglo IV d. C. la producción agrícola se había intensificado, la densidad de población había aumentado significativamente y las pautas económicas adquirieron una complejidad antes desconocida.

La capacidad militar del conjunto de la región también había crecido considerablemente, en particular gracias a la adopción del armamento romano, y sus estructuras políticas eran mucho más robustas. Fue imposible construir grandes estados duraderos en la región porque las subestructuras económicas y administrativas todavía no podían sustentar complejas superestructuras políticas para que Roma, en términos generales, mantuviese el control estratégico global. No obstante, en el siglo IV d. C., el imperio tuvo que garantizar la seguridad de su frontera mediante una escrupulosa alternancia de palo y zanahoria que le permitiese controlar una serie de estados clientes de tamaño medio razonablemente duraderos que ahora ocupaban cada centímetro de espacio al otro lado de la frontera. El viejo orden de la zona centro, habitada por sociedades tribales dispersas por el territorio, había desaparecido. Es posible que estos clientes no amenazasen la existencia del imperio en general, pero sin duda tenían suficiente capacidad política y militar como para elaborar sus propias agendas políticas a medio y largo plazo. Y en cuanto se presentaban las condiciones favorables, normalmente cuando Roma estaba en guerra con Persia, podían incluso eludir los aspectos más intrusivos del dominio imperial romano, que adoptaba la forma de incesantes demandas de efectivos militares, alimentos, materias primas y, en ocasiones, incluso la petición de que se permitiese actuar libremente a los misioneros cristianos. A pesar de que la transformada zona centro-norte seguía demasiado dividida para suponer una amenaza general, gran parte de su ventaja demográfica y económica original, que había permitido la existencia del imperio europeo de Roma medio milenio antes, había quedado socavada por estos revolucionarios procesos de desarrollo que se habían desplegado en el intervalo.[2]

Mi padre fue un experto en explosivos, y se pasó gran parte de su vida entre sustancias peligrosas. Un principio fundamental de seguridad que aprendió enseguida en su adiestramiento fue que en cualquier parte la actividad humana creaba una atmósfera inflamable: «Dios —es decir, un accidente u otro— proporcionaría la chispa». En otras palabras, la seguridad tenía que centrarse en prevenir la creación de condiciones inflamables, puesto que protegerse de las chispas era totalmente imposible. En el caso de la historia de Europa, la transformación fundamental de la vieja zona centro-norte creó una potencial situación política altamente inflamable, por lo menos en lo relativo al futuro del imperialismo romano a largo plazo, y la chispa acabó llegando en forma de los hunos. Reventaron en los extremos de Europa en dos fases durante el último cuarto del siglo IV y empujaron a dos grandes bloques mixtos de antiguos clientes romanos desde la transformada región centro-norte (junto con algunos otros grupos de lugares más lejanos) al territorio imperial en dos oleadas muy diferenciadas: la primera en 375-380 d. C., y la segunda un cuarto de siglo después, en 405-410. El primero de estos momentos coincidió con la ocupación por parte de los hunos de las tierras al norte del mar Negro, y el segundo, con toda probabilidad, con su posterior penetración en dirección oeste en la gran llanura húngara. Enfrentados a la (natural) hostilidad romana que o bien mató o bien redujo a la esclavitud a gran número de los atrapados en estos movimientos, los supervivientes de ambos grupos migratorios (muchos de los participantes originales habían caído por el camino), ya a finales de la década de 410, se habían reorganizado en dos nuevos grupos compuestos en suelo romano occidental. Estos eran mucho más numerosos y coherentes que cualquiera de los agrupamientos que hasta entonces se habían asentado al otro lado de la frontera en el siglo IV: las coaliciones de los visigodos y los vándalos y alanos. Cada una de ellas estaba formada por lo menos por tres *importantes fuentes* de efectivos militares, independientes, y ambas habían desarrollado estructuras de liderazgo más centralizadas. Habían crecido en tamaño para sobrevivir a los contraataques de los romanos, y la mayor riqueza del mundo de los romanos, comparada con la que había más allá de la frontera, hizo posible que las nuevas dinastías pudieran movilizar los suficientes recursos para mantenerse en el poder.

No obstante, a pesar de que la motivación inicial se centraba básicamente en huir de la depredación de los hunos, siempre tuvieron en mente beneficiarse también de la riqueza romana, y su llegada a suelo imperial deterioró materialmente la capacidad de supervivencia del imperio. Fundamentalmente, el imperio funcionaba mediante la imposición de tasas a la producción agrícola para sufragar a su ejército profesional y otras estructuras gubernamentales. Cuando estas coaliciones de nuevos inmigrantes forzaron al Imperio de Occidente a reconocer su ocupación de partes de sus territorios, los ingresos del imperio se vieron reducidos de forma significativa, y, por extensión directa, el tamaño de los ejércitos que podía mantener. Ante esta situación, otros extranjeros no amenazados de forma directa por los hunos, como los intrusos anglosajones en el sur de Britania, se apresuraron a sacar

tajada de la reducción política y militar que la disminución de los ingresos había provocado. En particular, el imperio occidental se encontró atrapado en un círculo vicioso después de que en 439 la coalición de vándalos y alanos capturara las provincias más ricas del imperio en el norte de África. Menos tropas significaba más pérdidas de territorio tanto a manos de los grupos invasores originales (visigodos y vándalos y alanos), como a manos de los nuevos (los francos), a los que el declive militar del imperio alentó a unirse a estos agrupamientos.

El golpe de Odoacro administró la extremaunción a esta saga de desintegración imperial. Formaba parte de un último grupo de refugiados procedentes de la vieja zona centro-norte que se abrieron camino en suelo romano a consecuencia de las luchas intestinas que siguieron al derrumbe del imperio húnico de Atila en el centro de Europa a finales de la década de 450 y en la de los años 460. Príncipe de los escirios e hijo de uno de los principales seguidores de Atila, se vio obligado a trasladarse a Italia cuando la posición independiente de su grupo quedó destruida. El descontento militar del que se aprovechó para tramar su golpe de estado se debía a una escasez de fondos en Italia para pagar a los soldados, a los que llevó a la revuelta. Dicha escasez era resultado directo de la pérdida de ingresos procedentes de los impuestos de las provincias a medida que iban cayendo bajo dominio de los invasores, el proceso que constituye la columna vertebral de la narración de la historia romana occidental del siglo v. El flujo de fondos para mantener al ejército romano de Italia fue mermando progresivamente y Odoacro estaba allí para aprovecharse de la agitación resultante. La chispa proporcionada por los hunos desencadenó una explosión estratégica que empujó la suficiente fuerza

militar de la transformada Europa del centro-norte a suelo romano para socavar el control que el Imperio de Occidente ejercía en su territorio.[3]

Nuevos gobernantes a la cabeza de cuerpos militares razonablemente coherentes desde el punto de vista político, cuyo recuerdo de sus orígenes más allá de la frontera imperial estaba todavía presente, eran ahora los dueños del grueso del viejo oeste romano. Junto a Odoacro, los reyes anglosajones controlaban la mayor parte del centro y sur de Britania, sus homólogos francos gobernaban el norte y el este de la Galia, los monarcas visigodos controlaban el suroeste de la Galia e Hispania, los dinastas burgundios el valle del Ródano, y las tierras más ricas de África del Norte romana estaban en manos de la dinastía de los vándalos asdingos (Figura 4). Grupos procedentes de la vieja zona centro-norte de Europa, tal como estaba al nacimiento de Cristo, generaron una gran revolución en suelo romano, reemplazando al viejo imperio monolítico por una serie de estados sucesores.

Más o menos en el siglo posterior a 476 se produjo una revolución igualmente profunda, aunque mucho menos documentada, en la zona central, que dio protagonismo a grupos de habla eslava procedentes de la vieja zona del norte y este en gran parte de la Europa oriental y central. Esta historia adyacente no se puede reconstruir al detalle, aunque se han conservado suficientes indicios que confirman que la creación de la Europa eslava fue el resultado añadido de una serie de complejos e interminables procesos, más que de una repentina revolución. Sin embargo, lo que sí es claro y diáfano es que el desmantelamiento del Imperio Romano de Occidente ha de considerarse como parte de un reajuste total de los equilibrios

europeos predominantes en cuanto a poder estratégico, equivalente al tipo de procesos que se producen en nuestra propia era, a medida que se van definiendo las consecuencias políticas regionales y globales de la expansión masiva de las economías asiáticas, sureñas y de Oriente Próximo.[4]

No obstante, en medio de toda esta reestructuración, el concepto romano de imperio no solo persistió, sino que resultó sorprendentemente duradero. Tras medio milenio de asombrosa existencia (el imperio británico en el momento de su máxima extensión duró, en comparación, menos de un siglo), quizás no resulte tan sorprendente. El superestado romano occidental puede que desapareciera, pero en muchos lugares (aunque no en todos) de su viejo territorio, las poblaciones romanas provinciales habían sobrevivido al eclipse del imperio con sus estructuras sociales, legales y culturales intactas. En el seno de estos agrupamientos, las ideas romanas e incluso algunas instituciones administrativas seguían vivas y coleando. Por otro lado, tampoco los invasores que habían destruido el imperio eran implacablemente hostiles a todo lo romano. Muchos eran sus antiguos clientes fronterizos, y no habían montado sus absorciones individuales de parcelas de territorio romano bajo la bandera de una cruzada ideológica contra el imperialismo. Estaban acostumbrados desde hacía tiempo a operar en el seno de un marco romano dominante, y los nuevos liderazgos de los estados sucesores en particular vieron la utilidad de las estructuras de gobierno, sociedad y cultura romanas cuando se pusieron a crear un nuevo orden a partir del caos del derrumbe.

Recogiendo la historia a partir de la funesta embajada de Odoacro que entregó la vestimenta imperial occidental a Constantinopla, esta secuela de La caída del Imperio Romano narra la historia de tres grandes pretendientes que trataron de resucitar la herencia romana en la Europa occidental: Teodorico, Justiniano y Carlomagno. Los tres tuvieron un éxito sorprendente. Con antecedentes completamente distintos, consiguieron recuperar lo suficiente del viejo Occidente romano para reivindicar de forma creíble el título imperial de Occidente.

incluso mientras desarrollaban sus extraordinarias carreras, las formas de vida humana generales del continente europeo siguieron alejándose del modelo de tres velocidades que lo había caracterizado en el nacimiento de Cristo. Por consiguiente, por más éxito que tuviera cada uno de estos pretendientes, las circunstancias de la segunda mitad del primer milenio d. C. militaron contra la posibilidad de sustentar una estructura imperial duradera a escala de la que el viejo imperio occidental había administrado durante gran parte de los quinientos años anteriores. Al final, una estable del poder imperial restauración verdaderamente romana resultó posible solo cuando sangre fresca, procedente de una parte de Europa que los romanos consideraban totalmente bárbara, utilizó las herramientas imperiales romanas para generar una clase de imperio completamente nueva. Con la reinvención del papado en el siglo XI, los bárbaros de Europa encontraron los medios para establecer un nuevo imperio romano que dura desde hace mil años.

Parte I

«UNA COPIA DEL ÚNICO IMPERIO»

Capítulo 1

GENS PURPURA

En torno a 507, el gobernante de Italia, Teodorico el godo, escribió a Anastasio, emperador romano oriental en Constantinopla:

Sois el ornamento más hermoso de todos los reinos; sois la defensa saludable del mundo entero, a la que los demás dirigentes admiran con legítima reverencia, porque saben que en vos hay algo distinto de los demás: nosotros sobre todo, que con la ayuda Divina aprendimos en vuestra República [Constantinopla: Teodorico pasó diez años en esta ciudad cuando era niño] el arte de gobernar a los romanos con equidad. Nuestra realeza es una imitación de la vuestra, modelada según vuestros buenos propósitos, una copia del único imperio; y en la medida en que os seguimos, aventajamos a todas las demás naciones.

Una carta extraordinaria. Para los romanos de cualquier época, Teodorico solo podía ser considerado un bárbaro. Sin embargo, aquí tenemos a un rey godo que proclama estar copiando los ideales romanos. Esto es tan famoso como extraordinario, y como es lógico, ha sido citado a menudo como muestra del constante dominio psicológico ejercido por Roma una generación después de la última entronización de un emperador occidental con el color púrpura.

No obstante, si se mira con más detenimiento, muestra

mucho más que esto. Al igual que muchas cartas diplomáticas escritas en cualquier época de la historia de la humanidad, está redactada siguiendo una especie de código que transmite cuidadosamente todo su significado mediante una serie de convenciones entendidas perfectamente por ambas partes originales de la correspondencia. En este caso, la clave la proporcionan las acostumbradas reivindicaciones ideológicas que sustentaban la comprensión del propio estado imperial romano. Las ideologías romanas aseguraban que la existencia del imperio estaba tan íntimamente vinculada a los planes de la divinidad caritativa para conducir a la humanidad a su máximo potencial posible que en realidad era el poder divino providencial el que le había dado la existencia y, por consiguiente, lo respaldaba. Siendo la extensión de un conjunto de ideas que se había articulado rigurosamente para los autoengrandecidos y profundamente no cristianos sucesores de Alejandro Magno (y por ello a menudo calificado de realeza helenística), requirió pocas alteraciones cuando el emperador Constantino declaró su adhesión al cristianismo. La afirmación del apoyo divino para una misión ordenada por una divinidad siempre fue constante: la deidad que proporcionaba dicho apoyo simplemente se identificó con el Dios cristiano, y el propósito de la misión se reajustó a la difusión del Evangelio cristiano.

Interpretadas en relación a esta ideología, las observaciones de Teodorico resultan mucho menos deferenciales. La expresión crucial es «ayuda Divina» (auxilio divino). Al emplearla, el godo dejaba claro a Anastasio que, en su opinión evidentemente (nadie sabe lo que pensó el emperador oriental cuando se lo leyeron, aunque se podría aventurar una

suposición), la capacidad de Teodorico para regir Italia como un auténtico gobernante romano no era producto de la casualidad ni de sus capacidades personales perfeccionadas por los diez años de observación de la romanidad en acción Constantinopla (aunque esto influyó), fundamentalmente de la intervención directa de Dios. La plataforma central de la ideología del estado romano era la afirmación de que el imperio existía porque constituía la clave del plan divino para la humanidad. La alegación paralela de Teodorico de que la divinidad respaldaba su propia capacidad de gobernar de forma auténticamente romana equivalía a la declaración de que él, junto con el reino que gobernaba, eran tan legítimamente «romanos», es decir, decretados por la divinidad, como el propio imperio oriental. Como se evidencia en esta carta, la romanidad de Teodorico no provenía indirectamente del imperio oriental, sino directamente de Dios. ¿Quién era aquel godo engreído que hacía aquellas extraordinarias declaraciones, y qué había en aquella aseveración de su propia romanidad?[1]

«GETICA»

La primera imagen que se ha conservado del joven Teodorico es la de un muchacho de siete u ocho años enviado como rehén a la gran capital del Imperio Romano de Oriente: Constantinopla. Era el año 461, más o menos, y a pesar de ser tan joven, Teodorico tenía un importante papel que desempeñar. Su tío acababa de cerrar un acuerdo diplomático

con el entonces emperador oriental León, a consecuencia del cual se le concedía ayuda extranjera, o una subvención, llámesele como se quiera, de aproximadamente trescientas libras de peso en oro al año. A cambio, el joven Teodorico fue enviado a Constantinopla como encarnación física de una de las cláusulas de seguridad del acuerdo. Todo esto era pura rutina. Desde tiempos inmemoriales, Roma había exigido rehenes de alto rango como garantía del cumplimiento de los tratados.[2]

La imagen proviene del Origen y hazañas de los godos o Getica, de un tal Jordanes, compuesta en Constantinopla en torno al año 550, un texto que ha desempeñado un papel prominente en la moderna comprensión de quién fue en realidad aquel niño. Más tarde, cuando ya estaba asentado en el trono de Italia, a Teodorico le gustaba (especialmente a los soberanos extranjeros) que pertenecía a una dinastía purpurada única (es decir, imperial): una gens purpura. Su propia legitimidad surgía del hecho de que miembros de su familia habían gobernado a los godos sin oposición durante diecisiete generaciones en el momento en que el poder cayó en manos de su nieto y sucesor Atalarico en la década de 520. La Getica de Jordanes se ha utilizado como importante soporte narrativo para esta afirmación, puesto que el texto no solo incluye una genealogía completa de la familia Amal de Teodorico (Figura 1), sino también una variedad de historias acerca de algunos de sus miembros más distinguidos.[3]

No obstante, antes de asumir la totalidad de esta visión, es importante analizar más de cerca sus fuentes. Una de las principales, como afirma Jordanes en su prefacio y como confirma una comparación más amplia con otros escritos que se han conservado del autor, era una historia de los godos hoy perdida escrita por el senador romano Casiodoro, a quien volveremos a encontrar en el siguiente capítulo. Jordanes nos cuenta que solo tuvo acceso a la Historia Gothorum de Casiodoro durante tres días, pero lo verdaderamente importante es que Casiodoro tenía información privilegiada en la corte de Teodorico y compuso su historia mientras servía al rey. Con esto, evidentemente, queda socavada la afirmación de que Jordanes proporciona confirmación independiente del estatus real único de la familia Amal, puesto que tanto las declaraciones de Teodorico como el respaldo histórico de la Getica derivan en última instancia del mismo contexto: la corte del propio Teodorico.[4] Una vez reconocido esto y tras investigar un poco más en las fuentes, enseguida surge la posibilidad de arrojar un poco más de luz sobre la verdadera historia familiar del joven Teodorico el Amal, cuyo caballo entró a paso lento en Constantinopla a comienzos de la década de 460. No cabe duda de que pertenecía a una familia bastante importante, pues de lo contrario, y para empezar, no hubiera sido enviado a Constantinopla como rehén. No obstante, aquella grandeza era más reciente y a la vez más limitada de lo que después pretendería Teodorico.

Su padre era el mediano de tres hermanos, Valamer, Tiudimer y Vithimer por orden de nacimiento, que aparecen en fuentes razonablemente fiables como líderes a finales de la década de 450 de un considerable grupo de godos que anteriormente había estado subordinado, durante varias décadas, al imperio húnico de Atila, cuya carrera de terror en

la década de 440 se había extendido desde las murallas de Constantinopla hasta las afueras de París. La visión tradicional de la familia Amal, que desciende directamente de la clase de información que Teodorico tendía a difundir en Italia, es que había gobernado a la mitad de todos los pueblos godos, es decir a los ostrogodos o a los «godos orientales», por lo menos desde mediados del siglo III d. C. A la otra mitad se convencionalmente visigodos denomina occidentales»), cuya historia se considera en gran medida separada de la de sus primos dominados por los Amal, a partir también del siglo III. Sin embargo, todo esto es una fantasía generada directamente por la propaganda del propio Teodorico. La grandeza de la dinastía Amal, anterior a los espectaculares éxitos acaecidos durante la vida de Teodorico, era mucho más limitada que la imagen que los modernos comentaristas han hecho surgir a raíz de las posteriores pretensiones del rey.

En primer lugar, los godos que quedaron en la Europa central y oriental en torno al año 463 distaban mucho de estar unidos. Aparte de los godos dirigidos por el padre y dos tíos de Teodorico, asentados en algún lugar de la vieja provincia romana de Panonia alrededor de lo que hoy es el lago Balatón, en la moderna Hungría, había otro grupo numeroso de aliados godos que vivía mediante tratado en el territorio romano oriental de Tracia. Encontramos un tercer grupo moderadamente extenso todavía bajo dominio de los hunos (donde los hallamos hasta 467) y otros dos grupos godos más separados, aunque al parecer más pequeños, en Crimea y en la costa oriental del mar de Azov. Por supuesto, los números no son exactos, pero como mucho, la familia Amal pudo

haber dirigido solo una cuarta parte aproximadamente de los godos de la Europa central y oriental que conocemos cuando el poder de los hunos se desmoronó. Esto no tiene en cuenta la posibilidad perfectamente real de que pudiera haber otros grupos de godos de los que no sabemos absolutamente nada. [5]

Asimismo, el indiscutible gobierno de los hermanos Amal sobre los godos panonios fue una creación reciente. Un fragmento de narración mal interpretado de la Getica sorprende a la pretendida grandeza de Amal con las manos en la caja registradora de la historia. Lo que describe este pasaje no son, como se piensa, algunos de los éxitos de una conquista húnica de los godos (que atribuye a Valamer), sino los comienzos de la carrera del tío de Teodorico, el propio Valamer. El cuadro es electrizante. Lejos de ser el último de una larga lista de reyes ejerciendo un dominio indiscutido sobre la mitad de los godos, muestra a Valamer abriéndose camino a codazos hacia la cabeza de un grupo de líderes godos aliados en la guerra. Empieza matando personalmente a un tal Vinitario y casándose con la nieta de la víctima, Vadamerca. Al mismo tiempo, un linaje rival compuesto por un padre (Hunimundo), dos hermanos (Torsimundo y Gensimund) y un nieto (el hijo de Torsimundo, Veremundo) fue eliminado a conciencia. Tras varias muertes de la anterior generación, Gensimund decidió aceptar lo inevitable y renunció admitiendo la autoridad de Valamer, mientras que Veremundo se trasladó con sus seguidores personales hacia el oeste apartándose de la competencia. La prominencia de Valamer y sus hermanos a finales de la década de 450, incluso sobre los godos panonios, fue resultado de cruentas luchas de múltiples rivales entre sí, todos ellos probablemente surgidos a partir de la muerte de Atila en 453, puesto que las técnicas de administración de este último en general no toleraban la existencia de dirigentes superpoderosos entre sus pueblos súbditos.[6]

En realidad, lo que hace este material es convertir la dinastía Amal en una bonita historia familiar del siglo v. Para ser el líder indiscutido de un gran grupo de guerreros se requerían fuertes palancas de poder. Hay muchas variaciones posibles en los detalles, pero esto siempre significaba una mezcla entrelazada de palo y zanahoria: la suficiente fuerza bruta para evitar que los potenciales adversarios volvieran las armas en contra de uno, combinada con un abundante flujo de dinero en metálico para mantener satisfecho a un buen número de soldados de a pie y líderes intermedios, en realidad para generar aquella fuerza bruta. No obstante, ambas cosas, pero sobre todo el dinero, tendían a ser relativamente escasas en las economías no complejas características del mundo más allá de las fronteras europeas de Roma antes de la llegada de los hunos. Por ejemplo, con anterioridad a 400 d. C. todo cuanto se suele encontrar en contextos arqueológicos no romanos es una modesta cantidad de plata y casi nada de oro. No es que no hubiera oro en circulación; lo que ocurría es que era demasiado valioso como para ser enterrado con el difunto o para que alguien lo perdiera con regularidad.

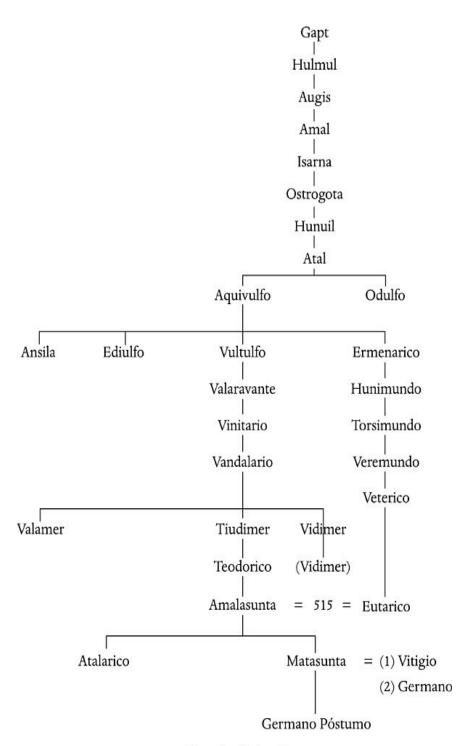
Las economías no romanas básicamente agrícolas solo producían pequeños excedentes anuales que podían sustentar solamente a un número limitado de especialistas no agricultores. Por consiguiente, tanto los guerreros

profesionales a tiempo completo como el dinero contante con el que se compraban sus servicios distaban de ser abundantes, y solo bajo circunstancias sumamente excepcionales (que en general implicaban el acceso a los fondos romanos por medios lícitos o no) podían reunir los reyes del otro lado de la frontera la suficiente fuerza militar para dominar grandes espacios geográficos. Las realezas a pequeña escala, dirigidas esencialmente por compañías de líderes guerreros, constituían el orden natural del día, no las grandes dinastías imperiales; las grandes hegemonías tendían a ser predominantemente temporales, limitadas al período de vida de líderes especialmente efectivos.

El auge y caída del imperio húnico de Atila alteró esta situación de dos maneras fundamentales. En primer lugar, hubo una explosión de oro en el mundo no romano más allá de la frontera, en especial en el corazón de las tierras del Danubio medio de los hunos. La riqueza mueble romana fue el objetivo central de las campañas de los hunos, tanto si se la llevaban como botín como si era en forma de subvenciones anuales que aumentaban con cada victoria de los hunos hasta un máximo de 2.000 libras de peso por año. Esto no solo queda patente en los textos, sino que también se refleja en la arqueología, donde la nueva riqueza de la era húnica se pone de manifiesto en gran número de enterramientos ricos en oro. Por lo tanto, cuando la hegemonía húnica empezó a desmoronarse a mediados de la década de 450, había una abundancia de riqueza suficiente para generar una intensa competencia entre líderes rivales, como el tío de Teodorico y sus adversarios, que habían conformado el liderazgo de segundo rango del imperio, y para mantener a corto plazo las

grandes estructuras políticas que sus conflictos tendían a crear.

En segundo lugar, incluso después de que las cosas se descarriaran a mediados de la década de 450, el efecto general del período húnico —el producto combinado de las victorias de Atila y la mayor concentración de efectivos militares que había reunido para conseguirlas— cambiaría el equilibrio estratégico de poder a largo plazo en la frontera del Danubio, lejos del imperio romano. Las autoridades imperiales de Oriente y Occidente tenían ahora que lidiar con fuerzas vecinas mucho más numerosas y militarmente más efectivas. Esto significaba que las nuevas potencias que se formaron en torno a figuras como Valamer en la década de 450 eran capaces de conservar por sus propios méritos (o no) el acceso a la riqueza de Roma mediante una combinación de traslados a superficies de territorio anteriormente romano que todavía tenían economías más desarrolladas que cualquier otro lugar más allá de la frontera, y estableciendo relaciones políticas con el estado romano que implicaban el pago de subsidios. Cuando el poder de los hunos empezó a ceder, cosa que hizo sorprendentemente rápido en la década posterior a la muerte de Atila, y se eliminó el freno impuesto a la centralización política entre grupos súbditos como los godos, rápidamente se formaron nuevos agrupamientos militarmente efectivos entre los antiguos súbditos de los hunos. Aparte de pelear entre sí, empezaron a codiciar parcelas del antiguo territorio romano occidental y potenciales subsidios romanos orientales



Genealogía Amal

Valamer siguió al pie de la letra ambos elementos de esta receta para el éxito. Poco después de la eliminación de sus inmediatos rivales godos, lo encontramos en posesión de parte de la vieja provincia romana occidental de Panonia, y para obtener ayuda presionando extranjera Constantinopla. El joven Teodorico hacia trotó Constantinopla precisamente como una de las garantías del trato que a cambio enviaría 300 libras de oro al año a Valamer, una cantidad de dinero contante que le venía muy bien a la hora de convencer a los guerreros de que merecía su lealtad. De hecho, los testimonios arqueológicos dejan muy claro cómo Valamer y sus pares usaron esta riqueza para obtener apoyo político. Los restos de la Europa central posterior a los hunos arrojan una mezcla de importaciones romanas, en particular ánforas de vino y algunos ornamentos personales extremadamente valiosos para hombres y mujeres. Las fiestas y la joyería ostentosa proporcionaban una excelente fórmula para dejar la impronta del propio poder en potenciales seguidores. La correlación entre dinastas no romanos trasladándose a (o cerca de) territorio romano, y su capacidad de utilizar la riqueza romana para apuntalar su poder atrayendo a un cuerpo militar de apoyo mucho mayor del que antes se había podido reunir, había sido y seguía siendo una sólida correlación cuando el Imperio de Occidente se desmoronó en el siglo v.[7]

Encontramos dicha correlación operando, por ejemplo, entre los vándalos y los visigodos que fundaron estados sucesores de Roma, respectivamente, en África del Norte y el sur de la Galia e Hispania en la primera mitad del siglo v. Los

dos empezaron como alianzas libres de grupos separados con independientes, propios liderazgos acabaron centralizados bajo un único líder solo en suelo romano. En el caso de estos grupos, las posibilidades positivas abiertas por la mayor riqueza del mundo romano no solo facilitaron la centralización del poder, sino también que su unidad creciera en un momento en que el estado romano occidental todavía era lo bastante poderoso como para amenazar con destruirlos. El detalle histórico conservado en nuestras fuentes pone de relieve que el impulso negativo proporcionado por una amenaza romana todavía enérgica desempeñó un importante sembrar papel al los grupos originariamente en independientes, de los que ambos estaban compuestos, la voluntad de anular sus prolongadas tradiciones de separación y crear las relaciones políticas en las que se basarían los nuevos agrupamientos.

No obstante, en muchos aspectos el paralelo más próximo de la historia de los Amal nos lo proporciona la dinastía franco-merovingia, cuyo poder, al igual que el de la familia de Teodorico, fue un fenómeno sustancialmente posromano, no negociado por ninguna amenaza imperial efectiva. En este caso, la historia escrita por el obispo Gregorio de Tours en la década de 590 proporciona pelos y señales. En la era del desplome político del occidente romano, el merovingio Childerico adquirió considerable prominencia en lo que hoy es Bélgica, permitiendo que su hijo Clodoveo heredara un reino razonablemente poderoso ubicado en Tournai c. 480. La posterior trayectoria de Clodoveo amplió el dominio merovingio por toda Francia, y en grandes extensiones de territorio no romano al este del Rin. Al mismo tiempo, como

es sabido, se convirtió al catolicismo, y ambos acontecimientos le han otorgado un lugar destacado como «fundador de la nación» en los mitos de la Francia moderna. No obstante, tan importante como sus conquistas de nuevos territorios, y en mi opinión quizás la clave de estas, fue el hecho de que Clodoveo eliminara a una serie de líderes guerreros rivales y añadiera a sus filas a los enemigos supervivientes. Tal como nos cuenta Gregorio, Clodoveo aniquiló con seguridad a siete rivales. Algunos de ellos eran por lo menos parientes lejanos (también es posible que algunos de ellos despacharan a Valamer) y Gregorio cierra los capítulos con un discurso que supuestamente pronunció Clodoveo en una asamblea de los francos:

¡Qué cosa tan triste es vivir entre extraños como un peregrino solitario, y que no me quede ningún pariente para ayudarme cuando se cierne el desastre!

El comentario de Gregorio es característico de su oscuro sentido del humor:

Dijo esto no porque lamentase sus muertes, sino porque a su taimada manera todavía esperaba encontrar a algún pariente en el reino de los vivos a quien poder matar.

Si Valamer hubiera tenido la bendición de contar con un historiador de la talla de Gregorio de Tours, posiblemente habría encontrado algo similar que poner en boca del gran fundador del poder Amal. Sin duda, las trayectorias de ambos discurrieron paralelas. Pero todo esto no hace más que replantear con mayor urgencia la pregunta con la que comenzamos. ¿Cómo llegó el sobrino de un oscuro líder

guerrero godo a obtener los beneficios de un emperador romano elegido por Dios?[8]

Constantinopla

No hay constancia de lo que pensaba el joven rehén godo de su nuevo entorno ni de la ansiedad que pudo sentir, pero en 463 lo que había sido la pequeña y relativamente mediocre, aunque sin duda antigua, ciudad griega de Bizancio en el Bósforo se había transformado en una poderosa capital imperial. El proceso había durado menos de 150 años, iniciado en la década de 320, tras algunas vacilaciones, por el mismo Constantino que había convertido el cristianismo en la religión oficial del imperio. En un determinado momento, experimentando un arrebato de clasicismo, y sin duda influenciado por la vieja reivindicación romana de que su ciudad había sido fundada por los supervivientes huidos de la destrucción de Troya, el emperador había pensado reconstruir las torres sin coronar de Ilium. Las fuentes también documentan que en otro momento Constantino declaró con audacia que «Serdica [Sofía, capital de la moderna Bulgaria] es mi Roma». Sin embargo, no resultó más que otro falso comienzo, pues su elección final recayó en Bizancio, ubicada en una península estratégicamente situada para controlar el cruce del Helesponto desde Europa a Asia, y provista de abundantes fondeaderos protegidos resguardar grandes flotas, tanto en el Bósforo como en el Cuerno de Oro que serpentea por la costa oriental.

En la primera generación, la decisión de Constantino no pareció un acontecimiento trascendental. Muchas estructuras estaban a medio construir cuando murió el emperador en 337, porque tuvo problemas a la hora de convencer a los ricos terratenientes del imperio oriental para que se trasladasen a su nueva capital, y quedó también por resolver un problema fundamental de suministro de agua. Como en muchas penínsulas del litoral mediterráneo, supuso un gran esfuerzo abastecer de agua suficiente para las necesidades de los pocos miles de habitantes de Bizancio en la década de 320, por no mencionar las grandes masas de todas las clases sociales que acudían en tropel a la capital imperial, en busca de oportunidades de trabajo, distribución gratuita de alimentos y extravagantes diversiones que podían esperarse. De hecho, muchos emperadores romanos a lo largo de los años convirtieron sus ciudades favoritas en nuevas capitales que duraron quizás una o dos generaciones a lo sumo antes de que el capricho o nuevas circunstancias obligasen a otra reubicación política y administrativa.

Constantinopla fue una excepción. Dos acontecimientos políticos clave bajo el gobierno del hijo de Constantino, Constantino II, instalaron el poder político de modo permanente en el interior de sus murallas. En primer lugar, el nuevo emperador creó allí un Senado imperial para la mitad oriental del imperio romano, con la intención de igualar la grandeza de su paralelo romano. Esta vez sí se ofrecieron suficientes incentivos y un segmento representativo de ricos terratenientes del Mediterráneo oriental se trasladó a nuevas casas, deberes y honores junto al Bósforo. A partir de entonces, el Senado de Constantinopla se convirtió en la

principal audiencia política del programa imperial: los hombres a los que había que vender y justificar las políticas imperiales, y cuya permanente importancia en las provincias de las que procedían convirtieron su apoyo a las iniciativas imperiales en una condición sine qua non para el éxito de su aplicación. En segundo lugar, el siglo IV en general fue testigo de una constante expansión en tamaño de los departamentos burocráticos centrales del imperio. Esto se exactamente del mismo modo en Oriente como en Occidente. pero en la mitad oriental del imperio todos los nuevos estaban departamentos firmemente ubicados Constantinopla, aportando con ello un mayor refuerzo de personal importante y de actividades a la ciudad. Estas dos condiciones hicieron imposible ejercer un poder central efectivo desde ningún otro lugar del Mediterráneo oriental. Una vez firmemente instalado el poder central en aquel enclave, la voluntad quedó automáticamente ubicada allí también para resolver todas sus dificultades logísticas y proveer a la nueva capital del apropiado equipamiento. Por consiguiente, cuando Teodorico llegó a Constantinopla, el lodazal entre pequeño y mediano que había sido la ciudad griega había emergido de su crisálida transformado en una extraordinaria mariposa metropolitana. [9]

Procedente del noroeste, por la principal carretera militar a través de los Balcanes, el joven godo entró en la ciudad por la Puerta de Charisius. Era la más septentrional de las puertas principales que atravesaba las murallas territoriales de Teodosio que protegían la ciudad. Pocas veces ha estado una ciudad tan bien guardada. El primer obstáculo que había que cruzar era un foso de veinte metros de ancho y diez de

profundidad; a esta muralla le sucedía, a veinte metros de terreno llano baldío propicio para la matanza, la muralla exterior de dos metros de grueso en la base y de ocho metros y medio de altura, salpicada por un total de noventa y seis torres, situadas a intervalos de cincuenta y cinco metros. A continuación había otra explanada de veinte metros antes de llegar por fin a la poderosa muralla principal: cinco metros de grueso y doce de alto, reforzada con otras noventa y seis torres ubicadas entre las de la muralla exterior, de veinte metros desde la base hasta la almena. Construidas en torno a 410 d. C., y todavía visibles en gran parte en la moderna Estambul, eran tan fuertes que protegían aproximaciones por tierra a la ciudad hasta que un cañón finalmente abrió una brecha en la que, según algunas versiones, el 23 de mayo de 1453, el último emperador bizantino, Constantino XI, murió combatiendo. [10] Teodorico no tenía ningún cañón, ni él ni nadie en el siglo v, por lo tanto, a los ojos de un niño de ocho años, las fortificaciones de la ciudad debieron de producirle una sensación de poder abrumador. Debía de saber que habían resultado lo suficientemente fuertes como para mantener alejado a Atila el Huno menos de veinte años antes. El circuito de la muralla, por excelentes razones militares, estaba situado en terreno elevado, y alcanzaba su máxima altura en la parte norte, por donde entró Teodorico. Después de atravesar la puerta y la arcada, la metrópolis imperial entera se extendía ante él.

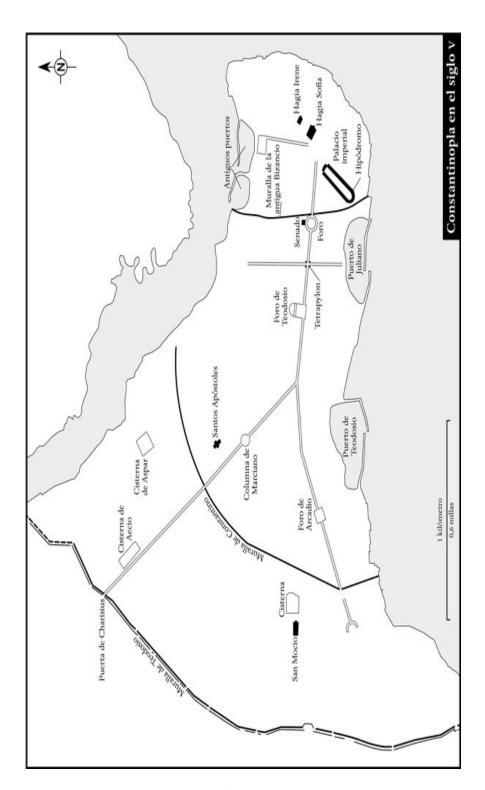
El efecto inmediato tan solo pudo ser el asombro. Teodorico acababa de entrar procedente de la llanura del Danubio medio, al oeste de los Cárpatos de la moderna Hungría, donde había pasado sus primeros seis años. En el alto período romano, aquella había sido una región fronteriza defendida, que había recibido fuertemente inversiones imperiales y gozado de gran prosperidad en los cuatro primeros años de nuestra era. Bases de legionarios salpicaban el curso del río, y, debido al poder adquisitivo de soldados, crecieron verdaderas ciudades romanas, mientras que el potencial agrícola de las tierras del interior era explotado por legionarios retirados, nuevos colonos procedentes de Italia y poblaciones nativas convertidas en romanos totalmente pagados. Como bien han demostrado múltiples excavaciones, en su momento álgido la región contaba con ciudades amuralladas, templos que fueron convertidos en catedrales con la llegada de los cristianos, teatros y anfiteatros, acueductos, redes de carreteras, estatuas, gobiernos municipales, inscripciones y villas en gran abundancia. Sin embargo, todo esto fue antes de los años de crisis del desplome del occidente romano, y aparte de un de villas fuertemente fortificadas, originariamente imperiales, que los nuevos dirigentes de aquellas tierras adaptaron a sus propósitos, a mediados del siglo v el resto estaba en ruinas. Todavía había un buen número de habitantes, y algunos vivían en los viejos enclaves, pero nadie conservaba nada de las antiguas tradiciones culturales, por consiguiente, las construcciones de piedra y las estatuas se convirtieron rápidamente en escombros, las togas se habían abandonado para siempre y la mayoría de las villas llevaban tiempo destruidas.[11]

El contraste entre las ruinas de la vieja prosperidad provincial romana y el absoluto esplendor imperial metropolitano de la Constantinopla de mediados del siglo v no podía ser mayor. Lo primero que impactó en sus sentidos fue el puro tamaño de la ciudad. Cronológicamente, las murallas de Teodosio eran el tercer conjunto de la ciudad. La antigua ciudad griega de Bizancio tenía el primer conjunto; estas circundaban una zona rectangular en el extremo de la península de unos dos kilómetros por uno y medio (Figura 2). Las murallas añadidas por Constantino en la década de 320 triplicaron el recinto cerrado, y después las del emperador Teodosio lo duplicaron otra vez. No toda la zona cerrada estaba construida, pues había extensos mercados en jardines y parques, especialmente entre los muros de Teodosio y Constantino, pero ya en 463, la ciudad típica romana tardía de unos diez mil habitantes se había convertido en la ciudad más grande del Mediterráneo, con una población estimada de más de medio millón.

Por el camino se habían resuelto enormes problemas logísticos. Parte de la solución de uno de los más acuciantes apareció a la vista de Teodorico inmediatamente a su izquierda mientras se alejaba de la puerta cabalgando. La zona entre las murallas de Teodosio y Constantino albergaba los tres enormes embalses al aire libre de la ciudad, uno de los cuales, el de Aecio, estaba junto al camino de Teodorico. Todavía pueden verse los restos (por lo menos mientras se escribe esto), cada uno albergando viviendas de aspecto provisional y un par de campos de fútbol. Estos lagos artificiales estaban complementados con más de cien cisternas subterráneas más pequeñas con una capacidad total de almacenamiento de más de un millón de metros cúbicos. Aunque esta es solo una parte de la historia del agua. Para

mantener llenos estos tanques de almacenamiento, un acueducto de 250 kilómetros salía de la ciudad serpenteando, y se abría hacia el norte y hacia el oeste para recoger el agua de las precipitaciones de las colinas tracias. Lo mismo que con el agua, la mecánica de la solución al problema de la alimentación estaba frente a los ojos de Teodorico: delante y a su izquierda estaban los dos pequeños puertos de la antigua ciudad griega, pero justo enfrente podía ver otros dos inmensos puertos construidos por los emperadores Juliano y Teodosio para recibir a las flotas con cargamentos de grano, cuyas entregas periódicas, procedentes especialmente de Egipto, alimentaban a la ciudad. Cada uno de los puertos estaba bordeado de enormes graneros donde se almacenaba la comida.

Es más bien dudoso, a mi entender, que los pensamientos de un godo de ocho años procedente de las ruinas de la Panonia provincial se ocupasen de los problemas logísticos de alimentación y abastecimiento de agua para 500.000 personas. Es mucho más probable que sus ojos estuvieran fascinados ante la asombrosa variedad de prístinos monumentos que empequeñecían cualquiera de las ruinas que había visto en casa o por el camino. Lo primero que vio fue la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantino, lugar de enterramiento imperial que albergaba los cráneos de san Andrés, san Lucas y san Timoteo. El propio Teodorico era cristiano, por lo tanto esta aglutinación de poder sagrado estaba revestida de gran significado, y la construcción misma también era espectacular. En su camino pasó después por la columna con una estatua del emperador Marciano, conquistador de Atila, en lo alto (parte de la columna es todavía visible), y prosiguió hacia el Capitolio. Desde allí, girando a la izquierda, Teodorico llegó al corazón ceremonial de la ciudad donde una gran variedad de monumentos de mármol se sucedían unos a otros a ritmo desconcertante: el foro de Teodosio (hoy la plaza Beyazit), terminado con otra columna y estatua triunfal (del propio Teodosio, claro está), el inmenso complejo del arco de triunfo del Tetrapilon, el foro circular completado con el edificio del Senado, y finalmente el gran centro imperial del hipódromo, edificios palaciegos y las iglesias imperiales de la Santa Sabiduría y Santa Paz: Hagia Sofía y Hagia Irene. En 463 no eran las famosas iglesias abovedadas con este mismo nombre que todavía pueden verse en la moderna ciudad de Estambul, sino sus predecesoras: clásicas basílicas rectangulares con suaves techos a dos aguas sin cúpula alguna. La historia de cómo fueron sustituidas desempeña un papel importante en el capítulo 3, pero por ahora baste con reconocer lo impresionante que debió de ser todo aquello. Cuando Teodorico atravesó la Puerta de Charisius con su cabalgadura, la ciudad se mostró en toda su pompa, resplandeciente con sus fachadas de mármol, tejados de bronce y estatuas cubiertas de oro. El alcance del contraste con todo lo que había conocido antes sin duda debió de ser absolutamente desconcertante. [12]



Si uno ha tenido hijos, es natural pensar en Teodorico bajo la luz de los muchachos que uno conoce. Una rápida consulta a los archivos de mis propios chicos muestra que la estatura media de un muchacho de ocho años del Reino Unido a principios del milenio estaba en 128 centímetros y el peso en torno a veintiocho kilos. La mayoría de chicos de ocho años están equipados con un corto período de atención, abundante energía y una necesidad integrada de frecuentes aportes (en pequeñas cantidades) de estimulación, alimentos y afecto. Sin embargo, Teodorico era un príncipe de (razonablemente) real, y por lo tanto bendecido (o no) con una educación que debió de prepararlo mejor que a la mayoría para la carencia emocional y exhibición pública que su nueva vida en Constantinopla le exigía.

En aquel momento era el niño de mayor edad de los tres hermanos, y posiblemente fuera esta la razón por la que fue enviado como garantía del tratado. Al parecer Valamer no tuvo ningún hijo varón (el psicólogo aficionado podría preguntarse si el hecho de que hubiera matado al abuelo de su esposa tenía algo que ver con esto), pero, aunque así fuera, el hecho no habría evitado que Teodorico fuera educado desde el inicio como líder potencial. En aquel entonces, el liderazgo de los godos de Panonia era compartido, entre Valamer y sus hermanos. No había primogenitura, y cualquier niño varón podía ser líder en un futuro. Además, el cargo era tan específico y tan peligroso que había que manejar muchas alternativas en caso de muerte prematura o de que el carácter de un determinado individuo no estuviese a la altura de la tarea. No se trataba solo de sentarse sobre un caballo en

primera línea de batalla en el momento decisivo, sino que había que inspirar suficiente confianza a un gran número de varones dominantes para que le siguieran a uno con entusiasmo en la batalla. Esto no solo requería fuerza física y coraje personal, sino también aquel carisma contagioso que surge de la propia seguridad, junto con la suficiente capacidad intelectual para saber qué batallas hay que librar, y cuáles no, y cómo combatirlas.

En estos contextos la sucesión raramente pasa de padre a hijo mayor. Los historiadores a menudo critican a los merovingios de la época por no desarrollar la primogenitura, puesto que la historia de la sucesión dinástica es en general la historia de reiteradas luchas intestinas. Sin embargo, esto es equivocar la cuestión. Tan solo puede tenerse progenitura cuando las características personales del hijo no son demasiado importantes; es decir, cuando el liderazgo no es tan personal y carismático. Las tropas no estarán dispuestas a entrar en combate dirigidas ni por un poeta, por ejemplo, ni (no más de una vez por lo menos) por un macho idiota por más grande y carismático que sea, pero que malgaste sus vidas en batallas desesperadas contra todo pronóstico. La mejor analogía de la sucesión en la Alta Edad Media que conozco nos la proporciona El padrino, donde los principales asistentes y líderes independientes de segunda fila como Tom Hagen, Luca Brasi y Peter Clemenza evalúan cuidadosamente las cualidades de los diferentes hijos de Vito Corleone. Vale la pena pensar detenidamente cuáles son los mejores y los peores aspectos del mayor de los tres:

Sonny Corleone era fuerte, tenía valor, se mostraba siempre generoso, y era

del dominio público que tenía un corazón muy grande, noble y a menudo tierno. Por desgracia carecía de la humildad de su padre, y su genio, pronto y vivo, le hacía caer a menudo en errores de apreciación. Si bien se le consideraba un excelente colaborador en los negocios de su padre, muchos dudaban de que este lo nombrara su heredero.[13]

Al final, el tercer hijo, mucho más callado pero más listo e igualmente valiente, resulta infinitamente superior a su carismático pero impulsivo hermano mayor, mientras que el hijo mediano carece de las cualidades para aspirar a entrar en liza. Liderar un grupo de guerreros, grande o pequeño, era una enorme responsabilidad, y los herederos potenciales estaban siempre vigilados.

Por consiguiente, es harto improbable que las condiciones en hogar de Teodorico tendiesen el sentimentalismo, incluso para un niño de ocho años. Sabemos que tenía hermanos, aunque se desconoce si habían nacido ya en 463. No obstante, es muy probable que fueran producto de distintas uniones. Incluso los líderes semirreales de bandas guerreras basaban sus uniones tanto en la necesidad política como en el afecto o el deseo, y a menudo se producían varias uniones simultáneas, tanto por matrimonio como por concubinato, según dictasen las circunstancias. A veces las cosas no salían como se había planeado. Según dicen, la princesa gépida Rosamunda asesinó a su marido, el rey lombardo Alboino, por alardear demasiado de haber convertido la calavera de su derrotado padre en una copa. No hay constancia de que Vadamerca albergase sentimientos de venganza hacia Valamer, pero incluso en los lugares donde la vida familiar de la realeza no era tan peligrosa, la tensión entre las esposas, las amantes y sus naturales ambiciones respecto a sus hijos hacía que la experiencia de crecer en una familia moderadamente real del siglo v estuviera a años luz de las costumbres y esperanzas de una familia nuclear moderna. Y esto sin tener en cuenta las tensiones entre los tres hermanos. Es posible que Valamer, Tiudimer y Vidimer acordasen compartir el poder durante sus vidas, pero ello no significa en absoluto que estuviesen de acuerdo en lo que había de suceder después (cualquiera que haya heredado de sus padres alguna cosa conjunta y después tiene que pensar en la voluntad de la siguiente generación, creo que puede reconocer la experiencia). Jordanes asegura que el padre de Teodorico no quería que Valamer lo usase como rehén, y esto tiene visos de realidad. El hermano mayor puede que quisiera quitarse de encima a su sobrino enviándolo a Constantinopla para que no pudiera establecer los lazos de respeto con el liderazgo de segunda fila que le convertirían en el heredero natural de la siguiente generación, y es posible que también con la esperanza de poder engendrar entretanto a sus propios hijos. [14]

Algunas de estas consideraciones puede que no den en el blanco, pero su trayectoria general es sin duda correcta. El que cruzó la Puerta de Charisius a caballo no era un niño de ocho años corriente. Debió de sentir alarma y ansiedad, pero su educación se había encargado de endurecerlo más de lo normal. No hay testimonio alguno de lo que hizo durante los diez años siguientes en Constantinopla, pero gracias a otros ejemplos de rehenes en las cortes imperiales romanas a lo largo de los siglos precedentes podemos inferir el tipo de programa disponible. A pesar de que Teodorico estaba allí para garantizar que los godos de Valamer respetaran el nuevo

tratado, y la amenaza de ser ejecutado si no lo cumplían era muy real, la línea de pensamiento de los romanos respecto al rehén era mucho más ambiciosa. Para expresarlo más sucintamente, los romanos aspiraban a introducirse en la cabeza de los rehenes de la realeza para hacerlos más maleables y útiles a largo plazo. Tenían la esperanza de engendrar una genuina mezcla de respeto por las maravillas de la civilización romana y una admiración bien informada del poder imperial romano que, tras su regreso final a casa, el antiguo rehén introduciría en la política exterior de su grupo a favor de los intereses de Roma.

Aunque sin duda vigilado, pero rodeado de algunos de los miembros de su séquito, debió de recibir por lo menos parte del programa educativo estándar de un romano de clase alta (como menciona la carta a Anastasio). Después de todo, el plan a largo plazo era el de moldear sus opiniones, y qué mejor manera de implantar los valores romanos que mediante una educación romana. También debió de tener libertad de movimiento en la corte y por la ciudad, asistiendo a los circos, teatros, y a la iglesia, puesto que Constantinopla todavía gozaba de una comunidad eclesiástica claramente no nicena en aquellos momentos. Incluso puede que estuviera ligado al ejército romano en alguna que otra operación ocasional mientras se hacía mayor. En términos generales, aunque pendía sobre él aquella vaga sombra, ya que en realidad no dejaba de ser un rehén, tuvo la oportunidad de aprender acerca de todo lo romano, con la esperanza de que todo aquello le convirtiera en un socio fiable en caso de acceder al trono una vez de regreso a casa. [15] No obstante, fueran cuales fuesen los detalles exactos del programa educativo al que estuvo sometido Teodorico, este fracasó estrepitosamente. Cinco años después de su regreso a Panonia, y todavía a sus veintipocos, volvió a las murallas de Constantinopla, esta vez al frente de un ejército de diez mil hombres. ¿Cómo ocurrió y qué salió mal en su educación?

Singiduno

No hay estrategia que funcione siempre. Los seres humanos siempre pueden reaccionar de una de dos maneras extremas a cualquier estímulo: total aceptación o total rechazo. La mayoría responderá de forma intermedia entre estos dos puntos, escogiendo algunas ideas lanzadas en su dirección, pero rechazando otras. En el caso de Teodorico el Amal, los testimonios indican que estamos ante una reacción asombrosamente compleja: un individuo que valoraba el peso del poder imperial y las numerosas ventajas de las ideas y estructuras administrativas romanas. Al mismo tiempo, no se sentía en absoluto intimidado por lo que observaba, sino que calculaba cómo podían operar en su favor ciertos elementos de romanitas cuidadosamente seleccionados. Todo esto son deducciones, puesto que no existen diarios privados de Teodorico, pero el mensaje es evidente a partir de su posterior trayectoria.

Se desconoce por qué regresó a casa a los dieciocho años. Sin duda ya había crecido del todo, pero según la ley romana, la mayoría de edad se alcanzaba a los veinticinco años y no sabemos cuál podía ser la costumbre goda. Hay dos

posibilidades básicas: o bien la fecha de regreso estaba especificada en el tratado original, o bien se generó por circunstancias más inmediatas. Si se trata de esta última posibilidad, se abren dos líneas de pensamiento. En primer lugar, a comienzos de la década de 470 Valamer había fallecido, muerto en una de las luchas por la hegemonía que empañan la historia de la región del Danubio medio después de Atila. Este acontecimiento no solo convirtió al padre de Teodorico, Tiudimer, en el líder más importante de los godos panonios, sino que hizo de Teodorico, como hijo primogénito, el más inmediato heredero, ya que Valamer no había tenido ningún hijo varón. La imperiosidad del regreso del chico es evidente.

No obstante, la muerte de Valamer debió de producirse a mediados de la década de 460, hecho que descartaría que esta fuera el desencadenante del regreso de Teodorico; por otro lado, a comienzos de la década de 470, se pusieron en marcha acontecimientos trascendentales en Constantinopla. Durante los veinte años anteriores, quien realmente ostentaba el poder de aupar a los reyes al trono era el general y patricio Aspar. Sus orígenes alanos le impidieron el acceso al trono, al parecer también según su criterio, pero los emperadores Marciano (probablemente en 450-457) y León I (a partir de 457) fueron sus candidatos y su supremacía dentro de Constantinopla era indiscutible. Gozaba de vínculos muy estrechos con el nutrido grupo de godos tracios que constituían gran parte de la base militar balcánica del imperio oriental y que le proporcionaban la influencia castrense que necesitaba, sobre todo en forma de tropas de guarnición en la capital, para enfrentarse a cualquier posible rival.

El emperador León puso fin a esto cuando empezó a conspirar por su independencia y utilizó a los líderes de las tropas isaurias recientemente reclutadas de las regiones montañosas del Tauro (en la moderna Turquía) para contrarrestar el poder de Aspar. Los reclutamientos de esta región habían comenzado en la década de 440, cuando el imperio necesitaba expandir sus fuerzas para rechazar a Atila, y, en la década de 460, las consecuencias políticas de este movimiento eran ya evidentes. El isaurio más prominente, Zenón (en griego Xenon, que significa 'extranjero' o 'huésped', como en la palabra «xenofobia»: 'odio a los huéspedes'), aparece por primera vez en la deshonra del hijo de Aspar, Ardaburio, en 466, y después trepó rápidamente por la jerarquía militar, estableciendo los contactos necesarios a medida que avanzaba. En 471, el emperador y el isaurio estaban preparados para enfrentamiento. Supuestamente presionado por Zenón, León hizo eliminar a Aspar en palacio, ganándose con ello el sobrenombre de Macelles el Carnicero. Este movimiento provocó una inmediata insurrección entre los godos tracios, que no debió de ser ninguna sorpresa. Sin embargo, como muchos en similares circunstancias, antes y después de él, León descubrió que confiar en que alguien le rescate a uno de una dependencia no deseada no es una buena estrategia. Zenón se había casado con la hija de León, Ariadna, y el hijo de ambos, León II, era el heredero del trono, por lo que una eminencia gris sustituyó a otra. La historia no explica si el Carnicero dormía más tranquilo por las noches. [16]

En medio de este caos Teodorico abandonó Constantinopla, posiblemente y en cierto modo debido a todo ello, y, aunque no fuera así, lo que en un principio habían sido dos secuencias independientes de acontecimientos, entrelazaron de forma inextricable rápidamente se consecuencia de lo que nuestro godo principiante decidió hacer después. A su regreso a Panonia, la necesidad más inmediata de Teodorico era la de establecer cierta legitimidad como hijo de su padre y líder potencial del grupo. No es de extrañar que lo encontremos enseguida liderando una expedición de saqueo contra unos sármatas que ocupaban un territorio cercano a la antigua ciudad romana de Singiduno (la moderna Belgrado). Los sármatas habían sido violentos antaño, pero en la Antigüedad tardía se habían convertido en la víctima propiciatoria favorita de todos. En circunstancias similares, en el otoño siguiente a la traumática derrota de los romanos en Adrianópolis, el inminente emperador Teodosio I se cebó con los sármatas para mostrar que Dios estaba de su parte. Casi cien años después, Teodorico eligió a las mismas víctimas. Según Jordanes, siguiendo muy probablemente a Casiodoro, montó la expedición sin que su padre tuviera conocimiento de ello, pero no me creo ni una palabra de esto. Tras un período tan prolongado, y con tanto en juego ahora que Valamer había muerto sin descendencia masculina, padre e hijo tenían un mismo interés en establecer la credibilidad de Teodorico. El objetivo se alcanzó como estaba previsto con «los esclavos y el tesoro» de los sármatas, botín con el que regresó. [17]

Los sármatas no fueron los únicos debidamente sometidos, sino que también Singiduno fue un blanco apropiado. El recién llegado Teodorico, mucho más ambicioso, convenció a su padre de que las insurrecciones políticas generadas por el asesinato de Aspar ofrecían una oportunidad que no se podía desperdiciar, y que los godos panonios se apresuraron a capturar con las dos manos. Igual que con casi todas las «grandes» decisiones, la evidencia indica que había una amplia gama de motivaciones en juego. En primer lugar, su estancia en Constantinopla le hizo ver a Teodorico a la fuerza las limitaciones de la situación actual de los godos en Panonia. Estaban inmersos en una disputa intrarregional por el dominio con una serie de grupos altamente militarizados que habían surgido en la región a partir de lo que quedaba de la maquinaria de guerra de Atila: rugios, suevos, escirios, gépidos y alanos, por no mencionar a los pobres sármatas y a los contingentes de los verdaderos hunos bajo varios de los hijos de Atila. La artimaña de Atila había sido unificarlos a todos, más o menos, y conducirlos hacia una dirección romana, obteniendo grandes cantidades de lingotes de oro y otras riquezas, que, como hemos visto, aparecen tan abundantemente en la arqueología del período húnico de la región. No obstante, aunque esta entrada de nuevas riquezas en la zona no se frenó, sí que experimentó una rápida disminución cuando los grupos dejaron de actuar al unísono. Los nuevos conflictos intrarregionales que sustituyeron a las expediciones a larga distancia en busca de riquezas en suelo romano pronto se convirtieron en disputas por un botín cada vez menor (especialmente cuando la riqueza existente estaba enterrada con los muertos), pero igualmente cruentas. Valamer cayó precisamente en un ataque de aquellas batallas:

Cabalgaba al frente de la línea para animar a sus hombres, el caballo resultó herido y cayó, derribando a su montura. Valamer murió al instante atravesado por las lanzas enemigas.[18]El hecho de que sus seguidores se vengasen con

creces debió de aportar poco consuelo al rey que acababa de morir de forma tan desagradable. La perspectiva de continuar las interminables luchas por el dominio del Danubio medio, una batalla por el control de unas acciones a la baja, con una muerte terrible como resultado más probable, no le pareció a Teodorico una trayectoria demasiado fascinante. Constantinopla le había abierto los ojos a un mundo mucho más grande.

En particular, la revuelta de los godos tracios proporcionó al liderazgo de los godos panonios una razón para pensar que podría presentare una ocasión propicia. Para comprender su naturaleza, es preciso comprender la posición altamente privilegiada que ocupaban los godos tracios dentro de la política romana oriental. Los soldados bárbaros no constituían de por sí ninguna rareza en el seno de los ejércitos romanos de cualquier zona. A partir de Augusto, por lo menos la mitad de la base militar imperial estuvo compuesta por no ciudadanos. Sin embargo, en la era romana tardía, se cerró un nuevo tipo de acuerdo según el cual se permitía a los contingentes no romanos asentarse en suelo romano y estar permanentemente alistados en el ejército bajo sus propios mandos, conservando un considerable nivel de autonomía política y legal (y posiblemente también cultural). Aquello suponía un acusado contraste respecto a períodos anteriores, en que los soldados bárbaros que estaban permanentemente en el ejército romano servían siempre bajo oficiales romanos, o cuando los contingentes bajo sus propios líderes eran refuerzos temporales para campañas concretas reclutados de los reinos clientes más allá de la frontera. Hay gran polémica acerca del momento en que entró en vigor por primera vez este nuevo tipo de organización, que creó grupos conocidos por los romanos como foederati (a menudo traducido por «federados», aunque el término es demasiado aproximado). Y

aunque estos nuevos arreglos probablemente evolucionaron por etapas, puede argumentarse perfectamente que se desplegaron por primera vez y por completo para los godos tracios. Estos se originaron como grupo de súbditos húnicos extraídos del dominio de sus señores mediante una acción militar romana en Panonia en la década de 420, y reasentados en Tracia. Para los romanos el beneficio era doble: la fuerza militar de los hunos quedó sustancialmente reducida y, por consiguiente, la suya aumentó. Para los godos, el agresivo liderazgo de los hunos fue sustituido por una posición privilegiada dentro del estado romano oriental.

En la época en que Teodorico presenciaba todo aquello en la década de 460, esta relación estaba ya en su segunda y tercera generaciones, y las ventajas para los godos tracios eran evidentes. En primer lugar, la paga no era mala en absoluto. Si Valamer había podido sacar trescientas libras anuales de Constantinopla gracias al tratado que había enviado a su sobrino a la corte oriental, el líder de los godos tracios recibía siete veces aquella cantidad al año como pago por los servicios de sus partidarios. Por otro lado, los godos tracios estaban muy bien relacionados en la corte. A comienzos de la década de 470, su líder más destacado se llamaba también Teodorico; una coincidencia sorprendente, por no decir equívoca, podría argumentarse, si no fuera porque en gótico este nombre significa «Rey del Pueblo», por lo tanto, es un nombre apto para cualquier principito que se precie. En este caso, el Teodorico tracio viene equipado con un apodo, Estrabón, «el Bizco», que puede utilizarse para evitar confusiones. Sabemos que Estrabón era sobrino de la esposa de Aspar, por lo que una alianza matrimonial vinculaba estrechamente el liderazgo tracio al gran patricio. También tenían fuertes lazos con una serie de altos funcionarios de la corte y abastecían parte de la guarnición de la ciudad. A diferencia de sus homólogos panonios, tampoco tenían que pasarse el tiempo rechazando a los suevos, escirios y otros en una fútil disputa acerca de una serie de activos húnicos en declive en el Danubio medio, y en lugar de ello ocupaban buenas zonas de asentamiento en la llanura tracia, con derechos territoriales reconocidos que complementaban su paga anual.[19]Esta situación idílica fue bruscamente interrumpida por la inclinación de León por los isaurios y el asesinato de su líder. Se comprende perfectamente por qué se rebelaron. Como solía ocurrir en la política romana tardía, la caída de un personaje tan dominante como Aspar generó un período de gran inestabilidad política, y el liderazgo tracio debió de calcular que su revuelta contribuiría a socavar la posición isauria ofreciéndoles una senda de vuelta a los buenos tiempos. Con lo que no contaron fue con que el joven príncipe godo de Panonia se había apoderado de todos sus privilegios y detectado en la insurrección tracia una gran oportunidad para el propio ascenso. Por este motivo, la decisión de demostrar su coraje contra los sármatas de Singiduno tenía un significado más amplio, puesto que esta última, que Teodorico se negó a devolver al control imperial, era una encrucijada clave, cuyo control abría importantes rutas hacia el sur penetrando en los Balcanes romanoorientales (Figura 3). Teodorico había regresado a Panonia con el osado plan de que él y su padre habían de unir su proyecto y trasladar a suelo romano oriental todo su contingente, ofreciéndose como sustitutos directos de los

tracios rebeldes. A finales del verano de 472, probablemente, los godos panonios se reunieron e iniciaron la marcha hacia el sur. La política de Constantinopla, de por sí bastante complicada en sus mejores momentos, estaba a punto de enredarse mucho más.

Esta decisión no se tomó a la ligera. La pura logística era ya descomunal. Teodorico y Tiudimer controlaban a más de diez mil guerreros, pero no era solamente un cuerpo de hombres armados los que se pusieron en marcha. Los nacionalistas del siglo XIX, revisando las acciones de los siglos IV al VI, vieron en grupos como los godos panonios a los «pueblos» ancestrales de las naciones europeas. Por consiguiente, los nacionalistas alemanes en particular solían depositar parte de sus ilusiones en la mezcla de lo que veían como virtudes morales particulares de su propia nación, y acabaron forjando una visión de grupos de hombres, mujeres y niños culturalmente homogéneos, libres e iguales, cerrados a los extranjeros, emprendiendo la marcha con aperos de labranza, animales y ancestrales bailes folclóricos: naciones miniatura en desplazándose, algunas de las cuales sobrevivieron a la marcha y fundaron reinos que perduraron, mientras que otras no lo consiguieron.

Durante las dos últimas generaciones de eruditos, se ha revisado ampliamente este retrato totalmente romántico. Se ha generado cierto consenso, pero también puntos de continua discrepancia. En mi opinión, existe consenso en dos aspectos. En primer lugar, que los grupos guerreros no estaban formados por iguales. Las fuentes narrativas contemporáneas nos muestran que por lo menos había dos grupos jerarquizados entre los guerreros, y esto queda

confirmado por materiales legales más o menos contemporáneos, que describen clases armadas libres o medio libres e indican que además había esclavos desarmados (lo que no nos pueden proporcionar los códigos legales es la proporción total de población perteneciente a cada uno de los rangos de los grupos). En segundo lugar, y esto refleja un cambio radical en la forma en que se han entendido las afiliaciones grupales de seres humanos individuales en el período de posguerra, todo el mundo coincidiría en que era totalmente posible que los individuos cambiasen la identidad de su grupo a lo largo de su vida. En consecuencia, la vieja visión de estos grupos como minúsculas y ancestrales protonaciones culturalmente homogéneas hace aguas.

Aun así, quedan todavía otros dos aspectos altamente polémicos. Primero, el hecho de que algunos individuos cambiaran manifiestamente sus afiliaciones ¿significa acaso que las entidades más amplias que encontramos en las fuentes narrativas (como los godos panonios) no tenían ninguna identidad grupal en absoluto? Una respuesta negativa significaría que nunca fueron más que aglomeraciones cambiantes y flexibles de guerreros dispares. Segundo, y de hecho está estrechamente relacionado, ¿estaban estos grupos constituidos únicamente para fines militares, o acaso eran los guerreros parte de una sociedad más amplia dedicada también a la agricultura y otras actividades?

Resulta extremadamente difícil dilucidar dónde podría hallarse el consenso cuando uno es parte implicada en los debates, como es mi caso. La cuestión no está zanjada, pero, si sirve de algo, expondré mi criterio sobre este tema, porque la línea que uno adopte al respecto dictará por completo lo que

uno vislumbra que partió de Hungría en 472 siguiendo las carreteras romanas en dirección sur hasta los Balcanes. En orden inverso: una vez en los Balcanes romanos, las posiciones negociadoras del mando de los godos panonios y de los representantes imperiales enviados a parlamentar asumieron explícitamente que cualquier resolución de sus relaciones implicaría la cesión a los godos de tierras de labranza en suelo romano, que los propios godos explotarían. Dicho de otro modo, además de guerreros eran también campesinos. Esto parece bastante lógico. Un número de guerreros especializados superior a diez mil solo puede existir en el contexto de una economía desarrollada, en la que la población campesina no combatiente produce el suficiente excedente de riqueza para alimentarlos, vestirlos y armarlos. Las economías agrarias no romanas no son tan productivas, y sabemos que los reyes no romanos de los siglos IV y V mantenían séquitos de guerreros especializados de tan solo unos pocos centenares, no de varios miles de hombres.

Tampoco puede deducirse que, solo porque algunos individuos cambiasen de alianza, los grupos entre los que se movían no tuvieran una verdadera solidez. Lo que aquí importa son las reglas y las normas que regulaban la entrada y posterior comportamiento de los individuos en movimiento. ¿Está la afiliación abierta a todos, gozan los nuevos miembros de plenos derechos en el seno del grupo? ¿Implica la afiliación responsabilidades a la vez que privilegios? El hecho de que en los grupos hubiera de forma manifiesta guerreros de nivel superior e inferior, por no mencionar a los esclavos, pone de relieve que la afiliación no era en absoluto una cuestión de elección personal sin restricciones, a menos que pensemos

que muchos miles de individuos de la Europa del siglo v simplemente querían ser esclavos. Por consiguiente, yo argumentaría que por lo menos las élites de guerreros de estatus superior dentro de cada grupo sí tenían un fuerte sentimiento de identidad *política* de grupo (aunque ignoro si tenían también las mismas costumbres y bailes folclóricos tal como imaginaban los nacionalistas del siglo XIX), no obstante, como cualquier identidad, incluso esto podía cambiar en las circunstancias propicias. Sin embargo, paralelamente, los guerreros de estatus inferior y sobre todo los esclavos tenían mucho menos interés en la existencia de su grupo, de tal manera que la fuerza de la afiliación individual a la identidad del grupo disminuía drásticamente a medida que se descendía en la escala social. [20]

En cualquier caso, el posicionamiento de uno frente a estos debates configura el propio criterio de lo que podían parecer los godos panonios en su marcha. Sabemos que el grupo incluía a muchos no combatientes y una caravana de unos dos mil carros, por lo menos. Para los pretendidos revisionistas, que los ven como un grupo esencialmente espontáneo de guerreros, dicha caravana estaba formada por los habituales seguidores que asistían a los ejércitos premodernos, entre los que había numerosas mujeres, esposas y prostitutas, junto con los hijos, cocineros, barberos, animadores y Dios sabe qué más. No obstante, en mi opinión, el hecho de que las estructuras económicas del entorno (y esta es la gran diferencia entre la Europa del siglo v y la Europa premoderna o incluso de la Alta Edad Media) no pudieran mantener a grandes grupos de guerreros especializados, el énfasis diplomático en la necesidad de encontrar tierras de labrantío, y el hecho de que la afiliación al grupo de nivel superior no estuviera abierto ni por asomo a los recién llegados, plantea un modelo harto diferente. En vez de parecer uno de los primeros ejércitos modernos marchando hacia la guerra con su tren de equipaje, en mi opinión los godos panonios debían de estar mucho más próximos al aspecto que ofrecían las caravanas de los bóers en su gran travesía hacia el norte lejos del dominio imperial británico: una multitud de granjeros-combatientes y sus familias, junto con todas sus pertenencias. Según este modelo, el grupo consistiría en un elevado número de no combatientes, con una distribución de edad más «normal», y enfrentado a una necesidad mucho mayor de llevar consigo todo lo relacionado con la labranza y también armamento, junto con importantes provisiones de alimentos.

Si la simple logística implicaba que la decisión de trasladarse a cualquier parte no podía tomarse a la ligera, no hay duda de que en este caso todo giraba en torno a la política. Los guerreros de alto estatus tenían que estar convencidos de que las posibles oportunidades que ofrecía la situación de Constantinopla eran lo bastante caótica atractivas y prometedoras para que valiera la pena realizar aquel tremendo esfuerzo. Una vez más, el contexto general acudió en ayuda de Tiudimer y de Teodorico. Es un hecho demostrado que los grupos de población con una tradición histórica de migraciones están más dispuestos que otros grupos semejantes más asentados, incluso si esta historia migratoria se ha saltado una o dos generaciones, a utilizar sus movimientos como estrategia de progreso, y por lo menos las élites guerreras, el grupo clave al que había que convencer, tenían una larga tradición migratoria. Descendían de poblaciones de godos que habían realizado largos recorridos, quizás en varias etapas cortas, desde las orillas del Báltico hasta el mar Negro en el siglo III y comienzos del IV, y desde el este de los montes Cárpatos hasta la Hungría del Danubio medio a finales del siglo IV y en el siglo V. Así pues, debió de ser fácil convencerlos de que valía la pena volver a emprender la marcha.[21]

Como mínimo, algunos de ellos. Teniendo en cuenta los positivos, potencialmente Teodorico convencido a su padre para que aceptase lo que sin duda era una gran apuesta. Mientras que el Imperio de Occidente se estaba quedando rápidamente sin dinero y por consiguiente sin soldados a comienzos de la década de 470, atrapado en una arrolladora corriente que estaba a punto de extinguir las últimas ascuas, su contrapartida oriental estaba viva y coleando. Atila había sido derrotado, había paz con Persia, y el flujo de ingresos procedente de los impuestos de las provincias orientales, la sabia de sus ejércitos, estaba intacto. Por consiguiente, penetrar en sus territorios sin haber sido invitado, aunque uno asegurase estar allí para ayudar, podía con toda certeza generar una reacción harto desagradable, y nadie que no estuviera en su sano juicio dentro del grupo podía tener la menor duda de que así sería. No es de extrañar que la decisión de emprender la marcha provocase una división muy significativa en el seno del grupo.

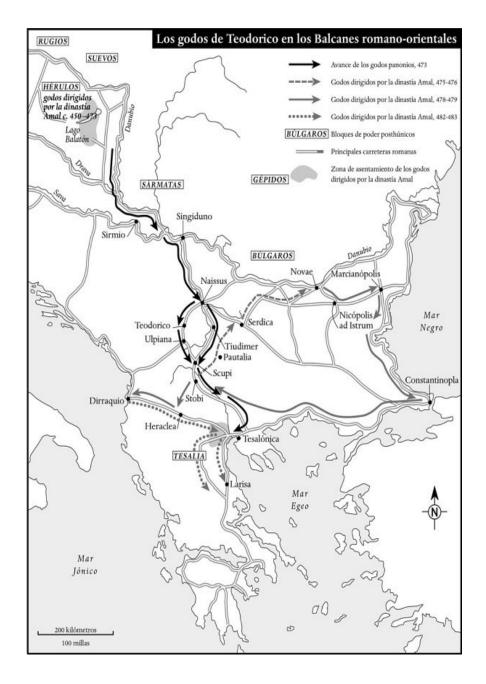
Las fuentes de finales del siglo IV y V registran varios momentos en que grupos no romanos similares en su composición al de los godos panonios se enfrentaron a decisiones parecidas en cuanto a trasladarse o quedarse

quietos. En todos los casos, se aplicó una mezcla de motivos y negativos (en este ejemplo respectivamente las grandes riquezas potencialmente disponibles en suelo romano oriental por un lado, y el declive de beneficios de la violenta competencia por la preeminencia en el Danubio medio, por el otro), aunque el equilibrio entre ambos variaba. Los primeros godos tervingios y greutungos que habían cruzado el Danubio en 376, por ejemplo, fueron atraídos, como los godos panonios, por la potencial riqueza de las estructuras económicas romanas, pero la causa principal por la que se pusieron en movimiento fue la violencia de los hunos. En los casos en que disponemos de testimonios detallados, cualquiera que fuese la mezcla exacta de motivaciones, estas migraciones provocaban divisiones políticas en los grupos que las emprendían. Esto refleja el nivel de estrés que implicaban las grandes migraciones, incluso para las poblaciones con un reflejo migratorio establecido. Naturalmente, también se produjo división entre los líderes partidarios del movimiento y los contrarios a la migración. En el caso de los godos panonios, Jordanes mantiene lo siguiente:

Como el botín que las tribus vecinas se arrebataban unas a otras disminuía, los godos empezaron a carecer de comida y vestimenta, y la paz repugnaba a los hombres para quienes la guerra había proporcionado durante mucho tiempo lo imprescindible para la vida. Así pues, todos los godos se acercaron a su rey Tiudimer y, con gran clamor, le rogaron que liderara su ejército en la dirección que él quisiera. Mandó llamar a su hermano [Vidimer] y, después de echarlo a suertes, le pidió a su hermano que se dirigiera a Italia... diciendo que él, al ser más fuerte, marcharía hacia el este contra un imperio más poderoso.

Este es otro de los momentos en que Jordanes reproduce en

parte la versión depurada y esterilizada del pasado de los godos que Casiodoro había escrito en la corte de Teodorico en Italia. El hecho de haberlo echado a suertes no solo camufla parte las intenciones profundamente en depredadoras con las que el liderazgo de los godos contemplaba el avance hacia el este, sino que también trata de ocultar la evidente división que había entre ellos. Al tercer hermano, Vidimer, no le seducía la idea de seguir a Tiudimer a suelo romano oriental, y, por mi parte, estoy convencido de que Tiudimer estaba satisfecho de poder utilizar este argumento para excluirlo del grupo.



El regreso de Teodorico de Panonia convertido en un adulto había reabierto aquella eterna caja de gusanos que era la sucesión. Hasta ahora, los tres hermanos Amal habían

compartido el poder y, a la muerte del mayor, la supremacía había pasado al segundo hermano. No obstante, en la generación de Teodorico no se aplicarían estos acuerdos a pesar de tener por lo menos un hermano, Teodimundo. En lo que a mí respecta, está claro como la luz del día que Tiudimer utilizó el argumento de la migración a los Balcanes para presentar a los líderes de segunda fila la solución al dilema de la sucesión: su hijo mayor, recién llegado de Constantinopla y de derrotar a los sármatas, era preferido a su hermano menor. Sin duda se sondeó y preparó la opinión antes del momento crucial, puesto que Tiudimer no podía permitirse perder parte de sus efectivos militares cuando tenía en mente llevar a cabo una intrusión depredadora en los Balcanes del Imperio Romano de Oriente. Sin embargo, la maniobra funcionó. Vidimer (igual que Veremundo antes que él en la generación anterior) partió hacia Occidente dejando a Teodorico sin rival y llevándose únicamente un reducido número de partidarios (probablemente solo su propia familia, puesto que tenía un hijo y aquella era la razón por la que Tiudimer y Teodorico lo querían lejos, y un séquito personal de guerreros compuesto por unos pocos centenares) ya que los refugiados no figuran como unidad independiente y tuvieron que unirse al servicio del rey visigodo Eurico en la Galia.[22] Esto completaba la drástica revolución iniciada por el regreso de Teodorico de Constantinopla: resuelta la sucesión, los godos panonios se dispusieron a iniciar la marcha por la red de carreteras romanas hacia los Balcanes ahora despejada gracias a la captura de Singiduno por parte de Teodorico.

EPIDAMNO

Conseguir que más de diez mil guerreros, junto con sus familiares y personal dependiente, aperos de labranza, animales y tantos objetos personales como pudieran caber en sus miles de carros, avanzasen todos en la misma dirección al mismo tiempo era una proeza en cuanto a organización. La congestión en las carreteras debió de ser extraordinaria. Uno de los hechos históricos más impresionantes con el que me he tropezado es que la caravana de carros que transportaba a casa a los heridos confederados después de Gettysburg tardaba veinticuatro horas en pasar por un punto determinado. La caravana de los godos abriéndose camino hacia el sur a través de los Balcanes en 472 no podía ser más corta, aunque no era un desfile tan patético. El problema al que se enfrentaban Tiudimer y Teodorico era que, con semejante monstruo tras sus talones, el movimiento quedaba limitado a las carreteras principales, y en realidad solo había ruta principal disponible. De hecho, el terreno montañoso de los Balcanes sigue limitando el viaje a unas pocas carreteras; en este caso el valle Axius/Vardar es la ruta crucial. Durante parte de su longitud había dos alternativas, y Jordanes manifiesta explícitamente que se utilizaron ambas. Tras tomar la ciudad de Naissus (la moderna Nis), Tiudimer se dirigió hacia el sur, mientras que Teodorico condujo a sus fuerzas hacia Ulpiana vía Castrum Herculis (Figura 3). No obstante ambos tenían un mismo destino: Tesalónica, capital de los Balcanes romanos, y sede de la prefectura de Ilírico, todo cuanto aconteciese al oeste responsable de desfiladero de Succi. Allí les aguardaba el patricio Hilariano,

que había sido enviado para presentarse con todas las fuerzas de las que pudo hacer acopio y comenzaron las negociaciones. La estrategia de los godos era clara. Imponer una amenaza a Tesalónica, ofrecerse a negociar antes que a combatir, y ver qué planteaba el imperio.

En este punto, la narración de Jordanes de los acontecimientos de los Balcanes termina de forma abrupta y enlaza con gran maestría con una escena en la que el emperador y el líder godo acuerdan, tras unos días de feliz coexistencia, que este último prosiga su camino hacia Italia, porque toda aquella paz y armonía estaba aburriendo a sus partidarios.[23] Se desconoce si por vergüenza (no es imposible) Casiodoro se saltó lo ocurrido a continuación o si los apuntes de Jordanes, como los de muchos estudiantes presos de una crisis en pleno trabajo, acabaron siendo unos pobres garabatos al término de los tres días.

Afortunadamente, las fuentes romanas orientales abordan esta historia, que acaba siendo un relato complejo y hermoso. Jordanes omite dieciséis años de toma y daca político, que constituyeron el verdadero trasfondo de la marcha de los godos hacia la bella Italia. La osada táctica del equipo formado por padre e hijo inició una lucha por el poder con sus rivales tracios que no solo reverberó por todos los Balcanes, sino que derramó más toxicidad en el palacio imperial de Constantinopla.

La lista de los protagonistas políticos activos de aquellos años es bastante larga, pero identificarlos desde el inicio ayuda a explicar por qué fue tan difícil resolver el dilema planteado por la llegada de los godos panonios a suelo romano oriental. En los propios Balcanes, para empezar, había dos grupos de godos: los llegados de Panonia y los ya consolidados foederati tracios, en aquellos momentos sublevados, pero acostumbrados a desempeñar un papel privilegiado. Estuviese quien estuviese en el poder en Constantinopla, había fondos (o quizás la voluntad política necesaria) disponibles solo para pagar a uno de estos dos grupos el elevado precio del subsidio anual para convertirse finalmente en soldadesca romana aliada hecha y derecha, en vez de los cuatro chavos habituales repartidos en ayuda extranjera. Así pues, solo uno de estos dos grupos godos podía convertirse plenamente en parte de una coalición dirigente en un momento dado (o así lo aseguraban las autoridades de Constantinopla); y, de hecho, los intereses de los líderes de los dos grupos eran tan encontrados que aunque se les hubiera podido pagar a ambos, el enfrentamiento se habría producido igualmente. [24]

En el interior de Constantinopla tenemos, por lo menos al principio, al emperador León y a varios miembros de la familia imperial, inmersos, como es de suponer, en las acostumbradas disputas bien por el trono imperial, o, de acuerdo con su propia importancia, por distintos puestos de poder en torno al mismo. Estos forcejeos se libraban frente a una audiencia tradicional (y a veces incluso participativa) de la burocracia cortesana y el Senado imperial, y la cúpula del personal del ejército regular. Sin embargo, este habitual reparto de personajes constantinopolitanos estaba integrado, en la década de 470, por los oficiales más destacados de las nuevas fuerzas isaurias reclutados originalmente para luchar contra Atila. Y a comienzos de la década de 470 habían ascendido considerablemente. El más prominente, Zenón,

había desposado a la hija del emperador León, Ariadna, y ya tenían un hijo (nacido en 467) que portaba el significativo nombre de su abuelo, a quien sin duda estaba destinado a suceder. El sorprendente ascenso de Zenón por la cucaña, como se recordará, había provocado de forma directa la caída de Aspar y la rebelión de los godos foederati, de modo que los isaurios y los godos tracios eran en cierto modo enemigos políticos naturales que difícilmente podría aunar cualquiera que fuese la coalición dirigente. Surge aquí una nueva complicación: Zenón era solamente el más prominente de varios líderes isaurios, que dirigían a sus propios hombres y eran potencialmente sus propios jefes. Por consiguiente, Zenón no podía simplemente ordenar la lealtad de otros generales isaurios como Ilo, sino que tenía que ganársela. Dos grupos de godos, y por lo menos dos grupos de isaurios, se unieron de forma harto fascinante con el elenco normal del culebrón político constantinopolitano de larga duración para hacer que los años posteriores a 473 fueran de audiencia obligada.

A finales de año, empezó a negociarse un compromiso inicial. El patricio Hilariano desvió a los godos panonios y los alejó de Tesalónica concediéndoles alojamiento en una serie de pequeñas ciudades agrícolas en el cantón de Euboia, al oeste de la ciudad (Figura 3). No obstante, al reunir un ejército para hacer frente a Tiudimer y Teodorico en los Balcanes occidentales, León se vio obligado a sacar tropas de los Balcanes orientales, proporcionando al otro Teodorico, Estrabón, libertad de acción. Sus fuerzas camparon a sus anchas entre las ciudades de la Vía Egnatia, quemando las afueras de Filipi y poniendo sitio a Arcadiópolis, todo ello con

la finalidad de presionar políticamente al emperador. León se hartó enseguida. Los godos tracios volvieron a gozar de su favor, y Estrabón fue ascendido al puesto más importante del personal general del imperio: *magister militum praesentialis*, para ser exactos. Se restableció el pago anual de dos mil libras de oro a sus partidarios a raíz del nombramiento.

Paradójicamente, el efecto inicial de la llegada de los panonios había forzado al emperador a llegar a un acuerdo con los tracios. No obstante, aquella era una acción de contención, no una solución viable a largo plazo. Primero, los godos dirigidos por Amal no habían alcanzado ninguno de los beneficios por los que habían emprendido la marcha hacia el sur; el pago masivo anual de oro a los godos tracios acordado con el emperador León descartaba conseguir algo similar para ellos. Es más, ambos liderazgos godos estaban ahora embarrancados en una potencial lucha a muerte, y lo sabían. Un historiador romano oriental llamado Malco de Filadelfia resume el acuerdo entre Teodorico Estrabón y el emperador con sumo detalle. Incluía las fascinantes condiciones de que:

[Teodorico Estrabón] había de ser el «único gobernante» de los godos, y que el emperador no debía permitir la entrada a nadie que quisiese penetrar en su territorio.

Estrabón sentía claramente la presión. No quería que Tiudimer y Teodorico se interpusiesen en su camino y reclamasen sus honores o, dado el caso, atrajesen a sus filas a los soldados rasos de quienes obtenía su poder. Y hay que tener en cuenta que esta era una clara posibilidad. A pesar de

que algunos de los camaradas más cercanos estaban demasiado comprometidos con una u otra dinastía para actuar así, el lema de gran parte de los guerreros de aquellos grupos godos (y otros no romanos) poco definidos en suelo romano a finales del siglo IV y en el V era sin duda «esta lanza está en alquiler». Clodoveo no solo eliminó a sus rivales, sino que al mismo tiempo expandió su poder añadiendo a los suyos la mayoría de guerreros de sus adversarios, y este no fue un incidente aislado. En los años posteriores a 473, la fuerza de combate de los godos se movía efectivamente de un bando a otro de los dos liderazgos, y, al conseguir el respaldo del emperador en cuanto a su preeminencia como líder de los godos, Estrabón simplemente se estaba tomando SHS represalias.[25]

Si el compromiso de 473 no podía durar demasiado, las muertes en rápida sucesión de los tres protagonistas principales precipitaron su rápida cancelación. Los dos primeros fallecimientos ocurrieron en Constantinopla. El 18 de julio de 474, a los 73 años, murió el emperador León y fue sucedido por su nieto León, a través de Zenón. León II fue coronado el mismo día de la muerte de su abuelo. La evidente premura es en sí misma un indicativo de que los planes estaban en marcha, y menos de un mes después, el 9 de febrero, el joven emperador coronó a su padre como emperador Augusto junto con él. Al parecer, Zenón había completado el ascenso desde guerrero isaurio hasta convertirse en divino emperador electo de los romanos; una trayectoria sorprendentemente ascendente y uno de los legados más extraños de Atila al mundo romano.

Sin embargo, antes de terminar el año, el joven León murió

(de causas naturales: 474 fue un mal año para los emperadores León I y II) dejando a Zenón solo en el trono. Es posible que el isaurio hubiese tenido que competir por el control de su hijo, pero la muerte de León despojó a Zenón de su capa de legitimidad imperial (después de todo su hijo era el vástago de una princesa imperial) y el complot se endureció. En particular, Verina, la viuda de León I, tenía un hermano llamado Basilisco, y ambos estaban mejor posicionados que Zenón para ganarse el apoyo de los que tradicionalmente movían los hilos en Constantinopla. Teodorico Estrabón, enemigo natural de Zenón, estaba ansioso por entrar en liza, como también lo estaba uno de los principales intermediarios isaurios influyentes, el general Ilo. Al ver que el poder se le escurría entre los dedos, Zenón huyó furtivamente de la ciudad en el primer mes del nuevo año, y Basilisco se convirtió en emperador, coronado el 9 de enero de 475.

Un golpe típicamente constantinopolitano había logrado el efecto deseado, pero el resultado distaba mucho de ser normal. La mayoría de emperadores depuestos hallaban rápidamente su fin a menos que conservasen la lealtad de una parte considerable del ejército de campo y de sus comandantes, cosa que no sucedía con Zenón. A pesar de ello, como jefe isaurio, Zenón tenía otros recursos a su alcance, y al enterarse del complot y abandonar enseguida la ciudad, logró escapar hacia Isauria, refugiándose en una de las fortalezas de las montañas en el corazón de su territorio.

Ilo fue oportunamente enviado a sitiar Isauria: un isaurio a la caza del otro. No sabemos con exactitud dónde estaba ubicada la fortaleza de Zenón, pero un exhaustivo trabajo de campo en los montes Tauro ha descubierto el tipo de estructura que hemos de tener en mente. Si imaginamos altos muros en lo alto de un risco árido, dominando un estrecho pero fértil valle, entonces estamos en el lugar adecuado. Bien abastecido con cisternas de agua, y con infinidad de modos de introducir alimentos en el interior en momentos de apuro, estas intrincadas montañas eran básicamente impugnables, y solo podían ser tomadas por inanición o por traición. El propio cuartel general de Ilo, por ejemplo, resistió un asedio de cuatro años en la década de 480.[26] Por consiguiente, a pesar de estar felizmente acomodado en el manto púrpura, Basilisco seguía inquieto en la primavera de 475, sabiendo que Zenón permanecía suelto y que doblegarlo no sería tarea fácil. La inquietud se tornó en preocupación cuando le llegó la noticia de lo que estaba sucediendo simultáneamente en los Balcanes occidentales.

Desconocemos cuándo ocurrió exactamente, pero poco después de que los antiguos godos panonios se establecieran en Macedonia, Tiudimer, el tercero de nuestros principales protagonistas, sucumbió. Debía estar en mitad de los cuarenta, pero su previsión al apartar del grupo a su hermano menor Vidimer fue recompensada. Sin ningún contrincante a la vista, el trono pasó legalmente a Teodorico, que tenía poco más de veinte años. Esto era un problema para Basilisco, porque Teodorico no se contentaba con permanecer quieto. Comprendiendo que se le ofrecía una nueva oportunidad en todo aquel embrollo, se puso en contacto con Zenón y le ofreció el apoyo de sus godos a cambio del generalato imperial y todos los privilegios financieros y de toda índole que León había devuelto a Estrabón y a los godos tracios en 473. Volvieron a cargar sus pertenencias en los carros y el

grupo entero partió de su remanso de paz en los Balcanes hacia los acontecimientos de su objetivo final: la llanura tracia mucho más cercana a Constantinopla, y el enorme desafío planteado por sus rivales godos. Una vez más, el atrevimiento del joven rey resulta llamativo, aunque este traslado no era más que la continuación de la misma apuesta que les había llevado al sur de Panonia; y en el sentido más literal, Teodorico no tenía otra elección más que seguir lanzando los dados. Quedarse políticamente encallado en tierra de nadie en Euboia no era una opción a largo plazo si la fuerza guerrera no empezaba a cambiar de bando.

En Constantinopla, la movilización de Teodorico, combinada con un extraordinario golpe de suerte, el tipo de suceso que le hace a uno pensar en los Hados divirtiéndose ahí fuera, hizo descarrilar al régimen de Basilisco. El movimiento de Teodorico desde Euboia iba dirigido precisamente a los godos tracios. Su efecto era el de mantener ocupado a Estrabón y a sus hombres, la fuerza más enconadamente contraria a Zenón de que disponía Basilisco, durante el verano de 476, en el momento decisivo en que un resucitado Zenón avanzaba hacia Constantinopla. Este avance era en sí mismo el resultado de un golpe de suerte, que al principio no lo parecía. En la primavera de 476, Ilo había estado inactivo esperando bajo las puertas de la fortaleza de Zenón durante más de un año, cuando capturó a Longino, hermano de Zenón. Podría pensarse que esto debió de suponer otro serio revés para el emperador depuesto, pero, en mundo de políticas personalizadas, el efecto fue electrizante. El hecho de tener al hermano de Zenón, Longino, a su disposición reforzó la posición de Ilo sobre el anterior emperador, la seguridad de que Zenón aceptaría cualquier trato que pudiera plantarle. Quizás ya habían estado negociando, no lo sabemos, pero Longino era la garantía vital que Ilo necesitaba. Rápidamente cambió de bando y volvió al lado de Zenón, y los dos isaurios dirigieron sus fuerzas de nuevo hacia Constantinopla.

Llegados a este punto, la preocupación se convirtió en alarma y Basilisco envió a su encuentro a las últimas fuerzas de campo que le quedaban, dirigidas por su sobrino Armato; una apuesta segura, sin duda. No obstante, Basilisco tenía hijos, entre ellos varones, mientras que Zenón, tras la muerte de León II, no tenía ninguno. Así pues, Zenón ofreció a Armato los habituales honores cortesanos, y a continuación le planteó el argumento: convertiría en césar al hijo de Armato (llamado también Basilisco), le haría heredero del trono. Armato mordió el anzuelo, cambió también de bando, y de repente Basilisco no tenía ejército ninguno. Su régimen se había disuelto, porque los jugadores clave vieron que podían obtener más ventajas con la restauración de Zenón y con Teodorico el Amal manteniendo ocupados a los tracios.

Como estudio de un ejemplo de manual sobre la mezquindad humana y la vanidad de la ambición apenas podría mejorarse, y los acontecimientos pronto evolucionaron hacia un desenlace apropiado. Basilisco y su familia buscaron refugio en una iglesia, y solo consiguieron hacerlos salir con el señuelo de la promesa de que no serían ejecutados. Zenón los envió al exilio a Limnae, en Capadocia, donde, cumpliendo su palabra, no fueron ejecutados. En lugar de ello, los emparedó en una cisterna seca y los dejó morir. Por su parte, Zenón recuperó el trono en agosto de 476, justo

a tiempo para recibir la embajada de Odoacro, nuevo dirigente de Italia, que le entregó las vestimentas imperiales del depuesto Rómulo Augústulo en aquel sorprendente gesto con el que comenzamos. Después de tantos siglos, la mitad occidental del imperio romano había dejado de existir. Cómo y por qué desempeñaría el joven Teodorico un papel preponderante en el primer intento por restaurarlo surge directamente de lo que el emperador Zenón hizo a continuación.[27]

A pesar de que Zenón había vuelto al poder, o por lo menos en apariencia, tras dieciocho meses de exilio, su situación distaba mucho de ser satisfactoria. En primer lugar, ahora estaba endeudado, en general demasiado, con una serie de personajes influyentes, especialmente con Armato e Ilo, que habían cambiado de bando por sus propias razones en momentos cruciales. Además, estaba también el problema de los godos. Los godos tracios no habían podido mantener a Basilisco en el trono, pero el poder de Estrabón seguía intacto. Algunas cosas se resolvieron fácilmente. Al parecer, nadie se preocupaba demasiado por Armato, un dandi arrogante al que le gustaba disfrazarse de Aquiles y desfilar en el Hipódromo, y a quien la traición a su tío Basilisco convirtió en presa legítima. Zenón, oportunamente, lo hizo matar por uno de sus protegidos, un tal Onulfo, que en realidad era el hermano de Odoacro, gobernante de Italia, pero que había decidido hacer carrera en los círculos constantinopolitanos en vez de seguir a su hermano a Occidente. Ambos eran originariamente príncipes de los escirios, pero se habían visto obligados a seguir nuevos derroteros cuando aquellos fueron derrotados a manos de los godos panonios en la década de

460, en la batalla en la que cayó Valamer (suceso harto significativo en los acontecimientos que se produjeron después). Al hijo de Armato se le perdonó, pero fue ordenado sacerdote, y al parecer nadie pestañeó ante lo ocurrido. No obstante, para tratar de comprender el comportamiento de sus distintos rivales políticos a lo largo de la década siguiente, hay que tener en cuenta la preferencia de Zenón por la acción directa.

Los godos tracios suponían un grave problema. Las cifras conservadas en nuestras fuentes (bastante buenas teniendo en cuenta los patrones medievales) indican que podían alinear a más de diez mil guerreros. Como parte de un trato, Estrabón recibía raciones y paga para trece mil hombres: un buen indicio del tamaño de su ejército. Los números que tenemos de los partidarios de Teodorico el Amal sugieren que también su tamaño era similar, y el relato general confirma este punto: ninguno de los grupos por sí solo podía enfrentarse al otro y ser decisivo. Y en ello residía el problema de Zenón. Teodorico en un principio prometió atacar a los godos tracios, pero al final tan solo llevó a cabo alguna escaramuza en 476 y 477, mientras pedía a Zenón ayuda imperial. El emperador titubeaba e incluso pensó en cerrar un trato con Estrabón, sobre todo porque este último había atraído a algunos desertores de los godos panonios.[28] Si esto suena extraño, hay que recordar que Teodorico todavía no era el victorioso gobernante de Italia, sino un joven líder que había arriesgado a sus hombres en un importante reto. Y algunos de estos habían llegado a la conclusión de que Estrabón era la mejor apuesta.

Al final, Zenón permaneció al lado de su joven aliado, y en

el invierno de 477-478 alcanzaron un acuerdo para la campaña de la siguiente estación:

Teodorico había de avanzar con su propia fuerza, que estaba concentrada en torno a Marcianópolis, y cercarla. Cuando llegara a las puertas del monte Hemo, el capitán de los soldados de Tracia se reuniría con él con sus 2.000 soldados de caballería y 10.000 de infantería. Una vez cruzado el monte Hemo, otra fuerza de 20.000 soldados de infantería y 6.000 de caballería se incorporaría a la suya... cerca de Adrianópolis.

Todavía había más soldados disponibles procedentes de las guarniciones de ciudades de la llanura tracia, pero seguramente no serían necesarios. Dado que Estrabón tenía en torno a diez mil hombres, quizás unos cuantos más, como el propio Teodorico, el plan era movilizar a cerca de cincuenta mil hombres contra él: una ventaja de cuatro a uno. Era más que suficiente para aplastar a los godos tracios de una vez por todas (Figura 3).[29]

Sin embargo, el resultado no fue ni remotamente el que había esperado Teodorico. Dieciocho meses más tarde, se encontró de nuevo de vuelta en los Balcanes occidentales, fuera del gran puerto romano de Epidamno (la moderna Dirraquio en Albania), enfrascado en discusiones con un embajador imperial. El godo tenía tres quejas concretas acerca de lo que en realidad había sucedido en la campaña de 478, en relación a lo que se había planificado:

En primer lugar, prometiste que el general de Tracia se uniría a mí inmediatamente con sus fuerzas. Nunca apareció. Luego prometiste que Claudio, el tesorero pagador de los soldados godos, vendría con la paga de los mercenarios. No le vi en ningún momento. Tercero, me diste guías que dejaron el camino más fácil para el enemigo y que me condujeron por un empinado sendero con precipicios a ambos lados. Teniendo en cuenta que, lógicamente,

viajaba con la caballería, carros y todos los pertrechos del ejército, en aquel lugar estuve muy cerca de la destrucción completa de toda mi fuerza, si el enemigo hubiera atacado repentinamente. [30]

De hecho, la ruta por la que fue guiado, como sabemos por el relato de Malco, condujo a las fuerzas de Teodorico directamente a brazos de Estrabón y de los godos tracios. No fue una casualidad. Zenón había estado negociando con Estrabón en el invierno de 477-478 antes de decidir, al parecer, resolver su problema godo ayudando a Teodorico a vencer; por lo tanto, sabía con exactitud dónde estaban acampados los godos tracios. En vez de llevar a cabo lo acordado, la verdadera intención de Zenón, en 478, era la de manipular a los dos grupos godos y conducirlos a la confrontación que ambos habían estado evitando desde 476. De hecho sí que movilizó a los ejércitos mencionados en el acuerdo con Teodorico, pero los retuvo, presumiblemente para recoger los restos de los contingentes militares de ambos grupos después de que el combate entre los dos Teodoricos llegase a un punto muerto. Tras haber quitado de en medio a Armato, nuestro emperador isaurio trataba de simplificar todavía más la partida de ajedrez organizando una drástica eliminación del tablero de dos fichas godas de un plumazo.

Sin embargo, el astuto plan de Zenón se desbarató debido a otros dos acontecimientos, uno estaba fuera de su alcance, el otro fue maquinación suya. En primer lugar, los godos se negaron a combatir. Malco nos proporciona una escena extremadamente retórica en la que Teodorico Estrabón tiene que convencer a su joven tocayo para que reconozca la traición del emperador:

Tras haberte emplazado y anunciado que vendrían y combatirían a tu lado, [los romanos] no están aquí ni se reunieron contigo en las puertas [del monte Hemo] como habían prometido. Te han dejado solo para que fueras destruido por completo y para castigar al pueblo al que has traicionado por tu precipitación.

En realidad dudo, encontrándose desprovisto de refuerzos y paga, y conducido por una ruta intransitable que casualmente le llevó directamente hacia Estrabón, de que Teodorico necesitase que nadie le dijese que había sido traicionado. Malco pone también en boca de Estrabón las verdaderas intenciones de Zenón:

Mientras ellos permanecen en paz, [los romanos] desean que los godos se desgasten. Caiga quien caiga de los dos, ellos serán los vencedores sin ningún esfuerzo, cualquiera de los dos que destruya al otro gozará de una victoria cadmea, como dicen ellos, puesto que quedará mermado de efectivos para hacer frente a la traición de los romanos.

Aquí, dudo otra vez de que Teodorico necesitase ayuda para comprender la situación, o de que Estrabón viera una referencia a Cadmo (el fundador de Tebas que se quedó solo con cinco guerreros, nacidos de los dientes del dragón, tras combatir hasta un punto muerto) como base para su argumento, pero se percibe una mayor autenticidad en el modo en que cierra Malco la escena. En su relato son los panonios seguidores de Teodorico los que le fuerzan a no luchar; se dan cuenta de lo mucho que pueden perder en la confrontación, y amenazan con abandonarlo (como muchos de sus compatriotas ya han hecho) si su líder intenta luchar. [31] El resultado es un pacto godo de no agresión. Ambos tenían libertad para conseguir de Constantinopla el acuerdo

que les conviniese, pero no lucharían entre ellos.

Como los godos no eran tontos, Zenón debió de haber calculado la posibilidad de que se produjese aquel resultado, y sus ejércitos movilizados estaban allí para intervenir y salvar la situación si era necesario. O tendrían que haber estado allí. De hecho no estaban porque Ilo había abandonado Constantinopla tan encolerizado, y los ejércitos de campo, es decir, los oficiales, estaban tan alborotados que tuvieron que ser enviados a los cuarteles de invierno. Una vez más, los problemas de los godos y los acontecimientos Constantinopla se entremezclaban. Al parecer, Zenón había sido demasiado codicioso en 478, tratando de orquestar un final al estilo de El padrino, en el que todos los obstáculos que se interponían en su camino al poder eran eliminados simultáneamente. Hay que recordar que Ilo había sido una figura clave en la restauración de Zenón al trono en 476, pero solo lo hizo porque contaba con la ventaja de tener al hermano del emperador como rehén. Zenón no iba a dejar esta situación sin resolver durante demasiado tiempo, sobre todo si podía evitarlo. Fiel a su costumbre, hizo un primer intento de asesinar a Ilo en 477, al que el isaurio no solo sobrevivió, sino que decidió sacarle provecho, obteniendo más honores de parte de Zenón, entre otras cosas el consulado para el año 478, como precio a su continuada participación en el régimen. No obstante, a comienzos de 478 hubo un segundo intento. Ilo sobrevivió nuevamente, pero esta vez, después del suceso, se llevó al ejecutor a Isauria para que le ayudara en sus pesquisas. La disputa hizo que se perdiera la confianza en el ejército de campo y esto fue lo que en realidad afectó a los godos, que pagaron las consecuencias.

Después de que los dos Teodoricos averiguaran lo que estaba sucediendo y decidieran no combatir, un proceso que no debió de llevarles más de dos nanosegundos, el más joven avanzó hacia Constantinopla. Traicionado y asqueado, con sus seguidores cada vez más rebeldes a causa del fracaso, hasta aquel momento, del resultado de la gran (literalmente, si hemos de creer las supuestas quejas acerca de la no aparición del tesorero pagador de los godos, y no veo razón por la que se deba dudar), el joven Teodorico necesitaba imperiosamente un triunfo. Algunos de sus partidarios habían desertado y se habían pasado a Estrabón el año anterior, y su lealtad general se basaba en el coraje personal de su tío, no en una antigua e inquebrantable lealtad a la realeza. En 478, el imperio oriental, sobre todo en la persona de Zenón, había reaccionado con una decidida negativa al ofrecimiento de apoyo, totalmente inesperado y profundamente egoísta, puesto en escena por la marcha de los godos panonios hacia el sur cinco años antes, y ahora todos trataban de averiguar lo que tenían que hacer. Zenón tenía dos grupos de godos hostiles desplegados en los alrededores de su capital, y carecía de un ejército de confianza. Dado que Estrabón estaba un poco menos enfadado que su joven rival, el emperador decidió llegar a un acuerdo con él, ofreciéndole un cheque en blanco, que el líder tracio cumplimentó debidamente. El generalato superior del imperio pasó a sus manos, y desde Constantinopla empezaron a circular oro y raciones hacia el norte para sus partidarios.

Esto concedió a Zenón un cierto respiro mientras Teodorico se calmaba, pero las poblaciones provinciales pobres de los Balcanes tuvieron que pagar un precio excesivamente alto. De su época como rehén en Constantinopla, el godo sabía que las murallas hacían inexpugnable la ciudad, por consiguiente se retiró lentamente hacia el oeste siguiendo los 1.120 kilómetros de una de las antiguas carreteras imperiales más largas: la Vía Egnatia, construida en el siglo II a. C. para unir una serie de colonias romanas que se extendían desde el Adriático hasta el Bósforo. Para mantener contentos a sus seguidores con botín, para manifestar su enojo y para forzar a Zenón a que le hiciera una oferta (a partes iguales), saqueó las principales ciudades que se encontraban en su camino; la arqueología de Filipi y Stobi muestran las cicatrices. A continuación decidió hacer una escapada con sus fuerzas móviles al estratégico y bien defendido puerto de Epidamno, que capturó mediante subterfugios en el verano de 479. Y según nos relata Malco, su plan era aguardar allí y ver qué pasaba después.[32]

En un pequeño bastión justo fuera de la ciudad se encontró con el embajador imperial para expresar sus quejas sobre su campaña estacional de 478. Tras vaciar todo lo que le oprimía el pecho, y sintiéndose confiado en el interior de los muros de la ciudad, planteó una serie de propuestas al sin duda desconcertado embajador. Si todo se resolvía entre ellos, él estaba dispuesto a ubicar a sus no combatientes en la ciudad que Zenón eligiese, a entregar como rehenes a su madre y a su hermana, y a luchar con seis mil de sus hombres allí donde el emperador quisiese. No es de extrañar que su primera idea fuera que:

Con estos y las tropas ilirias y aquellos que el emperador le enviase, él destruiría a todos los godos de Tracia, a condición de que, si lo hacía, él se convertiría en general en el lugar de [Estrabón] y sería recibido en la Ciudad

O bien:

Estaba dispuesto, si el emperador así lo ordenaba, a ir a Dalmacia y restaurar a Nepote.

Julio Nepote fue el último emperador romano occidental reconocido por León en Constantinopla. Comandante de las fuerzas romano-occidentales en Dalmacia, había desembarcado en Portus (uno de los dos puertos marítimos de Roma, en el tramo final del Tíber) el 19 de junio de 474 para derrocar al pretendiente Glicerio, siendo proclamado emperador en su lugar aquel mismo día, y de nuevo en Roma unos días más tarde. Había sido derrocado a su vez por el comandante del ejército italiano Orestes, cuyo hijo Rómulo, conocido como Augústulo, es considerado comúnmente como el último emperador occidental. Tras ser depuesto en 476, Odoacro envió las ropas imperiales a Constantinopla.

Por consiguiente, restaurar a Nepote implicaba entrar en Italia y en la propia Roma.[33] Se desconoce hasta qué punto era serio el ofrecimiento de Teodorico en 479; imagino que esperaba más bien una especie de renovada alianza contra Estrabón. No obstante, este ofrecimiento resultaría profético; una década después, la caravana de Teodorico se dirigía de nuevo hacia el norte y fuera de los Balcanes, pero su destino no era un regreso a Panonia, sino a Italia. Teodorico no debió de prever las circunstancias que provocaron este desenlace cuando terminó el encuentro con el embajador de Zenón a finales del verano de 479.

RAVENA

Trasladar a Teodorico de Epidamno a Ravena es una tarea más difícil que trasladarlo de Singiduno a Epidamno, porque no tenemos fragmentos de la sumamente detallada historia de Malco de Filadelfia, probablemente porque esta misma tocó a su fin. En otras fuentes hay suficiente información para hacer un resumen de la historia, pero no la claridad que proporciona el material de Malco en las negociaciones a largo plazo, las rivalidades y las motivaciones. El material disponible todavía deja abierto, o medio abierto, uno de los principales puntos de interpretación, como ya veremos, pero supongo que esto no es tan malo cuando los acontecimientos se produjeron más de 1.500 años atrás.

En otoño de 479, las cosas habían llegado a un punto muerto. Zenón había cerrado un trato muy ventajoso para los godos tracios, porque no tenía otra elección, mientras Teodorico se apoderaba de un recurso estratégico. Sin embargo, lo que Teodorico no sabía cuando debatía los asuntos con el embajador de Zenón era que su lenta caravana había sido emboscada mientras avanzaba trabajosamente hacia Epidamno: dos mil carros habían sido capturados, se habían apresado cinco mil prisioneros y un generoso botín. Para Zenón aquel triunfo era suficiente como para pensar que podía obtener una ventaja militar sobre las fuerzas de Amal y poder dictar las condiciones de un acuerdo duradero, y posiblemente incluso la retirada de los godos del territorio

romano.[34] Por desgracia, no sabemos lo que realmente le sucedió a la caravana y a los prisioneros, ni lo que Teodorico hizo cuando se enteró de dicha pérdida. Probablemente no tenía demasiado margen de actuación en los tiempos inmediatamente posteriores, pero su pérdida más o menos definitiva de iniciativa acabaría invirtiéndose a medida que el culebrón político iba enviando a Constantinopla todos sus giros y ocurrencias.

El hecho de que Zenón y Estrabón hubieran cerrado un acuerdo no podía ocultar el que desconfiasen totalmente el uno del otro por la simple razón de que sus intereses a largo plazo eran diametralmente opuestos. Por consiguiente, cuando se llevó a cabo un nuevo complot contra Zenón a finales de 479, Estrabón lo respaldó. Como de costumbre, un miembro menor de la realeza estaba involucrado, esta vez un tal Marciano, nieto de aquel Marciano que había precedido a León I en el trono oriental, y que estaba casado con Leoncia, una hija de León (por lo tanto era también cuñado de Zenón). Cuando estalló el complot, Estrabón avanzó rápidamente hacia la ciudad para respaldar el golpe con los godos tracios, pero este fue rápidamente sofocado, dejando a Estrabón embarrancado. Al verse amenazado por los enviados de Zenón, argumentó que había acudido al rescate de Zenón. Hay que admirar los cojones[*] de los godos, pero nadie le creyó, y el acuerdo de 478 quedó al descubierto. Zenón reclutó a algunos búlgaros del otro lado de la frontera para que mantuviesen ocupado a Estrabón durante la campaña estacional de 480, pero, en 481, Estrabón tenían libertad de movimiento, presumiblemente porque gran parte de las tropas disponibles de Zenón se encontraban en los Balcanes

occidentales donde una facción militar continuaba atacando a Teodorico, cuya base seguía ubicada en Epidamno.

La jugada de Estrabón era arriesgada e irrevocable. Tras movilizar a todas sus fuerzas, avanzó de nuevo hacia Constantinopla, esta vez decidido a atacarla. El primer asalto lo dirigió a las puertas principales, pero fue rechazado por las tropas de Ilo. Las murallas de Teodosio resultaron una vez más inexpugnables. Entonces Estrabón reanudó las operaciones desde Sicae, al otro lado del Cuerno de Oro, pero no llegó a ninguna parte. Finalmente se trasladó a las cercanas Hestiae y Sosthenium, dos ciudades portuarias junto al Bósforo, en un intento por penetrar con sus tropas en Asia Menor, pero la marina imperial frustró también esta estratagema.

Como evidencia esta última maniobra, Estrabón había abandonado por completo la idea de llegar a un acuerdo con Zenón. Desde el fracaso del último golpe, había concedido asilo a dos de los hermanos de Marciano, y su plan era probablemente el de sentar a uno de ellos en el trono imperial. De hecho, es harto dudoso que pensase que podía tomar la ciudad mediante un ataque. Malco hace hincapié en los estrechos lazos de Estrabón con importantes círculos de la corte, como corresponde a un líder de las fuerzas militares que había formado parte de los ejércitos imperiales durante dos generaciones, y sospecho que el plan tenía por objetivo estimular un golpe de estado en el interior de los muros con el avance de los godos. Cuando esto fracasó, el proyectado avance hacia Asia Menor no pretendía asaltar la ciudad desde otro lado (todavía más difícil), sino provocar una revuelta masiva contra Zenón en el centro del imperio oriental, para aislarlo y forzar su derrocamiento final.

Sin embargo, Zenón tenía las fuerzas de Ilo para defender a la ciudad, y la marina imperial para frustrar los grandes planes de Estrabón, dejando al líder de los godos sin saber qué hacer a continuación. Al final, decidió trasladar a sus fuerzas hacia el norte siguiendo la Vía Egnatia, quizás con la esperanza de maquinar un nuevo plan involucrando a su joven tocayo que seguía refugiado en el otro extremo de la carretera. Se desconoce en qué consistía aquel plan, porque uno de los grandes momentos «ay» de la historia se interpuso: «Mientras cabalgaba una mañana temprano, su caballo lo lanzó y fue a parar sobre una lanza erecta que había junto a su tienda». Así murió Teodorico Estrabón.

Fiel reflejo de la propaganda Amal, Jordanes lo despacha con una simple frase, circunstancia que indica con claridad que, al no ser miembro de la dinastía Amal, carecía de importancia. Esto es manifiestamente falso. Mientras Teodorico el Amal, quizás debido a su inexperiencia, estaba ocupado firmando uno tras otro los cuestionables acuerdos de Zenón entre 475 y 478 (¡qué buen vendedor de coches de segunda mano hubiera sino aquel emperador!), Estrabón hacía planes a largo plazo y atraía a algunos de los partidarios de sus rivales godos. Con un poco más de suerte, Estrabón podía haber salido triunfante del enfrentamiento entre los dos Teodoricos, puesto que tanto antes como después (como veremos en el capítulo 3) estos godos estaban abiertos a líderes de fuera de la familia Amal, siempre que fueran efectivos. Sin duda, esto no había de ocurrir, y aquella prematura muerte presentó a nuestro jugador Amal un nuevo abanico de oportunidades.[35]

La sucesión entre los godos tracios pasó en un principio al hijo de Estrabón, Recitach, que gobernó junto con dos de sus tíos. La similitud con la organización de poder compartido de la familia Amal en la generación anterior a Teodorico es sorprendente. Y, como en aquellas componendas, el acuerdo subyacente se desmoronó, solo que a mayor velocidad y mayor mezquindad. Rápidamente Recitach hizo matar a sus dos tíos para asumir el poder en solitario; una vez más se pone de manifiesto que los lazos familiares funcionan de manera diferente entre los poderosos, cuyos parientes son más bien potenciales adversarios que aliados. Esta situación extendía lealtades entre los destacados líderes de segunda fila, cuyas elecciones juegan siempre un papel preponderante en el éxito de cualquier reinado. De acuerdo, Recitach era hijo de Estrabón, y este había sido un líder de primera clase, ¿pero era Recitach del mismo calibre?

Los acontecimientos exteriores pronto pusieron de relieve que no era así. La última, aunque nefasta, gran campaña de Estrabón de 481 solo había sido posible gracias a la ausencia de fuerzas imperiales de campo en los alrededores de Constantinopla. Zenón respondió retirando las fuerzas que se habían estado enfrentando a Teodorico en Occidente, acto que significaba que tenía que pasar de una acción militar a una opción diplomática en sus negociaciones con los godos panonios. El precio que consiguió Teodorico fue debido sin duda a su ardor argumentativo alimentado por las anteriores traiciones del emperador. Bajo las condiciones de un nuevo acuerdo en 482-483, sus fuerzas fueron reasentadas en los Balcanes orientales, en Dacia Ripensis y Baja Moesia, mientras el propio Teodorico era nombrado general imperial

superior, con los elevados niveles de remuneración para sus fuerzas que aquello implicaba. Tras una década de movimientos intermitentes y combates, la gran apuesta había logrado su recompensa.

Lo que es más, Teodorico fue nombrado cónsul para el año 484; el anuncio de dicha designación se hizo en algún momento de 483. En aquel período de la historia imperial, el consulado no era un cargo, sino un honor supremo dentro de las concesiones imperiales, que confería cierta inmortalidad puesto que los romanos designaban los años con el nombre de los cónsules, y era costumbre que el cargo fuera ostentado por los emperadores y sus más allegados. Ningún individuo que debiese su prominencia política al hecho de estar al mando de una fuerza militar no romana había recibido jamás semejante honor antes que él. Es evidente que Zenón se había visto obligado a conceder algo totalmente fuera de lo normal para resarcir a Teodorico por el doble juego de 478. El equilibrio había cambiado. Toda la fuerza estaba ahora del lado de Teodorico el Amal y no iba a desperdiciarla. A finales de 483 o a comienzos de 484, pero sin duda después de que el acuerdo que tanto le favorecía entrase en vigor, Teodorico hizo matar a Recitach cuando salía de los baños y se dirigía a un banquete en el distrito de Constantinopla conocido como Bonophatianae.

Aquí es donde nos enfrentamos a un importante vacío en las fuentes. Nadie nos dice qué hizo a continuación el grueso de los líderes de segunda fila de los godos tracios. Un puñado de ellos no hizo nada. Unos pocos oficiales superiores de la milicia romana oriental de la siguiente generación aparecen mencionados como godos que no siguieron a Teodorico a

Italia. Por otro lado, los godos tracios foederati desaparecen por completo de las páginas de la historia romana oriental en este momento, en lo que es más que un simple argumento desde el silencio. Los militares de los Balcanes fueron el foco de una importante revuelta contra el sucesor de Zenón, Anastasio, en la siguiente generación, hecho que recibe detallada cobertura en las fuentes que han llegado hasta nosotros. No hay el menor indicio de que los godos tracios, tan importantes en la década de 470, siguiesen existiendo como una unidad cohesionada. Puesto que resulta también evidente que Teodorico sacó de los Balcanes a muchos más de los diez mil guerreros que había conducido hasta allí, la estimación más exacta asciende a más de veinte mil, no hay duda de cuál era la decisión más sabia. Tras la eliminación de Recitach, la mayoría de líderes godos tracios de segunda fila cambiaron de bando y ofrecieron su lealtad a Teodorico, invirtiendo el movimiento que algunos de los partidarios de Amal habían perpetrado en 477-478. (Con toda probabilidad, esto había sido negociado cuidadosamente antes del golpe en Bonophatianae.) A comienzos de 484, Teodorico estaba en la cima. Garantizada su inmortalidad mediante el consulado, había asegurado un enorme flujo de dinero para sus seguidores y eliminado a otro grupo de dinastas godos rival. [36]

Según nuestras fuentes, Zenón no solo estaba involucrado en el plan, sino que lo impulsó. Para él las ganancias eran dobles. En primer lugar, aquello simplificaba enormemente la escena política. En lugar de los dos liderazgos godos, de los cuales uno siempre carecería de sus favores y por consiguiente sería hostil, ahora solamente había uno. Y lo que

también era importante, tenía los ojos puestos en un premio mayor. La peor pesadilla de Zenón era Ilo. Este le había mantenido en el poder en momentos cruciales, conduciendo tropas isaurias a la capital para sofocar el golpe de Marciano en 479 y para luchar contra los godos de Estrabón en las murallas de la ciudad en 480. Pero Ilo también tenía al hermano de Zenón como rehén, cosa que le otorgaba una ventaja inaceptable, y Zenón buscaba siempre la oportunidad para eliminarlo. En 481, intentó asesinarlo por tercera vez, lo cual le costó a Ilo parte de una oreja, y a Zenón un brazo y una pierna. Para restablecer después las buenas relaciones, el emperador fue forzado a conceder a Ilo carta blanca sobre parte de las tierras orientales más ricas del imperio. Ilo estableció una base en Antioquía, la segunda ciudad del imperio, y desde allí gobernó un feudo prácticamente independiente. Aquella no era una situación que Zenón pudiese tolerar durante mucho tiempo y, tras solventar el problema godo encumbrando a Teodorico a las alturas, se preparó para el enfrentamiento final. Todas sus fuerzas disponibles, incluyendo gran número de godos de Teodorico, podían concentrarse ahora contra su gran rival isaurio. Por consiguiente, al mismo tiempo que eliminaba a Recitach, Zenón rompió con Ilo destituyéndolo conceptualmente de sus cargos oficiales y poniendo en marcha una prueba de fuerza. Quizás los godos de Teodorico influyeron en el equilibrio militar, pero todo terminó rápidamente. Ambos bandos movilizaron todo lo que pudieron, sin embargo, cuando los dos ejércitos se enfrentaron cerca de Antioquía en septiembre de 484, Ilo sufrió una aplastante derrota. Huyó a su fortaleza en los montes de Isauria, lo mismo que había hecho Zenón en 475, y sacarlo de allí resultó igual de difícil. Conspiró durante cuatro años, pero al final no logró encontrar el modo de regresar a Constantinopla. Finalmente, la fortaleza fue traicionada e Ilo fue capturado y ejecutado, pero ya en el otoño de 484 había sido efectivamente eliminado de la política constantinopolitana.[37]

Ahora quedaban dos. La realeza secundaria había sido eliminada sin descanso: todos los posibles contendientes de entre los parientes políticos del viejo emperador León habían movido ficha y habían pagado por ello. El principal rival isaurio de Zenón había sido derribado, y los godos tracios habían perdido cohesión como fuerza política independiente. La única nube que empañaba el horizonte de Zenón a finales de 484 era Teodorico el Amal: cónsul, general imperial y, sobre todo, comandante de una fuerza independiente, con más de veinte mil hombres, que le debía a él toda su lealtad, no al emperador. Dados los antecedentes de Zenón en cuanto a tolerar el pluralismo político, aquella no era una situación que pudiese durar demasiado. A pesar de que el godo no era un serio contrincante al trono oriental (era incluso menos privilegiado que Aspar), podría apoyar a cualquier otro que sí lo fuera. El ajuste de cuentas final no tardaría en llegar. Los rumores iniciales empezaron a difundirse durante la campaña de Ilo, haciendo que Teodorico regresara a Constantinopla, aunque la fuerza que había enviado continuó luchando. Sin embargo, cuando terminaron con Ilo y el ejército regresó, Teodorico se rebeló abiertamente en 485.

Se dice que, al actuar de este modo, el godo tenía en la cabeza el destino de Armato: nombrado general vitalicio por Zenón en 476, y rápidamente asesinado. Esto tiene su perfecta

lógica, pero es posible que Teodorico estuviese pensando también en Basilisco y en Ilo. No se podía confiar en Zenón cuando se trataba de compartir el poder o de hacer promesas, pero tampoco Zenón podía fiarse de Teodorico. En 487, la partida llegó a su final. Teodorico avanzó hacia Constantinopla causando considerables daños en algunos de los barrios ricos de fuera de las murallas, pero, sobre todo, cortando parte del sistema de acueductos. De su estancia en la ciudad, el godo sabía lo mucho que su medio millón de habitantes dependía del flujo del agua de las precipitaciones recogido en las colinas de Tracia. Pero en realidad Teodorico no tenía intención de tomar la ciudad. Ni, a diferencia de Estrabón seis años atrás, parece que tuviera en mente su propio candidato al trono imperial. Su objetivo era presionar a Zenón para llegar a una solución final de sus quejas en la que ambos bandos pudieran creer. Sin embargo, ahí residía el problema. Zenón se había pasado la última década, e incluso más, eliminando la influencia de los individuos demasiado poderosos, y Teodorico era uno de ellos, especialmente tras la incorporación de gran parte de los godos tracios a su ejército.

No disponemos de ningún relato detallado de las negociaciones que se produjeron fuera de la ciudad, ni tenemos idea de cuánto duraron. Sin embargo, finalmente, o quizás enseguida, ambos bandos reconocieron la imposibilidad de una coexistencia real y acordaron que la marcha de los godos hacia Italia sería la solución ideal a sus problemas. Fuentes occidentales posteriores originadas en la corte de Teodorico en Italia hacen hincapié en que aquella decisión fue iniciativa suya e ignoran a Zenón, como era de esperar. No obstante, esto no significa necesariamente que

estén equivocadas, a pesar de que sus homólogos constantinopolitanos adoptan precisamente la postura contraria. Los pensamientos de Teodorico estaban puestos en Italia ya en 479, en aquel encuentro fuera de Epidamno, e independientemente de lo serio que fuera en aquella ocasión, es posible que la idea siguiera bullendo en el fondo de su mente desde entonces. Fuera como fuese, ambos bandos no tardaron en adoptarla, y, tras un año de interrupción que de nuevo pone de relieve la pesadilla logística que implicaban semejantes desplazamientos, la caravana de godos emprendió camino hacia el noroeste, fuera de los Balcanes orientales, en otoño de 488, con los ojos puestos en la recompensa de nuevas tierras fértiles en Italia. [38]

Otros tenían puntos de vista diferentes. Antes de que los godos alcanzasen siquiera las fronteras de Italia tuvieron que librar una importante batalla contra los gépidos y una serie de escaramuzas con distintos sármatas. Por su parte, Italia no les esperaba con los brazos abiertos. Desde 476 había estado gobernada por Odoacro, y este no estaba dispuesto a abdicar, supuesto de que Teodorico se lo permitiese. Presumiblemente, el dinero de Odoacro estaba detrás de los intentos de los gépidos y los sármatas por erosionar la voluntad y la fuerza de Teodorico en su marcha. A pesar de ello. Teodorico se abrió camino a través de estos obstáculos. dirigiendo él mismo una obligada travesía fluvial de lo que es ahora el Vuka (cercano al enclave de la horrible masacre de 1991), para que su caravana llegase a Italia a su debido tiempo por el valle de Vipava, la ruta principal que atravesaba los Alpes Julianos y conectaba las tierras bajas del Friuli con lo que hoy es el centro de Eslovenia. En Pons Isontii, el ejército de Odoacro le estaba esperando, pero fue rechazado y regresó a Italia tras una aplastante derrota el 28 de agosto de 489. Teodorico volvió a vencerlo el 30 de septiembre cerca de la ciudad de Verona, y al parecer eso fue todo. Odoacro huyó a Ravena, que se había convertido en una capital imperial y después posromana en el siglo v, porque sus pantanos la hacían inexpugnable y porque sus puertos eran invulnerables a los asedios.

De hecho, aún había algunos recovecos por solventar. Uno de los generales de Odoacro (llamado Tufa) se pasó al bando de Teodorico al principio de la contienda, pero después volvió a cambiar antes de finalizar 489. Asimismo, una fuerza de rugios que se había unido a Teodorico tras la destrucción de su reino austríaco por parte de Odoacro en 487, fue atraída, no obstante, por las promesas de este último, y cambió también de lealtad. Por consiguiente, en el invierno de 489-490, Teodorico se vio forzado a refugiarse en un reducto fortificado: la ciudad de Pavía. Aun así, en el verano de 490, Teodorico ganó una tercera e importante batalla el 11 de agosto, en el lugar donde la carretera que conduce de Lodi a Cremona cruza sobre el río Ada, y durante los siguientes dos años apretó el nudo en torno al cuello de Odoacro. La fuerza de Tufa fue eliminada, los rugios volvieron al redil, y, en agosto de 492, Teodorico inició un bloqueo marítimo a Ravena desde la cercana Rímini. La situación parecía interminable porque Ravena era difícil de capturar, pero finalmente se abrieron negociaciones el 25 de febrero de 493. El 5 de marzo, Teodorico entró en la ciudad tras aceptar que compartiría el poder. No obstante, el godo no se había pasado gran parte de su vida en torno a Constantinopla para nada.

Diez días después, en un banquete:

El propio Teodorico se abalanzó sobre él y le clavó una espada en la clavícula... El golpe fatal atravesó el cuerpo de Odoacro hasta la cadera, y dicen que Teodorico exclamó: «Es evidente que no había ni un hueso en el cuerpo de este desdichado».

Aquel mismo día, los principales partidarios de Odoacro y sus familias fueron rodeados y masacrados. Los dados que se habían lanzado veinte años atrás por fin daban su resultado. [39]Tras muchos miles de kilómetros, tras participar en conflictos menores y librar varias batallas importantes, la tierra de Italia era suya para gobernarla; finalmente, con sus maniobras había logrado la unificación de todos los godos. No obstante, en Constantinopla Teodorico había aprendido mucho más que la manera de cerrar acuerdos de mala fe. Con los recursos de Italia a sus espaldas, el nuevo rey, que todavía no tenía cuarenta años, se dispuso a dar rienda suelta a una ambición mucho más desmesurada de lo que hasta entonces había dejado entrever. El primer intento de restaurar el Imperio de Occidente estaba en marcha.

Capítulo 2

UN FILÓSOFO DE PÚRPURA

La imagen que se recibe del reinado de Teodorico en Italia surge en completo contraste con el osado y sumamente ambicioso jugador que acabamos de conocer, capaz de rebanar a un adversario en dos a la hora del coñac y el puro. Poco después de su muerte, Casiodoro, uno de los altos oficiales de sus últimos años, redactó el siguiente retrato:

Cuando dejaba de lado los cuidados del Estado, buscaba a través de la conversación las opiniones de los sabios de la Antigüedad, para con sus propias hazañas poder igualarse a los antiguos. Este agudo pesquisidor indagaba acerca del curso de las estrellas, de las simas del mar, de las maravillas de los manantiales, de modo que por sus diligentes investigaciones sobre la naturaleza de las cosas parecía un filósofo portando la púrpura.[1]

No era, pues, tanto el violento líder guerrero sino un sabio investigador en busca de las verdades más profundas de la naturaleza, una imagen reforzada por las numerosas cartas que se han conservado, y de cuya colección forma parte esta. Dichas cartas pretenden mostrar su gobierno en acción. Y en ellas, en un impecable latín romano, aunque ligeramente barroco, encontramos a Teodorico enfrascado en erradicar la corrupción, en dispensar la más ecuánime justicia, en

construir murallas y acueductos, e incluso en dar apoyo a los pilares educativos de la cultura clásica, a menudo mientras ofrecía, además, una pequeña homilía clásica. La misma devoción a la sabiduría se trasluce en los asuntos exteriores. En este campo, se le conoce por haber urdido una serie de alianzas matrimoniales con todos los principales reinos similares dentro de su órbita (los importantes reinos de los visigodos, burgundios, vándalos y francos, junto con algunos más pequeños; Figura 4), esforzándose después por mantener la paz cuando estalló un conflicto importante entre dos de ellos, los visigodos y los francos, en mitad de la primera década del siglo VI.

No obstante, observando por debajo de la superficie, el contraste entre el hombre de acción violenta y en ocasiones explosiva, que mantuvo a Constantinopla ocupada de un lado a otro durante una década y media, y el filósofo vestido de púrpura que gobernó Italia pronto se desvanece.

Casiodoro

Detrás de todo gobernante que ha pasado a la historia de forma positiva, se encuentra por lo menos un excelente asesor político, y Teodorico no es ninguna excepción. Casiodoro no solo escribió una *Historia Gothorum*, cuyo relato de la juventud del rey, en la reelaborada versión de Jordanes, ocupó nuestra atención en el anterior capítulo, sino que también redactó y después recopiló un corpus de cartas oficiales de su época como alto funcionario de los reyes godos de Italia: las

Variae. Este texto contiene 468 cartas, edictos y modelos de cartas (formulae) repartidas en doce libros, y constituye la fuente fundamental del sabio y pacífico Teodorico que acabamos de encontrar: el noble filósofo que trata de mantener unido el occidente romano que de lo contrario estaba al borde de la barbarie y la violencia. Es también una fuente que requiere un manejo extremadamente cuidadoso.

Aunque a primera vista no lo parezca, de hecho se trata de un peculiar ejemplo de autobiografía política. Muchos de los textos recopilados son cartas escritas en nombre de diferentes dirigentes godos del reino italiano, la mayoría para Teodorico, pero un buen número también para los distintos sucesores que desfilaron entre su muerte en 526 y el final del cargo ocupado por Casiodoro en torno a 538-539. No obstante, Casiodoro asegura a sus lectores en dos prefacios que fue él quien realmente escribió los borradores de las cartas originales, y que también fue el responsable de seleccionar y ordenar las que están incluidas en la colección. En otras palabras, la colección de las *Variae* no presenta todas las cartas que escribió Casiodoro para cada uno de los gobernantes godos a los que sirvió, sino una cuidadosa selección.

Y ahí reside el problema. La autobiografía política es uno de los géneros más resbaladizos. La combinación de autoengrandecimiento y autojustificación la hace casi proverbialmente poco fidedigna para los historiadores, y Casiodoro no es ninguna excepción, a pesar de que nos ofrece la habitual basura introductoria de que él tan solo la escribió porque sus amigos le instaron a emprender dicha tarea por el bien público. El elemento de autoengrandecimiento aparece

en las Variae alto y claro, sobre todo en la cita al inicio de este capítulo, extraída de una carta redactada por Casiodoro para anunciar su propio nombramiento al alto cargo. Dicho de otro modo, el propio Casiodoro es el interlocutor que pasaba largas veladas instruyendo a Teodorico sobre todos los temas, desde filosofía hasta astronomía. En esencia, no son más que sandeces. Esta imagen resultó ser atractiva para los comentaristas de anteriores generaciones históricas, que encontraron reconfortante la idea de que un bárbaro godo desease ser instruido en el conocimiento clásico, pero Casiodoro no fue, manifiestamente, tan importante para el régimen de Teodorico, por lo menos no hasta sus últimos años. Tras partir por la mitad a Odoacro a comienzos de la primavera de 493, Teodorico gobernó su reino italiano durante los treinta y tres años siguientes, hasta su propia muerte, el 30 de agosto de 526. Durante todo aquel tiempo, Casiodoro ostentó el importante cargo de cuestor entre 507 y 511, y el máximo puesto civil de prefecto pretoriano (director financiero y legal) desde 524 hasta la muerte del rey. Por lo tanto, durante la mayor parte del reinado de Teodorico, Casiodoro no tuvo cargo alguno, sobre todo durante la primera década más o menos de su gobierno, cuando se establecieron las líneas más trascendentales del gobierno de Teodorico. Y aunque probablemente sea acertado pensar que Casiodoro no estaba simplemente pudriéndose en sus propiedades entre 511 y 524, podemos poblar la corte de Teodorico de forma convincente con otros muchos consejeros romanos, que conocían la cultura clásica por lo menos tan bien como Casiodoro, si no más. Solo en los dos últimos años de los treinta y tres del reinado de Teodorico se perfila como remotamente plausible el retrato que Casiodoro pinta para nosotros sobre las relaciones entre ambos.[2]

Lo que es todavía más importante, en la época en que estaba recopilando la colección de las Variae, Casiodoro era un hombre que tenía mucho que explicar. En aquellos momentos, el reino godo se estaba acercando a un prematuro final a manos de los ejércitos romanos orientales lanzados a una conquista a gran escala (a veces se le ha llamado «reconquista», pero Constantinopla nunca antes había gobernado Italia, ni lo había intentado siquiera). La guerra empezó en 536, y, a pesar de que las últimas cartas de la colección no pueden fecharse con exactitud, sin duda pertenecen a los días terribles de finales de 538 o incluso de 539, cuando la situación era ya inevitable. Las fuerzas romanas orientales habían tomado la iniciativa estratégica y se cernían rápidamente sobre Casiodoro y el último de sus gobernantes godos, Vitiges, en el reducto final del reino, Ravena. Por consiguiente, Casiodoro reunió la colección en un momento en que la derrota parecía inevitable a manos de un ejército romano oriental con el que él mismo, en calidad de jefe financiero del régimen godo, había pasado por lo menos tres campañas estacionales ayudándolo a resistir. Entre otras cosas, su cargo implicaba la responsabilidad de avituallar y pagar al ejército, y las cartas muestran que estaba muy próximo a la toma de decisiones del rey en un momento en que hubo que tomar decisiones políticas desagradables, especialmente la de ejecutar a algunos rehenes senatoriales, cuando el régimen godo se vio sometido a una creciente presión. Si los victoriosos soldados romanos orientales hubieran tenido naipes marcados con los principales

adversarios en 539-540, el rostro de Casiodoro habría estado dibujado en uno. Por lo tanto, tras la caída de Ravena en el verano de 540, fue debidamente trasladado a Constantinopla. Para Casiodoro, las *Variae* iban a desempeñar una función extraordinariamente importante: habían de justificar a los nuevos gobernantes romanos orientales de Italia por qué había continuado al servicio de los reyes godos a pesar de su llegada a suelo italiano.

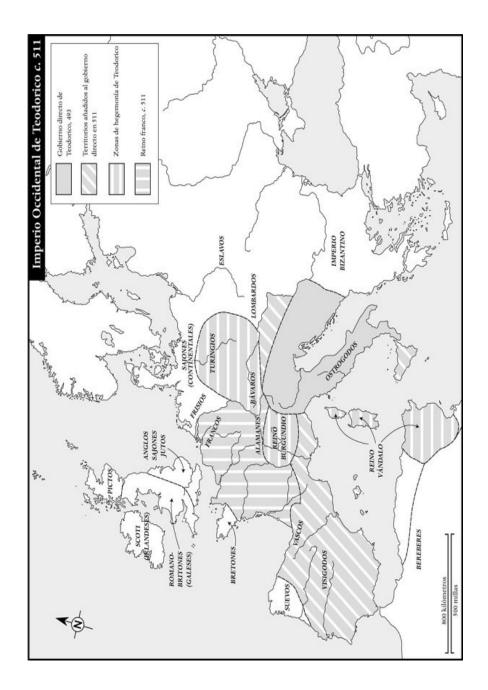
La posible distorsión de esta agenda es enorme, puesto que Casiodoro, como rico terrateniente italiano, tenía mucho que perder, incluso su vida en el peor de los escenarios. Afortunadamente para nosotros, su estrategia de finales de la década de 530 estaba estrechamente alineada con la de Teodorico, como confirman otras fuentes, cuando se redactaron las cartas. La principal justificación de Casiodoro de haber continuado al servicio de los reyes godos radicaba en la afirmación de que era correcto actuar así porque de hecho había estado sirviendo, con absoluta buena fe, a un régimen godo que era fundamentalmente «romano» en su naturaleza y en la práctica. Si, en Su infinita sabiduría, Dios decidía finalmente otorgar la victoria a Constantinopla, entonces los hombres no tenían derecho alguno a discutir Su criterio, pero no había de imputarse culpa alguna, reivindicaban implícitamente las Variae, por ello a Casiodoro, puesto que era y siempre había sido un buen romano actuando de la manera en que un buen funcionario romano había de hacerlo. Por consiguiente, en su deseo de presentar el reino godo de Teodorico como un régimen fundamentalmente romano, las necesidades de Casiodoro, mientras aquel desmoronaba, repetían tan vehementemente

propaganda del rey en la cúspide de su poder, que no tuvo que alterar demasiado el contenido de las cartas.[3]

Para comprender cómo pudieron primero el propio Teodorico y después Casiodoro proclamar que el régimen godo de Italia era de hecho «romano», cuando la dinastía Amal a la que él pertenecía tenía un origen tan palpable y reciente más allá de la vieja frontera imperial, es necesario explorar qué se entendía por romanidad. Era un concepto que no existía por sí solo. Como ocurre a menudo con las autodefiniciones, requería de una segunda parte para mostrar el reverso de las cualidades que los romanos se atribuían: los «bárbaros». Las ideologías estatales romanas identificaron una serie de características que diferenciaban. Una idea fundamental era que la población del imperio romano (o por lo menos su élite) era más racional que otros seres humanos debido a la literatura clásica en la que habitualmente se la educaba. La racionalidad se definía como la capacidad del individuo de controlar las pasiones corporales ejerciendo el intelecto. La inmersión en la literatura clásica mostraba al individuo numerosos ejemplos de hombres comportándose bien y mal, que, si se digerían correctamente, permitían el control del cuerpo. Por el contrario, los bárbaros eran presas de sus pasiones, totalmente incapaces de llevar un rumbo sensato, y especialmente dados a gratificar los deseos de la carne. En cuanto a la sociedad en general, la mayor racionalidad de sus miembros individuales significaba que los romanos estaban también preparados para subordinar la gratificación inmediata a la norma de la ley escrita: la garantía de una sociedad ordenada. Así pues, para los romanos,

abrumadora superioridad de la sociedad imperial, sintetizada en el período imperial tardío en la palabra *civilitas* (a grandes rasgos, «civilización»), acabó siendo representada como la norma de la ley escrita.

El cristianismo confirió a este sentido de superioridad una dimensión más amplia. La filosofía grecorromana de la naturaleza identificó un orden subyacente en el cosmos, cuya estructura reflejaba un principio divino organizador que le había dado forma a partir del caos primigenio. Así pues, desde un criterio que desciende de Pitágoras a Ptolomeo, las distancias desde la Tierra a los planetas reflejaban índices armónicos y una exacta proporcionalidad. El imperio romano cristiano, siguiendo la sólida justificación de los emperadores paganos, afirmaba que había una dimensión política en este orden cosmológico. Ningún gobernante terrenal podía ostentar el poder a menos que la Divinidad así lo ordenase. Esta idea continuó desarrollándose para respaldar la declaración de que el imperio romano era el particular agente del poder divino para perfeccionar a la humanidad. De este modo, Eusebio de Cesarea esgrimía que no había sido una causalidad que Cristo naciera durante el reinado de Augusto. Era parte del plan divino que los fundadores del cristianismo y el imperio romano hubieran coexistido. De forma generalizada, los emperadores cristianos se arrogaban a sí mismos el papel de regentes de Cristo en la tierra. Las ceremonias imperiales reflejaban la majestad del cielo, y un aura de sacralidad cristiana rodeaba a la persona imperial y a sus oficiales. Una adecuada educación clásica permitía, pues, que el individuo apreciase los beneficios de la forma de vida romana, y su importancia histórica dentro del plan divino de las cosas.[4]



El régimen de Teodorico se aferró a esta noción de *Romanitas* en su totalidad, sobre todo en la reivindicación de ser parte de un orden cósmico inspirado por la divinidad. Ya

le hemos visto hacer esta importante declaración en la carta a Anastasio, y se repite en muchas otras de las Variae. Afortunadamente. existen confirmaciones numerosas externas de que esta autopresentación era del propio Teodorico, y no una invención de la desesperada imaginación de Casiodoro en el momento en que se estrechaba el nudo alrededor de su cuello en Ravena. Sobre todo, tenemos los mosaicos de San Apolinar Nuevo en Ravena, originalmente retrataban a Teodorico entronizado en majestad, rodeado de su corte en el nuevo palacio que había construido allí. Justo enfrente estaba representado el Cristo Pantocrátor (el «Monarca de Todos») y la majestad del cielo. La mayor autoridad (el cielo) se mostraba respaldando directamente a la menor (Teodorico). Los palacios italianos de Teodorico (el de Ravena es el más conocido, pero se construyeron otros dos en Pavía y Verona) parece que imitaron el modelo arquitectónico del palacio imperial de Constantinopla. Por supuesto, Teodorico lo conocía bien, de sus diez años como rehén, y no solo construyó palacios «imperiales», sino que también desplegó en ellos el culto imperial al sacro gobernante. Las grandes ocasiones públicas como su ensayada entrada triunfal en Roma en el año 500, copiada por completo de la antigua ceremonia imperial del adventus, estaban diseñadas para proclamar, siguiendo el modelo constantinopolitano, la santidad y la naturaleza de inspiración divina de su mandato. [5]

Este es un elemento particularmente llamativo de la autopresentación de Teodorico porque no era un cristiano ortodoxo, por lo menos según la mayoría de sus súbditos italorromanos. Es decir, no se adhirió a la definición de la

Trinidad cristiana establecida en el Concilio de Nicea en 325, que afirmaba la total igualdad de Padre e Hijo. Como muchos godos, Teodorico pertenecía a una rama del cristianismo que en los libros de texto se ha definido como «arrianismo», denominada así por un sacerdote de la ciudad de Alejandría que floreció en las décadas de 320 y 330. No se sabe en realidad lo que pensaba Arrio, puesto que solo se han conservado fragmentos de sus libros citados por sus victoriosos adversarios, que tienden a citar, normalmente fuera de contexto, solo las cosas que consideran más dañinas. Todo cuanto podemos decir es que la rama del cristianismo abrazada por Teodorico era en su origen totalmente romana (no era ninguna rareza bárbara) y no descendía de forma significativa de las enseñanzas de Arrio (fueran cual fueren). En realidad representaba una vía de creencia tradicional cristiana previa a Nicea con raíces en testimonios del Evangelio (donde Jesús reza a su Padre «Hágase tu voluntad», por ejemplo, que no suena demasiado a una relación de igual a igual cuando todo está dicho y hecho) que era ortodoxia en el momento de la primera conversión a gran escala de los godos al cristianismo en la década de 370. No obstante, mientras que el mundo romano, tras haber dudado durante dos generaciones, se decantó decisivamente por Nicea en la década de 380, la mayoría de los godos, y otros bárbaros que entraron en contacto con el cristianismo, conservaron la vieja fe y prefirieron definir al Hijo como «igual» al Padre, en vez de afirmar que ambos, como estableció Nicea, eran de «la misma sustancia».

Teniendo en cuenta que gobernaba en Italia, es decir, en la tierra del papado y defensor máximo de la ortodoxia de Nicea, podría pensarse que la pretensión de Teodorico de haber sido nombrado por Dios debió de provocar ciertas divisiones. No fue así. Durante la mayor parte de su reinado, Teodorico y la institución católica se trataron con el mayor respeto. Con ocasión de su gran adventus ceremonial en Roma en 500, por ejemplo, Teodorico saludó al papa «como si fuera el propio san Pedro». El cumplido le fue debidamente devuelto. La propia Iglesia de Roma acudió en busca de los buenos oficios del rey cuando esta quedó dividida en dos por una discutida sucesión papal, el llamado cisma laurenciano, que debe su nombre a Lorenzo, uno de los participantes (junto con el papa Símaco) y final perdedor, destinado a pasar a la historia como antipapa. Se decía que la intervención de Teodorico en la disputa fue profundamente partidista (y todavía veo que reverberan ecos de esta opinión en el pertinente artículo de Wikipedia), pero el mejor y más reciente estudio académico acerca de dicha disputa (de la que se ha conservado abundante documentación) llega a la conclusión de que el rey se esforzó por actuar de forma imparcial y de acuerdo con los procedimientos establecidos, e hizo cuanto pudo por propiciar una resolución rápida y conciliatoria. A pesar de ello tuvieron que transcurrir ocho años para que se llegase a una conclusión. No obstante, sigue siendo un llamativo testimonio del nivel de reconocimiento de facto dado por la Iglesia católica a la legitimidad de Teodorico.

También se le concedía un reconocimiento similar en las asambleas formales de la Iglesia. Se conservan las actas oficiales de un sínodo romano de marzo de 499, cuya lectura resulta fascinante. En su apertura, los clérigos reunidos se

pusieron en pie y gritaron: «Escúchanos, Cristo. Larga vida a Teodorico». Lo repitieron treinta veces. Estas aclamaciones eran parte del acostumbrado ceremonial imperial, pero los clérigos no hicieron la más mínima mención al emperador Anastasio. Muchos eclesiásticos estaban también dispuestos de servir a Teodorico, tanto activa como ideológicamente. Por ejemplo, un diácono católico llamado Enodio pronunció un panegírico público ante el rey en 507, en el que explicaba cómo Dios había conducido a Teodorico a Italia para someter al endemoniado Odoacro.[6] A pesar de su credo particular, Teodorico afirmaba que gobernaba por inspiración divina, que actuaba en consonancia en todos los asuntos de la Iglesia, y que recibía adecuada respuesta de los eclesiásticos más destacados de su territorio.

La propaganda y los actos públicos de su régimen mostraban también un gran conocimiento de los otros elementos esenciales de la Romanitas. Teodorico era sumamente consciente de la importancia ideológica de la ley escrita, y también de asegurar una mayor racionalidad humana a través de la educación en los clásicos. El panegírico de Enodio subrayaba además que ius y civilitas presidían el palacio de Teodorico: ius designaba las bases de la ley romana, mientras que civilitas, como ya hemos visto, el estado de civilización superior generado por la ley escrita. Estrechamente relacionado con esto surgía el concepto de verdadera libertad (libertas) del individuo, que tan solo podían alcanzar aquellos que obedecían dicha ley. Muchas de las cartas escritas por Casiodoro para Teodorico exigían respeto por la ley romana, la citaban, reflexionaban sobre la corrección fundamental, o hacían referencia a la perdurable civilitas que mantenía el rey.[7] También la educación recibía su atención. El panegírico de Enodio volvía a hacer hincapié en la importancia de la educación clásica que Teodorico había recibido en Constantinopla. En su carta a Anastasio, Teodorico aseguraba, como ya hemos visto, que era precisamente esta educación la que le había enseñado a gobernar a los romanos correctamente. Numerosas Variae subrayan la atención que él le dedicó, o quizás, mejor, la atención que quería que vieran que le dedicaba. Proclamaba que la educación era la clave de la moralidad. A través de ella, el individuo aprende autocontrol, sin el cual la obediencia a la ley romana es imposible. Asimismo, al individuo que carece de autocontrol no se le puede confiar el gobierno de los otros. Para mantener el buen orden social —civilitas— la educación había de funcionar debidamente, no en vano le gustaba a la familia de Teodorico ser vista subvencionando la paga de los gramáticos.[8]

Se desplegó una completa batería de medios para difundir el mensaje de que el régimen de Teodorico era «romano» en el más fundamental sentido ideológico: estaba en sintonía con los planes de Dios para la humanidad. Para justificar esta afirmación y los pilares que la sustentaban se utilizaron panegíricos, cartas oficiales, acuñaciones (algunas de las monedas de Teodorico proclamaban *invicta Roma*), representaciones visuales y edificios: reverencia por la ley romana y la educación clásica. La expresión más completa y clara de todo esto se encuentra en las *Variae*, pero las ideas que afloran de todo ello están en otra parte, y el tono del régimen se estableció antes de que Casiodoro accediera al cargo. El descriptivo retrato en el que se muestra a Casiodoro

instruyendo amablemente a Teodorico en sus largas veladas fue también redactado tras la muerte del rey. Hay que dejar a un lado las pretensiones de Casiodoro, pues no hay la menor duda de que la agenda decididamente autorromanizadora de su régimen fue establecida por el propio Teodorico.[9]¿Por qué un guerrero godo de la dinastía Amal se tomó tantas molestias en presentarse a sí mismo tan profundamente romano?

La importancia de ser romano

A veces se ha atribuido a un sentimiento, un profundo respeto por todo lo imperial. No obstante, esto no hace justicia al evidente cálculo con el que Teodorico formuló las declaraciones públicas de su régimen italiano. Tampoco encaja con el Teodorico que conocimos en los Balcanes, que siempre estaba dispuesto, en caso necesario, a enfrentarse al imperio oriental directamente, y cuyo anhelo de una relación más estrecha con Constantinopla respondía a una posición absolutamente egoísta. Con un poco más de reflexión, encontramos una respuesta más satisfactoria. La decidida *Romanitas* de Teodorico era una estrategia sumamente inteligente, y francamente prepotente, con algunas aplicaciones muy prácticas.

El hecho de apropiarse de las ideologías del gobierno romano revestía la toma de poder de Teodorico en Italia de un lenguaje verbal y ceremonial que sus súbditos romanos, especialmente los de mayor importancia, podían comprender de inmediato, y situaba la postura pública de su régimen sobre una base harto tranquilizadora. Esto facilitaba su respuesta positiva al régimen que se disponía a instalar en Italia, con claros beneficios para ambas partes.

Tomemos, por ejemplo, a los sacerdotes católicos. El hecho de que Teodorico afirmase haber sido nombrado por Dios y después se comportase en consonancia, mostrando, por ejemplo, un respeto casi exagerado por el obispo de Roma, permitió que los eclesiásticos aceptasen explícitamente su pretensión en sus plegarias conciliares y a su vez actuasen de manera respetuosa. Esto les permitió conservar todas las prebendas que se habían ido atribuyendo a lo largo del siglo y medio de gobierno imperial cristiano -- una larga lista de tierras, ingresos, derechos y consiguiente influencia— e incluso presionar para conseguir más. De este modo, Teodorico obtuvo una legitimidad extra a través de la aprobación de los eclesiásticos e incluso cierta influencia sobre esta poderosa institución, aunque en las cosas importantes, como la elección de papas, tenía mucho cuidado en que se le viera actuar de modo imparcial. Los peligros de no participar en semejante coreografía de mutuo cortejo quedan perfectamente ilustrados en el África contemporánea de los vándalos, cuyos dirigentes pertenecían a la misma rama del cristianismo que Teodorico, pero donde Estado e Iglesia entraban en constante conflicto. El resultado eran periódicos episodios de persecución vándala. En sus peores momentos, estos sumían el reino prácticamente en una guerra civil, especialmente en el año 484, y provocaban importantes pérdidas de edificios e ingresos, por no mencionar prestigio e influencia, de la Iglesia católica en importantes partes del reino. En general, este conflicto no solo hacía difícil que los reyes vándalos pudieran mantener buenas relaciones con los clérigos católicos, sino que también envenenaba las relaciones con algunos de sus ricos súbditos romanos, que en aquella época eran en su mayoría católicos. De modo que todo el mundo perdía.[10]

La autopresentación de Teodorico también se dirigía por otros caminos a los corazones de las élites romanas eclesiásticas y seglares de su nuevo territorio romano. La élite seglar estaba compuesta por un grupo relativamente pequeño de familias que controlaban los depósitos del poder financiero del reino. Estas y las distintas instituciones de la Iglesia católica debían su hegemonía sobre todo a las tierras que poseían. Esto les proporcionaba riqueza, que a su vez les permitía dominar la política local y la administración. De hecho, bajo el imperio, fue precisamente su predisposición a recaudar y pagar al estado los impuestos obtenidos de las actividades agrícolas de sus propias haciendas y de las de sus arrendatarios e inferiores sociales lo que sostuvo todo el edificio imperial. Un gobernante militarmente dominante siempre puede intentar forzar los pagos, pero los impuestos son un tema político, y para que el sistema tributario sea satisfactorio precisa de un fuerte elemento de consenso. En el caso romano, el estado lo consiguió de la élite terrateniente parcialmente a través del clientelismo y en forma de concesión de cargos, pero fundamentalmente a través de su sistema legal. Al ser un grupo relativamente pequeño y tener tantas propiedades, la élite terrateniente romana altamente vulnerable al ataque por parte de los menos favorecidos. Y si se dejan de lado todas las sandeces acerca del orden social racional de inspiración divina, la ley romana consistía en realidad en proteger y definir los derechos de propiedad, de manera que el sistema legal generado y sustentado por el estado era el sostén fundamental del dominio social establecido de la élite. Por lo tanto, este era el quid pro quo básico que hacía que estuvieran dispuestos a recaudar y pagar impuestos a cambio.

Aquí Teodorico dio también en el clavo, puesto que un aspecto clave de su decidida Romanitas adoptó la forma de un compromiso básico para la continuación de la ley romana. En el fondo, aquello equivalía a una garantía explícita a las viejas élites romanas de Italia (por no mencionar a los ricos clérigos) de que sus fortunas tenían futuro en la nueva era política. El viejo orden sería respetado por la nueva administración. Esto era mucho más que simple inercia por parte de Teodorico. Durante su lucha contra Odoacro llegó a amenazar con cancelar los poderes testamentarios de todos los terratenientes romanos que no le apoyasen activamente. Los afectados habrían perdido el derecho a legar sus tierras a los herederos de su elección, y se habrían enfrentado a un desposeimiento efectivo. Al final, Teodorico cedió frente a una embajada enviada por el obispo Epifanio de Milán, y las palpitaciones de los terratenientes se aplacaron.[11] Dudo que Teodorico tuviese intención de implantar esta medida, por lo menos no del todo, pero la amenaza fue un saludable recordatorio de lo que el nuevo rey podía hacer si así lo decidía. Al lanzar la amenaza y después retirarla, dejó muy claro a los terratenientes romanos de Italia que la participación activa en las estructuras gubernamentales del nuevo régimen era muy buena idea.

Esta postura ayudó también a Teodorico a negociar el inmenso problema de las relaciones públicas que no se podía evitar al inicio de su reinado. Había una cosa claramente no romana en el nuevo gobernante de Italia: el ejército que había traído consigo desde los Balcanes. Parte del mismo. especialmente los antiguos godos tracios, había estado en la nómina romana imperial durante bastante tiempo, pero en la revuelta ni siquiera los tracios foederati se habían comportado como un ejército romano normal, y los godos panonios, los rugios y otros grupos variados que Teodorico se llevó consigo, todos tenían orígenes recientes no romanos. En 493, parte de esta fuerza había estado combatiendo con él durante años. En el ínterin, había caminado miles de kilómetros, luchado en numerosos enfrentamientos pequeña escala, y sobrevivido a algunas grandes batallas, antes y después de entrar en Italia. Durante todo este tiempo Teodorico no había conseguido simplemente la lealtad de sus seguidores, sino que había tenido que ganársela. Para él había sido un esfuerzo mantener la lealtad incluso de algunos de sus godos panonios inmediatamente después de la muerte de su padre. Se había ganado al grueso de los godos tracios a mediados de la década de 480, y lo mismo había ocurrido en Italia, donde los rugios cambiaron alegremente de bando según su percepción de cuál podía ser la mejor opción. Y ahora, después de todo aquel esfuerzo, su ejército se había ganado un sustancioso bote: Italia y toda su riqueza. Aquel sorprendente triunfo simplemente planteaba el viejo problema de la lealtad de forma distinta. Después de haber colocado a su hombre, mediante las armas y la resistencia, al mando absoluto de un reino extremadamente rico, sus partidarios esperaban la correspondiente recompensa.

Aquello suponía un problema de dimensiones potencialmente enormes. La recompensa era un acto que Teodorico no podía permitirse escatimar. Las vidas de los monarcas de la Alta Edad Media que no recompensaban a sus seguidores de acuerdo con las expectativas de estos últimos tendían a ser breves y no poco penosas. Y la riqueza adoptaba una sola forma básica en el mundo antiguo y en el medieval: tierra y los ingresos que se derivaban de ella. De ahí el problema. Todo funcionaría a la perfección si se pudiera mantener leal a la élite terrateniente italorromana, seglar y eclesiástica, pero sus guerreros necesitaban compensación, ¿y dónde iba a encontrar Teodorico los recursos si no era en las carteras de las élites terratenientes asentadas de Italia?

Si no se hubiera actuado, las cosas podrían haberse descontrolado completamente. Los historiadores están tan acostumbrados al hecho de que el proceso de recompensas en Italia tuviera otro resultado que tienden a no reconocer su capacidad de desastre. Y este existía sin lugar a dudas. El Doomsday Book (Libro de Winchester) ilustra gráficamente lo que podía suceder cuando las actividades de apropiación de tierras por parte del ejército victorioso se llevaban a cabo sin restricciones. Veinte años después de la batalla de Hastings, los barones normandos que llegaron secuaces habían reemplazado sus terratenientes anglosajones en casi la totalidad del territorio inglés. Y el ejército godo de Teodorico no solo era más grande que el de Guillermo, sino que en otros lugares del Occidente posromano otros cuerpos regionales de terratenientes romanos estaban ya encarrilados, en la década de 490, en su trayectoria hacia la extinción final a manos de intrusos militarizados (de nuevo, sobre todo, en las islas británicas). [12]

El modo en que el régimen de Teodorico solventó el problema apenas recibe atención en las Variae, en parte porque en 507, cuando Casiodoro obtuvo su primer cargo oficial, ya hacía tiempo que la tarea había concluido, y por consiguiente no sabemos casi nada de los detalles de lo ocurrido. No obstante, pueden descifrarse las principales líneas de la resolución. Las dos cosas que nos cuenta Casiodoro son harto significativas. En primer lugar, Teodorico nombró a un hombre destacado para que le ayudase a encontrar una solución: un tal Pedro Marcelino Félix Liberio, normalmente conocido como Liberio. Procedía de una vieja familia senatorial y terrateniente romana y de más sangre azul imposible. Había empezado su carrera pública bajo Odoacro y se había ganado muchos puntos al negarse a cambiar al bando de Teodorico hasta que su antiguo patrón quedó convertido en un montón (en realidad en dos montones separados si hemos de creer a nuestra fuente) en el suelo de aquel comedor en Ravena. En aquel momento, Liberio se pasó al lado de Teodorico y, para su desgracia, fue nombrado prefecto pretoriano y se le adjudicó la responsabilidad total de asentar al ejército en la campiña italiana. Segundo, Casiodoro nos dice que la solución que encontró enriqueció adecuadamente al ejército godo mientras que los romanos «apenas sintieron pérdidas». La misma formulación aparece de nuevo en una carta al propio Liberio escrita por el diácono Enodio, que se pasaba el tiempo merodeando en la periferia de la corte de Teodorico en busca de favores, por lo que obviamente aquella era la postura oficial del régimen.[13]

No obstante, las posturas oficiales en los regímenes totalitarios, incluso en los antiguos, no están necesariamente relacionadas con la realidad, por lo tanto ¿qué sabemos exactamente sobre el modo de proceder de Liberio? Su tarea quedaba definida y en parte complicada por imperativos estratégicos, porque Teodorico no podía permitirse dispersar a sus seguidores armados, base de su fuerza militar, en lotes por toda la campiña italiana. Cuando las fuerzas romanas orientales invadieron Italia a finales de la década de 530, encontraron agrupaciones concentradas de godos en el noreste y noroeste, en torno a Ravena y en la región costera hacia el sur, y a ambos lados de las principales rutas a través de los Apeninos desde Ravena hasta Roma. Esta distribución tiene perfecta lógica, ya que cubre las principales y más probables vías de ataque terrestre desde el norte, el ataque marítimo romano oriental por el este, y la vía de poder más importante entre los dos principales centros políticos del reino.[14]

Las zonas con las que mejor se pudo negociar eran las que se encontraban fuera de las concentraciones. Un tercio de los ingresos tributarios normales procedentes de estos distritos no afectados (denominados con la habitual inventiva burocrática latina *tertiae*: «tercios») estaban destinados al sustento del ejército, y eran utilizados para suministrar los asiduos suplementos de dinero en efectivo, llamados donativos, que se entregaban periódicamente a hombres cualificados en edad militar. Por otro lado, las fuentes romanas orientales insisten en que hubo concesiones de

tierras, lo cual también tiene sentido. Recientemente, ha habido voces insistentes que han tratado de negar que las tierras cambiaran de manos en la década de 490, pero todo esto tiene su origen en un argumento silencioso: el hecho de que los terratenientes romanos no se quejaron al verse desposeídos. No obstante, todas nuestras contemporáneas italianas del reinado de Teodorico son oficiales, por lo tanto no es de esperar que haya quejas, aunque, como ya hemos visto, ni siquiera la postura oficial, debidamente repetida tanto por Casiodoro como por Enodio, negó que no hubiera habido pérdidas por parte de los romanos, lo que ocurre es que no fueron muy cuantiosas. Dado que incluso las fuentes oficiales estaban dispuestas a admitirlo, no hay razón para no aceptar lo que dichas fuentes afirman: los títulos de propiedad sí cambiaron de manos a mediados de la década de 490.

El modo exacto en que consiguieron Liberio y su equipo los recursos necesarios, en los sitios donde había que asentar a elementos del ejército, variaba de un lugar a otro. En primer lugar, se establecieron subgrupos de diferentes tamaños procedentes del ejército de Teodorico en distintas localidades, y, como ya vimos en el anterior capítulo, algunos de dichos grupos tenían una estructura social previa razonablemente compleja. Había dos rangos de guerreros y además esclavos no armados. Es muy probable que cada una de las clases de guerreros recibiera un tipo distinto de parcela, quizás en términos legales y también de cantidad. Parece improbable que los esclavos recibieran alguna cosa. Sin embargo, lo que Liberio debía de saber era cuánta tierra (contabilizada en términos del rendimiento anual que generaba, no por su

extensión física) había disponible en cada localidad, y quién era su propietario. El estado romano tardío llevaba detallados archivos precisamente con esta información con fines impositivos, y sabemos que esta estructura burocrática se conservó hasta el reinado de Odoacro. Por lo tanto, todos los datos básicos necesarios debieron de estar a disposición de Liberio, que puso en marcha sus habilidades políticas y se las ingenió para equilibrar las ganancias de los godos y las pérdidas de los romanos con el fin de maximizar la satisfacción de ambos.

Es imposible recuperar los detalles de sus diversas microsoluciones, pero las distintas opciones que tenía a su disposición pueden reconstruirse. En algunos lugares, la tarea no debió de ser demasiado difícil. Odoacro había pasado por un proceso similar al comienzo de su reinado en 476 porque, a medida que más y más provincias quedaban fuera de la órbita imperial, los ingresos procedentes de los impuestos eran insuficientes para mantener al viejo ejército imperial de campo de Italia de la manera a la que estaba acostumbrado, hecho por el que estaba dispuesto a rebelarse. Algunas de las fuerzas de Odoacro fueron utilizadas de nuevo Teodorico, pero otras no. Las propiedades de estas últimas fueron las que proporcionaron un buen número de recursos sin coste político alguno. Otro grupo de tierras de bajo coste, en términos políticos, procedía de los recursos de propiedad pública que pertenecían a ciudades y sociedades públicas de un tipo u otro (casas de baños, gremios, etc.). Cuando los administradores romanos (igual que Liberio y su equipo) tuvieron que encontrar tierras en África del Norte para los terratenientes romanos desplazados de sus provincias en el

centro en la década de 450 por la conquista de los vándalos, recurrieron precisamente a este tipo de activos. Por mi parte, tengo la profunda sospecha, aunque no lo puedo demostrar, de que cualquier terrateniente particular que perdiera alguna de sus tierras era recompensado con una reducción de impuestos sobre las parcelas que conservaba, minimizando el impacto sobre sus ingresos reales anuales. En otras palabras, los detalles prácticos debieron de ser complejos y variaban cuando los administradores de Liberio (estoy seguro de que él se ocupaba de las decisiones políticas, no de los detalles) se ponían a integrar a un subgrupo del ejército en una determinada localidad. Sin duda esta tarea debió de consumir mucho tiempo. [15]

Finalmente se completó la tarea, y cuando Liberio se retiró, a su debido tiempo, de la prefectura en el año 500 (quizás esta circunstancia marcase el fin del proceso de asentamiento) la satisfacción del jefe fue evidente. Le fue concedido un título totalmente honorífico pero poco habitual y altamente prestigioso: el de patricio. Por lo que podemos ver, se lo tenía muy merecido. Los terratenientes romanos permanecieron vivos y coleando, y nunca fue motivo de crítica del régimen el haber realizado un proceso de asentamiento injusto, ni siquiera cuando los romanos orientales trataron de desacreditarlo en la década de 530 (como veremos en el capítulo siguiente). Al parecer, el ejército de Teodorico también quedó satisfecho. Cierto es que, después, el rey tuvo que ejecutar de vez en cuando a algunos nobles descontentos, pero no hay indicios de revueltas significativas, que sí se habrían producido si las expectativas generales no se hubieran satisfecho. En realidad, hay tan poca información sobre el ejército godo en las *Variae*, que se ha convertido en uno de los recientes argumentos que afirman que los seguidores originales de Teodorico estaban tan contentos con lo que habían recibido que se diluyeron en la campiña italiana a partir de finales de la década de 490, satisfechos con elaborar aceite de oliva y pisar las uvas. Solo hay que pensar que la cultura del ejército de Teodorico era básicamente gótica para ver que esta descripción es muy poco convincente.

En primer lugar, cuando uno se pone a buscar, puede encontrar viñetas de la administración del ejército posteriores al proceso de asentamiento en cartas individuales de la recopilación de Casiodoro. Vemos a Teodorico, y a veces también a sus sucesores, convocando a subgrupos de determinadas localidades para recibir sus donativos (dejando claro que se llevaba un registro de individuos cualificados, como había de ser, para que el sistema funcionase), llevando a cabo las pertinentes disposiciones para proteger a sus antiguos soldados que habían superado la edad de servicio activo y pasaban penurias, e incluso ratificando al líder elegido por un subgrupo como prior, literalmente «primer hombre», de los godos en su localidad.[16] Evidentemente, en un principio debió de haber mucho más. No era el propósito de Casiodoro extraer de los archivos cartas sobre el ejército godo mientas se desmoronaba el reino a su alrededor. Sea como fuere, existe, afortunadamente, un paquete más sólido de evidencias en cuanto a la importancia y existencia continuada del ejército de Teodorico después de la década de Mientras que autoproclamada Romanitas 490. su desempeñaba sin duda un papel en los asuntos exteriores, así como en procurar que los terratenientes romanos se sintiesen mejor en cuanto a la vida, el universo y demás, el ejército continuó desempeñando un papel preponderante en las posteriores vicisitudes del régimen de Teodorico tras la conquista inicial de Italia. Estas actividades fueron las que dotaron de auténtica sustancia a las pretensiones más grandiosas de los godos.

El año 2000 de la historia de los godos

No se puede reconstruir ninguna narración completa del reinado de Teodorico en Italia. Es difícil decir cuánto había originalmente en la Historia de los Godos perdida de Casiodoro. Escrita a comienzos de la década de 520, en los últimos años del rey, constaba de doce libros y tenía sin duda un tono triunfalista. No obstante, desconocemos la longitud de cada uno de los libros, y Jordanes decidió no incluir demasiado acerca de las actividades de la vida adulta de Teodorico. Como hemos visto en el último capítulo, la Getica algunos detalles del regreso de Teodorico de Constantinopla y de los acontecimientos que lo llevaron a dirigirse a Tesalónica en 473, pero pasa por encima de los siguientes cincuenta y tres años con una narración irregular, destacando solo algunos hitos. A continuación sigue un resumen igualmente escaso de los acontecimientos tras la muerte de Teodorico (que no podía provenir del original de Casiodoro), terminando con la rendición de Vitiges en el año 540. Al documentar esta capitulación, que llevó a Casiodoro a Constantinopla y cuya aproximación le hizo ponerse a trabajar en las Variae, Jordanes hace la siguiente observación:

Y así un acreditado reino y aguerrida raza, que durante mucho tiempo ejerció influencia, fue finalmente derrotado casi en su año 2030.[17]

2030 es una cifra extremadamente rara, y no puede ser más que una extrapolación de una nota acerca de un supuesto aniversario del inicio del reino godo. Si restamos «casi» treinta de 540, nos situamos en el cálculo aproximado de c. 510, y por lo tanto, sin duda alguna, en el marco de la historia perdida de Casiodoro. De hecho, estoy francamente convencido de que Jordanes encontró este supuesto aniversario en la obra de Casiodoro, sobre todo porque este había establecido una técnica en el campo del cálculo cronológico en la época en que escribió su historia, tras haber redactado previamente una crónica mundial que abarcaba hasta 519. Por consiguiente, no hay forma de detectar su fértil cerebro detrás del invento de semejante y fastuoso aniversario de los godos. Por otro lado, cuando se retrocede a lo que puede reconstruirse del reinado de Teodorico, aparece en realidad un solo candidato posible para estos augustos aniversarios. Para comprender por qué, es necesario, una vez más, acudir a la doble dosis de creación de imagen a la que nos enfrentamos en las Variae: las primeras pretensiones de Teodorico a la Romanitas intensificadas por la gran necesidad de Casiodoro de cubrir su retaguardia cuando la situación se estaba haciendo cada más insostenible a finales de la década de 530.

Yo no creo en los supuestos orígenes escandinavos de los godos (idea que, de nuevo, encontramos en la *Getica* y es

posible que estuviera también en la *Historia Gothorum* de Casiodoro), pero la imagen de la política exterior de Teodorico que emerge de una lectura inicial de las *Variae* le hace parecer una misión de paz noruega apresurada. Como ya hemos visto, era adicto a las alianzas matrimoniales diplomáticas. Él mismo se casó con la hermana de Clodoveo; también tenía muchas familiares, y no tenía reparos en utilizarlas. Varias de ellas estaban debidamente casadas con reyes o príncipes de los visigodos, burgundios y vándalos. ¿Qué podía ser más propicio para la paz internacional que extender una red de armonía doméstica amalocéntrica por los hogares de la Europa posromana?

Su gran baza en las relaciones internacionales de su época no fue el Oriente Medio, sino la Galia. Cuando Rómulo Augústulo fue depuesto en 476, la Galia no estaba dividida en tres partes, como la fundó César, sino en cuatro. El poder dominante era el reino visigodo, que tenía bajo su tutela desde el valle del Loira hasta el sur a excepción del alto y medio Ródano, que constituía el centro del reino burgundio, aunque los visigodos controlaban lo que hoy es la Riviera francesa por donde el río desemboca en el Mediterráneo. El noreste de la Galia estaba bajo el gobierno de los francos mientras que desde Soissons hacia el oeste estaba en manos de las fuerzas locales más o menos romanas (Figura 4).

Cuando Teodorico alcanzó la cúspide de su poder un par de décadas después, un gran aumento del poder franco estaba alterando esta situación. Esto tenía sus raíces, como ya vimos, en un proceso similar al que había situado a la dinastía de Teodorico en una posición destacada. En el caso de los francos, fue el equipo padre e hijo, Childerico y Clodoveo, sobre todo el hijo, el que unió a muchos guerreros independientes para crear una sólida base de poder sin precedentes, que, en la primera década del siglo VI, estaba enfrascada redibujando el mapa del Occidente posromano y de la Galia en particular. En aquel entonces, los diversos grupos romanos del noroeste ya hacía tiempo que habían sido conquistados, y la presión de los francos estaba empujando a los reinos visigodo y burgundio hacia el sur. Clodoveo tenía los ojos puestos en los alamanes, los vecinos nororientales de los burgundios. Toda esta situación alcanzó un punto crítico en torno al año 505, cuando Clodoveo puso fin a la independencia de los alamanes y cercó a los visigodos para asestarles el golpe final, forzando a los burgundios a ser sus socios menores en el crimen. En 507 tuvo lugar la decisiva batalla de Vouille, en la que el ejército visigodo fue aplastado y su rey, Alarico II, aniquilado, y en la que, según el mito nacional francés, se forjaron más o menos las fronteras de la Francia moderna: la Galia dividida se había transformado en una Francia unida.[18] Del año de la batalla, las Variae conservan una serie de cartas que muestran a Teodorico, para mayor crédito de su reputación histórica, fracasando en su intento por preservar la paz en su tiempo. Es muy posible que el olor del conflicto estuviese en el aire, pero el Amal no se dejó amedrentar. Escribió a su cuñado Alarico II, rey de los visigodos, la siguiente misiva:

No te dejes llevar por el ciego resentimiento. El autocontrol es prudencia y la salvaguarda de las tribus; la ira, en cambio, suele provocar crisis; y solo cabe apelar a las armas cuando la justicia no puede encontrar un lugar en el adversario.[19]

Gundebaldo de los burgundios, atrapado en medio, recibió una mezcla de homilía y llamamiento:

Porque conviene a estos poderosos reyes [Clodoveo y Alarico] no buscar peleas lamentables entre ellos, cuyo resultado nos perjudica también a nosotros, a través de sus desgracias. Por lo tanto, deja que tu fraternidad persevere, con mi ayuda, para restaurar la concordia.[20]

¿Y el poderoso Clodoveo?:

¿Qué pensarías de mí, si supieras que he ignorado vuestra disputa? No permitas que haya guerra, en la que uno de vosotros será derrotado y lo lamentará ... he decidido mandar ... a mis enviados a Vuestra Excelencia; y también he mandado mis cartas, a través de ellos, a tu hermano e hijo mío Alarico, para que ninguna animadversión extranjera pueda sembrar la discordia entre vosotros. Al contrario, deberíais permanecer en paz, y zanjar las disputas que pueda haber con la mediación de vuestros amigos ...Deberías confiar en quien sabes que se alegra de tus ganancias, porque no hay duda de que un hombre que conduce a otro por senderos peligrosos no puede ser un consejero honesto.[21]

Al final no sirvió de nada, pero no hay que culpar al Teodorico de las *Variae*, que envió cartas y emisarios de paz a las cortes del Occidente posromano en un desesperado esfuerzo por evitar el inminente enfrentamiento. En efecto, uniendo todo esto con la extraordinaria carta a Anastasio con empezamos, obtenemos la un retrato casi irresistiblemente seductor. Así pues, Teodorico ha pasado a la historia como aquel antiguo rehén romano que quedó tan marcado por los valores romanos durante los diez años de estancia en Constantinopla que se pasó el resto de su vida tratando de mantener el orden entre aquel hatajo de bárbaros indisciplinados que se habían apoderado del resto del

Occidente romano.

No obstante, una vez más nos topamos aquí con lo que en un principio fue la autopresentación que hizo el propio Teodorico de sus políticas y de lo que las motivó. Y aunque la historia política moderna no nos enseñe otra cosa, sí que hace hincapié una y otra vez en que nunca debemos aceptar la autopresentación de ningún líder político sin darle primero un buen repaso. También hay que destacar que solo tenemos una pequeña selección de cartas de Teodorico, aquellas que Casiodoro consideró que mejor retrataban sus años de servicio al rey y a sus sucesores. Dos razones, pues, para ser cautos, y, como vimos en el capítulo anterior, el joven Teodorico siempre estuvo mucho más interesado en perseguir el dinero romano que los valores romanos. Por consiguiente, no es extraño descubrir que, bien mirado, la documentación sobre la gran crisis gala demuestra que la política exterior de Teodorico en aquel momento no era tan pacífica como sugiere la lectura inicial de las Variae.

Examinemos de nuevo la carta a Anastasio. En ella hemos visto ya un nivel de subversión: la idea de que el poder de Teodorico y la *Romanitas* global procedían directamente de Dios, en vez de ser una simple consecuencia de su época en Constantinopla, convirtiéndolo en un emperador tan legítimamente «romano» en el sentido estricto de la palabra como el emperador oriental, y superior, también como el emperador, a cualquier otro monarca. Una vez aclarados estos detalles iniciales, la carta continúa:

Por consiguiente hemos considerado oportuno enviar ... embajadores a vuestra más serena Piedad, para que la Paz, que se ha roto, debido a diversas causas, pueda ser, mediante la eliminación de los asuntos motivo de disputa,

firmemente restaurada entre nosotros. Porque pensamos que no permitiréis que ninguna discordia se interponga entre las dos Repúblicas [los estados romanos oriental y occidental] que es sabido que siempre han formado un solo cuerpo bajo sus antiguos príncipes, y que no deberían estar unidas por un simple sentimiento de amor, sino activamente para ayudarse la una a la otra con todas sus fuerzas. Hagamos que haya siempre una única voluntad, un propósito en el Reino Romano. Por lo tanto, mientras os saludamos con nuestras respetuosas reverencias, os rogamos humildemente que no nos privéis del alto honor de vuestro Benevolente afecto, al que tenemos derecho a aspirar aunque nunca se otorgue a ningún otro. [22]

La segunda mitad de la carta fluye sin fisuras hacia lo que en efecto es un pagaré. Dado que Teodorico gobierna el otro único estado auténticamente romano del mundo, Constantinopla debería estar en pacífica y armoniosa alianza con él. La *Romanitas* de Dios se ha convertido en un efectivo palo retórico con el que machacar al emperador para zanjar todas las disputas.

Tras el guante de terciopelo, el puño de hierro de Teodorico no está tan bien escondido, y la evidencia pone de manifiesto que aquel no era un momento aislado, sino la regla general de sus relaciones con Constantinopla. Ha corrido mucha tinta entre los académicos, por ejemplo, tratando de dilucidar la naturaleza exacta del acuerdo que Teodorico había enviado a Italia en 488-489. Esto refleja un desacuerdo básico en las fuentes, que, como ya hemos visto, se halla justo donde era de esperar. Las fuentes orientales destacan la iniciativa del emperador Zenón y que Teodorico había de Italia como un subordinado totalmente gobernar en dependiente. Las fuentes occidentales, muchas de ellas surgidas directa o indirectamente de la corte de Teodorico, hacen hincapié en la iniciativa e independencia de Teodorico. Igual que ocurre con muchos acuerdos diplomáticos

destinados a resolver una crisis inmediata, como era esta (recuérdese que miles de godos armados aguardaban fuera de Constantinopla), no se puede determinar con precisión porque su objetivo era amañar a corto plazo las diferentes agendas de los dos principales participantes con la esperanza de que, a largo plazo, y tras haber experimentado la paz en el ínterin, ninguna de las partes quisiera volver a la guerra. No obstante, si desde el principio fue una treta, entonces, tras instalarse con éxito en el poder en Italia, Teodorico se puso a renegociar las condiciones con determinación. Sabemos que una primera embajada visitó a Zenón ya en 491, una segunda a Anastasio a la muerte de Zenón en 492, pero el completo acuerdo no se cerró hasta 497 o 498, cuando una tercera embajada obtuvo concesiones por parte de Constantinopla que incluían el envío de vestimentas reales y ornamentos de palacio a Ravena.

Lo que ocurrió en Italia llevó las cosas mucho más lejos. En ocasiones ceremoniales, que como ya hemos señalado siempre implicaban los rituales gritos de aclamación, no solo se gritaba el nombre de Teodorico en vez del nombre del emperador oriental (o posiblemente antes que el suyo), sino que sus estatuas estaban también colocadas en la posición de honor, con las del emperador relegadas al lado izquierdo. Era bonito que estuviesen todas allí, por supuesto, pero el emperador esperaba que la suya estuviera a la derecha. Además, Teodorico obtuvo o simplemente se arrogó el derecho a conceder los mayores honores del estado romano, es decir, el nombramiento del cónsul, del rango de patricio y de senador, y asumió toda la autoridad legal sobre los notables romanos y dignatarios de la Iglesia católica.[23]

No sabemos cuántos de estos privilegios firmó Anastasio explícitamente en 498 ni cuántos se arrogó Teodorico por su propia cuenta. No obstante, el emperador sin duda aceptó unos cuantos, puesto que la vestimenta fue enviada y los nombramientos consulares de Teodorico fueron reconocidos en Oriente. También podemos estar absolutamente seguros de otros dos aspectos de enorme importancia. Primero, no se había concedido todo aquello libremente. Teodorico lo consiguió con el mismo tipo de diplomacia agresiva que encontramos no demasiado bien oculta bajo la superficie de la carta a Anastasio en el encabezamiento de las Variae. En segundo lugar, la mezcla de concesiones diplomáticas por parte de Constantinopla y las firmes expropiaciones por parte de Teodorico conducían a una cosa, a una cosa sola: a partir de 498, Teodorico gobernó con todos los derechos y beneficios de un emperador occidental, ataviado con los ropajes pertinentes, y viviendo en un palacio que no solo se construyó a semejanza del de Constantinopla, sino que también se decoró del mismo modo. Como afirmaba en su carta a Anastasio, Teodorico había aprendido a gobernar como un romano en Constantinopla, pero a gobernar como un emperador de igual rango, no como un subordinado. Y si se analiza de nuevo, salta inmediatamente a la vista que toda la política exterior de Teodorico, y no solo sus relaciones con Constantinopla, seguía exactamente la misma línea, incluso aparentemente estaba enfrascado en cuando diplomáticas.

La primera potencia en sentir todo el peso del poder de

Teodorico fue el África de los vándalos. En tiempos de Odoacro, los vándalos habían mantenido un control parcial sobre Sicilia y obtenido dinero a cambio de protección y de no volver a atacarla. Ya en 491, los ejércitos de Teodorico derrotaron allí a una fuerza vándala que trataba de aprovecharse de su guerra contra Odoacro. Esto disuadió a los vándalos de seguir cobrando dinero a los sicilianos, y, en torno a 500, se celebró una alianza matrimonial entre los dos reinos. El rey vándalo Trasamundo recibió una cuantiosa dote junto con su nueva esposa, la hermana de Teodorico, Amalafrida, pero la princesa ostrogoda fue acompañada a sus esponsales por una fuerza militar de, según dicen, cinco mil algunos de los cuales hombres, se quedaron permanentemente. Aquel no fue un encuentro entre iguales. Unos diez años después, Teodorico sorprendió a Trasamundo apoyando activamente a uno de sus enemigos. Un rey godo muy «decepcionado» escribía a su cuñado:

Estamos seguros de que en este asunto no os ha aconsejado vuestra esposa, a quien no le gustaría ver herido a su hermano ni ver empañada la fama de su marido por semejantes y dudosas intrigas. Os enviamos ... a nuestros embajadores que parlamentarán con vos de este asunto.

La respuesta de Trasamundo dio lugar a una segunda carta:

Habéis mostrado, prudentísimo monarca, que los hombres sabios saben cómo enmendar sus faltas, en vez de persistir en ellas con la obstinación que caracteriza a los animales. De la forma más noble y verdaderamente digna de un rey os habéis humillado a confesar vuestra culpa ... Os lo agradecemos y os elogiamos, y aceptamos vuestra expiación de esta ofensa con todo nuestro corazón. En cuanto a los obsequios ... los aceptamos con la mente, pero no con las manos. Que regresen a vuestro Tesoro para que quede claro que lo que motivó nuestras quejas no fue el deseo de ganancias, sino simplemente el amor a

Este intercambio ilustra sobradamente la naturaleza de las relaciones entre Italia y África del Norte. Tras su intento fallido, Trasamundo trató inmediatamente de congraciarse con Teodorico, pero el godo no lo iba a aceptar. En el lenguaje de entrega de regalos, devolver un presente, fueran cuales fuesen las palabras utilizadas, era siempre un insulto calculado. Teodorico estaba advirtiendo a Trasamundo que el reino vándalo estaba todavía a prueba.

El siguiente movimiento documentado de expansión por parte de Teodorico se produjo en 504-505, cuando amplió las fronteras de su reino situándolas en la región del Danubio medio. Había heredado de Odoacro partes de Dalmacia y la provincia de Savia. Una bien orquestada campaña contra los gépidos de Traserico (cuyo padre había caído tratando de detener el avance de Teodorico en Italia a finales de 488) le permitió añadir a aquella la vieja provincia romana de Panonia II junto con su principal ciudad, la antigua capital imperial de Sirmio. Una vez más, Teodorico no rehusó el conflicto con Constantinopla. Anastasio no veía con sincera alegría la creciente fuerza de los godos, e intervino con una fuerza que consistía fundamentalmente en mercenarios búlgaros, pero conducidos por un general imperial. Teodorico también los derrotó.[25] Incluso después de la conquista de Italia, el récord de Teodorico no es ni remotamente el de un pacifista. Agresivo respecto a Constantinopla, dominante con los vándalos, expansionista en el Danubio medio, a pesar de que las fuentes narrativas son fragmentarias y breves, son indicios más que suficientes para demostrar que el zorro godo no había cambiado sus mañas solo porque su centro de operaciones se hubiera desplazado y empezara a emplear asesores políticos romanos de primera clase. Este testimonio desmiente la idea de que el ejército de Teodorico se hubiera dispersado y fundido en la campiña italiana. Por otro lado, tampoco el *dossier* de cartas relativas a la crisis gala de 506-507, analizado de cerca, indica que Teodorico estuviera tan obsesionado con la paz como a menudo se cree.

Alarico II, rey de los visigodos, era sin duda el principal aliado de Teodorico. El reino visigodo había proporcionado cierto músculo militar adicional en un momento crucial de la guerra contra Odoacro, y no hay indicio alguno en el material que se ha conservado que sugiera que Teodorico no fuera serio en su apoyo al reino visigodo. Sin embargo, tras un minucioso examen, las cartas a Gundebaldo y Clodoveo son mucho menos emolientes en general de lo que pueden sugerir algunas frases aisladas. El rey de los burgundios recibió un disparo de advertencia:

Si nuestros parientes se enfrentan en una sangrienta guerra mientras nosotros lo permitimos, nuestra malicia será la culpable. De mí tenéis el juramento del más elevado afecto; los dos estamos unidos; si hacéis algo mal hecho por vuestra propia cuenta, pecáis gravemente causándome aflicción.

De hecho, el tono general que Teodorico dirige a Gundebaldo a lo largo de las *Variae* es arrogante y condescendiente. Incluso el ostensiblemente amistoso regalo de dos objetos para la medición del tiempo (un reloj de sol y otro de agua) podía aprovecharse para introducir una incisiva afirmación de superioridad:

Poseed en vuestra tierra natal lo que una vez visteis en la ciudad de Roma ... Bajo vuestro gobierno, permitid que Borgoña aprenda a discernir los mecanismos de la más alta ingenuidad, y a alabar los inventos de los antiguos ... Permitid que distinga las partes del día a través de sus inventos; dejad que marque las horas con precisión. El orden de la vida se hace confuso si se desconoce esta separación. De hecho, las bestias tienen el hábito de sentir las horas a través del hambre de sus estómagos, y de sentirse inseguras de algo obviamente destinado a propósitos humanos.

Recordemos que la ideología cultural clásica consideraba que la racionalidad era lo que distinguía lo verdaderamente humano de los hombres que todavía vivían en la ignorancia como las bestias. Incluso cuando hacía regalos, Teodorico aprovechaba la ocasión para mostrar su superioridad cultural y para insistir en que los burgundios todavía seguían deambulando como animales. En la corte de Gundebaldo había más que suficientes romanos cultos, especialmente el obispo Avito de Viena, para que este insulto se comprendiese en toda su magnitud.[26] A los borgoñones no se les conminaba solo a utilizar sus buenos oficios para ayudar a mantener la paz, sino que Teodorico les estaba ordenando más o menos que no se desviasen de su lado apoyando a Clodoveo. En cuanto a este, era demasiado poderoso para ser manejado como a Gundebaldo, pero no tan importante como para evitar una reprimenda:

Las sagradas leyes del parentesco [los lazos matrimoniales que tenía con los gobernantes de los francos y de los visigodos] se han propuesto para que arraiguen entre los monarcas por esta razón: para que su espíritu tranquilo pueda aportar la paz que los pueblos anhelan ... En vista de todo esto, estoy sorprendido de que vuestro espíritu se haya soliviantado por causas triviales hasta el punto de pretender entrar en un nefasto conflicto.

A esto le seguía una advertencia:

Vuestro coraje no debería convertirse en un inesperado desastre para vuestro país, puesto que los celos de los reyes sobre cosas intrascendentes son un serio asunto, y una grave catástrofe para sus pueblos.

¿A qué catástrofe se enfrentaba Clodoveo? Por un lado, a una potencial derrota a manos de los visigodos, puesto que el resultado de la guerra no suele ser sencillo, pero también a la amenaza de la intervención del propio Teodorico. De hecho, este no era en absoluto contrario a lanzar una advertencia a Clodoveo, pues ya lo había hecho un año atrás o antes cuando este último amenazaba con perseguir a algunos de los alamanes derrotados en suelo italiano:

Aceptad el consejo de alguien harto experimentado en tales asuntos: mis guerras terminaron bien ya que se llevaron a cabo con moderación al final. Porque el hombre que sabe cómo ejercer control en todas las cosas es habitualmente el vencedor ... Doblegaos voluntariamente, pues, a mi espíritu guía ... De modo que veamos que gratificáis mis peticiones, y no tendréis que preocuparos por lo que sabéis que me afecta. [27]

Sin duda con más discreción que en el trato con Gundebaldo, pero el mensaje sigue siendo claro. Sería buena idea que Clodoveo se controlase o Teodorico acabará implicándose, y, siendo él mismo un hombre comedido, todavía no ha perdido ninguna guerra...

En los subtextos de estas cartas no hay suficiente información para acusar a Teodorico de promover la crisis; al contrario, parece haber intentado sinceramente evitarla. Por otro lado, sus misivas autoritarias y condescendientes dirigidas a Clodoveo y a Gundebaldo distaban mucho de ser

conciliatorias en cuanto al tono, y sin duda no fueron bien recibidas. Por consiguiente, si no estaba fomentando la guerra, tampoco estaba intentando desesperadamente impedirla. Es más, estaba puntualizando a los agresores las probables consecuencias si él se veía forzado a entrar en la contienda.

Además, tal como se desarrollaron las cosas, el principal beneficiario de la crisis resultó ser Teodorico. Este detalle suele pasarse por alto porque la dinastía de Clodoveo y los francos en general estaban destinados a la grandeza histórica, como veremos más adelante en el libro. No obstante, a pesar de que la fuente narrativa de que disponemos es fragmentaria, el alcance de los beneficios de Teodorico emerge en el más glorioso tecnicolor. No es que todo saliera a pedir de boca. En 507, Teodorico no pudo acudir en ayuda de Alarico a causa de un ataque marítimo lanzado por el Oriente romano en la adriática de Italia. Esto, efectivamente, pone descubierto el significado último de aquella famosa carta a Anastasio. Hartas de las agresivas renegociaciones de sus acuerdos por parte de Teodorico, por no mencionar la derrota de su ejército de mercenarios búlgaros, las autoridades de Constantinopla habían firmado una alianza con Clodoveo y mantenían ocupados a los godos mientras sus aliados derrotaban a los visigodos. No obstante, la victoria de Clodoveo sobre Alarico, por más sorprendente que pudiera ser, no supuso el fin de la historia. En 508, las fuerzas de Teodorico, libres ahora de la amenaza constantinopolitana, salieron de Italia y atravesaron los Alpes. Las fuerzas de los francos y burgundios (Gundebaldo no había hecho caso de las advertencias) fueron rechazadas, aunque los francos

obtuvieron y conservaron el control de gran parte de Aquitania. Y todavía tenían que ocurrir más cosas.

La derrota de Vouille dejó al reino visigodo hecho un desastre. El poder pasó en primer lugar al hijo de Alarico, Gesaleico, fruto de una unión anterior al matrimonio del rey con la hija de Teodorico. Tras repeler a los invasores y asegurar las nuevas y reducidas fronteras, Teodorico estaba por fin listo para actuar. En 511, sus comandantes expulsaron Gesaleico del reino (fue precisamente el apoyo de Trasamundo al fugitivo lo que condujo a aquel intercambio de cartas que generó el ataque de humillación del miserable vándalo que ya hemos visto). A veces se dice que Teodorico maquinó este golpe de estado en beneficio del vástago que tuvo su hija con Alarico II: Amalarico. Sin embargo, no hay la menor prueba de ello. Más bien al contrario, Teodorico continuó gobernando los dos reinos godos, el suyo en Italia y el de su igual visigodo en el sur de Galia e Hispania, como un estado único. El tesoro real visigodo fue enviado a Ravena y Teodorico se hizo cargo de los archivos registrando las listas de efectivos militares visigodos. La importante carta que Casiodoro incluyó en su colección (solo hay una porque Casiodoro dejó el cargo precisamente en 511) muestra que los problemas de la administración gubernamental del reino visigodo se trataban centralmente desde Ravena.[28] Por lo tanto, hay pocas dudas de que 511 fuera el annus mirabilis escogido por Casiodoro para el 2.000 aniversario del reino godo. Mediante su fuerza militar, Teodorico se había hecho con el control directo de Italia, la Galia mediterránea, gran parte de Hispania, la costa dálmata, y una buena porción de la región al sur del Danubio medio. Ejercía también hegemonía, aunque Trasamundo se sentía claramente agraviado, sobre el reino vándalo, y posiblemente también sobre los burgundios, al finalizar su intervención. En resumen, a finales de 511, el hijo de un líder guerrero godo moderadamente importante dirigía, de una manera u otra, los asuntos de entre un tercio y una mitad del viejo Imperio de Occidente, y su dominio del Occidente posromano estaba más allá de cualquier desafío. ¿Qué mejor año para asociarlo a un aniversario a gran escala, aunque enteramente hipotético, del surgimiento del poder godo?

«Semper Augustus»

A pesar del asombroso éxito de Teodorico, este continuó manteniéndose a una milésima de reclamar el título de emperador de Occidente explícitamente, aunque sus cartas estaban sobre la mesa. La extensión de sus dominios, el ceremonial imperial que adoptó, sus pretensiones retóricas como fuente de racionalidad y conocimiento clásico en el Mediterráneo occidental, proclamaban la visión del godo de su estatus como directamente romano e imperial. Por qué se resistía a avanzar aquella milésima es una cuestión fascinante, pero sospecho que Teodorico estaba haciendo gala de su acostumbrada habilidad para reconocer cuándo era mejor la prudencia que el valor. En primer lugar, el hecho de explicitar su reivindicación podía haber empeorado las relaciones con Constantinopla. Ya en 507-508, Anastasio se había mostrado satisfecho de poder pescar en aguas revueltas si aquello

contribuía a reducir el tamaño de Teodorico, y aquello antes de la ayuda hispana. Si Teodorico se hubiera presentado como emperador, aquella hostilidad se habría ahondado, amenazando a algunas de las concesiones diplomáticas en cuya consecución había invertido mucho esfuerzo, sobre todo el derecho, reconocido por Oriente, a realizar los nombramientos para el consulado, aquella dignidad tan querida por la élite italiana.

Me pregunto también si no habría provocado un cierto distanciamiento entre los más destacados seguidores godos. Hacer coincidir el año 511 con un imaginario 2.000 aniversario del reino godo fue una elección significativa. De acuerdo con todos los cálculos habituales, la historia de Roma empezó con la fundación de la ciudad en 753 a.C., un reconocimiento rodeado de grandes celebraciones en su milésimo aniversario por el emperador Filipo en 248 d. C. Un simple cálculo matemático pone de manifiesto que asociar el año 511 al 2.000 aniversario de los godos equivalía a proclamar que el reino godo era más antiguo que la propia Roma. Esto indica que Casiodoro, y también Teodorico, debieron de incluir en sus cálculos las opiniones de algunos de los inmediatos seguidores de Teodorico que no estaban convencidos con la idea de la total superioridad de todo lo romano, y para quienes el emperador Teodorico debía de ser inasumible.

No obstante, esta oportuna consideración por algunas de las sensibilidades más acusadas de los grupos constituyentes clave con los que tenía que lidiar no dejaba a nadie la menor duda acerca del alcance del auténtico poder de Teodorico, y la reivindicación hacía hincapié en su naturaleza. Sin duda no

eran los eclesiásticos católicos. La victoria de 508 y el golpe de 511 habían aportado importantes nuevos territorios del sur de la Galia bajo el control de Teodorico, entre ellos la sede de Arlés y su prominente líder, el obispo Cesáreo. Poco después de 511, el obispo viajó a Italia. Según su Vida, fue involuntario, provocado por la sospecha de que su lealtad era cuestionable. Por mi parte, tengo la sospecha de que el autor (uno de los diáconos de Cesáreo que escribió poco después de la muerte del obispo) no quería que su héroe católico fuese recordado relacionándose demasiado estrechamente con el godo arriano. No obstante, ni siquiera la Vida trata de ocultar que, tan pronto como se conocieron, el casi emperador arriano y el obispo católico hicieron muy buenas migas. Teodorico reconoció al instante la santidad de Cesáreo, y, cubriéndolo de regalos, lo envió a Roma a que el papa le concediera el palio, una simple tira de ropa, que otorgaba a Cesáreo el estatus de vicario papal y principal prelado del sur de la Galia. Este rango proporcionaba al obispo el trampolín para lo que constituye su salto a la fama eclesiástica, una serie de consejos reformistas de la Iglesia en la década de 250, que formalizaron muchas prácticas habituales del cristianismo de la Alta Edad Media. Un aspecto adicional que a menudo se pasa por alto es exactamente hasta qué punto estaban en sintonía los planes de Teodorico y las actividades de Cesáreo. El palio concedió a este un poder teórico que se extendía más allá de las fronteras de su propia sede hasta aquellas que estaban ubicadas dentro de su jurisdicción metropolitana, incluyendo muchas de las que ahora formaban parte del reino de Borgoña. Asimismo, Teodorico reclamaba una especie de hegemonía sobre los burgundios, que era una confirmación más del dominio godo sobre este reino a comienzos de la década de 520 (a la que volveremos enseguida). Esto garantizaba que más adelante los obispos de aquellas sedes asistirían a las reuniones de Cesáreo.[29]

Si los eclesiásticos romanos, y católicos, cortejaban a Teodorico como si fuera un emperador, el godo no hacía nada para desalentarlos, y todas aquellas señales eran leídas también por los miembros de la élite seglar romana. Los indicios, en efecto, no podían ser más insolentes o, más beneficiosos. Un objeto único que se conserva del reinado de Teodorico es el llamado medallón de Senigallia, una moneda de oro macizo con una representación del rey (Lámina 8). La inscripción del reverso lo describe como «conquistador de pueblos», por lo tanto quizás se acuñase precisamente para celebrar los grandes triunfos que culminó en 511. No obstante, acuñar monedas de oro era un monopolio imperial, que generalmente se respetaba en el antiguo Occidente romano, por lo menos hasta finales del siglo VI. El hecho de que Teodorico ignorase este detalle del protocolo es otra ocasión en la que su máscara no imperial se desliza ligeramente: no engañaba absolutamente a nadie con el disimulo. De muchas maneras, aparte de su verdadero poder, Teodorico dejaba deliberadamente que aquellos que lo quisieran le vieran como el primero de un nuevo linaje de emperadores. Cuando uno de sus destacados líderes senatoriales, un tal Cecina Mavortio Basilio Decio, eligió, en una inscripción especialmente famosa, saludar a Teodorico como semper Augustus («por siempre Augusto»), el más imperial de los títulos, no hacía más que confirmar de viva voz lo que se suponía que todo el mundo pensaba.[30]

Sin embargo, en medio de todos aquellos triunfos, dos nubes ennegrecían el horizonte del godo. Primero, el Imperio Romano de Oriente apenas podía reconciliarse con la recién hallada grandeza de Teodorico. Ya había sido hostil en 508, y no hacen falta demasiadas conjeturas para imaginar cómo se sentían Anastasio y sus consejeros respecto al hecho de que Teodorico duplicase su base de poder incorporando Hispania y el sur de la Galia y los efectivos militares del reino visigodo. El otro era un problema interno. En 511, Teodorico se acercaba a los sesenta años y no tenía hijos varones, su matrimonio con la hermana de Clodoveo, Audefleda, tan solo había dado una hija conocida: Amalasunta. Esta circunstancia planteaba el problema de la sucesión de forma harto acuciante. Aunque retrospectivamente sabemos que Teodorico aún viviría otros quince años, sesenta era una edad avanzada para un gobernante medieval. Nunca nadie ha tenido la paciencia de calcular la media de edad a la muerte de todos los monarcas medievales, pero el promedio de los varones de la dinastía de Carlomagno rondaba los cincuenta años, dato que probablemente nos sirva de guía razonable. El propio Clodoveo, gran rival occidental del godo, murió en 511 (cosa que sin duda debió de concentrar las mentes de Italia en el tema de la sucesión, aunque yo estoy convencido de que no fue necesario concentrarlas), y seguro que no debía de sobrepasar la cincuentena. Por otro lado, aunque la sucesión femenina no era totalmente imposible, sí era difícil. El principal elemento inherente al puesto era el control de un grupo armado de seguidores potencialmente rebeldes, que difícilmente podrían aceptar un gobierno femenino. En 511 cabía la posibilidad de que Teodorico cayese muerto en cualquier momento y no había ningún heredero plausible a la vista.

Además, la incertidumbre en cuanto a la sucesión era la madre de todos los problemas políticos internos en los mundos antiguo y medieval, con la capacidad de generar más luchas intestinas por una entidad política que cualquier otro tema relacionado. El porqué era así es evidente. Para empezar, alentaba a todo aspirante, por más vagamente plausible que fuera, a salir del letargo: parientes varones colaterales, poderosos generales casados con jóvenes mujeres miembros de la dinastía, cualquier persona con ambiciones y un mínimo derecho. El resultado solo podía ser la división y las disputas en el seno del grupo de liderazgo del reino. Aún peor, los diferentes candidatos necesitaban adular a posibles partidarios. Un cuerpo de apoyo evidente era el constituido por aquellos que no prosperaban bajo el régimen actual, puesto que es relativamente fácil concentrar descontentos bajo la bandera de un futuro cambio. No obstante, este tipo de reclutamiento solo servía para inquietar a aquellos que sí prosperaban, puesto que estos necesitaban un candidato continuista que garantizase que, cuando el viejo finalmente muriera, ellos no perderían sus privilegios. Esto, evidentemente, sin tener en cuenta a aquellos a los que la situación actual les iba muy bien, pero que pensaban que podría irles un poco mejor: esta es la naturaleza de la aspiración humana. En otras palabras, la incertidumbre de la sucesión, como en las elecciones presidenciales de Estados Unidos al término de un segundo mandato presidencial, o en un año en que la economía es mala, promovía múltiples candidaturas mutuamente condenatorias rivalizando para colocarse en primera posición, con el potencial de cambiar por completo las alianzas políticas existentes. Si, a finales de 511, la continuada hostilidad de Constantinopla distaba de ser deseable, la falta de heredero por parte de Teodorico era potencialmente desastrosa. Al final, los acontecimientos en Oriente darían a Teodorico la oportunidad de resolver ambas cuestiones antes del término de la década.

En 515 a lo sumo, Teodorico abandonó manifiestamente toda esperanza de tener un hijo propio, pero encontró otro medio de otorgar la sucesión dentro de su propio linaje. Con este fin casó a Amalasunta con un tal Eutarico, o Flavio Eutarico Cillica, para darle el nombre de su casta. Fue una elección astuta y a la vez fascinante. En la genealogía Amal transmitida por la Getica de Jordanes, pero sin duda originada en la Historia Gothorum de Casiodoro, Eutarico es presentado como un pariente colateral: nieto de Veremundo, hijo de Hunimundo que abandonó la lucha contra el inexorable ascenso de Valamer al poder y huyó hacia el oeste al reino visigodo, probablemente en algún momento de la década de 450. No hay confirmación independiente de esta relación fuera de la Gética, pero a pesar de que no está nada claro que el propio Veremundo estuviera relacionado originalmente con Valamer como sugiere la genealogía (aunque, como ya hemos visto, la laboriosa eliminación de parientes varones lejanos por parte de Clodoveo constituye un buen paralelo), parece bastante probable que Eutarico fuera en efecto nieto de Veremundo. Esta es seguramente una relación demasiado cercana para haber intentado mentir al respecto en los círculos políticos prominentes en los que la descendencia solía ser algo muy habitual. Teodorico eligió pues para consorte de su hija y heredero suyo a un individuo que de alguna manera podía esgrimir razonablemente alguna lealtad residual de entre el núcleo de partidarios militares de su séquito que procedía de los godos panonios originales. Al mismo tiempo, Eutarico era importante por derecho propio, ya que pertenecía a la nobleza del reino visigodo, y acudió a Ravena procedente de Hispania para casarse. En mi opinión, no hay, por lo tanto, la menor duda de que Teodorico intentaba que la pareja feliz heredase sus territorios italianos e hispánicos y los del sur de la Galia; dicho de otro modo, que el recién unificado reino de los godos continuase después de su muerte. La cuestión es que, evidentemente, Eutarico tenía fuertes lazos previos con la nobleza visigoda y era razonable pensar que contribuiría a estabilizar aquella parte del reino. Una fuente más o menos contemporánea le describe también como «un hombre excesivamente rudo», que encajaba perfectamente en el puesto, ya que había que controlar a varios miles de miembros de la élite guerrera goda dispersos en un arco geográfico que abarcaba desde la costa adriática de Italia hasta la costa mediterránea de Hispania oriental.[31]

La hostilidad de Constantinopla se desactivó por medios más retorcidos. Cuando Teodorico accedió al poder, gran parte de la Iglesia oriental, y en particular el patriarcado de Constantinopla estaba, desde el punto de vista romano, en situación de cisma. Aparte de Atila y el imperio de los hunos, los años de mediados del siglo v habían sido también muy difíciles en término teológicos. Todo el mundo aceptaba que el hombre y Dios estaban en cierto modo combinados en la persona de Jesús, pero no estaba claro cómo exactamente. Un patriarca de Constantinopla, Nestorio (428-431, cuando fue

depuesto), argumentaba que era absurdo suponer que el elemento de Dios Todopoderoso en Cristo podía haber muerto en la crucifixión y esgrimía, por consiguiente, que solo la parte humana estaba implicada en aquel proceso. Sin embargo, otros eclesiásticos, en particular el patriarca Cirilo de Alejandría, pensaban que el misterio de la salvación requería absolutamente que Dios muriera en la Cruz, por lo tanto, el resultado fue una corrosiva disputa que duró generaciones, y que condujo al emperador Marciano a tratar de resolverla convocando un concilio de toda la Iglesia (un concilio ecuménico) en Calcedonia, al otro lado del Bósforo, justo frente a Constantinopla, en 451. El entonces papa, León I, no asistió, pero envió a sus delegados y contribuyó con una importante declaración doctrinal: el Tomo de León. En consecuencia, el prestigio papal quedó inextricablemente unido a los resultados teológicos del concilio que declaró, para ayudar, que Cristo era a la vez hombre y Dios, que estaba hecho «de dos naturalezas».

Sin embargo, no fue de ninguna ayuda. Fue suficiente para descartar la versión más extrema de la línea argumental de Nestorio, pero, para muchos de los posteriores partidarios de Cirilo, había llegado a una definición de fe lo bastante confusa como para permitir que algunos pensadores arriesgados y excesivamente nestorianos la suscribiesen. Así pues, la disputa no se zanjó después de 451, sino que se reorientó en torno a un debate sobre Calcedonia. En 482, el emperador Zenón ya estaba harto del litigio y presionó a su entonces patriarca de Constantinopla, Acacio, para que hiciese público un documento de consenso, el *Henotikon* (literalmente «Acto de Unión»), para intentar que todos dejasen de hablar sobre

la palabra naturaleza, y se pusiesen de acuerdo con el resto de la cristiandad. No obstante, aquello implicaba hasta cierto punto un retroceso de lo que se había dicho en Calcedonia, y el papado no estaba dispuesto a consentirlo. Se produjo un intercambio de cartas y mutuas recriminaciones, con el resultado de que el papa Félix y Acacio se excomulgaron uno al otro en 484, inaugurando el llamado «cisma acaciano» (los cismas cristianos se denominan universalmente desde el punto de vista ortodoxo, es decir, ganador; esto es, con el nombre de quien perdió y por cuya culpa se supone que ocurrió todo).[32]

Los senderos de la diplomacia internacional son tan tortuosos que la resolución final de este cisma proporcionó a Teodorico el mecanismo que necesitaba para anular la hostilidad del Oriente romano. El cisma fue harto embarazoso para el imperio oriental. Nadie podía dudar del prestigio de la sede romana, con sus conexiones con san Pedro y san Pablo, por lo tanto, para el patriarca de Constantinopla, sede central de la Iglesia en los dominios del emperador nombrado por Dios, que aquella declarase que estaba equivocado en asuntos de fe era un grave problema de relaciones públicas. No es de sorprender que cualquier oportunidad se analizase con minuciosidad para encontrar una solución, y un período particularmente laborioso siguió al cambio de régimen papal a la muerte del papa Símaco en julio de 514. Sin embargo, las múltiples embajadas y el intercambio de misivas no llevaron a ninguna parte, solo el de régimen en Constantinopla proporcionó cambio finalmente el momento adecuado. Anastasio falleció el 9 de julio de 518. No tenía hijos ni había querido, o más bien no había sido capaz, de movilizar el suficiente apoyo político para respaldar a uno de sus muchos sobrinos (que reaparecerá en el próximo capítulo). La sucesión pasó, pues, a un oficial de la guardia bastante mayor y de aspecto distinguido, llamado Justino.

La oportunidad llamó a la puerta de Teodorico porque uno de los aspectos que el nuevo régimen eligió para distanciarse de su predecesor fue el de poner fin al vergonzoso cisma. Las ideologías romanas imperiales todavía imperaban, por lo tanto podría esperarse que un emperador debidamente nombrado por designación divina actuase de forma decisiva para crear unidad en asuntos de religión. También era buena idea desde la perspectiva romana oriental, puesto que gran parte de los militares de los Balcanes estaban sublevados desde 524 bajo el mando de su general Vitaliano, una de cuyas quejas contra Anastasio era precisamente su rechazo de Calcedonia. Tras incluir a Vitaliano en su régimen y terminar con la revuelta, Justino y sus consejeros se dispusieron a restablecer la completa autoridad de Calcedonia.

Los acontecimientos se precipitaron rápidamente. Justino escribió al papa Hormisdas por primera vez el 1 de agosto de 518, anunciando su sucesión. Envió otra carta a través de un legado imperial el 7 de septiembre, pidiendo al papa que le enviase emisarios dispuestos a negociar la paz, y una carta del sobrino del nuevo emperador, Justiniano, preguntándole al papa si le gustaría acudir a Constantinopla. El legado no llegó a Roma hasta el 20 de diciembre, pero en enero de 519, la misión papal ya estaba de camino. Fue recibida a dieciséis kilómetros de la ciudad por una delegación imperial de alto rango que incluía al general Vitaliano el 25 de marzo, el Lunes

Santo de aquel año. Justo tres días después, el patriarca Juan de Constantinopla suscribió las cartas de Roma, y el pobre y anciano Acacio fue borrado de los dípticos, las listas oficiales de los patriarcas creyentes a los que se rezaba, o por los que se rezaba, regularmente en la práctica litúrgica de la Iglesia. [33]

Todo a pedir de boca, pero ;qué tiene esto que ver con Teodorico? No mucho, podría pensar el lector y se le podría perdonar, porque, de hecho, una línea de erudición considera que el final del cisma marca un ominoso giro en la historia del reino de Teodorico. Cuando accedió al poder, el cisma mantenía a la Iglesia de Roma y a todos los buenos católicos de Italia, especialmente a los terratenientes senatoriales, aislados de sus pares naturales en el imperio oriental. Una vez resuelto el cisma, nada se interponía en el camino de estos hombres, que confraternizaron con Constantinopla, y la paz y armonía de las relaciones del arriano Teodorico con ellos, y por consiguiente el funcionamiento político y administrativo de su reino, estaban condenadas a resentirse. En abstracto suena plausible, pero no está en consonancia con el modo en que se desarrollaron las cosas. El lector avispado se habrá dado cuenta de que el legado de Justino tardó bastante en llegar a Roma. Salió de Constantinopla el 7 de septiembre y llegó el 20 de diciembre. La razón es que, de camino, se detuvo bastante tiempo en la corte de Teodorico en Ravena. Asimismo, el papa consultó detenidamente con el godo antes de enviar a su propia embajada que presidió la gran rectificación constantinopolitana en la Semana Santa de 519. En otras palabras, Teodorico estaba totalmente involucrado en el asunto, y sus relaciones con Roma eran tan buenas y tan estrechas que el papa no movía un dedo sin su aprobación, repitiendo una pauta ya conocida, de hecho, en la respuesta papal a las ofertas de paz del anciano Anastasio.

Teodorico no solo no vio ninguna amenaza en el fin del cisma, sino que en realidad contribuyó a su consecución. Efectivamente, con el brillante oportunismo que a estas alturas ya conocemos y admiramos, o por lo menos reconocemos, invirtió la situación para obtener la máxima ventaja. Porque lo que se pergeñó en la corte de Ravena en el otoño de 518 fue la elaboración de un acuerdo para acabar con todos los acuerdos. A cambio de sus buenos oficios que pusieron fin al cisma, Teodorico consiguió que el Oriente romano reconociese formalmente a su heredero elegido, Eutarico, esposo de Amalasunta, una unión que ya había sido bendecida con su propio hijo y futuro heredero para la siguiente generación: Atalarico. El reconocimiento se produjo de dos maneras. Primero, Eutarico fue adoptado como hijo de armas del emperador Justino, hecho que implicaba el envío de regalos formales de armamento de acuerdo con un protocolo diplomático que se utilizaba habitualmente en el imperio del siglo vi como acto de reconocimiento. Todavía más radicalmente, Justino accedía a servir en calidad de cónsul junto con Eutarico durante el año 519. Ambos tomaron posesión de esta dignidad el día de Año Nuevo de 519, por lo que el acuerdo se negoció como más tarde en el otoño anterior. El hecho de que el nuevo emperador aceptara compartir el consulado con el heredero elegido por Teodorico era una declaración de amistad de lo más solemne que pueda imaginarse.

La copa de Teodorico estaba rebosante: la hostilidad del Oriente romano y los problemas de sucesión eliminados simultáneamente. Había habido algunos momentos arduos y pedregosos a lo largo del camino, pero el renacido imperio occidental de Teodorico parecía preparado para la prosperidad en la siguiente generación, basado como estaba no solo en la fuerza bruta y firmeza sino también en el reconocimiento oficial de Constantinopla. El día 1 de enero de 519 fue un día memorable para el nuevo imperio occidental, y para celebrarlo Casiodoro hizo sus pinitos en historia escribiendo su (todavía existente) *Crónica*, que presentaba la historia del mundo y de la salvación culminando en el consulado de Eutarico. [34]

Sin embargo, a la muerte de Teodorico el 30 de agosto de 526, estas alegres y costosas celebraciones eran un recuerdo lejano y amargo. En aquellos momentos, la Iglesia católica estaba sin papa. Juan I regresó a Italia en mayo de 526 tras una embajada a Constantinopla que la biografía papal como un éxito abrumador. Evidentemente describe Teodorico no pensaba lo mismo, puesto que de inmediato lo prisión, donde encerró en no tardó Metafóricamente hablando, se reunió en prisión con dos destacados miembros del Senado romano, Símaco y su aún más famoso yerno Boecio, ambos acusados de traición, encarcelados y después ejecutados en 525 respectivamente. Para colmo, el monarca que había gozado de tan excelentes relaciones con la Iglesia católica a lo largo de su reinado estaba, según una fuente, a punto de lanzar una gran persecución cuando le sobrevino la muerte. Tras más de treinta años de estrechos abrazos con los terratenientes italianos y la Iglesia católica, aquellas relaciones largo tiempo acariciadas habían acabado desmoronándose. El cambio era tan inexplicable para un cronista italiano anónimo, que escribió dos décadas después de la muerte de Teodorico, que tan solo pudo concluir que Teodorico se había ido literalmente al diablo.[35] ¿Qué demonios había salido mal?

Muerte en Ravena

El silencio narrativo de los últimos años de Teodorico. aparte de nuestro cronista italiano, es harto ensordecedor, pero algunos eruditos están seguros de que saben lo que ocurrió. En especial, uno de los gigantes de los estudios clásicos de posguerra, Arnaldo Momigliano, escribió un artículo maravillosamente elaborado y altamente influyente, que empezó sus andanzas como conferencia en la Academia Británica a finales de la década de 1950. En él argumentaba que la causa de los desastres de los años finales de Teodorico residía en el hecho de que, a pesar de que todas las apariencias indican lo contrario, la ofensiva del encanto original del godo nunca funcionó. En su opinión, podía observarse una profunda fisura en toda la élite terrateniente italorromana, entre los funcionarios burocráticos (como nuestro viejo amigo Casiodoro) menos importantes, la pequeña nobleza, que alegremente se apuntaron al nuevo régimen, y la verdadera aristocracia senatorial romana de antaño, que nunca se dejó convencer. Hombres como Símaco y Boecio siempre prefirieron ser parte del imperio romano, y cuando, en la década de 520, fueron sorprendidos manteniendo correspondencia desleal con Constantinopla, su maniobra no

fue más que el último acto de una larga saga de fracasos políticos.

Es una historia emocionalmente satisfactoria, que representa a los grandes de Roma actuando como uno piensa que deberían haber actuado: rechazando el gobierno bárbaro, por muchas vestiduras imperiales que asumiese, y aferrándose a los ideales romanos. Sospecho, también, que, más cercana a la segunda guerra mundial, su historia de una burocracia establecida colaborando alegremente con los intrusos invasores acarreaba ciertas resonancias adicionales.[36] No obstante, por más emocionalmente agradable (y bien escrita) que sea, el escenario no funciona cuando se contrasta con todas las evidencias.

Un enorme problema es la trayectoria profesional de Boecio. Justo antes de que acabase en prisión, el erudito y a la vez político gozaba de un gran prestigio en el servicio de Teodorico. Tanto su suegro Símaco como él mismo parecen haber estado implicados activa aunque periféricamente en la finalización del cisma acaciano, que, como acabamos de ver, era profundamente deseada por Teodorico. Por consiguiente, en este aspecto no debió de haber ningún problema en lo concerniente a Teodorico, y esto es exactamente lo que nuestros testimonios indican. Es más, en 522, más o menos (la falta de fuentes narrativas hace que la cronología sea un poco confusa), Boecio dejó el estudio y asumió uno de los puestos administrativos más importantes del sistema: el cargo de magister officiorum (maestro de oficios). Es difícil exagerar la importancia de este puesto, ya que quien lo ocupaba era responsable de supervisar gran parte de la burocracia y muchas de las operaciones del día a día en la corte, como

programar las audiencias legales, presentar a los embajadores extranjeros, y ser una presencia constante junto al monarca. Si aquello no era una prueba suficiente de favor, los dos hijos pequeños de Boecio fueron nombrados cónsules conjuntos para el año 522. El consulado era el único gran servicio público disponible en el mundo romano tardío, y nadie antes había visto a sus dos hijos ostentándolo al mismo tiempo. Y puesto que Teodorico y Constantinopla solían nombrar cada uno a un cónsul, esto significa que la aprobación positiva del emperador Justino era parte de la historia.[37]

consiguiente, no vemos aquí ninguna fisura aristocrática/burocrática ni el más mínimo indicio de un problema ideológico. Y si lo buscamos, nuestra escasa información arroja más bien una trayectoria de compromiso positivo con el régimen de Teodorico por parte de la alta aristocracia y no el evocador escenario sugerido por Momigliamo. En primer lugar, no menciona apenas a nuestro viejo amigo Liberio, responsable de encontrar una adecuada compensación financiera para el ejército entrante comienzos del reinado. La sangre que corría por las venas de Liberio era lo bastante azul como para ser prácticamente púrpura, pero cooperó con entusiasmo con los nuevos dirigentes de Italia. Hay que destacar también que había diversas formas de participación. No era de rigor, o por lo menos habitual, que los miembros de las familias de la vieja élite italiana desarrollasen carreras activas en el gobierno o la administración, ni siquiera cuando Italia todavía formaba parte del imperio occidental. Algunos lo hacían, pero en realidad era una cuestión de la ambición particular de cada individuo. Básicamente, eran todos tan condenadamente

ricos que no necesitaban ser políticamente activos a menos que lo quisieran. Sin embargo, esto no significaba que no fuesen prominentes en la vida pública en general. La vieja ideología senatorial del ocio —otium— significaba la liberación de desempeñar cargos y de la rutina diaria, pero no significaba quedarse sentado en casa todo el día cazando moscas. Se esperaba que los senadores fuesen activos en términos culturales, editando a los viejos clásicos, escribiendo comentarios y debatiendo sobre ellos; y en ocasiones añadiendo sus propias composiciones al montón. Debido a su riqueza y relaciones, también estaban muy solicitados como patrocinadores de una gran variedad de comunidades por toda Italia, y todo ello sin mencionar siquiera al Senado. Como cuerpo de hombres extremadamente ricos, era un cuerpo público en sí mismo, a pesar de no tener el poder formal de algunos de sus homólogos en las democracias modernas. Por consiguiente, solo con ser senador se convertía uno en figura pública y entraba en contacto directo con el gobernante a diferentes niveles.[38]

Considerados a la luz de esta definición más amplia de lo que podría parecer una participación positiva, Boecio y su suegro eran ambos personajes públicamente activos en el reino de Teodorico mucho antes de la década de 520. Gran parte de los testimonios provienen de las *Variae* de Casiodoro, por lo tanto están limitados al breve período que Casiodoro desempeñó el cargo antes de la caída de Boecio, es decir a 506/507-511, pero esto lo hace todavía más impresionante. Durante aquellos pocos años, Boecio recibió el encargo de buscar regalos diplomáticos en dos ocasiones independientes para monarcas extranjeros (nada menos que

el propio Clodoveo y Gundebaldo de los burgundios: los famosos relojes), y al realizar la segunda de estas peticiones Teodorico mostró un extenso y detallado conocimiento de las actividades eruditas de Boecio (por supuesto, Teodorico no había leído los libros, pero pudo encargar a uno de sus funcionarios que llevase a cabo las investigaciones necesarias). Símaco inició varios procesos en el Senado, fue uno de los cinco senadores nombrados para aconsejar en el juicio de unos senadores acusados de prácticas mágicas, y él mismo juzgó un caso de parricidio. Todo esto implicaba un estrecho contacto con Teodorico, quien también le reembolsó los gastos derivados de las obras de reparación del Teatro de Pompeyo en Roma, por consiguiente, era sin lugar a dudas persona grata en la corte en aquel entonces. En efecto, sabemos por una anotación en un manuscrito que también llevó a cabo algunos de sus estudios culturales en Ravena. La nota carece de fecha, y podría ser de época de Odoacro más que de Teodorico, pero las probabilidades se inclinan por este último, y, en cualquier caso, lo que subraya es que la clara división trazada por Momigliano entre la aristocracia y la burocracia, entre Roma y Ravena, era demasiado exagerada. [39]

Los altos burócratas eran aristócratas en su origen o acabaron siéndolo por virtud de la riqueza y distinción que adquirieron al ostentar el cargo, a veces casando a sus hijos, como ha sucedido en todas las épocas y en todos los lugares, con los vástagos de quienes tenían antiguas distinciones, pero pocos medios. Los aristócratas estaban tan dispuestos a pelear con los demás aristócratas como con los burócratas, puesto que sus colegas aristos eran sus habituales contrincantes en la

lucha por alcanzar las cimas del máximo poder y privilegios. Y, en este contexto, vale la pena señalar que algunos de sus iguales aristócratas (no solo los funcionarios burócratas de Momigliano) se alegraron de llevar a cabo los procedimientos judiciales que condenaron a Boecio y a Símaco en la década de 520, y de continuar trabajando con el gobierno godo después de la caída de estos. Ambos fueron condenados por sus colegas senadores, y hombres como Liberio no renunciaron a su lealtad con el godo tras la caída.

En resumen, ni las actividades de Beocio y Símaco, ni lo que podemos reconstruir sobre el contexto general proporcionan base real ninguna al criterio de Momigliano acerca del funcionamiento de la política italiana. Tampoco hay indicio alguno de su crucial ingrediente adicional. Momigliano dio por sentado que Boecio fue sorprendido manteniendo correspondencia desleal con Constantinopla y alentando la intervención del Oriente romano para restaurar el gobierno imperial directo en Italia. Su pensamiento estaba influido aquí por el hecho de que Justiniano, sucesor de Justino, ordenó una invasión de Italia una década después de la muerte de Teodorico. No obstante, como analizaremos en el siguiente capítulo, las condiciones en Constantinopla a mediados de la década de 530 eran totalmente diferentes comparadas con las de la década de 520, y, en aquella temprana fecha, una intervención militar sencillamente no estaba en las cartas. Ya en 519, Justino había llegado hasta el punto de reconocer al heredero elegido por Teodorico, y una crónica del Oriente romano escrita a comienzos de la década de 520 por un funcionario con relaciones en la corte, que sin duda reproduce la línea oficial del régimen, no duda en condenar los ataques de Anastasio a Italia en 508 como un «asalto pirata sobre socios romanos».[40] La invención de una aristocracia disidente coherente que trata de urdir una intervención militar romano-oriental simplemente no se sostiene. La caída de Boecio no parece el acto final de una prolongada saga de resistencia aristocrática, sino la repentina caída en desgracia de uno de los grandes hombres que habían circulado por la corte durante su reinado.

¿Qué propició esta catastrófica ruptura en las relaciones? No pudo ser nada que afectase a toda o incluso a parte de la aristocracia italorromana, puesto que la mayoría de los sospechosos habituales siguieron trabajando después para Teodorico. Algunos incluso se beneficiaron de ella: especialmente Casiodoro, que se convirtió en magister officiorum inmediatamente después de la desgracia de Boecio. Del propio Boecio tenemos la famosa La consolación de la filosofía, redactada mientras estaba en prisión, pero todo lo que dice es que los cargos eran falsos y que fue encarcelado porque la forma honesta de gobierno que la filosofía le obligó a adoptar durante el desempeño de su cargo le granjeó enemigos en la corte, que era altamente corrupta. No obstante, no aclara cuáles fueron las acusaciones, y, en su conjunto, La consolación no nos explica qué provocó el enfrentamiento entre Teodorico y su reciente mejor amigo, el magister officiorum, Boecio.[41]

Sin embargo, si nos apartamos de los detalles y el furor que rodearon los últimos años de Teodorico, hay un asunto que podría haber causado todo este caos: la sucesión. Teodorico pensaba que lo tenía todo bien atado cuando casó a Amalasunta con Eutarico, y sobre todo cuando el matrimonio

produjo enseguida un presunto heredero en la persona de Atalarico. No obstante, la vigorosa longevidad del rey resultó contraproducente, puesto que, ya cumplidos los setenta, Teodorico sobrevivió a su heredero electo. Fiel a la narración, o a la falta de ella para el reino de Teodorico, no sabemos exactamente cuándo expiró Eutarico, pero fue en torno a 522 o 523. Evidentemente, todo quedó en el aire, y la lata de gusanos de la sucesión se abrió. Atalarico nació en 516 o 518, por lo tanto tenía como mucho siete años, y había marcadas diferencias de opinión acerca de si un menor podía heredar el manto de Teodorico.

Finalmente, Teodorico decidió que sí podía. No sabemos el tiempo que le llevó tomar esta decisión, pero las fuentes dejan claro que la tomó. También en aquel preciso momento, durante el desempeño del cargo de magister officiorum por parte de Casiodoro, empezó a aparecer con frecuencia en las cartas que escribía para su amo todo el sinsentido que encontramos en el capítulo anterior acerca de que los Amal eran el único gens purpura. La continuidad dinástica fue la carta que jugó a favor de Atalarico, y Teodorico la esgrimía cada vez que sentía que la mortalidad se cernía sobre él. No obstante, ni siquiera el indiscutido prestigio de Teodorico fue suficiente para garantizar una sucesión tranquila para su heredero, cuando aquel heredero escogido carecía de recursos para desempeñar las tareas básicas propias del cargo de líder efectivo de guerra.

Tampoco sabemos si el propio Teodorico consideraba otras posibilidades antes de descargar todo su peso sobre Atalarico, pero otros sí lo hacían. Quizás la alternativa más obvia era el sobrino de Teodorico, Teodahad. Era un Amal

mayor de edad, y recibió una cuantiosa paga al comienzo del reinado de Atalarico por haber sido «obediente». La bonificación por su «obediencia» fue debida al hecho de que Teodahad no se presentó como candidato en el momento de la muerte de Teodorico, cuando sin duda hubo desórdenes y desconcierto en el ambiente. Casiodoro nos dice, por ejemplo, que Liguria, hogar de uno de los principales grupos de asentamiento godo, fue escenario de serios disturbios acerca de la sucesión de Atalarico: probablemente a favor de un candidato diferente. Otros habían buscado por otro lado. Un noble destacado llamado Tuluin, que se había distinguido en el campo de batalla, recibió también grandes recompensas por apoyar la sucesión de Atalarico, entre ellas el título de honor de patricio, el primer godo italiano en recibir esta deferencia, que en el pasado había sido concedida a celebridades como Aecio, quien había trabajado tanto y tan duro para mantener unido el Imperio de Occidente en las décadas de 430 y 440. Tuluin recibió también una carta que lo comparaba explícitamente con un gran héroe godo del pasado, aquel Gensemundo, hijo de Hunimundo, que había elegido apoyar a los tres hermanos Amal cuando estos construían su base de poder en vez de seguir la lucha, que su hermano Torismundo y su sobrino Veremundo continuaron diversas maneras, para seguir siendo señores independientes de pleno derecho. Tuluin sin duda había hecho algo similar, es decir, no había presionado con su propia candidatura, y las Variae, una vez más, dejan claro que en un determinado momento se barajó la posibilidad de un heredero no Amal. [42]

También en Hispania las consecuencias de la muerte de

Eutarico empezaron a hacerse sentir. Una de las razones por las que se eligió a Eutarico fue que, como visigodo de origen noble, podía contribuir a mantener unido el vasto reino que Teodorico había reunido bajo su mando expulsando a Gesaleico. No obstante, Alarico II tenía otro hijo, Amalarico, nieto de Teodorico a través de su hija Teodegoda. Este nieto era tan ajeno a los planes de sucesión de Teodorico, que este envió a uno de sus secuaces, un tal Teudis, a Hispania explícitamente para asegurarse de que nadie utilizase a Amalarico para causar problemas. Sin embargo, tras la muerte de Eutarico, Teudis empezó a ver las cosas de modo diferente. Él mismo se había procurado un excelente matrimonio en Hispania, una heredera romana con grandes riquezas, y utilizó su dinero para mantener a un ejército privado de unos cuantos miles de hombres. En las condiciones creadas por la desaparición de Eutarico, Teudis actuó cada vez con mayor independencia, negándose a acudir a varios llamamientos desde Ravena. En lugar de mantener vigilado a Amalarico, él mismo abanderó activamente su causa, posicionándose como la eminencia gris detrás de una posible entronización, y finalmente se salió con la suya. Tras la muerte de Teodorico, Italia y el reino visigodo se dividieron, y Amalarico heredó este último. No obstante, este era un acuerdo hecho después del fallecimiento de Teodorico, y por tanto no sancionado por él. Nuestra principal fuente romana oriental, el historiador Procopio, es harto explícita en cuanto a que la división fue algo acordado entre Atalarico y Amalarico (léase sus partidarios) tras la muerte de Teodorico, es decir, no era lo que el viejo rey hubiera querido. Por su parte, Teudis no desobedecía órdenes a causa de una devoción por su joven protegido, sino por beneficio propio. A la muerte de Amalarico, él mismo heredaría el trono visigodo y lo conservaría durante el increíble período de diecisiete años.[43] En resumen, la muerte de Eutarico situó a Teodorico en una posición análoga a la del clásico presidente saliente. Con setenta años más o menos, y absolutamente en los últimos días de su tramo final en el cargo, Teodorico se debatía para hacer que alguien le escuchase. Todos los principales jugadores de la corte estaban ocupados calculando quién podría ser un buen sucesor, los temerosos de perder sus actuales prebendas trataban de ofrecer su apoyo a quien pudiera tranquilizarlos, mientras que aquellos a quienes no les había ido tan bien buscaban a alguien que pudiera invertir su suerte actual. En Hispania, Teudis nunca se habría atrevido a acaparar poder de forma tan descarada si en la corte de Teodorico no hubiera habido tanto desbarajuste. Y no fue el único intruso en olfatear la oportunidad. En 522, el rey burgundio Segismundo ejecutó a su hijo y ex heredero Sigerico. Aquel era hijo de Segismundo y de la hija de Teodorico, Ostrogoda, que acababa de morir, y parte de esta historia fue un intento de desbaratar la influencia hegemónica de Teodorico. Asimismo, en 523, tras la muerte del rey Trasamundo, el nuevo rey vándalo Hilderico mató a la comitiva militar goda que permanecía en el norte de África con la otra hija de Teodorico, Amalafrida, y la hizo arrestar. Esta murió finalmente en cautiverio. En ambos casos, las oportunas muertes en casa eran parte de la historia, pero también lo fue la muerte de Eutarico y la parálisis en la corte de Teodorico. A sus reacios acólitos no se les podía presentar una ocasión mejor para liberarse de su hegemonía, y la aprovecharon.

Uno de ellos tuvo suerte, el otro no. Supuestamente, se estaba preparando una flota para una expedición de castigo al reino vándalo en el verano de 526, pero, a la muerte de Teodorico, nunca zarpó, e Hilderico nunca tuvo que apechugar con las consecuencias. Los burgundios no tuvieron tanta suerte. El poder pasó a manos del hermano de Segismundo, Godomar, que se aferró al trono a pesar de las intervenciones de los francos y de los godos, pero Tuluin añadió más lustre a su potencial candidatura sustrayendo más territorio del dominio burgundio en Provenza y agregándolo a los dominios de Teodorico, de manera que el viejo rey por lo menos tuvo la satisfacción de ver a los arrogantes burgundios recibir su merecido. [44]

Por si todo esto fuera poco, el olor de la sangre del viejo orden en el agua atrajo al otro tiburón todavía más grande a la extremaunción del régimen de Teodorico: Constantinopla. Tanto los burgundios como los vándalos trataron de reforzar sus nuevas declaraciones de independencia de Ravena aliándose con el imperio oriental. Les fueron concedidas. Prácticamente al mismo tiempo, el régimen de Justino empezó a perseguir a los cristianos no nicenos, es decir de la misma convicción que Teodorico y sus godos, que vivían dentro de sus fronteras, tras haber tolerado a estas comunidades durante más de un siglo. Teodorico se lo tomó como un desaire personal y amenazó con adoptar medidas contra los católicos italianos. Esto podría parecer una reacción desmesurada por parte del anciano rey, pero con una salvedad. El régimen de Justino se negó también a conceder al último heredero elegido por Teodorico, Atalarico, el mismo

reconocimiento que se le había otorgado a su padre. Tenemos conocimiento de ello porque Casiodoro escribió una carta al emperador en nombre de su nuevo amo poco después de su acceso, pidiéndole que adoptase a Atalarico como hijo de armas, igual que había hecho con su padre. No tengo ninguna duda de que Teodorico lo había pedido, puesto que probablemente había hecho la elección inmediatamente después de la muerte de Eutarico y con toda certeza uno o dos años antes de la suya. Esto apunta a la conclusión de que el régimen de Justino se negó deliberadamente a conceder la petición de su antiguo aliado, cuyos buenos oficios habían contribuido a solucionar el cisma acaciano. Semejante actitud solo puede significar que estaba intentando exacerbar la agitación política paralizando la corte de Teodorico y alentando a todos aquellos que querían socavar su poder. En mi opinión, este fue también probablemente el problema que llevó al papa Juan a exhalar su último suspiro en una de las prisiones de Teodorico. Sin duda, su embajada no había conseguido negociar algo que quería Teodorico, a pesar de todas las celebraciones y elogios que supuestamente recibió el papa en Constantinopla. La concesión que con toda probabilidad solicitaba Teodorico en aquellos momentos era el reconocimiento romano oriental para su heredero, y esto no se estaba produciendo. [45]

Desde esta perspectiva puede comprenderse la irritación del viejo godo ante el repentino estallido de la persecución religiosa. Si se suma a las alianzas con los vándalos y burgundios rebeldes el no reconocimiento de su heredero, la conclusión inevitable es que toda aquella bonhomía de finales de la década de 510 no significó absolutamente nada. Tan

pronto como se presentó la oportunidad, los hipócritas romanos orientales volvieron a las andadas, actuando no como aliados sino para socavar el poder y prestigio de Teodorico de todas las maneras posibles. Sospecho, aunque no está escrito en ninguna parte, que su objetivo no era allanar el camino para una invasión de Italia. Como veremos en el siguiente capítulo, todavía tenía que fluir una buena cantidad de agua bajo innumerables puentes, durante la siguiente década más o menos, antes de que Constantinopla se interesase seriamente en anexionar Italia bajo su gobierno directo. Según mi criterio, es mucho más probable que los romanos orientales tratasen de sembrar la discordia en el seno de los círculos de las élites políticas del reino para resquebrajar el superestado godo de Teodorico y separar el reino visigodo del gobierno de Ravena. Tenía perfecto sentido. Ningún otro acto por sí solo podía debilitar más a quien accediese al trono en Ravena después de la muerte de Teodorico, y, puesto que los dos actos se habían combinado recientemente, esta resultaba una meta altamente alcanzable.

Me temo que fue precisamente en esta red de engaños en la que Boecio y su suegro quedaron finalmente atrapados. En *La consolación* Boecio es demasiado evasivo para que podamos estar absolutamente seguros de por qué se vio abocado a aquel terrible destino. Sí es cierto que tenía sólidos vínculos en Constantinopla, de manera que, al igual que el papa Juan, se dejó arrastrar por la determinación de Justino de provocar malestar y agitación en el reino italiano negándose a reconocer al nuevo heredero elegido. Dados estos vínculos, podemos comprender que Teodorico esperase que su *magister officiorum* fuese capaz de defender el

reconocimiento que habría ayudado a asegurar la sucesión de Atalarico y a estabilizar de nuevo el escenario político en Ravena. Y cuando dicho reconocimiento no se produjo, un poco como el cardenal Wolsey cuando no consiguió garantizar aquel famoso divorcio, la ira del rey fue implacable.

Esta reconstrucción es, según pienso, totalmente posible, pero hay una segunda alternativa, más específica. Como se recordará, Boecio afirma que su caída tuvo que ver con el rechazo del régimen de Teodorico a las buenas enseñanzas de la filosofía en el arte de gobierno. Esto podría ser un código, como muchos han sugerido antes. De todos los potenciales candidatos al trono tras la muerte de Teodorico, se sabe que Teodahad tenía gran interés en la filosofía neoplatónica. También sabemos que había lazos razonablemente estrechos entre él y Boecio. Por consiguiente, la principal alternativa al escenario del cardenal Wosley es que Boecio cayera por haber apostado por el caballo equivocado en las intensas maniobras políticas que siguieron a la muerte de Eutarico.[46] En cualquier caso, parece seguro afirmar que Boecio fue sorprendido en plena tormenta. La sucesión fue el asunto primordial, caótico e irresoluble de los últimos años de Teodorico, y probablemente lo que acabó con la vida de Boecio.

EL IMPERIO ROMANO DE LOS GODOS

Al cabo de unos meses de la muerte de Teodorico, el aura imperial se desvaneció rápida y definitivamente de sus

antiguos dominios. La ruptura del reino unido de Italia, la Galia e Hispania fue la causa fundamental, pero se vio reforzada por el triunfal rechazo del señorío ostrogodo por parte del vándalo Hilderico y las acciones parcialmente exitosas de autoafirmación de los burgundios. En su momento álgido después de 511, Teodorico había reunido una copia bastante decente del único imperio, que, como bien proclamó en su carta a Anastasio, era su objetivo. La extensión territorial que se encontraba bajo su gobierno directo era enorme, y su hegemonía abarcaba no solo África del Norte y el reino burgundio del valle del Ródano, sino también, con un constante y creciente grado de laxitud, la Europa central. Es importante destacar este aspecto, porque se ha descuidado demasiado a menudo. No debemos permitir que el hecho de que los francos, como veremos más adelante, estuvieran destinados a un estrellato histórico de mayor duración oculte la realidad de que, durante sus vidas, la trayectoria de Teodorico eclipsase la de Clodoveo, y que, en la segunda década del siglo VI, su poder tuviera un carácter verdaderamente imperial. Los líderes eclesiásticos galos, así como Cesáreo de Arlés y el papado, buscaban su amistad, no la de Clodoveo. Semper Augustus no era una hipérbole aduladora, sino un título totalmente apropiado para el mayor gobernante de su tiempo.

A lo largo de los años se han ido identificando diversas causas del posterior fracaso de su proyecto imperial, sobre todo los impactos de la potencial división religiosa entre arrianos y católicos, y una razón política provocada por el hecho de que solo generó la tibia aceptación de los importantes romanos de sangre azul de Roma. Sin embargo,

la división religiosa solo se convirtió en un problema cuando el régimen de Justino y Justiniano decidieron que así fuera, persiguiendo a las viejas comunidades arrianas de sus dominios mientras al mismo tiempo se negaban a reconocer al nuevo heredero elegido por Teodorico tras la muerte de Eutarico. Después de todo el acercamiento de la década de 510 y el consulado conjunto de 519, solo puedo concluir que Teodorico estaba en lo cierto al interpretar que la nueva política religiosa constantinopolitana era un deliberado menosprecio diplomático, y que tenía toda la razón al amenazar con tácticas defensivas. Sin embargo, acaloramiento se desvaneció cuando el reino godo unificado de Teodorico no consiguió sobrevivir a su fallecimiento, y las relaciones católico-arrianas en el interior de Italia y en el frente diplomático entre Ravena y Constantinopla retornaron a los viejos tiempos de feliz coexistencia. Los grandes días de influencia de Cesáreo de Arlés, por ejemplo, surgieron después de la muerte de Teodorico, especialmente con el municipio de Orange en 529 bajo el gobierno de Atalarico. Asimismo, la caída en desgracia de Boecio y de su suegro Símaco, examinada más detalladamente, no parece proporcionar prueba alguna de antiguas grietas en los cimientos del gobierno de Teodorico. Sin duda, sus muertes fueron parte de una importante crisis, pero pertenecen a una historia diferente de la que normalmente se ha tejido en torno a ellos: la del eterno favorito de un gobernante autocrático enemistándose con antiguos partidarios del régimen sobre un importante tema, más que la de la prolongada resistencia a un tirano odiado.

La verdadera razón de la pérdida del estatus imperial fue

mucho más prosaica: la incapacidad del sucesor elegido por Teodorico de mantener el abrumador poder militar representado por la combinación de los ejércitos godos del antiguo reino visigodo y del nuevo reino ostrogodo de Teodorico. Sin embargo, no es de extrañar que esta combinación no sobreviviese a su muerte. Él mismo solamente había juntado los dos potenciales militares en 511, de modo que no les unían viejos lazos y tradiciones de cooperación, ni siquiera de haber realizado campañas conjuntas. Por consiguiente, aunque Eutarico no hubiera muerto antes que él, es altamente dudoso que el imperio romano godo de Teodorico pudiese repetirse a sí mismo en la siguiente generación política. Con la renovación de la vieja división goda, los sucesores de Teodorico no estaban en disposición de igualar su nivel de preeminencia política en el antiguo Imperio de Occidente. Los descendientes de la fuerza que él condujo a Italia en 489 sin duda seguían siendo mucho más poderosos que las fuerzas de los reinos burgundio o vándalo, y probablemente también, a juzgar por los acontecimientos de la primera década del siglo VI, que aquellos del reinventado reino visigodo. No obstante, una vez que sus sucesores hubieron integrado por completo las nuevas conquistas de Clodoveo al este y oeste del Rin, los francos acabaron siendo por lo menos tan poderosos. La posterior división de los militares godos de Italia e Hispania en aquel contexto estratégico hizo imposible que los sucesores de Teodorico pudiesen reconducir al viejo Occidente romano sobre sus colosales huellas.

Por consiguiente, las raíces del fracaso de Teodorico en la fase imperial residen en última instancia en la fragilidad del control que ejerció sobre las más recientes anexiones visigodas a su base de poder militar. No obstante, al mismo tiempo hay que señalar la durabilidad compensatoria de la pieza central del proyecto político de su vida: el ejército combinado que llevó consigo a Italia en 489. Este es un aspecto que más bien se ha pasado por alto en las recientes puntualizaciones académicas acerca de la abrumadora fluidez de las identidades del denominado grupo bárbaro en los siglos v y vI, por lo tanto, vale la pena dedicar unos instantes a examinar los principales tableros del caso. Sin duda alguna, los seguidores de Teodorico no eran «pueblos» antiguos, unidos por antiguas características culturales comunes, por lo que, hasta aquí, no tengo ningún problema con los enfoques revisionistas sobre el tema. Los ostrogodos de Teodorico eran una formación totalmente nueva creada a partir de dos componentes fundamentales, los godos panonios y los godos tracios aliados, con historias completamente diferentes desde por lo menos varias generaciones antes de su unificación en la década de 480 (y posiblemente desde siglos atrás, puesto que sus ancestros del siglo IV posiblemente pertenecieran a reinos godos separados del norte del mar Negro). Sin embargo, ni siquiera esto explica en lo más mínimo la completa mescolanza de los orígenes del ejército. Los godos panonios mismos fueron creados en la década de 450 por el tío de Teodorico a partir de una serie de tribus guerreras que habían sido incorporadas al imperio húnico de Atila, mientras que los godos tracios eran, de hecho, una amalgama de grupos originariamente pequeños y de diversos orígenes, aunque parezca que todo hubiese comenzado con un reasentamiento de anteriores súbditos húnicos en la década de 420 de

Panonia a Tracia. Si sus dos principales partes componentes tenían orígenes mezclados y caóticos, Teodorico también había reclutado otros muchos despojos del desplome del imperio de Atila cuando penetró en Italia. Los rugios procedentes del reino destruido por Odoacro constituían el grupo más numeroso, pero también los hunos bitigures aparecieron en Italia, además de otros.

Partiendo de estos desiguales inicios, Teodorico consiguió entretejer estos componentes tan variados y convertirlos en una maquinaria militar altamente efectiva. Los instrumentos que tenía a su disposición eran básicamente romanos, algunos positivos, otros negativos. En el lado negativo, la hostilidad y duplicidad de Zenón proporcionó a esta variada amalgama de reclutas una excelente razón para mantenerse y operar unidos. Si no lo hacían, el emperador acabaría consiguiendo su mutua destrucción. No obstante, el imperio proporcionaba también una motivación más positiva, puesto que, trabajando juntos, tenían más posibilidades de obtener una parte de los ingresos de Zenón procedentes de los impuestos en forma de subsidios anuales. Y fue precisamente este lado positivo de las cosas lo que realmente funcionó en Italia, donde la fuerza del ejército unido permitió a Teodorico tomar tal control de la campiña que después pudo movilizar la riqueza italiana, tanto en forma de concesiones de tierras como mediante el continuado flujo de tributos, para recompensar a sus leales seguidores. La fuerza de su lealtad hacia él y el poder total que había forjado muestran hasta qué punto aquel ejército permitió que Teodorico dominase por lo menos Mediterráneo occidental antes de que los visigodos sumasen a sus fuerzas.

No fue este un logro despreciable dados los disparatados orígenes de su ejército, y, en términos medievales, la identidad de grupo del ejército que creó fue duradera. Indudablemente, no todo el mundo sentía el mismo grado de lealtad hacia su líder. Como hemos visto, los rugios fueron rápidos a la hora de cambiar de bando durante la conquista inicial, pero eran una adquisición muy reciente en aquellos momentos de la historia, pues no se unieron hasta 487-488. Asimismo, cuando los ejércitos romanos orientales entraron en Italia en la década de 530, en la generación posterior a la muerte del rey, algunos elementos de las fuerzas godas se rindieron inmediatamente. [47] No obstante, de hecho solo una pequeña minoría se rindió, y, como veremos en el capítulo 4, la inmensa mayoría de los descendientes de aquellos que Teodorico trajo a Italia tuvieron que ser apaciguados mediante combates a lo largo de veinticinco años de campañas antes de disolver su identidad de grupo. Dicha identidad no era antigua; fue creada en tiempos de Teodorico, pero distaba mucho de ser efímera. Las experiencias de haber combatido en campañas conjuntas y los lazos de la lucha compartida, primero contra Zenón y después contra Odoacro, tuvieron un importante efecto transformador. A continuación, y supongo que por encima de todo lo demás, hemos de añadir a todo esto las distribuciones de riqueza derivadas de la conquista de Italia, que generaron en los miembros originales del ejército y en sus descendientes un interés común y poderoso por defender los nuevos privilegios que habían obtenido. El resultado, sin duda, fue una nueva identidad de grupo, y, para la mayoría de los miembros del ejército, en absoluto efímera, puesto que para desmantelarla fueron precisos veinte años de lucha armada.

Aunque este ejército por sí solo no fuera una base de poder suficiente para proclamar un imperio en el mundo su carácter esencial pone de manifiesto posromano, exactamente por qué el imperio romano de la Europa occidental dejó de existir a finales del siglo v. Cuando por primera vez surgió el imperio, las mayores estructuras políticas con las que se encontraron en el mundo dominado por los germanos de la zona central eran alianzas temporales de efectivos militares numerosas agrupaciones independientes, unidas con fines ofensivos o defensivos muy inmediatos. Como mucho, estas estructuras tenían suficiente resistencia para obtener una gran victoria aislada, como la de Arminio sobre las legiones de Varo en el bosque de Teutoburgo, pero este era un fenómeno muy poco frecuente, y, al cabo de algunos años de aquel triunfo, la alianza victoriosa ya había dejado de existir. En cambio, Teodorico pudo crear una fuerza inmensamente grande reuniendo solo dos unidades base, los godos panonios y los tracios, que ya de por sí tenían un considerable tamaño; un problema político mucho más simple que implicaba a muchos menos elementos clave en la toma de decisiones. Añadamos a esta situación un conjunto de vínculos comunes derivados de importantes y exitosas campañas conjuntas, además de un interés común por mantener el control sobre las recompensas con las que Teodorico los motivó tras la conquista de Italia, y comprenderemos por qué la inmensa mayoría de su fuerza, incluso en la segunda y tercera generación, se mostró tan tenaz frente a la invasión romano-oriental de Italia.

Todos los cuerpos de efectivos militares que crearon los

estados sucesores del imperio occidental fueron, como los godos de Teodorico, nuevas formaciones surgidas sobre la marcha. No obstante, esta circunstancia no hacía que su identidad de grupo fuera más efímera que la de los godos italianos. Todos estos grupos, los visigodos, los vándalos y finalmente los francos, pasaron por las mismas experiencias y surgieron casi del mismo modo. Forjados en el fuego abrasador de la competencia que encontraron en suelo romano, al principio solo por supervivencia ante contraataque romano, pero después cada vez enfrentados a un imperio central debilitado, por una porción más grande de la vieja base tributaria romana, las unidades base ya de considerable tamaño de las que habían surgido se hicieron todavía más grandes y más duraderas. El contraste con los grupos germánicos del siglo I a. C. y d. C. no podía ser mayor. La prolongada transformación había creado los cimientos para formaciones militares verdaderamente numerosas y duraderas capaces de mermar porciones de territorio romano cuando se vieron forzados al vital proceso final de unificación política. Y una vez empezaron a hacerlo, las autoridades romanas centrales rápidamente se percataron de que tanto la base tributaria como los ejércitos que esta había sustentado se estaban evaporando. Ni siquiera la mayor alianza germánica del período de la expansión romana nunca podría haberse enfrentado al poder imperial romano de esta manera, y el hecho de que, a lo largo del siglo v, varios grupos de este tipo campasen por territorio romano explica por qué a las autoridades imperiales centrales les fue imposible seguir manteniendo la integridad estructural del imperio. [48]

No obstante, si el nuevo tamaño y durabilidad de los

grupos germánicos que pudieron reunirse en suelo romano en el siglo v explica la erosión de aquella ventaja militar que hizo posible el imperio, los nuevos grupos eran también lo bastante fuertes, en general, para esquivarse unos a otros. Dejando de lado el golpe de Teodorico en 511, ningún estado sucesor en el Occidente posromano del siglo VI dispuso de una base de poder militar lo suficientemente grande y resistente como para construir un estado viable a largo plazo que fuera verdaderamente imperial en cuanto a escala. Teodorico pudo intimidar a los reinos vándalo y burgundio cuando se encontraba en el punto álgido de su carrera, y extender temporalmente su gobierno directo sobre los visigodos cuando su reino se encontraba en desorden por la derrota, pero ni su reino ni el de ninguno de sus rivales, todos ellos nacidos también de las circunstancias altamente competitivas del siglo v, tenía la suficiente fuerza militar para absorber definitivamente a sus vecinos y poder construir algo que de verdad se pareciese a una restauración de Roma a largo plazo. Por consiguiente, no es de extrañar que el segundo intento importante de restablecer el imperio en Occidente viniera de fuera de los viejos territorios imperiales occidentales. Tenía sus raíces en el Imperio Romano de Oriente, cuyos recursos empequeñecían a los de cualquier otro estado occidental sucesor. Sin duda alguna, el poder siempre había estado allí, pero durante dos generaciones políticas después de la derrota de su gran armada en 468, su último intento serio por mantener la existencia de un verdadero imperio occidental, Constantinopla limitó sus intervenciones en el Mediterráneo occidental en aras de una interferencia diplomática cuidadosamente planificada, como la que tanto perturbó los últimos años de Teodorico. Cómo y por qué se produjo este cambio nos conduce directamente al emperador Justiniano.

Parte II

«EL CONQUISTADOR DE MUCHAS NACIONES»

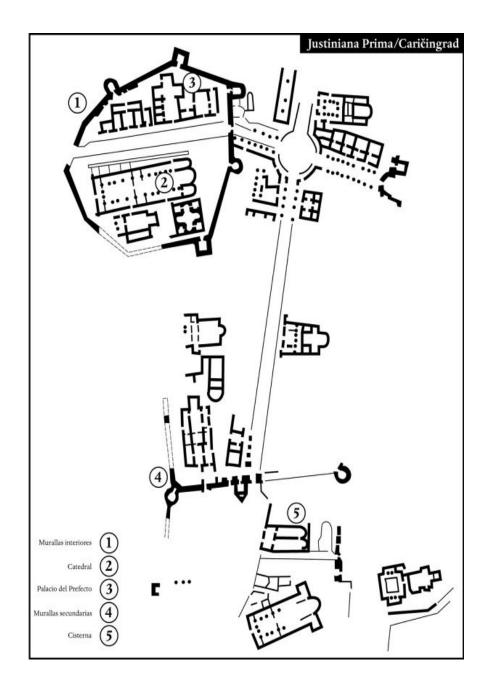
Capítulo 3

«POR LA AUTORIDAD DE DIOS»

A kilómetros de distancia de la maldita nada, incluso en términos específicamente serbios, hay una estrecha meseta delineada por los valles de empinadas laderas de dos pequeños ríos. La meseta no está ubicada en ninguna de las principales vías que han canalizado el tráfico por esta parte de los Balcanes desde tiempos inmemoriales: el desfiladero Moravia-Vardar y el paso desde la antigua Naissus (la moderna Nis) a Scupi (la moderna Scopje). Aquellas eran las dos carreteras que los godos panonios habían inundado con sus caravanas de carros cuando iniciaron su funesta marcha hacia el sur en territorio romano oriental. Cierta actividad agrícola resulta posible en los alrededores, pero el clima y el suelo en torno a la meseta nunca han sustentado a una población demasiado numerosa.

A pesar de estos inconvenientes, las autoridades de Constantinopla erigieron una nueva y flamante ciudad monumental en la cima de la meseta a mediados del siglo VI, cuya construcción se inició una década después de la muerte de Teodorico en Ravena. En la actualidad las excavaciones siguen en curso, en manos de un equipo de franceses y

serbios, pero los hallazgos hasta ahora son extraordinarios. El extremo noroeste de la meseta estaba ocupado por el reducto final de la cuidad, su acrópolis, circundada por una imponente muralla irregular a causa del terreno y provista de cinco enormes torres y la única puerta (Figura 5). En el interior, un sólido complejo episcopal (basílica, baptisterio y sala de audiencias) se erguía frente a una sede de autoridad seglar igualmente monumental al otro lado de una plaza rodeada de columnas. Este reducto estaba circundado por otro conjunto de murallas delimitando cinco hectáreas más o menos de la ciudad superior, que estaba cómodamente situada detrás de los dos conjuntos de murallas fortificadas. Aquí, los romanos construyeron todavía más iglesias, calles porticadas y un enorme granero, junto con varias lujosas residencias y parte de la habitual parafernalia de la administración del agua del mundo antiguo, incluida una torre de agua, sin la cual hubiera sido imposible concentrar semejante población en aquella parte tan árida del mundo. En el exterior, la ciudad inferior abarcaba otras tres hectáreas, y hasta ahora las excavaciones han sacado a la luz más iglesias, un enorme tanque de agua y dos sólidos bloques de unos baños



No había ninguna necesidad económica, administrativa, religiosa o estratégica, ni siquiera lógica, que justificase aquel espectacular despliegue de ingeniería civil. En realidad, no es

más que un monumento a un individuo extremadamente poderoso: el emperador Justiniano I, sobrino de aquel Justino cuyo ascenso solventó la crisis sucesoria que siguió a la muerte de Anastasio, y por cuyo bien Teodorico había negociado el fin del cisma acaciano. Nuestra meseta albergaba la ciudad de Justiniana Prima (su nombre moderno es Carič ingrad), cuya construcción no tuvo otro motivo que el de conmemorar el oscuro lugar de nacimiento, no exactamente en la meseta, sino en los alrededores, de uno de los mayores egos de la historia. En este lugar, no solo floreció una ciudad a partir de la nada, sino que en torno a ella se reorganizó la geografía seglar y eclesiástica. Una ley de 535 declaraba la intención del emperador de transferir a Justiniana Prima la sede de la prefectura de Ilírico (responsable del gobierno de los Balcanes occidentales y Grecia) desde la antigua ciudad de Tesalónica, mientras el nuevo obispo de la ciudad asumía el derecho a convertirse en el prelado superior de toda la zona norte de los Balcanes.[1]

Los restos de Caričingrad constituyen un monumento harto adecuado para uno de los protagonistas más extraordinarios de toda la historia imperial romana. Justiniano es bastante conocido por el público en general, pero no tanto como lo habría sido si hubiera vivido en el siglo I d. C., y tiene merecido su puesto junto a los Calígulas, Nerones y Claudios que pueblan la imaginación. Accedió al trono en 527, cuando el cuerpo de Teodorico todavía estaba caliente en la tierra, y los historiadores le consideran uno de los emperadores romanos más visionarios, aunque quizás también el más equivocado, que jamás ha existido. Para muchos fue el único monarca de Constantinopla después de

476 que se planteó en serio la restauración del poder de Roma a las cotas más altas de su antigua gloria. A menudo se afirma que subió al trono con el ardiente deseo de reconquistar las provincias perdidas del Occidente romano, y se puso manos a la obra mientras dedicaba sus momentos de ocio a la completa reforma de todo el corpus de derecho romano. No obstante, aunque al final de su vida las fronteras romanas habían avanzado considerablemente y se había creado un texto revisado de derecho romano que iba a tener una gran influencia en la Europa medieval y moderna, es también habitual que, como cualquier auténtico antihéroe, el legado de Justiniano a sus sucesores fuera un cáliz profundamente envenenado. Al cabo de dos generaciones después de su muerte, Roma oriental perdería no solo gran parte de lo que él conquistó, sino también la mayoría de sus territorios, para encontrarse sumida en la más profunda crisis política, económica e incluso ideológica al tiempo que se debatía para lidiar con la peor de las derrotas.

Una de las causas de toda la confusión en torno a su reputación es el sorprendentemente incoherente retrato de Justiniano que emerge de las obras del historiador más importante de su era: un abogado de la ciudad de Cesarea, en lo que hoy en día es Israel, llamado Procopio. Su ciudad natal era una próspera ciudad portuaria del período tardío de la Antigüedad, gran parte de la cual está saliendo a la luz en excavaciones a gran escala, sobre todo de la zona del puerto, donde una generación de arqueólogos marinos ha disfrutado durante los veranos nadando en las cálidas aguas del

Mediterráneo oriental. Procopio no nos da mucha información específica sobre su pasado, pero sin duda perteneció a la clase terrateniente, puesto que sus obras muestran que había gozado de una extensa educación en lengua griega y literatura clásica, que era el distintivo de esta clase en el imperio tardío, y al ser totalmente privada solo era asequible a las clases más altas. Dado que en sus propios escritos aparece como asesor (consejero legal) del general más famoso de Justiniano, Belisario, parece que se pasó a los estudios de leyes, cuyos costes confirman nuevamente el entorno privilegiado del que provenía. Belisario, acompañado de Procopio, dirigió la primera conquista del África vándala por parte de Justiniano en 533, y después las fases iniciales de la guerra en Italia, cuyos éxitos llevaron a Casiodoro a su inexorable cita con un destino constantinopolitano a finales de la década de 530.

ANEKDOTA

La pluma de Procopio (probablemente su voz, puesto que lo normal era dictar) nos ha dejado tres obras independientes. La más larga es una historia narrativa de las guerras de Justiniano centrada en los años 527 a 552-553, construida a gran escala. Nadie, ni siquiera Procopio, la ha considerado un relato suficiente del reinado de Justiniano, y, además, fue escrita de acuerdo con las convenciones que gobernaban este tipo de historia en el período romano tardío. Ello le confiere una serie de peculiaridades. No se permitía el uso de

vocabulario «moderno», es decir, de cualquier término que gramáticos estuviera santificado por los fundadores del período clásico, lo cual significaba encontrar, entre otras cosas, modos alternativos de describir a los obispos, sacerdotes y monjes cristianos, puesto que ninguno de ellos existía en la Atenas de los siglos IV y V a. C. Digresiones introductorias destinadas a divertir y a alardear de conocimiento, más que a educar, eran también de rigor antes de sumirse en la progresión narrativa central. El tema también estaba estrictamente prohibido, es decir, nada del nuevo y moderno cristianismo, sino un enfoque más bien despiadado de la historia militar y diplomática, y se había convertido en algo habitual, aunque no esencial, que el autor hubiera participado personalmente en algunos de los acontecimientos, tanto para proporcionar un interés añadido como una cierta garantía de que el texto contenía la verdad. [2] El relato de la guerras de Procopio proporciona gran cantidad de información detallada que nadie ha puesto en duda. Es más, el cuerpo de datos es tan extenso que, a menos que uno trabaje afanosamente, existe la tendencia de que para reinado de historia del Iustiniano cualquier simplemente con copiar a Procopio con las propias palabras y algún comentario adicional.

A su manera, la segunda obra de Procopio, conocida normalmente con el nombre de *Los edificios*, es igual de densa, y trata en cuatro voluminosos libros sobre las obras de construcción autorizadas por el emperador. Una vez más, abunda aquí la información, pero también hay algunos problemas potencialmente graves. En primer lugar, Procopio es, por lo menos para los gustos modernos, excesivamente

adulador. En esta obra, el emperador es todo lo que la propaganda imperial quería que fuera. Ordenado por voluntad divina, es santo y piadoso, y sus muchas y variadas obras de construcción adornaban y salvaguardaban el imperio. Desde hace tiempo los historiadores se han interesado por la pura escala de la supuesta actividad. Parte de ella no presenta problema alguno. El Libro 1 se centra en Constantinopla, es decir Estambul, y algunas de las estructuras de Justiniano todavía siguen allí, sobre todo la gran iglesia de Hagia Sofía, que es casi todo sobre lo que Procopio escribió (aunque la cúpula tuviera que remodelarse después en su mismo reinado cuando la original se derrumbó en el terrible terremoto de 558). No obstante, en el Libro 3 y especialmente en el Libro 4, los relatos originariamente precisos y variados de Procopio dan paso a lo que en realidad son listas, largas listas, que suscitan dudas de que se hubieran podido construir tantas estructuras. En efecto, como los historiadores son animales contrarios a creer lo que se sugiere, en la década de 1980 se puso de moda argumentar que gran parte de lo que Procopio atribuía a Justiniano, en realidad se había construido en el reinado de su predecesor Anastasio. Esta creencia se basaba sobre todo en una polémica acerca de la fortaleza fronteriza persa de Dara (de la que hablaremos en el siguiente capítulo), donde Procopio había estado acantonado con Belisario, y de la que ofrece un largo y sumamente específico relato de lo que supuestamente había construido Justiniano. Se esgrimía que gran parte de aquel relato no tenía ningún sentido, y que casi todo había sido erigido por Anastasio, que sin duda fue quien empezó a fortificar el enclave. Y si Procopio podía estar

profundamente equivocado sobre un lugar en el que realmente había estado, ¿por qué creemos a pies juntillas lo que dice sobre incontables construcciones en extensiones de territorio cuyo aire nunca respiró?

En definitiva, por suerte no hemos de ser tan pesimistas. Anastasio sí construyó gran parte de lo que aún se puede ver en Dara, si uno se molesta en ir allí, pero las cosas concretas que Procopio describe que hizo Justiniano también están allí, y parece como si se tratase de una segunda fase de construcción: de hecho, algunas, a pesar de que ya no existen, pueden verse en las viejas fotografías en blanco y negro hechas por Gertrude Bell y otros a finales del siglo XIX y comienzos del xx. En general, hay una coincidencia tranquilizadora entre el relato de Procopio de Caričingrad, y lo que los arqueólogos han estado excavando. En resumen, parece que el orden del día de Los edificios de Procopio fue una considerable exageración pero no una completa fabulación. Mientras que Justiniano estaba sin duda satisfecho de llevarse el mérito de las estructuras terminadas en su reinado, aunque las hubiera iniciado Anastasio, nadie todavía ha podido pillar a Procopio con las manos en la masa, atribuyendo concretamente a Justiniano algo que o bien nunca existió o bien hubiera sido construido por otro. Por más asquerosamente adulatorio que sea Los edificios, su tono general no es del todo mentiroso. Justiniano construyó un gran número de edificios y aquellos de los que Procopio proporciona detalles específicos probablemente eran tal como los documentan.[3]

El problema clave del relato que hace Procopio del reinado de Justiniano no lo plantea ni las *Guerras* ni *Los edificios*, sino su tercera obra y la más breve, la *Anekdota* o, como normalmente se la denomina, la *Historia secreta*. Una copia de este texto llegó a manos de un enciclopedista bizantino de finales del siglo x, pero después se perdió de vista hasta que se descubrió un único manuscrito en la Biblioteca Vaticana, publicado en Lyon en 1623. Para empezar, hacerse con el texto fue solo una insignificante molestia. Lo más problemático es su contenido. En primer lugar, las *Guerras* e incluso, en cierto modo, *Los edificios* corresponden a géneros identificables en la literatura antigua, historia clásica y panegírico, respectivamente, por lo tanto sabemos cómo hemos de leerlas, pero no la *Historia secreta*. Lo que esta nos cuenta siembra también dudas en el sentido de que socava absolutamente todo lo que Procopio dice en sus otras obras, mucho más extensas.

El problema planteado por la *Historia secreta*, si es que constituye un problema, ya que la obra en sí es altamente fascinante y al final un rompecabezas muy entretenido, aparece en varias capas entretejidas. Por un lado, el prefacio no dice exactamente por qué escribió Procopio esta obra. Estamos a comienzos de la década de 550, y él ya había escrito y publicado todo excepto el último libro de las *Guerras*. No obstante, declara:

En el caso de los numerosos acontecimientos que osé relatar en volúmenes precedentes, me vi obligado a ocultar las causas por las que estos habían tenido lugar. Será por lo tanto preciso que en este punto de mi obra revele lo que hasta el momento se había silenciado, así como las causas de lo que he expuesto previamente. [4]

Temeroso de «padecer la más atroz de las muertes» y de ser

descubierto in fraganti por «el enjambre de espías» del emperador, Procopio había escrito una versión altamente esterilizada de las guerras de conquista. Ahora promete decirnos la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Hasta el momento, todo bien, pero luego uno sigue leyendo hasta que descubre exactamente en qué consiste la «verdad» de Procopio. En primer lugar, despedaza a su antiguo patrón, el general Belisario, y a su mujer, Antonina, pero el fuego intensivo lo descarga sobre el propio emperador Justiniano, y su esposa, la emperatriz Teodora. Primero Justiniano:

Este hombre era a la vez vil y malhechor, la clase de persona a la que llaman un pervertido moral, nunca decía la verdad a aquellos que conversaban con él, detrás de cada palabra y acción había una intención taimada y pérfida ... Era engañoso, desviado, falso, hipócrita, con varias caras, cruel, experto en disimular su pensamiento, inclinado a las lágrimas ... En suma, ni retenía mucho tiempo el dinero en su poder ni dejaba a nadie tenerlo: como si su razón fuera no la avaricia, sino los celos de los que tenían riquezas. Sacando toda la riqueza del país de los Romanos de esta manera, se convirtió en la causa de la pobreza universal.[5]

Teodora también dejaba mucho que desear, por lo que parece, a la imaginación:

Tan pronto como llegó a la adolescencia, y estaba ya preparada para el mundo, se unió a las mujeres en el escenario. Inmediatamente se hizo cortesana, de la clase llamada «infantería» tal cual los antiguos griegos solían llamar a una mujer común, pues ella no tocaba la flauta o el arpa, ni entrenaba siquiera para bailar, sino que solo entregaba su juventud a cualquier persona con que se encontrara, en total abandono.

Y en opinión de Procopio no fue solo la necesidad económica la que motivó a Teodora:

Nunca hubo nadie más esclava del placer en todas sus formas; a menudo iba a merendar al campo con diez hombres o más, en la flor de su fuerza y virilidad y con gran experiencia en la fornicación, y retozaba con todos ellos, durante toda la noche. Cuando estaban demasiado exhaustos para continuar, se acercaba a sus criados, treinta quizás en número, y se emparejaba con cada uno de ellos.

Solía quejarse de que la naturaleza no la hubiera dotado con más formas de gozar del placer sexual, y esto sin mencionar siquiera su famosa actuación con pollos, granos de cebada y sus partes privadas, aunque según Procopio, privadas era la última cosa que en realidad eran. Al mismo tiempo, era tan empecinadamente terca y astuta, que consiguió con su mente y cuerpo cautivar el corazón de Justiniano, quien hizo modificar la ley para poder casarse con ella.[6]

Los dos juntos eran la pareja perfecta para cometer delitos. Uno era tan codicioso como el otro, y ambos tan intolerantes ante cualquier oposición a su voluntad, que se asociaban para arruinar a todo aquel que entrase en contacto con ellos, y también al imperio entero. Tampoco este resultado era puramente consecuencia de la locura humana, porque en una ocasión la madre de Justiniano confesó:

Cuando estaba a punto de concebirlo, la visitó un demonio, invisible pero dando prueba perceptible de que estaba allí con ella en el modo en que un hombre yace con una mujer, después de lo cual desapareció completamente como en un sueño. Y algunos de aquellos que habían estado con el emperador hasta altas horas de la noche ... aseguraron que se había levantado súbitamente de su trono imperial y se había puesto a caminar de un lado a otro (de hecho nunca solía permanecer sentado durante mucho tiempo), cuando de repente la cabeza de Justiniano desapareció, pero el resto de su cuerpo parecía seguir realizando aquel mismo recorrido ... Otro dijo que estaba al lado de [Justiniano] cuando estaba sentado, y de repente vio que su cara se convertía en

La identificación fue finalmente confirmada por un santón que llegó a Constantinopla para una audiencia imperial, pero que no pudo entrar en la sala del trono porque vio al príncipe de los demonios sentado allí en lugar del emperador. Y resultó que el diablo hacía tiempo que había hecho un pacto también con Teodora: si le tenía a él por amante, jamás tendría que preocuparse por el dinero.[7] Aquí lo tenemos. La auténtica verdad de por qué las cosas sucedieron como sucedieron en el reinado de Justiniano. Cuando *El exorcista* se encuentra con *Garganta profunda*, con la avaricia como única meta, el resultado no puede ser más que un desastre para la humanidad.

El problema que plantea todo esto para la credibilidad de Procopio respecto a Justiniano es evidente. Cuando el mismo autor dice en Los edificios que, por un lado, el emperador había sido nombrado por Dios, justo e infalible, y que incluso recibía mensajes de Dios a través de los sueños sobre cómo resolver un apremiante problema arquitectónico en la construcción de Hagia Sofía, pero, por el otro, asegura que es la precuela de un Agüero, no resulta demasiado obvio lo que hay que pensar. ¿Cómo podemos reconciliar la extraordinaria yuxtaposición de las pretensiones de la Anekdota de estar revelando la completa y última verdad acerca del régimen con el retrato pornográfico de Teodora y su diabólico Justiniano? En mi opinión hay un sinfín de pistas que indican que Procopio está jugando con sus lectores en la Anekdota, no en el sentido de que no pretenda lo que dice al vilipendiar al régimen, sino que no espera que aceptemos su contenido como «verdad» en sentido directo y literal. Una pista es la vívida pornografía del fragmento de Teodora. La reacción de por lo menos el noventa y cinco por ciento de todos los estudiantes a los que he dado clases en los últimos veinticinco años, especialmente ante el pasaje de los pollos, ha sido la risa (a excepción de algunos de educación más recatada que parecían un poco desconcertados). Siempre es un poco peligroso juzgar los valores culturales de otros tiempos y lugares, pero estoy totalmente seguro de que aquí la risa era precisamente lo que Procopio perseguía. Esto no significa que el retrato no tenga un propósito serio; el ridículo es una de las estrategias más efectivas para bajarle los humos al enemigo. Y en el caso de Teodora, el retrato cumple perfectamente la función de convertirla exactamente en la imagen opuesta a lo que la propaganda imperial exigía que fuera. En lugar de la modesta y virtuosa consorte del emperador, elegida por la divinidad, es una avariciosa y caprichosa ninfómana, y Procopio se deleita sobremanera con todas las ironías en torno a su establecimiento en Constantinopla de un hogar para prostitutas reformadas.[8]Lo mismo puede decirse del retrato que la Anekdota ofrece de Justiniano. En vez de un emperador elegido por Dios, el imperio estaba siendo regido por el mismísimo hijo del diablo. Y también aquí estoy seguro de que hemos de reírnos. Las descripciones de la figura sin cabeza y el rostro que se disuelve son ambas divertidas y, si se atención, están rodeadas de cuidadas formulaciones verbales que sugieren que no debemos pensar en términos de verdad literal: verbos como «parecía», «aseguraron» y «dijo» pueblan el relato. Lo mismo cabe decir de la extravagante historia del gallo y el toro con la que Procopio envuelve su relato del verdadero aspecto de Justiniano.

Físicamente no era ni alto ni bajo, sino de altura media; no delgado, sino moderadamente grueso; su cara era redonda, y no de mal aspecto, pues tenía buen color, incluso cuando ayunaba durante dos días. Para abreviar la larga descripción de su aspecto, diría que se parecía mucho a Domiciano, hijo de Vespasiano.

Sin embargo, no quedaba claro cómo podía saber Procopio todo esto, ya que Domiciano fue la última bestia negra, el peor tirano imperial de toda la historia de la Roma imperial, cuya reputación en el mundo antiguo fue mucho peor que la de Calígula o Nerón, aun siendo estos mejor conocidos por el público moderno. La reputación de Domiciano era tan nefasta, nos dice Procopio, que el populacho no solo hizo pedazos su cuerpo, sino que, después de su muerte, el Senado ordenó la destrucción de todas sus estatuas. Por consiguiente, ¿cómo sabía Procopio que Justiniano se parecía a Domiciano?

[La esposa de Domiciano], recogiendo todas las partes del cuerpo de Domiciano, las ensambló cuidadosamente encajándolas unas con otras y cosió el cuerpo de nuevo, en su apariencia original. A continuación, mostrándoselo a los escultores, les ordenó que labraran en una estatua de bronce la suerte que había sufrido su esposo ... la esposa la colocó en la calle que conduce al Capitolio ... mostrando los rasgos y el destino de Domiciano hasta hoy día.

Si el lector todavía no se está riendo, creo verdaderamente que debería hacerlo. Toda esta historia es un auténtico disparate y, como se observará, en el momento en que Procopio está escribiendo para su público en Constantinopla, la estatua está convenientemente ubicada en Roma, por lo tanto, nadie podía comprobarlo. Una vez más, nos encontramos en el fantástico mundo de la imaginación de Procopio; todo este artificio no es más que una astuta manera de trazar un paralelo entre Justiniano y el peor tirano de la historia imperial. En otras palabras, con la *Anekdota* tenemos entre manos una sátira política de gran calidad, y hay otros ejemplos romanos tardíos en los que se utilizaron precisamente estos vericuetos, sexualidad y demonización, para denigrar y con ello destruir la credibilidad de sus objetivos.[9]

Todo esto nos plantea dos amplias conclusiones acerca del gran historiador de la era de Justiniano: una más reconfortante y la otra menos. Por un lado, estoy bastante convencido de que podemos saber a grandes rasgos lo que Procopio pensaba del régimen de Justiniano y de sus logros. Sospecho que, como a muchos otros romanos orientales, la primera victoria en África del Norte en 533-534 le inspiró una de triunfo, que incluso pudo haberle proporcionado el ímpetu inicial de sus ambiciones históricas, puesto que estaba profundamente involucrado en la acción como asistente de Belisario. Si fue así, el entusiasmo rápidamente cedió paso a un profundo distanciamiento, a medida que se iban sucediendo una guerra tras otra en la década de 540, hasta que, c. 550, en la última de todas, era ya implacable y firmemente hostil al régimen y a todas sus obras; por lo tanto, su libro Los edificios no ha de considerarse más que un panegírico, posiblemente un encargo.

Menos reconfortante es la imagen del Procopio astuto y juguetón que con tanta severidad emerge de la *Anekdota*. Podría parecer paradójico, pero no lo es. Cuanto más sagaz es

el escritor, especialmente si está tan bien informado como Procopio, más difícil es escapar de la visión del mundo que tan arteramente ha construido. Con los escritores de la antigua tradición retórica (y la historia se consideraba una rama de la retórica) esto constituye un problema, porque siempre codificaban en sus escritos referencias cruzadas a las antiguas autoridades en las que ellos mismos y su público potencial habían sido educados. A veces eran simples reminiscencias verbales sin un significado especial, reflejando el hecho de que expresiones particularmente adecuadas solían memorizadas y transmitidas: un poco como sorprendente cantidad de proverbios que aparecen Hamlet, que uno recoge de otros lugares mucho antes de haber visto o leído la obra. No obstante, las referencias cruzadas también podían utilizarse para codificar capas de significados adicionales, por ejemplo cuando un autor proporcionaba la mitad de una cita conocida en su texto y el lector añadía la otra mitad, el significado ostensible del fragmento se retorcía o incluso cambiaba (como una versión más sofisticada del juego de añadir «no» al final de declaraciones positivas: «Justiniano fue un emperador santo y por mandato divino: no», lo cual constituye un buen resumen de la Anekdota). El problema con los autores educados en la retórica, como Procopio, es que se pasaron casi una década en su adolescencia inmersos en la literatura antigua bajo guía profesional, mientras que la mayoría de nosotros no lo hacemos. Es extremadamente difícil estar del todo seguros de haber extraído hasta el último grano del significado de un autor de esta índole, y cuanto más listo es el autor, más difícil resulta saberlo. Mientras escribo esto, me parece que el jurado

todavía está deliberando su veredicto acerca de Procopio. Parece innegable que es un autor astuto y sagaz, pero ¿hasta qué punto? Recientemente se ha defendido que efectivamente era sumamente listo, y que elaboró una crítica con base filosófica del régimen de Justiniano para un grupo de analistas de ideas afines en la Constantinopla del siglo VI, en vez de satirizar simplemente a partir de la aversión dominante. No obstante, a pesar de que esta defensa puede elaborarse a partir de las obras de Procopio, no hay ninguna evidencia independiente de la existencia del supuesto público; por consiguiente podríamos estar añadiendo un injustificado nivel de profundidad a las intenciones del propio autor. Así pues, el jurado todavía está deliberando. [10]

Sin embargo, afortunadamente tenemos un segundo cuerpo de material con el que trabajar, puesto que, junto con las guerras de conquista exploradas por Procopio, podría decirse que el reinado de Justiniano posee mayor importancia debido a su total recodificación del derecho romano. El material legal es por propia naturaleza más problemático que el habitual relato histórico redactado por Procopio; por consiguiente, a pesar de, o quizás debido a, su volumen, no suele debatirse tan detalladamente. No obstante, analizado desde la dirección correcta arroja un resplandeciente rayo de luz, por suerte no procopiano, sobre el régimen de Justiniano, en especial de sus primeros años.

El cuerpo entero del derecho

La reforma de Justiniano de la ley romana tardía constituyó un momento histórico de gran importancia para la mayor parte del territorio europeo. No en aquel entonces, puesto que ninguna provincia del antiguo Occidente romano estaba controlada desde Constantinopla, y algunas otras partes de Europa nunca habían sido romanas, pero los efectos a largo plazo del proyecto de Justiniano no podían haber sido más espectaculares. Básicamente conservaba a través de la codificación una selección cuidadosamente elegida de unos mil años más o menos de jurisprudencia romana. Se llevó a cabo de forma tan sistemática que el texto resultante, el Corpus Iuris Civilis o Cuerpo de derecho civil, proporcionó un modelo general junto con numerosos artículos individuales de legislación para muchos de los sistemas legales en desarrollo en la Europa central y occidental desde la época medieval hasta comienzos del período moderno. Por lo tanto, se debe precisamente a Justiniano el hecho de que el estudio del derecho romano haya sido un puntal para los cursos de derecho de muchas universidades hasta hace bien poco (en Oxford, por ejemplo, solo pasó de obligatorio a voluntario en la década de 1990). Cómo llegó el texto de Justinaino a gozar de esta vida posterior tan sorprendentemente influyente es fundamental para la parte final de este libro, pero nada de esto podía haberse predicho a finales de la década de 520 y comienzos de la de 530, cuando se creó. Por ahora, lo que importa es la naturaleza y relevancia del proyecto en el momento de su creación.

En efecto, la reforma legal rápidamente se convirtió en el buque insignia del proyecto de asuntos domésticos del nuevo régimen de Justiniano cuando este accedió en solitario al poder tras la muerte de su tío Justino el 1 de agosto de 527. Dicho proyecto apareció en diversas entregas, la primera anunciada ya el 13 de febrero de 528, justo seis meses después del acceso al trono del nuevo emperador. Y si, como monarca romano, uno quería proclamar la propia idoneidad para gobernar, entonces, por lo menos en los asuntos internos del estado romano, no había mejor tarea a la que lanzarse que la reforma legal, por dos razones.

En primer lugar, y ya hemos visto la reacción de Teodorico ante la misma cuestión, la ideología del estado imperial romano había identificado hacía tiempo la existencia de la ley escrita como único factor que distinguía al mundo romano como sociedad humana de inspiración divina de orden superior, muy superior a la de cualquier vecino conocido o imaginable. Como el propio Justiniano escribió en *Deo Auctore* (*Por la autoridad de Dios*), el orden que puso en movimiento el segundo elemento de la reforma el 15 de diciembre de 530:

Nada en ninguna esfera se considera tan merecedor de estudio como la autoridad de la ley, que pone en buen orden los asuntos divinos y humanos y expulsa toda injusticia.[11]

La identificación de la ley escrita como clave constituyente de la superioridad romana era un hábito que descendía directamente de las meditaciones de los griegos clásicos acerca de por qué su sociedad era superior a las demás. Sin embargo, los griegos no se habían centrado solo en un factor, sino en varios, que se reforzaban mutuamente. El pensamiento griego hacía hincapié en el valor de un sistema

educativo intenso (Procopio fue educado en un sistema heredero de este) que formara individuos de alta sensibilidad moral, capaces de comprender el valor del autocontrol frente a las vicisitudes de la vida y dispuestos, por consiguiente, a someter sus voluntades individuales a las normas v regulaciones escritas. En este sistema de pensamiento, no quedaba del todo claro si uno tenía que ser superior como persona antes de estar dispuesto a aceptar la ley escrita, pero ideología del imperio tardío fue abandonando gradualmente las otras ideas para hacer de la ley el elemento central e indiscutible de la superioridad romana. Además, en todas las comparaciones formales entre la sociedad romana civilizada y los bárbaros (incluso los sumamente sofisticados persas) que aparecen en nuestras fuentes a partir del siglo v, la existencia de la ley escrita destaca a los primeros como muy superiores. Como es sabido, un autor romano pone en boca del rey visigodo Ataúlfo la explicación de que desistió de la idea de sustituir al imperio romano por un imperio godo precisamente porque sus partidarios no podían obedecer las leyes escritas. Por consiguiente, la mejor opción a la que llegó fue la de utilizar el poder militar godo para apoyar a Roma. Otro autor, también de sobra conocido, muestra a un mercader romano convertido en un próspero huno deshecho en lágrimas ante el recuerdo de la calidad de vida que la ley escrita podía proporcionar. En el seno del Occidente posromano en conjunto, promulgar un código legal escrito, aunque fuera virtual e impráctico, equivalía a una declaración de que la propia política pertenecía al club de las naciones cristianas civilizadas.[12] Por qué de aquel cúmulo de antiguas ideas emergió precisamente la ley para desempeñar este papel estelar no es importante para esta historia, pero mi impresión es que la cristianización de la ideología imperial romana tuvo su contribución. La vieja ideología griega de superioridad era descaradamente elitista: puesto que los únicos individuos superiores eran los que tenían una educación completa, y puesto que aquella educación era privada y costosa, entonces por definición solo unas pocas personas (generalmente hombres) podían pertenecer al club de élite de los completamente humanos. No obstante, el cristianismo sostenía que todo el mundo, incluso las mujeres, tenía un alma y podía salvarse, de manera que la vieja visión grecorromana de superioridad era demasiado exclusiva. El problema quedó resuelto al dejar de lado el resto del aparato ideológico y concentrarse en el derecho, ya que en la ley y las estructuras sociales que esta definía todo el mundo tenía cabida. Algunos ocupaban posiciones de mayor autoridad y poder, otros más humildes, pero todos ocupaban un lugar, y esto funcionó mucho mejor en el imperio cristiano, que, como dicen los textos del Evangelio, estaba centrado en la cuestión primordial de que todo el mundo podía salvarse. En cualquier caso, el foco del imperio tardío en la ley escrita como clave de la superioridad romana significaba que no podía haber ningún progreso más ambicioso para un régimen que la reforma legal.

La segunda razón por la que Justiniano se lanzó a la reforma legal hay que desentrañarla un poco más. Parte de la observación directa de que reformar la ley romana era, en el verano de 527, una tarea que sin duda se tenía que llevar a cabo. Cuando accedió al trono, las fuentes potenciales de autoridad legal que podían ser citadas en los tribunales eran

demasiadas y demasiado dispares para poder resolver casos complejos. Sin embargo, dejarlo aquí y concluir que el nuevo emperador era un gobernante clarividente que introdujo reformas legales de gran alcance por el bien de sus súbditos es una respuesta insuficiente para lo que aconteció. Para ver por qué, hay que sacudir el tema un poco más fuerte.

En el siglo VI (y de hecho durante varios siglos antes), había dos tipos principales de autoridad legal a los que habitualmente se hacía referencia en los tribunales imperiales: los escritos de abogados más o menos autorizados por los anteriores emperadores para dar sus opiniones legales acreditadas (denominados jurisconsultos) y las resoluciones de diversa índole dadas directamente por los emperadores, bien en forma de edictos oficiales generales o resoluciones que en un principio posiblemente solo tenían relación con un caso específico, pero que constituían un precedente cuya importancia podía ser más general. Las reformas de Justiniano llegaron en tres tramos, e iban dirigidas tanto a los problemas independientes planteados por cada cuerpo de material por sí solo, como al problema global que surgía cuando uno trataba de utilizarlos ambos a la vez. De los tres, el tercero era pan comido. Surgió al final y adoptó la forma de un nuevo libro de texto introductorio para estudiantes de derecho, que reflejaba los cambios en la ley generados por los otros elementos del proyecto. También seguía muy de cerca, allí donde podía, al manual para estudiantes ya existente, escrito por el jurista del siglo III, Cayo, e incluía la mitad de esta obra anterior.[13] No obstante, si elaborar el libro de texto final fue una tarea relativamente fácil, el trabajo previamente realizado había sido mucho más pesado.

La primera parte de la reforma, elemento que arrancó en febrero de 528, se impuso, en primer lugar, la tarea de reunir la nueva legislación imperial promulgada desde la última recopilación: el *Código Teodosiano* de 438. Este cubría el período desde *c*. 300 d. C. en adelante. Después, había que combinar esta nueva sección de noventa años de legislación imperial con los otros tres códigos de leyes imperiales que ya existían: el de Teodosio y dos códigos anteriores recopilados por Hermogeniano y Gregoriano en la década de 290. Entre ellos, los dos últimos proporcionaban una selección de leyes imperiales que se remontaban a la década de 130. Emprendió la tarea una comisión de ocho administradores y políticos de alto rango dentro del régimen, y dos abogados defensores en ejercicio.

Se establecieron los parámetros generales para la tarea, puesto que estaban siguiendo modelos fijados por el *Código Teodosiano* e iniciativas intermedias para recopilar la nueva legislación posterior:

- a) Se empezaba descartando cualquier ley que perteneciera solo a un caso particular, identificando de este modo leyes de verdadera o potencial importancia general (el concepto operativo aquí era *generalitas* en latín).
- b) A continuación aquellas leyes elegidas se editaban, en un principio descartando gran parte de las sandeces retóricamente autojustificatorias con las que los emperadores solían introducir sus resoluciones.
- c) Después se separaban las distintas partes de cualquier ley relacionada con diferentes temas, porque los emperadores a menudo promulgaban leyes compuestas que cubrían varios asuntos.
- d) Por último, se organizaban los extractos editados por capítulos temáticos dentro de libros numerados, manteniendo el orden cronológico dentro de cada capítulo.

Todo esto era bastante sencillo, puesto que la estrategia de

edición e incluso la mayoría de títulos del libro y de los capítulos podían seguir los modelos ya existentes de los códigos más antiguos. Una tarea mucho más ardua era la de decidir qué conservar de aquellas tres viejas obras, y cómo integrar sus materiales en la selección de la nueva ley imperial que los comisionados acababan de hacer.

Sin embargo, la comisión se reveló eficiente para la tarea y en un año solamente presentó el Código terminado, y el nuevo volumen fue formalmente promulgado el 7 de abril de 529. En comparación, la comisión correspondiente del Código Teodosiano tardó nueve años en completar únicamente la primera de estas tareas, y nunca intentó siquiera crear un volumen combinado, aunque, para ser justos, los nuevos hábitos burocráticos de compilación y el hecho de que tuvieran un modelo que seguir facilitó las cosas en algunos aspectos a los comisionados de Justiniano.[14] Sin embargo, editar las nuevas leyes e integrar toda la legislación imperial en un solo volumen, y en tan solo trece meses desde el inicio hasta el final, supuso una formidable labor.

Sospecho que fue precisamente esta labor la que animó a Justiniano a establecer una segunda comisión en diciembre de 530 para abordar el problema todavía mayor de los escritos de jurisprudencia. *Deo Auctore* propuso los principios.

Por consiguiente os mandamos leer y trabajar sobre los libros que tratan del derecho romano, escritos por aquellos hombres instruidos del pasado a los que los más venerados emperadores autorizaron a componer e interpretar las leyes [los jurisconsultos], para que pueda extraerse de ellos la máxima sustancia y eliminarse toda repetición y discrepancia en la medida de lo posible, y así a partir de ello poder compilar una única obra, que sea suficiente para sustituir a todos los libros ... para que nada pueda quedar fuera de la obra acabada ... sino que en estos cincuenta libros todo el derecho antiguo, en un estado de confusión

durante casi 1.400 años, y rectificado por nosotros, pueda ser defendido como por una muralla sin dejar nada fuera. Todos los escritores de leyes tendrán el mismo peso y no se reservará ninguna autoridad superior a ningún autor, puesto que no todos se consideran ni mejores ni peores en todos los aspectos, sino solo algunos en algún aspecto en particular.[15]

La presidencia de la nueva comisión fue confiada a uno de los abogados defensores vinculado a la obra anterior, Tribonio, que había destacado claramente en aquella tarea, y sin duda había estado elaborando algún trabajo preparatorio entre la publicación del código en abril de 529 y el anuncio del nuevo proyecto en diciembre de 530. En aquella fecha ya sabían que el siguiente texto se redactaría en cincuenta libros, y los principios con los que enfocarían los escritos de jurisprudencia fueron minuciosamente trazados; sin juicios de antemano, todas las opiniones habían de ser sopesadas según sus méritos.

Ningún trabajo preparatorio restó dificultad a la tarea. Por su propia cuenta, la comisión tuvo que leer un total de dos mil libros y tres millones de líneas de opiniones legales. Al final, redujeron esta ingente masa a cincuenta libros y 150.000 líneas, pero esto no es ni la mitad de la historia. No solo había una enorme cantidad de material de jurisprudencia, sino que además era sumamente problemático. Básicamente, los únicos escritos legales que tenemos de los jurisconsultos son los que sobrevivieron a la expurgación de Tribonio y sus colegas comisionados, y sus cerebros impusieron a este material un orden y una lógica que antes no había existido. El hecho clave que hay que recordar acerca de los abogados es que en su mayoría viven de sus clientes, y los clientes emplean a los abogados para ganar los casos. Además, acudir a la ley —

sobre todo en casos no criminales, y era principalmente sobre el derecho civil, no criminal, sobre el que versaban las opiniones de los jurisconsultos— es una actividad costosa cuyo propósito es casi únicamente proteger o conseguir algún tipo de ganancia financiera. Así pues, no es de extrañar que el problema principal que encontraron los comisionados de Tribonio en el material de jurisprudencia no fuera la cantidad de material, sino el hecho de que sus destacados profesionales a menudo discrepaban unos de otros. No es en absoluto sorprendente que así fuera: muchas de estas discrepancias provenían de la necesidad de proporcionar ingeniosos argumentos para clientes concretos. Por consiguiente, reducir el volumen de aquella jurisprudencia no era solo un problema de edición, sino una toma de decisiones intelectual. ¿Cuál de entre las opiniones contrapuestas sobre un determinado tema había de elegir la comisión?

El alcance del problema era enorme, pues varios siglos de opiniones mutuamente contrapuestas de jurisconsultos habían creado la clase de confusión que constituye el paraíso del abogado de pago. La novela *Casa desolada* de Dickens, con su interminable caso legal que finalmente se comió el valor de la propiedad en litigio, no es una mala imagen para tener en mente. El derecho romano era una jungla cuyos tigres eran los abogados, entre los cuales los mejores, es decir, los más capaces de adaptar la jurisprudencia y las resoluciones imperiales a las necesidades de sus clientes, podían exigir minutas astronómicas. [16]

Sin estos antecedentes, es imposible comprender la estrategia de alto riesgo que en realidad implicaba el segundo elemento de la reforma legal de Justiniano. Para funcionar,

tenía que cortar el nudo gordiano de la tradicional autoridad legal romana, y al hacerlo, amenazaba los intereses creados que tan sustanciosamente se beneficiaban del statu quo. No había duda alguna de que la reforma era necesaria, pero la cruda realidad de la tarea ya había ahuyentado al equipo legal de Teodosio, que silenciosamente había aparcado esta parte del proyecto a finales de 430, y en el transcurso del tiempo el tema seguía igual de complicado. Así pues, *Deo Auctore* no solo establecía principios de trabajo lógicos, sino que ponía las cartas del régimen boca arriba. En diciembre de 530, el régimen de Justiniano se comprometió con audacia a llegar hasta donde ningún emperador antes se había atrevido a llegar.

La reforma legal no fue el único proyecto de alto riesgo emprendido por la administración de Justiniano cuando este tomo las riendas del poder. Poco importaban los peludos bárbaros europeos de un tipo u otro; la bestia negra tradicional del Imperio Romano de Oriente, heredada de los griegos, era Persia. El hecho de que la nueva dinastía sasánida alcanzara un nivel de control centralizado sin precedentes sobre lo que hoy es Irán e Irak en la década de 220, no hacía más que presagiar dos generaciones políticas y más desastre para Roma: tres aplastantes derrotas y una secuencia de humillaciones, sobre todo la captura y posterior exhibición del emperador Valeriano, monumentalizado en los enormes relieves tallados en la roca de Naqs-I Rustam. Solo tras un turbulento proceso de reforma política y administrativa que duró cincuenta años, y que permitió a los emperadores

apuntar una mayor participación de los activos de sus reinos en la dirección deseada, pudo restaurarse la paridad en el frente oriental en la última década del siglo III. A intervalos durante gran parte del siglo IV se produjeron más conflictos, pero en la última década y media, y sobre todo en el siglo v, la periódica confrontación de superpotencias dio paso a una coexistencia práctica e ideológica. Ambos imperios se enfrentaban ahora a fieros enemigos nómadas procedentes de la Estepa en otras fronteras, y los persas sufrieron su propia Adrianópolis cuando el shahenshah Perozes y su ejército fueron masacrados por los hunos heftalitas en 484. Puede que solo fuera un mito, pero a comienzos del siglo VI ambos imperios comprendieron que aquel período de relaciones relativamente buenas se había iniciado por un acuerdo entre el emperador Arcadio y el shahenshah Yazdegerd, en virtud del cual este último adoptaría al joven hijo de Arcadio, Teodosio II, en un acto destinado a facilitar su acceso al trono en caso de una muerte temprana de Arcadio. El acuerdo resultó profético, pues Arcadio murió en 408, cuando Teodosio solo tenía seis años. [17]

Cuando finalmente la amenaza nómada retrocedió para ambas partes, el inicio del siglo VI fue testigo de un parcial retorno a las pautas de comportamiento de la vieja guerra fría, resolviendo a veces los asuntos en disputa mediante guerras en vez de negociaciones (como había sucedido a lo largo del siglo V). Ambos bandos trataban de crear problemas al otro en sus marchas por las fronteras, especialmente en el extremo oriental del mar Negro. No obstante, la buena voluntad del siglo V no se había disipado por completo, y en 522 el entonces monarca persa, Cabades, agitó una nueva rama de

olivo en dirección a Constantinopla. Tenía un motivo muy especial para hacer esto, puesto que quería convertir en su heredero a un hijo suyo menor, Cosroes, obviando las reivindicaciones de un hijo mayor con el que había tenido una importante pelea. Lo que hizo fue remontarse al ejemplo de Teodosio II y Yazdegerd y pedir al entonces emperador reinante Justino que adoptase a Cosroes en una acción totalmente paralela. Según el relato de Procopio, Justino y Justiniano estaban a punto de acceder a la petición cuando recibieron un inquietante consejo del entonces principal asesor jurídico, el cuestor Próculo:

Desde las primeras palabras esta embajada abierta y directamente significa hacer de este Cosroes, quienquiera que sea, el heredero adoptivo del emperador romano. Y yo querría que razonarais sobre esto de la siguiente manera: por naturaleza las posesiones de los padres pasan a sus hijos y mientras las leyes entre los hombres siempre están en conflicto unas con otras debido a su diversa naturaleza, en este asunto tanto entre los romanos como entre todos los bárbaros están en acuerdo y armonía unas con otras, en el punto en que declaran que los hijos son dueños de la herencia de sus padres. Tomad esta resolución si queréis: si lo hacéis debéis ateneros a todas las consecuencias.

Por suerte Próculo descubrió el astuto plan de Cabades para hacer de Cosroes el gobernante del imperio romano y a la vez del imperio persa, y, después de que las negociaciones avanzaran y retrocedieran durante un tiempo, la petición fue finalmente rechazada en el verano de 527, momento en que Justiniano era ya coaugusto y efectivo coemperador. En lugar de atender a la petición persa en su totalidad, los romanos se ofrecieron a adoptar a Cosroes como hijo de armas de la manera en que solían hacerlo con los monarcas de estados occidentales sucesores y otros denominados «bárbaros».

Ofendido, Cabades rompió las negociaciones y no tardó en invadir territorio romano.[18]

Es un episodio fascinante, pero yo siempre he encontrado extraño que el consejo de Próculo se tomara tan en serio, a veces con un comentario de agradecimiento sobre la calidad de la información disponible para Procopio, el hecho de que supiera tanto de los consejos secretos que corrían por la corte. En cuanto uno se detiene y piensa en ello, todo el asunto se convierte en un absurdo total. El modo de convertirse en emperador en Constantinopla, desde tiempos inmemoriales, era obtener el respaldo suficiente por parte de una masa del electorado clave: importantes crítica senadores terratenientes, destacados administradores burocráticos, funcionarios de la corte y principales oficiales del ejército, entre cuyas categorías había considerables superposiciones. Si Justino hubiese adoptado a Cosroes, no se habría marcado ninguna de estas casillas y este no habría tenido la más mínima esperanza de acceder al trono de Constantinopla a la muerte de Justino, lo mismo que el hecho de que Yazdegerd adoptara a Teodosio no le daba ningún derecho al trono persa.

Sin duda alguna, el rechazo de la iniciativa diplomática de Cabades basado en este pretexto era deliberadamente insultante, como lo era, por supuesto, el ofrecimiento de tratar al heredero del trono persa como un bárbaro occidental. Y, como se recordará, esta no es la primera vez que vemos a Justino y a Justiniano con las manos en la caja en asuntos de sucesión. Al mismo tiempo que las propuestas de Cabades eran bloqueadas y después rechazadas, las mismas partes estaban ocupadas negándose a reconocer al heredero

elegido por Teodorico tras la muerte de Eutarico. En mi opinión, a partir de este episodio es imposible llegar a ninguna otra conclusión que la de que Justiniano, en su rechazo final de la proposición de Cabades, se estaba comportando deliberadamente de manera insultante con la supuesta esperanza, como había ocurrido en la política equivalente con relación al reino godo, de desestabilizar al imperio persa con la sucesión inconstitucional y discutida de Cosroes.

En otras palabras, Justiniano inició su reinado adoptando una estrategia de alto riesgo en el campo de los asuntos exteriores, y también en política interior. No obstante, como también puede decirse del proyecto de reforma legal, si fuera posible alegar un buen resultado de la guerra con Persia que la conducta romana hacía ahora prácticamente inevitable, el resultado ideológico era potencialmente enorme. Desde que los persas convirtieron la piel encurtida de Valeriano en un odre en el siglo III, Persia había sido el enemigo ideológico cuando se trataba de proclamar una victoria. Constantino II había ridiculizado la victoria de Juliano sobre los alamanes en Estrasburgo en 357 diciendo que, comparados con los persas, los salvajes medio desnudos no eran verdaderos enemigos, y el propio Juliano había tratado de consolidar su poder lanzando una devastadora invasión del territorio persa que finalmente resultó nefasta. Para los emperadores que declaraban haber sido elegidos por mandato divino y estar respaldados por Dios, la prueba última de legitimidad era una o dos victorias militares decentes. ¿De qué mejor manera podía manifestarse el apoyo del Todopoderoso (que en efecto era todopoderoso), si no a través de una victoria en el campo

de batalla? No había enemigo más prestigioso que vencer que los persas.[19]

En mi opinión, las reformas legales y las desavenencias con Persia han de considerarse en conjunto si tratamos de comprender las salvas iniciales del reinado de Justiniano. En sus primeros meses, el régimen no solo hizo una apuesta arriesgada, sino dos, y al mismo tiempo. En realidad, lo que esto pone de manifiesto es la gran inseguridad que subyacía en el mantenimiento de Justiniano en el poder en aquel momento. El ascenso de su tío Justino al trono imperial a la muerte del emperador Anastasio fue un asunto totalmente improvisado, más que una sucesión minuciosamente preparada de amplio consenso entre las clases políticas de Constantinopla. El propio Anastasio sin duda no se había sentido lo bastante seguro en el poder como para organizar la antes de muerte; si lo hubiera hecho. sucesión su posiblemente habría elegido a uno de sus tres sobrinos (Hipacio, Pompeyo y Probo), que eran sus parientes más cercanos. Justino era un destacado oficial de la guardia imperial, que, según nuestras fuentes, explotó el vacío de poder lanzando lo que en realidad fue un golpe de estado. Encargado de repartir grandes sumas en sobornos en nombre de otro candidato, un tal Teócrito, se gastó el dinero en asegurarse la lealtad de su cuerpo de guardia, los excubitores, que inmediatamente lo auparon al poder. Una vez en el trono, Justino se encargó de eliminar a todos sus rivales, reales y potenciales, que osaban asomar la cabeza; especialmente a aquel Teócrito, de cuyos fondos se había apropiado

indebidamente, y a Vitaliano, el veterano general que había dirigido la oposición calcedonia contra Anastasio y que desempeñó un importante papel en la reconciliación con el papado que marcó el inicio de su reinado, y del que al parecer tanto se benefició Teodorico.

Durante los años que siguieron a estos en cierto modo adversos comienzos, Justiniano, según todos los testimonios (no solo el de Procopio), trabajó incansablemente para conseguir el control efectivo de las riendas del poder y hacerse indispensable a corto plazo como heredero inmediato del viejo emperador. No obstante, aquello no significaba que se sintiera seguro en el poder. La sucesión de tío a sobrino no automática en el mundo de la era constantinopolitana; y después de todo, era lo que no había sucedido a la muerte de Anastasio. Y entre otros posibles candidatos, los sobrinos de Anastasio seguían merodeando por la corte, algunos ocupando altos cargos, pues los regímenes romanos imperiales fueron siempre coaliciones de los poderosos. En verano de 527, Justiniano se había abierto el camino al trono, pero todavía no estaba seguro en el poder. Emprender aquellos inmensos, y arriesgados, proyectos significaba conseguir el suficiente capital político para convertir la mera ocupación del trono en el poder real de gobernar. El éxito en ambos frentes demostraría que el poder práctico de la divinidad estaba apuntalando el trono de Justiniano, que era un gobernante totalmente legítimo del mundo romano.[20] Justiniano emerge de estos primeros meses de gobierno como un arribista imaginativo y ambicioso que trata de explotar las dos principales vías ideológicas abiertas a un emperador romano oriental para consolidar su poder. Esta es una imagen sustancialmente diferente de los retratos sumamente inconsistentes que Procopio hace de Justiniano, pero su precisión fundamental se confirma a través de algunos detalles de la verdadera reforma legal que siguió a todo ello. De hecho, un sólido elemento del atajo se encontraba ya en el diseño del proyecto básico. Se recordará que la versión teodosiana de la reforma necesaria del sistema legal romano imaginaba un supercódigo final que reuniese los pronunciamientos imperiales y escritos de jurisprudencia en un único envoltorio sin fisuras. La versión de Justiniano era mucho menos ambiciosa, ya que se proponía elaborar dos códigos no tan exhaustivos: uno de derecho imperial y otro de material de jurisprudencia. Esto era más fácil, pero dejaba abiertos posibles problemas de desacuerdo o, mejor dicho, diferencias de énfasis entre los dos cuerpos de material para que el abogado ambicioso los explotase en los tribunales. La rapidez con la que se realizaron las reformas de Justiniano es también en sí misma altamente indicativa. Como comentaba la Constitutio Tanta, que confirmaba el estatus legal del código el 16 de diciembre de 533, cuando por primera vez se anunció la tarea nadie esperaba que se completase en menos de diez años, y diez años fue, precisamente, el tiempo que tardó el equipo de Teodosio en crear solo el código de pronunciamientos imperiales.[21] Encajarlo todo en tres años requería mucho más que simple eficiencia, teniendo en cuenta la dosis de voluntad política y capital que el régimen de Justiniano estaba dispuesto a invertir para cortar los numerosos nudos gordianos legales a los que se enfrentaban. Todavía se conservan algunos testimonios de este proceso.

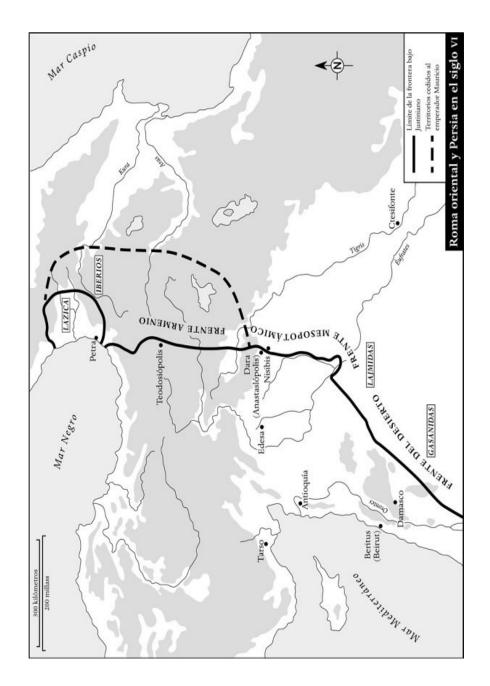
Una estrategia esencial para ordenar aquella confusión de

discrepancia jurisprudencial fue la serie de las denominadas «Cincuenta Decisiones», que resolvían mediante una nueva legislación una sarta de espinosos y viejos problemas de la jurisprudencia romana. El mayor erudito moderno del proceso considera que en realidad hubo más de cincuenta, pero todos ellos fueron reducidos y encajados entre el 1 de agosto de 530 y el 30 de abril de 531 (otro indicio de que los preparativos ya estaban en marcha antes de que el proyecto se anunciase oficialmente en diciembre de 530). Algunos de estos problemas ya existían desde hacía siglos y resolverlos tan deprisa no era solo cuestión de argumentación lógica ni de eficiencia administrativa, sino de hacer que un argumento perforase los intereses creados que habían prolongado los desacuerdos, sin duda para su propio beneficio, durante las generaciones precedentes. Parte de la respuesta de cómo Tribonio y Justiniano los superaron es sin duda mediante la fuerza bruta (como en breve veremos con más detalle), pero también ofrecieron un trato a algunas de las partes interesadas. En la reconstitución final de la profesión legal en el imperio oriental, los representantes de las escuelas de derecho de Constantinopla y Beirut, que, al parecer, eran los más distinguidos, fueron fundamentales para el proceso. No obstante, al final de dicho proceso otras dos escuelas de derecho, Cesarea y Alejandría, fueron explícitamente suprimidas y a sus maestros no se les permitió tener alumnos. Es el clásico «Divide y vencerás». El consenso de la parte más distinguida del sistema legal respecto al paquete de reformas se consiguió en parte garantizándole que gozaría de un duopolio sobre los estudiantes de derecho, asegurándose con ello ingresos superiores a los que hasta entonces había tenido.

[22]

En resumen, la reforma legal de Justiniano fue tanto un proyecto político como legal, y en tanto que proyecto político fue aprobado a toda prisa con cada despacho porque su éxito se consideraba esencial para el prestigio del régimen. El cuerpo entero del derecho, una de las constituciones preliminares de la obra acabada, aseguraba que «ahora todo se ha reformado y organizado», pero habían quedado algunos flecos sueltos para terminar el trabajo. Mi indicación final favorita de la verdad fundamental de esta observación aparece en Constitutio Tanta. El objetivo clave del segundo elemento de la reforma legal era reducir el material de jurisprudencia para eliminar lo superfluo, las repeticiones y, sobre todo, las contradicciones. En cuanto al tema de las repeticiones, Tanta comenta:

Si por casualidad aquí y allí, en una compilación tan enorme de normas legales, extraídas de un ingente número de libros, aparecieran algunos casos de repetición, nadie debería mostrarse severo al respecto; debería atribuirse más bien primero a la debilidad humana, que es parte de nuestra naturaleza ... También debería tenerse en cuenta que hay algunas normas de extrema brevedad en las que la repetición puede aceptarse de buen grado.



Por lo tanto, no seáis demasiado severos con nosotros si encontráis repeticiones, pero, en todo caso, no hay muchas y probablemente sean deliberadas: un maravilloso ejemplo de cómo cubrirse las espaldas con engreimiento, como probablemente pensará el lector. Lo mejor de todo son los comentarios sobre la contradicción:

En cuanto a la aparición de alguna contradicción en este libro, nada por el estilo tiene cabida en él, ni se encontrará ninguna, si consideramos en su totalidad las bases de la diversidad; se descubrirá algún rasgo diferencial especial, aunque oculto, que elimina la imputación de inconsistencia, añade un aspecto diferente al asunto y lo mantiene a salvo de la imputación de discrepancia.[23]

Así pues, no hay contradicciones en el libro, y si uno cree haber encontrado una, concentrándose un poco hallará el modo de hacerla desaparecer. El Ministerio de la Verdad de Orwell no podría haberlo hecho mejor. La reforma no solo se aprobó con gran celeridad, a través de un acuerdo político con algunos miembros del sistema legal, sino que incluso los comisionados se percataron de que, con sus prisas, no todo había quedado completamente resuelto.

Por consiguiente, no es de extrañar que el proyecto de reforma legal, en la persona de Tribonio, su principal arquitecto, se convirtiese en el tema de las agitaciones políticas que marcaron los primeros años del gobierno de Justiniano. No se trataba necesariamente de una respuesta a los detalles precisos de las Cincuenta Decisiones ni de ningún otro aspecto concreto de la obra legal de la comisión, sino un reflejo general del hecho de que las apuestas eran muy elevadas. Dado que el éxito de una reforma legal habría contribuido en gran manera a hacer que Justiniano fuera intocable en términos políticos, es natural que aquellos que se oponían a él de forma general buscasen la manera de

bloquearla. Para este propósito, los oponentes de Justiniano contaron con el apoyo que les brindó el desastre de la otra gran apuesta del emperador.

Cabades respondió al insultante desaire de Justiniano con una predecible invasión del territorio romano en la principal frontera mesopotámica entre los dos imperios. Al mismo tiempo, empezó a socavar los intereses romanos en Lazica e Iberia, dos de los estados marginales entre ambos imperios en el Cáucaso y en el extremo oriental del mar Negro (Figura 6). En 528, dos intentos romanos de amenazar a Nisibis, la principal base persa en Mesopotamia, fueron aplastados y las cosas empezaron a verse sombrías desde la perspectiva constantinopolitana. No obstante, el incipiente desastre pudo evitarse gracias a una victoria romana en 530 fuera de Dara, la principal base de Roma, contra una fuerza persa que le había puesto sitio. El triunfo lo obtuvo Belisario acompañado ahora de Procopio; el régimen lo celebró, pero se precipitó en las celebraciones. En 531 los persas lanzaron un inesperado en territorio romano y Belisario sufrió una derrota tan grave en Calínico que se constituyó un comité de investigación para examinar las circunstancias. [24] A finales de 531, las nubes de tormenta se estaban concentrando sobre el gobierno de Justiniano. Aparte de Dara, la táctica había fracasado. Después de Calínico, Justiniano ya no podía alardear de éxitos militares contra el viejo enemigo como prueba de que Dios estaba detrás de su mandato. Los buitres políticos empezaban a volar en círculos.

Nika

oportunidad vino de un ámbito totalmente Su impredecible. El equivalente romano oriental del fútbol, el verdadero opio de las masas, no era tanto la religión como las carreras de cuadrigas. Los aurigas eran las superestrellas del deporte de la época, con salarios astronómicos y gran popularidad, y cuyos movimientos entre los equipos establecidos dentro de una determinada ciudad —los Verdes y los Azules eran los más populares, los Rojos y los Blancos segundones— generaban reacciones fanáticas desesperación o alegría. En general, las facciones, por lo menos en las ciudades más grandes del imperio, eran más que clubs de hinchas: en el siglo VI se habían convertido en organizaciones jerárquicas plagadas de matones que manejaban determinados barrios con una vara de hierro: el club de hinchas del Manchester United se une a la Mafia. podríamos decir. Según nos cuenta Procopio, a estos jóvenes les gustaba dejarse el máximo pelo en la cara, llevar el cabello corto por delante y largo por detrás, y lucir anchas insignias y muchos adornos ostentosos de joyería. En términos generales, trabajaban codo con codo con las autoridades más oficiales de la ciudad. No obstante, en un mundo con un segmento de pobreza superior a lo razonable y poco más o menos sin fuerzas policiales, las líneas de lo aceptable podían cruzarse bastante fácilmente, pero la tolerancia de la extorsión e intimidación tenía un límite, sobre todo dentro de la propia capital imperial. Por lo tanto, el domingo 11 de enero de 532, siete miembros de las dos principales facciones, los Verdes y los Azules, habían de ser ahorcados, pero entonces se produjo un error garrafal. Dos cuerdas se rompieron y un par de

depravados, uno de cada facción, huyeron en busca de asilo a una iglesia cercana.

Al martes siguiente volvió a haber carreras de cuadrigas y, de acuerdo con la antigua tradición de utilizar tales ocasiones para pedir favores mediante cantos rituales y organizados llamados «aclamación», la muchedumbre allí reunida pidió al emperador, que estaba presente en el palco real, que perdonase a los prisioneros. Justiniano se negó y al instante los Verdes y los Azules iniciaron una masiva revuelta. Utilizando la consigna nika, «victoria», tradicional grito de batalla del ejército romano, asaltaron la prisión de la capital y liberaron a todos los reclusos. Las cosas empezaban a ponerse bastante feas, pero entonces se produjo un extraordinario cambio de ritmo. Había más carreras programadas para el miércoles, y el emperador, temiendo que hubiera todavía más disturbios si las prohibía, permitió que se celebrasen. Con ocasión del acontecimiento se corearon más peticiones, pero esta vez fueron manifiesta y concretamente políticas. Lo que la multitud quería no era simplemente el perdón para algunos de sus violentos compinches, sino la destitución de tres destacados ministros de Justiniano, entre ellos Tribonio, que, por supuesto, en aquellos momentos estaba ocupado tirando al cesto de los papiros inservibles gran parte del caótico embrollo que era la jurisprudencia clásica romana.

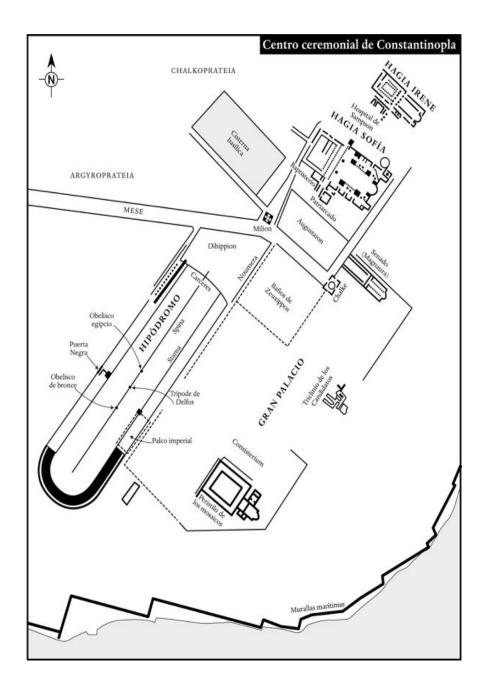
Ahora seriamente asustado, Justiniano los destituyó a los tres, pero en vano. El jueves, las peticiones fueron en aumento con la muchedumbre tratando de encontrar a Probo, uno de los sobrinos de Anastasio, y elevarlo a la púrpura en sustitución de Justiniano. Probo resultó estar ausente de la ciudad, pero el movimiento dio paso a tres días de altercados

que comparados con el verano de 2011 en Gran Bretaña hacen que este parezca una fiesta de guardería. Cuando las violentas luchas callejeras y enormes incendios se propagaron por toda la ciudad, Justiniano decidió el sábado expulsar de palacio a una serie de destacados senadores que se habían refugiado allí, entre ellos los otros dos sobrinos de Anastasio: Hipacio y Pompeyo. El domingo una gran multitud se congregó en el hipódromo, lugar donde se celebraban las carreras de cuadrigas y cuyo palco real estaba conectado con el palacio a través de un pasadizo anexo. Habían acudido allí en parte por pura excitación, pero también en respuesta a un anuncio, siguiendo un precedente establecido por Anastasio en un momento de graves insurrecciones en su reinado (en aquella ocasión debido a políticas religiosas), de que Justiniano aparecería ante la multitud para pedir disculpas y conceder una amnistía incondicional a todos los insurrectos. Es posible que aquel fuera el anuncio, pero no fue lo que sucedió. El gentío, o parte de él, aclamó a Hipacio como emperador, y este terminó coronado en el palco real rodeado de la multitud vociferante. No sabemos cuántos de los cienmil asientos del hipódromo estaban ocupados.

Justiniano había llegado al momento decisivo final de todos los dictadores que se enfrentan a una rebelión: ¿echo a correr (aunque no está claro cuáles eran los equivalentes de Sudáfrica o Arabia Saudí en el siglo VI) u ordeno a las tropas que abran fuego? El primer instinto de Justiniano, nos informa Procopio, fue el de marcharse (en las *Guerras* publicadas, por consiguiente parece que era aceptable contar así la historia en público en Constantinopla *c.* 550). Quizás, como ha ocurrido con algunos dictadores modernos, no

estaba seguro de que las tropas disparasen. No obstante, Teodora le infundió valor declarando, siempre según Procopio en las *Guerras*, en una expresión casi clásica: «La púrpura es una excelente mortaja».

En otras palabras, nuestra antigua actriz estaba dispuesta a morir antes que ceder el trono. Así envalentonado, el régimen desplegó sus restantes recursos. El eunuco Narsés, con quien volveremos a encontrarnos en el siguiente capítulo, acudió solo a la multitud del hipódromo, buscó a los líderes de los Azules y les prometió una enorme suma de oro; según informes, se quedó una parte para él. Les recordó también que Hipacio, a quien estaban coronando en aquellos momentos, hacía tiempo que apoyaba a los Verdes. El motivo fue suficiente. En plena coronación, los Azules simplemente abandonaron el hipódromo, dejando atónitos a los Verdes.



El asombro se convirtió en pánico cuando al marcharse los Azules fueron sustituidos por las tropas más leales del régimen, la guardia y los asistentes personales del frente persa dirigidos por Belisario, y los hérulos foederati de los Balcanes liderados por Mundus, como se observará, ambos cuerpos de tropas sin vínculos previos dentro de Constantinopla. El plan original era que los hombres de Belisario irrumpiesen en el hipódromo por el palco real, pero la guardia oficial de palacio, esperando a ver por dónde soplaba el viento, se negó a tomar partido abriendo la puerta del final del pasadizo. Belisario se vio obligado a abrirse camino por otra entrada y dirigió la carga, momento en el que, Mundus, al oír el tumulto, irrumpió también desde la puerta Negra de enfrente (Figura 7). El resultado fue una carnicería. Los Verdes tenían a sus matones armados, pero no eran contendientes para doblegar a las tropas imperiales, y, entre aquella matanza, nadie intentó siquiera defender a Hipacio y a Pompeyo, que fueron dócilmente capturados. Retenidos en prisión durante toda la noche, aseguraron haber actuado en contra de su voluntad, pero Justiniano no se lo tragó. Fueron ejecutados el lunes por la mañana y sus cuerpos arrojados al mar, y todas sus propiedades quedaron confiscadas para el tesoro imperial.

El régimen había resistido en el poder, pero un poco como lo ocurrido en Siria a comienzos de la década de 1980 o ahora, a un coste astronómico para sus ciudadanos y, en este caso, ni siquiera en una ciudad provincial, sino en la capital imperial. Dos diferentes contemporáneos nos cuentan que murieron en torno a treinta mil personas entre las luchas callejeras y la masacre del hipódromo. Es de una magnitud similar a la de Siria a comienzos de los años ochenta, según todos los testimonios, pero también hay que pensar en una escala relativa. En general se considera que la población de Constantinopla llegó a un máximo de medio millón a partir

de mediados del siglo v. Por consiguiente, las revueltas de Nika desembocaron en la muerte de más o menos el cinco por ciento de la población de la ciudad, el equivalente a 400.000 muertos de la población actual del Gran Londres. Los incendios destruyeron la iglesia del gran palacio, Hagia Sofía, la iglesia vecina más pequeña, Hagia Irene, la Casa del Senado, muchos de los edificios externos del palacio y varias de las galerías ceremoniales del centro de la ciudad. Una vez más, un hipotético tumulto equivalente en Londres que hubiera destruido las Casas del Parlamento, la Abadía de Westminster y casi la totalidad de Whitehall hasta la Caballería Real Británica y el Arco del Almirantazgo. Sería casi imposible, por lo tanto, sobreestimar el nivel de disidencia y destrucción puesto de manifiesto en la insurrección.[25]

No obstante, a pesar del detalle ofrecido por nuestras fuentes, hay una serie de cuestiones clave que no pueden responderse de manera concluyente. ¿Quién exactamente estaba detrás de la politización de las protestas cuando las peticiones de perdón de un par de gamberros del martes dieron paso en cuarenta y ocho horas a la exigencia, primero, de que Justiniano emasculase al régimen y, después, de un emperador totalmente nuevo? ¿Qué estaba pensando Justiniano cuando echó de palacio a los sobrinos de Anastasio? ¿Cometió un error al no respetar la famosa máxima de Vito Corleone de mantener cerca a los amigos, pero más cerca aún a los enemigos? ¿O acaso estaba maquinando un enfrentamiento para hacer que la oposición latente saliese a la luz? ¿Y cuánto hemos de creer de la famosa escena de Procopio en la que Teodora infunde de nuevo valor

a Justiniano? Su famosa frase es una cita errónea. La original reza: «La tiranía es una excelente mortaja». Así pues, parece justificado suponer que el mismo Procopio que escribió la Historia secreta considerase que podía apoyarse en la falta de educación clásica en el momento álgido del régimen y hacer un chiste para aquellos que sí tenían conocimiento a expensas de la pareja imperial. [26] No obstante, la historia de la medicina de la emperatriz aparece en las Guerras, que se publicó sin ambages, por lo que presumiblemente incluye una línea sobre los disturbios que al régimen en general le gustaba ver publicitada, por lo menos c. 550.

Estas complicadas preguntas no tienen respuesta, pero la presencia de las tropas de Belisario y de Mundus en la ciudad indica la posibilidad de que el emperador hubiera anticipado la necesidad de tropas que no pudieran ser sobornadas por elementos desafectos de la corte. Y esto a su vez podría sugerir que había un elemento de engaño en la expulsión de palacio de los sobrinos de Anastasio, aunque también podría explicarse como un deseo de prevenir un golpe de estado durante la noche dentro de los muros de palacio a manos de la guardia palaciega, cuya negativa a abrir la puerta del pasadizo que conducía al palco imperial indica que en cierto modo los guardias habían sido abordados por la oposición. Como mínimo Justiniano estaba seguro de dónde residía la responsabilidad de la politización de la violencia, llevada a cabo, sin duda alguna, mediante la misma clase de soborno que Narsés había utilizado para separar a los Azules de los Verdes en el hipódromo. El lunes no solo fueron ejecutados los desafortunados sobrinos de Anastasio, sino que se expulsó también de la ciudad a otros dieciocho senadores y se

confiscaron sus bienes. En todo ello había probablemente un elemento de ajuste de cuentas, al no ser demasiado parco en la rigurosidad de las condenas de los funcionarios del emperador, pero tampoco tengo dudas de que Justiniano tuviera razón al suponer que, a mitad de aquella horrible semana, la conspiración había sustituido al puro vandalismo dirigiendo la violencia hacia objetivos políticos muy concretos.

Nada de esto disipó el ambiente de derrota y desastre que se cernía sobre el régimen. La deliberada disputa entablada con Persia había conducido a una serie de derrotas, la última de ellas lo bastante grave como para crear un comité de investigación. Por otro lado, el principal arquitecto de la reforma legal y otros dos destacados partidarios habían sido destituidos, el cinco por ciento de la población de la capital yacía muerta en las calles y su centro ceremonial era una humeante ruina. No era este un expediente compatible con la idea de que Justiniano había sido elegido por mandato divino, gobernando con la guía y asistencia directa de Dios. En resumen, al final de aquella terrible semana Nika de enero de 532, el régimen había perdido casi todo su capital político y todo evidente consenso respecto a su gobierno. Se había sostenido sobre una punta de lanza, pero esta se balanceaba. Y es sorprendente que Justiniano ni siquiera tuviese la fuerza de restituir a sus ministros en el cargo.

Es precisamente en este contexto donde hemos de valorar la política de conquista occidental que en muchas de las obras históricas modernas se considera el lema central del régimen. Según estas opiniones, el objetivo principal de Justiniano había sido siempre emprender guerras de conquista en

Occidente. Siendo como era un tradicionalista de habla latina de Ilírico, que durante gran parte del período romano tardío había pertenecido al imperio occidental, estaba desesperado, según se cree, por recuperar los territorios romanos perdidos. Además, es totalmente factible encontrar declaraciones a este efecto en su propaganda:

Tenemos la esperanza de que Dios nos concederá el gobierno sobre el resto de lo que, sometido a los antiguos romanos hasta los límites de ambos mares, se perdió después por su negligencia.

Sin embargo, el problema es que esta, la primera declaración conocida a este efecto, se remonta al año diez de su reinado, 536, después de dos ataques triunfales de conquista: la toma de África en 533-534 y una casi incruenta adquisición de Sicilia en 535. También la conquista de África se justificó al principio aduciendo motivos religiosos y no políticos:

Lo que Dios omnipotente ahora ... ha estimado conveniente demostrar a través de nosotros supera todos los maravillosos actos que han acontecido en el curso de los tiempos, es decir, que la libertad, a través de nosotros, debería en breve tiempo ser recibida en África, que 105 años antes fue capturada por los vándalos que eran enemigos tanto del cuerpo como de la mente ... Mediante cuya lengua o cuyas obras dignas de Dios él estimó conveniente que las heridas de la Iglesia fuesen vengadas a través de mí, el último de sus sirvientes.

Escuchamos la primera mención de una necesidad imperativa de reconquistar el Occidente romano perdido solo cuando Justiniano estaba obteniendo ganancias en Italia tras aquellos dos éxitos iniciales y poniendo sus miras en el antiguo reino godo de Teodorico.[27]

La cronología de la propaganda de Justiniano se reconoce desde hace tiempo; sin embargo, se cree que el astuto plan siempre existió y que, tan pronto como se puso fin a los problemas en la frontera persa, el emperador se decidió a recuperar los territorios romanos perdidos. En mi opinión, todos los detalles que tenemos indican que esto no fue en absoluto así. El régimen de Justiniano escogió una disputa deliberada con Persia en 527, cuando se presentó la oportunidad de llegar a un acuerdo pacífico temporal. Si Justiniano hubiera deseado de verdad dedicarse a Occidente, podía haber evitado el sinsentido sobre la adopción de Cosroes y haberse lanzado a la yugular de Occidente. Es preciso señalar también aquí que la política de conquista surgió gradualmente y en circunstancias altamente contingentes, es decir, totalmente impredecibles.

La primera de las conquistas, la del reino vándalo, fue desencadenada en un principio por acontecimientos internos en África del Norte. A diferencia de la Italia de Teodorico (dejando de lado el desafortunado encarcelamiento del papa Juan), donde los gobernantes arrianos y los eclesiásticos católicos nicenos hacían buenas migas, el curso de las relaciones entre sectas no era tan fluido al sur del Mediterráneo. Esto se debía en gran medida a las diferentes circunstancias de la fundación del reino vándalo. Se había forjado a partir del cuerpo vivo de un Imperio de Occidente todavía muy vital a causa de la conquista vándala de Cartago en 439, mientras que todos los otros estados occidentales sucesores emergieron más despacio y con mayor consenso, una generación después más o menos, a medida que el estado romano central se iba quedando gradualmente sin ingresos y

sin la capacidad de dirigir los acontecimientos. Y dado que el catolicismo era sin ambigüedades la religión del imperio, los monarcas vándalos tendían a ser muy hostiles al respecto, promoviendo deliberadamente un cristianismo alternativo entre los guerreros que los habían aupado al poder. El otro componente era que la Iglesia católica norafricana tenía una larga historia en cuanto a resistir persecuciones a más no poder, y veía, quizás, más virtud en exponerse allí que en cualquier otro lugar. No obstante, la agresión vándala estaba en el centro de los episodios de persecución sistemática a pequeña escala y en ocasiones despiadada (sobre todo bajo Unerico en 484) del clero católico y de los laicos, característica que perduró en el reino vándalo incluso después de que el Imperio de Occidente dejara de existir.[28]

Rompiendo con este molde, el nuevo rey Hilderico, que sucedió a Trasamundo a su muerte el 6 de mayo de 523 y cuyos regalos devolvió Teodorico sin miramientos, dio paso a una primavera de Cartago. Hilderico era hijo del Unerico de la famosa persecución de 484, pero, en una de aquellas ironías que abundan en la historia, su nueva política fue la de acabar con todas las persecuciones y permitir que la Iglesia católica de África del Norte funcionase sin impedimentos, albergando además el primer concilio general de todos los obispos durante dos generaciones en Cartago en 525. Su política religiosa era parte de un importante reajuste de la política exterior vándala, como ya vimos en el capítulo anterior, alejada del eje y dominio ostrogodo, surgido a raíz del matrimonio de Trasamundo con la hermana de Teodorico, Amalafrida, y próxima a Constantinopla. Al final tuvo suerte. Los burgundios sufrieron la ira de Teodorico por un comportamiento arrogante similar cuando Tuluin se apoderó de territorio adicional en la Galia, pero en este caso los barcos dispuestos para la correspondiente fuerza expedicionaria norafricana seguían anclados, esperando la orden final del rey, cuando el viejo guerrero godo sucumbió en el verano de 526.

Si Hilderico se salió con la suya con una más que peligrosa muestra de independencia al inicio de su reinado, al final se metió en problemas en otro terreno. En el interior de África del Norte en su conjunto, o más bien en la periferia, el gran problema político lo proporcionaron los grupos moros indígenas que crecieron en tamaño, organización efectividad durante el período de gobierno vándalo. Algunos de estos grupos infligieron una aplastante derrota a sus ejércitos en la provincia de Bizancio en 129-530, y esto bastó para desencadenar un golpe de estado dirigido por su primo real Gelimer el 19 de mayo de 530 (parece que el mes de mayo no fue muy afortunado para los reyes vándalos del siglo VI). Gelimer era biznieto del primer gran rey vándalo de África del Norte, Geiserico, e Hilderico el nieto (por parte de otra rama de la familia); el joven se dispuso a coger las riendas del poder. Esto implicó una buena limpieza de partidarios vándalos de Hilderico y un moderado cambio de las políticas procatólicas de este último, aunque no hay indicio de que se restableciera ningún tipo de persecución en toda regla. [29]

Hilderico había sido un leal aliado de Justiniano, pero cuando la noticia de su derrocamiento llegó a Constantinopla, el emperador todavía estaba enfrascado en su guerra contra Persia con la esperanza de lograr un buen resultado (la derrota de Calínico se produciría al año siguiente). Por consiguiente, se contentó con un par de notas severas al rey y otra a Atalarico, nieto de Teodorico, aconsejándole que no reconociera al nuevo rey de Cartago. Solo dos años más tarde, en el verano de 532 (y es muy importante no errar la cronología) Justiniano empezó a mostrar un ligero interés en hacer algo más que enviar cartas ocasionales. Y por aquel entonces, dos acontecimientos clave se habían interpuesto. Evidentemente, la Nika había surgido y terminado con desastrosas consecuencias para el prestigio del régimen de Justiniano, que quedó en pie entre montones de el centro de Constantinopla. La tendencia ruinas en descendente se había confirmado por completo a través de la llamada «paz perpetua» sellada con Persia poco después, en la primavera de 532, que obligaba a Justiniano a grandes compensaciones anuales.

Por lo tanto, a mediados de aquel año, Justiniano estaba desesperado por conseguir algún éxito político, y esto incluía con cierta seriedad en el menú la aventura africana. A pesar de ello, la decisión de intentar rescatar al régimen a través de una intervención triunfal allí todavía no era definitiva. La corte estaba explorando al mismo tiempo otras posibles vías para un golpe propagandístico, iniciando discusiones que podrían haber paliado el actual cisma en el seno de la Iglesia Romana Oriental. En febrero, justo después de la Nika se celebraron una serie de «conversaciones», que avanzaron, pero sin llegar a ningún resultado final positivo. Hay que destacar que la clase de compromiso religioso que habría sido necesario para resolver el cisma hubiera distanciado a los

eclesiásticos del Mediterráneo occidental no romano, por lo que aquellas conversaciones estaban conduciendo al régimen de Justiniano justo en dirección contraria, hasta cierto punto, a la opción africana. No obstante, incluso después de que las conversaciones no alcanzaran ninguna conclusión, el emperador aún no tenía claro si debía apretar el gatillo.[30]

Había buenas razones para dudar. Desde que los vándalos tomaran Cartago en 439, había habido tres serios intentos de recuperar las provincias perdidas, y los tres acabaron en desastre. El problema esencial era trasladar una fuerza lo suficientemente numerosa al otro lado del Mediterráneo y conducirla de forma segura a suelo norafricano. La primera expedición de 441-442 estaba formando una fuerza expedicionaria combinada de los imperios de Oriente y Occidente en Sicilia cuando la primera de las campañas de Atila el Huno en los Balcanes obligó a abandonarla, puesto que se requirió urgentemente el regreso de las fuerzas orientales. La segunda, en 461, se había reunido en Hispania para cruzar por el angosto estrecho de Gibraltar, pero los vándalos se enteraron de la operación y destruyeron los barcos romanos, que todavía estaban en el puerto. El tercer y último intento se produjo en 468. Una enorme armada del Oriente romano zarpó de Constantinopla pero acabó destrozada frente a África del Norte, arrastrada por vientos hostiles a un litoral rocoso, donde se convirtió en presa fácil para los brulotes de los vándalos. La pérdida de vidas fue horrenda, y el fracaso de la flota marcó el fin de los intentos por mantener a flote al imperio occidental, desencadenando la batalla campal que vio cómo la potencia bárbara más cercana se tragaba indiscriminadamente sus últimos recursos.

Vació también las arcas orientales hasta tal punto que a la muerte del emperador León cinco años después todavía no se habían recuperado. A pesar de que Justiniano buscaba desesperadamente un éxito y de que África era una posibilidad tan tentadora, en un principio los pronósticos no eran demasiado alentadores.[31]

Según relata Procopio en las Guerras, finalmente el dilema se resolvió por inspiración divina. En un sueño Justiniano recibió el aviso de que lanzara el ataque. Estoy dispuesto a creer que el emperador tuviera un sueño, pero parece que en realidad otro conjunto de acontecimientos circunstanciales provocaron que Justiniano pulsara el botón. Durante el otoño-invierno de 532-533, llegaron a Constantinopla dos noticias importantes. La primera fue el estallido de una revuelta contra Gelimer en el extremo oriental del reino vándalo, en Tripolitania (la moderna Libia), dirigida por un noble del lugar llamado Pudencio. En aquel recóndito lugar del imperio vándalo no había asentamientos vándalos, por consiguiente no hubo lucha alguna, o poca, para declarar la independencia. Pudencio solicitó ayuda inmediatamente a Constantinopla, pidiendo que Tripolitania quedase bajo el gobierno directo del imperio. Por sí solo esto no era suficiente para suscitar el interés imperial por embarcarse en una aventura contra los vándalos, pero la segunda noticia forzó la entrada de África en la agenda imperial. Pisándoles los talones a los mensajeros de Libia llegó la noticia de una segunda revuelta en el interior de los dominios vándalos. Esta vez, Godas, el gobernador de la isla de Cerdeña, la posesión más septentrional de Gelimer, declaró la independencia y, de nuevo, escribió a Constantinopla pidiendo el apoyo imperial. Este mensaje llegó también en el otoño-invierno de 532-533, y bastó para que Justiniano se comprometiese con sus fuerzas. Con dos revueltas que estaban convulsionando el reino de Gelimer, había ahora muchas más posibilidades de éxito.[32]

Así pues, se completaron los preparativos para una fuerza expedicionaria bizantina (FEB)[*] en la primavera y comienzos del verano de 533, con su inmensa flota reunida en las tranquilas aguas del Bósforo y del Cuerno de Oro. Su cometido era transportar a África del Norte 10.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería bajo el mando de Belisario, «héroe», si esta es la palabra adecuada, de la masacre del hipódromo. Tras zarpar de Constantinopla a mediados de junio, la flota avanzó lentamente y en ocasiones con dificultad hasta la costa oriental de Italia y después hasta Sicilia, donde se refugió en un paraje desierto cerca del Monte Etna. Dos soldados hunos tuvieron que ser ejecutados por haber matado a uno de sus camaradas estando borrachos, y hasta quinientos hombres habían muerto por comer pan infectado. No obstante, aunque estos sucesos podían parecer signos de mal augurio en aquellos momentos, la fortuna estaba firmemente del lado de la expedición y le evitó el humillante destino de sus equivalentes británicos a comienzos de la segunda guerra mundial, cuya frecuente necesidad de evacuación bajo un intenso bombardeo aéreo hizo que sectores de la Marina Real, injustamente claro está, interpretasen el significado de las siglas FEB como «de vuelta todos los viernes».[*] Procopio fue enviado a Siracusa y regresó con una información crucial. Resultaba que Gelimer no estaba preparado para una invasión romana oriental, y había enviado a la flota vándala y a una fuerza de élite de siete mil hombres a la costa de Cerdeña para sofocar la revuelta de Godas. En el pasado el problema siempre había sido el mismo. Se había manifestado ya en 441, 461 y 468, pero la dificultad clave era básicamente la de trasladar al ejército hasta suelo africano. Gracias a Godas, el camino hacia Cartago estaba despejado.[33]

Sospecho que la política de conquista occidental de Justiniano se gestó precisamente en aquel momento y en aquel lugar desértico cerca del Monte Etna, presumiblemente de la hermosa ciudad de Taormina, con maravillosos teatros griegos. Pues, como nos cuenta Procopio, con solo oír que la flota vándala estaba en otro lugar, Belisario tomó la decisión de dirigirse directamente al corazón del reino de Gelimer. Esta reacción indica, y cuando uno más lo piensa no hay duda de que debió de ser así, que Belisario había sido enviado desde Constantinopla con órdenes específicas para cualquier contingencia. Justiniano y sus consejeros más importantes sabían que había cierto caos en el reino vándalo, pero las noticias viajaban tan lentamente en el mundo antiguo, incluso en el Mediterráneo, que lo que se sabía en Constantinopla a mediados de junio de 533 llegaba con semanas, si no meses, de retraso. Por esta misma razón, era imposible que Belisario al averiguar más noticias pudiese acudir a Justiniano para recibir órdenes. Por consiguiente, sus órdenes debían entrañar varias opciones, de menos a más ambiciosas, dependiendo de lo que encontrase a su llegada a Sicilia. Si la situación era menos prometedora, la flota siempre podía navegar hacia Tripolitania para ponerse a salvo y asegurarse aquella provincia confirmando por lo menos cierta «victoria» para que los propagandistas de Justiniano hicieran con ella lo que pudieran. De hecho, el ogro vándalo resultó estar ausente y se abrieron muchas opciones. Ubicada en los recovecos de los primeros años del reinado de Justiniano, la conquista de Occidente resulta que no fue el plan largamente acariciado y profundamente arraigado de un visionario romántico, sino otro tipo de fenómeno harto conocido por los historiadores: el aventurismo al extranjero como la última y desesperada apuesta de un régimen en bancarrota. Tanto la Nika como la derrota a manos de los persas habían puesto en peligro el régimen de Justiniano. Tal como se desarrollaron los acontecimientos a su alrededor, el emperador y sus consejeros decidieron finalmente, tres años más tarde, que vengar a su viejo aliado Hilderico les ofrecía la mejor ocasión para restablecer el régimen, y estaba en manos de Belisario echar los dados de guerra.

A AD DECIMUM Y MÁS ALLÁ

El hecho de que la flota vándala estuviese en Cerdeña no podía ser más importante. Nunca antes había conseguido un ejército romano, ya fuera occidental, oriental o combinado, desembarcar sin problemas en las costas del reino vándalo. Sin embargo, la armada de Belisario pudo avanzar hacia el sur desde Sicilia con toda tranquilidad. Tras breves paradas en las islas intermedias de Gozo y Malta, llegaron a la altura de la punta de Caput Vada (hoy Ras Kabudia), frente a la provincia de Bizacena, tres meses después de haber zarpado de Constantinopla. Rápidamente construyeron un campamento de desembarco fortificado, consiguieron alimentos de la zona

de los alrededores (con pequeños castigos calculados a algunos saqueadores para tranquilizar a la opinión local) y, al cabo de tres días, el ejército inició su marcha hacia Cartago, capital del reino vándalo (Figura 8). La ruta pasaba por Lepcis Menor y conducía a Hadrumento y Grasse, donde se produjo una primera escaramuza con las fuerzas de Gelimer. Al cuarto día de la marcha, el 13 de septiembre, el ejército llegó a la ciudad de Ad Decimum, llamada así porque se había fundado en el décimo mojón de distancia desde Cartago. Allí se inició la batalla.

En primer lugar, las fuerzas ligeras de reconocimiento de Belisario se enfrentaron a la vanguardia vándala matando a su comandante, Amatas, uno de los hermanos de Gelimer. Cuando perseguían al enemigo en retirada, parte del ejército romano llegó a aquel mismo lugar y se encontró con Gelimer y el grueso de su ejército, que lanzó de inmediato un ataque y le hizo retroceder. Sin embargo, Belisario y el grueso de la caballería no estaban muy atrás y cuando desde lejos cabalgaron en su rescate encontraron al ejército vándalo en el desorden de una evidente victoria. El general vio su oportunidad y lanzó un ataque inmediato que aplastó a los vándalos dispersos infligiendo cuantiosas bajas. Los romanos habían obtenido una primera e importante victoria sin haberla preparado siquiera; el grueso de la fuerza de Belisario, su infantería, nunca llegó a salir del campamento. El 14 de septiembre, el ejército se trasladó a las afueras de Cartago pero no entró, ya que Belisario temía que Gelimer le pudiera tender una emboscada. El general quería asegurarse de que sus soldados no se aprovecharían de la oscuridad para empezar a saquear la ciudad. Pero no hubo ninguna trampa, y al día siguiente los romanos entraron triunfales en la ciudad. [34] Al cabo de una semana de su desembarco inicial, los soldados de Belisario estaban a salvo y resguardados en la ciudad más grande de África del Norte. El contraste entre su destino y el de sus predecesores de 441, 461 y 468 no podía ser mayor.

A continuación le siguió un prolongado período de tranquilidad. Cauto como siempre, y consciente sin duda de que la toma de Cartago era un éxito mayor que el mínimo requerido por su emperador en aquella expedición, Belisario fortificó minuciosamente la ciudad, cuyas murallas estaban muy deterioradas por dejadez de los vándalos. Entretanto, mientras Gelimer se lamía las heridas, consolidó sus fuerzas y avanzó hacia Cartago, pero se contentó con unas pocas acciones de hostigamiento. Al principio, aguardaba el retorno de su flota y de siete mil refuerzos procedentes de la campaña de Cerdeña, pero incluso a su regreso, no quiso atacar Cartago y se enfrascó en una especie de guerra de asedio en la que los vándalos no habían tenido experiencia en pasadas generaciones. La iniciativa táctica estaba enteramente en manos de Belisario. El combate final empezaría cuando él lo decidiera

Tres meses después, el general estaba preparado. Su ejército avanzó en dos grupos. La vanguardia estaba compuesta una vez más por el grueso de la caballería que había triunfado en Ad Decimum bajo el mando de un oficial de origen armenio, Juan, que con anterioridad había dirigido aquellas fuerzas de rastreo que eliminaron al hermano de Gelimer. No muy atrás avanzaba el cuerpo principal del ejército bajo Belisario, compuesto por toda la infantería y una pequeña fuerza de

quinientos efectivos de caballería, junto con la guardia personal del general. Por la noche, como era de esperar, la vanguardia encontró a Gelimer con su ejército en Tricamerón, a unos treinta kilómetros de Cartago. Las cosas empezaron sigilosamente al día siguiente, pero en torno a mediodía los vándalos salieron de su campamento en formación de batalla y se acercaron a la orilla de un pequeño río. Juan hizo lo mismo con sus fuerzas al otro lado, pero, antes de que comenzase la batalla, Belisario y los últimos efectivos de la caballería entraron en escena, con la infantería siguiendo lo mejor que podía.

El enfrentamiento empezó con una serie de escaramuzas, siempre iniciadas por los romanos, hasta que finalmente se libró la batalla a gran escala. Los hombres de Belisario se llevaron la mejor parte: perdieron menos de cincuenta hombres, mientras que el número de bajas de los vándalos ochocientos. Finalmente, estos consideraron que ya tenían suficiente y se retiraron a su campamento, pero Belisario no había terminado. Para entonces ya había llegado su infantería y se preparó un asalto a gran escala para media tarde. Tal como estaban las cosas, no era necesario. Gelimer ya había huido del campamento presa del pánico y, cuando el resto de sus fuerzas se percató de ello, también escapó a la desbandada. La resistencia organizada desapareció y los vándalos dispersos, muchos de ellos acompañados de sus mujeres y niños, fueron sencillamente liquidados mientras escapaban. Sin embargo, en campamento vándalo había gran cantidad de bienes muebles, por lo que el ejército de Belisario perdió también su cohesión al dejar de combatir para dedicarse a saquear.[35]

Al final, la batalla de Tricamerón terminó en una gran confusión, pero no por ello fue menos decisiva. Gelimer siguió huyendo hacia el oeste a lo largo de las ciudades costeras de su anterior reino. Belisario se detuvo para restaurar la disciplina entre sus propios hombres y para acorralar a todos los vándalos dispersos y asegurarse de que nunca más pudieran movilizarse contra él. De hecho, nunca lo hicieron. Satisfecho de que las cosas estuvieran bajo control, Belisario se lanzó a la persecución de Gelimer. Finalmente se hizo con el tesoro real vándalo y capturó a un desmoralizado grupo de destacados vándalos en Hippo Regius. El propio Gelimer había huido para ponerse a salvo con un grupo de moros amistosos en el inaccesible Monto Papúa en los límites de Numidia, donde se encontraba a buen recaudo pero sin poder hacer nada para evitar que Belisario acorralase al resto de los vándalos. Sin recursos para un retorno, Gelimer aceptó negociar las condiciones de su rendición en marzo de 534. A los diez meses del desembarco en Caput Vada, todo había terminado. Aquel mismo verano Belisario regresó a Constantinopla acompañado de Gelimer y un montón de prisioneros vándalos. Recibió, como era debido, todos los honores que Justiniano pudo otorgarle. Fue el primer no emperador al que se concedió una procesión triunfal en siglos, y fue nombrado cónsul designado, el mayor honor del gabinete imperial de adjudicación de medallas, para todo el año siguiente. [36] Los horrores de la insurrección de la Nika de enero de 532 habían dado paso, finalmente, a otro tipo de victoria, y el régimen de Justiniano había vuelto de nuevo al trabajo. Se había puesto de manifiesto la autoridad de Dios. La virtud del emperador se había revelado en aquel extraordinario triunfo cuyo alcance y sencillez nadie había predicho, y nada, pero nada, podía ilustrar mejor la mano de Dios que aquella sorprendente victoria militar. A excepción, quizás, de continuar con la reforma legal. Al parecer, incluso destituido, Tribonio siguió trabajando, y fue formalmente restaurado en su cargo en otoño de 532. Un año más tarde, estaba preparado para publicar, y para entonces las fuerzas de Justiniano ya habían capturado Cartago. Aquella media victoria, antes incluso de la derrota final de Gelimer, era más que suficiente para dar al emperador el impulso final que necesitaba para atreverse a completar la reforma. El 16 de diciembre de 533, antes de que la noticia de Tricamerón llegase a Constantinopla, Justiniano confirmó el *Digesto* de escritos de jurisprudencia y vinculó todos sus triunfos:

Dios nos ha concedido, tras nuestra paz con los persas, nuestro triunfo sobre los vándalos, nuestra conquista de toda Libia, nuestra recuperación de la famosa Cartago, la realización de la tarea de restaurar las antiguas leyes, algo que ninguno de los emperadores que reinaron antes que nosotros jamás concibió siquiera, ni tampoco pensó que fuera humanamente posible.

Dios había hablado y el régimen estaba ahora a salvo. Entre tantos elogios y autocomplacencias, Justiniano podía permitirse ser magnánimo. Los dieciocho senadores desterrados tras la Nika fueron perdonados, y las propiedades de Hipacio y Pompeyo fueron devueltas a sus familias. La última apuesta desesperada del emperador se había ganado con creces; ahora su posición era intocable y todo el mundo lo sabía.[37]

El abrumador contraste entre los diversos desastres que habían acompañado a las expediciones vándalas de mediados del siglo v y la sorprendentemente rápida victoria de Belisario no solo proporcionó la irrefutable prueba de que Justiniano estaba gobernando por la autoridad de Dios, sino que puso claramente en marcha la materia gris de la corte de Constantinopla. Dos enfrentamientos en tres meses fueron suficientes para aniquilar por completo a un reino que había aterrorizado a casi todo el mundo mediterráneo durante la mayor parte del siglo v. ¿De dónde procedía este vuelco en los equilibrios de poder predominantes?

En realidad era tan sencillo como el hecho de que, esta vez, los romanos orientales pudieron desembarcar a su ejército intacto en las costas norafricanas. Es posible que hubiera sido tan sencillo derrotar a los vándalos en el siglo v si hubieran podido desembarcar las águilas. De hecho, los vándalos habían tenido que abrirse camino hacia el este desde Marruecos, tomando Cartago y las tierras más ricas de la provincia en 439, solo tras ocho años de combates contra fuerzas mixtas occidentales y orientales, circunstancia esta que no indica que fueran entonces tan capaces de repeler a los ejércitos romanos. El punto clave reside, al parecer, en una importante reconfiguración de la naturaleza de los ejércitos romanos orientales que se había producido cuando Belisario zarpó hacia África del Norte.

Tradicionalmente, los ejércitos romanos habían confiado en el soldado de infantería. Los ejércitos de César y de Augusto que habían apuntalado el dominio romano de todo el Mediterráneo y gran parte del continente estaban constituidos en torno a la fuerza de las legiones, y los

legionarios eran soldados de infantería por excelencia. Sin embargo, casi un tercio del ejército de Belisario estaba formado por la caballería, que desempeñó un papel crucial. (Como ya hemos visto, en Ad Decimum la infantería romana nunca entró en combate.) Además, muchos de aquellos jinetes eran una clase particular de caballería: arqueros pesados montados. Los ejércitos romanos orientales habían desarrollado esta nueva arma militar que combinaba el poder de ataque a distancia de los arqueros montados hunos, contra los que se habían visto forzados a combatir a mediados del siglo v, con la conmoción y el asombro de la carga de cerca de la caballería armada. El resultado fue una fuerza versátil capaz de dominar los campos de batalla del siglo vi.



Por mi parte no creo demasiado en la explicación generalizada de la tecnología militar. Dios está habitualmente del lado de los grandes batallones, pero algunas veces un nuevo instrumento puede hacer decantar temporalmente la ventaja hacia un bando u otro, aunque solo por un breve período hasta que el adversario introduce cambios o encuentra un medio alternativo con el que lidiar. En este caso, una adaptación más flexible de las capacidades de los arqueros montados de los hunos supuso una ventaja provisional pero suficiente y el resultado fue devastador. Los relatos de Procopio de la campaña vándala dejan mucho que desear. No nos dice con exactitud por qué los vándalos perdieron a ochocientos hombres mientras que los romanos solo a cincuenta en la fase inicial de escaramuzas de la batalla de Tricamerón, pero dado que Juan y la caballería estaban continuamente lanzando ataques y retirándose, no descabellado decir que los mayores daños los causaban los arqueros. Es mucho más explícito en algunas de las batallas que se produjeron después en Italia contra los godos, y allí el problema más frecuente de los godos era el de manejar y controlar el arma de la caballería romano-oriental, cuya capacidad de infligir daños desde la distancia les daba una gran ventaja táctica. El foco principal de esta adaptación, que puede fecharse a finales del siglo v, debió de ser el enemigo tradicional de Constantinopla en el este: Persia y todas sus artimañas. No obstante, la apuesta vándala mostró cuánta distancia se había puesto entre los ejércitos romanos y los de los estados occidentales sucesores. Y cuando uno sabe que tiene una importante ventaja militar, siempre que no haya un tercero que le mantenga a uno inmovilizado, la tentación de usarla, como ocurre también en nuestra propia época, puede ser arrolladora.[38]

Sin embargo, una vez más, el régimen fue extremadamente

cauto y no se precipitó imprudentemente a una política de guerra total en Occidente. La propaganda inicial generada por la victoria vándala la exhibió como un triunfo sobre los herejes que estaban oprimiendo a hermanos cristianos católicos. En otras palabras, fue formulada en términos totalmente específicos y referidos a la situación de África del Norte, sin lanzar amenazas, explícitas o implícitas, a otras potencias occidentales. En realidad, la campaña entera de Belisario habría sido imposible sin el apoyo logístico de la Italia ostrogoda, que permitió que la flota romana entrara en sus aguas territoriales. No obstante, la Italia ostrogoda era el siguiente objetivo plausible para los ejércitos romanoorientales, y no se conseguía y conservaba el poder en la Constantinopla del siglo VI permaneciendo leal a amigos totalmente prescindibles, o incluso teniendo el término «amigo» en el léxico conceptual.

La excusa para ir a hacer el gilipollas a Italia la proporcionó debidamente el viejo pretexto incondicional: la sucesión. Constantinopla ya había pescado allí una vez de forma productiva, por supuesto, tras la muerte de Eutarico, con el propósito activo de socavar los recién unificados reinos visigodo y ostrogodo de Teodorico. No está claro en las *Variae* si respondieron de forma más positiva a la petición de reconocer a Atalarico tras la muerte de Teodorico y a la nueva separación entre Hispania e Italia, pero es bastante probable, puesto que su objetivo principal ya se había alcanzado y las relaciones eran bastante buenas a comienzos de la década de 530 para que la flota de Belisario encontrase el apoyo logístico que necesitaba a lo largo del litoral italiano. No obstante, si uno estaba decidido a causar problemas, la situación política

dominante en gran parte de los reinos sucesores era lo bastante inestable como para poder satisfacer el sueño del agresor: disensiones internas en el seno del objetivo combinadas con un ángulo propagandístico capaz de proporcionar al agresor la respetabilidad requerida.

Atalarico tan solo tenía ocho o diez años a la muerte de Teodorico, y, en términos políticos, era imposible que ejerciese auténtico poder por derecho propio. Así pues, el nuevo juego en Ravena consistió en asegurarse influencia sobre Atalarico a través del consejo de regencia que, en realidad, gobernaba ahora el reino. Procopio da una particular interpretación a las luchas políticas que siguieron, asegurando que la madre del muchacho, Amalasunta, hija de Teodorico, deseaba que su hijo tuviera una educación más romana, mientras que los varones más mayores del consejo querían que fuera educado como un godo más tradicional. Estoy seguro de que esto no es más que una simplificación, no la historia completa. No obstante, el control de la educación del rey sin duda constituía la clave del poder político inmediato; por consiguiente, no sería en sorprendente que este fuera uno de los temas en torno al cual se fusionaban los grupos políticos rivales.

Finalmente, y aquí Procopio es más preciso, Amalasunta se encontró enrocada en una lucha con tres destacados nobles godos, anónimos en las *Guerras*, que resultó tan temible que incluso llegó a hacer cargar un barco con destino a Constantinopla, como lugar de su elección, con riquezas por si acaso necesitaba huir precipitadamente. Al final, venció, pero por los pelos y a considerable coste. Consiguió que ofreciesen a los tres nobles importantes mandos provinciales

y allí los hizo asesinar. Dos de los tres eran probablemente nuestro viejo amigo Tuluin, que poseía grandes extensiones en la Provenza goda (que se consideraba un mando provincial), y otro noble de nombre Osuino, que, en el momento oportuno, fue nombrado para un cargo importante y también provincial en Dalmacia. Después desaparecen los dos sin dejar rastro. Sobre quién era el tercero, no tengo ni idea, ni tampoco nadie lo sabe.

La reina había sobrevivido a un momento de extremo peligro, pero su destino no era el de alcanzar sin problemas cómodo. El verdadero coste más futuro supervivencia se hizo evidente a la muerte de Atalarico el 2 de octubre de 534 a la tierna edad de dieciséis o dieciocho años. Las presiones eran ahora tales que era imposible que Amalasunta gobernase en solitario, de modo que nombró a su primo Teodahad, sobrino de Teodorico, como corregente. No obstante, él ya había sido un candidato potencial al trono en la década de 520, y tenía su propia base de apoyo influyente. El momento del asesinato simultáneo por parte de Amalasunta, semejante al que se produce en *El padrino*, también le había granjeado la enemistad de muchos partidarios de sus rivales eliminados, facilitando a Teodahad la tarea de movilizar una masa crítica de apoyo contra ella. El poder se le escurrió rápidamente de entre los dedos, y tampoco tuvo una salida fácil a Constantinopla. Teodahad la hizo arrestar y después la ejecutó, en su bañera como es bien sabido. Desconocemos la fecha exacta de su asesinato, pero sin duda estaba muerta en abril de 535.[39]

Cuando la noticia de una inminente inestabilidad en Italia se filtró a través del Adriático, Justiniano pudo oler el aroma de una nueva oportunidad desde lejos, y envió a un agente provocador, Pedro el Patricio, algo así como un cruce entre James Bond y lord Carrington, el antiguo secretario británico de Exteriores tan cariñosamente descrito por un secretario de Estado americano como «aquel falso bastardo». Desde Dara a Mesopotamia, donde Belisario casi había alcanzado la victoria sobre los persas, Pedro (todavía no era «el Patricio»: esta campanada vino después de su regreso de Italia en 539) había estudiado y practicaba el derecho, y era un famoso erudito. Según Procopio era también astuto, amable y persuasivo, pero esta es la buena noticia que aparece en las *Guerras*; la *Anekdota* añade la mala noticia de que era avaricioso y el mayor ladrón vivo de su época. Sin embargo, no hay duda de su astucia y perspicacia, ni de la confianza que le tenía su emperador. [40]

En un principio, Pedro fue enviado a Italia antes de que Atalarico falleciera, puesto que estaba a mitad de camino cuando se encontró en dirección contraria con los mensajeros que anunciaban la muerte del rey. No obstante, Atalarico murió de una enfermedad debilitadora cuyos efectos y evidente final eran ya manifiestos antes de octubre de 534; por consiguiente, no hay motivo para dudar de que la inminente inestabilidad italiana fuera la causa de la utilización de Pedro. Dicho esto, la muerte del joven rey fue una eventualidad que sus órdenes no incluían; por lo tanto, tuvo que quedarse quieto y aguardar instrucciones. La velocidad de la comunicación frente la а acontecimientos reales era tal que cuando por fin llegó a Italia con órdenes de hacer explícito el apoyo de Justiniano a Amalasunta, la reina ya estaba muerta. Probablemente aquello no representó un problema. La *Anekdota* asegura que, en cualquier caso, tenía instrucciones secretas para organizar el asesinato de la reina. Si era así, sin duda la intención era desestabilizar todavía más la situación y, a consecuencia del explícito apoyo de Justiniano a la reina, proporcionar una repetición del pretexto (el respaldo a un monarca depuesto y asesinado) que había enviado a Belisario a África del Norte. En el verano de 535, viajó de ida y vuelta a Constantinopla, al parecer llevando el mensaje de Teodahad de que la muerte de Amalasunta no había sido idea suya (que había sido perpetrada por los parientes de sus tres rivales muertos) y regresando con la respuesta de Justiniano. De hecho, regresó para sembrar tanta disidencia como le fuera posible en el reino que ahora se encontraba encabezando la lista del Oriente romano.

En el verano de 535, la flota de Belisario había sido enviada a Occidente por segunda vez, en esta ocasión llevando cuatro mil regulares, tres mil isaurios y algunos centenares más, junto con la propia guardia del general. Aparentemente su destino era Cartago, pero también tenía órdenes contingentes de comprobar el control godo en Sicilia y, si podía ser fácilmente derrocado, hacerlo. Desembarcó cerca de Catania, que se rindió rápidamente, y las otras ciudades de la isla siguieron el ejemplo casi sin ofrecer resistencia, excepto Panormo. Siracusa fue la última en abrir sus puertas y, por casualidad, Belisario entró triunfal a finales de diciembre, el último día de su consulado. De nuevo Justiniano había sido cauto: téngase en cuenta la naturaleza contingente de las órdenes de Belisario. No obstante, tras la incruenta captura de Sicilia, el emperador y la propaganda salieron finalmente del

armario. En aquel momento, y por primera vez, la celebración de la victoria de Sicilia comprometía al régimen a una política potencialmente ilimitada de conquista de Occidente.

De vuelta a Ravena, Pedro llegó al límite, presionando a Teodahad con cuentos de fuerzas militares devastadoras que se dirigían hacia allí. Presa del pánico, Teodahad aceptó entregar el reino, contemplando la clase de lujoso retiro que su prima había imaginado cuando cargó todo aquel tesoro en su barco. Sin embargo, él se encontraba entre la espada y la pared, y cuando en Pascua de 536 le llegó la noticia de que un asalto romano-oriental en territorio godo de Dalmacia había sido repelido, cambió súbitamente de opinión, declaró la guerra y encerró en prisión al embajador causante de su tormento.

Un año antes, esta reacción goda, combinada con un revés militar, habría hecho que Justiniano se lo pensase mejor, pero tras la incruenta toma de Sicilia, un precio sumamente valioso por derecho propio en el mundo antiguo, el emperador echó de nuevo los dados. De hecho, Teodahad se había movido demasiado despacio contra la misión romana. Antes de ser encarcelado, donde languidecería durante tres largos años, Pedro consiguió enviar la carta crucial, que Justiniano había ordenado a Belisario que aguardase y actuase en consecuencia, convocando al general y a su ejército a Italia. [41]

La guerra imperial en Occidente ya no dependía de circunstancias altamente favorables o contingentes como cuando Belisario fue enviado con la primera flota en el verano de 533. Tres años después, los godos se habían alzado en armas y habían ganado un asalto. No obstante, lo mismo que

los neoconservadores 1.500 años más tarde, Justiniano estaba convencido de que tenía la fuerza militar para aplastar al reino godo de manera tan fulminante como lo había hecho con los vándalos. Los dados de la guerra se lanzaron con venganza y Constantinopla se comprometió a recuperar hasta la última pulgada de territorio romano. A través de un largo y tortuoso camino, el régimen de Justiniano llegó finalmente a la opción política que desde entonces lo ha distinguido para los historiadores. ¿Quién sería el vencedor? ¿Se lo llevaría todo?

Capítulo 4

RUMBO A BIZANCIO

Por lo que respecta a Procopio, y esto no debería sorprendernos, no hubo ningún vencedor.

Nadie, ni siquiera Dios, podrá jamás, creo, declarar con exactitud el número de personas que él destruyó. Pienso que sería más rápido contar todos los granos de arena que el ingente número de aquellos a quienes destruyó su emperador.

Su valoración empezó en África del Norte que ahora (c. 550 cuando escribió la *Anekdota*) «está tan profundamente devastada que para el viajero que hace un largo recorrido [allí] no es un asunto fácil ... encontrar seres humanos». En cuanto a lo que aconteció en Italia, «está por todas partes todavía más desposeída de hombres que África del Norte». La destrucción no se limitó solo a los lugares atacados por el ejército de Justiniano. Los Balcanes romanos en su totalidad

eran arrasados prácticamente cada año por los hunos [en referencia a los búlgaros], esclavenos y antas, desde la época en que Justiniano se apoderó del imperio romano, y causaban terribles estragos entre los habitantes de aquella región. Pues en cada invasión más de veinte miríadas [una miríada equivale a 10.000] de romanos, creo, eran destruidos o esclavizados.

Y entretanto en Oriente:

Los persas bajo Cosroes se adentraron cuatro veces en el resto del territorio romano y desmantelaron las ciudades, y, en cuanto a la población que hallaban dentro de las ciudades capturadas y en cada distrito territorial, mataban a parte de ella y se llevaban consigo al resto, dejando la tierra desprovista de habitantes allí por donde se aventuraban a pasar.

Y esto sin contar las bajas, de las que nuestro autor ofrece a continuación una lista, entre los adversarios de los romanos y las provocadas por actos de desgobierno y desastres naturales, todas ellas razonablemente imputables a su demoníaco emperador. En todas, Procopio asegura que «una miríada de miríadas de miríadas» (es decir, 10.000³, o un billón de personas) murieron a causa del régimen demoníaco de Justiniano. Como una nota al pie de una de las traducciones inglesas convencionales nos indica:

El «cubo de diez mil» no es el lenguaje de un cómputo exacto, y Procopio trata de presentar un sólido argumento contra Justiniano.[1]

No obstante, la licencia poética no necesariamente significa que el argumento no sea apropiado, pues muchos tienen la sensación de que el reinado de Justiniano sí desgastó al imperio haciendo de él presa fácil para los diversos desastres que vendrían a continuación. Por lo tanto, ¿hasta qué punto es sólido el argumento contra Justiniano? ¿Tuvieron los costes de la conquista efectos sustancialmente negativos sobre la población del imperio que heredó de su tío? Y ¿es justificable considerar las consiguientes pérdidas territoriales en los

Balcanes y en Oriente como consecuencias a largo plazo de las políticas de Justiniano?

EL OCASO DE LOS GODOS

Al final, como bien nos hacen suponer los juicios de Procopio, la guerra goda de Justiniano terminó costando mucho más de lo que el emperador y sus consejeros podían esperar. No obstante, un poco como los recientes despliegues occidentales en Afganistán e Irak, tuvo que transcurrir cierto tiempo para que se hiciera evidente. En sus fases iniciales, la guerra italiana parecía una tranquilizadora repetición de la campaña de África del Norte. Empezó en serio el verano de 536, cuando Belisario desembarcó en el sur de Italia y puso asedio a Nápoles, que finalmente cayó tras un prolongado combate. Sabemos que en noviembre estaba en manos de los romanos. Entretanto, Teodahad, todavía en Roma, no se movía, es de suponer que esperando hallar algún tipo de solución negociada a la situación de punto muerto en la que se encontraba. Sin embargo, la caída de Nápoles fue demasiado para sus partidarios, que lo depusieron y ejecutaron antes de finalizar el año. Así pereció el último varón del linaje del gran Teodorico que reinaba los restos de su imperio, y los godos ascendieron a ese puesto a Vitigio, que ya tenía una reputación como líder militar capaz. Ahora los godos tenían un régimen que estaba tan comprometido en la confrontación armada como el de Justiniano. La falsa guerra, que había durado hasta la caída de Nápoles, había terminado y el inicio de la batalla se fijó para la llegada del buen tiempo y la crecida de la hierba en la primavera de 537. [2]

Vitigio se pasó el invierno preparándose. Salió de Roma en diciembre y se dirigió a Ravena para reunir y equipar a sus fuerzas. Cedió también a los francos los territorios galos que Teodorico había conquistado en 508 y Tuluin ampliado en la década de 520, para asegurar la frontera septentrional de los godos y liberar a las fuerzas militares que de lo contrario habrían sido necesarias allí para desempeñar labores de guarnición. La necesidad apremiaba porque sus ejércitos ya habían sufrido algunas pérdidas de efectivos. Belisario no solo había destruido la guarnición de Nápoles sino que algunos una mayoría, como veremos) (no impresionados por la facilidad con que se había destruido a los vándalos. Por lo tanto, un tal Pitza y la mitad de los godos de Samnio se rindieron inmediatamente a Belisario antes que luchar por Vitigio.

En febrero de 537, Vitigio había movilizado a sus fuerzas, pero Belisario ya había trasladado a su relativamente limitado ejército a Roma, donde había entrado poco después de que Vitigio la abandonase el 9/10 de diciembre. El año 537 lo pasaron pues en un infructuoso asedio godo a la vieja capital imperial. En aquellos momentos Procopio estaba aún unido a su general, y proporciona un emocionante relato de primera mano, lleno de arrojo godo y resolución romana. Básicamente, Vitigio carecía de hombres suficientes o de habilidad para penetrar en la ciudad, y Belisario, a pesar de una duradera ventaja táctica en armamento que se ponía de manifiesto en cada enfrentamiento, carecía de suficientes

efectivos para salir y combatir. El bloqueo fue abandonado brevemente en diciembre de 537, cuando la llegada de refuerzos romanos forzó a los godos a pactar una tregua de tres meses, pero pese a ello el año estuvo marcado por algunos combates sin consecuencias en el frente balcánico en Dalmacia, donde una vez más los godos fracasaron en un asedio, esta vez el de Salona, que los romanos habían tomado en 535.[3]

El punto muerto en torno a Roma se rompió temprano el día de Año Nuevo. Los refuerzos de Belisario consistían fundamentalmente en caballería, y, tan pronto como le fue posible, el general romano los envió a atacar el Piceno, una zona de asentamiento godo relativamente densa en el extremo de los Apeninos, junto al Adriático. El objetivo de Belisario era romper el asedio de Roma amenazando a las esposas e hijos de los hombres que lo tenían encerrado en la ciudad. La estratagema funcionó. En marzo de 538, tras aplicar una fuerte presión, Vitigio se vio obligado a levantar el asedio. El ejército godo se retiró al norte atravesando los Apeninos por la Vía Flaminia, para interceptar y destruir a la caballería de Belisario, que se había establecido detrás de las murallas de Rímini tras haber sembrado la máxima destrucción en el sur. Mientras se retiraba, Vitigio fue fijando una serie de puestos para proteger su retaguardia. fortificados estratégicamente bien ubicada ciudad de Auximun quedó una guarnición de gran calidad; en Clusium (conocida por Lars Porsena), Urviventus, Tudera, Petra, Urbinus, Caesena y Monteferta (Figura 9) dejó más efectivos.

Sin embargo, con el fin del asedio de Roma, las fuerzas de Belisario gozaban ahora de total libertad de movimiento. Tras enviar urgentemente refuerzos a Rímini por una ruta alternativa a través de las montañas antes de que llegase el cuerpo principal de Vitigio, ocupado en ir estableciendo fuertes, trasladó por barco una segunda fuerza a Génova. A continuación marchó hacia el norte para aceptar la rendición de Milán y de otras ciudades de Liguria en el noroeste. Con la parte principal de su ejército, Belisario siguió a Vitigio al noreste hasta Piceno, donde, al recibir aún más refuerzos, emprendió el camino por la costa hacia Ravena.[4] Al parecer, una vez más, el emperador había sido cauto. A pesar de haber involucrado a su régimen en una guerra, esperó para ver cómo se desarrollaban los enfrentamientos iniciales antes de enviar más tropas. Presuntamente, si a Belisario le hubiera ido mal, tenía en mente cerrar un trato basado en la partición de la península, que era una de las modificaciones que había negociado con Teodahad durante el período de falsa guerra. Sin embargo, a finales de 538, el emperador podía permitirse pensar en términos más globales. Cuando el invierno puso fin a las operaciones móviles, Vitigio estaba parado en torno a Rímini, Belisario le estaba pisando los talones, y el poder godo del noroeste estaba disminuyendo.

En 539, Belisario conservaba en gran medida la iniciativa estratégica. En el frente principal del Adriático, tensó lentamente el lazo en torno al ejército de Vitigio. Con el avance del verano, capturó Auximum junto con Fiesole. Estos triunfos le abrieron la red de carreteras hacia Ravena, y, en diciembre, marchó hacia la ciudad. Entretanto, Vitigio había enviado a su sobrino Urais con una contraexpedición a Liguria que volvió a tomar las ciudades perdidas y saqueó Milán en el transcurso de la acción. Sin embargo, tampoco

esto bastó para devolver la iniciativa estratégica a los godos. La amenaza romana a la región fue suficiente, por ejemplo, para evitar que Urais saliera del valle del Po a defender Fiesole en el momento crucial como Vitigio quería que hiciera.[5]

A finales de año, la posición de Vitigio se deterioraba por momentos. A nivel individual e incluso subgrupos enteros abandonaban su causa y trataban de llegar a un acuerdo con Belisario. Debido a la bien dirigida amenaza militar a sus familias y posesiones, en una repetición de la estratagema de Piceno, las dos guarniciones de los Alpes Cotios y el grueso de la fuerza móvil de Urais desaparecieron para regresar a sus casas. Cada vez más aislado en Ravena, Vitigio intentó la diplomacia y pidió ayuda a los lombardos y a los francos en el norte, y, aún más desesperadamente, al imperio persa en el este, esperando que una invasión persa en Siria mermase la capacidad de Justiniano de continuar simultáneamente con la guerra en Italia.[6] Sin embargo, nada de esto se produjo lo bastante rápido como para erosionar el dominio estratégico de Belisario, y este es precisamente el momento en que Casiodoro estaba garabateando las Variae, desesperadamente de protegerse contra el desastre político que estaba llamando a su puerta.

En cambio, Belisario se enfrentaba ahora a lo que esperaba que fuera el problema final de la campaña: Ravena. Protegida por los marjales y las murallas, era prácticamente inexpugnable, y como Teodorico antes que él en 493, Belisario trataba de encontrar una vía alternativa en las murallas. Empezaron las negociaciones, que operaron simultáneamente a distintos niveles, lo mismo que al estallido de la guerra. Públicamente, los godos ofrecieron formalmente

la rendición a Justiniano y la cesión de extensas franjas de territorio italiano. Según este plan, un truncado reino godo quedaría confinado a las tierras al norte del río Po, a Liguria y Venetias, donde Teodorico había ubicado al grueso de los godos en la década de 490. Justiniano habría aceptado estas condiciones al inicio de la guerra, pero el éxito y los refuerzos le hacían desear ahora un resultado más grandioso. Al mismo tiempo, mediante contactos secretos, los godos trataban de seducir a Belisario y desviar su lealtad al emperador ofreciéndole el «gobierno de Occidente», un nuevo resurgimiento del imperio en Occidente basado en una combinación del ejército de Belisario y los efectivos militares godos.

Pensando que le había convencido, Vitigio abrió las puertas de Ravena en mayo de 540, pero los godos habían caído en el engaño. Tal como relata Procopio, se rindieron pensando que Belisario iba a declararse emperador de Occidente, pero, después de que los romanos entraran en la ciudad, no ocurrió nada, y no había nada que Vitigio pudiera hacer. Él y sus principales partidarios fueron detenidos y el resto del ejército godo fue enviado a casa. Con este golpe teatral de Belisario, la guerra parecía terminada.[7] Si aquel hubiera sido el final, dudo que los historiadores le hubieran dedicado tanto tiempo y energía debatiendo sus costes. La victoria sobre Vitigio había tardado más que los ocho meses más o menos que se necesitaron para deshacerse de Gelimer, y además había habido mayores costes colaterales, sobre todo el saqueo de Milán y de Nápoles. Sin embargo, en la primavera de 540, tres temporadas de campañas para eliminar al reino ostrogodo que, solo una generación antes, había constituido la columna vertebral de una plausible restauración del Imperio de Occidente, debió de parecer un rendimiento harto razonable de la inversión de Justiniano.

No obstante, la factura todavía estaba lejos de quedar zanjada. Muy lejos, en el este, las victorias de Justiniano sobre los vándalos habían empezado a suscitar especulaciones en la corte persa acerca de si el triunfo romano en Occidente alteraba el equilibrio de poder entre los dos imperios y hasta qué punto. El apremio se incrementó en el verano de 539 cuando, por medios que se desconocen, llegó a la capital persa de Ctesifonte una embajada de Vitigio con el siguiente informe:

Está claro que, si puede destruir por completo también a los godos, avanzará contra los persas junto con nosotros y [los vándalos] a los que ya ha esclavizado, y no respetará ni el nombre de la amistad ni se avergonzará de [romper] los juramentos que ha prestado.

El objetivo de la embajada era provocar a los persas y aliviar la presión sobre los godos, pero estoy seguro de que los persas eran perfectamente capaces de comprender el argumento sin ayuda del desesperado rey godo, ni la de los armenios, que también, según Procopio, estaban ocupados tratando de incitar a Cosroes con informes del creciente poder romano. En cualquier caso, en la primavera de 540, Cosroes condujo a su ejército a la Mesopotamia romana y simplemente ignoró la red de inmensas fortalezas que se alzaban en el camino para dirigirse directamente a Antioquía: capital regional del Oriente romano y una de las mayores ciudades del imperio. Se vio capaz de hacerlo porque se habían sacado de allí muchas tropas romanas para las guerras

norteafricana e italiana y tenía la seguridad de que sus fuerzas no serían atacadas por la retaguardia si se atrevían a penetrar en territorio romano.

Las consecuencias fueron devastadoras. Los persas tomaron primero la ciudad de Beroia (la moderna Alepo) y después, en junio de 540 se lanzaron sobre Antioquía. La ciudad fue capturada en pocos días y arrasada hasta los cimientos a excepción de dos iglesias, una dentro de las murallas y la otra fuera, junto con un pequeño conglomerado de casas en las afueras, que fueron ignoradas. No es que no viviera nadie en ellas. La población superviviente fue llevada a la fuerza a Persia donde construyeron una nueva ciudad que en cierto modo era una copia de la vieja Ctesifonte, a un día de viaje de esta última. Con el nombre de «Gran Antioquía de Khusro», tenía unos baños, un hipódromo, aurigas y músicos. No se escatimaron gastos en hacer de ella un monumento imperecedero a la mayor victoria que un shahenshah persa podía aspirar.[8] Por consiguiente, de manera indirecta, sus aventuras occidentales le habían costado a Justiniano la segunda ciudad de su imperio: un golpe devastador en sí mismo, pero de ninguna manera el final del cálculo.

En Italia, la bien urdida estratagema militar de Belisario de atacar sus hogares había dispersado al grueso de los godos, pero no los había derrotado en batalla. Además, Belisario no tenía suficientes tropas para ocupar por la fuerza las tierras godas situadas al norte del Po. La única unidad romana en la zona era un grupo de hérulos bajo Vitalio en Treviso. Por consiguiente, cuando se puso de manifiesto el alcance del engaño de Belisario, los enérgicos líderes godos tenían a su disposición los efectivos militares y la oportunidad táctica

para reavivar el fuego de la guerra. En el verano de 540, todavía dos se resistían: Urais en Pavía e Ilbebado en Verona. Ninguno de ellos llevó a cabo operaciones agresivas, pero ambos se negaron a rendirse y continuaron presionando a Belisario para que aceptase el imperio occidental.

Si hubiera podido trasladarse con toda su fuerza al norte del Po en aquel momento, la guerra podría haber terminado. No obstante, tras haberse desencadenado el infierno en el oriental, las tropas escaseaban, y Justiniano (supuestamente también preocupado por los informes acerca de las ofertas de los godos a su general) finalmente decidió que necesitaba a Belisario. Así pues, Belisario abandonó Ravena en diciembre de 540, llevándose con él a Vitigio y a los otros líderes godos que había capturado, por no mencionar a nuestro viejo amigo Casiodoro. Toda esperanza de seducir al general para que renegase de su lealtad hacia Justiniano desapareció, por lo que los godos necesitaban encontrar otro camino. Ildebaldo reunió a sus partidarios para proseguir la guerra. Vitalio y sus hérulos intentaron cortar de raíz la revuelta, pero sufrieron una aplastante derrota.[9] La segunda fase de la guerra goda estaba a punto de comenzar en serio, pero primero los godos necesitaban organizar su política.

Inicialmente, Urais cedió a favor de Ildebaldo, pero compartir el poder resultaba difícil y, cuando ambos se pelearon (supuestamente por la rivalidad de sus esposas en cuanto a su atuendo), Ildebaldo maquinó la muerte de Urais. Esto dividió a una parte considerable de los godos, que a su vez hicieron matar a Ildebaldo. Goscinny y Uderzo no estaban equivocados al calificar la disensión y la guerra civil

como la enfermedad de los godos. A finales de 541 ambos godos estaban muertos. Entretanto, Erarico, el último líder del contingente rugio que había seguido a Teodorico a Italia en 489 y que había pescado en río revuelto durante la lucha contra Odoacro, se presentó como posible rey. Su principal política fue negociar con Constantinopla, resucitando la idea de dividir Italia, pero también fue asesinado y el poder pasó a manos del sobrino de Ildebaldo, Totila.[10] Al poco tiempo, Totila estaba inmerso en más acciones militares.

Sus años de triunfos, que duraron toda la década de 540, se basaron en dos pilares fundamentales. En primer lugar, la guerra con Persia evitó que Justiniano pudiera reforzar sus ejércitos italianos. Al enterarse de la debacle en Antioquía, Justiniano tuvo mucho cuidado de no volver a dejar expuesto nunca más el frente oriental. En segundo lugar, Totila obtuvo algunas victorias rápidas. Militarmente le permitieron recuperar la iniciativa táctica. Políticamente, insuflaron ánimo a los godos para unirse a la revuelta. Totila tuvo también mucho cuidado de tratar con indulgencia a los prisioneros, y consiguió que muchas tropas romanas (a menudo contingentes de aliados bárbaros que habían sido reclutados) acabaran uniéndose a los godos, especialmente cuando su paga dejó de llegar. Totila concentró de este modo a cientos, y quizás a unos cuantos miles, de refuerzos. En un momento determinado, algunos esclavos romanos incorporaron al ejército godo, pero Procopio no nos dice cuántos.[11]



Amenazadas por Totila y el resurgimiento de la revuelta, doce mil tropas imperiales avanzaron hacia el norte para asediar Verona, uno de los principales focos de resistencia, en el invierno de 541-542. En primavera, Totila salió tras los imperiales con 5.000 hombres, y obtuvo una sonora victoria en Faenza, al sur del Po, de donde se había retirado el ejército romano. El momento clave de la batalla se produjo cuando trescientos efectivos de la caballería de Totila chocaron contra la retaguardia romana. Según informa Procopio, con esta victoria se consiguió que más reclutas godos pasasen a engrosar las filas del ejército de Totila hasta llegar a los 20.000. Sacando rápido provecho de su éxito, pasó a continuación a asediar a las fuerzas romanas que se habían adueñado de la ciudad de Florencia, y obtuvo una segunda victoria sobre una fuerza romana de repuesto enviada en su ayuda. Dos batallas fueron suficientes para hacer que las fuerzas romanas de Italia actuasen a la defensiva. No podían hacer otra cosa que resistir en los centros fortificados que ya habían tomado, mientras Totila extendía su revuelta hacia el sur, tomando Benevento, Cuma y finalmente Nápoles en la primavera de 543.[12]

En las dos siguientes temporadas, las campañas de Totila apuntaron a importantes feudos romanos, incluyendo la fortaleza estratégica de Auximum. Su captura cortó las comunicaciones terrestres entre Roma y Ravena, y preparó el terreno para una escalada de las ambiciones militares de los godos. A finales de 545, Totila estaba listo para poner sitio a la mismísima Roma. Durante todo el año siguiente ejerció una fuerte presión hasta que la ciudad se rindió, por fin, el 17 de diciembre de 546. Totila triunfó donde Vitigio había fracasado, pero los efectivos godos estaban tensados al límite. Durante el asedio, Totila decidió que tenía que entregar la provincia de Venecia al rey franco Teudeberto, para poder

liberar a más godos de las guarniciones allí ubicadas.[13]

Alarmado por los éxitos de Totila, y tras restaurar cierta estabilidad en Oriente, Justiniano envió a Belisario de regreso a Italia en el invierno de 544-545. No obstante, no se llevó consigo a ningún refuerzo, de modo que poco era lo que podía hacer. Su mejor momento llegó en abril de 547, cuando ocupó de nuevo Roma. Crónicamente escaso de efectivos, Totila había decidido no resistir en la ciudad y cometió el grave error de no neutralizar sus defensas. No obstante, Belisario no podía hacer mucho más y finalmente fue requerido a Constantinopla en 548, mientras los éxitos militares godos seguían produciéndose. Aguijoneado por su propio error, Totila asedió Roma por segunda vez desde el verano de 549, hasta que cayó en sus manos en el mes de enero siguiente, cuando las fuerzas godas capturaron también toda una serie de fortalezas, entre ellas Tarento y Rímini. Totila eligió también aquel preciso momento para crear una flota de asalto, que puso bajo el mando de Indulfo, un desertor del ejército romano oriental. Se abrió la veda de las posesiones de Constantinopla. La costa de Dalmacia fue arrasada en 549, Sicilia cayó en 550 y Corfú y Epiro fueron atacadas en 551.[14]

A pesar de estos éxitos, Totila se enfrentó a un problema abrumador. El Imperio Romano de Oriente tenía muchos más recursos humanos y riquezas que él. Igual que Vitigio antes que él, Totila se vio obligado a ceder parte del reino de Teodorico a los francos para liberar efectivos godos para sus campañas, y cada enfrentamiento le suponía más pérdidas. A mediados de la década de 540, los recursos de Justiniano todavía se repartían en dos frentes de guerra, ya que la

contienda con Cosroes que había empezado con el saqueo de Antioquía seguía coleando. No obstante, esta situación no podía durar indefinidamente. En tales circunstancias, una total victoria goda era imposible y Totila tenía que encontrar la manera de terminar la guerra conservando algún tipo de reino godo intacto. Su vigorosa y asombrosamente exitosa búsqueda de opciones militares no consistía en tratar de ganar definitivamente la guerra, sino de hacer que su prolongación fuera tan costosa para Justiniano que este estuviese dispuesto a ofrecerle un trato. Por consiguiente, incluso en el cénit de sus triunfos militares, Totila seguía ofreciendo concesiones. Inmediatamente después de la segunda captura de Roma, por ejemplo, Totila envió una tercera embajada a Justiniano, y su tono era altamente conciliador. En ella le planteaba la cesión de Dalmacia y Sicilia a Constantinopla, pagar un tributo anual y proporcionar contingentes militares para las campañas del imperio oriental.[15] Totila tenía totalmente claro que sin ganancias que salvasen las apariencias, Justiniano nunca se dejaría convencer para finalizar la guerra, y el acuciante interés de los godos era llegar a persuadirle.

Sin embargo, Justiniano rechazaba cualquier acercamiento. Sospecho que desde el punto de vista del emperador, se había invertido tanto prestigio en la política de conquista que era sumamente difícil abandonarla. A finales de la década de 540, la estabilidad volvió al frente oriental. Ya no hubo más enfrentamientos serios en el frente mesopotámico tras un fallido asedio persa a la ciudad de Edesa en el verano de 544. Por otro lado, en el Cáucaso, importantes ganancias romanas en 549 compensaron anteriores pérdidas y convencieron a

Cosroes de que ya no había más ventajas a la vista. No se acordaría formalmente un tratado de paz hasta 551, pero cuando llegó la tercera embajada de Totila a comienzos de 550, Justiniano ya tenía claro que el contexto estratégico pronto le permitiría encontrar las fuerzas necesarias para acabar el trabajo italiano. Todos los acercamientos de Totila fueron rechazados, y el escenario para la confrontación final estaba dispuesto.

La estrategia preferida de Justiniano fue una expedición terrestre al norte de Italia a través de los Balcanes: la ruta que había seguido Teodorico unos sesenta años antes, mucho más sencilla que transportar un gran ejército por mar. Los preparativos empezaron en 550, y el mando de la expedición le fue asignado al primo del emperador, Germano. Muerto Vitigio, Germano se casó también con Matasunta, hija de Amalasunta, en un intento por confundir las lealtades godas. Sin embargo, Germano murió el mismo año de su nombramiento, y la expedición no estuvo lista para partir hasta comienzos de 552, bajo el mando del general eunuco Narsés. No obstante, el lazo se había ido estrechando de diversas maneras. En el verano de 551, una fuerza imperial había destruido por completo la flota de asalto de Totila frente a Ancona, y Procopio informa de la alarma y el desánimo con que se recibió la noticia de este revés en el campamento godo.[16]

En abril de 522, todo estaba listo, con la hierba creciendo de nuevo para sustentar a los animales de la caravana, Narsés avanzó hacia Italia. Totila intentó bloquear el camino hacia Ravena (que seguía en manos de los romanos orientales) inundando las tierras al sur de Verona. Envió también una fuerza formada por sus mejores hombres bajo el mando de Teya, para entorpecer, independientemente, las operaciones de Narsés. Sin embargo, el ejército romano oriental avanzó metódicamente a lo largo de la costa hasta Ravena, mientras que una segunda fuerza romana desembarcaba en Calabria en el sur, donde derrotó a algunos godos en Crotone. Tras reponer provisiones en Ravena, Narsés prosiguió en busca de batalla. Finalmente Totila se enfrentó a él, a finales de junio o principios de julio, en una llanura de los Apeninos septentrionales llamada Busta Gallorum. Totila había reunido a la mayoría de tropas disponibles, y el drama central de la batalla fue una carga de la caballería goda, la élite de su ejército:

Todo el ejército godo recibió órdenes de no usar en esta batalla ni el arco ni ninguna otra arma a excepción de sus lanzas.

Al parecer, la idea era la de vencer a corta distancia mediante la sorpresa y conmoción, pero todo resultó trágicamente mal planeado:

Pues al lanzar la carga contra el centro del enemigo, la [caballería goda] se situó entre los ocho mil soldados [romanos] de infantería, y [fue] barrida por los disparos de los arcos de ambos bandos.

La carga se rompió antes de que pudiera enfrentarse a las líneas romanas, y su retirada provocó una masacre general, con seis mil godos muertos en el campo de batalla, una cifra de bajas que no tardó en incrementarse con la posterior ejecución de todos los prisioneros. El propio Totila quedó mortalmente herido. A consecuencia de esta victoria, Narsés

ocupó Roma rápidamente y sometió al resto de guarniciones godas de la Toscana. No obstante, los godos todavía no estaban del todo vencidos. Teya reunió a tantos godos como pudo en Pavía y, viendo que necesitaba ayuda, se alió con los francos. La batalla se reanudó en octubre de 552, más al sur, en Mons Lactarius en Campania. Tras otro cruento combate, Teya murió ofreciendo resistencia, mientras que la mayoría de los godos que quedaban negociaron un armisticio.[17]

Los godos italianos habían sido destruidos como fuerza militar y política cohesionada, pero Italia todavía no estaba del todo en manos de Justianino. Narsés se pasó el invierno sometiendo a algunos obstinados pero totalmente aislados centros de resistencia. Tras la muerte de Teya, tres líderes godos habían continuado la lucha. Indulfo se retiró a Pavía con mil hombres, Aligern siguió combatiendo en Cuma, y Ragnaris se hizo fuerte en Conza della Campania. Entonces, a comienzos de 553, llegó finalmente el último refuerzo franco comprado por Teya, un ejército compuesto en gran parte por alamanes. Avanzando hacia el sur a través de Liguria y Emilia, consiguió cierto apoyo godo entre los restos dispersos de los antiguos partidarios de Teodorico, y a uno de sus líderes, Butilino, incluso se le ofreció la realeza. Sin embargo, Narsés estaba preparado. En 553, sus tropas sometieron a toda la Toscana, y en diciembre provocó la rendición de Aligern. La expedición de Butilino fue por fin derrotada en 554, en la batalla de Casilino, propiciando a su vez la rendición de los partidarios de Ragnaris en la primavera de 555.

Tan solo quedaba arreglar el desaguisado. En 560, el control imperial fue sólidamente restablecido en Liguria, Istria y gran parte de Venecia. Únicamente quedó sin someter

el este de Venecia, región que presenció el último destello de la revuelta goda. En 561, un conde godo llamado Widin se rebeló en Brescia y volvió a pedir ayuda a los francos. La maniobra fracasó.[18] La derrota de Widin marcó la extinción final de la resistencia de los godos a la conquista de Italia por parte de Justiniano, y en noviembre de 562 Narsés informó formalmente a Constantinopla de la toma de Verona y Brixia. Veintisiete años después de la casi incruenta conquista de Sicilia, el dominio imperial había quedado por fin establecido en la península italiana.

¿Evaluando los costes de la tierra?

Recuperar la contingente deriva, determinada por los acontecimientos, del régimen de Justiniano hacia una política de expansión occidental es relativamente sencillo cuando se observan de cerca los sucesos de sus primeros años y el detalle exacto de las órdenes dadas a Belisario. Gracias a Procopio es también razonablemente fácil rescatar algo del relato de las auténticas conquistas, aunque su tendencia a dispersar en libros independientes acontecimientos que se produjeron simultáneamente en distintos frentes oculta importantes conexiones. Sin embargo, más difícil es la tarea de elaborar un juicio general convincente sobre la política de conquista y sus consecuencias a corto y largo plazo. Carecemos por completo de las puras estadísticas: es decir, cuánto costaron las campañas, cuántos impuestos aportaron los territorios conquistados a la base fiscal del imperio, etc.[19] El orden del

día ha de ser, pues, un juicio cualitativo más que un análisis estadístico, pero esto no es de extrañar, dado que tratamos con acontecimientos de mediados del primer milenio.

Sin embargo, es fundamental determinar qué perspectiva deberíamos adoptar cuando elaboramos estos juicios. El verdadero problema con una pregunta tipo Sellars y Yeatman como «¿Fue buena la política de expansión occidental de Justiniano?» (pueden verse diversas variantes de esta pregunta en más de un examen en la universidad) es sencillamente saber desde qué perspectiva fue «buena». En la era del nacionalismo, en la historiografía occidental el estado tendía a verse en general como «algo bueno» (de nuevo en términos de 1066 y todo aquello), y los acontecimientos solían juzgarse teniendo en cuenta el modo en que afectaban a la prosperidad de los centros de autoridad política. No obstante, este es solo un posible punto de vista, y es importante tratar de hacer justicia a todos los que se vieron atrapados en los torbellinos de conquista que desató Justiniano.

Para muchos de los seres humanos implicados, la experiencia de guerra fue devastadora. En particular, las dos guerras destruyeron a las élites políticas de los vándalos-alanos y de los godos en torno a las cuales se habían construido dos estados sucesores en África del Norte e Italia. Hay una fuerte tendencia a restar importancia a la realidad de estas unidades en cierta literatura reciente, con el pretexto de que no eran los pueblos unificados y culturalmente coherentes que imaginaban los eruditos que trabajaban en la era nacionalista. Por el contrario, se sugiere que eran grupos poco definidos que podían existir o dejar de existir a la más mínima, en cuyo caso, no cabe duda, su destrucción política

no tenía por qué ocasionar importantes pérdidas de vidas. A pesar de que, como ya hemos visto, estas entidades no eran «pueblos» antiguos, la visión minimalista de su importancia histórica se basa en realidad solo en una insuficiente comprensión de cómo funcionan las identidades de grupo. Es cierto que algunos individuos pueden y de hecho cambian de identidad de grupo, y un ingrediente importante de la identidad está ubicado principalmente en la cabeza: la identidad que uno considera que tiene. Sin embargo, la propia afirmación del individuo de lo que tiene en la cabeza ha de ser reconocida por el grupo más amplio —lo que uno tiene en la cabeza es una especie de pretensión que puede o no ser reconocida por el grupo del que uno quiere formar parte— y las normas del grupo varían en el tiempo y el espacio. Algunos grupos imponen normas relativamente estrictas a los individuos que quieren ser o son parte de ellos, y por tanto tienen una existencia más sólida, mientras que otros no. Por consiguiente, ir de una vieja visión de completa solidez a una nueva de completa fluidez es moverse de una exagerada simplificación a otra.

Tanto los vándalos-alanos que terminaron en África del Norte como los godos de Teodorico eran a todas luces nuevas alianzas, a veces de grupos culturalmente muy distintos (los vándalos eran agricultores de habla germánica, los alanos eran nómadas de lengua iránica), creadas en el siglo v. La coalición vándalo-alana se forjó en el horno de la guerra contra el imperio occidental. Asimismo, los godos de Teodorico se estructuraron, como vimos ya en el capítulo 1, en el contexto de una secuencia de luchas, primero contra otros sucesores del imperio de Atila y después en los Balcanes

romanos. Los científicos sociales confirman lo que la intuición ya nos sugería: que el conflicto, y la necesidad de sobrevivir, es una forma crucial de cemento social, y estos grupos tuvieron montones de conflictos. Sus asentamientos en África del Norte y en Italia proporcionaron la segunda. La tarea política más importante de Teodorico, una vez eliminado Odoacro, fue la de mantener económicamente a los partidarios que le habían aupado al poder. El líder vándaloalano Giserico tuvo que pasar por el mismo proceso en África del Norte en la década de 440. En ambos casos, la distribución de bienes identificó y recompensó a partidarios militares clave mediante regalos de propiedades de tierras que pasaron a manos de sus herederos a cambio del servicio militar. Aunque sin duda transformados por el proceso de asentamiento, los grupos originales continuaron existiendo como un elemento claramente responsable y retribuido de la población total de los dos reinos. En el caso de los godos, sabemos que la cohesión se mantuvo agrupando los asentamientos y organizando después periódicos encuentros durante los cuales se entregaban más recompensas. [20]

Así pues, en los relatos de guerra de Procopio encontramos a los vándalos-alanos y a los godos bajo esta manifestación transformada, pero todavía diferenciada. Si nos apartamos de los pormenores de determinados enfrentamientos militares, lo que vemos es la destrucción mediante distintos métodos de estos núcleos grupales. La campaña vándala fue tan rápida que la historia se narra muy deprisa. No obstante, la inmensa mayoría de los varones vándalos y alanos habían sido sacados de África del Norte al finalizar la conquista inicial. En Italia el proceso fue más largo y está mejor documentado, pero su

forma general está clara. Los partidarios de Teodorico eran guerreros procedentes de dos estatus diferentes, y el grupo superior era la clave de la coherencia de la fuerza que él condujo hasta Italia. No eran solo una pequeña nobleza en el sentido medieval de la palabra, sino más bien una cuarta parte del total de los seguidores, es decir, unos cinco mil individuos más o menos. La historia de la conquista del Oriente romano es la historia de la eliminación efectiva de este grupo, unos cuantos mediante la rendición, pero la mayoría por muerte o deportación. Debido a la actual tendencia a acentuar la fluidez de la identidad, esta evidencia no suele discutirse, pero abunda y es coherente y detallada. También encaja perfectamente bien con la historia previa de la formación inicial del grupo y posterior asentamiento en la campiña italiana. Por lo tanto, a pesar de que, evidentemente, no eran grupos étnicos, no hay motivo para desechar ni a los vándalos-alanos ni a los godos como agrupaciones totalmente ilusorias y engañosas en términos humanos, y su destrucción (en el sentido literal para muchos) puede y debería contarse en los costes de las conquistas de Justiniano.[21]

Por otro lado, está el daño colateral infligido a las poblaciones de los territorios conquistados. No hace falta creer en la fantástica fachada erigida por Casiodoro, de que la creación del reino de Teodorico no implicó cambio alguno en sus súbditos italorromanos, para ver que una generación política entera de guerras periódicas, salpicadas de irrupciones de violencia en ocasiones muy intensa, debió de generar grandes pérdidas en la población de Italia. Determinados saqueos como el de Nápoles y el de Milán a comienzos de la contienda, o más adelante en el Tíber, son

descritos por Procopio de manera harto realista. Casiodoro, por su parte, incluso menciona en los primeros años una hambruna probablemente generó que se por deslocalización del aprovisionamiento del ejército. Añadido a todo esto está el subtema de la guerra focalizada en las ciudades y la interrupción de la producción agrícola, salpicada por períodos de ruptura social, como la desesperada acción de Totila, que armó a los esclavos romanos en las etapas finales de la guerra. Es imposible alcanzar ningún tipo de juicio cuantitativo de los efectos de las luchas, pero es evidente que la arqueología de Italia nunca volvió a ser la misma.

El norte de Italia en particular, la zona ocupada por los lombardos, no consiguió recuperarse de los efectos deslocalizadores de la guerra, en el sentido de que casi no hay testimonios de sistemas complejos de intercambio, y las evidencias a todas luces incompletas sugieren un considerable descenso de la población. No se puede ofrecer ninguna cifra al respecto, pero lo que había sido un gran núcleo del mundo romano tardío declinó en términos demográficos, y su economía quedó reducida a un intercambio puramente local.

Las pautas en zonas que permanecieron bajo el control de Constantinopla son diferentes. El sur de Italia conservó las industrias comerciales de cerámica que vendían sus productos por zonas razonablemente amplias, hecho que sugiere que las pautas generales de intercambio conservaron una mayor complejidad. La ciudad de Roma también se recuperó de sus varios asedios y volvió a ser un centro de riqueza que importaba mercancías en grandes cantidades, ingentes cantidades con relación al siglo VII. Todo esto no era

nada comparado con la escala del período romano tardío, y normalmente se reconoce que la población de la ciudad descendió en un factor de diez desde unos pocos cientos de miles hasta unas pocas decenas de miles. Sin embargo, a pesar del declive, se ha sugerido que el sur de Italia probablemente era más rico que cualquier otro lugar del viejo Imperio de Occidente en el siglo VII y comienzos del VIII. Es difícil calcular si este declive económico se habría podido evitar, o hasta qué punto, si los ejércitos de Justiniano no hubieran campado a sus anchas en la región. Las Variae de Casiodoro dan la impresión de que todo funcionaba con normalidad antes de 536, pero esto solo es fachada, y es sin duda cierto que el mismo tipo de simplificación económica que observamos en la Italia lombarda afectó también a las demás regiones del Occidente posromano, después de que se eliminara la pax romana. Por consiguiente, no tengo duda de que las guerras de Justiniano provocaron grandes daños y aniquilaron innecesariamente a muchas personas en la península italiana, pero, en cualquier caso, lo más probable es que la economía italiana, incluso bajo el dominio ostrogodo, se hubiese decantado hacia las pautas más simples del norte medieval.[22]

Tampoco en África del Norte fue todo armonía y perfección a pesar de la rapidez de la conquista inicial. Como los neoconservadores de nuestra era, las autoridades romano-orientales encontraron que era mucho más fácil ganar batallas que establecer estructuras gubernamentales operativas. Un problema no tuvo nada que ver con Justiniano. Las viejas provincias norteafricanas de Roma, gracias a las mitigadoras precipitaciones provocadas por el Monte Atlas, estaban

marcadas por la estrecha proximidad del desierto y las poblaciones moras nómadas de las tierras altas a las más densamente pobladas y fértiles provincias romanas del centro de la Numidia oriental, Proconsularis y Bizacena (Figura 8). Siempre había habido ataques endémicos de baja intensidad a las provincias romanas, pero la mayor parte del tiempo las relaciones con los nómadas eran «manejables» y no constituían ninguna fuente de conflicto constante. Cuando los vándalos-alanos se apoderaron de estas importantes provincias con la captura de Cartago en 439, heredaron la red de relaciones establecidas con los moros, y empezaron a utilizarlos en algunas de sus aventuras militares por el Mediterráneo, en especial en el famoso saqueo de Roma, en 457. De alguna manera u otra, por mi parte sospecho que debido a una combinación de nuevo armamento, nueva riqueza y nuevas ambiciones adquiridas en el curso de esta implicación, el mundo moro de los límites africanos se salió de sus viejos ritmos bajo el dominio vándalo y, en la década de 480, empezaron a aparecer estructuras políticas más amplias, capaces de concentrar periódicamente los suficientes guerreros para derrotar a las fuerzas vándalas. En efecto, una de estas derrotas proporcionó a Gelimer la capacidad de concentrar una masa crítica de poder político contra Hilderico

Con el derrocamiento del reino vándalo por parte de Belisario, el problema moro aterrizó a los pies de los nuevos administradores de Justiniano, y hay constancia de ataques a Numidia y Bizacena ya en 534.[23] La rápida victoria de 533-534 resultó ilusoria. Los incipientes problemas con la Iglesia católica y con los soldados vándalos y romanos restantes,

escasos de paga, dieron paso rápidamente al principal suceso: la confrontación con los moros, entre los cuales las deslocalizaciones del gobierno vándalo habían desatado una nueva capacidad de ambición depredadora a gran escala por riqueza de las tierras agrícolas colonizadas conformaban el corazón palpitante de la provincia. Fue necesaria toda una década para resolver el problema hasta que las victorias del nuevo comandante romano Juan Troglita en 547-548 estabilizaron la situación hasta situarla en el término medio. Todo esto no constituía en absoluto un problema menor, a pesar de que no haya indicios de que el conflicto resultante infligiera pérdidas comparables a la magnitud de las sufridas en las provincias italianas. Solo una ciudad cambió de manos, y el principal daño inicial causado a la población civil fue al parecer de gran alcance, pero en ataques a pequeña escala. Junto con la estabilidad que por lo visto retornó a África del Norte dentro y más allá de los límites colonizados a partir de la década de 540, los testimonios arqueológicos indican que las provincias norteafricanas experimentaron un considerable restablecimiento de la prosperidad económica, a pesar de que nunca recuperaron del todo los viejos niveles romanos.

El interior de Cartago, en particular, parece que prosperó, y el período presenció considerables inversiones en defensas de la ciudad y edificios religiosos. También hubo una modesta recuperación en la exportación de elegantes vajillas y productos agrícolas como vino y aceite de oliva. No obstante, la prosperidad romana tardía de África del Norte se había producido por el hecho de que estaba vinculada a un sistema más amplio de intercambio en el Mediterráneo occidental que

en realidad dependía en diversos aspectos del estado romano occidental, en particular porque subvencionaba los costes del transporte en su propio interés. Sin embargo, nada de esto resurgió a mediados del siglo VI. En vez de ser el centro floreciente de una economía imperial occidental, África del Norte era ahora una zona periférica moderadamente próspera de una economía romano-oriental cuyo crisol estaba situado mucho más al este, en torno al Egeo y en el Oriente Próximo. Por consiguiente, solo exportaba a una escala más pequeña, y el nivel general de riqueza en la región parece que retrocedió hasta instalarse en una prosperidad más modesta. [24]

Desde el punto de vista de aquellos que se vieron atrapados en la contienda, tanto si eran vándalos-alanos, como godos, tropas romanas o habitantes de las provincias italianas o norteafricanas, las guerras de Justiniano solo pueden calificarse de un gran desastre. Los testimonios arqueológicos a largo plazo no indican que las consecuencias fueran tan devastadoras como podría sugerir el número de muertos de Procopio, pero en algunos lugares el impacto fue sumamente violento, tanto por la guerra misma en Italia como por la prolongada lucha por el control de África del Norte. No parece que la población volviera a los niveles anteriores al conflicto en la región, aunque sin duda hubo una gran actividad agrícola y algún resurgimiento de las pautas de intercambio económico y especialización una vez restaurada la paz. Además, hemos de incluir, evidentemente, el efecto de los recaudadores de impuestos del Oriente romano. Por lo tanto, resulta difícil sostener el argumento de que las poblaciones provinciales locales obtuvieran algún beneficio al ser incorporadas al Imperio Romano de Oriente, salvo quizás

que la confrontación con los moros ya estaba escrita en África del Norte aunque Justiniano no la hubiera invadido, y es discutible que sus ejércitos fueran más capaces de proteger las zonas agrícolas pobladas de lo que lo habían sido los vándalos.

Pocas ganancias hubo en la política de conquista desde el punto de vista del segundo grupo importante afectado: los contribuyentes del Imperio de Oriente. Algunos de ellos, sin duda, sufrieron un nivel similar de daños colaterales al de sus más desafortunados iguales en África del Norte e Italia. Los miles de individuos que sobrevivieron al saqueo y fueron arrastrados cientos de kilómetros para ir a vivir a la Nueva Antioquía de Cosroes constituyen un buen ejemplo, aunque, aparte de 540, los daños específicos importantes en la población provincial oriental fueron, al parecer, esporádicos. Las comunidades de los Balcanes romanos resultaron afectadas de forma periódica por los desagradables efectos del conflicto. Tenían numerosos reductos fortificados. Muchos de ellos aparecen en las listas que nos proporciona Procopio en Los edificios (obsérvese que la mayoría eran «reparados», no construidos; por lo tanto, tenían una larga existencia) y ninguno de los invasores de los Balcanes en el reinado de Justiniano fue capaz de capturar los centros fortificados. No obstante, lo que sí era un problema era que Justiniano sacaba regularmente tropas de allí para combatir en la campaña italiana. Por consiguiente, en mi opinión, no es de extrañar que el primer ataque búlgaro verdaderamente dañino en los Balcanes se produjera en 539, justo después de que Justiniano hubiera encontrado los refuerzos que Belisario necesitaba para explotar sus ganancias iniciales en Italia.

fortificaciones muestran que el emperador no se desentendía del todo de sus súbditos de los Balcanes, pero la necesidad de tropas los exponía a un gran peligro.[25]

Aparte de las comunidades de los Balcanes y de ciertas comunidades orientales, el principal efecto de la política de conquista, el que experimentó el grueso de la población romana oriental, provenía del aumento de los impuestos para sufragar los costes de las guerras y las guarniciones apostadas en los territorios conquistados, puesto que cualquier ingreso extra procedente de estos lugares tardaba unos años en dar pleno rendimiento. Los individuos particulares implicados en el abastecimiento del ejército, es decir, armamento, comida, carros, barcos y un sinfín de artículos, sin duda sacaron provecho. La guerra es siempre un negocio rentable para aquellos que se dedican al suministro, puesto que la necesidad es imperiosa y pueden negociarse contratos lucrativos. Sin embargo, gran parte de la población del imperio oriental solo vio los impuestos a pagar por aquellos contratos, y muy poco beneficio, si es que hubo alguno, de su cumplimiento. Uno de los grandes temas que aparece en la Anekdota, como ya vimos en el último capítulo, es la voracidad de Justiniano por el dinero de la gente, y el texto mezcla repugnantes condenas generales con ejemplos concretos de individuos que fueron víctimas de la codicia del emperador o de la de su esposa.

La victoria en África no solo hizo que Justiniano fuera políticamente intocable, sino que lo envalentonó para echarse encima de sus contribuyentes más ricos. El año después de la humillación de Gelimer en Constantinopla, se aplicaron nada menos que nueve medidas independientes en todas las regiones del Imperio de Oriente con la expresa intención de

incrementar la recaudación general de impuestos para obtener más beneficio de los ricos. Todo ello antes de que los de combatir contra los godos y los persas simultáneamente empezaran a hacer mella en la década de 540 (aunque es evidente, y la carrera de Totila lo pone de manifiesto, que Justiniano nunca quiso librar dos guerras totales a la vez). Aunque ni por un instante discutiría que los impuestos debieron de incrementarse bajo Justiniano, esto nos proporciona un poco más de perspectiva acerca de las quejas de Procopio. Todos los individuos que en la Anekdota asegura que se arruinaron eran personas ricas, y él mismo, como su educación pone de relieve, procedía sin duda de una familia terrateniente razonablemente rica. Las guerras de Justiniano efectivamente incrementaron los impuestos, pero los aplicaron de forma desproporcionada a la clase de Procopio, y la rabia que ello generó sigue ardiendo en las páginas que escribió. [26]

En general hay dos tipos de tributación excesiva: el político y el económico. El primero se produce cuando la población, o un segmento significativo de la misma, considera que el nivel impositivo al que tiene que hacer frente es tan injusto que pone todo su empeño en la protesta y la evasión. El nivel en el que la excesiva tributación se hace políticamente demasiado elevada es evidentemente subjetivo. En cambio, la excesiva tributación se basa en cifras. En una economía industrial, la creación de impuestos aumenta los costes de las mercancías que se fabrican, y si se aumenta el coste hasta el punto en que los compradores pierden todo interés, la producción y por consiguiente el PIB disminuyen. Así pues, la excesiva tributación económica es calculable en cuanto a sus efectos

negativos sobre la producción económica general, mientras que podría producirse una excesiva tributación política a niveles en los que la producción total no disminuyera. Aquí es donde entra la correspondiente prestación por las diferencias inherentes a una economía agrícola. Sin motivo justificado (y quién puede culparles), los campesinos no siempre maximizan su producción en la práctica. A menos que tengan un mercado en funcionamiento en el que vender sus cosechas, tienden a trabajar solo para alimentar a sus familias y pagar sus deudas, y prefieren consumir parte de su potencial excedente en forma de tiempo libre y ocio. En tales contextos, el aumento de los impuestos a veces puede incrementar la producción general; por lo tanto, el vínculo automático entre el aumento de impuestos y una especie de disminución del producto total que se origina en las modernas economías industriales no se produce necesariamente en aquellas. La tributación excesiva de los campesinos se manifiesta de forma brutal cuando a las familias no les queda suficiente producción, independientemente de lo mucho que trabajen, para sustentarse a largo plazo. Esta situación se traduce en una malnutrición crónica, aunque no inmediatamente fatal, que hace que la población sea propensa a las enfermedades en general con pocas reservas de alimentos o ninguna, de modo que las periódicas e inevitables malas cosechas generan brotes de alta mortalidad. Entre sí, estos dos fenómenos hacen disminuir los niveles de población, que a su vez provoca que tierras marginales queden fuera de producción. Teniendo en cuenta este marco para un juicio cualitativo, ¿causaron las políticas de conquista de Justiniano la excesiva tributación en las tierras del centro del imperio occidental?

Con absoluta certeza, condujo a la excesiva tributación política entre las clases terratenientes del imperio. La diatriba de Procopio es una indicación, pero hay otra mejor. Una de las maneras más sencillas que tiene un nuevo régimen de obtener un rápido rédito político es invertir las políticas más impopulares de su predecesor. Tras la muerte de Justiniano, el nuevo régimen de su sobrino Justino II cambió por completo las políticas de su tío, o algunas de ellas, respecto a la tributación de los ricos.[27] Sin duda habían sido muy impopulares, pero esto no es necesariamente una prueba de que hubieran infligido graves daños a la estructura del imperio. La excesiva tributación política provoca serios daños solo cuando incita a importantes jurisdicciones políticas a buscar alternativas al orden prevaleciente, y de hecho hay pocos indicios de ello, o ninguno, en el reinado de Justiniano. No encontramos, por ejemplo, a las élites romanas terratenientes buscando lealtad con los persas en sustitución de su lealtad tradicional romana (aunque Procopio presentó deliberadamente a Justiniano afirmando que no era mejor que su homólogo persa) ni en tiempos de Justiniano ni inmediatamente después, por lo tanto, es difícil sostener que el aumento de impuestos del emperador hubiera dañado la estructura del imperio a largo plazo. Lo más probable es que simplemente molestara a los que ya eran ricos.

Decidir si Justiniano impuso excesivos impuestos al este en términos económicos es harto complicado debido a que su reinado se vio también sacudido por el estallido de la peste, que afectó a todo el Mediterráneo en la década de 540. En 541 se desplazó por el mar Rojo a través de Egipto y Alejandría, que era un puerto tan bullicioso que desde allí se extendió por

el resto del imperio y más allá: en la primavera de 542 llegó a Constantinopla, y a finales de aquel mismo año a ciudades de Siria, Palestina y África. En 543 había alcanzado Armenia, Italia y la Galia antes de llegar a las islas británicas. La peste de Justiniano, así es como se la conoce, ocupa un lugar junto con la muerte negra y un estallido equivalente a finales del siglo XIX como una de las tres grandes pandemias hasta ahora conocidas que han afectado a la historia humana. No obstante, la polémica rodea todos sus aspectos, sobre todo su causa. A finales de la década de 530 se produjo una extrema inestabilidad climática por toda la masa terrestre euroasiática, cuando densas partículas en la atmósfera formaron en 536-537 un extenso velo que bloqueó parcialmente los rayos del sol y las temperaturas se desplomaron en todo el mundo (documentado por muestras de núcleo de hielo). Posiblemente este velo fue causado por una gran explosión volcánica en el este asiático (aunque no es seguro), y el consiguiente cambio climático provocó quizás que los roedores del centro de África portadores de la peste se extendiesen más de lo habitual en la zona del mar Rojo, y con ello se iniciase rápidamente la epidemia. Sin embargo, no es seguro que la peste fuera bubónica (con sus mutaciones relacionadas), puesto que los informes contemporáneos indican que el estallido no se comportó como lo haría la peste bubónica. Por ejemplo, se extendió mucho más rápidamente que la bien documentada pandemia de finales del siglo XIX, a pesar de que los contactos y comunicaciones eran más lentos.

Existe también gran controversia acerca de sus efectos. Relatos contemporáneos demuestran que mató a multitud de personas, al parecer tanto en el ámbito urbano como en el rural. No obstante, todavía hay polémica sobre si la devastación tuvo el mismo alcance que la muerte negra en el siglo XIV, cuando sucumbió más de una tercera parte de la población en las zonas afectadas de la Europa occidental. Aquellos que tienden a considerar a la peste como una gran crisis han tratado de fechar algunas evidencias arqueológicas claras del declive económico en las tierras del imperio oriental en torno a 550 d. C. No obstante, como concluye el estudio más reciente y exhaustivo de esta evidencia, la argumentación es, en términos generales, extremadamente insatisfactoria. De hecho, tanto las ciudades como el campo del imperio oriental muestran signos de prosperidad continuada a finales del siglo VI, y no hay testimonio alguno de ninguna recesión económica importante. Como veremos más adelante en este capítulo, hay una explicación perfectamente válida, y más bien diferente, del evidente declive que siguió al año 600. A pesar de que la peste sin duda fue terrible, y mató a mucha gente, no hay indicios de que condujese a ninguna deslocalización económica generalizada o estructuralmente seria. [28] No obstante, espero que esté claro, no dudo de que las guerras de Justiniano fueron una espantosa secuencia de sucesos para una gran parte de la población mediterránea. Evidentemente generaron un incremento de los impuestos a la población oriental, tanto a los terratenientes (por quienes en general siento mucha menos simpatía) como a los campesinos. Muchos soldados romanos orientales, vándalosalanos y godos sufrieron muertes dolorosas y brutales. Y gracias a una mezcla de daños colaterales y posterior inestabilidad, las decenas de miles, o quizás más, de espectadores inocentes de las poblaciones provinciales de

África del Norte e Italia perdieron sus bienes, su medio de subsistencia a largo plazo y sencillamente sus vidas. Todo para satisfacer las exigencias de un autócrata tirano, que inició su política en un desesperado intento por recuperar el capital político perdido y después se intoxicó con el sabor de la victoria aparentemente fácil. Para muchos distritos territoriales, las guerras de Justiniano fueron un desastre injustificable y esta sea quizás la conclusión en la que hay que insistir más que en cualquier otra. A menudo la historia es culpable de favorecer el punto de vista de los gobernantes autocráticos al describir sus gloriosas victorias, cuando hay tantas otras cosas que decir.

Por último, qué se puede decir sobre las guerras de Justiniano cuando se examinan desde aquel punto de vista final y más tradicional: el centro imperial. Desde esta particular perspectiva, a pesar de las pérdidas de todos, ;valió la pena librar todas aquellas guerras? Para el propio Justiniano, el autoproclamado conquistador de tantas naciones, no hay la menor duda de que así fue. La victoria en África del Norte le había proporcionado la carta clave de «quedas libre de la cárcel» y le facilitó todo el capital político que necesitaba para restaurar la respetabilidad de su régimen y el centro ceremonial de Constantinopla a finales de la década de 530 y después. Sobrevivió a todo para morir en la a la avanzada edad de ochenta y tres él una (aproximadamente), dejando tras serie monumentos que todavía siguen asombrando (Hagia Sofía es verdaderamente admirable), y con cada una de sus guerras aportó, desde su punto de vista, resultados harto beneficiosos. En 565, África llevaba casi dos décadas razonablemente

silenciosa, gran parte de Italia más de una década y Sicilia casi tres. Para el aventurero ilirio, dispuesto a embarcarse y huir de aquel espantoso fin de semana de enero de 532, la política de conquista había sido un éxito extraordinario. Sin embargo, este es el punto de vista del tirano, pero ¿qué puede decirse de la entidad que gobernó, del imperio oriental en su totalidad?

En mi opinión, hay dos formas de abordar el tema. Una consiste en examinar las provincias conquistadas. Desde la perspectiva central constantinopolitana, la cuestión clave es si aportaron bastantes ingresos durante el tiempo suficiente para cubrir los costes de su conquista inicial y posterior defensa. Echando un vistazo rápido, y una vez más hemos de adoptar un enfoque cualitativo no cuantitativo, la respuesta sería mixta. No cabe duda de que Sicilia sí mereció la pena. A diferencia de su papel en la moderna política italiana, en los mundos antiguo y medieval, Sicilia era un valioso premio: Enrique III de Inglaterra casi entró en bancarrota en el siglo XIII intentando meter allí sus garras. En cambio, Justiniano se apoderó de Sicilia sin apenas coste alguno, y el imperio oriental la conservó sin problemas hasta la década de 650, cuando empezaron los primeros ataques árabes, y después con gran desembolso hasta el siglo IX. En esta fecha la isla debía de ser más que rentable. Es probable que sucediera lo mismo con África del Norte. Allí los costes fueron más elevados y finalmente se pudo controlar para los recaudadores imperiales de Oriente una zona más pequeña que la que habían dominado sus predecesores occidentales. Cayó también mucho antes en manos de los árabes, y con la pérdida de Cartago en la década de 690 marcó el fin del dominio romano oriental. Sin embargo, por aquel entonces gran parte del territorio norteafricano conquistado había estado en manos de los romanos orientales durante 150 años, tiempo suficiente para recuperar los costes de la conquista. Efectivamente, a finales del siglo VI y comienzos del VII el eje Sicilia-África del Norte era lo bastante rico como para proporcionar la base de poder que permitió al equipo de Heraclio, padre e hijo (de quien hablaremos más dentro de poco), apoderarse de todo el imperio.

La más complicada es Italia. Sorprendentemente, extensas zonas de Italia siguieron formando parte del imperio romano oriental durante mucho tiempo, y, como hemos visto, aquellas que mostraban más indicios arqueológicos de prosperidad económica que las que no. Un importante enclave en torno a Ravena, junto con Roma y gran parte de la Italia sur y central, estuvo gobernado directamente desde Constantinopla hasta el siglo VIII. En aquel momento se perdió Ravena, y Roma escapó del control directo, en una historia que examinaremos en el capítulo 7. La parte sur de la península permanecería sólidamente en la esfera romanooriental durante otros doscientos años, y las comunidades aisladas durante mucho más tiempo todavía. La captura de Nápoles por parte de Belisario inauguró pues la mejor parte de medio milenio de gobierno romano oriental en el sur de Italia, hecho que hace difícil concluir que en el siglo x los costes de la conquista no se hubieran recuperado ya desde hacía tiempo.[29] Sin embargo, mucho más llamativa que estos interminables ejemplos de gobierno romano oriental continuado es la rápida pérdida de gran parte del norte de Italia y de dos ducados del centro (ubicados en Benevento y Spoleto) inmediatamente después de la muerte de Justiniano. En 568, los lombardos abandonaron las tierras que habían ocupado en la región del Danubio medio durante unas tres generaciones, y penetraron en el norte de Italia, donde Narsés acababa de extinguir, como hemos visto, los últimos destellos de independencia goda, y había arruinado el retiro del anciano general. Esta repentina y devastadora pérdida sin duda echó a perder el análisis de costes y beneficios que se calculaba en Constantinopla sobre el valor de las conquistas italianas de Justiniano. Para los historiadores, se ha convertido también en el punto de partida de un argumento más general, que, a pesar de los éxitos a corto plazo, las conquistas de Justiniano generaron una especie de exagerada dilatación imperial. Porque no solo no podía mantenerse toda Italia, sino que cuarenta años después de la muerte de Justiniano empezaron a producirse una serie de importantes pérdidas de tributación en los territorios centrales de Oriente Medio y Próximo que cambiaron la naturaleza del estado romano oriental para siempre. ¡Hasta qué punto estas pérdidas representan las consecuencias a largo plazo de la extralimitación imperial de Justiniano?

DE ELEFANTES Y DIVANES

En 583, varias embajadas iban y venían de Constantinopla al gran kan de la confederación ávara. En aquellos momentos, los romanos y los ávaros estaban en paz, y, en el curso de estos contactos, el gran kan realizó una serie de peticiones de regalos diplomáticos al emperador: un elefante, un diván de

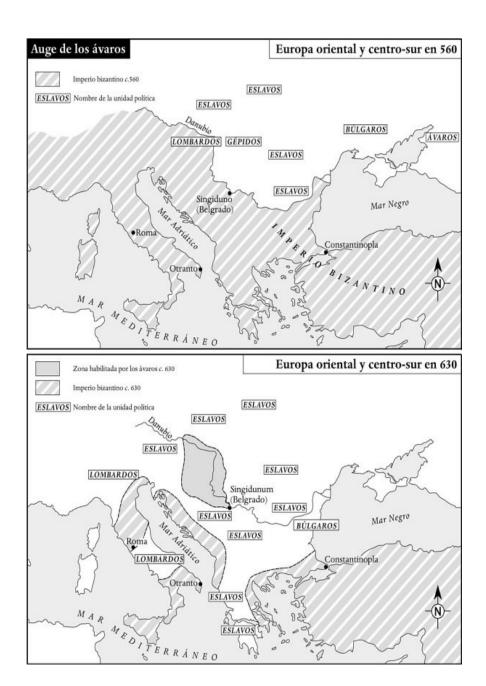
oro y finalmente una considerable suma de dinero. El historiador oriental Teofilacto romano Simocatta (curiosamente su apellido significa «gato de un solo ojo») informa de estos intercambios sin comentario alguno. Los ávaros eran nómadas de la estepa que acababan de llegar a Eurasia occidental desde las zonas limítrofes de China, que nunca habían visto un elefante y probablemente ni siquiera habían oído hablar de estos animales. Lo que en realidad estaba sucediendo con el elefante y el diván es que el gran kan ávaro y sus consejeros estaban intentando, en primer lugar, encontrar algo que las autoridades constantinopolitanas no les pudieran proporcionar para demostrar geográficamente los límites del poder del emperador. Cuando los romanos entregaron el elefante, los ávaros optaron por un diván de oro como el regalo diplomático más imposible que se les ocurrió. Cuando también este presente fue enviado, se convirtió en la excusa para mostrar desdén y el prólogo de una inviable demanda de dinero que sabían que conduciría a la guerra. Todo este embrollo de pedir regalos exquisitos y después rechazarlos era un baile diplomático destinado a exhibir la superioridad de los ávaros y después generar un rompimiento de la paz.[30] Dejando de lado los elementos más surrealistas, la historia nos conduce también al meollo de por qué al imperio oriental le resultó imposible conservar más territorio de la península italiana en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Justiniano.

Los ávaros no empezaron a figurar en los cálculos imperiales hasta la última década del reinado de Justiniano, época en que se estaban apagando los últimos rescoldos de resistencia goda, y las campañas de Juan Troglita habían

apaciguado la situación en África del Norte. Su primera embajada llegó a Constantinopla en 558 y, como relata el historiador Menandro Protector, se comportó con la fanfarronería que caracterizaba a las potencias nómadas de mediados del primer milenio:

Un tal Kandik ... fue elegido para ser el primer enviado de los ávaros, y cuando llegó al palacio le anunció al emperador la llegada de la mayor y más poderosa de las tribus. Los ávaros eran invencibles y podían aplastar y destruir fácilmente a todos los que se interpusieran en su camino. El emperador debería aliarse con ellos y gozar de su eficiente protección. Pero ellos solo estarían bien dispuestos hacia el estado romano a cambio de valiosísimos regalos, pagos anuales y tierras fértiles para vivir.

Es también típico de los nómadas del primer milenio que la realidad fuera más prosaica. Lo cierto es que eran refugiados tratando de apartarse del camino de los turcos occidentales, que eran la potencia verdaderamente dominante de la estepa a mediados del siglo VI, y cuya estrella iba en ascenso cuando los ávaros, ahora en las zonas limítrofes del mar Negro, enviaron a Kandik con su tarjeta de visita a Constantinopla. Apartarse del camino de los turcos occidentales era, en realidad, una muy buena idea. La suya fue la primera superpotencia nómada conocida de la historia. Atila había sido bastante terrible, pero, aunque a menudo se le compara con los grandes conquistadores mongoles como Gengis y Kublai Kan, la suya fue en realidad una empresa chapucera limitada a la Europa central y suroriental. El poder del famoso Hsiung-Un, que incordió tanto a los emperadores Qin que acabaron construyendo la Gran Muralla, estaba también confinado a la periferia del norte de China. Sin embargo, los turcos occidentales establecieron su poder a una escala similar a los mongoles, y se extendieron por Eurasia procedentes de China hacia los accesos orientales a Europa.[31]



Algo más bien monumental se estaba gestando en el mundo de la estepa, pero no está claro qué era exactamente, puesto que los nómadas no escribían demasiado, y ni las

fuentes occidentales ni las chinas tienen el alcance necesario para permitirnos explorar los procesos internos de la estepa en detalle. Algunos estudiosos han esgrimido la carta medioambiental y, sin duda, el acontecimiento del velo que debió de influir de alguna manera en la peste también debió de reducir la cantidad de forraje disponible en la estepa a finales de la década de 530. Esto posiblemente incrementó en cierto modo la competencia entre las tribus nómadas, y si el efecto fue lo suficiente amplio, las consecuencias debieron ser predecibles para los vecinos más sedentarios.

Sin embargo, esta no es la única posibilidad. Los nómadas dependen de sus vecinos agrícolas sedentarios para ingentes cantidades de alimentos esenciales y otros artículos, que o bien se comercian o se sustraen, y el grado de influencia que se puede ejercer sobre las estructuras políticas de estos vecinos es a menudo la base de la capacidad de cualquier grupo nómada para construir un imperio. Por consiguiente, es posible que la construcción imperial sin precedentes de los turcos occidentales tuviera sus raíces tanto en cambios acontecidos en el mundo en torno a la estepa como a cambios en la propia estepa (aunque es posible que fuera una combinación de ambos factores, pero no es demasiado probable). Por supuesto también aquí debió de llegar la peste, pero, en ausencia de suficientes indicios, es sumamente no descartar el abanico de posibilidades importante demasiado deprisa.[32] Afortunadamente, nuestro interés aquí no reside en el auge del kaganato turco occidental, sino en sus principales consecuencias, la aparición de los ávaros en Occidente, y aquí la documentación es mucho más directa.

A pesar de ser refugiados, los ávaros tenían suficiente

poder militar como para cortar como un cuchillo caliente la mantequilla estratégica de la Europa central y suroriental de mediados del siglo VI. Antes de 558, la situación era bastante sencilla. La región del Danubio medio al oeste de los Cárpatos (aproximadamente la moderna Hungría y la Rumanía occidental) estaba dividida en dos reinos de habla germánica: el de los lombardos, en el oeste, y el de los gépidos, más al este. Asimismo, las tierras al norte del mar Negro estaban divididas en dos grupos nómadas búlgaros de habla turca: los utrigures y los cutrigures. En medio, las tierras altas de Transilvania y algunas tierras al norte de la curva del Danubio albergaban a una serie de entidades eslavas, en esta fase, de muy pequeña escala: tribus más que reinos (Figura 10). Los últimos habían entrado en contacto documental con la defendida frontera del Danubio del estado romano desde aproximadamente la década de 520, y desde entonces sus ataques a territorio romano se convirtieron en un problema acuciante

Si, como Justiniano, uno estuviera jugando la gran partida desde el palacio de Constantinopla, la estrategia general estaría clara. Enfrentar a los lombardos contra los gépidos en un extremo de la frontera septentrional, y a los utigures contra los cutrigures en el otro, mientras trataba de minimizar los daños de los ataques que los eslavos pudieran llevar a cabo en el centro. Y esto, a grandes rasgos, es lo que Justiniano intentó hacer durante la mayor parte de su reinado. No obstante, ninguna política es perfecta, y la retirada de unidades del ejército de los Balcanes para combatir en Italia supuso, efectivamente, pérdidas adicionales en los Balcanes. Importantes ataques de los cutrigures

afectaron a las provincias romanas en 539 y en 559, esclavizando a muchos miles de prisioneros, mientras que las incursiones eslavas incrementaron su intensidad a finales de la década de 540.[33]

En este contexto, los ávaros se presentaban como un ingrediente útil a aquella mezcla, y la reacción final de Justiniano a aquel primer contacto fue, según Menandro, la siguiente:

Envió a un embajador, Valentino, del cuerpo de guardia imperial, y este instó a la tribu para que sellara una alianza con los romanos y se alzara en armas contra sus enemigos. Este ... fue un movimiento muy inteligente, puesto que tanto si los ávaros resultaban vencedores como si eran derrotados, ambas eventualidades jugarían a favor de los romanos.[34]

Al principio, fue todo armonía y amabilidad. En 562, el poder ávaro se extendía por el litoral septentrional del mar Negro, tras una serie de campañas no documentadas que acabaron tanto con los utigures como con los cutrigures. No cabe duda de que todo esto se desarrolló de acuerdo con los planes imperiales después de la segunda invasión a gran escala de los Balcanes romanos por parte de los cutrigures en 559. No había razón, pues, para no otorgar a los ávaros el estatus de aliado favorito y concederles ingentes cantidades anuales de ayuda extranjera (o «subsidios», dependiendo del punto de vista), de la que disfrutaron hasta la muerte de Justiniano en noviembre de 565.

En aquel momento, el cambio de régimen conllevó un cambio decisivo en la política. Ya hemos visto que Justino II trató de ganar rédito político invirtiendo las políticas tributarias de su tío, y como parte integrante de la misma

política dejó también de entregar aquellas sumas en calidad de ayuda extranjera. Así pues, cuando llegó a Constantinopla la siguiente embajada ávara para recoger sus presentes anuales, se encontraron con una desagradable sorpresa. El nuevo emperador les dijo:

Nunca más os enriqueceréis a expensas de este imperio, y seguid vuestro camino sin hacernos ningún servicio: porque de mí no recibiréis nada.

Según Menandro, estas palabras dejaron a los embajadores estupefactos y con serias dudas de si habían de regresar a casa con las manos vacías, pero finalmente así lo hicieron.[35]

La reacción de los embajadores no era simple mezquindad. La supresión de la ayuda extranjera por parte del Oriente romano amenazaba toda la estabilidad de la confederación ávara. Como los hunos antes que ellos, los ávaros carecían de la capacidad, o probablemente no deseaban gobernar directamente a los elementos subyugados de confederación, sino que operaban a través de príncipes subordinados. Esto facilitaba la incorporación de nuevos la confederación, y esta podía elementos a rápidamente. Para que un nuevo grupo súbdito se sumase a la alineación, todo cuanto se requería era, en esencia, una rápida campaña militar y una sumisión formal. No obstante, la construcción política resultante era, por esta misma razón, frágil, puesto que las viejas pautas de lealtad entre pueblos súbditos no estaban rotas y podían fácilmente reafirmarse en petición de independencia. A pesar de la fanfarrona retórica de los nómadas documentada en las fuentes del primer milenio, todo cuanto mantenía unidas a las confederaciones era el prestigio del líder dominante y sus inmediatos partidarios, que a menudo no eran tan numerosos comparados con todos los grupos súbditos. Y el prestigio no era más que una mezcla de dominio militar ejercido o percibido combinada con prestigiosos regalos reciclados. Ambos eran productos de triunfos guerreros y contribuían a mantener la percepción de que aceptar el dominio ávaro era una opción mucho mejor que intentar resistirse. En 582, estaban asediando la importante fortaleza de Sirmium en el Danubio cuando se dieron cuenta de que no iban a ganar. El comandante romano recibió entonces un comunicado extraordinario de su adversario informando de que los ávaros estaban dispuestos a retirarse, pero solo si los romanos les entregaban un fabuloso regalo con el que el khagan pudiera ocultar su derrota. Cualquier importante pérdida de prestigio podía poner en entredicho la autoridad ávara, con un coste considerable de tiempo, esfuerzo y vidas, aunque no acabara siendo derrocada. [36]

El deliberado desaire del emperador en 566 fue tan evidente, que no dejó al khagan más elección que la de hacer algo para sustituir los ingresos perdidos y reparar el déficit de prestigio. En una iniciativa política harto imaginativa y típicamente medieval, el khagan y sus consejeros decidieron que lo mejor que podían hacer era iniciar una guerra contra alguien. Su elección recayó en los francos, y aquel mismo año infligieron una importante derrota al más oriental de los reyes francos, Sigiberto, quien, después, «envió inmediatamente a los ávaros harina de trigo, verduras, ovejas y ganado».[37] Es justo este creciente interés en avanzar hacia Occidente lo que finalmente nos lleva de vuelta a Italia.

Mientras Justino estaba ocupado rechazando a los ávaros, estalló la última de una serie de disputas entre los gépidos y los lombardos. En 566, los gépidos se habían asegurado cierta ayuda militar imperial, pero después no mantuvieron su parte del acuerdo y se negaron a devolver la ciudad de Sirmium al control imperial. Por lo tanto, los romanos no estuvieron dispuestos a intervenir de nuevo en 567, cuando los lombardos obtuvieron ayuda de los ávaros, a un alto precio, y aplastaron la independencia de los gépidos para siempre. Este es el momento en que supuestamente el rey lombardo, Alboin, convirtió el cráneo de su enemigo derrotado, Cunimundo, en una copa, pero después cometió el error de casarse con la hija de este, Rosamunda.

A comienzos del año siguiente, el 2 de abril de 568, tan pronto como la hierba hubo crecido de nuevo, los lombardos abandonaron el Danubio medio en un inmenso cuerpo coordinado, semejante a la procesión que noventa años antes Teodorico había conducido por los mismos desfiladeros. Compuesta por decenas de miles, como mínimo, una mescolanza de lombardos y otros muchos pueblos, entre ellos nobles, hombres libres y esclavos, esta procesión humana puso en entredicho la seguridad de la recién conquistada Italia romana oriental. En cuestión de poco tiempo, los duces lombardos (puede traducirse por «duques», pero transmite un cierto aroma anacrónico) se habían apoderado de la mayoría de ciudades de la llanura del norte de Italia, a excepción de un enclave en torno a Ravena, y establecieron dos ducados independientes en las tierras altas del centro y sur de Italia: Benevento y Spoleto.

Una fuente escrita más de doscientos años después informa

de que el mismo Narsés que había acabado con los godos «invitó» a los lombardos a trasladarse a Italia a causa de una disputa surgida entre él y la esposa de Justino, Sofía. Teniendo en cuenta su carrera, y sobre todo que se retiró para vivir tranquilamente en la ciudad de Roma, firmemente en manos del Oriente romano, esto resulta completamente inverosímil, y nadie se lo cree. No es más que un aspecto de la posterior reivindicación lombarda, muy pertinente en el siglo VIII, como veremos en el siguiente capítulo, de que tenían legítimo derecho a establecer un reino en Italia. Presumiblemente, la agresiva ambición desempeñó su papel, puesto que los factores de «tira» y «afloja» a menudo influyen en las decisiones migratorias. No obstante, no tengo duda de que la motivación del liderazgo lombardo no fue puramente la percepción de la debilidad del Oriente romano. Después de todo, los contingentes lombardos habían estado involucrados en la guerra goda y habían sido testigos presenciales de la destrucción romano-oriental de los godos y de la inmensa fuerza de los francos que había acudido, demasiado tarde, en su rescate. Por consiguiente, no podían pensar que conquistar una parte del territorio romano oriental iba a ser pan comido, y parece evidente que al realizar aquel movimiento peligroso y perturbador, como el que tuvieron que afrontar varios grupos germánicos de finales del siglo IV y comienzos del V con el auge de los hunos, el liderazgo lombardo decidió, y convenció de ello a gran parte de sus seguidores, que una retirada organizada era la mejor manera de negociar con un enemigo desenfrenado. La derrota de Sigiberto en 566 seguida de la destrucción de los gépidos en 567 había puesto de manifiesto que la estrella de los ávaros estaba ascendiendo rápidamente y que viajaba en dirección oeste. Hay una conexión causal directa entre el auge del poder ávaro en la Europa central y la llegada de los lombardos a la recién conquistada provincia de Italia de Justiniano.[38]

La cuestión de si la conquista de Italia por parte de Justiniano era demasiado ambiciosa y destinada a producir una excesiva expansión imperial reduce las respuestas a dos preguntas un poco más complicadas. ¿Podría haberse consolidado en Italia el gobierno romano oriental, como ocurrió en África del Norte, sin la invasión de los lombardos? Y si es así, ; fue Justiniano fundamentalmente responsable del auge del poder ávaro y del desplazamiento de su centro de atención hacia el oeste que provocaron la invasión lombarda? La respuesta a la primera pregunta sin duda es que «sí». La consolidación del gobierno constantinopolitano en Italia ciertamente generó quejas acerca de los recaudadores de impuestos imperiales; Justiniano había conquistado Italia en beneficio propio, de nadie más. Al mismo tiempo, el régimen tributario era a grandes rasgos el que funcionaba en el propio Oriente, y en África del Norte, y no hay razón evidente por la que, careciendo de cualquier otra alternativa, la población de Italia, en mayor o menor medida, no acabase acomodándose a las normas del gobierno romano oriental, como de hecho hicieron muchos territorios del centro y del sur de Italia. Por otro lado, aparte de la repentina afluencia lombarda, no había ningún otro enemigo a la vista con el poder suficiente para derrocar al gobierno constantinopolitano. Por lo menos, los ejércitos de Narsés habían sido un digno adversario para las diversas fuerzas francas, el único competidor serio, que había entrado en Italia en la década de 550 para disputarse el cadáver del reino de Teodorico.

Además, la única manera de responder «sí» a la segunda respuesta es creyendo que los subsidios que entregó Justiniano en 558 desempeñaron un papel fundamental y dotaron a los ávaros del poder para llevar a cabo sus conquistas iniciales de los cutrigures y los utigures. Por el contrario, las restantes etapas de la expansión ávara se realizaron sin subsidios del Oriente romano, y todos los posteriores incrementos de su poder, junto con el traslado hacia el oeste, fueron más culpa de Justino II, por quitarles los pagos de estabilidad, que de su tío por entregárselos. La construcción del poder ávaro seguía muy de cerca la pauta de los hunos, estableciendo un círculo virtuoso o vicioso (según el punto de vista), por el que las conquistas añadían más pueblos súbditos que incrementaban la capacidad militar, pero también más tensiones políticas en el seno de la confederación: ambos elementos tenían una tendencia inherente a generar todavía más ataques de expansión militar. Es posible argumentar que Justiniano debería haber sabido que los ávaros eran demasiado peligrosos para utilizar sus tradicionales artimañas de divide y vencerás, y nunca debería haberles dado el subsidio original en 558, pero esto implica demasiadas conjeturas y no está claro que la financiación romana fuera esencial para la conquista ávara de los búlgaros. En otras palabras, parece mucho más probable que el ascenso del poder ávaro a aquellas alturas intimidatorias fuera impredecible en 558, y que la contribución de Justiniano al proceso fuera insignificante. Y, sin el imperio ávaro, no hay razón obvia por la que Constantinopla no hubiera podido conservar gran parte de la península italiana más o menos indefinidamente.

En resumen, parece un poco rebuscado culpar a Justiniano de los ávaros, cosa que a su vez hace que el hecho de presentar al emperador como estratégicamente imprudente sea mucho menos convincente. Además, los ávaros fueron responsables de importantes pérdidas en los Balcanes después de Justiniano. Estos trataban de asegurarse zonas del noroeste para sus propios propósitos, pero también facilitaron una intrusión eslava general en la región. En primer lugar, los grupos eslavos querían apartarse del camino del agresivo dominio ávaro, que era ejercido con igual brutalidad sobre todos los eslavos que el khagan podía alcanzar, lo mismo que con los gépidos y los búlgaros. El auge del imperio ávaro proporcionó, pues, un estímulo negativo para las intrusiones eslavas en territorio romano. Al mismo tiempo, otra vez a semejanza de los hunos, los ávaros montaban periódicas e importantes campañas a través de los Balcanes romanos como parte de su renuncia a pedir dinero con amenazas a Constantinopla. Especialmente en las décadas de 580 y 610, aquellas incursiones tuvieron el efecto de abrir enormes boquetes en las organizaciones defensivas de los Balcanes que las campañas constructivas de Justiniano habían tratado de completar. A su vez, aquello significaba que los grupos eslavos más pequeños, que de lo contrario los romanos habrían podido manejar con suficiente eficacia, podían penetrar en suelo romano y forjarse nuevos territorios para ellos mismos.

Aquel fue un momento decisivo. La eslavización de extensos territorios en los Balcanes, y la pérdida definitiva del control constantinopolitano de la región, se remonta en

efecto a las décadas anterior y posterior del año 600, cuando los ávaros hicieron posible este fenómeno. Por lo tanto, si lo pensamos mejor, culpar a Justiniano no es un buen argumento, puesto que los ávaros estaban en el meollo de la cuestión. Efectivamente, cuando uno se detiene y observa cómo se interconectaron los acontecimientos en aquellos años, el argumento contra Justiniano se debilita todavía más. A pesar de que las agresivas campañas ávaras en los Balcanes romanos de la década de 580 provocaron las primeras oleadas de importantes asentamientos eslavos, la situación quedó de nuevo bajo control mediante un contraataque romano en la década de 590.[39] En realidad, las acciones verdaderamente críticas fueron las posteriores campañas ávaras de la década de 610, que generaron una eslavización incontrolada que nunca se pudo invertir mediante contraataques. El motivo de que no hubiera más contraataques romanos después de la década de 590 tiene sus raíces en un segundo cambio estratégico de colosal trascendencia histórica.

Las siete ciudades de Asia

En los capítulos 2 y 3 del Libro del Apocalipsis, el Señor de los ejércitos dicta cartas a las comunidades cristianas de cada una de las siete ciudades de la provincia romana de Asia en lo que hoy es Turquía occidental. En tamaño abarcan desde enormes metrópolis como Éfeso y Sardes hasta la pequeña Tiatira. La pauta habitual es dar el nombre de la iglesia y el de su principal pecado (en cinco de las siete). A continuación

sigue una advertencia o amenaza y una promesa de las ventajas de una adecuada conducta fiel. Cada una incluye el famoso e incluso amenazador estribillo: «El que tenga oídos que oiga lo que el espíritu dice a las iglesias». Cuando san Juan el Divino identificó los grandes pecados, tenía en mente las comunidades cristianas de su tiempo, pero si alguna vez necesitaron aquellas ciudades advertencias amenazadoras fue después de la muerte de Justiniano.

La mayoría conservó importantes comunidades cristianas hasta los forzados intercambios de población que siguieron al Tratado de Lausana en 1923, pero unos ochenta años después de la muerte de Justiniano un apocalipsis cayó sobre las ciudades cristianas del Asia romana y sobre sus vecinas del sur y del este: el corazón del Imperio Romano de Oriente. Siria, Palestina y Egipto quedaron primero bajo el control de la Persia sasánida y poco después fueron engullidas por las fuerzas del islam que el profeta Mahoma había diseñado en el corazón del desierto arábigo. Las antiguas ciudades cristianas de las regiones conquistadas sobrevivieron como grandes conurbaciones, pero la conquista y conversión musulmanas condenaron a sus poblaciones cristianas a un declive a largo plazo y al estatus de minoría, en mundos que antaño habían sido el palpitante corazón del antiguo cristianismo. Otro tipo de apocalipsis cayó sobre las ciudades de Asia Menor mencionadas Apocalipsis. Libro del en el permanecieron en manos de las autoridades cristianas constantinopolitanas, pero la investigación arqueológica del siglo xx ha revelado la profunda destrucción que tuvieron que soportar.

Sardes, en particular, pasó de ser una gran ciudad a

convertirse en un baluarte militar fortificado y quizás un centro de gobierno, y todo ocurrió repentinamente. Hasta muy a finales del siglo VI, la ciudad continuó prosperando y conservando sus grandes monumentos con entusiasmo. Parece también que su vida comercial siguió tan atareada como siempre, pues los excavadores han descubierto una columnata de tiendas fuera de los baños principales, cosa que indica signos de vitalidad. Las casas más ricas muestran, quizás, una cierta decadencia en cuanto a calidad, pero eso es todo. Después se desató un infierno con el saqueo persa de 610. Al parecer murieron pocas personas, pero los refugiados no tuvieron tiempo de llevarse sus mercancías de las tiendas, y la ciudad nunca se recuperó. En el antiguo yacimiento principal de la llanura, todo cuanto han encontrado los arqueólogos relativo al siglo VII son unos pocos restos de pequeñas aglomeraciones de casas pobres, y el centro neurálgico de actividades se trasladó a la cima de la cercana colina fortificada. En realidad no era más que una fortaleza, construida casi en su totalidad con bloques reutilizados de la vieja ciudad, no un centro de población. Como ciudad propiamente dicha, Sardes dejó de existir: la vida continuó allí, pero solo en forma de una guarnición y un par de aldeas. La situación no fue tan mala en la cercana Éfeso. Aunque también aquí se interrumpió la continuidad en el viejo enclave. La población se trasladó a dos nuevos recintos amurallados: uno, una pequeña zona de un kilómetro cuadrado dentro del viejo emplazamiento; el otro delimitando una zona más pequeña en torno a lo que había sido la iglesia externa de San Juan. La población del interior de estos dos grupos de murallas era claramente más numerosa y diversa que la que sobrevivió en Sardes, y su vida económica siguió siendo más variada. Sabemos, por ejemplo, que allí se celebró una gran feria, acontecimiento que al parecer ocurría con regularidad. A pesar de ello, esta Éfeso posterior al año 600 no era más que una sombra de su anterior existencia en cuanto a tamaño, riqueza y grandeza y el cuadro arqueológico del resto de las ciudades romanas tardías del Asia Menor occidental es muy similar. [40]

Las antaño grandes ciudades quedaron reducidas a pequeños puestos con guarnición o a pequeñas ciudades agrícolas con mercado, y ni siquiera Constantinopla pudo escapar. Esta experimentó un drástico declive de población en el siglo VII, quizás hasta un noventa por ciento, y aquí es cuando todas sus grandiosas edificaciones empezaron a desmoronarse. Aun así, siguió siendo una gran ciudad en términos medievales, pero su apariencia en los siglos VII y VIII no era más que una sombra de su propia existencia romana tardía. Esto reflejaba perfectamente el estado del imperio en general. En 640, es decir, setenta y cinco años después de la muerte de Justiniano, Egipto y Oriente Medio habían caído bajo el dominio árabe y Asia Menor occidental se había convertido en un campo de batalla. Se puede jugar acerca de los efectos de estas pérdidas en la base tributaria del imperio, utilizando cifras del imperio otomano del siglo XVI, que tenía casi la misma forma que el imperio de Justiniano. Dichas cifras indican que la conquista musulmana de Egipto y de Oriente Medio, combinada con el colapso económico del Asia Menor occidental, supuso para los emperadores de Constantinopla una pérdida de ingresos anuales procedentes de los impuestos de entre dos tercios y tres cuartos.[41] El microapocalipsis experimentado por los ciudadanos de Éfeso y Sardes tuvo su equivalente en el macronivel de la corte imperial. Esta asombrosa emasculación imperial tenía sus raíces en un desplome del frente oriental de Constantinopla, y en las relaciones con su eterno enemigo y socio ocasional, el imperio persa.

El frente persa era un inmenso escenario de confrontación que implicaba tres zonas de conflicto independientes (Figura 6). En el norte, los dos imperios se enfrentaban en la región montañosa de Caucasia, donde el combate solía adoptar la forma de ganar y perder el control de los diversos pequeños principados de los valles de Armenia, Iberia y, en el siglo VI, Lazica, en los que la geografía dividía de forma natural a la población humana de la región. Asimismo, en el sur las guerras solían librarse a través de sustitutos, los árabes, pues a los ejércitos romanos y persas convencionales les resultaba difícil operar en el inmenso y arenoso punto débil que separaba sus dominios. Por consiguiente, el centro geográfico tendía también a ser el principal escenario de guerra: Mesopotamia. Aquí ambos bandos habían construido fortalezas de inmenso poder desde el siglo III, dotadas de importantes guarniciones, y donde acantonaban a grandes ejércitos de campo para proporcionar apoyo. En esta zona, el conflicto (excepto en las circunstancias altamente insólitas de 540) estaba atascado desde hacía tiempo en prolongados asedios de puntos fuertes estratégicamente ubicados: dependiendo de si uno de los imperios estaba en posición de atacar, o si decidía dispersar a las fuerzas sitiadoras cuando estaba a la defensiva.

El legado inmediato de Justiniano a sus sucesores

imperiales fue la paz en los tres sectores. Había habido combates episódicos en todos ellos entre 527 y 532, y de nuevo a partir de 540, pero la violencia en Mesopotamia alcanzó rápidamente un punto muerto, que dio lugar a un armisticio en la zona ya en 545. En los otros lugares parecía que había más que ganar y perder, por consiguiente el combate prosiguió hasta 552, cuando un armisticio de cinco años acabó con las hostilidades en el norte. A esto le siguió una tregua en 557 y en 562 un acuerdo formal de paz que se aplicó en todas partes. A la muerte de Justiniano, Mesopotamia llevaba veinte años apaciguada, y el Cáucaso una década y media. [42]

Dos factores aceleraron un círculo de vicioso desestabilización: uno era la eterna característica de las relaciones entre romanos y persas, el otro era totalmente nuevo. El viejo favorito era la sucesión, la llegada al trono de un nuevo emperador con la habitual necesidad de dejar su huella. Justino II se enfrentó al insólito y envenenado legado de su tío Justiniano, el «conquistador de naciones». En un esfuerzo por demostrar al equilibrio de poderes de la corte que él era un gobernante al que había que tener en cuenta, el nuevo emperador no solo fue muy descortés, como ya hemos visto, con los embajadores ávaros, sino que, como antes había hecho el joven Justiniano, se metió en conquistas occidentales con el propósito de establecer sus credenciales de gobierno a expensas de Persia. Los persas eran el enemigo por excelencia desde la perspectiva constantinopolitana, y al elegirlos como blanco de sus primeras ambiciones tenía la ventaja adicional de que Justiniano nunca se había apuntado una gran victoria sobre ellos. El discurso de la victoria sería muy fácil de

escribir. «Justiniano, te he superado» era una perspectiva harto seductora.

Por supuesto, el problema era que, a pesar de ser su objetivo principal, los persas no dejaban de ser un hueso duro de roer, como más de un emperador romano había podido comprobar. Sin embargo, lo que propició la audacia de Justino de intentar definir su reinado a expensas de los persas fue un segundo factor totalmente nuevo: el creciente poder de los turcos occidentales. A finales de la década de 560 (otra razón por la que los ávaros estaban tan contentos de trasladarse al oeste a la región del Danubio medio), la hegemonía turca occidental había alcanzado los límites septentrionales del mar de Aral, del mar Caspio y del mar Negro, convirtiéndose en un factor potencial de las relaciones romano-persas, puesto que sus ejércitos podían intervenir fácilmente en ambos imperios mediante un ataque directo a través del Cáucaso. La estrategia de Justino II se centró en la movilización de los turcos occidentales contra los persas, para cuyo fin envió una sucesión de embajadas y regalos desde Constantinopla a través de la estepa, literalmente, hasta mitad de camino a China. Al parecer, el resultado final fue satisfactorio desde el punto de vista de Justino. Los ejércitos del Oriente romano y turco lanzaron una gran campaña conjunta en el año 573. Los romanos asaltarían la fortaleza mesopotámica de Nisibis, que estaba en manos de los persas desde la derrota del emperador Juliano 210 años antes, mientras que los turcos evitarían toda reacción persa lanzando su propio ataque desde el este.

Tan pronto como empezó a crecer la hierba, los ejércitos romanos emprendieron la marcha hacia Nisibis, pero los turcos nunca aparecieron. El resultado fue un desastre. La guarnición persa resistió en medio de una feroz batalla, mientras que los persas concentraron sus fuerzas intactas en un contraataque bien ubicado. Una división atacó en Siria, pero Cosroes I (el mismo Cosroes que Justiniano se había negado a adoptar tantos años atrás) condujo su cuerpo principal contra la fortaleza de Dara: la joya de la corona mesopotámica de Roma. Tras un asedio de seis meses, los persas forzaron las murallas y saquearon la ciudad, esclavizando a la población. El gran plan de Justino II había sido un rotundo fracaso. En lugar de capturar el buque insignia de los persas, había terminado perdiendo el suyo. Desconsolado, el emperador sufrió tal colapso físico y mental que el poder fue delegado a un consejo regente. Se desconoce con claridad la razón por la que los turcos no se presentaron. Algunos piensan que fue un astuto plan mediante el cual enfrentaron a dos enemigos potenciales sin coste alguno por su parte. Es posible que fuera así, pero cuando les llegó una nueva embajada romana en 576, el viejo khagan estaba muerto, y es muy posible que su fallecimiento estuviera detrás de aquella no comparecencia. En cualquier caso, Justino había desestabilizado las relaciones en Oriente solo para generar persa victoria Mesopotamia, gran una en verdaderamente importaba. Sus pocas ganancias en Caucasia no compensaban en absoluto.[43]

La guerra se prolongó durante la siguiente década. Los romanos obtuvieron una espectacular victoria en el frente mesopotámico en 576 al capturar a la esposa del sha, extinguir la llama sagrada que este llevaba en campaña e incluso al ahogar a su sumo sacerdote. Esto fue

suficientemente positivo como para mantener en funciones al consejo regente, y, para ser justos, los romanos conservaron también un férreo control de sus intereses en el Cáucaso. Sin embargo, la continuada y extremadamente costosa guerra en Mesopotamia obró gradualmente en su contra. A finales de la década de 580, el nuevo emperador Mauricio se estaba quedando sin dinero y militarmente se dio de bruces contra la pared. En 588, la guarnición de la importante ciudad fronteriza de Martirópolis que no recibía su paga simplemente entregó la fortaleza a los persas, y gran parte del ejército de campo imperial, acantonado cerca de Edesa, se rebeló al enterarse de que les iban a recortar el veinticinco por ciento de la paga. Ni siquiera se impresionaron cuando su general desfiló delante de ellos con el Mandilion, una imagen de Cristo «no hecha por manos humanas» y una de las reliquias más sagradas de la cristiandad (antaño se pensó que era una anterior encarnación del Sudario de Turín). Tan poco les impresionó que, de hecho, le arrojaron piedras, y Mauricio se vio obligado a echarse atrás en sus recortes y sacar los fondos necesarios de otro lugar.

Justo cuando el tren de bagajes romano se acercaba a la zona neutral, apareció una vía de escape en forma de una nueva disputa sucesoria entre los persas. En 589, uno de los principales generales persas, Bahram, se rebeló contra el nuevo sha, Hormisdas IV. Bahram había obtenido tantas victorias, incluyendo una decisiva contra los turcos en 588, que el sha se sintió amenazado y quiso bajarle los humos. Decidió hacerlo tras sufrir un revés contra las fuerzas romanas en el Cáucaso enviándole ropas de mujer. En el consiguiente tumulto, Hormisdas fue depuesto y asesinado,

Bahram accedió al poder y el hijo y heredero de Hormisdas, Cosroes II, huyó a Constantinopla para pedir ayuda a Mauricio, ofreciéndole a cambio un gran avance de la posición romana en el Cáucaso. La contraoferta de Bahram sustentaba la perspectiva de que Persia devolviera no solo Dara y Martirópolis, sino también incluso Nisibis, si contaba con su apoyo. Finalmente, Mauricio optó por Cosroes, porque mover la frontera mesopotámica dos o tres fortalezas hacia adelante o hacia atrás no constituía ninguna diferencia significativa. Sin embargo, las ganancias en el Cáucaso daban a los romanos el control estratégico del extremo superior de los pasos que cruzaban los montes Zagros y que conducían directamente al corazón económico del imperio persa entre el Tigris y el Éufrates (Figura 6): un cuchillo en la yugular persa.

El apoyo de Mauricio resultó efectivo y en 591 Cosroes II fue restaurado en el trono y los romanos tomaron gran parte de Armenia cuando por fin se declaró la paz, casi dos décadas después de que el desafortunado Justino II tratase de jugar su baza turca. Todo esto estaba muy bien, y las fuentes constantinopolitanas proclamaron como es debido el triunfo de Mauricio. Sin embargo, el problema era que las ganancias romanas fueron tan grandes que en sí mismas resultaron ser un factor todavía más debilitador. Un estudio reciente ha calificado esta situación de «momento Versalles» del Imperio de Oriente. El tratado dio a los romanos tal ventaja estratégica que el sha se veía obligado a recurrir de nuevo a la guerra para enderezar el equilibrio cada vez que se le presentaba la ocasión adecuada.[44] No obstante, como creo que ha quedado claro a estas alturas, las estructuras políticas internas de ambos imperios eran tan inseguras, especialmente en lo

relativo al traspaso de poder político, que semejante oportunidad parecía que no iba a tardar en producirse.

En este caso, fue una continuación de las tensas relaciones entre Mauricio y sus fuerzas armadas lo que inició el conflicto. Al quedar liberados del frente persa por la paz de 591, el emperador soltó a sus ejércitos en los Balcanes, donde procedieron a contrarrestar algunos de los éxitos de los ávaros de la década de 580. Sin embargo, los generales de Mauricio insistían en que, para hacer daño de verdad a los ávaros, había que iniciar la campaña temprano, mientras no creciera la hierba, puesto que esto paralizaría las operaciones de la caballería, el arma clave de las fuerzas enemigas. Así pues, al acercarse el invierno de 602, el ejército de campo recibió la orden de no retirarse a los campamentos de invierno. En noviembre, el ejército se había rebelado y, bajo el liderazgo de un oficial llamado Focas, marchaba hacia Constantinopla. Mauricio huyó de la ciudad el 22 de noviembre, pero fue capturado con su familia, y Focas, que fue coronado emperador el 24 de noviembre, hizo ejecutar tres días después a Mauricio junto con cuatro de sus cinco hijos. El quinto hijo, Teodosio, fue ajusticiado más tarde junto con muchos de los principales ministros del anterior emperador.

O no. La cabeza de Teodosio nunca fue exhibida en Constantinopla, y poco después, un individuo que proclamaba ser él apareció en el tren de los ejércitos persas diciendo que estaban allí para vengar al depuesto Mauricio, benefactor y protector de su sha reinante, Cosroes II. En realidad no se sabe si Teodosio escapó o no, pero si así fue, Cosroes lo eliminó cuando dejó de serle útil. El resultado fue un nuevo ciclo de cataclismos bélicos entre los dos grandes

imperios de la Antigüedad.[45]Mientras las políticas imperiales romanas reaccionaban al son de golpes y rebeliones, Cosroes II se dedicaba metódicamente a arrasar prácticamente todo el imperio oriental. Incluso la llegada de un nuevo salvador imperial, encarnado en la figura de Heraclio (y su padre), viajando desde África del Norte en una impetuosa expedición por mar que irrumpió Constantinopla superando sus murallas marítimas en octubre de 610, no supuso ningún cambio. A finales de aquel año, todos los puntos fuertes de los romanos en el frente este del Éufrates mesopotámico al habían sistemáticamente reducidos, dejando el camino libre a las grandiosas aspiraciones persas. En 607, los territorios armenios que Mauricio había adquirido mediante el tratado de 591 se habían perdido. Por consiguiente, en los jardines colgantes de Babilonia todo parecía de color rosa. En 611, el comandante en jefe de Cosroes, Shahvaraz, asestó un terrible golpe en la Siria romana capturando Apamea, Antioquía y Emesa. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en 540, aquella no fue una simple incursión. Los persas estaban allí para quedarse.

Avanzaron también hacia el norte a la meseta anatólica, capturando Cesarea. Al sur, Damasco no tardó en caer, liderando la pérdida de toda Palestina junto con Jerusalén en 614 y la reliquia más sagrada de todas: la Verdadera Cruz, supuestamente hallada por Helena, madre de Constantino. Más al norte, se había desatado una política de tierra quemada y en el mismo año fue asolada la gran ciudad de Éfeso, cuyo centro quedó reducido a cenizas y escombros, confirmando, aunque un poco tarde, las advertencias del

Apocalipsis.

Cosroes II podía oler la victoria total y rechazó todas las ofertas de paz del cada vez más angustiado estamento político constantinopolitano, entre ellas una embajada sumamente abyecta en 616, sin duda procedente del Senado (puesto que el sha siempre se negó a reconocer a Heraclio), dispuesta a aceptar a Cosroes como «emperador supremo» y a declarar a los romanos sus «esclavos». Se lanzó una triunfal invasión a Egipto, que se completó en 621. Al mismo tiempo se orquestaron incursiones marítimas a Chipre y a las islas del Egeo, y continuaron los ataques por toda Asia Menor, hasta que a finales de julio de 626 llegó el peor momento. La propia capital imperial se enfrentó a un ejército persa al otro lado del Bósforo, y a un ejército ávaro justo fuera de las grandes murallas teodosianas en tierra.

Una descripción de un testigo presencial del asedio se conserva en el *Chronicon Paschale*, que constituye una lectura fascinante. El ejército ávaro se pasó varios días demostrando que no había manera de penetrar por las murallas terrestres. Después llegó la hora de la verdad. Algunos de los eslavos sometidos eran diestros en el agua; en el siglo VI habían sido famosos por su habilidad con las canoas, y habían ganado mucho dinero con ellas transportando a los atacantes en su retirada del territorio romano. La única vía posible para penetrar en Constantinopla era la que había tomado Heraclio: por el agua. Así pues, se lanzó una gran flota de canoas con órdenes expresas de recoger a los refuerzos persas de la orilla asiática. Los romanos mantuvieron la calma hasta que los eslavos cargados comenzaron a regresar a la costa europea, entonces salió la flota apoyada con fuego griego. La armada

eslava fue aniquilada, y, al ver el caos desatado, los demás eslavos del ejército ávaro huyeron por piernas hacia casa, obligando al khagan a dirigir sus fuerzas más leales contra ellos. El asedio se rompió en una gran confusión. La marea de la conquista persa se había estrellado contra la indómita roca de Constantinopla.

El propio Heraclio no estaba en la ciudad durante el asedio, tal era la confianza que tenía en sus defensas, sino entrenando y organizando a sus fuerzas de campo más al este en la costa asiática. En el momento crítico consiguió negociar una alianza efectiva con los turcos occidentales, aquella quimera que había llevado a Justino II a la guerra. En 627, un ingente ejército turco penetró a través del Cáucaso en el reino de Iberia, dominado por los persas. Saquearon la capital regional de Tiflis, mataron al rey cliente de los persas y entregaron a Heraclio 40.000 hombres para posteriores operaciones. El emperador entró directamente a matar. Las combinadas del ejército avanzaron por los montes Zagros y, siguiendo el curso del Tigris, penetraron en el corazón iraní del imperio sasánida, derrotando a un ejército persa justo fuera de la ciudad de Nínive en diciembre. En vez de enfrentarse a las defensas de la capital en Ctesifonte, Heraclio empleó la táctica de tierra quemada para desbaratar el motor económico del imperio persa. A continuación se sentó y contempló cómo hacía implosión la política persa. Cosroes II fue depuesto mediante un golpe de estado a comienzos de 628, produciéndose a continuación una secuencia de regímenes de corta duración. Finalmente, Heraclio consiguió el acuerdo que quería. Los persas se retiraron de las provincias romanas conquistadas, cuya administración apenas habían tocado, y Heraclio regresó a Constantinopla con la Verdadera Cruz.

Es cierto que su restaurado imperio había conocido mejores tiempos. Parte de las fértiles tierras del Asia Menor occidental habían sido arrasadas, y las lealtades de Siria, Palestina y Egipto se habían enturbiado durante una década y media, en algunos casos, de dominio persa. Asimismo, la situación en los Balcanes estaba totalmente fuera de control. Al necesitarse todas las tropas al otro lado del Bósforo, los ávaros y los eslavos se habían desbocado, y los asentamientos de estos últimos se habían incrementado rápidamente. Quizás lo peor de todo fue que el tesoro imperial estaba agotado. Sumido en una profunda crisis, Heraclio adoptó medidas extraordinarias. La paga de los militares quedó reducida a la mitad, en la capital se eliminó la entrega de pan gratis y los tesoros de las iglesias se vaciaron de sus metales preciosos. Fue suficiente, aunque solo eso, para pagar a los turcos y lanzar un gran contraataque en Irán. Y ahora Heraclio, armado con el prestigio de la victoria y portando la Verdadera Cruz ante él como emblema del favor de Dios, podía emprender la reconstrucción del imperio. [46]

Contemplando la situación en *c*. 630, no había ninguna razón romana interna por la que la reconstrucción no fuera satisfactoria. La pesadilla de los veinticinco años anteriores no había provocado mayores daños al imperio que los aportados en la crisis del siglo III, cuando, una vez más, extensas franjas de territorio de las provincias orientales quedaron fuera del control romano. Entonces, durante una década y media tras la derrota y captura de Valeriano, la ciudad de Palmira se había convertido en el centro de un estado sucesor que

derrotó a los persas y a los romanos y gobernó un arco de territorio desde Egipto hasta Asia Menor. Y a pesar de ello, el imperio había resurgido triunfal, restaurando su control bajo Aureliano a mediados de la década de 270, y después llenando de nuevo las arcas a través del flujo de impuestos de las ciudades. A mediados del siglo IV, cuando los recursos de estas regiones volvieron a ser abundantes, la lealtad al imperio fue, una vez más, automática, y el Oriente Próximo estaba en medio de un período de trescientos años siendo territorio central de Constantinopla.

En principio, no hay razón para que no se llevara a cabo una labor similar de reconstrucción por parte de Heraclio y sus sucesores. Efectivamente, los Balcanes eran un problema adicional, pero ya lo habían sido también en el siglo III, y las campañas de Mauricio habían puesto de manifiesto que los ávaros podían ser derrotados. Sin los ávaros, los eslavos no eran más que saqueadores, todavía no eran capaces de enfrentarse a los ejércitos imperiales en batalla campal. Tampoco los problemas religiosos en el seno del imperio eran tan importantes como pudiera creerse. Es cierto que el debate del Concilio de Calcedonia seguía coleando. No obstante, si sus planteamientos doctrinales no eran, en última instancia, solubles, entonces tampoco amenazaban al entramado del imperio. No hay testimonio de que la discrepancia religiosa facilitara a los persas la tarea de conquistar al Oriente romano, y la disputa sobre Calcedonia había dado muestras de degradación a un estatus de menor capacidad de irritación en la política imperial que finalmente emergió en el frente religioso a partir de la década de 580. [47] Así pues, Heraclio tenía razones para ser optimista en su camino de regreso a Constantinopla. Lo que lo anuló todo fue la introducción de un segundo factor nuevo en la geografía estratégica del Oriente Próximo, un factor cuyo impacto superaría con creces al de los turcos occidentales. Pues justo cuando Heraclio comenzaba a reconstruir su imperio a partir de sus cenizas, un mundo árabe, recientemente unificado por el islam, dio un vuelco total a las viejas certezas de los mil años anteriores.

El auge del islam es otro de aquellos fenómenos extraordinariamente influyentes que hace que la historia de la Eurasia occidental del primer milenio sea tan importante para el siglo XXI. Junto con el fin de Roma y del antiguo orden mundial del dominio Mediterráneo, el auge del cristianismo, y la integración del este y norte a la corriente principal europea, el surgimiento del islam es el último eslabón de una cadena de transformaciones que separa los mundos medieval y moderno de todo cuanto había ocurrido antes. El principal problema histórico es la ausencia de fuentes textuales tempranas procedentes del propio mundo islámico, donde no se ha conservado ninguna narración de la vida de Mahoma anterior al siglo IX. Para entonces, el islam ya había experimentado dos importantes revoluciones: la crisis que generó la separación entre el islam suní y el islam chiita en el siglo VII, y la revolución abasí de mediados del siglo VIII. Dada su tremenda importancia, es lógico que las narraciones del siglo IX ofrezcan un relato de la vida del profeta que legitima al islam tal como había evolucionado en aquella fecha tardía, pero la relación que aquello pudiera tener con las realidades de comienzos del siglo VII no está nada clara. [48]

Sin embargo, es evidente que los antecedentes históricos

del auge del islam están profundamente arraigados en el conflicto de superpotencias entre Roma y los persas. Los árabes de los confines del desierto fueron los protagonistas fundamentales de aquella tercera zona fronteriza desértica entre los dos imperios. Los grandes ejércitos convencionales nunca pudieron operar allí, pero por lo menos el desierto ofrecía oportunidades para incursiones y para distraer la atención del oponente de los frentes armenio y sirio en el norte. En consecuencia, ambos bandos reclutaron, pagaron y armaron a aliados árabes para proteger sus puntos débiles en el desierto, y para causar tantos problemas como fuera posible al adversario. Nadie se preocupó de escribir una historia continuada de aquellas manifestaciones árabes de imperio, pero, si uno encadena los retazos de información disponible de historiadores romanos en una secuencia, hay un hecho sobre la historia árabe desde el siglo IV al VI que destaca de las páginas. Gracias sin duda a la riqueza y al armamento que ambos bandos descargaron en la región, el tamaño de las redes políticas controladas por los aliados árabes del imperio creció enormemente en extensión, y en consecuencia en poder militar. Mientras que en los siglos IV y V los romanos operaban a través de una serie de aliados árabes, en el siglo VI, tanto ellos como los persas tenían uno cada uno: los gasánidas y los lajmidas respectivamente. Estos grupos eran ahora tan poderosos que tenían, a veces, su propio asiento en la mesa negociadora, y sin duda sus propias agendas. En otras palabras, el mundo árabe, atrapado entre dos superpotencias, experimentó una especie de transformación similar a la que afectó al mundo de habla germánica en los límites de las fronteras europeas del imperio romano. La clase de relaciones que los imperios tienden a establecer con sus vecinos tiene el efecto de generar, con el tiempo, entidades políticas más amplias y cohesionadas en estas zonas limítrofes, y el mundo árabe fue catalizado por la interferencia no de un imperio, sino de dos.[49]

Visto desde esta perspectiva, el elemento no religioso en la carrera de Mahoma tiene un sorprendente parecido con el de Atila el Huno. Lo que hizo Atila fue unificar contra Roma una serie de antiguos clientes fronterizos del estado romano de habla germánica, que sin duda estaban tan dispuestos a pelear entre sí como contra el imperio. Esto creó un bloque lo bastante grande como para enfrentarse directamente al imperio, y, en su apogeo, incluso vencerlo. La carrera de Mahoma tiene estrechos paralelos. Este unificó a grupos árabes que, desde hacía más de doscientos años, se habían acostumbrado a operar en constelaciones político-militares cada vez más grandes y complejas, pero que, sin Mahoma, no parece que hubieran alcanzado el punto álgido para la unificación. Donde Mahoma difiere completamente de Atila es en el hecho de que una nueva y poderosa religión se erigió en el elemento fundamental de la autoridad política que consiguió establecer, y aquella religión siguió operando como fuerza unificadora tras la muerte del carismático líder original de la confederación. Tras la muerte de Atila, el núcleo húnico de su imperio se consumió en una guerra civil, que brindó a muchos de sus súbditos, como los godos panonios unificados por Valamer, la oportunidad de restablecer su independencia, ya que el imperio húnico dejó de existir al cabo de una generación. Tras la muerte de Mahoma, las llamadas guerras de la Ridda («Apostasía») facilitaron que un considerable

núcleo de partidarios importantes conservase su unidad religiosa para evitar que aquellos que estaban menos comprometidos en la empresa se disgregasen. En lugar de emerger y decaer con igual rapidez, como ocurrió con su paralelo húnico en la Europa central, la unificación de Mahoma de los clientes árabes de los dos imperios perduró y rápidamente conquistó prácticamente todo el Oriente romano y, más al este, todo el imperio sasánida, y mucho más. Los primeros ejércitos árabes islámicos salieron del desierto en 633, y, al cabo de una generación, un milenio de confrontación imperial binaria entre el Mediterráneo grecorromano y el Oriente Próximo persa había sido arrojado a la papelera de la historia. [50]

LEGADO

Ajustando otra vez el foco más firmemente sobre Justiniano surge una conclusión inevitable. Lo que cambió fundamentalmente el curso de la historia imperial del Oriente romano fue el surgimiento del islam. Gracias a Mahoma, y a las pérdidas catastróficas de territorio central imperial a manos de soldados árabes unificados, a Heraclio y a sus sucesores les resultó imposible una repetición del gran acto de huida imperial del siglo III. Aquellas pérdidas limitaron el imperio romano oriental a más o menos entre una cuarta parte y un tercio de su anterior extensión territorial, y muchas de las provincias que quedaban fueron motivo de luchas constantes a lo largo de las décadas siguientes. Como la

economía imperial se desmoronó, la administración tuvo que ser completamente reestructurada puesto que todavía había que mantener a ingentes ejércitos con un presupuesto precario, porque de alguna manera había que expulsar a los árabes de lo que quedaba. Las pérdidas generaron incluso una adaptación religiosa porque las viejas ideologías imperiales parecían cada vez más huecas. La proclamación de que era el único estado de inspiración divina, designado por el Todopoderoso para difundir la civilización cristiana por todo el globo, perdió gran parte de su fuerza después de que dos tercios del imperio fueran conquistados por los abanderados de una religión diferente. Afortunadamente, los textos judeocristianos ofrecían ahora otro modelo más idóneo. Tras proclamarse conquistadores del mundo por designación divina, los emperadores pudieron utilizar el Antiguo Testamento para constituirse en líderes de un Pueblo Elegido, llevando el Arca constantinopolitana de la salvación a través de grandes tempestades hacia la Salvación y el Triunfo final, siendo el apocalipsis un género popular recurrente. Este paso a un lado permitió salvar la cara y al mismo tiempo evitar el insulto a la inteligencia del pueblo, puesto que el aplastante peso de la realidad contemporánea era abrumador. En términos generales, las pérdidas del siglo VII degradaron lo que había sido una potencia mundial romano oriental a un poder regional bizantino del Mediterráneo oriental, que se convirtió, de hecho, en un reacio satélite del mundo islámico. Todos los períodos de expansión bizantina posteriores al siglo se produjeron cuando el mundo islámico estaba fragmentado. Cada vez que un pedazo más bien grande del mundo islámico se unificaba, las cosas se ponían feas en

Cosntantinopla.[51]

Esto agiliza el curso inquisitivo que hemos de seguir en relación a Justiniano. La verdadera cuestión es si sus conquistas tensionaron tanto al imperio que fueron las responsables no solo de las pérdidas inmediatas de territorio en Italia y en los Balcanes, sino también a largo plazo, y sobre todo de la incapacidad del imperio de retener sus tierras orientales. En mi opinión, cuando se observan de cerca los acontecimientos posteriores a la muerte de Justiniano, resulta muy difícil responder afirmativamente.

Para culpar a Justiniano de las pérdidas de territorio en Italia y en los Balcanes, hay que poder culparle también del imperio ávaro, y ya hemos visto que es harto complicado hacerlo con convicción. A mi parecer, lo mismo cabe afirmar del auge del islam. Si uno es un verdadero creyente musulmán, no vale la pena responder. Mahoma fue enviado por Dios, las posteriores conquistas islámicas fueron ordenadas por él, y cualquier cosa que Justiniano pudiera haber dicho o hecho fue fundamentalmente irrelevante. No obstante, si no es creyente, cargarle las culpas a Justiniano dista de ser honesto. Como mucho, se le puede adjudicar al emperador solo un papel marginal en el surgimiento de una gran unidad árabe. Promocionó una nueva unidad entre los federados árabes de su imperio, reconociendo al actual líder gasánida como dirigente supremo: un cargo que no tenía precedentes. No obstante, solo lo hizo como reacción y de mala gana. Los persas ya habían reunido a sus federados bajo un dirigente lajmida y, como consecuencia, pudieron lanzar un ataque dañino a través de los límites del desierto de Roma en 529, una ofensiva demasiado potente para que los aliados árabes no unificados de Constantinopla pudieran hacerle frente. Por esta razón, y solo esta, creó Justiniano como respuesta una amplia red de aliados árabes. Sin embargo, aquel entramado fue desmantelado otra vez por el emperador Mauricio en la década de 580 y, por tanto, no fue un antecedente directo de la red que Mahoma reuniera en la década de 620.[52]

Tampoco procede directamente de Justiniano la línea causa-efecto hasta el total agotamiento financiero que debilitó el imperio de Heraclio haciéndolo vulnerable en la década de 630 al ataque de los recién unificados árabes de Mahoma. El Imperio Romano de Oriente muestra ya signos de deterioro después de la muerte de Justiniano, especialmente en el reinado del emperador Mauricio, pero hay que meditar con más detenimiento si esto se debe más a Justiniano o al catastrófico y continuado conflicto frontal con Persia al que su sucesor, Justino II, condenó al imperio, convencido de que los turcos occidentales aparecerían al galope por el horizonte en el momento crucial. El último lustro del reinado de Justiniano fue en gran medida pacífico, incluso en el frente persa, y hay motivos para pensar que los ingresos procedentes de África del Norte y Sicilia fluían generosa y abundantemente en aquellos días. La guerra contra Persia en Mesopotamia es lo que realmente costó dinero al imperio oriental, y las acciones de Justino provocaron dieciocho años de conflicto total entre 573 y el tratado de 591. Es mucho más probable que fuera esto lo que sometiera a Mauricio a tanta presión financiera, combinado con el dinero que Justino malgastó en pagos a los turcos, más que los continuados desembolsos no correspondidos por los territorios que Justiniano añadió al imperio desde 533.

arcas imperiales pudieron reponerse Tampoco las demasiado en los doce años previos al estallido del siguiente asalto del conflicto romano-persa en 603. Durante aquel tiempo, las fuerzas de Mauricio estaban ocupadas rectificando la situación en los Balcanes. La lucha contra los ávaros era probablemente menos costosa que la lucha contra Persia, pero no con mucha diferencia, y fueran cuales fueren los ahorros económicos que se llevaran a cabo en la década de 590, se agotaron rápidamente después de 603, cuando un catastrófico conflicto de gran potencia estalló en Oriente. Al no ser musulmán me resulta difícil imaginar que los guerreros de Mahoma hubieran podido alcanzar el éxito si no hubieran encontrado a dos imperios que se habían pasado veinticinco años combatiendo el uno contra el otro hasta llegar a la bancarrota. En otras palabras, mucho más que a Justiniano, el éxito de la conquista árabe del Oriente romano se debe, por lo menos en términos directos, a los dos grandes asaltos del conflicto romano-persa que la precedieron de forma inmediata (y, entre estos, ambos fueron totalmente activos durante cuarenta y tres de los cincuenta y cinco años transcurridos entre 573 y 628). Fueron estas guerras las que vaciaron las arcas del tesoro imperial y aflojaron la garra que el imperio mantenía sobre las provincias orientales, hasta tal punto que los ejércitos árabes pudieron invadirlas fácilmente. Si hemos de culpar a Justiniano de la pérdida del Oriente romano, hemos de elaborar un argumento convincente que pueda responsabilizarlo principalmente de elevar el conflicto romano-persa a niveles de intensidad no vistos desde el siglo III.

No cabe duda de que parte de la culpa de esto debería Justiniano. Sus campañas adjudicarse a italiana norteafricana dieron a Cosroes I el pretexto y la oportunidad para lanzar su triunfal ataque a la Siria romana en 540. No obstante, durante el resto de su reinado, el conflicto continuado en el importante frente mesopotámico tan solo se produjo entre 540 y 546; aparte de esto, ambos bandos se contentaron con un nivel de enfrentamiento más limitado, y más barato, en los otros dos sectores. Como hemos visto, los últimos años de Justiniano se distinguieron por una paz general en todos los frentes. La verdadera historia de los más o menos continuados ataques en el prolongado conflicto entre los dos imperios entre 573 y 628, sin el cual las conquistas árabes en la forma en que las conocemos son manifiestamente inconcebibles, empieza, pues, de nuevo, tras la muerte de Justiniano. Las decisiones políticas de Justino II y Mauricio - el primero de iniciar una guerra mundial, el segundo de aplicar una paz punitiva— y la aparición de los turcos occidentales son fundamentalmente responsables de haber creado las condiciones para que las fuerzas del islam pudieran conquistar el Oriente romano, y no las esporádicas y limitadas discusiones con Persia que caracterizaron el reinado de Justiniano. Es posible que hubiera caído en las mismas trampas de arrogancia que sus sucesores si aún hubiera estado en el poder en la década de 570, pero esta es otra cuestión totalmente distinta.

Llegados a este punto, probablemente debería hacer una declaración explícita por si en los anteriores párrafos he dado la impresión de que estoy siendo demasiado blando con Justiniano. De acuerdo con los valores romanos o con

cualquier otro parámetro, Justiniano fue un bastardo autócrata de la peor calaña. Le importaba un comino masacrar a sus propios ciudadanos en ingentes cantidades para mantenerse en el poder, y lanzar ataques especulativos a estados vecinos con la misma idea en mente, sin preocuparle los daños colaterales. No mató a sus ciudadanos a la misma escala que un Hitler, un Stalin o un Pol Pot, pero la ambición estaba allí, y su gobierno fue tan autoritariamente caótico como cualquiera de los que acabamos de mencionar. Tampoco hay indicios de que tuviera los grandes sueños que se le atribuyen, puesto que su régimen se decantó bastante tarde hacia una política de expansión occidental y totalmente por desesperación. No obstante, dicho esto, resulta difícil culparle del posterior desmoronamiento del imperio oriental hasta quedar reducido al oscuro sucesor bizantino. Es cierto que sus conquistas occidentales despertaron la envidia persa, pero no lo suficiente para empujar a Cosroes I a algo más que a una agresión controlada y oportunista. También es cierto que creó una red unificada de aliados árabes en la frontera romana, pero esta no fue la progenitora directa de la alianza militar, política y religiosa de Mahoma.

A pesar de que la historia sería moralmente mucho más gratificante si viéramos a este horrible emperador legar un cáliz envenenado de inevitable colapso a sus sucesores, la argumentación, en el mejor de los casos, renquea. Para llegar a una comprensión convincente de los posteriores infortunios de Constantinopla, hay que incluir en la historia a los ávaros, a los turcos occidentales, a Justino II y a Mauricio, a Cosroes II y a Mahoma, y su contribución colectiva al desarrollo de la misma es, en general, mucho mayor que la de Justiniano. Uno

de los desafíos más difíciles, cuando se escribe sobre un pasado muy lejano, es mantener un sentido adecuado de la perspectiva cronológica. Vistos desde el siglo XXI, los años 565 y 630 parecen muy cercanos uno del otro, pero en realidad están separados por tres generaciones políticas, y no hay ninguna línea causal directa que vaya de Justiniano hasta la conquista árabe. Justiniano no accedió al poder decidido a reconquistar el Occidente romano perdido, pero tampoco condenó a Constantinopla a una degradación estratégica.

Sin embargo, sin duda fue el último gobernante de Constantinopla que utilizó los recursos de los territorios del centro de su imperio oriental para intentar recrear un imperio romano en el Mediterráneo occidental y más allá. Después de 573, la Roma oriental se dispuso a entrar en una confrontación de cincuenta y cinco años sin cuartel en su oriental, tras la cual ningún gobernante Constantinopla podría volver a disponer de una base de poder lo bastante grande como para reconstruir un imperio occidental. Con el surgimiento del islam, el Mediterráneo oriental salió para siempre de la lista de potenciales contendientes que aguardaban para restaurar el poder imperial en Occidente. Tanto Oriente como Occidente habían sido las bases de fallidos esfuerzos por lograr la restauración imperial de Occidente. El último intento serio vendría del norte.

Parte III

EL PADRE DE EUROPA

Capítulo 5

NAVIDAD, 800

Roma: la mañana del 25 de diciembre del año 800 de nuestro Señor. El rey franco Carlos I el Grande (Carolus Magnus, Carlomagno) visita la vieja capital imperial y entra en San Pedro para celebrar la misa de Navidad. Lo que ocurrió a continuación está descrito en la vida del contemporáneo papa León III en el *Liber Pontificalis* (*Libro de los Papas*):

Entonces con sus manos el venerable y generoso pontífice coronó a [Carlos] con una valiosa corona, y todos los romanos fieles, viendo cuánto defendía y cuánto amaba a la santa Iglesia Romana y a su vicario, por mandato de Dios y de san Pedro, el portador de las llaves del reino del cielo, clamaron en voz alta al unísono: «A Carlos, piadoso Augusto, coronado por Dios, pacífico y gran emperador, vida y victoria». Gritaron esto tres veces frente a la sagrada Confesión de San Pedro, con la invocación de muchos santos; y por todos ellos fue nombrado emperador de los romanos.

Transcurridos 324 años de la deposición de Rómulo Augústulo, las tierras del viejo Occidente romano tenían un nuevo emperador, de nombre como *de facto*, una figura de tan encumbrada beneficencia que uno de sus poetas cortesanos le puso el nombre de *Pater Europae*, «el Padre de Europa». Sin embargo, según Einhard, el biógrafo de

Carlomagno que lo conocía bien, tiempo después Carlomagno diría:

Si hubiera sabido por adelantado el plan del papa, no habría entrado en la iglesia aquel día, aun siendo un día de gran celebración.[1]

¿Cuál es la explicación de esta extraordinaria declaración y cómo exactamente había ido el imperio romano a renacer en la persona de un gobernante de los francos?

Una restauración del imperio fundada en un poder franco se había producido casi doscientos años antes, cuando sucesivas generaciones de una anterior dinastía real franca, los merovingios, estuvieron a punto de reclamar el título imperial para ellos. Para comprender realmente quién fue Carlomagno, y por qué le fue otorgado finalmente el título imperial el día de Navidad del año 800, hemos de hurgar (brevemente) en el pasado más profundo de los francos. Como el avezado lector recordará, ya conocimos antes a los merovingios en la persona de Clodoveo, que se enfrentó a Teodorico el Amal por el dominio sobre el Occidente romano en las décadas anterior y posterior al año 500. Teodorico salió ganando, pero Clodoveo se llevó mayor reputación histórica. Esta no se debe tanto a sus propios logros, aunque fueron prodigiosos, como a lo que ocurrió después de su muerte. El auge de su dinastía merovingia y las razones por las que nunca consiguió sostener la antorcha imperial contribuyen a centrar la atención en Carlomagno.

Leones (no tigres) y osos

Hay muchos paralelos entre los antecedentes de la dinastía de Teodorico el Amal y el auge de los merovingios entre los francos salios. La principal diferencia es que el imperio húnico de Atila tuvo poca trascendencia directa en la historia de los francos. Atila trató de interferir en la extraña disputa sucesoria de los francos, pero estos estaban físicamente fuera de su alcance, y no hay constancia de que ningún grupo franco luchase alguna vez por él, o reorganizase las estructuras de liderazgo a petición suya.

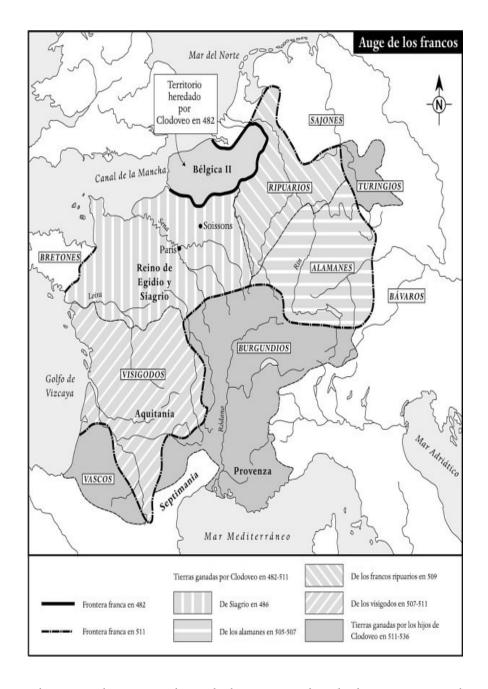
Aparte de esto, los paralelos son sorprendentes. En primer lugar, ambas dinastías emergen a la luz de algo parecido a la historia en el mismo momento. El primer merovingio del que sabemos algo concreto es el padre de Clodoveo, Childerico, que murió c. 480 y que pertenecía a la misma generación política que el padre y el tío de Teodorico que unieron por primera vez a los godos panonios y los condujeron hacia la órbita constantinopolitana. Sin embargo, Childerico no llegó tan lejos en el camino hacia la autoridad monárquica como Valamer, un enigma relativo que quizás explique parte del misterio que le rodea. Aparte de tener, supuestamente, a un monstruo marino por abuelo, el principal problema que nos plantea es que los (altamente fragmentarios) testimonios de sus actividades en las décadas de 460 y 470 lo sitúan más en la Galia central, participando en los acontecimientos de Orleans, Angers y en la desembocadura del Loira, envuelto en las cambiantes alianzas que marcan la última generación del viejo Occidente romano (es decir, aparte de un período de exilio cuando sus seguidores se hartaron de que sedujese a sus mujeres). No obstante, la base de poder que dejó a su hijo

estaba situada más al noreste, en lo que hoy es Bélgica, en la vieja base legionaria romana de Tournai. Este hecho es el que está más bien documentado de todos y con mayor seguridad, puesto que su tumba fue descubierta allí en el siglo XVII, y entre cuyos hallazgos había un anillo de sello oportunamente inscrito con su nombre.[2]

Los archivos históricos y el contenido de la tumba se combinan para sugerir que fue comandante de una fuerza lo bastante poderosa como para ser cortejada, movilizada y recompensada cuando la última generación de líderes romano-occidentales luchaba por mantener la unidad. Pero entonces, como la mayoría de los otros jugadores de esta compleja partida, se dio cuenta de que ya era hora de poner punto final a los asuntos imperiales y actuar de forma independiente, puesto que el centro romano había dejado de controlar los recursos por los que valía la pena preocuparse. Carecemos de una cronología precisa en cuanto al momento decisivo de Childerico, pero todos los demás jugadores que conocemos abandonaron poco después de 468, cuando la derrota de la gran armada vándala de Constantinopla acabó con toda esperanza de apuntalar la autoridad imperial en Occidente.[3] Sin embargo, dentro de la constelación de figuras que empezaron a ir por libre en aquel momento, Childerico era todavía un jugador relativamente secundario. A pesar de la impresionante riqueza enterrada con él en Tournai, su hijo empezó su vida política como uno entre los muchos líderes francos de talla similar.

No obstante, se había establecido la pauta para el cambio decisivo en tiempos de su hijo y sucesor: Clodoveo. La madre del nuevo rey era una princesa de los turingios llamada Basina, a la que supuestamente Childerico había conocido durante el involuntario exilio impuesto por su adicción sexual. El posterior cronista del siglo VII, Fredegario (fuente también de la historia del monstruo marino), cuenta lo que sucedió la noche de la concepción de Clodoveo. Basina despertó tres veces a su marido y lo mandó fuera a ver qué veía. La primera vez, vio leones, unicornios y leopardos; después lobos y osos; y la tercera vez bestias menores como los perros. Podemos imaginar que en aquel momento Childerico debía de estar aturdido por la falta de sueño a la vez que ligeramente irritado, pero la reina amablemente se lo aclaró todo. Todo aquel desfile, como la visión que Hécate le reveló a Macbeth, era un relato de lo que iba a ocurrir, aunque esta vez sería el linaje de los descendientes del propio Childerico y no el de otra persona. Clodoveo era el león, por supuesto, y tres elementos de su trayectoria son fundamentales para el desarrollo de nuestra historia del imperio franco. Evidentemente, obtuvo una serie de victorias militares que expandieron considerablemente el territorio que se encontraba bajo su control. El primero en la línea de fuego fue un tal Siagrio, cuya derrota se considera tradicionalmente responsable de la extensión de los territorios de Clodoveo hacia el suroeste, hasta París, o alrededores. Esta fue seguida por otras victorias que situaron a los burgundios del valle del Ródano, aunque temporalmente, bajo la hegemonía de los francos, y después, en la crisis que generaría el mejor momento de Teodorico, por numerosas victorias sobre los alamanes y los visigodos. Finalmente, Teodorico impuso cierta influencia compensatoria sobre los burgundios, y forzó también a Clodoveo a retirarse de la Provenza y el Mediterráneo. No obstante, en el curso de su reinado de quizás treinta años, Clodoveo expandió su control desde un rincón muy restringido de Bélgica hasta apoderarse de gran parte de la Galia romana y de una importante porción de territorio al este del Rin (Figura 11).

Al mismo tiempo, igualando los esfuerzos de Valamer y Teodorico, Clodoveo eliminó a todos los rivales guerreros dentro de su esfera. Como ocurre con gran parte de la cronología de su reinado, no está del todo claro cuándo sucedió esto. Nuestra única fuente, la *Historia* de Gregorio de Tours, presenta el proceso como una serie de golpes de estilo mafioso organizados en parte a través de infiltrados, pero sin duda apresuradamente, al final del reinado, después de la victoria sobre los visigodos; es decir, entre 507 y 511. Es posible que fuera así, o no, pero de lo que no cabe duda es de que eliminó a todos sus principales rivales, muchos de los cuales, o la mayoría, eran parientes lejanos, en una muestra de aquel edificante afecto por la familia que hemos encontrado anteriormente entre las dinastías reales. Ahora solo sus hijos heredarían el extenso *regnum* de su padre.[4]



El tercer elemento clave de la carrera de Clodoveo es que al final se convirtió al cristianismo católico ortodoxo. En este caso, Gregorio de Tours se aleja sin duda de la verdad.

Presenta al rey pasando directamente del paganismo convencido al cristianismo católico en mitad de la primera década del siglo VI, y obteniendo con ello el favor de Dios para su inminente campaña contra los visigodos. Estos últimos, como Teodorico, eran cristianos no nicenos del tipo a menudo erróneamente denominado arriano; por lo tanto, a través de esta invención Gregorio podía presentar a Clodoveo en 507 como adalid de una victoriosa cruzada católica contra los odiados herejes. Todo ello muy satisfactorio para un eclesiástico católico, pero Gregorio escribía tres generaciones después de los sucesos, y fuentes más contemporáneas muestran un cuadro considerablemente distinto. Ante todo, Clodoveo parece que declaró su lealtad católica solo después de su gran victoria, y, lo que aún es más interesante, el contexto de esta declaración fue el de un intenso debate en la corte franca, en el curso del cual parecía que el rey iba a decantarse por el arrianismo: una dimensión de la historia que en tiempos de Gregorio se había suprimido por completo. Al final, Clodoveo optó por el catolicismo y esto ayudó a los francos a emprender la senda hacia el imperio.[5] Su nueva y más extensa base de poder combinaba territorios tanto al oeste como al este del Rin, el núcleo de lo que hoy es Francia, Benelux y la Alemania occidental, zona que estaba destinada a una historia larga e influyente, a pesar de que el ejercicio de su poder político interno distaba de ser fluido.

A la muerte de Clodoveo en 511, la única mancha en el historial imperial era no haber podido derrotar a su gran rival godo. Su fallecimiento se produjo en el *annus mirabilis* de Teodorico, y la noticia solo pudo generar un poco más de lustre a aquella creación del reino godo unificado de Italia,

Hispania y el sur de la Galia. El catolicismo de Clodoveo tampoco fue su mejor baza. En 511, las relaciones de Teodorico con el clero católico no podían ser mejores, si exceptuamos el hecho que su mejor momento, cuando negoció el retorno de Constantinopla al redil religioso en los primeros años del reinado de Justiniano, todavía estaba por llegar. Por muy prodigiosos que fueran, los logros de Clodoveo no superaron a los de Teodorico, y no me sorprende que ninguno de los aristócratas galorromanos que por aquel entonces estaban bajo el gobierno franco sintiera el mismo reparo que sus pares italorromanos en saludar a su nuevo gobernante como semper Augustus.

Sin embargo, tan pronto como se disgregó el reino unificado de Teodorico a su muerte, quedando escindida incluso la parte italiana por las luchas políticas, primero por el control de Atarico y después por el trono mismo, la expansión de los francos, suspendida desde 507, pudo empezar de nuevo en serio. A comienzos de la década de 530, los reinos turingio y burgundio, privados del apoyo de un contrapeso godo efectivo al poder franco, fueron engullidos, y con ellos otros les iban a seguir con la cesión formal de Provenza y amplios territorios de las estribaciones alpinas del norte a los francos por parte de Vitigio cuando trataba desesperadamente de movilizar a más tropas para la guerra (pp. 144-145).

Además, los hijos y nietos de Clodoveo (leopardos, unicornios, lobos y osos) estaban ocupados por su propia cuenta en el este del Rin (Figura 11). Cuando el nieto de Clodoveo, Teudeberto, escribió a Justiniano en el año 540, podía, con razón, declararse a sí mismo «gobernante de

muchos pueblos», entre ellos los visigodos, los turingios, los sajones, los jutos y, por supuesto, los propios francos. A mediados del siglo VI, los descendientes de Clodoveo estaban muy cerca del poder imperial de Occidente, tan cerca que casi podían olerlo. En la dimensión ideológica, fueron todavía más lejos que Teodorico. Una antigua prerrogativa de los emperadores romanos —que se remontaba a un pasado lejano cuando las ciudades constituyentes del imperio habían acuñado sus propias monedas— declaraba que solo ellos podían acuñar monedas de oro. En las generaciones posteriores a 476, los gobernantes de los estados sucesores respetaron dicha prerrogativa, realizando solo acuñaciones de metal corriente. El propio Teodorico solo emitió el ocasional medallón de oro (Lámina 8). Cuando los reyes merovingios empezaron a acuñar monedas de oro con regularidad, se produjo una importante ruptura con la tradición y una afrenta que Procopio anotó con indignación. Sin embargo, a pesar de ser poderosos gobernantes y recibir muchos de los elogiosos epítetos que adornaban a los emperadores, nadie saludaba a los hijos de Clodoveo como verdaderos augustos imperiales. En la extensa literatura de la corte del tercer cuarto del siglo VI no hay indicio de ningún proyecto deliberado de restauración imperial del estilo emprendido por Teodorico. Por consiguiente, aunque estaban cerca, ningún miembro de la dinastía merovingia consiguió dar el salto imperial.

Los motivos por los que no lo hicieron, creo, son sencillos. Aunque los territorios que en el siglo VI estaban bajo la influencia de los francos eran extensos, raramente estaban unidos bajo un único gobernante. A lo largo de su desarrollo

en el siglo VI, el reino merovingio acabó teniendo cinco componentes esenciales, Austrasia, Neustria, Aquitania y Provenza, con diferentes grados de hegemonía ejercida sobre territorios satélites en Turingia y Alamania, Baviera, Frisia y Sajonia (Figura 12). Era una práctica merovingia habitual que los hijos adultos de los dirigentes, fuera quien fuera la madre, se repartieran las zonas centrales del reino, como ocurrió a la muerte de Clodoveo en 511. Se podrían escribir muchas páginas (y se ha hecho) detallando las consiguientes luchas políticas, presentando breves períodos de unidad, multitud de potenciales herederos y sobrinos, muertes tempranas y ejecuciones directas, pero no es necesario detenernos en esto. Baste con decir que cualquier pretensión merovingia encaminada a reclamar un título imperial occidental quedaba materialmente obstaculizada por el hecho de que solo en contadas ocasiones la base de poder del reino franco estaba en manos de un solo gobernante. [6]

Es importante destacar que los reyes de los francos tenían que compartir el antiguo espacio imperial occidental con otros gobernantes cristianos totalmente legítimos. Los gobernantes visigodos de Hispania y Septimania (un arco de territorio que abarca lo que hoy es el suroeste de Francia, al norte de los Pirineos) se impregnaron de una sacralidad cristiana y romana, que decididamente imitaba la de los emperadores de Constantinopla, después de declarar formalmente su conversión del arrianismo al cristianismo católico en el Tercer Concilio de Toledo en 589. Para todo el mundo eran gobernantes perfectamente legítimos de una parte importante del viejo imperio occidental. El exacto estatus religioso de los lombardos que invadieron el norte de

Italia cuando el poder de los ávaros empezó a atrincherarse en la región del Danubio medio a finales de la década de 560 es difícil de valorar. Las fuentes conservan indicaciones imprecisas, y que se prestan a confusión, sobre cuándo los dirigentes lombardos eran en general católicos, arrianos u otra cosa distinta. No obstante, en algunas ocasiones por lo menos, los reyes lombardos podían ofrecer una impresión decente de liderazgo respetable de tipo romano, sobre todo en 612, cuando el rey Agilulfo presentó a su hijo y heredero, Adaloaldo, a sus súbditos en el circo de Milán (la vieja capital imperial) en una ceremonia que era una imitación directa de la práctica ceremonial romana. Todo esto, evidentemente, sin tener en cuenta que, hasta mediados del siglo VI, el estado romano-oriental, con su propio emperador, siguió siendo una fuerza altamente activa dentro de la península italiana (controlando extensas porciones de territorio en torno a y en el sur), por no mencionar Ravena, Roma de mantenimiento estructura gubernamental una profundamente vital sobre partes del viejo Imperio de Occidente como África del Norte, Sicilia y la costa adriática. [7]

En ocasiones, los francos libraban importantes guerras contra todos aquellos pares, pero a finales del siglo VI las intrusiones de los francos en el sur de los Alpes y de los Pirineos adoptaron la forma de incursiones y no hubo más intentos serios de aumentar la extensión del antiguo territorio romano bajo control merovingio. En consecuencia, ningún merovingio ejerció jamás el control, ni siquiera mediante una mezcla de gobierno directo y hegemónico, sobre una porción tan grande del Occidente romano como Teodorico en su

magnificencia, y, en general, las credenciales imperiales de los francos carecían de la suficiente influencia para imponerse a las pretensiones de otros estados sucesores, e incluso del propio Oriente romano.

Si los hijos y nietos de Clodoveo eran poderosos pero no del todo imperiales, los relatos tradicionales de los descendientes del siglo VII y comienzos del VIII, las bestias menores del sueño de Basina, se han conformado de manera abrumadora de acuerdo con las obras históricas producidas en tiempos de la dinastía carolingia a la que pertenecía Carlomango. Sobre todo, Einhard, que escribió durante el reinado del hijo de Carlomagno, nos ha dejado un irresistible retrato del último de los merovingios.

Al rey no le quedaba otra cosa que hacer que sentarse en el trono con su pelo largo y su barba sin cortar, satisfecho de [ostentar] el nombre de rey y fingir que gobernaba ... escuchaba a los representantes que venían de diferentes tierras y, cuando se marchaban, parecía comunicarles decisiones propias, que le habían enseñado o más bien ordenado [pronunciar]. Salvo por el nombre vacío de «rey» y una escasa pensión que [el mayordomo de palacio] le extendía como mejor le convenía, no poseía más que una propiedad con unos pocos ingresos. En aquella propiedad tenía una casa y sirvientes que administraban sus necesidades y le obedecían, pero había pocos. Se desplazaba en un carro tirado por bueyes uncidos y conducido ... por ganaderos ... De esta manera solía ir a palacio y también a la asamblea pública de su pueblo, que se celebraba anualmente por el bien de su reino, y de este mismo modo regresaba a casa. Sin embargo, era el [mayordomo de palacio] el que se encargaba de todo lo necesario, tanto a nivel doméstico como en el extranjero, y el que organizaba la administración del reino.

Una vez agotada la extraordinaria historia de Gregorio de Tours a mediados de la década de 590, no se ha conservado ningún otro relato con el mismo nivel de detalle circunstancial hasta el período carolingio; por consiguiente, hay poco con lo que desafiar a la enérgica caracterización de Einhard. Así pues, en términos generales, los historiadores a menudo se han contentado con ver a los posteriores reyes merovingios como bestias menores, pues su falta de autoridad condenaba al mundo franco al desorden, permitiendo que el poder cayera en manos de personajes de segundo rango: los mayordomos de palacio. Este fue el papel desempeñado por los ancestros de Carlomagno en la parte nororiental del reino, Austrasia (Figura 12), hasta que en 751 su padre, Pipino el Breve, decidió que ya era suficiente y se autoproclamó rey de los francos.[8]

No obstante, Einhard escribió en tiempos de la tercera generación política después de que Pipino se convirtiese en monarca, y era sencillamente un conservador carolingio. ¿Qué podía ser más conveniente para la dinastía a la que servía que la idea de que los merovingios hubieran perdido su derecho a gobernar a causa de su incapacidad? Vistas más de cerca, como han hecho las dos últimas generaciones de académicos modernos, las fuentes ofrecen una historia diferente: una historia en la que los dos últimos merovingios son menos inútiles de lo que Einhard quiere hacernos creer y en la que el auge de los carolingios se convierte en una consecuencia lógica.

Aun teniendo esto en cuenta, no cabe la menor duda de que los representantes de la dinastía gobernante entre, digamos, 675 y 700, ocupaban en esencia una posición política mucho menos poderosa que la de sus predecesores cien años antes. En particular, el ínterin fue testigo del

surgimiento de grupos firmemente arraigados de la nobleza regional en todas las regiones centrales del mundo franco, grupos con los que tenía que colaborar cualquier rey posterior. El poder de estos nobles aislaba a muchas localidades dentro de aquellas regiones del alcance directo del rey. El retrato más vívido que se ha conservado no procede de Austrasia, sino de la contigua Neustria al oeste (Figura 12), donde una fuente importante, el Libro de la historia de los francos (Liber Historiae Francorum), afirma que se esperaba que los monarcas merovingios colaborasen con, y a través de, una agrupación de una media docena de clanes de nobles estrechamente relacionados. Estos se pasaban el tiempo casándose entre sí y compitiendo unos con otros por el dominio dentro de Neustria, dominio que ostentando el cargo de mayordomo de palacio neustriano, y después, cada vez más, tratando de librarse de las interferencias carolingias.[9] Dicho de otro modo, cada una de las regiones centrales había creado su propio equivalente de la familia carolingia y, colectivamente, estos nexos de la nobleza reducían sobremanera el poder efectivo de cualquier rey, fueran cuales fuesen sus capacidades personales.

Ello significa que, aunque la dinastía en el poder estuviera debilitada, la sustitución carolingia de los merovingios no fue un simple golpe de estado palaciego, en el que el primer ministro del rey finalmente se colocaba en posición de destronar al último miembro del viejo linaje. Lo que vemos, en los siglos VI, VII y VIII, es una importante reestructuración de poder, en la que la toma de control de todo el mundo franco por parte de los carolingios en el siglo VIII representaba claramente una segunda etapa. En la primera etapa, los

ancestros de Carlomagno no eran más que los vencedores de una rivalidad regional intraaustrasiana, y un conjunto de pares rivales preocupados por ganar contiendas similares en otras regiones principales del reino franco.

Tengo fundadas sospechas de que si los carolingios no hubieran puesto fin al cada vez más delicado equilibrio del sistema merovingio, entonces un linaje noble rival de otra región central de los francos lo habría hecho en su lugar. De todos modos esta no es la receta para una estabilidad a largo plazo, porque podía haber alguien en algún sitio dispuesto a reorientar todo el sistema político en torno a su propia autoridad, siempre que un competidor no lo hiciera antes por miedo. También en la periferia se observa una sensación similar de inestabilidad. Aquí los merovingios del siglo VII ejercían también su autoridad, en parte directamente y en parte mediante afirmaciones ocasionales de hegemonía militar, sobre una serie de zonas satélites: Alamania, Turingia, Baviera e incluso, en menor medida, Sajonia, que estaba obligada a pagar tributos.[10] En el transcurso del siglo VII, estas zonas satélites se desvincularon todas del control central, y esto, junto con el crecimiento del poder de la nobleza regional, refleja también un desmoronamiento del viejo sistema. Una secuencia de acontecimientos altamente contingentes alimentó la capacidad del linaje carolingio de hacerse con el control de Francia, pero c. 700, el destino de la rama merovingia se encaminaba ya a la papelera de la historia.

Aunque la caracterización que hace Einhard de los últimos merovingios sea satírica, por lo menos nos señala la dirección correcta. El período de *c*. 550 a 700 fue testigo de una red

generalizada de transmisión de poder del rey a las noblezas regionales, y el resultado fue la inestabilidad política general y la pérdida de la capacidad de dominio del sistema por parte de los reyes, que a pesar de ello seguían conservando su importancia dentro del mismo. Todo esto no fue consecuencia del declive dinástico que había convertido a los leones en gatitos, pues algunos gobernantes merovingios, como Dagoberto I (que murió en 639), no habían olvidado cómo rugir; y los últimos merovingios combatían por una causa perdida frente a cambios estructurales en la ubicación del poder en el mundo de los francos. En 700, las zonas limítrofes del casi imperio franco del siglo ya estaban fuera de su órbita y el núcleo se estaba fragmentando. La cuestión de cómo emergieron los carolingios de este proceso de debilitamiento central nos conduce directamente a la trayectoria del primer gran Carlos de la nueva dinastía: Martel, «el Martillo».

EL MARTILLO DE LOS FRANCOS

La principal atracción de cualquier visita a Versalles es la Galería de las Batallas. Con 120 metros de largo por 13 de ancho, fue creada por Luis Felipe a partir de una serie de pequeños salones en la década de 1830. Este rey, casi totalmente pacífico, estaba desesperado por mostrar que pertenecía a una tradición francesa marcial que hacía poco había culminado con la carrera de Napoleón. Como amablemente señalé a un antiguo amigo francés por

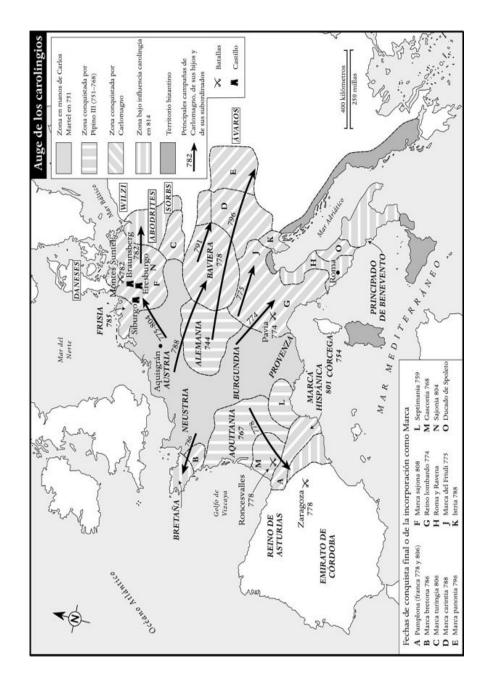
correspondencia, no hay ningún cuadro de Waterloo, pero, aparte de esto, todas las grandes batallas del *empereur* están allí representadas.

No obstante, las treinta y cuatro principales pinturas cubren un período de tiempo mucho más largo. Lo primero que se encuentra a la izquierda en el recorrido habitual es una modesta serie de cuadros de 5,42 metros por 4,65 que representan a Carlos Martel en la batalla de Poitiers (o Tours), fechada tradicionalmente en 732, aunque es posible que se produjera en 733. Esta famosa batalla fue librada por Carlos como aliado de Eudo, duque (*dux*) de Aquitania, quien había solicitado su ayuda para rechazar al ejército musulmán que había penetrado hacia el norte atravesando los Pirineos, tras haber acabado con el reino visigodo de Hispania una década más o menos después de su victoria inicial en 711. Tras un largo período de estancamiento, se reanudó la batalla y Carlos salió victorioso, con su adversario musulmán Ab dar-Rahman yaciendo muerto en el campo de batalla. Tradicionalmente este episodio es considerado el momento crucial en que se frustró una potencial conquista islámica de toda la cristiandad occidental, que inspiró uno de los más célebres fragmentos de Edward Gibbon:

Una marcha victoriosa se había extendido más de mil millas desde el peñón de Gibraltar hasta las orillas del Loira; y redoblando aquella marcha, se aposentaban los sarracenos en el confín de Polonia y en los riscos de Escocia; pues no es el Rin más intransitable que el Nilo o el Éufrates, y a sus anchuras y sin choque naval pudo surcar una escuadra arábiga la desembocadura del Támesis. Quizás en esos tiempos se estuviera enseñando la interpretación del Alcorán en las escuelas de Oxford, y en sus púlpitos se estuviera demostrando igualmente a su auditorio circuncidado la santidad y la certeza de la revelación de Mahoma.

Por si la salvación de la cristiandad no fuera suficiente para una jornada de trabajo, quedaba entonces lo que había detrás de la gran victoria de Carlos. En los relatos tradicionales del nacimiento del feudalismo, Carlos se presentaba como el supremo arquitecto del surgimiento de la caballería pesada armada, que sería uno de los rasgos fundamentales de la Edad Media Central europea. El inconveniente era que las cotas de malla y los caballos de guerra eran artículos muy caros y, por consiguiente, Carlos fue también recordado como el gran nacionalizador de las propiedades de la Iglesia, utilizando la riqueza de las instituciones religiosas para pagar a las fuerzas militares que le habían permitido repeler al islam.

Como suele ocurrir con los puntos de vista tradicionales del pasado, muchos de los cuales quedaron arraigados en las psiques nacionales de finales del siglo XIX cuando el auge del nacionalismo y la educación masiva coincidieron, ninguno de aquellos dos pilares de la reputación de Carlos ha podido resistir el detallado escrutinio posnacionalista. Ab dar-Rahman no lideraba la fuerza de varias decenas de miles (y a veces, asombrosamente, cientos de miles) que a menudo se le atribuye, no sufrió pérdidas catastróficas de efectivos (aunque él sí murió), y probablemente estaba enfrascado en incursiones poco productivas, más que en una decidida guerra de conquista. Fuera lo que fuera, Poitiers no fue la lucha titánica que decidió el destino religioso de Europa. Y tampoco, por desgracia, inventó Carlos por su cuenta el feudalismo ni resolvió el consiguiente asunto financiación. En el siglo posterior a su muerte tenía la fama de haber puesto una considerable cantidad de tierras de la Iglesia en manos laicas, pero aquella no era una práctica nueva. Muchas parcelas de tierra teóricamente de la Iglesia en la Alta Edad Media estaban en manos de personas no eclesiásticas en calidad de arriendos semipermanentes llamados precaria, y estos laicos a menudo eran «amigos» de la institución religiosa en cuestión, o incluso parientes de su fundador. Esta situación ya venía de antes de Carlos y continuó después, por lo tanto es probable que el gran problema de su reputación fuera que su victoriosa trayectoria le permitió conceder estos arriendos a partidarios que no tenían vinculación documentada con las instituciones concretas implicadas. A pesar de que la caballería pesada armada estaba en proceso de convertirse en una característica definitoria de las guerras francas del siglo VIII, la suya fue, al parecer, una evolución constante, no una revolución de una generación como el surgimiento de la división blindada de la década de 1930. [11]No obstante, aunque no podemos presentar todos los adornos del retrato tradicional de Carlos Martel, no hay duda de que su carrera puso a la dinastía carolingia en la senda hacia el poder imperial.



Este resultado no era ni remotamente imaginable a la muerte de su padre, Pipino de Hersital, en diciembre de 714. Este es el primer momento documentado en que los esqueletos carolingios empiezan a salir tambaleantes del armario y una serie despreciable de luchas familiares intestinas desempeña un importante papel en la historia. El problema inmediato era el propio Pipino. Había tenido dos hijos con su actual esposa, Plectruda: Drogón y Grimoaldo. Sin embargo, ambos fallecieron antes que él. Drogón murió en 707, y Grimoaldo justo antes que su padre, a principios de 714, dejando a su vez un heredero varón: Teodaldo. No obstante, Pipino tenía otros dos hijos adultos de su concubina Alpaida: Carlos (nuestro Carlos) y Childebrando. Desesperada por proteger los intereses de su nieto, Plectruda hizo encarcelar a sus hijastros, los medio tíos de Teodaldo, aunque el temible Carlos no tardó en escapar para reclutar a un formidable cuerpo de partidarios austrasianos.

A pesar de que era una disputa familiar interna bastante normal, que se convertiría en un rasgo habitual de la historia carolingia a partir de este momento, la riña tuvo consecuencias desastrosas en 714, porque el dominio de Pipino sobre el mundo franco había tenido limitaciones evidentes. En consecuencia, una larga lista de grupos agraviados se alineó para explotar la parálisis política engendrada por la pelea entre Plectruda y su hijastro Carlos. No es de extrañar que los primeros de la cola fueran los neustrianos del corazón de las viejas tierras de los francos. En el momento de la muerte de Pipino, Teodaldo era teóricamente el mayordomo de palacio por Neustria, pero el control ejercido allí por Pipino había sido verdaderamente negativo, y se había asegurado de que no surgiera ningún rival. Sin embargo, después de que la muerte lo eliminara de la escena, elementos de la nobleza neustriana rápidamente se reafirmaron y rechazaron cualquier lealtad residual a Teodaldo. Más allá del núcleo del reino, los aquitanos estaban más que dispuestos a usar la crisis para conseguir un mayor grado de independencia y, ya en 715, aparecen como partícipes en la contienda bajo su propio duque Eudo, lo mismo que los provenzales bajo el dux Antenor. Incluso las fuerzas del exterior del anillo tradicional de los francos entraron en acción. La preeminencia de Pipino se había basado siempre en parte en sus campañas victoriosas fuera de las fronteras francas. Una de sus víctimas habían sido los frisios bajo el rey Radbod, que sufrieron aplastantes derrotas en 690 y 695. A pesar de ello, Radbod conservó después el suficiente poder para que Pipino casase a su hijo Grimoaldo con la hija de Radbod, de manera que Teodaldo era nieto de Pipino y de Radbod. Así pues, este último estaba dispuesto a intervenir, muy probablemente por motivos totalmente distintos, puesto que una decisiva afirmación independencia era un objetivo atractivo para él, tanto si se conseguía sentando a un agradecido nieto en el trono o derrotando a Carlos y a sus partidarios austrasianos.

En 715, la posición de Carlos era extremadamente peligrosa. Muchos de los seguidores de su padre se habían congregado bajo su estandarte, pero la coalición de sus enemigos era potencialmente abrumadora, y los primeros augurios distaban de ser buenos. Radbod infligió alguna derrota a Carlos muy a comienzos de 715, pero quizás su apoyo austrasiano todavía no se había movilizado del todo en aquellos momentos. Sin duda, Carlos pudo devolver el favor más tarde en aquel mismo año y expulsar a las fuerzas de Radbod de vuelta a Frisia, y esto es todo cuanto sabemos de él

en la guerra; por consiguiente, debió de ser una importante victoria. Entretanto, los neustrianos no habían permanecido ociosos. Allí emergió rápidamente un tal Ragenfredo como mayordomo de palacio, operando bajo la bandera merovingia de conveniencia en las personas primero de Dagoberto III y, después, tras su muerte, de Chilperico II. Dos batallas importantes pero no decisivas se libraron en abril de 716 y en la primavera de 717, cuando Carlos ya había instalado a su propio merovingio, Clotario IV.

El momento crucial llegó en la primavera de 718, cuando los aquitanos bajo el mando de Eudo ya se habían unido a la lucha para derrocar la hegemonía austrasiana representada ahora por Carlos. Sin embargo, esta vez la victoria de Carlos fue decisiva, y le permitió penetrar en el corazón del territorio neustriano y capturar la ciudad de Orleans.

La inmediata victoria militar se convirtió en un duradero control político. Colocó a destacados partidarios en los principales cargos de los territorios centrales neustrianos, cosa que nunca hizo su padre, incluyendo a su medio sobrino Hugo, hijo de Drogón, que fue nombrado abad de dos ricos monasterios y cinco sedes, entre ellas las de París y Ruán. En 720, la posición de Carlos acabó de afianzarse (tras morir Clotario IV) cuando Eudo le entregó a Chilperico II y una considerable cantidad de tesoro.[12]

A pesar de que la situación era precaria, Carlos ejercía un firme control a comienzos de la década de 720. En aquel entonces, la disputa interna de sucesión carolingia estaba totalmente finiquitada. El hijo de Drogón, Hugo, recibió un cuantioso soborno, pero había jurado lealtad a Carlos hacía tiempo. Los otros descendientes varios de Drogón y

Grimoaldo fueron menos afortunados. Carlos no los hizo matar, ni siquiera a Teodaldo, pero en 723 estaban todos detenidos bajo custodia y así permanecieron. Además, Carlos no solo restableció la hegemonía austrasiana sobre Neustria, sino que la elevó a un nuevo nivel. Ahora no había ningún mayordomo de palacio neustriano, y Carlos concedió cargos influyentes a importantes partidarios en los territorios neustrianos centrales, una jugada que nunca estuvo al alcance político de su padre. Por ahora, las viejas regiones fundamentales de Borgoña, Provenza y Aquitania (por no mencionar a los ducados satélites) eran independientes y no estaban sujetas a su control, pero esto ocurriría antes de la muerte de Carlos en 741.

No hace falta que nos detengamos en los pormenores de su siguiente campaña, sobre todo porque es imposible reconstruirlos con demasiado detalle. No obstante, la descripción más plausible es la siguiente. En la década de 730, el control efectivo de Carlos había llegado a Borgoña, donde ahora estaba situando a más partidarios suyos en puestos clave. No queda claro si esta preeminencia política había requerido más campañas. Sin embargo, algunos elementos aristocráticos en el interior de Provenza estaban, sin duda, dispuestos a resistir. Tenían a su propio duque, un tal Maurontio, y cuando Carlos empezó a mostrar su poderío en dirección a ellos algunos se prepararon para combatir. Maurontio negoció también alguna ayuda a sus vecinos musulmanes, que se habían apoderado, junto con el resto de reino, del viejo punto de apoyo visigodo al norte de los Pirineos: la provincia de Septimania con centro en Narbona. Pero Carlos también tenía aliados en la Provenza. Uno de los

documentos más interesantes que se ha conservado de aquella época es el testamento del patricio Abbo (de 739), un importante terrateniente provenzal, que había combatido en las campañas junto a Carlos y recibido numerosas recompensas a cambio. En los ducados satélites, el dominio del Martillo sobre Alamania ya se había completado en 734, cuando expulsó al linaje ducal de turno, y las relaciones con Baviera, tras algún conflicto inicial, se habían estrechado y habían pasado a ser amistosas después de que Carlos tomara a Swanahilda, una princesa bávara, como segunda esposa en la década de 720. Por otro lado, había afianzado su poder sobre los frisios, que todavía conservaban cierta autonomía, pero solo había hecho cierto ruido ocasional en dirección a los sajones.[13] A su muerte, el 22 de octubre de 741, los logros generales de Carlos eran enormes. De las regiones que conformaban el viejo núcleo de la Francia merovingia, solo Aquitania estaba fuera de su control directo, y su influencia sobre los ducados satélites era considerable. Una clara señal de la confianza en sí mismo que sentía en sus postreros años fue que al morir el último hombre de paja de su elección, Teuderico IV, en 737, no sintió la necesidad de nombrar a ningún otro. Durante los últimos cuatro años de su vida, Carlos gobernó Francia en su propio nombre, no como rey, sino como duque y príncipe de los francos (Dux et Princeps Francorum), y es muy probable que, a partir de la década de 720, los merovingios fueran finalmente reducidos a la función que les otorga Einhard. Pero queda una importante cuestión: por qué tuvo tanto éxito?

En realidad lo que hay que explicar es cómo consiguió sus victorias iniciales. Una vez empezó a vencer, entonces se

instaló una lógica directa: un éxito genera otro éxito. Esto funcionó tanto en Francia como en otros lugares a comienzos de la Edad Media en Europa, y la razón subyacente es muy simple. Tras la desaparición de las estructuras militares del viejo imperio romano, la composición de las fuerzas militares pasó a estar formada, en gran medida, no por profesionales a tiempo completo, sino por terratenientes acompañados de contingentes formados por sus dependientes más capaces, que probablemente, por lo menos en el caso de los propietarios más ricos, incluían a un puñado de matones más o menos profesionales. Estos terratenientes tenían el deber reconocido de proporcionar servicio militar, pero servían con mayor diligencia bajo un líder que pudiera aportar la victoria a sus seguidores, es decir, alguien que ya tuviese una trayectoria convincente. Y no era solo porque de este modo hubiera menos posibilidades de morir, sino porque se esperaba que un líder victorioso recompensase el servicio leal con gran generosidad, tanto en forma de bienes muebles (como queda ejemplificado en la fabulosa riqueza en oro del tesoro del siglo VII de Staffordshire recientemente excavado en Inglaterra, los reyes francos ya eran mucho más ricos que sus homólogos ingleses) como, para los más prominentes, en propiedades inmuebles de un tipo u otro. Ambas formas de riqueza tendían a estar mucho más al alcance de un vencedor que de un perdedor, puesto que los vencedores tenían todo el derecho a confiscar las riquezas y las tierras de los adversarios derrotados. Por esta misma razón negoció Carlos duramente con Eudo el retorno de Chilperico y la devolución de su tesoro al final de la guerra, y lo que generó la reputación del Martillo de ser excesivamente liberal con las propiedades de la Iglesia fue precisamente el proceso de recompensa de los partidarios leales (como el hijo de Drogón, Hugo).

A partir del momento de su victoria decisiva en 718, el palmarés de éxitos de Carlos se convirtió en una gran motivación para que nuevos partidarios se alistasen en sus filas, ya que tenía mucho que ofrecer. A su vez, esta misma disposición a servir en su ejército que tenían otros cuerpos de terratenientes militarizados (como la red de Abbo y sus seguidores en Provenza) incrementaba la posibilidad de que hubiera más victorias y por consiguiente más recompensas. No obstante, para poner en marcha este círculo virtuoso, hay que obtener una gran victoria inicial, y esto es precisamente lo que no explican nuestras fuentes. Sin embargo, pueden hacerse un par de observaciones que muy posiblemente se acerquen a la verdad. En primer lugar, no era tan sorprendente que la mayoría de terratenientes militarizados de Austrasia decidieran respaldar a Carlos Martel como heredero de Pipino, antes que a su nieto Teodaldo. No sabemos con exactitud cuando nació este último, pero no era más que un niño y, sin duda, no estaba en condiciones de proporcionar la clase de liderazgo militar efectivo necesario en la crisis política desatada por el fallecimiento de Pipino. Carlos era un varón adulto de veintiocho años, y un candidato mucho más creíble. Por otro lado, había estado desempeñando cierto cargo público en el séquito de su padre durante muchos años, probablemente sirviendo en algunas de sus campañas. Tenía muchas posibilidades de construir relaciones operativas con algunos de los principales partidarios de su padre, y es muy posible que fuera esta la razón de que le apoyaran a él antes que a su medio sobrino.

Las elecciones de estos terratenientes militarizados tenían también una segunda dimensión en cuanto a importancia. No solo eligieron a Carlos, sino que parece que le sirvieron como un bloque cohesionado con un grado considerable de lealtad de grupo. Por lo menos, no hay indicio en las fuentes de que ningún austrasiano viera al líder neustriano como fuente potencial más adecuada para conseguir mejores recompensas que su propio líder. Incluso en la crisis de 715 y 716, parece que Carlos pudo contar con el sólido apoyo austrasiano (aunque, claro está, era esencial no sufrir ninguna derrota importante en aquella coyuntura). Esto refleja la relativa solidez política que su padre, Pipino, había construido entre aquellos partidarios durante su propia vida de éxitos políticos. Desde la época de su victoria decisiva sobre todos los agresores en la batalla de Tertry, en 687, celebrada en las historias carolingias de tiempos de Carlomagno como el inicio del dominio efectivo de la dinastía sobre el mundo Pipino había creado lealtades entregando recompensas a manos llenas, obtenidas tanto en Francia como en las habituales campañas en el exterior (cuya importancia analizaremos en el siguiente capítulo). Es muy probable que el hecho de heredar aquella fuerza militarmente resistente de su padre ayudara a Carlos en los años iniciales de prueba.[14]

El único inconveniente del reinado de Carlos fue que a su muerte, en octubre de 741, dejó sus dominios enfrentados a una sucesión mucho más complicada, a su manera, que la que él había sufrido veintisiete años antes. En un aspecto, las cosas eran más fáciles. Ningún magnate neustriano importante, ni de ningún otro lugar de las tierras centrales de Francia, trató de utilizar la sucesión como oportunidad para acabar con el dominio dinástico carolingio. Esta es la verdadera medida del logro político de Carlos en el interior de Francia, porque la disputa dinástica interna que se desató fue tan sucia que si el gobierno del Martillo no hubiera estado tan sólidamente afianzado, probablemente ciertas redes aristocráticas con algún nexo con Neustria, Borgoña o Provenza habrían intentado reafirmar su independencia.

Sin embargo, en el seno de la propia dinastía, los efectos colaterales del fallecimiento de Carlos fueron espectaculares y de gran alcance. El duque y príncipe de los francos dejó tres hijos adultos de dos matrimonios legítimos: Carlomán y Pipino, habidos en su matrimonio con Rotruda (hija del obispo de Trier; mejor no preguntar...), y Grifo, de su segunda esposa, la princesa bávara Swanahilda. Tuvo también otros tres hijos con su concubina Ruodhaida, que, por lo que sabemos, nunca figuraron en los cálculos políticos de nadie. Según el cronista Fredegar (en realidad continuador del texto original del siglo VII), Carlos decidió justo antes de su muerte, en el año 741, que sus dominios se repartieran solo entre los dos hijos de Rotruda. No obstante, este añadido se escribió con posteridad, y hay buenos indicios de que Carlos tenía en mente una división en tres partes, que incluía a Grifo en el lote.

Sin embargo, Carlomán y Pipino no lo dudaron, y el recuento de cuerpos empieza a crecer. Ejecutaron al pobre viejo Teodaldo, el último varón descendiente de Pipino y Plectruda que quedaba, y que languidecía en una especie de custodia protegida, mostrando mucho menos remordimiento que su padre. Su hermanastro Grifo fue encarcelado más o

menos al mismo tiempo, y su madre, Swanahilda, despachada a un convento. Tras limpiar la maleza dinástica, se repartieron las tierras de su padre entre los dos en 742, antes, curiosamente, de encontrar a un manso hombre de paja merovingio (el último, llamado Childerico III) y nombrarlo rey en 743.

A menudo se ha esgrimido que esto se llevó a cabo para prevenir cualquier posible disturbio político de otros sectores no austrasianos de la nobleza franca, que podrían haber considerado que la sucesión les ofrecía una última y desesperada oportunidad para resistirse al hasta entonces imparable auge de la dinastía carolingia. No obstante, no hay ningún otro indicio de agitación interna seria entre los francos, y tengo la sospecha de que el nombramiento de un merovingio tenía por objetivo contribuir a mantener la paz entre los dos hermanos, que, a juzgar por la armonía fraternal que abundaba en la familia, debieron de ser siempre potenciales rivales tras eliminar a Grifo y al resto. Fuera cual fuere el motivo exacto, los hermanos mostraron después gran crueldad también hacia los forasteros. Los aquitanos estaban decididos a conservar su autonomía, por lo tanto la batalla comenzó en aquel frente, pero un intento de resistencia por parte de los alamanes obligó a Carlomán a convocar un consejo de toda la nobleza de la región en la vieja fortaleza de Canstatt en 746. Allí los asesinó a todos, y liberó sus bienes y sus tierras para repartirlas entre sus secuaces austrasianos en su mayoría. [15]

Llegados a este punto, parecía que la situación estaba apaciguada, pero resultó que aquello no había sido más que el primer acto de un proceso de sucesión en dos fases. En 747,

un año después de la masacre de Canstatt (así se la conoce), Carlomán tomó la extraordinaria decisión de retirarse de la política franca y partir hacia Roma por el bien de su alma (no para convertirse en monje). En cierto modo no se puede saber si aquello fue debido a Canstatt; se ha sugerido, por ejemplo, que podía estar abatido por los remordimientos. Es posible, pero un escenario alternativo podría ser que la masacre y las redistribuciones financieras tuvieran por objetivo generar los sentimientos de lealtad más afectuosos posibles hacia él y hacia su linaje en un momento en el que planeaba desaparecer. Así pues, el plan de Carlomán era que su hijo Drogón le sucediera, y para que este plan funcionase, como Plectruda había descubierto a su propia costa en 715, se necesitaba el consentimiento de una masa crítica de la aristocracia guerrera.

Inicialmente, todo parecía ir sobre ruedas. Carlomán se marchó a Roma y hay documentos de 747-748 que indican que Pipino gobernó al principio con ecuanimidad junto a su sobrino Drogón; ambos celebraron consejos de reforma de la Iglesia en 748 (un aspecto sumamente significativo al que volveremos en la Parte IV). Pero entonces el modelo de la política franca cambió para siempre. Con muy poca fanfarria ni explicación en nuestras fuentes, surge de pronto Pipino como rey de los francos, tras la celebración de algún tipo de consagración en 751 (aunque es posible que fuera en torno a 752). Para un acontecimiento tan rompedor y de tan gran alcance como el derrocamiento del último merovingio y la coronación del primer monarca carolingio, uno espera encontrar mucho estruendo histórico. El hecho de que no aparezca, y de que en algunos lugares nuestras fuentes

conserven relatos ligeramente contradictorios de lo que ocurrió, dice mucho. El acceso de Pipino al rango de la realeza implicaba una gran firmeza de carácter por su parte, firmeza que se manifestaba (y esta es la parte potencialmente desconcertante) directamente a expensas de otros miembros cercanos de su familia.

El proceso comenzó a finales del año 748, cuando Drogón desaparece de las fuentes. En abril de aquel año, la esposa de Pipino, Betrada, había dado a luz al primer hijo de Pipino, el futuro Carlomagno, y algunos se han preguntado si el nacimiento fue un momento crucial en el desarrollo de los cálculos de Pipino, brindándole una razón obvia para eliminar a su sobrino de la escena. Mi propia interpretación estaría más en la línea de que Pipino no podía dar ningún paso contra Drogón hasta haber preparado el terreno construyendo los contactos necesarios con los anteriores partidarios de su hermano. Si se presentaba la ocasión, ¿los hombres de su padre se levantarían y lucharían por Drogón o aceptarían el liderazgo de Pipino? Parece que Pipino hizo su trabajo perfectamente bien, porque, de hecho, no hay testimonio de ningún conflicto importante en 749-750 y sospecho que una verdadera guerra civil, por más incómoda que resultase, se habría colado en los archivos históricos. Al parecer Drogón tenía suficientes apoyos como para quedar fuera del alcance de las garras de Pipino, pero no los suficientes como para ofrecer resistencia en el campo de batalla, y alguien más aprovechó la ocasión para complicar las cosas todavía más ayudando también a Grifo a escapar de la custodia

No obstante, nada de esto pudo evitar que el carro político

de Pipino continuase hacia su destino final. Fuentes posteriores conceden gran importancia a la respuesta positiva recibida de una carta enviada por «los francos» al papa preguntándole si el hombre que verdaderamente ostentaba el poder debería también ostentar el título real, en vez de ser un cero a la izquierda. Sin embargo, no está claro que semejante misiva se enviase alguna vez (hay incongruencias en los relatos), y, como mito, era un excelente instrumento para cubrir la agresiva reafirmación de Pipino con una capa de legitimidad de procedencia divina. La coronación original de Pipino en 751-752 fue puramente un asunto de los francos, que pudo implicar o no una consagración al estilo del Antiguo Testamento. El papa solo acudió después para añadir su bendición. El papa Esteban tenía sus propias razones para viajar a Francia en 753-754, como veremos a continuación, pero para Pipino aquello fue extremadamente útil. Se organizó una segunda ceremonia en 754, esta vez incluyendo una consagración, que ayudó a atar los últimos cabos sueltos. En 753, con el papa de camino, Drogón y su hermano pequeño, cuyo nombre no se menciona, fueron puestos definitivamente bajo custodia, y Grifo fue asesinado. También el propio Carlomán regresó nuevamente a Francia siguiendo los pasos del papa, pero fue rápidamente despachado al monasterio donde moriría en 755.

El último viaje de Carlomán ha generado interminables especulaciones. ¿Intentaba salvar a su hijo? Hay un informe tardío de que llegó como emisario en nombre de los lombardos. No obstante, tras la coronación de Pipino no había forma de que Drogón compartiera el poder, y sospecho que el regreso de Carlomán a Francia fue una exigencia de

Pipino como parte del precio del acuerdo que el papa trataba de cerrar. Tras deshacerse de sus retoños, Carlomán representaba el último cabo suelto que Pipino no quería dejar pendiente. Quizás el retorno de Carlomán fue el precio que tuvo que pagar para asegurarse de que su hijo viviera sus días en un monasterio (como parece que hizo) sin compartir el destino del asesinado Grifo. En cualquier caso, la visita papal no fue más que la guinda necesaria de un pastel fundamentalmente franco, y la mayoría de los viejos partidarios de Carlomán había aceptado sus invitaciones a la ceremonia. [16]

Con esto, la línea de los mayordomos austrasianos puso el sello en su acceso al poder real. Carlos Martel se desembarazó de la oposición y colocó a su linaje muy por encima de sus antiguos pares en las otras regiones centrales de Francia. Las maniobras políticas de Pipino ayudaron a que cada uno alcanzara el fin natural de la carrera de su padre: los carolingios y no merovingios tenían que abastecer a la monarquía de los francos.

La donación de Carlomagno

Como nuestros dos anteriores actos de restitución imperial, el hedor de la contingencia se cierne sobre los acontecimientos que condujeron a la Navidad de 800. No hay indicios de que Pipino albergara ni siquiera la más vaga de las ambiciones imperiales, y tuvieron que producirse muchos accidentes antes de que el pensamiento cobrara forma para su

hijo. Sin embargo, es verdad que las razones que predispusieron al papa Esteban a viajar a Francia, para desempeñar su papel de figurante en la segunda ceremonia de la adquisición del manto de la realeza por parte de Pipino, constituyen el trasfondo crucial que conduce al título imperial de Carlomagno.

Los motivos tenían sus raíces en acontecimientos ocurridos a dos mil kilómetros de distancia y más al este. Como vimos en el capítulo anterior, el primer asalto de las conquistas musulmanas en las décadas centrales del siglo VII robó al Imperio Romano de Oriente sus posesiones más ricas en el Oriente Medio y Próximo, y lo degradó del estatus de potencia mundial al estatus de potencia regional. No obstante, todavía no había llegado el fin de sus luchas. El conflicto con el califato se intensificó de nuevo a partir de la década de 690 y comienzos de la de 700, con la capital imperial enfrentada a las fuerzas musulmanas de asedio durante un año entero en 717-718. Sobrevivió, pero solo por los pelos, y a ello le siguieron pérdidas debilitadoras en Asia Menor en las décadas de 720 y 730. El frente oriental tenía que ser simplemente la máxima prioridad de Constantinopla, y no había capacidad militar ni económica sobrante para las importantes partes de Italia que habían quedado bajo su control después de la invasión lombarda. Como veremos más detalladamente en el capítulo 7, ambas cosas permitieron que la región en torno a la ciudad de Roma surgiera como estado independiente bajo el control papal, con el nombre de República de San Pedro, y alentaron a los reyes lombardos a desarrollar ambiciones más expansionistas en la península.

En un inicio, el papado consideró que una alianza con el

duque lombardo independiente de Spoleto era suficiente para rechazar a la monarquía lombarda en el norte, pero en la década de 740 el papa Zacarías se vio obligado a tratar directamente con ellos, negociando la paz (a cambio de alguna cesión de territorio) con el rey Liutprando (712-744). No obstante, mientras la posición bizantina continuaba debilitándose, en 751, cuando Pipino se hacía coronar rey, el sucesor de Liutprando, Astolfo, entró victorioso en Ravena y en el ducado vecino de Pentápolis (con base en cinco ciudades costeras del Adriático entre Rímini y Ancona; Figura 13). Las fuerzas de Astolfo avanzaban también hacia la península de Istria tras haber firmado la paz con los venecianos. A continuación dirigió sus ambiciones hacia Roma.[17]Fue precisamente esta situación estratégica la que puso al papa Esteban de camino a Francia en 753. Estaba harto contento de que la influencia de Constantinopla se hubiera reducido, pero no tenía ningún deseo de reemplazar el dominio bizantino por el de los monarcas lombardos. Para él, los francos eran el evidente contrapeso frente a las ambiciones lombardas, y puesto que Pipino quería que el papa bendijese formalmente sus acciones él estaba dispuesto a desempeñar el papel prescrito. Dispuesto, sí, pero hasta cierto punto. En 755 y 756, condujo a sus ejércitos a través de los Alpes y asedió al rey lombardo en su capital de Pavía. En 755, Astolfo había aceptado entregar al papa el control de los territorios del viejo exarcado y Pentápolis, pero, tan pronto como Pipino regresó a casa, Astolfo se desdijo de su palabra y puso asedio a Roma. Pipino volvió para llevar a cabo una repetición de la misma rutina de Pavía, con el mismo resultado. Astolfo aceptó otra vez el mismo tratado (como

también hizo su sucesor Desiderio en 757) y Pipino regresó a Francia, donde se enfrentó a cuestiones mucho más acuciantes.

Así quedó la situación durante el resto del reinado de Pipino. No se hizo nada para forzar la entrega acordada de tierras y la monarquía lombarda se contentó con dejar a Roma en paz: se había alcanzado un nuevo equilibrio en el norte y centro de la Italia posbizantina. Esta situación convenía a Pipino y a sus magnates, que estaban más interesados en sus propios asuntos. Aparte de la extraña campaña contra los sajones (en 753 y 758), durante el resto de su reinado Pipino centró firmemente su atención en asegurar su control de la Galia. Desde 752 hasta 759 se llevaron a cabo, en primer lugar, varias campañas triunfales para someter nuevamente bajo su control a la vieja provincia visigoda de manos de la administración Septimania, ahora en musulmana. Después, la atención se desvió hacia Aquitania, que en el siglo VI había sido parte del reino merovingio, pero donde una tenaz casa ducal había establecido una posición independiente a comienzos del siglo VIII. A partir de 759, Pipino machacó inexorablemente el territorio aquitano hasta que, tras una serie de derrotas, el entonces duque Waifer (nieto de Eudo, con el que Carlos Martel había combatido en Poitiers en 732) fue asesinado por algunos de sus hombres en 768. En consecuencia, el conflicto se acercaba rápidamente a su fin, cuando Pipino murió, al parecer inesperadamente, en septiembre de 768. Esto dio un breve atisbo de esperanza al hijo de Waifer, Hunoaldo. Lo que es más importante, una nueva saga sucesoria, que vincularía la dinastía carolingia más firmemente al papado y finalmente generaría su pretensión al

trono imperial occidental, estaba a punto de irrumpir.[18]

La muerte de Pipino no ocasionó ningún desafío al linaje carolingio en el interior de Francia, y el poder pasó sin percances a sus dos hijos, Carlos y Carlomán. Sin embargo, surgió la tradición fraterna de la familia y, al cabo de un año, los dos estaban enfrentados. Tras una demostración inicial de solidaridad, le correspondió a Carlos acabar con Hunoaldo de Aquitania en 769, mientras que su madre trataba de concertar un matrimonio entre él y una hija (probablemente llamada Gerperga) del rey lombardo Desiderio. Otra de las hijas de Desiderio estaba casada también con el duque de Baviera y, por lo tanto, este matrimonio parece pensado para urdir una red de alianzas entre Carlos, los lombardos y los bávaros, dejando fuera, y por consiguiente amenazando, a Carlomán (Figura 12). Como los dos hermanos tenían los mismos padres, no había madrastras como Plectruda que tuviesen favoritismos. Fuentes posteriores presentan a Carlomán como una persona mezquina, autocompasiva y fácil de adular, y es posible que actuase movida por la lucidez y un despiadado análisis para decidir cuál de sus hijos sería mejor rey (el mismo tipo de análisis, junto con cuestiones de avaricia e interés, que guiaba las elecciones políticas de los aristócratas clave), pero estas caracterizaciones se remontan todas a mucho tiempo después de su muerte. Carlomán no era el se sentía amenazado. Las negociaciones matrimoniales generaron también cartas desde Roma, que se han conservado, en las que el papa Esteban estaba fuera de sí ante la perspectiva de una alianza matrimonial entre uno de los reyes francos y los lombardos, que todavía merodeaban amenazadores sobre los territorios papales (y que todavía no

habían cumplido ninguna de las promesas formuladas en los acuerdos de la década de 750).

No está claro si, o mejor dicho *cuándo*, la frialdad fraterna dio paso al conflicto, porque de nuevo intervino la casualidad en forma de un temprano fallecimiento de Carlomán, el 4 de diciembre de 771. Carlos inmediatamente tomó el control del reino de su hermano, y el hecho de que sus magnates no mostrasen la menor inclinación a resistirse quizás sea un indicio de que Carlomán ni era amado ni era eficiente. Carlos zanjó también las negociaciones matrimoniales con los lombardos, cosa que pone de manifiesto que el propósito había sido formar una red de alianzas contra su hermano, pero con la muerte de este el asunto carecía de sentido.

Las consecuencias fueron fascinantes. En un súbito cambio de opinión, la viuda de Carlomán, Gerberga (esta es Gerberga con «b», no Gerperga con «p»), huyó en busca de refugio hacia el rey lombardo, tal era la confianza que tenía en Carlos, teniendo en cuenta el destino de sus sobrinos y sobrinas. Desiderio no solo se sentía seriamente agraviado por la ruptura de las negociaciones matrimoniales, y por lo tanto dispuesto a acogerla, sino que decidió que con los francos cualquier cosa podía suceder y empezó, otra vez, a penetrar en las posesiones papales del centro de Italia que antes había abandonado ante la insistencia de los francos. Probablemente la muerte del papa Esteban, en enero de 772, y el nombramiento de Adriano I le animaron en su acción. Los primeros meses del reinado de cualquier monarca proporcionan un excelente momento para poner a prueba su temple.

No se sabe con certeza si, o hasta qué punto, en otras

circunstancias le hubiera importado a Carlos que Desiderio saliera de su encierro, pero estaba presionado por poderosas razones dinásticas y, a finales de 773, condujo a un gran ejército a través de los Alpes. El rey lombardo sin duda pensaba que se iba a reproducir la situación de 755 y 756, cuando Pipino no tenía el suficiente respaldo político para alejado del corazón del territorio franco permanecer demasiado tiempo. Todo cuanto tuvo que hacer su predecesor fue ocultarse tras las murallas de Pavía, aceptar un tratado para salvar las apariencias, y los francos se marcharían sin haber causado demasiados daños. Sin embargo, Carlos tenía el suficiente respaldo como para quedarse, indicio este, una vez más, de que la expansión de su autoridad en el dominio de su hermano no había generado ninguna amargura política potencialmente peligrosa. El ejército franco asedió Pavía durante todo el invierno y Carlos hizo una prolongada visita a Roma. En Pascua de 774, Desiderio se percató de que la situación era desesperada y se rindió. Fue enviado al norte para convertirse en monje en el monasterio de Corbie, mientras que los hijos de Carlomán fueron entregados a su tío y desaparecieron misteriosamente. No hay documentación alguna del lugar donde fueron enterrados los cuerpos.[19]

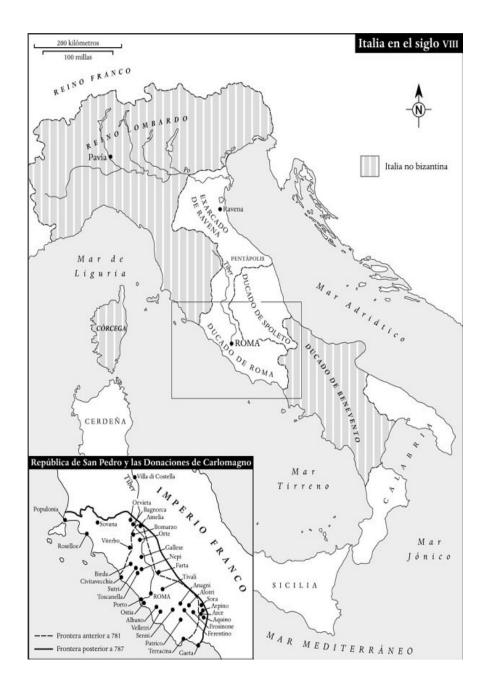
Llegados a este punto, hemos de empezar a familiarizarnos con algunas de las ideas que subyacen detrás de una de las mayores falsificaciones de todos los tiempos: la *Donación de Constantino*. En su forma completa y final, estas ideas originales y unas cuantas más se plasmarían en un falso

documento, el Constitutum Constantini, para citarlo con su título formal, que aseguraba conservar el texto de una concesión oficial del primer emperador cristiano romano, Constantino I. En él, el emperador concede al papa Silvestre I y a sus sucesores, como herederos de san Pedro, el dominio no solo de la ciudad de Roma, sino también de todo el territorio del viejo imperio occidental: todo lo que se encontraba entre la Muralla de Adriano y la cadena montañosa del Atlas en el África del Norte. Constantino hace este asombroso regalo, nos dice la Donación, como respuesta gozosa al bautismo y a las enseñanzas de Silvestre, y también porque el papa le había curado milagrosamente de la lepra. El Constitutum tal como lo conocemos se habría falsificado en un contexto diferente, como veremos en el capítulo final, pero algunas de las ideas clave incorporadas en esta última falsificación estaban vivas y coleando en la Roma de finales del siglo VIII. Aparecen por primera vez en una carta de 778 del papa Adriano I a Carlos, que se conserva porque los francos mantenían un archivo de la correspondencia papal, que más tarde fue copiada y conservada en el Codex Carolinus. La carta incluye una famosa exhortación:

Y justo como en tiempos del bendito pontífice romano Silvestre, la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana de Dios fue elevada y exaltada, y mediante recompensa, por el muy piadoso Constantino de santa memoria, gran emperador, que se dignó a otorgarle el poder en estas regiones occidentales, que también en estos tiempos felices en los que ambos vivimos pueda la Santa Iglesia de Dios, es decir, la de san Pedro el apóstol, florecer y gozar y continuar enalteciéndose todavía más.

No hay premio para la economía verbal, pero este no era el asunto.

La repentina aparición de este conjunto de ideas estaba estrechamente relacionada con el modo en que Carlos había respondido a la rendición de Desiderio. Es posible que al principio asuntos familiares altamente contingentes condujesen al rey franco a Italia, pero, tras haber destruido al actual monarca lombardo para resolverlos, Carlos aprovechó la oportunidad para incrementar su estatus real a un nivel sin precedentes. En vez de buscar a un príncipe pelele y manejable entre la alta nobleza lombarda, Carlos hizo algo que nadie había hecho desde hacía varios siglos: se declaró a sí mismo rey del estado que sus fuerzas acababan de conquistar. No abolió el concepto de reino lombardo, ni muchos de los detalles de su funcionamiento independiente, pero añadió el nuevo título al ya existente, y a partir del verano de 774 en adelante se convirtió en rey de los francos y de los lombardos. Ratificó en sus cargos a muchos de los viejos funcionarios y nobles, pero Carlos se aseguró, durante los años que siguieron, de que todo sucediese en los términos que él había decretado. Añadió el reino lombardo, de título y de hecho, al reino franco unificado que había creado eliminando la línea sucesoria de su hermano.



En este contexto tan cargado, la historia de los regalos de Constantino a Silvestre (aunque parte de ella tenía en aquellos momentos varios siglos: el papa bautizando y curando al emperador es un completo absurdo pero aparece en la vida de Silvestre del siglo VI en el Liber Pontificalis) adquirió un nuevo e inmediato significado. Desde la eliminación de los lombardos del gobierno bizantino sobre el exarcado de Ravena y las ciudades de la Pentápolis, los papas se habían sentido angustiados no solo ante la posibilidad de que Roma fuera la siguiente en la lista de compras de los lombardos, sino también, de forma más positiva, por asegurar su dominio sobre cualquier propiedad territorial del papado en el interior de aquellas regiones que ahora estaban bajo el gobierno lombardo, y establecer un derecho papal sobre parte de sus antiguos ingresos públicos (generados por mecanismos tales como impuestos, peajes, porcentajes de sanciones legales). Fue precisamente sobre estos asuntos sobre los que el papa Esteban había conseguido las promesas de Pipino a mediados de la década de 759, pero en la práctica Pipino nunca había entregado demasiado.

Sin embargo, después de que su hijo se nombrase a sí mismo rey de los lombardos, la situación parecía mucho más prometedora. Carlos controlaba por completo los territorios en disputa y estaba en condiciones de realizar sustanciosas donaciones. No obstante, no sucedió nada de forma inmediata y, por lo tanto, las cartas de Adriano de finales de la década de 770 están llenas de referencias a la necesidad de que Carlos, por el bien de sus almas, por supuesto, cumpliese las promesas hechas por su padre. En este contexto, la pretensión de que, en el siglo IV, el emperador Constantino hubiese hecho aquellos enormes obsequios al papa Silvestre tenía un significado evidente. En aquel momento, Adriano no tenía en mente el control del viejo imperio occidental, sino algo

mucho más prosaico. Tras haber empezado haciendo referencia a Constantino de manera tan excelsa, la carta de Adriano se centró en el verdadero asunto. Carlomagno es equiparado directamente al viejo emperador al definirlo como «un nuevo Constantino», y mediante esta equiparación se le insta a seguir el ejemplo de su generosidad con la Iglesia de San Pedro. Aquí el papa mencionaba en particular «posesiones de las regiones toscanas, Spoleto y Benevento, Córcega, y el patrimonio sabino», y enviaba al rey, junto con la carta, a sus representantes armados con la conveniente documentación para demostrar los derechos legales del papa sobre aquellas propiedades de las que reclamaba un interés económico.[20]

Al final, toda aquella presión dio resultado, aunque, para ser justos, Carlos necesitó varios años para consolidar su poder sobre sus nuevos territorios italianos, y es posible que su intención hubiera sido siempre la de hacer las concesiones que finalmente hizo. En cualquier caso, en 781 y de nuevo en 787 hizo al papado dos concesiones en bloque de derechos financieros, que daban a Adriano gran parte de lo que había estado reclamando desde 774. Los textos originales de estas concesiones no se han conservado, pero tenemos la confirmación de las mismas hecha por su hijo Luis el Piadoso en 819, y eran verdaderamente generosas. Carlos no otorgó al papado la completa soberanía sobre los territorios bizantinos del exarcado ni de la Pentápolis, que al parecer había prometido su padre Pipino, pero concedió a Adriano ciertos derechos nuevos en aquellas zonas, así como la devolución de muchas propiedades papales individuales dispersas por aquellas tierras. En concesiones separadas transfirió también al papa la total soberanía de nuevos bloques de territorio alrededor de la ciudad de Roma, en su mayoría en 781, pero con un suplemento en 787 tras la conquista de Benevento. Por si fuera poco, incluyó la isla de Córcega en el lote (Figura 13). En total, el rey garantizó al papado un importante incremento de sus ingresos anuales.[21]

Una cosa que siempre resulta muy difícil de juzgar es el grado de mendacidad implicado en la creación y transmisión de una idea falsa del pasado. Parte de la historia de Constantino y Silvestre, el bautismo y la curación, era una mentira tan vieja en tiempos del papa Adriano I que probablemente él mismo la creía cierta. Es imposible saber si también era verdad la dimensión extra de su carta, es decir, que la curación y el bautismo condujeron a una transferencia general de autoridad a la sede de Roma. En un contexto en que el papado tenía que reestructurarse a sí mismo frente a la repentina explosión del poder franco en Italia, la relación era tan oportuna que uno se pregunta si un consejero papal la soñó mientras Adriano estaba ocupado dictando su carta, cuatro años después de la conquista de los lombardos, para proporcionar aquel estímulo retórico añadido frente a la hasta ahora obstinada negación de Carlomagno a entregar al papa su parte de los despojos. No obstante, lo que se ha conservado de los círculos papales entre los siglos VI y VIII es tan incompleto que incluso esta asociación pudo haber sido urdida mucho tiempo antes. En cualquier caso, la historia de Constantino y Silvestre sin duda contribuyó a acelerar las cosas y, tres años después, cuando el papado finalmente consiguió su parte de la gran conquista de Carlos, Adriano estaba sin duda muy agradecido. Sin embargo, hay poderosas

razones para pensar que, incluso después de la entrega de los regalos, otras de las consecuencias del éxito de Carlos seguían preocupando al papa, y que, a un nivel secundario, la reelaborada historia de Constantino y Silvestre pudo haber sido deliberadamente planteada para exponer también dichas preocupaciones.

Estas inquietudes tenían sus raíces en la grandeza sin precedentes de la posición que Carlos se estaba labrando en el seno de la cristiandad latina. En el momento en que añadió el reino lombardo a los dominios que ya poseía, la totalidad de sus posesiones coincidía a grandes rasgos con los territorios del viejo Imperio Romano de Occidente. La Italia lombarda y el reino franco unificado (que ya incluía a todos los territorios centrales además de Alamania, Frisia y Turingia) dotaron a Carlos del control directo de una zona territorial que era mucho más amplia que cualquier otra conseguida por el más grande de los merovingios del siglo VI, o por cualquier predecesor franco. Por otro lado, 774 tampoco fue el fin de la El control de los dos ducados lombardos historia independientes de Benevento y Spoleto fue debidamente añadido al lote, y una incursión no provocada en territorio bávaro en 787-788 situó al último de los viejos ducados satélites bajo el gobierno directo de Carlos. Entretanto, se libraba una larga y cruenta contienda por conquistar Sajonia y extinguir el paganismo que predominaba allí. La acción había empezado en serio en 772, y el primer asalto se prolongó hasta mediados de la década de 780, incluyendo conversiones forzadas y una masacre de 4.500 adversarios en 782. Tras una breve pausa, estalló una nueva rebelión en 793, pero el segundo asalto se limitó básicamente al norte de Sajonia, donde terminó con un último asalto deportaciones en masa en 804. Pero ni siquiera esto agota la lista de conquistas, puesto que también hay que añadir un importante grado de expansión en el norte de Hispania, y la total destrucción del reino ávaro entre 791 y 796, tras la cual, como tradicionalmente relata Einhard, una larga fila de carros repletos de tesoros emprendió el camino de vuelta a Francia. [22] Tras esta asombrosa carrera de conquistas, y en realidad desde el momento de la rendición de Desiderio, Carlos se convirtió efectivamente en Carlomagno: Carlos el Grande, sin rival en toda la cristiandad latina. alcance de El -Constantinopla se limitaba en aquellos momentos a algunos territorios dispersos en el sur de Italia, y el linaje de los monarcas visigodos en Hispania había quedado extinguido por la conquista musulmana. El hecho de que Carlomagno escribiera algunas cartas vagamente respetuosas al rey Offa de Mercia en la década de 790 ha inducido a algunos a considerar a Offa un genuino par, pero esto no tiene ningún sentido. Carlomagno gobernaba en gran parte de la Europa central y occidental, mientras que el alcance de Offa se extendía a un señorío de los condados del sur de Inglaterra (Figura 12).[23] Sencillamente no había competencia.

Lo que preocupaba al papado no eran simplemente los éxitos continuados de Carlomagno, dos de los cuales, las conquistas de los sajones y de los ávaros, expandieron las fronteras de la cristiandad al extinguir diversos tipos de paganismo. El problema residía en la importancia que Carlomagno y su círculo de consejeros, laicos y clérigos, pudieran concederles. Como gobernante de más de un reino independiente y unificador de gran parte de la Europa

cristiana latina, Carlomagno era evidentemente mucho más que un rey, y el título de «emperador» acabaría llegando en cualquier instante. El momento en que esto sucedió es una cuestión complicada para el propio Carlomagno. En la década de 790, hay evidencias explícitas de que en el círculo de la corte de Carlomagno se debatía acerca del título de emperador como el más apropiado para su nuevo estatus. Tanto el título específico de emperador como el concepto más general de imperio surgen en los escritos de los intelectuales de la corte de la época, pero esto no significa que aquellas ideas no hubieran estado rondando ya durante algún tiempo.

Mi impresión es que la conquista de los lombardos fue lo que realmente cambió las reglas del juego. Cuando los reyes tuvieron tiempo para pensar en aquel logro sin precedentes de manera reflexiva, la palabra «imperio» debió de resultar inevitable para una entidad que ahora incluía a más de un reino. Más importante incluso que aquello que Carlomagno había creado era la pregunta relacionada: ¿por qué había podido crearlo? Teniendo en cuenta el punto de vista cristiano medieval del progreso histórico, no había elección posible en cuanto a la respuesta a esta pregunta. Carlomagno había podido crear su imperio de múltiples reinos porque Dios así lo había querido; se había convertido en el agente de Dios en el mundo.[24] Tales ideas habían permitido desde hacía tiempo que los emperadores y los reyes interfirieran en los asuntos eclesiásticos cuando lo considerasen oportuno y, en la década de 790, Carlomagno, una vez más, había ejercido su autoridad religiosa de manera harto significativa. La llegó casualmente oportunidad de la de Constantinopla. El constante flujo de pérdidas que estaba sufriendo a manos de los musulmanes durante la primera mitad del siglo VIII (las mismas pérdidas que habían permitido a los lombardos apoderarse de Ravena) acabó generando una crisis ideológica. Si el cristianismo era la verdadera religión y el emperador de Oriente había sido nombrado por Dios, ¿por qué el imperio, supuestamente apoyado por una divinidad omnipotente, estaba perdiendo tantas batallas frente a una caterva de no creyentes? Había una respuesta obvia extraída del Antiguo Testamento, donde los hijos de Israel son castigados con frecuencia por caer en falsas prácticas religiosas: el imperio estaba haciendo algo que ofendía al Señor, que había enviado a los musulmanes como advertencia para que su pueblo regresara al sendero de la rectitud.

Lo que ya era más opcional era la respuesta exacta de lo que Dios consideraba tan ofensivo. Bajo los emperadores León III Constantino V, la clase dirigente hijo constantinopolitana llegó formalmente al convencimiento, por motivos que todavía son confusos, de que el problema era la práctica de la veneración de iconos: imágenes sagradas. En el cristianismo oriental, se consideraba que los iconos captaban algo de la esencia de sus imágenes, de manera que podían funcionar como una línea directa religiosa con el santo, la Madre de Dios, Jesús o cualquiera que estuviera representado en el retrato. En otras palabras, un icono era una especie de reliquia y podía utilizarse como portal, una «ventana al cielo», para conseguir acceso al poder sagrado intermediario en cuestión. Por lo que sabemos, la adoración de los iconos formaba parte del cristianismo oriental desde hacía tiempo, pero desde c. 700 arraigó la idea de que los iconos eran de hecho «ídolos», como los proscritos en los Diez Mandamientos, y que era precisamente esta práctica lo que irritaba al Todopoderoso. Bajo León y Constantino se destruyeron los iconos y se prohibió que fueran venerados, pero esta doctrina nunca se aceptó en Occidente, y una serie de papas se dedicó a tachar de herética la visión constantinopolitana oficial. La situación volvió a cambiar a finales de la década de 780, cuando un nuevo régimen imperial encabezado por la emperatriz Irene, que había apartado y cegado a su propio hijo Constantino VI (otro ejemplo del amor en las familias reales de la Alta Edad Media), orquestó un cambio religioso. Se celebró un nuevo concilio en Nicea en 787, y los iconos, con toda su gloria como fuerza motriz religiosa, volvieron a estar de moda. Cuando las noticias llegaron a Occidente, el papa Adriano declaró su gran alegría y celebró el regreso de Constantinopla al redil religioso.[25]

Carlomagno y sus eclesiásticos adoptaron un punto de vista diferente. Tras minuciosos preparativos, el rey convocó un importante sínodo en Frankfurt, donde se acordó una postura diferente de la defendida por Adriano, justo delante de las narices de los representantes papales. Todos coincidieron en que las imágenes religiosas eran perfectamente aceptables, pero solo para instruir: la doctrina constantinopolitana de los iconos como reliquias de poder fue rechazada. El objetivo principal de la autoafirmación de Carlomagno era sin duda Constantinopla, no Roma. En aquellas fechas, en torno al círculo de Carlomagno se hablaba ya de imperio y, por lo menos al principio, la excusa utilizada para justificar una potencial reafirmación de un imperio en

Occidente era que la versión constantinopolitana del mismo había funcionado muy mal. Así pues, el error religioso era un excelente bastón con el que golpear a los bizantinos. A medida que avanzaba la década de 790, el ataque se reforzaría con el pensamiento de que, según la visión bíblica de la correcta ordenación de las relaciones entre hombres y mujeres, era evidente que una mujer, Irene, claro está, no podía ostentar legítimamente el cargo de emperador de Dios: el líder de la cristiandad elegido por Dios. Esta agresiva declaración dirigida a Constantinopla demuestra que las habladurías de imperio en la corte de Carlomagno no eran un simple juego de sus intelectuales. El hecho de que se gastase tanta energía en argumentar que la versión bizantina del imperio era ilegítima a los ojos de Dios, demuestra enseguida que el propio Carlomagno tenía los ojos puestos en el premio imperial.[26]Desde el punto de vista papal, todo esto acarreaba un importante problema. Tal como ponía de manifiesto la conducta de Carlomagno, el único concepto de imperio disponible a finales del siglo VIII tenía fuertes connotaciones de autoridad religiosa por la idea del nombramiento divino. Y el rey, como veremos en el capítulo 7, ya estaba ejerciendo su autoridad en la esfera religiosa, no solo en Frankfurt, sino de forma más general.

Las pretensiones imperiales de Carlomagno significaban que el último heredero de san Pedro se enfrentaba a un formidable rival por el liderazgo en el seno de la Iglesia latina occidental, y Frankfurt había demostrado que el rey no tenía remordimientos en cuanto a ejercer su propia autoridad religiosa a expensas de la de Roma. Todo esto saltó a la luz en la década de 790, pero el vínculo fundamental de la Alta Edad

Media entre el poder mundano y la voluntad de Dios significa que aquellas ideas ya estaban presentes desde el momento en que Desiderio se rindió. Por consiguiente, en los años que siguieron a 774, a pesar de que la república romana se había beneficiado materialmente de sus concesiones de 781 y 787, el papado no podía dejar de percibir a Carlomagno como una amenaza a su autoridad religiosa, y tenemos evidencias de una determinación natural por su parte a imponer límites a las pretensiones del rey.

En las cartas papales del Codex Carolinus de la década de 770 ya se manifiesta una dimensión de la respuesta ideológica al desafío de Carlomagno. Allí donde las fuentes francas atribuyen unánimemente a Dios los éxitos de su rey, las cartas papales los atribuyen a la intercesión de san Pedro, la retribución por la lealtad de Carlos a Roma. Sin duda, esta línea de ataque fue adoptada en parte para que contribuyese a la obtención del mejor pacto posible con Carlomagno después de la conquista de los lombardos, puesto que la implicación era que, si el rey no cumplía sus promesas, san Pedro podía impedir de nuevo la victoria. No obstante, implícitamente limitaba el papel de Carlomagno en los designios de Dios, al sugerir que el Todopoderoso no actuaba directamente a través de Carlomagno sino solo a través del papa y san Pedro. En otras palabras, el propósito central de Dios, en realidad, no era colocar a Carlomagno a la cabeza de la cristiandad occidental, sino reforzar la Iglesia de Roma. [27]

En este contexto, las ideas que finalmente se escribirían en la *Donación de Constantino* tienen una segunda e importante dimensión, más allá de su evidente relevancia para la apropiación territorial del papado. Muy explícitamente,

presentan el argumento de que no había justificación alguna para un emperador en Occidente, puesto que Constantino había dejado el dominio de todo el Imperio de Occidente al papa Silvestre cuando se marchó a Constantinopla. Dado que Carlomagno había empezado a parecer un emperador desde el momento en que conquistó el reino lombardo y que pronto se interesó en la adquisición del título, y dado que los emperadores, por derecho del nombramiento divino, podían ejercer autoridad religiosa a gran escala, esta dimensión del argumento papal no puede ser una mera coincidencia. Aunque el papado se hubiera beneficiado enormemente de las victorias de Carlomagno, también era evidente que, al mismo tiempo, estaba haciendo todo lo posible para que sus éxitos no se descontrolasen. La historia de Constantino y Silvestre, junto con el decidido intento de atribuirlo todo a la intercesión de san Pedro, muestran que los éxitos de Carlomagno habían encendido enseguida todas las alarmas en la sede de Adriano.

Ahora estamos, por fin, a un paso de comprender la dinámica histórica que se oculta detrás de la Navidad de 800. Desde el momento en que eligió provocar una pelea sobre el fin de la iconoclasia en fecha absolutamente tardía, y yo diría que bastante temprana, Carlomagno tenía los ojos puestos en el título imperial, con un total conocimiento de su significado tradicional romano (que se conservaba en la Constantinopla contemporánea) de suprema autoridad por designio divino, seglar y religiosa, dentro de la cristiandad. El papado estaba harto satisfecho con el beneficio que le proporcionaban algunos de los frutos de su conquista, pero no quería que la titulatura imperial se añadiera a la carrera de Carlomagno.

Esto nos deja con dos incógnitas finales. Puesto que lo último que el papado quería era resucitar el título imperial, ¿por qué encontramos al papa León coronando emperador a Carlomagno? ¿Y por qué, a pesar de la abrumadora evidencia de lo contrario, sostiene Einhard que Carlomagno nunca habría entrado en San Pedro si hubiera sabido lo que iba a ocurrir?

Los peligros del papa León

La respuesta a la segunda pregunta es sencilla. El único emperador legítimo, según todas las definiciones de la propaganda oficial, era aquel que había sido nombrado por Dios. Sin duda, el truco era cómo estar seguro de que un determinado individuo había sido designado por Dios, porque la teoría permitía que de modo eventual los emperadores ilegítimos nombrados por el hombre pudieran acceder al puesto de vez en cuando.

En términos generales, se utilizaban dos indicadores. Primero, un emperador auténticamente designado por Dios tendría éxito, puesto que Dios era una divinidad omnipotente. Por consiguiente, las victorias militares eran consideradas la señal por excelencia de la verdadera legitimidad sancionada por Dios. Segundo, un individuo verdaderamente elegido por designio divino no podía más que convertirse en emperador, hiciesen lo que hiciesen los demás, porque era voluntad de Dios. Por el contrario, la arrogante ambición era un signo claro de que el individuo en

cuestión no era digno del cargo. Así, como es de sobra sabido, el emperador Juliano masculló «La muerte púrpura me ha apresado» cuando fue nombrado césar por su primo el Augusto Constantino II, una cita homérica que podía ser utilizada para manifestar resistencia a un ascenso no deseado. Por esta misma razón, Juliano tuvo mucha cautela al mostrar una cierta negación más o menos plausible cuando después tropas lo saludaron como augusto, desafiando directamente la autoridad de Constantino, cuando todos los indicios señalan que no solo sabía que sus tropas iban a proclamarlo, sino que él mismo había mandado organizarlo todo. El mismo tropo era habitual en el contexto cristiano, donde no tardó en ponerse de moda para quedar plasmado en la Vida de todo individuo santo: el haber hecho todo lo posible por evitar el oficio episcopal antes de acabar cediendo al no haber otra elección.[28] Y esta era sin duda la señal perfecta del verdadero nombramiento divino: si Dios lo quería, al final, no había forma de evitarlo.

Einhard conocía bien los clásicos y redactó la biografía de Carlomagno siguiendo el modelo de Suetonio, exhibiendo además gran conocimiento de una amplia variedad de textos antiguos. Sin duda sabía mucho, como la mayoría de intelectuales de la corte, acerca de cómo podía identificarse el verdadero nombramiento divino. En otras palabras, Carlomagno y sus consejeros sabían perfectamente bien que si se les cogía con las manos en la caja imperial de forma demasiado evidente, entonces la presentación de su hombre como designado por Dios sonaría falsa. Este era, pues, el dilema de Carlomagno frente a una tradición imperial occidental que se había roto en el siglo v. Con la definitiva

derrota del reino lombardo, había cumplido con creces el criterio de victoria militar, y el resto de su reinado simplemente acabó de confirmar el respaldo de Dios a medida que iban cayendo en sus manos a punta de espada un territorio tras otro. No obstante, si Dios indicaba de esta forma que Carlomagno era el elegido para ser su emperador, ¿cómo podía proclamarse esto a voces si ni a Carlomagno ni a sus consejeros les estaba permitido hacerlo?

Es evidente que ya desde comienzos de la década de 790 en adelante estaban inquietos al respecto, y, como veremos más detalladamente en la última parte del libro, el programa de reformas de Carlomagno mostraba un alto nivel de atención a la Iglesia, como también correspondía a la descripción del puesto de emperador cristiano elegido por Dios. Dicho de otro modo, Carlomagno no solo alcanzó la clase de éxito en el campo de batalla que proclamaba la palabra «emperador» a todo aquel que conociese aquella teoría política, sino que su atención a la reforma cristiana (que a mi parecer era totalmente genuina, no quisiera parecer demasiado cínico) también tenía el mismo propósito aunque bajo un enunciado diferente. Frente a la evidencia de que Carlomagno y sus consejeros tenían los ojos puestos en el título imperial desde antes del año 800, a menudo se ha objetado que, cuando realmente recibió el título, su comportamiento no cambió en ningún aspecto fundamental (salvo que dejó de viajar tan lejos, hecho atribuible a su avanzada edad). Esto es no captar Carlomagno había estado comportándose idea. la deliberadamente como un emperador durante por lo menos una década (y posiblemente dos) antes de la Navidad de 800.

La solución al otro problema final recaía amablemente en

la persona del papa León III. León sucedió al papa Adriano en 795 y no tardó en entrar en conflicto con facciones de la nobleza hostiles a su nombramiento. Las cosas alcanzaron un punto crítico el 25 de abril de 799 cuando León fue apresado por sus oponentes y acusado de perjurio, simonía (venta de beneficios eclesiásticos) e indecencia sexual. La historia que circuló después insistía en que habían intentado sacarle los ojos y cortarle la lengua, y fuentes independientes confirman que por lo menos resultó herido, pero León sin duda podía ver y hablar el día de Navidad de 800. Fuentes papales lo atribuyen a una intervención milagrosa, pero uno no puede ver sin ojos y cegar a alguien no es un acto tan difícil de perpetrar, por lo tanto hay un cierto tufo en el aire. No obstante, sin duda León fue atacado y encarcelado, y solo pudo escapar trepando por el muro de un monasterio en busca de la protección de uno de los representantes de Carlomagno en la ciudad. A continuación fue enviado al norte para reunirse con Carlomagno en Paderborn aquel mismo año

Ninguna fuente informa con exactitud de lo ocurrido en el encuentro, pero ambas partes urdieron después planes de desinformación cuidadosamente organizados. No obstante, cuando uno ve que Carlomagno quería a toda costa el título imperial, mientras que León se hubiera comido su propio hígado antes que ver el resurgimiento del imperio en Occidente, la secuencia de los acontecimientos resulta extremadamente sugerente. Tras consultar con sus eclesiásticos, Carlomagno declaró que nadie tenía autoridad para juzgar al papa, porque era *apostolicus*: descendiente directo de san Pedro. Después envió a León de vuelta a Roma

con la suficiente fuerza militar para aplastar a la oposición y, justo un año más tarde, el propio Carlomagno entraba en la ciudad en noviembre de 800. A comienzos de diciembre, se celebró un consejo que confirmó la afirmación de que nadie tenía autoridad para juzgar al papa. Sin embargo, el 23 de diciembre, supuestamente por propia voluntad, León juró solemnemente que era inocente de todos los cargos, y dos días después proclamó emperador a Carlomagno.[29]

Llegados a este punto, y frente al ensordecedor silencio acerca de lo ocurrido en Paderborn, me gustaría presentar al lector un principio de uno de mis supervisores doctorales. Se trata de un muy distinguido historiador de la Antigüedad, que terminó estudiando el imperio romano tardío pero con aquella sospecha del cristianismo compartida por muchos (aunque no todos) de los que estudian a los clásicos. Una vez dijo: «Puede que no sepa mucho sobre el cristianismo, pero sí conozco el olor del pescado podrido». El encuentro en Paderborn es un buen ejemplo que viene al caso. Nunca sabremos cómo se plasmó la oferta de Carlomagno ni quién la hizo (si fue directa o si uno de los hombres del rey fue de paseo por el bosque con uno de los de León). Tampoco sabremos nunca si aquello le costó a León una larga agonía o si aceptó rápidamente. No obstante, no tengo la más mínima duda de que, de una forma u otra, Carlomagno dijo: «Hazme emperador y yo te sentaré de nuevo en el trono papal, sin preguntas».[30]

Desde la perspectiva de Carlomagno, no podía haber solución mejor. ¿Qué podía ser más perfecto que hacer que el papa declarase a voces lo que la asombrosa lista de éxitos militares de Carlomagno y su asidua devoción a la Iglesia

habían estado demostrando durante los últimos veinte años, que él era, sin la menor duda, el navío elegido por Dios para restaurar el imperio cristiano? Nadie podía dudar de una autoridad vinculada a la sede papal, porque sus ocupantes eran los descendientes de san Pedro, a pesar de que hubiese cierto desacuerdo acerca de lo que aquella autoridad podía significar. Por consiguiente, el papa era una buena solución al problema de Carlomagno, y además las pretensiones incluidas en las ideas que se redactarían después en la Donación de Constantino la harían más efectiva. La principal reivindicación, que Constantino había otorgado autoridad imperial al papa Silvestre en Occidente, ya aparecía en algunas cartas de la correspondencia de Adriano Carlomagno. ¡Absolutamente delicioso! ¿Quién mejor para proclamar emperador a Carlomagno que el último ocupante del trono a quien se le había dado el poder imperial en el siglo INS

Como suele ocurrir en los matrimonios a la fuerza, ambas partes hicieron públicas inmediatamente sus propias versiones de los acontecimientos. Como es sabido, León erigió un mosaico en la Gran Sala del palacio de Letrán (en aquellos momentos sede papal en vez del Vaticano) que representaba a Carlomagno y a León arrodillados uno al lado del otro a los pies de san Pedro. El original fue destruido, pero se realizó una copia que hoy puede verse en el exterior de San Pedro (Lámina 17). Esta iconografía negaba explícitamente que Carlomagno tuviera más autoridad que el papa, y casaba con la insistencia papal en las cartas conservadas del *Codex Carolinus* en que las victorias de Carlomagno se produjeron por mandato de san Pedro; es decir, *no* de Dios.

La parte de Carlomagno es bastante diferente. Todo lo que había hecho el papa en la Navidad de 800 había sido declarar la aplastante obviedad: Dios (el hombre principal), no san Pedro (su sustituto), había elegido a Carlomagno como autoridad imperial única porque sus méritos claramente lo merecían. Parte del retraso entre el encuentro en Paderborn en el verano de 799 y la coronación que tuvo lugar más de un año más tarde fue debido a que se precisaba tiempo para generar el nivel apropiado de fanfarria diplomática (aunque Carlomagno también necesitaba organizar sus asuntos en el norte en vistas a su inminente y prolongada ausencia). Entre otras curiosidades, Carlomagno acordó que a su llegada hubiera una delegación del patriarca de Jerusalén en Roma para que le entregase las llaves de la ciudad de Jerusalén, la ciudad cristiana más sagrada de todas. Cuando, a su debido tiempo, consideró que había llegado la hora de ceder el testigo imperial, el propio Carlomagno llevó a cabo él solo la ceremonia para Luis, su hijo y heredero, sin ni siquiera conceder al papa el papel de figurante, puesto que un emperador en ejercicio nombrado por Dios podía, ciertamente, sin ser acusado de arrogancia, designar a su sucesor.[31] Lo que le ocurrió a este imperio, sobre el que León había puesto el sello final, y cómo les fue a Luis y a los otros sucesores de Carlomagno es tema del capítulo siguiente.

Capítulo 6

«EL CENTRO NO PUEDE RESISTIR»

El 28 de enero de 814, a los sesenta y cinco años (una edad considerable para un varón carolingio, cuya esperanza de vida se situaba en torno a los cincuenta años), el emperador Carlomagno se despojó de las vicisitudes de la vida. Era también insólitamente alto. Una estimación del siglo XIX le daba una estatura de 190 cm, pero una radiografía y un escáner de su esqueleto realizados en 2010 arrojaron 184 cm. Ambos resultados lo situarían en torno al noventa y nueve por ciento de la altura de su época. Einhard ofrece también una impresionante imagen del rey en el tramo final de su mediana edad:

Tenía una cabeza grande y redonda con ojos vivaces, una nariz ligeramente más grande de lo normal, pelo blanco pero todavía atractivo, una expresión alegre y radiante, un cuello corto y grueso, y gozaba de buena salud, a excepción de las fiebres que le afectaron durante los últimos años de su vida. Hacia el final, arrastraba una pierna. Incluso entonces, hacía obstinadamente lo que le venía en gana y se negaba a escuchar a los médicos, es más, los detestaba, porque querían que dejase de comer carne asada, como era su costumbre, y que se contentase con carne hervida.

Aparte de las enfermedades físicas, sus últimos años le proporcionaron su cuota de disgustos, aunque el más evidente de todos simplificó en gran medida la política de su imperio.

Cuando Carlomagno empezó a envejecer, e incluso antes, el gran asunto al que se enfrentaba el imperio era, como era de esperar, la sucesión tras la muerte de su fundador. Carlomagno hizo un primer intento por resolver las cosas en 806, cuando una gran asamblea de magnates francos aceptó los acuerdos dispuestos en un documento formal cuyo texto todavía se conserva: la Divisio Regnorum. Carlomagno tenía esposas (una tras otra), muchas concubinas y numerosos hijos: las cifras oscilan en torno a una docena. Sin embargo, el acuerdo de 806 se centraba en tres herederos varones adultos: por orden de nacimiento, Carlos el Joven, Pipino y Luis. Los tres habían de tener acceso a Italia, pero gobernarían reinos independientes. Luis se había establecido en Aquitania desde hacía tiempo, Pipino recibió gran parte del antiguo reino lombardo en el norte de Italia, y Carlos los territorios más vastos, incluyendo las antiguas tierras del centro del territorio franco en Neustria y Austrasia (Figura 12). No se mencionó en absoluto el título imperial, pero normalmente se supone que estaba destinado a Carlos, por su evidente posición dominante.

No obstante, Pipino de Italia murió en 810 y Carlos el Joven en 811, dejando a Carlomagno con un único hijo adulto, Luis, destinado a ser conocido como Luis el Piadoso (Ludovico Pío). En consecuencia, los acuerdos de sucesión se revisaron en 813, cuando Luis fue trasladado a Aquisgrán desde Aquitania, reino del que había sido nombrado rey desde 781 cuando solo tenía tres años. En otra gran ceremonia, Luis no solo fue designado heredero de todo, sino

también consagrado emperador. No hay duda de que el viejo rey se entristeció por la muerte de sus hijos, pero era perfectamente consciente de su propia sucesión, de la de su padre y de la de su abuelo, en las que las divisiones entre hermanos habían generado gran inestabilidad política. Por lo tanto, es probable que se consolase con el pensamiento de que Dios, que evidentemente había creado el imperio, estaba ahora dirigiendo las cosas a su manera, de forma característicamente misteriosa, para asegurar su continuidad sin sobresaltos en la siguiente generación. [2]

Sin embargo, casi setenta y cinco años después, en febrero de 888, la nobleza de la mitad occidental del mundo franco eligió a un rey no carolingio: Eudes u Odo. No tardó en producirse una restauración carolingia en la persona de Carlos el Simple, bisnieto de Luis el Piadoso, pero Carlos fue rey solo de la Francia occidental y nunca emperador, mientras que a la muerte de Carlos en 929, la Francia oriental e Italia habían seguido caminos separados bajo un liderazgo no carolingio. A pesar de todos los éxitos de su vida, la creación imperial de Carlomagno surgió y desapareció en el lapso de un siglo, mientras que el imperio romano, en comparación, duró, dependiendo de cómo se cuente, más de 500 años con toda seguridad, y quizás 1.000. Además, incluso en el seno de la Francia occidental el gobierno carolingio estaba destinado a no llegar al siglo x, siendo reemplazado definitivamente desde 987 por Hugo Capeto, nieto del entrometido hermano de Odo, Roberto, cuyo linaje gobernaría a lo largo de una sorprendente secuencia de ininterrumpidas sucesiones de padres a hijos hasta 1328. ¿Por qué no duró más tiempo el imperio carolingio? Como con el derrocamiento del gobierno

merovingio, nos enfrentamos a un fenómeno mucho más amplio que la mera sustitución de una dinastía por otra. Igual que ocurrió desde mediados hasta el final del siglo VII, también a partir de mediados del siglo IX en adelante se produjo una importante fragmentación generalizada del control central. Para comprender la rápida desaparición del control de la dinastía sobre extensos territorios de su antiguo imperio, es necesario ir al meollo de la cuestión: la forma en que gobernaron Carlomagno y Luis el Piadoso los enormes territorios que Dios les había dado.

EL PADRINO (PARTE I)

Se han barajado muchas explicaciones acerca de la poca durabilidad del imperio, sobre todo del carácter del hijo y heredero de Carlomagno: Luis el Piadoso. Sin demasiadas molestias, es posible encontrar caracterizaciones suyas en las fuentes que lo describen como un individuo sin sentido del humor y poco belicoso que habría preferido una vida monástica a ocupar el trono más poderoso de su tiempo. No es difícil hacer un poco de psicología de aficionados e inventar variaciones del pez fuera del agua. Y esta es precisamente la clase de explicación que W. B. Yeats, sin pensar ni remotamente en los carolingios, habría refrendado totalmente. En su opinión, el centro no podía resistir porque «los mejores carecen de toda convicción, mientras los peores están llenos de fanática osadía». No obstante, todas estas caracterizaciones de Luis fueron racionalizaciones hechas con

posteridad, escritas por individuos que se esforzaban en explicar los problemas políticos que afectaron sus últimos años, cuando se encontraba trabado en una lucha cuerpo a cuerpo con sus tres hijos mayores: Lotario, Pipino y Luis el Germánico. Los tres eran hijos de Luis con su primera esposa, Irmingarda, y en 817 este había hecho público un acuerdo de sucesión para ellos, el Ordinatio Imperii, que declaraba que no tendría más herederos. Sin embargo, a finales de la década de 820 volvió a casarse, tuvo otro hijo, Carlos (que sería conocido como Carlos el Calvo, aunque es de suponer que a los cuatro años todavía no lo era), y maniobró para incluirlo en la sucesión. Esto generó la habitual trifulca, en la que Luis recibió el apoyo de su hijo menor y tocayo, pero que contó con la oposición de Lotario y Pipino. No obstante, en el peor momento, los tres hijos mayores se unieron contra él, y el emperador se vio forzado a una penitencia formal y a una práctica abdicación en Soissons en 833. Después de esto fue relegado a un período de confinamiento monástico hasta que la arrogante ambición de Lotario hizo que Luis el Germánico cambiara otra vez de bando, y el emperador resurgió resplandeciente armado de nuevo en una ceremonia formal en San Denis en 835. Si añadimos a este retrato de un padre que, a pesar de todo, no podía controlar a sus hijos, un acto formal de penitencia pública que Luis había realizado voluntariamente en 822 en Attigny para expiar anteriores pecados, entonces es difícil resistirse a una seductora imagen de insuficiencia personal.

Sin embargo, antes de tragarnos este retrato, es importante ver exactamente *de qué* hizo penitencia Luis en 822. Cuando accedió al poder en 814, no tenía hermanos con los que

pelear, pero se enfrentó a un problema distinto aunque igualmente irreconciliable. Desde los tres años, su mundo Aquitania, reino que gobernó primero sido nominalmente y después gradualmente de facto. Había estado en Aquisgrán solo en contadas ocasiones, y era desconocido para los grandes magnates de los territorios centrales de los francos, la espina dorsal en torno a la cual se había construido el imperio en su conjunto. Por consiguiente, el problema consistía en afirmar su autoridad en un mundo acostumbrado a operar prescindiendo totalmente de él. Luis hizo gala a la vez de la suficiente perspicacia política para comprender la situación y de una total crueldad al gestionarla. En particular, expulsó de palacio y recluyó en una serie de monasterios cercanos a sus numerosas hermanas, de las que su padre gustaba rodearse, por no mencionar a sus concubinas, a sus retoños ilegítimos y a todo el detritus humano del prolongado gobierno de Carlomagno. Esto no se llevó a cabo discretamente, sino con gran fanfarria y con el propio Luis declarando haber limpiado el palacio de innumerables putas. En campañas de propaganda paralelas, fundó un monasterio modelo a cinco kilómetros de palacio para dotar de un nuevo ambiente a su régimen, y, en 814 afirmó que había descubierto que el gobierno del imperio estaba lleno de «opresión» y «corrupción».

Por consiguiente, la devoción fue el camino para la reafirmación de Luis y nunca le impidió hacer lo que había que hacer. Su hermano mayor, Carlos, no se había casado, pero Pipino de Italia tenía un hijo, Bernardo, que ya tenía diecisiete años a la muerte de Carlomagno. Al auténtico estilo carolingio, Luis ignoró por completo las reivindicaciones de

su sobrino en la Ordinatio Imperii (que simplemente no le mencionaba) y cuando se trasladó al norte de los Alpes para negociar en 817, hizo cegar y encarcelar a Bernardo. El desdichado muchacho murió dos días después por las secuelas. El emperador que hizo penitencia en 822 era un emperador totalmente satisfecho que había cogido las riendas del poder con firmeza, y que ahora podía permitirse pasar cuentas con su conciencia y el Todopoderoso. No hay que dejarse engañar por su apodo: Luis el Piadoso era un bastardo tan cruel como su padre, y la crisis con sus hijos mayores fue provocada por este mismo Luis, cuya reacción había sido excesivamente agresiva. Al parecer, los tres hermanos estaban dispuestos al principio (por lo menos de momento) a tolerar el deseo de su padre de incluir a su medio hermano de poco pelo en la sucesión, pero Luis abrigaba con ello un segundo proceso en el que trató de humillar a dos destacados magnates francos, los condes Hugo de Tours y Matfrid de Orleans, que eran estrechos confidentes de Lotario, el suegro del anterior Lotario. Fue en este momento cuando Lotario empezó a sospechar y se produjo la rebelión.[3]

Por consiguiente, cuando se analiza con más detalle, Luis el Piadoso deja de parecer distinto a su padre en cuanto al carácter general de su gobierno. Carlomagno, como veremos más detalladamente en el capítulo siguiente, dedicó muchas energías a procesos de reforma religiosa cristiana, y tanto el padre como el hijo desplegaron una calculada mezcla de soborno, graves daños corporales y piedad cristiana para conseguir sus propósitos. Y esto, en términos generales, era lo que requería el cargo de gobernante del norte de Europa en la Alta Edad Media.

El gobierno carolingio fue, esencialmente, bastante sencillo, y no se diferenció mucho de lo que se había heredado de los últimos merovingios, aunque había muchas variaciones locales en los anchos confines del imperio. La campiña estaba dividida en numerosas unidades administrativas locales —pagi o condados— cuyo número, según se ha calculado, ascendía a 600-700. Variaban enormemente en tamaño, riqueza e importancia, pero la capacidad de gobierno de los carolingios dependía de una serie de ingresos y servicios reclutados entre sus habitantes por el mandatario designado, normalmente un conde. A diferencia del imperio romano tardío, que manejaba una desarrollada burocracia central, que incluía tres mil puestos de muy alto rango en cada mitad del imperio, junto con numerosos funcionarios de nivel medio y bajo, su sucesor carolingio funcionaba casi sin ninguna burocracia central, al margen de unas pocas decenas de funcionarios, que a menudo ejercían múltiples funciones en vez de una tarea especializada.

Para una vieja corriente académica, el origen del fracaso carolingio residía en esta falta de una maquinaria de gobierno central y de una cierta élite laica alfabetizada que la hiciera funcionar, más que en los fracasos personales de Luis el Piadoso. No obstante, también este mito ha quedado descartado. Es cierto que los métodos burocráticos eran un poco rudimentarios en tiempos de Carlomagno, pero ello tenía más que ver con los hábitos gubernamentales establecidos (o la falta de ellos) que con un problema estructural a causa del analfabetismo. Carlomagno y Luis el Piadoso (y sus predecesores merovingios) promulgaron

muchas órdenes por escrito, y comunicaron por carta todo tipo de asuntos, y todos sus magnates eran perfectamente capaces de llevar a cabo lo que se les decía. Siempre se podía recurrir a los servicios de un escriba eclesiástico para que redactase la respuesta necesaria y, en cualquier caso, las antiguas creencias de una élite laica analfabeta en la Alta Edad Media son ya caducas. Eran hombres y mujeres cristianos, conscientes, fuera cual fuese su origen étnico, de una herencia clásica en la que la educación y la civilización estaban inextricablemente unidas. Por consiguiente, no hay duda de que aprendían el suficiente latín para leer la Biblia, a pesar de que, a diferencia de sus predecesores romanos tardíos, también lo aprendían de sus madres en casa, en vez de hacerlo en la escuela de maestros profesionales. En consecuencia, no todas sus terminaciones eran absolutamente correctas, y con ello aceleraron las simplificaciones gramaticales que convertirían el latín en las diversas derivaciones romances medievales al margen de la Iglesia. Aprendían de forma pasiva, a leer más que a escribir. [4]

Esto generó un enorme cambio cultural de las normas romanas tardías con las que la élite había aprendido a leer y a escribir en una forma rígida de latín clásico, a otra en la que, en líneas generales, solo escribían los clérigos y la élite laica se limitaba a una lectura poco edificante. Sin embargo, no hay constancia de que nada de esto obstaculizase seriamente la efectividad del gobierno carolingio. Paradójicamente, las evidencias señalan en otra dirección, puesto que los hábitos burocráticos se fortalecieron en el mundo carolingio a medida que el verdadero poder monárquico decaía, sobre todo en el campo de los asuntos legales.

Las ideologías romanas centradas en la importancia de la ley escrita como distintivo de una sociedad humana de orden superior estaban vigentes, y perfectamente claras en la corte de Carlomagno. No obstante, la situación legal dentro del imperio era complicada porque cada una de las principales regiones tenía su propio código legal anterior. Carlomagno tuvo la cautela de respetar estas tradiciones mientras aprovechaba cualquier oportunidad para arrogarse la imagen de reformador legal imperial guiado por Dios, siguiendo el modelo de Justiniano, haciendo públicas nuevas versiones de los viejos textos en su nombre imperial, sobre todo en la primera asamblea importante celebrada después de la coronación, en Lorsch, en 802. De hecho, los textos poco cambiaron y todo el proceso se aprobó en gran medida por su valor propagandístico. Al mismo tiempo, y en especial también después de la coronación imperial, se añadieron regulaciones actualizadas mucho más prácticas sobre una serie de asuntos, desde temas morales y religiosos a los más pragmáticos e inmediatos, al montón de regulaciones legalmente válidas que funcionaban dentro del imperio. Estas modificaciones iban a menudo precedidas de debates en las asambleas habituales en las que el monarca se reunía con sus grandes hombres y, una vez hechas públicas, se aplicaban en todo el imperio, proporcionando un cuerpo de regulaciones que se complementaba a lo que ya se encontraba en los viejos códigos legales. Aunque gran parte de ello se puso por escrito a partir de 802 en adelante, la inicial falta de práctica burocrática de los carolingios se muestra documentación y divulgación de los textos de estas nuevas decisiones

Algunos se registraron sobre papel como una serie de resoluciones en unos textos conocidos como «capitulares», de los que se ha conservado una buena cantidad de los últimos años de Carlomagno y del reinado de Luis el Piadoso. No obstante, sabemos también que en los primeros años de Carlomagno hubo muchas asambleas y se tomaron muchas decisiones importantes. Sin embargo, en aquellos momentos la mayoría de ellas no se pusieron por escrito y más tarde, en el reinado de Carlomagno, aquellas decisiones que fueron registradas, no siempre lo fueron de la misma manera por todos los participantes de una determinada asamblea. Se han conservado textos diferentes de una misma asamblea, por lo que no siempre se creaban listados de resoluciones únicos y autorizados.

Además, hasta mediados del reinado de Luis el Piadoso no se empezaron a recopilar sistemáticamente las capitulares como cuerpo de material. A mediados de la década de 820, Ansegius, abad del importante monasterio de San Wandrille (muy posiblemente a petición del rey, aunque no lo sabemos), llevó a cabo un primer intento, pero sus esfuerzos muestran las limitaciones de lo que se podía hacer en aquellos momentos, dada la falta de práctica en el pasado. Su recopilación no pudo reunir todos los textos capitulares que han llegado hasta nosotros por vías alternativas, y atribuye erróneamente algunos de los que encontró. Por lo tanto, hasta la década de 820, el imperio avanzó a tientas hacia hábitos burocráticos regularizados en asuntos legales. En tiempos del hijo de Luis, Carlos el Calvo, estos problemas iniciales se habían resuelto. Sus asambleas occidentales habitualmente generaban un único texto autorizado de las nuevas decisiones, todas las nuevas resoluciones fueron sistemáticamente añadidas a las capitulares ya existentes y se hizo habitual, cuando la situación lo requería, referenciar las viejas resoluciones para formular las nuevas decisiones, haciendo que todo este material fuera mucho más fácil de utilizar.[5]

Así pues, a pesar de sus oxidados inicios, la burocracia carolingia finalmente se acostumbró a poner sobre papel las reglamentaciones gubernamentales, y no hay indicio de que las pautas menos intensivas de alfabetización de la élite laica características de la Alta Edad Media constituyeran un gran impedimento en el proceso. No obstante, lo más fascinante es que estos hábitos burocráticos alcanzaron su punto álgido en la Francia occidental bajo Carlos el Calvo, precisamente en el momento en que el poder central estaba empezando a debilitarse. Efectivamente, la parte del imperio de Carlomagno que mejor conservaba las tradiciones de una autoridad central muy poderosa en el siglo x (aunque no estuviera en manos de un miembro de la dinastía) era la Francia oriental, y allí la tradición capitular escrita no consiguió despegar en absoluto. Esto no significa que el poder del gobierno central estuviera inversamente relacionado con fuerza de sus estructuras burocráticas, creo simplemente dichas estructuras no desempeñaban ningún papel fundamental en el sistema gubernamental carolingio, siempre que lo hubiera.

Al carecer de una burocracia central, el mandato de Carlomagno y el de Luis el Piadoso descansaban en el conde del *pagus* como caballo de tiro del sistema, que era el responsable de que todo funcionase casi sin recibir ayuda alguna. Primero y quizás lo más importante, su tarea consistía

en recaudar impuestos para el rey. A veces tenía también la responsabilidad de los ingresos procedentes de cualquier propiedad real que cayera dentro de su jurisdicción, recaudaba los aranceles y peajes de los mercados o ferias, traspasando al rey su correspondiente parte, y además era el principal representante legal encargado de presidir los tribunales corrientes y de pasar al rey su legítimo porcentaje de cada multa recaudada. Como pago por todos estos esfuerzos, el conde tenía también derecho a un porcentaje de la mayoría de los impuestos que recaudaba, y también podía tener la concesión temporal (mientras estuviese en el cargo) de los ingresos anuales de una determinada parte de tierras fiscales pertenecientes a la realeza.

Los condes tenían también la tarea de proveer gran parte del ejército real. Los monarcas carolingios mantenían dentro de sus palacios y en torno a estos a un núcleo duro de lo que podríamos llamar profesionales militares, una mezcla de militares de carrera amargados y de los retoños más jóvenes de algunos de sus principales terratenientes comprometidos temporalmente. No obstante, el grueso de los ejércitos carolingios (como el de sus predecesores merovingios) no consistía en estas fuerzas profesionales, sino en terratenientes locales y en una parte determinada de sus dependientes. La obligación de servir que tenían los terratenientes no era infinita, y es posible que se limitase a no más de tres meses en determinados años, pero cuando llegaba una orden real el conde tenía que movilizar a los individuos responsables y reunirlos con el rey el día y lugar estipulados. El contingente tenía que estar debidamente armado y con las provisiones alimenticias necesarias para la inminente campaña.

Dado que los condes no eran completos forasteros, sino que provenían, en su mayoría, de la comunidad terrateniente que ellos dirigían, el gobierno carolingio era esencialmente una sociedad entre el gobernante y la comunidad terrateniente local, basada en el desempeño de las distintas tareas por parte del conde para que todo el engranaje funcionase. Una cierta parte del control había de ser mera rutina, llevada a cabo por el rey en persona en las zonas del reino donde solía residir. Para Carlomagno en sus últimos años y para Luis durante gran parte de su reinado, estas zonas eran generalmente las tierras centrales francas a ambos lados del Rin en el norte de Europa. A pesar de las prodigiosas distancias que sin duda había recorrido en su vida, incluso el Carlomagno había sido no un verdaderamente itinerante con el objetivo de recorrer de arriba abajo todos sus territorios siguiendo una pauta regular, y muchas zonas periféricas del imperio solo ocasionalmente habían visto a la realeza. Durante gran parte del imperio, el papel de control lo desempeñaron los missi, que, a medida que el sistema se iba regularizando bajo Luis el Piadoso, eran en general dos altos funcionarios: uno perteneciente al clero y el otro laico.

No obstante, también el control tenía sus límites, sobre todo sociopolíticos, puesto que los *missi* estaban en su mayoría relacionados con el mismo tipo de redes terratenientes aristocráticas y de la pequeña nobleza que los condes, y el límite hasta el que estaban dispuestos a interferir podía muy bien depender de relaciones preexistentes. Por ejemplo, el momento elegido por el obispo Wulfad de Bourges para intentar hacerse con el control de una

propiedad en Borgoña se ha atribuido de forma plausible al hecho de que uno de sus parientes había sido nombrado recientemente *missus* en aquel lugar (aunque a decir verdad su intento fracasó). Por consiguiente, el gobierno efectivo dependía fundamentalmente de la prevalencia de unas excelentes relaciones entre el rey y sus condes, y si las relaciones no eran buenas existían todo tipo de medios por los que los condes podían poner palos a las ruedas reales sin tener que llegar a la rebelión abierta. En cuanto al servicio militar, por ejemplo, todo cuanto había que hacer era simplemente llegar un poco tarde, o avanzar un poco hacia la cita equivocada, y esto bastaba para desbaratar una campaña.

Por consiguiente, lo que realmente mantenía unido al imperio eran los vínculos de lealtad personal y relación que los monarcas eran capaces de desarrollar con las élites terratenientes locales, que asumían el cargo de conde o que dominaban su comunidad natal. En la Navidad de 800, la posición de Carlomagno era extremadamente fuerte, y no había ningún conde que se saliese de la fila de forma demasiado evidente. No obstante, no siempre había sido así. Si su hermano no hubiera muerto tan inesperadamente, por ejemplo, dejando a dos carolingios que habían rivalizado por la lealtad de los magnates durante un largo período, entonces su situación política habría sido muy distinta. Un estudio reciente centrado en el reino construido por uno de los nietos de Carlomagno al este del Rin ofrece la regla general de que se necesitaban unos diez años para que un gobernante de la Alta Edad Media (al contrario de los romanos) construyera las relaciones y los vínculos de lealtad con los líderes locales que le otorgaran el verdadero control de su reino. Diez años para identificar a un cuerpo de hombres entre la clase de los magnates terratenientes que, si eran nombrados condes, servirían en general con lealtad y eficiencia al monarca.

En el caso de Carlomagno, la temprana muerte de su hermano sumada al inesperado alcance y facilidad de su victoria sobre los lombardos probablemente aceleró las cosas, pero el proceso político básico fue el mismo al inicio de todos los reinados, fuera cual fuere el tamaño del reino en cuestión. Por ejemplo, Luis el Piadoso pasó exactamente por el mismo proceso, aunque a una escala menor, cuando fue nombrado rey subordinado de Aquitania; de ahí su problema cuando de repente fue trasladado a Aquisgrán tras la muerte de sus hermanos. Lo que había que hacer durante aquellos diez años, o cinco si había suerte, era, en primer lugar, entregar numerosos regalos de un tipo u otro a tantos terratenientes como fuera posible, incluyendo el nombramiento del hombre adecuado para los cargos de conde disponibles. Esto ponía de manifiesto sobre todo que uno era el señor generoso que las ideologías de la Alta Edad Media exigían. Allí donde buenos estatutos (documentos encontramos unos referencian obsequios de diversas clases) de un rey medieval, vemos que los reyes tenían que ofrecer gran cantidad de regalos al principio de sus reinados, porque esta era la forma de reclutar sirvientes leales para gobernar las localidades en beneficio del monarca. Luis el Piadoso, por ejemplo, al mismo tiempo que limpiaba Aquisgrán de prostitutas y de corrupción, hizo más de cien donaciones mediante acta constitutiva en los tres primeros años de su reinado. Esta cifra descendió posteriormente a una media de doce por año. Si, como Carlomagno, uno podía obtener una importante victoria durante aquellos años, acompañada de algunas expropiaciones de los perdedores a gran escala, entonces podía acelerarse el proceso, conseguir mucho prestigio adicional y tener mucho más para repartir.

Lo que durante aquellos años se repartía no eran solo tierras, aunque esta era la principal forma de riqueza en aquel mundo abrumadoramente agrícola y, por lo tanto, todo el mundo las quería. Había otras muchas maneras de mostrar el favor real: otorgando a los individuos favorecidos los derechos de celebrar un mercado (y por lo tanto de recaudar peajes), por ejemplo, o el apoyo en un caso procesal, o incluso arreglar un matrimonio deseado para uno de los hijos. Con un poco de imaginación, un nuevo rey podía encontrar innumerables maneras de construir estrechas relaciones y formar una red operativa de magnates terratenientes.

Sin embargo, lo que no se hacía era regalar a tontas y a locas. Tenía que haber un propósito, lo cual significaba que había que conocer bien a los magnates para saber el precio de su lealtad e identificar a quienes se les podía confiar realmente el importante cargo de conde. Algunos podían contentarse con la clase de regalo que a otros les haría conspirar contra el monarca, y el precio de cada uno era mayor cuando había más de un carolingio para elegir. Había otros en los que nunca se podía confiar por más que se les diese. Este tipo de información se obtenía en las reuniones y contactos que marcaban el año ceremonial y, quizás especialmente, durante las campañas.

Cuando Carlomagno accedió al trono, existía ya la tradición por parte de los reyes de celebrar asambleas anuales a comienzos de la temporada de campañas (las mismas asambleas que después generaron los textos capitulares). Aquel era el gran momento no solo de tomar decisiones sobre los importantes asuntos de día, sino también para recabar información e intercambios mutuos de favores. Era también habitual que la asamblea fuese seguida de una campaña de verdad. Excepto cinco de los noventa años desde el acceso al trono de Carlos Martel hasta 803-804, hubo siempre un gran ejército franco en combate contra enemigos extranjeros: tres durante 749-751, cuando Pipino estaba manejando los hilos para ser coronado, 759 y 790. Y cuando no había campaña, siempre aparece mencionado en las fuentes. Las campañas, sobre todo las diversas victorias que marcaron el reinado de Carlomagno, eran el gran momento para forjar los vínculos de lealtad que harían posible que el gobernante consiguiera la paz, puesto que habitualmente iban seguidas del reparto del botín que hubiera caído en sus manos.

Aun así, siendo los hombres humanos, había que tener en cuenta que no todos los magnates estarían igualmente satisfechos o simplemente satisfechos. Los magnates rivales de cada localidad eran un evidente problema, puesto que si se concedía el favor a uno, el otro se distanciaba y, a veces, dado el nivel de amor fraternal en las clases altas, si se promocionaba a un hermano, el otro se convertía en su enemigo de por vida. Por consiguiente, otra cosa que había que hacer, sobre todo a comienzos del reinado, era erradicar a los descontentos. Riguroso en la rebelión, e incluso más riguroso en las causas de la rebelión, era un excelente lema carolingio, y ningún rey que se respetase dejaría que la hierba creciese bajo sus pies en este aspecto. Carlomagno movió

cielo y tierra, es decir, cruzó los Alpes, para eliminar a la familia de su hermano como potencial imán de los insatisfechos. Después aplastó brutalmente dos posteriores revueltas, una por parte de los magnates del este todavía dolidos por la forzada incorporación a la maquinaria carolingia, y la otra en torno a uno de sus hijos, Pipino el Jorobado, que no figuraba en ninguno de los planes de sucesión. El propio Pipino terminó en un monasterio, pero sus partidarios fueron todos ejecutados.[7] Por consiguiente, cara a cara, el padre de Europa cantado por uno de los poetas de su corte parece más bien el padrino de Europa. Básicamente, lo que hizo Carlomagno fue compartir el porcentaje de una serie de ingresos generados por las diferentes localidades de su imperio con miembros elegidos de entre la clase terrateniente local. Para este trabajo, las localidades tenían que estar gobernadas por hombres en los que el monarca pudiera confiar, y este podía utilizar una mezcla de generosidad, camaradería e intimidación para asegurarse de que recibía su parte correspondiente. Todo esto funcionaba perfectamente (aunque no sin algunos tropiezos serios) cuando solo había un carolingio a la vista y cuando las constantes victorias lubricaban la reputación y las arcas del emperador. En la era de los nietos de Carlomagno emerge con diáfana claridad cómo primero empezó a fallar la máquina y después a hacerse pedazos, cuando estas condiciones dejaron de aplicarse.

«No hubo peor matanza»

La retrospectiva es siempre algo maravilloso, pero a veces no es realmente necesaria. Incluso en aquella época, los contemporáneos eran bien conscientes de que el 25 de junio de 841 marcaba el día en que la lucha por el poder dentro del imperio de Carlomagno había alcanzado un nivel de ferocidad sin precedentes. Los tres hijos supervivientes de Luis el Piadoso se alinearon e inmediatamente se entabló la batalla cerca del pequeño pueblo belga de Fontenoy. No hubo engaños, ni chantajes, ni cegueras, ni prolongadas reclusiones de reposo en edificios monásticos: se acabaron las contemplaciones. El resultado fue una matanza de francos a manos de francos que quedó plasmada de forma prosaica, como en las crónicas, o mediante abundantes lamentaciones poéticas, como en los versos del por otro lado desconocido Engelbert, que luchó por Lotario, el mayor de los hijos:

No hubo peor matanza en ningún campo de batalla; la ley de los cristianos se quebrantó con este derramamiento de sangre, por esto se regocija la compañía del infierno y las fauces del perro de tres cabezas...

Que este día maldito no figure en el calendario del año, que quede borrado de la memoria,

que los rayos de sol nunca caigan allí, que ningún amanecer llegue a [su] crepúsculo.

Engelbert había combatido en el bando perdedor, pero incluso los vencedores ordenaron tres días de misas para expiar el horror de aquella guerra civil entre cristianos, y no fue simplemente la frustración lo que provocó las tristes reflexiones de nuestro poeta. La batalla de Fontenoy marcó el

primero de una serie de catastróficos fracasos de los carolingios a la hora de traspasar eficientemente el poder de una generación a la siguiente.

El fracaso tenía sus raíces en una situación idéntica a la que había llevado a los hijos de Luis a rebelarse contra él mientras aún vivía. Pipino había muerto y esto había permitido a Luis convertir en rey de Aquitania al todavía hirsuto Carlos el Calvo. Sin embargo, el difunto Pipino había dejado un hijo más o menos adulto, otro Pipino, de modo que el año que condujo a Fontenoy fue testigo de dos hermanos, un hermanastro y un sobrino negociando, fingiendo y vociferando hasta que se atrincheraron en un rincón junto a un pueblecito de Bélgica y sus guerreros pagaron las consecuencias. O, como Engelbert lo plasmó:

¡Oh cuánto dolor y cuánto llanto! Los muertos yacen allí desnudos, mientras los buitres, los cuervos y los lobos devoran salvajemente su carne: tiemblan pues no tienen tumba y sus cadáveres yacen allí para siempre.

Cualquier tentación de culpar de todo esto a la incontinencia sexual del padre ha de evitarse con la mayor determinación.[8]Las tres transmisiones de poder relativamente pacíficas de un único monarca carolingio a otro único carolingio a lo largo del período de 125 años que abarcan los reinados de Carlos Martel y Luis el Piadoso (714 a 840) necesitaron una sorprendente dosis de fortuna. Carlos Martel pudo acceder al poder fácilmente solo porque sus dos hermanastros habían muerto. El camino de Pipino quedó allanado por la partida de su hermano a Italia, el de Carlomagno por la temprana muerte de su hermano, y el de

Luis por las oportunas muertes nada menos que de sus dos hermanos mayores. Estas muertes y partidas no eliminaron las potenciales causas de disputa dinástica, pero dejaron en cada generación a un individuo con una ventaja decisiva desde el punto de vista de las percepciones de los magnates, los equivalentes a los asistentes y líderes de segundo rango que tan minuciosamente evalúan a los hijos del padrino. Cada uno de estos herederos aprovechó después esta ventaja actuando decisivamente para eliminar a jóvenes parientes colaterales. Esta distante visión de la historia dinástica de los carolingios ofrece dos importantes perspectivas, que deberían reducir prácticamente a cero cualquier tentación de echar las culpas a Luis el Piadoso.

En primer lugar, incluso sin la inclusión del Carlos el Calvo, sus otros tres hijos, independientemente de que hubieran salido del mismo útero, eran garantía de que en algún momento terminarían en conflicto, no necesariamente en el campo de batalla, pero sin duda entablarían una importante confrontación de algún tipo. La inclusión de Carlos no se añadió materialmente al problema, como bien muestran los detalles, puesto que en Fontenoy él y el joven Luis el Germánico se alinearon juntos contra Lotario. En segundo lugar, en cada traspaso, la tarea de simplificación dinástica solo se llevó a cabo después de la muerte del anterior rey, no en vida de este, como cuando Luis el Piadoso sacó de Italia a Bernardo, o cuando Carlomagno y su padre se ocuparon de las familias de sus hermanos. Uno podría pensar que la resolución de la complejidad dinástica era tarea de cada generación cuando esta accedía al poder, no de la predecesora con anterioridad, hecho que de nuevo saca a Luis de cualquier gancho que uno pudiera haberlo colgado.

Había excelentes razones por las que tenía que ser así. Para empezar, la muerte es siempre un huésped inesperado. Ya lo es hoy en día, pero en la Alta Edad Media todavía lo era más. Un rey no podía ir por ahí recortando herederos, no solo porque quería a sus hijos (a pesar de que ellos no se quisieran), sino porque no se sabía quién iba a sobrevivir. En 806, Carlomagno tenía tres hijos adultos, pero a su muerte, menos de ocho años después, tan solo le quedaba uno. Y si el hecho de tener más de un heredero planteaba problemas, el no tener ninguno era la mayor de las pesadillas (como veremos dentro de un momento). Podían controlarse los matrimonios de las hijas porque no era deseable encontrarse con numerosos nietos con una medio decente pretensión al trono. Lo más fácil es que Carlomagno tuviese estos pensamientos, junto con su amor por sus retoños, cuando se negó a que sus hijas se casasen y abandonasen la corte. Por otro lado era una locura ir por ahí matando hijos. Asimismo, lo que verdaderamente importaba en las disputas de sucesión eran las percepciones de los magnates sobre las capacidades y características de los candidatos, ya que era la elección de sus lealtades lo que realmente decidía el curso de los acontecimientos. Tampoco había suficientes magnates de los dos Carlomanes dispuestos a rechazar las ambiciones de Pipino y Carlomagno en defensa de los vástagos de sus anteriores reyes en 748-749 y 771-772; por consiguiente el poder pasó rápidamente y con relativa paz a un único carolingio. En este sentido, Luis hizo su trabajo perfectamente bien. Se aseguró de que dejaba su herencia a una estirpe decente de herederos adultos, y luego les correspondería a ellos resolver lo que sucediera después.

Llegados a este punto, la suerte de la dinastía se agotó, y en vez de pasar la herencia a un solo heredero adulto bien establecido, que pudiera eliminar todos los problemas colaterales fácilmente, la década de 840 fue testigo de dos sólidos gobernantes en las personas de Lotario y Luis el Germánico, y un tercero bastante bien establecido en la de Carlos el Calvo. En efecto, es probable que el hecho de que Carlos pudiera explotar la política de «tierra de nadie» ofrecida por el enfrentamiento entre sus dos hermanastros fuera lo le permitió sobrevivir lo suficiente como para poder afianzarse en el poder aquitano que su padre le había proporcionado dos años antes de su muerte. En consecuencia, y a pesar de Fontenoy, nadie pudo lograr una ventaja decisiva, por lo tanto, la división provisional realizada por el padre se confirmó en el Tratado de Verdún en 843 (Figura 14). Lotario conservó el título imperial que su padre le había otorgado ya en 817, y quedó un poco más rico que sus hermanos, pero los tres tomaron firme posesión de vastos reinos. El joven Pipino, hijo del difunto Pipino, permaneció en Burdeos, y su lucha con Carlos el Calvo se prolongó durante algún tiempo, pero en 848 estaba claro que su medio tío era el hombre más adecuado. Por consiguiente, el apoyo de los magnates se fue erosionando. En 851-852, Pipino gozaba de pensión completa y alojamiento en el monasterio de Saint-Médard en Soissons, y aunque volvería a escaparse e incluso a coaligarse con los vikingos en la década de 860, nunca pudo conseguir el suficiente apoyo de los magnates para convertirse en un rival viable para Carlos el Calvo.[9]

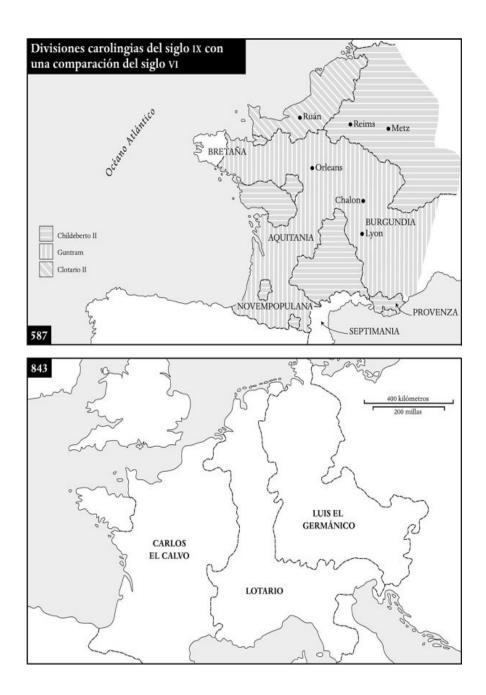
Afortunadamente, no es preciso que nos sumerjamos en

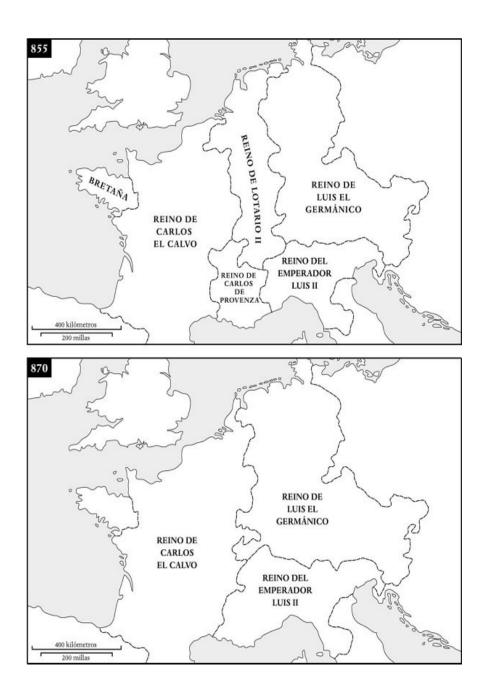
todos los complejos detalles de lo que sucedió después. En aspectos, los hermanos mostraron rasgos comportamiento totalmente contradictorios. Por un lado, se hizo mucho hincapié en sus declaraciones públicas sobre una ideología de amor fraternal: la importancia de compartir Tampoco todo amablemente. mentira. era Sorprendentemente celebraron hasta setenta cumbres fraternales, y en algunas se decidieron políticas conjuntas. Al mismo tiempo, no perdían la ocasión de explotar cualquier oportunidad que se les presentase y de sacarle partido para conseguir avances materiales sobre sus hermanos. Por consiguiente, hubo interminables guerras pequeñas y medianas, como en 854, cuando Luis el Germánico envió a su segundo hijo, Luis el Joven, a Aquitania con la esperanza de socavar el control que su hermanastro ejercía allí. Esta particular ronda de conflictos solidificó aún más las cosas, puesto que terminó con la expulsión de sus reinos por parte de Carlos y de Luis de los magnates que ellos consideraban demasiado inclinados a prestar apoyo a la otra parte.

Sin embargo, la cuestión que realmente soliviantó las cosas fue el destino del reino medio del emperador Lotario. Este murió primero, el 29 de septiembre de 855, mucho antes que Luis y Carlos. Le sucedieron sus tres hijos, pero uno de ellos murió pronto y sin herederos, de manera que sus tierras se dividieron entre los dos hermanos restantes: Lotario II y Luis II de Italia. El problema era que Lotario II no tenía herederos varones de su esposa Teutberga, y decidió divorciarse de ella y casarse con su concubina, con la que ya tenía un hijo. Viendo la oportunidad, Luis el Germánico y Carlos el Calvo se opusieron al divorcio con uñas y dientes (aunque Luis II fue

más flexible). A la muerte de Lotario II en 869, el asunto aún seguía sin estar resuelto y una cumbre fraternal en Mersen en 870 condujo a los tíos a dividir gran parte del territorio mientras compensaban a Luis II con una moderada porción (Figura 14).

Para todas estas aventuras era necesario pedir el respaldo de los magnates, tanto para asegurarse de que los propios terratenientes estaban firmemente de acuerdo, como para tratar de seducir las lealtades de aquellos que estaban en el reino del hermanastro, y para atraer a los desorientados, aquellos que quedaban tras la muerte de un rey sin descendencia. Procesos similares para atraer a los magnates fueron también necesarios cuando, con el tiempo, entró en juego una segunda dimensión de actividad política en el momento en que los hijos de Luis el Germánico y de Carlos el Calvo alcanzaron la mayoría de edad. Carlos el Calvo tenía seis hijos de dos esposas, dos de los cuales llegaron a la edad adulta siendo políticamente activos: Luis el Tartamudo y Carlomán. Luis tenía tres de esta categoría: Carlomán (otra vez), Luis el Joven y Carlos el Gordo. Como verdaderos carolingios, estos príncipes esperaban una parte de poder mientras sus padres estaban todavía vivos, y estaban dispuestos a rebelarse si no recibían nada o si lo que recibían no satisfacía sus expectativas. Habitualmente encontraban el apoyo de algún terrateniente entre los que no habían prosperado tanto como otros en la actual configuración del régimen de sus padres y, por supuesto, cualquier miembro de esta generación tenía algún medio tío siempre dispuesto a remover la basura para su hermanastro. Así pues, Luis el Germánico apoyó las rebeliones de los hijos de Carlos el Calvo, en especial la de Carlomán, que se negó a aceptar el destino eclesiástico que su padre le había trazado y llegó tan lejos en su rechazo en la década de 870 que su padre lo hizo cegar y lo confinó en un monasterio (aunque después escapó de nuevo y terminó sus días en el reino de su medio tío). Asimismo, Carlos se sintió satisfecho por conseguir sus represalias cuando el otro Carlomán se enfrentó a Luis el Germánico a comienzos de la década de 860 y sus hermanos le siguieron.[10]





A pesar de que Carlos y Luis, tras haber capeado las tormentas iniciales de vulnerabilidad, estaban bien aposentados *c.* 850, el curso de la política franca tenía poca

estabilidad, tanto por razones dinásticas como también porque, además, la invasión vikinga añadía una dimensión extra a la vida. Paradójicamente, una tercera y crítica dosis de inestabilidad fue la provocada por la longevidad de los reyes. Mientras vivieron todo fue muy bien, pero el problema surgió después de sus muertes: la de Luis el Germánico, el 28 de agosto de 876, a los setenta años, seguida muy de cerca por la de Carlos el Calvo, el 6 de octubre de 877, a los cincuenta y cuatro años. Al fallecimiento de estos dos viejos veteranos hubo que sumar un puñado de muertes rápidas entre los varones carolingios, nada menos que siete en solo cinco años desde 879, empezando por el heredero elegido por Carlos el Calvo, Luis el Tartamudo. Entre los fallecidos estaban los tres hijos de Luis el Germánico, y aquí la principal culpable fue la longevidad de su padre. De promedio, los varones carolingios que sobrevivían a la infancia conseguían vivir hasta los cincuenta años más o menos. Luis vivió hasta los setenta; por lo tanto, a su muerte, sus hijos tenían ya cuarenta y seis, cuarenta y uno y treinta y siete años. Por consiguiente, no es de sorprender que murieran poco tiempo después de la muerte de Luis.

También tiene culpa Carlos el Calvo, aunque de modo diferente. Después de aprender la lección de su propia conducta y de la de sus hermanos, trató de allanar el camino a su hijo heredero, Luis el Tartamudo, eliminando físicamente y de forma brutal las potenciales alternativas entre sus propios retoños, como cuando mandó cegar a Carlomán. No obstante, como muestra el ejemplo de Carlomagno, nunca se podía estar seguro de que un solo heredero fuera suficiente, puesto que si la media de esperanza de vida se situaba en los

cincuenta años, esto significaba que aproximadamente la mitad morirían jóvenes. Como era de esperar, la estrategia de Carlos falló. En vez de dejar que cada generación se las arreglase por sí misma, sus intentos por ayudar a Luis el Tartamudo no hicieron más que empeorar las cosas a la muerte del propio Luis en 879 a la edad de treinta y tres años. El Tartamudo tenía dos hijos adolescentes, pero ambos murieron sin herederos varones poco después: otro Luis en 882 y otro Carlomán a finales de 884.

Por consiguiente, a mediados de la década de 880, la dinastía se estaba quedando rápidamente sin herederos, cosa que provocó un último y breve momento de unidad imperial, cuando el hijo menor de Luis el Germánico, Carlos el Gordo, consiguió la lealtad de una masa crítica de magnates de los viejos reinos de su padre y de su medio tío. Tuve la tentación de titular esta sección Germánico, Calvo y Gordo en su honor, pero decidí que podría resultar un poco frívolo. Nacido en 839, Carlos estaba ya en la cuarentena cuando consiguió el reconocimiento de la Francia occidental en 884, y sus mejores días ya habían pasado. No está claro que esto contribuyera a su sonoro fracaso por romper el cerco de una importante fuerza vikinga en torno a París en 886, pero sin duda tuvo un enorme impacto en lo que sucedió después. Dado que su poder en la Francia occidental empezaba a menguar visiblemente, el hijo ilegítimo de su hermano Carlomán, Arnulfo de Carintia, lanzó un golpe de estado contra él en el otoño de 887. Carlos sufrió una apoplejía antes de que pudiera responder, y a partir de comienzos de 888 el viejo reino de Luis el Germánico estaba en manos de un nieto ilegítimo.[11]

embargo, el acontecimiento verdaderamente importante fue el que se produjo en aquel entonces en la Francia occidental. De acuerdo, Arnulfo no era del todo legítimo, pero era un carolingio, y tenía la ventaja de ser un fornido joven de veintisiete años con otras dos buenas décadas de vida política por delante. Sin embargo, los magnates francos occidentales optaron por un camino totalmente distinto, eligiendo como rey a uno de los suyos, un terrateniente aristócrata de nombre Odón. No era la primera vez que algunos aristócratas francos de Occidente se inclinaban por un no carolingio. A la muerte de Luis el Tartamudo en 879, un grupo de obispos y nobles de las regiones en torno a los ríos Ródano y Saona se reunieron en un sínodo en Mantaille y eligieron como rey a Boso de Provenza. Su relación más próxima con la realeza era el hecho de que su tía Teutberga había estado casada con Lotario II (la mujer de la que tan desesperadamente se quiso divorciar), mientras que él había servido a Carlos el Calvo y después a su hijo. De hecho, los carolingios supervivientes, aunque en pleno festival de mortalidad, encontraron la suficiente energía y coordinación para aplastar al usurpador. En cambio, Odón prosperó hasta el punto de alcanzar gran prestigio gracias a la expulsión de los vikingos de la cuenca de París. A su debido tiempo, una parte de la nobleza decidió que prefería apoyar a un carolingio, al hijo póstumo de Luis el Tartamudo, llamado Carlos el Simple, y a la muerte de Odón, en 898, el reino entero volvió a estar en manos carolingias, y así permanecería durante gran parte del siglo siguiente.[12]

Entonces, ¿por qué todo aquel bombo con Odón? ¿Por qué montar todo aquel escándalo en febrero de 888 cuando

resultó ser solo algo fugaz? Bueno, en el sentido más obvio sí fue algo fugaz: al cabo de una década, el título real volvió al linaje carolingio. No obstante, en otro sentido, fue todo menos eso. El fenómeno resulta harto extraordinario, especialmente cuando añadimos a Boso en la foto. Durante más de un siglo, los reyes y a la vez emperadores carolingios habían reinado sin molestias, pero de pronto encontramos a dos aristócratas dentro de la misma década que no ven motivo por el que no deberían presentarse ellos mismos para ser reyes, y a otros terratenientes dispuestos a brindarles apoyo. La distancia que las carreras de Carlos Martel, Pipino el Breve y Carlomagno habían conseguido poner entre los carolingios y los que en un principio fueron sus iguales aristócratas había desaparecido. Este feo asunto no pasó desapercibido. Como bien lo expresó un comentarista contemporáneo, Regino de Prum:

Tras la muerte de Carlos [el Gordo], los reinos ... se disgregaron de su sólida estructura en fragmentos y ahora no buscaban a un señor que tuviera descendencia hereditaria, sino que cada uno se dispuso a crear para sí un rey de sus propias entrañas. Este acontecimiento impulsó a muchos a la guerra, no porque no hubiese príncipes francos de suficiente nobleza, fuerza y sabiduría para gobernar los reinos, sino porque entre ellos la igualdad de generosidad, dignidad y poder aumentó la discordia. No había nadie que superase a los demás y a cuyo gobierno considerasen apropiado someterse.[13]

Tampoco el retorno de los carolingios en la persona de Carlos el Simple cambió materialmente la situación. No carecía en absoluto de poder (ni era simple en sentido peyorativo; quizás debería haberse traducido por «Carlos el Honrado»). No obstante, ocurrió que los monarcas carolingios del siglo x de la Francia occidental estaban en una

posición mucho menos dominante frente a su propia nobleza que la de Carlomagno y Luis el Piadoso. La diferencia en riqueza entre ellos y las grandes familias aristocráticas ni mucho menos significativa, no era controlaban menos monasterios y diócesis, el alcance geográfico efectivo de su poder se limitaba a la Île-de-France y a la cercana periferia, mientras que en otros lugares las familias aristocráticas dominantes de determinadas regiones (aunque los modelos de poder intrarregional distaban de ser estables de una generación a otra) estaban ejerciendo un poder casi monárquico (que incluía viejos monopolios reales como el derecho a celebrar cortes y acuñar moneda).[14]

En resumen, los monarcas carolingios del siglo x de la Francia occidental se parecen mucho más a sus ancestros merovingios que a la dinastía de padrinos carolingios que había dominado Europa durante cien años. En su relativo debilitamiento, no solo constituyen un fuerte contraste con Carlomagno, sino también con el linaje de gobernantes que vistieron el manto de Luis el Germánico y Arnulfo de Carintia en la Francia oriental. Allí, el accidente dinástico significó de nuevo la extinción del linaje carolingio en septiembre de 911, con el fallecimiento a los dieciocho años del único hijo legítimo de Arnulfo, Luis el Niño, también sin descendencia.

No obstante, a pesar de una similar aparición en la Francia oriental, lo mismo que en la occidental, de poderosas noblezas regionales debido a la confusión del proceso político carolingio del siglo IX, una poderosa monarquía central persistió junto con los duques. En efecto, el imperio se regeneraría en las personas del linaje originario de los duques de Sajonia cuando Otto I se hizo coronar en Roma el 2 de

febrero de 962. Para comprender por qué el proceso político carolingio del siglo IX generó estos resultados tan profundamente diferentes en la Francia oriental y la occidental, hemos de pensar más detenidamente sobre cómo se entrecruzó con las redes de magnates leales que habían hecho tan poderosos a Carlomagno y a Luis el Piadoso.

EL FIN DE LOS TRIBUTOS

Cuando, a finales del siglo IX y el X, vemos a los monarcas carolingios luchando por ejercer la misma influencia sobre las localidades de sus *regna* que Carlomagno o Luis el Piadoso habían ejercido, es señal de que las palancas de poder a su disposición, regalos y temor eran menos potentes. Tiene exactamente el mismo significado que tenía cuando comparábamos a los reyes merovingios de finales del siglo VII y principios del VIII con sus predecesores del siglo VI. El fenómeno no tiene nada que ver con ninguna degeneración del linaje genético carolingio, y sí mucho que ver con un cambio estructural en las cantidades relativas de recursos controlados en el centro y en las localidades.

En cuanto uno piensa en los procesos políticos que se desarrollaron en el imperio de Carlomagno en el siglo IX a la luz de este factor clave, inmediatamente puede verse por qué, con el paso del tiempo, el control de los diversos recursos tendió a escurrirse de las manos de la realeza. En primer lugar, dividir el imperio entre más de un heredero reducía inmediatamente la distancia financiera entre el valor de las

existencias de recursos clave en manos de un gobernante (tierras, derechos a extraer beneficios de las instituciones eclesiásticas o de los mercados, valiosos derechos a nombramiento para cargos importantes, laicos y eclesiásticos, etc.) y el de sus grandes magnates. En el Tratado de Verdún de 843, el fisco real (la suma total de estos recursos) quedó dividido entre cada uno de los tres hijos de Luis el Piadoso. Esto estrechó inmediata y drásticamente la distancia entre cada uno de ellos y sus grandes magnates. La final redistribución de las tierras de Lotario proporcionó a Luis el el Calvo Germánico y a Carlos un considerable afianzamiento, pero también tenían que entregar tierras a sus hijos, y nunca más, a excepción del breve intervalo bajo Carlos el Gordo, volvería el fisco del imperio de Carlomagno a estar en manos de un único carolingio. Y no solo no vivió Carlos el Gordo lo suficiente (el tiempo crucial de cinco a diez años) como para hacer que perdurara, sino que, en 885, hay motivos para pensar que el valor total del fisco había sufrido una notable reducción

Los motivos son sencillos. En la década de 880 tenemos magnates que, sin lugar a dudas, se consideran, y son considerados por los demás, iguales a los monarcas carolingios. No solo el famoso Odón, sino también Boso de Provenza eran considerados aptos para la promoción real. Evidentemente, estos individuos se apoderaban del restante fisco real si tenían éxito en su toma de poder, pero en cualquier caso su propia riqueza personal debía de ser superior a la de un pequeño monarca. Tenían también sus equivalentes francos orientales en los distintos duques de la región, que *c*. 900 eran prácticamente inamovibles, por lo que

ahora los magnates eran más parecidos a unos reyes de lo que lo habían sido cien años atrás: un claro indicio en sí mismo de que se habían transferido ingentes cantidades de recursos. [15] Cabe destacar también que las condiciones políticas del siglo IX son más que suficientes para explicar por qué debió de producirse esta sustancial transferencia. En términos generales, la situación predominante a partir de finales de la década de 820 fue la de una intensa rivalidad política por lo menos a dos niveles: primero, entre dos o más (y a menudo varios) monarcas reinantes, y segundo, entre ellos y otros potenciales aspirantes reales, frecuentemente en las personas de sus propios hijos y de parientes lejanos. Parece como si Carlos el Calvo hubiera aprendido la lección e intentara, desgraciadamente con efectos adversos, limitar el número de competidores políticos que legaba a la siguiente generación, pero hasta la gran matanza carolingia de finales de la década de 870, el contexto político general era el de múltiples carolingios en busca del apoyo de la clase terrateniente militarizada. Sin su respaldo, ninguna aspiración al trono tenía posibilidades de prosperar.

El precio de la lealtad de los magnates no era ni remotamente fijo. Si uno se enfrentaba a un individuo verdaderamente temible como Carlomagno después de la conquista de los lombardos, uno se sentía muy agradecido si recibía alguna cosa. En el otro extremo de la escala, un pretendiente colateral sin reino en aquellos momentos tenía que prometer el cielo y la tierra para conseguir apoyo para llevar a cabo un golpe de estado, y los monarcas a medio instalar enfrentados a varios rivales tenían que pagar para apuntalar los cimientos de su gobierno. No obstante, la

narrativa del siglo IX pone de manifiesto que el cociente de temor general carolingio iba disminuyendo, y que proporcionalmente el precio político para conseguir suficientes seguidores leales con el fin de evitar unas prolongadas vacaciones monásticas iba en aumento. En estas condiciones, hay muchas razones para aceptar lo que nos dice la narrativa política, que los cimientos del poder, es decir, las tierras, los tributos y los derechos de nombramientos clave, se escurrían de las manos de la realeza a un ritmo continuo y probablemente creciente.

Otros dos factores adicionales aceleraron las cosas. En primer lugar, el principal problema de la política exterior al que se enfrentaba el mundo franco, y también su equivalente anglosajón al norte del canal de la Mancha, eran los ataques vikingos. La mayor dificultad militar era la rapidez de movimientos de los vikingos. Estos llegaban en barco y a menudo llevaban también caballos, o los capturaban a su llegada; por consiguiente, se movían a gran velocidad. Responder a aquellos ataques veloces era extremadamente difícil en las condiciones carolingias, pues los mensajes tenían que ser transmitidos a la corte real salvando grandes distancias y después enviar las órdenes a las fuerzas militares que no siempre estaban concentradas, puesto que los terratenientes militarizados a tiempo parcial solían vivir en sus fincas. Por consiguiente, una estratagema lógica era transferir poder a un magnate regional de confianza en territorios amenazados (básicamente cualquier lugar que estuviera al alcance de un tramo fluvial navegable), que estaba más cerca de la acción y podía organizar un respuesta rápida. Carlos el Calvo, en particular, ante los numerosos ríos que horadaban sus territorios, adoptó esta medida razonable de forma sistemática. No obstante, uno de sus administradores era un tal Roberto el Fuerte, que recibió el alto mando del Loira, y el Odón que fue nombrado rey en 888 era hijo de Roberto. Por lo tanto, una familia de subordinados de confianza en una generación podía reunir las suficientes recompensas por sus servicios para convertirse en potenciales usurpadores en la siguiente generación.

Esto mismo había sucedido ya a principios de la época merovingia, cuando los carolingios iniciaron su trayectoria siendo los partidarios de mayor confianza de los merovingios en Austrasia. Sin embargo, en el siglo IX un segundo factor decantó la balanza todavía más a favor de los magnates terratenientes locales: los castillos. Estamos hablando aquí de prototipos fundamentalmente de madera, no de las grandes fortalezas de piedra cuyas destrozadas ruinas todavía salpican gran parte del paisaje de la Europa occidental. No obstante, en el siglo IX, las mejoras de las viviendas de la élite a adoptar por primera vez la forma de empezaron fortificaciones, y el hábito se extendió rápidamente. En parte, fue otra respuesta a la movilidad vikinga. Si uno no podía movilizarse lo bastante deprisa como para contraatacar con abundantes efectivos, una alternativa era utilizar un número reducido de guerreros de modo más eficiente, dificultando el acceso de los vikingos a cualquier cosa digna de ser robada. Los centros fortificados podían servir de refugios más generales y defendidos con relativamente pocos hombres contra relativamente muchos. Carlos el Calvo estaba especialmente interesado en una cadena de fortificaciones, no en los típicos baluartes, sino

también en puentes fortificados en puntos estratégicos de los sistemas fluviales. No obstante, una vez adquirido y generalizado el hábito por parte de los grandes magnates, el control y la intimidación de súbditos rebeldes se hicieron más difíciles, puesto que un castillo podía ser fácilmente defendido tanto contra un rey como contra los vikingos.[16]

Anteriores generaciones de comentaristas, convencidos, como todo el mundo lo estaba en la era nacionalista, de que el poder estatal era inherentemente mejor que el poder regional de los magnates, consideraron que este proceso en desarrollo era una tragedia, y que el imperio carolingio en su conjunto, y la Francia occidental en particular, fueron realidades viables brutalmente cercenadas por perversos complots de magnates decididos a enfrentarse a sus legítimos gobernantes. En este mundo historiográfico, los magnates y los reyes solían ser descritos como encerrados en una lucha a muerte por el control del territorio y del destino histórico, siendo Francia y Germania la Tierra Prometida a la que finalmente desembocarían las mejores tendencias centralizadoras. Textos más recientes, menos obsesionados en su pensamiento de que «buenas» (cuando parecía que cosas eran 0 encaminaban hacia un mundo moderno dominado por estados nación) o «malas» (cuando no era así), destacan que la mayoría de las veces los reyes y las élites terratenientes colaboraban y cohabitaban más o menos en armonía y, tras la experiencia del totalitarismo del siglo xx, sabemos muy bien que no hay nada inherentemente mejor en el poder central comparado con el poder regional. Por consiguiente, la vehemencia al respecto se ha aplacado considerablemente y, en lugar de magnates locales resueltos a desembarazarse del poder central, nos contentamos con un mundo en el que la mayoría de individuos prominentes que luchaban por el poder a finales del siglo IX pertenecían, como Odón o Boso, a familias leales a los carolingios y de intachable reputación.

Todo esto está muy bien, pero hay que resistirse a la tentación de reemplazar la vieja idea de magnates decididos a socavar el poder real por otra nueva en la que los partidarios realistas no hacen más que recoger los pedazos del desmoronamiento de la realeza. Sería erróneo plantear una clara dicotomía entre partidarios leales y rebelión en las condiciones del siglo IX. Ser leal a una dinastía nunca supuso un impedimento para aprovecharse de dicha lealtad. Por definición, aquellos mejor situados para sacar beneficio de un proceso en el que los recursos se esfumaban del poder central solían ser los realistas, porque estaban en la posición idónea para obtener más provecho de cualquier proceso de transferencia. El linaje carolingio empezó exactamente de esta misma manera, siendo los principales partidarios del gobierno merovingio en Austrasia. Y como bien ilustra la historia inicial de los carolingios, ser partidario realista en un determinado momento no descartaba que en el siguiente se llevase a cabo una actividad de mayor autoafirmación. Por lo tanto, las pautas de comportamiento desplegadas por el linaje de Roberto el Fuerte no son ni remotamente extrañas, y tienen, además, su correspondencia en el linaje de otros magnates. Lo que en realidad hacen es brindar una excelente receta para el éxito: una sólida lealtad a la dinastía gobernante que aporte la suficiente riqueza y poder para que los posteriores miembros de un linaje de magnates puedan independizarse del control central.[17] Y si las cosas salían bien, entonces incluso podían estar en posición de apoderarse del trono.

En vez de preocuparnos demasiado por la moral de los magnates y por averiguar hasta qué punto eran realistas o usurpadores los beneficiarios de la erosión de los recursos centrales, hay un argumento más interesante. El hecho de que los procesos políticos del siglo IX tuvieran un efecto tan profundo en el equilibrio entre el centro y las localidades periféricas nos dice algo importante sobre la fragilidad del poder central en las condiciones de la Alta Edad Media. A menos que la transferencia de poder de una generación de la dinastía gobernante a la siguiente fuera sencilla, entonces probablemente el consiguiente proceso de establecimiento del régimen central tendría que traspasar recursos. Por otro lado, las transferencias ideales de poder tampoco eran tan fáciles de organizar. La muerte de dos hermanastros, la inclinación religiosa de otro hermano y la temprana muerte de otro fueron condiciones necesarias que facilitaron a Carlos Martel, a Pipino y después a Carlomagno el monopolio del poder desde el comienzo de sus reinados, y para allanar el camino de Luis el Piadoso fueron precisas otras dos repentinas muertes fraternales. La cantidad de suerte implicada en estas cuatro generaciones de sucesión sin sobresaltos fue asombrosa, y no podía continuar indefinidamente. Una vez agotada, se instalaba siempre un ciclo de transferencias de recursos que socavaba el poder general de la dinastía. Esto nada tenía que ver con la capacidad de los miembros de la dinastía, ni con la avaricia de determinados magnates. Era el resultado de algunos cambios estructurales clave que provocaron que los reyes y emperadores carolingios tuvieran muchos menos puntales de poder en sus manos que cualquier otro predecesor romano como Justiniano.

Hay que hacer hincapié en que tanto los emperadores carolingios como los romanos se enfrentaron al mismo problema gubernamental. Tratar de administrar imperios geográficamente vastos usando tecnologías de comunicación con las que casi todo se movía a unos cuarenta kilómetros al día significaba, en muchos aspectos, que las localidades se gobernaban a sí mismas. La autoridad central simplemente no capacidad gubernamental para implicarse intensamente en los asuntos locales. Por consiguiente, el truco en los contextos romano y carolingio consistía en cómo delegar poder sin que este propiciara que la inevitable autonomía local alcanzase un peligroso nivel de independencia local, situación esta en la que el imperio se fragmentaría. No obstante, aunque el problema era el mismo, el armamento que Carlomagno y Luis el Piadoso podían desplegar era mucho menos efectivo que el que había quinientos años antes.

Es más, no tenían derecho legal ni político, ni la capacidad administrativa de extraer beneficios tributarios sustanciales y sistemáticos de la producción agrícola de su imperio, con mucho el sector más amplio de cualquier economía premoderna, que empleaba a más del noventa por ciento del total de la población. El mundo romano estaba dividido en unidades administrativas ubicadas en ciudades, llamadas civitates (en singular civitas), que consistían en un núcleo urbano y un entorno de tierras rurales, a veces muy extensas. En la civitas correspondiente se guardaba amplia documentación sobre la propiedad y la capacidad productiva,

que servía para calcular las obligaciones tributarias del campo circundante, y los oficiales nombrados en la *civitas* se encargaban de recoger y entregar la recaudación de impuestos especificada. Dichos impuestos podían recaudarse en forma de productos o de dinero según los requerimientos y órdenes del gobierno imperial. Estos beneficios anuales, relativamente abundantes, se gastaban sobre todo en mantener a un gran ejército profesional que consistía en varios cientos de miles de soldados. Una estimación aproximada es que unos dos tercios de los impuestos anuales se dedicaban al ejército, el resto se gastaba en proyectos de prestigio de diversa índole y en el mantenimiento de una, también relativamente inmensa, burocracia central romana que empequeñece cualquier cosa que podamos encontrar en el período carolingio, y durante muchos siglos después.

Esta interdependiente y articulada estructura de tributación sistemática, los ejércitos profesionales y el aparato burocrático global ponían mecanismos de poder altamente efectivos en manos de los emperadores romanos. En el peor de los casos, si todo lo demás fallaba, el ejército profesional, independiente de cualquier lealtad a la comunidad local, podía lanzarse sobre los súbditos rebeldes para forzar su adhesión al sistema imperial. No obstante, semejante nivel de discordia solo afloraba muy raramente, porque los otros mecanismos de poder ejercían una presión harto efectiva en las lealtades locales. La necesidad de examinar y calcular la producción agrícola local, para gravarla de modo efectivo, implicaba que los funcionarios imperiales caían sobre la población local como un sarpullido, por lo menos una vez cada quince años cuando se evaluaban de nuevo las tasas tributarias. No

obstante, el hecho de que estos funcionarios imperiales fueran habitualmente grandes terratenientes, menudo a con la población local emparentados que investigando, pone de relieve otra importante dimensión de la relación: la inmensa burocracia central no estaba allí simplemente para administrar las cosas, era también una maquinaria de patrocinio y distribución. La clase de beneficios que se obtenían siendo burócrata imperial, especialmente estando retirado, que es cuando uno podía ser requerido para dirigir una nueva evaluación tributaria en la propia comunidad natal, hacía que los cargos burocráticos fueran deseables en sí mismos y que, al mismo tiempo, constituyeran el camino hacia la preeminencia política local: un doble acto astuto que ataba firmemente a los importantes terratenientes locales al centro imperial. Si a eso se le añade el hecho de que el sistema legal del imperio también definía y protegía los derechos de propiedad de estos terratenientes, podemos comprender fácilmente por qué casi nunca había que recurrir al ejército para mantener a los ricos terratenientes locales a raya. El sistema imperial tenía mucho que ofrecerles en términos de protección y recompensa, con solo aplicar un poco de coacción de vez en cuando para que siguieran siendo honestos. [18]

La mayoría de los elementos clave de este malabarismo romano imperial desaparecieron después del desmoronamiento del imperio. El sistema tributario no sobrevivió indemne a la caída del imperio, sobre todo en las zonas del norte del Loira, que presenciaron grandes asentamientos francos, pues parece que los reyes merovingios nunca impusieron tributos a sus súbditos francos (al

contrario que a los romanos). No obstante, en ocasiones se mencionan registros de impuestos en otros lugares de la Galia del siglo VI, y los reyes francos luchaban a menudo unos contra otros por el control de determinadas civitates. Cuando el reino se dividía entre una serie de hijos, las particiones del siglo VI solían implicar lo que parecen particiones geográficamente extrañas, con individuos que recibían no discretos bloques de territorio, sino también agrupamientos de civitates dispersos por el mapa (véase como ejemplo la Figura 14 y compárese con las perfectas líneas rectas de la partición carolingia). Esto tiene sentido si las civitates individuales todavía generaban ingresos tributarios anuales, revelando el propósito de las extrañas divisiones geográficas para conseguir el necesario equilibrio en los ingresos anuales correspondientes a cada una de las partes. No obstante, a finales del período merovingio y por consiguiente en el período carolingio, excepto quizás en forma de cuotas residuales limitadas (pagadas en metálico, especie u otros servicios) vinculadas a determinadas instituciones, la estructura tributaria romana había dejado de hubo intento alguno de No funcionar. sistemáticamente la producción agrícola, y la estructura administrativa que lo había hecho posible había desaparecido. Los ingresos se obtenían ahora de una mezcla mucho más específica de tierras en propiedad, peajes aduaneros y un porcentaje acordado de sanciones judiciales. La civitas también se dividió en una serie de condados, claro indicio de que su función primordial, la de recaudar impuestos, había caído en desuso.

En un principio, renunciar a los derechos de tributación

sistemática era algo ridículo, pero a corto plazo había buenas razones para ser generoso. Por lo que podemos reconstruir, había tres procesos paralelos que hacían que los reyes considerasen que ceder los derechos de tributación era un recurso atractivo. En primer lugar, la tributación a gran escala era mucho menos necesaria para los reyes de estados sucesores de lo que lo había sido para sus predecesores imperiales romanos. Gran parte de los ingresos procedentes de los impuestos romanos se gastaba en el mantenimiento de un ejército profesional. Los ejércitos merovingios (al margen de las fuerzas semiprofesionales de la casa real) estaban grandes y pequeños compuestos por terratenientes movilizados para campañas individuales, y esta obligación de prestar servicio militar era uno de los derechos fundamentales de que gozaban los reyes sobre su población. En segundo lugar, las evidencias generales indican también que la economía del Occidente posromano se deterioró no solo en la producción general sino también en la complejidad y frecuencia de intercambio. Esto significaba que, al mismo tiempo que la tributación se hacía menos necesaria, los beneficios de los impuestos disminuían en general y cada vez era más difícil convertirlos en dinero efectivo útil: en lugar de un kilo tras otro de verdaderos alimentos. Tercero, podemos deducir que había un enorme deseo por parte de un sector de la población del reino de que se concedieran derechos de tributación. Parece que al principio los partidarios francos de los merovingios no pagaban impuestos, y se resistieron con fruición a los intentos de imponerlos (nuestras fuentes documentan el extraño linchamiento de funcionarios recaudadores) puesto que en su lugar ofrecían servicio

militar. No obstante, desde principios del siglo VI a más tardar, los terratenientes romanos también fueron llamados sistemáticamente para realizar el servicio militar. En cierta literatura existe el mito de que los combates en el Occidente posromano los llevaban a cabo los bárbaros y sus descendientes, mientras que los supervivientes de la élite romana se ocultaban en la Iglesia con repugnancia. Hay algunos famosos ejemplos de semejante reacción, pero también de los descendientes de los bárbaros que iban llegando y que rápidamente entraban en la Iglesia. Y si se busca bien, hay un abrumador cuerpo de testimonios de que la inmensa mayoría de la aristocracia y pequeña nobleza terrateniente romana que quedaba se transformó no en un clero cristiano, sino en la élite guerrera medieval. El ejército franco merovingio del siglo VI se construyó en torno a contingentes de territorios de las civitates antes de que estas dejaran de existir, y muchos de ellos nunca habían visto a un colono franco. Dichos contingentes estaban compuestos por terratenientes romanos locales y un selecto puñado de sus más agresivos siervos.

Por consiguiente, desde comienzos del siglo VI los romanos combatían por sus gobernantes francos junto con los descendientes de los colonos francos, pero todavía tenían que pagar impuestos, mientras que sus nuevos camaradas francos no. Esto no tardó en ser considerado injusto y, poco después, las remisiones tributarias se convirtieron en el privilegio que romanos querían de sus gobernantes súbditos merovingios. No se ha conservado documento alguno que nos permita seguir detalladamente el proceso. Solo algunas instituciones eclesiásticas han tenido existencia una

continuada y mantenido archivos desde la Alta Edad Media hasta épocas más recientes; por lo tanto, los únicos ejemplos que nos han llegado de las remisiones tributarias merovingias hacen referencia a monasterios y sedes episcopales. Sin embargo, no dudo de que esta ausencia de remisiones a terratenientes laicos simplemente refleja la falta mecanismos capaces de conservar estos archivos; consiguiente, no tiene mayor importancia. A medida que avanzaba el siglo VI, los monarcas no tenían otro medio más fácil de obtener apoyo político que concediendo a un terrateniente de descendencia romana el escaso favor de cierta inmunidad tributaria, hasta que, poco a poco, toda la estructura tributaria quedó eliminada. Estoy convencido de que estas concesiones consistieron en permitir al terrateniente ahora libre de cargas formar su propia unidad administrativa libre de la vieja civitas, de manera que esto explica también cómo la red de la vieja civitas se fragmentó en los numerosos condados característicos del período carolingio.[19]

Esta fue una transformación a corto y medio plazo con importantes consecuencias para el futuro. En varios aspectos críticos, estos cambios hicieron muy difícil que los gobernantes de entidades geográficamente extensas de la Alta Edad Media, como el imperio carolingio, pudiesen evitar que las autonomías locales desembocasen en la independencia. En primer lugar, ahora las élites locales estaban armadas. Por esta razón contenerlos in extremis era todavía más difícil (aunque no imposible en casos individuales) que cuando los romanos tenían un ejército profesional gobernantes totalmente independiente a su disposición para atacar a las élites civiles locales. Ahora las élites locales armadas no solo

podían ofrecer más resistencia, sino que aumentaba la probabilidad de que hubiese problemas políticos mucho más complejos a la hora de lanzar un grupo de terratenientes armados contra otro. En segundo lugar, la joya de la corona de los recursos económicos de las élites locales, sus tierras en propiedad, no estaban gravadas con los impuestos reales sistemáticos y, una vez erosionada la estructura tributaria, los gobernantes de la Alta Edad Media se empobrecieron y fueron mucho menos ricos que sus homólogos romanos. Por consiguiente, dichos gobernantes no solo no tenían necesidad de una burocracia, sino que en realidad no se la podían permitir, cosa que todavía mermó más su control sobre las élites locales. Dado que la burocracia romana servía tanto para repartir patrocinios como para administrar realmente las cosas, su desaparición eliminó también del arsenal real otro atractivo de los magnates. Tercero, y no menos importante, puesto que las élites locales dirigían sus propios tribunales y proporcionaban, mediante su capacidad armada, su propia estructura legal y un mecanismo de ejecución, el mecanismo del estado central no era ya la última garantía del estatus de la élite debido a la protección que proporcionaba a los derechos de propiedad.

Fundamentalmente, la Alta Edad Media fue testigo del surgimiento de un nuevo tipo «más pequeño» de estructura estatal. Sin un ejército profesional dirigido por el estado, sin una tributación sistemática a gran escala de la agricultura y sin estructuras burocráticas centrales desarrolladas, el estado de la Alta Edad Media absorbía un porcentaje mucho menor de PIB que su predecesor romano. Por lo que sabemos, esto nada tenía que ver con ideologías de derechas y sí con una

básica renegociación de las relaciones entre el centro y las localidades en torno al crudo hecho de que las élites terratenientes debían ahora a su gobernante un verdadero servicio militar, que ponía sus vidas en juego. Lo que es más, todos los cambios se conjugaron (aunque no estoy seguro de que nada de esto se planease) para evitar que los monarcas de la Alta Edad Media mantuviesen integradas extensas zonas geográficas durante largo tiempo.[20]

Había también otra diferencia importante en el tipo de recursos económicos que el gobernante de una pequeña estructura estatal medieval tenía a su disposición. A pesar de que los emperadores romanos tardíos eran terratenientes por derecho propio, como sus sucesores carolingios, gran parte de sus ingresos generales provenían de los beneficios de los impuestos. Y estos eran totalmente renovables. Si uno se gastaba la totalidad de los ingresos del año uno durante el año uno, todavía recibía los mismos ingresos en el año dos, y así hasta el infinito. En cambio, gran parte de la base económica de los carolingios entraba en forma de un stock fijo de activos de capital, tanto si hablamos de tierras como de diversos derechos que podían generar un flujo de ingresos (la celebración de un mercado o de un juicio, o el nombramiento de un cargo apetecible, etc.). Si, para obtener el apoyo de los magnates, se cedía alguno de estos recursos en el año uno, aquel regalo automáticamente reducía los ingresos en el año dos. De ahí que el imperio romano pudiera avanzar a trompicones durante siglos, por más problemáticos que fueran los procesos de sucesión (y a veces lo eran en demasía), porque la construcción del régimen en el mundo romano no eliminaba la base central de los recursos del imperio. En cambio, los carolingios necesitaban sucesiones más o menos tranquilas para alcanzar el mismo resultado. Y puesto que los accidentes genéticos solo iban a proporcionar una serie consecutiva de sucesiones tranquilas, el poder central de los carolingios, o el de cualquier dinastía imperial medieval, estaba limitado en el tiempo mientras que su predecesor romano no lo estaba.

Y sin embargo, en ocasiones todavía podía construirse una autoridad interregional de tipo imperial con las condiciones de la Alta Edad Media. Los merovingios lo consiguieron en el siglo VI, los carolingios en el VIII y los otonianos lograrían la misma hazaña en la Francia oriental en el siglo x. Las razones que subyacen tras estos momentos excepcionales, cuando se superaban los obstáculos sistémicos predominantes que impedían la autoridad imperial o por lo menos interregional, nos permiten generar una importante perspectiva final acerca del «pequeño» estado occidental de la Alta Edad Media. Esto obliga a centrar de lleno la atención en los logros de Carlomagno y sus limitaciones.

EL PRIMER REICH

Es posible relatar la historia de lo que después se conoció con el nombre de «primer Reich», aunque hasta que hubo un segundo Reich tras la guerra franco-prusiana, fue simplemente «el Reich», de muchas maneras y con mayor o menor detalle. El camino más obvio es el de seguir la progresión de las dinastías en el gobierno, pues contribuye a

establecer el escenario de los acontecimientos. Fue una descendencia directa del reino franco oriental de Luis el Germánico, aunque el linaje carolingio se había extinguido allí en 911, cuando el hijo de Arnulfo, Luis el Niño, murió sin descendencia. En aquellos momentos el reino estaba compuesto por cuatro ducados, Franconia, Sajonia, Suabia y Baviera, cada uno con su propio linaje ducal (Figura 15). Aunque nunca sin oposición, el trono real pasó de Luis el Niño al duque Conrado I de Franconia, cuya esposa estaba emparentada con la madre de Luis. No obstante, tuvo que combatir duramente para establecer su autoridad, y finalmente murió en 918 a causa de las heridas recibidas en la batalla contra el duque de Baviera, el llamado pomposamente Arnulfo el Malo. Conrado tenía un hermano, pero estaba convencido de que el hombre más adecuado para mantener unida la monarquía era el duque de Sajonia: Enrique el Pajarero (a mi viejo profesor de historia le gustaba deleitarse con un poco de humor de cuarto de baño llegados a este punto, pero a Enrique simplemente le gustaba la caza). Enrique fue aclamado rey en 919 primero por los franconios y los sajones, y después obligó a los suabos y a los bávaros a entrar en vereda. Antes de legar la corona a su hijo Otón I, añadió al reino un quinto ducado: la Lorena. Otón I prosperó en la Francia oriental e incluso más allá, hasta el punto de conquistar gran parte de Italia, gestas que constituyeron la base para su propia coronación imperial el 2 de febrero de 962. Otón legó el manto imperial a hijos y nietos epónimos: Otón II y Otón III. No obstante, a la muerte de este último en 1002, el báculo imperial pasó al linaje del hermano menor de Otón, Enrique, que había sido nombrado duque de Baviera, aunque el último Enrique (todos se llamaban Enrique para evitar confusiones) no fue coronado emperador hasta 1014. A su muerte en 1024, la dinastía otoniana se extinguió por completo, y el poder pasó a una sucesión de cuatro reyesemperadores del linaje saliano. Con el transcurso de los años, se produjo una desconcertante serie de transmisiones dinásticas hasta que Napoleón puso punto final a todo ello tras la batalla de Austerlitz en 1806, pero nosotros no hemos de preocuparnos por nada que vaya más allá de mediados del siglo XI. Así pues, el modelo de transmisión dinástica en el seno del reino franco oriental que en 962 se convirtió en el Sacro Imperio Romano fue pasando de los carolingios a los conradinos, a los otonianos y a los salianos. Y puesto que los otonianos se erigieron a sí mismos en descendientes directos de Carlomagno, y que sus asesores publicitarios inventaron el concepto de translatio imperii, «traspaso de imperio», para explicar a) que era la continuación directa de la esencia de la autoridad imperial de Carlomagno, y b) que por lo tanto era voluntad de Dios (¿dónde hemos oído esto antes?), se le podría perdonar al lector el suponer que el Sacro Imperio Romano de Otón el Grande es el siguiente y destino final de este libro.[21]

No obstante, como al mismo profesor de historia le gustaba decir, el Sacro Imperio Romano no era ni sacro ni romano. Detrás del chiste se oculta una importante sensación de que estos últimos emperadores, por más poderosos e impresionantes que fueran (y los salianos desempeñarán un importante papel en el capítulo final), no están en la línea directa de los intentos de restauración imperial *romana* examinados en este libro. Podemos considerar que

Teodorico, Justiniano y Carlomagno fueron «romanos» en una o más de las tres diferentes dimensiones del significado de la palabra. Sus imperios pueden ser razonablemente calificados de romanos tanto en términos del carácter del estado que crearon (Teodorico y Justiniano), o en la coincidencia entre la extensión geográfica de su poder y el grueso del viejo Imperio de Occidente (Teodorico y Carlomagno), o porque el estado que crearon era la fuerza abrumadoramente dominante del paisaje europeo cristiano de su tiempo (Justiniano y Carlomagno). Gracias al precedente romano tardío y a su continuación bizantina, y como ya vimos en el curso de las minuciosas maniobras de Carlomagno hacia su nombramiento en la década de 790, en la Europa medieval temprana el título imperial acabó significando ante todo «supremo líder de la cristiandad».

emperadores sacrorromanos no pasan verdaderamente romanos en ninguno de estos aspectos. En primer lugar, el imperio, incluso en su momento álgido bajo Otón I, tan solo estaba formado por la Francia oriental y el centro y norte de Italia. Los ricos y extensos territorios de la Francia occidental no estaban bajo su tutela, por lo tanto nunca pudo rivalizar en tamaño con la creación de Carlomagno. Además, cuando nació el imperio, cristianismo europeo se estaba extendiendo rápidamente. La reconquista estaba ocupada en devolver extensos territorios de la península ibérica al redil cristiano desde mediados del siglo XI en adelante, y el siglo X había sido testigo del auge de los primeros estados cristianos en Polonia, Bohemia, Hungría y Rusia occidental (Figura 15). Otón y sus sucesores simplemente no estaban en disposición de poder emular el nivel de dominio global dentro de los territorios cristianos y/o romanos alcanzado por Teodorico, Justiniano y Carlomagno. [22]

No obstante, aunque, por este motivo, no haya necesidad de explorar la historia del Reich otoniano en sí mismo en el marco de este estudio, sí hay un rasgo particular de lo que originariamente fue la Francia oriental que merece nuestra atención. Lo que ocurrió en Francia oriental a finales del siglo IX y principios del X, a grandes rasgos, fue una especie de colapso carolingio. La región fue testigo del desarrollo del mismo proceso político que el resto del mundo carolingio. Luis el Germánico se enfrentó a periódicas rebeliones por parte de numerosos vástagos, instigadas y asistidas por la interferencia de su hermanastro. Esto generó exactamente la misma necesidad de todos los pretendientes de construir sólidas bases de respaldo entregando los correspondientes niveles de recompensa a las clases terratenientes militarizadas, con consecuencias similares. La transferencia de recursos. entre otras cosas, creó la evidente riqueza y seguridad política dentro de sus propios territorios de los linajes ducales que eran un rasgo consolidado de la política oriental franca desde tiempos de Arnulfo de Carintia como muy tarde. No obstante, aunque la creación de cuatro poderosos ducados (o cinco, contando la Lorena) parezca el perfecto escenario para la fragmentación política final, como sucedió en la Francia occidental, no fue este el resultado. Primero Conrado, y después Enrique I y Otón, tuvieron que luchar en diversas ocasiones para evitarlo, pero aquella fragmentación política final no se produjo en el este franco. ¿Por qué?

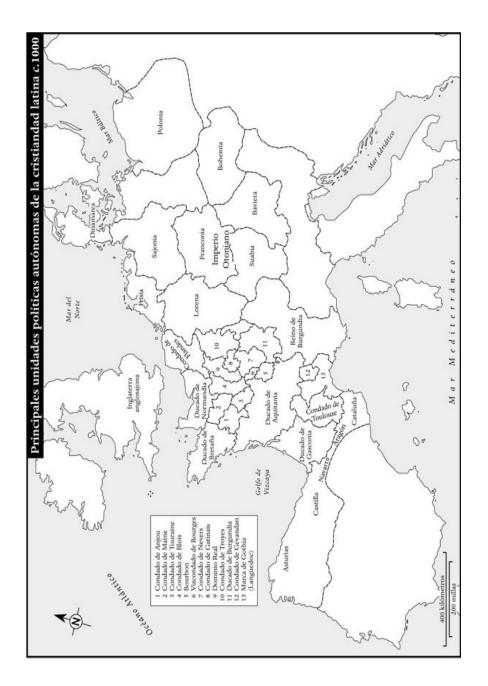
Hay varios elementos en la respuesta. En primer lugar, la

Francia oriental se vio menos afectada por la gran matanza carolingia de finales del siglo IX, y Arnulfo de Carintia regresó deliberadamente a los ritmos políticos de asambleas y contactos que había establecido su abuelo, Luis el Germánico. Así pues, durante gran parte de los cincuenta y tantos años transcurridos entre el Tratado de Verdún y la muerte de Arnulfo, la vida política del oriente franco funcionó exactamente del mismo modo desde los mismos centros de poder. Esto favoreció una continuidad de la tradición, que desempeñó un papel fundamental en la conformación de la mentalidad de los magnates del oriente franco, que de forma natural se esperaba que operasen juntos, por lo menos para ciertos propósitos, como una sola unidad. Estas expectativas desempeñaron un importante papel, por ejemplo, en su casi unánime disposición a aceptar a Luis el Niño como rey tras la muerte de Arnulfo, en una época en que los magnates regionales no carolingios de la Francia occidental o bien se autoproclamaban reyes, o bien ignoraban la autoridad real considerándola irrelevante. [23]

También tenían motivos estratégicos para mantenerse unidos. La primera forma de gobierno importante de habla eslava que surgió en la Europa central fue la denominada «Gran» Moravia, ubicada en la moderna Eslovaquia, donde todavía pueden verse algunos impresionantes restos de la arquitectura de su capital en Mikulcice. Moravia fue un estado sucesor del imperio ávaro destruido por Carlomagno, y figura reiteradamente en los anales del oriente franco desde mediados del siglo IX en adelante como el estado cliente más importante del otro lado de sus fronteras surorientales. La historia que relatan los anales, como la de cualquiera de los

estados clientes fronterizos del viejo imperio romano, fue testigo de períodos alternos de guerra y de paz, acercando a Moravia cada vez más hacia la órbita de los francos. A pesar de sus esfuerzos, llegó incluso a aceptar una versión franco oriental del cristianismo, expulsando al misionero bizantino Metodio, que había intervenido allí con su hermano Cirilo. No obstante, en la década de 890 el reino de Moravia fue destruido por la última oleada de jinetes nómadas que penetró en la Europa central desde las vastas estepas de Eurasia: los magiares.

Y fue verdaderamente destruido. Todas las grandes estructuras arquitectónicas fueron abandonadas, y Moravia simplemente desaparece de los anales. Sin embargo, lo que para nuestros propósitos es realmente significativo acerca de los magiares es que, al igual que los hunos y los ávaros antes sus estructuras internas descansaban redistribuciones de riqueza a gran escala por parte del liderazgo para aplacar rivalidades políticas internas potencialmente divisorias. En consecuencia, la llegada de los magiares solo podía implicar peligro para sus nuevos vecinos, y la historia de la Europa de los francos de comienzos del siglo x está marcada por una nueva explosión de violencia nómada. En 907, los magiares infligieron una aplastante derrota al ejército del duque de Baviera en Presburgo, y en 910 le siguió otra grave derrota del ejército combinado franco oriental de Luis el Niño en Augsburgo. Estas victorias pronosticaron más de una década de ataques periódicamente perturbaban la paz no solo (aunque principalmente) de la Francia oriental, sino que llegaban hasta la Provenza y el norte de Italia. Por consiguiente, enfrentarse a la amenaza magiar requería una acción conjunta para poder contar con alguna oportunidad de éxito y un factor crucial del creciente prestigio del linaje sajón era su capacidad de proporcionar un liderazgo efectivo. Como sus propios cronistas bien relatan, la historia es que la tregua negociada por Enrique con los magiares en 926 fue fundamental para su éxito final, a pesar de que le costara pagos de tributos anuales. En un suspiro, se procedió a la fortificación de una serie de asentamientos para servir de refugio a la población rural, que por su parte organizó elementos para dotarlos de guarniciones efectivas, mientras que el grueso del ejército franco oriental era nuevamente entrenado y equipado como caballería pesada. construcción esconde sin duda un grado de humillación en los acuerdos de 926, pero la reorganización militar era muy real y proporcionó a Enrique los medios para infligir una primera importante derrota a los magiares en Riade en 933 (que siguió a la cancelación unilateral del pago de tributos en 932). Cuando los magiares salieron de la reserva por última vez en 955, Otón pudo infligirles una gran derrota en la batalla del río Lech. Esto desencadenó una importante reestructuración política entre los magiares, que se vieron forzados a avanzar hacia una economía política que no dependiera tanto de los ataques, e impulsó a Otón hacia el título imperial. [24]



No obstante, nada de todo esto nos lleva al meollo del asunto, por lo menos en términos del motivo que indujo a Conrado a pensar, en el año 918 antes de la derrota de los

magiares, que el sajón era el clan mejor situado para mantener la unidad tradicional del oriente franco. Cuando uno piensa en la evolución de las pautas de poder dentro de un territorio político, suele ser buena idea centrarse en los recursos económicos. El poder siempre tiene otros componentes, pero en el análisis histórico normalmente funciona también el famoso consejo de Garganta Profunda a Woodward y Bernstein de «seguir el dinero» cuando desentrañaban el Watergate, aunque no se esté hablando solo de efectivo (aunque también), sino de tierras, empleos y el puñado de derechos varios que, como ya hemos visto, a menudo eran sinónimo de dinero en los contextos de la Alta Media. En la Francia oriental, la minuciosa manipulación de estos recursos para crear lealtades dentro de la clase terrateniente militarizada apuntaló con éxito el ejercicio de poder central de forma harto evidente, puesto que no hay indicios de ningún aparato burocrático central en absoluto. De este modo, los gobernantes de la Francia oriental se enfrentaron al mismo problema político que sus pares occidentales. ¿Cómo podía obtenerse la lealtad necesaria en una generación sin menguar las existencias centrales de recompensas disponibles para la construcción del régimen en la siguiente?

El linaje otoniano de los duques sajones no consiguió reinstaurar la tributación a gran escala de la producción agrícola (si lo hubieran conseguido, merecerían figurar como «cuarto» momento imperial romano). No obstante, pusieron sus manos en otras dos fuentes de riqueza mucho más renovables que los típicos lotes de tierras, nombramientos y derechos de la era medieval, que podían utilizar para engrasar

las ruedas de la lealtad de los magnates sin arruinar su propia posición. Una de ellas era altamente específica. A partir de la década de 920, las minas de plata de las montañas del Harz se explotaron con creciente intensidad y con especial provecho de la dinastía sajona. No hay cifras de la envergadura de la producción, pero esta sufragó la acuñación de monedas de plata otonianas que rápidamente se convirtieron en la moneda predominante de la Europa del siglo x. Crecieron con rapidez nuevos asentamientos mineros en la región (había muchos y todos señalados con topónimos terminados en *-rode*), y el resultado fue un flujo de ingresos renovables hacia las arcas otonianas, parte de los cuales podían reciclarse hacia los magnates sin socavar las posesiones de tierras y derechos que por otro lado proporcionaban preeminencia política a la dinastía.[25]

La otra fuente de riqueza renovable de la dinastía derivaba de la constante guerra de expansión. En la Edad Media en particular, pero en realidad en la mayoría de contextos, hay que hacer una distinción política clave entre guerra defensiva y guerra ofensiva. Esta última suele ser mucho más popular, porque las oportunidades de beneficios económicos son más grandes. Cuando uno lucha por proteger la tierra natal, tiene pocas oportunidades, por lo menos legítimas, de obtener botín, pero en la oposición extranjera todo vale. Y si uno está, estratégicamente, en una posición no solo de llevar a cabo ataques, sino también de expandir constantemente la frontera, se crea todo un paquete de nuevos puestos para los magnates, así como la puesta en marcha de una serie de tierras nuevas para distribuir a dichos magnates sin reducir el propio capital. En el caso de la Francia oriental, solo el

ducado sajón tuvo acceso c. 910 a una frontera abierta. Los demás ducados o bien limitaban con otras zonas de la propia Francia o con los formidables magiares, mientras que la frontera oriental de Sajonia, más allá del Elba, se abría a territorios dominados por los eslavos. El mundo eslavo occidental estaba entonces en mitad de un proceso de desarrollo demográfico, económico y político que finalmente expandiría considerablemente las fronteras de la cristiandad europea. No obstante, c. 900, al este del Elba, estos procesos habían llegado a proporcionar a los ejércitos de Enrique I y sus sucesores una serie de objetivos decentes: zonas con la suficiente densidad de población y actividad económica general para hacer que su conquista valiera la pena. Las fuentes informan de campañas muy regulares, y los duques reciclaban rápidamente los beneficios de la conquista para asegurarse la lealtad de sus magnates. En la década de 950, se habían incorporado al ducado extensas tierras fronterizas (Figura 15), y dentro de estas regiones se concedían nuevos puestos y propiedades de tierras sin que Otón tuviera que gastar ni un céntimo del fisco real. [26]

Si uno amplía el alcance del Occidente de la Alta Edad Media de forma más general, resulta inevitable ver que había un vínculo estructural entre el acceso a una frontera abierta de este tipo y períodos en que el poder central, en oposición al poder local, iba en aumento. Los frutos de la expansión no solo auparon a los otonianos a la preeminencia dentro de la Francia oriental, sino que fueron también un elemento crucial en el auge de los carolingios. El hecho de que los ejércitos carolingios estuvieran en campaña durante ochenta y cinco de los noventa años desde el acceso al poder de Carlos Martel

hasta 803-804 es realmente una de las estadísticas más significativas. La inmensa mayoría de estas campañas eran agresivas y expansionistas, y la riqueza renovable que proporcionaron, en todas sus formas, hizo posible que cuatro generaciones de la dinastía construyesen sus regímenes sin erosionar los pasivos fijos del fisco real. La conexión funciona igualmente bien para la era merovingia, cuando la autoridad central de la dinastía alcanzó su punto álgido durante el expansionista siglo VI, e incluso (por si interesa) para la Inglaterra anglosajona. Allí, los reinos que al principio fueron los más ricos y poderosos se beneficiaron de los ingresos del comercio y otros vínculos con el continente, sobre todo Kent. Los cementerios de finales del siglo v y del siglo vi arrojan gran cantidad de ornamentación de oro y los reyes eran políticamente preeminentes a comienzos del siglo VII, cuando empieza la historia política de Bede. No obstante, a medida que avanzaba el siglo VII, la preeminencia política se convirtió cada vez más en la reserva de los reinos «exteriores» de Wessex, Mercia y Northumbria, que, al compartir fronteras nativos sub-romano-británicos, pudieron reinos expandirse a sus expensas. Esto proporcionaba a sus reyes un botín para vender o reciclar, sobre todo de esclavos, y una reserva de tierras renovables que podían utilizar para atraer a más guerreros a sus filas. Poco después de 700, la riqueza residual de Kent dejó de ser base suficiente para la preeminencia política frente a esta fuerza militar. Se convirtió entonces simplemente en un objetivo atractivo para las ambiciones depredadoras de las nuevas potencias del territorio. En el mundo de los pequeños estados de la Alta Edad Media, la guerra expansionista sustituyó a la tributación a gran escala como fuente de riqueza renovable necesaria para mantener una poderosa autoridad central a muy corto plazo.

Efectivamente, el vínculo entre el control de los frutos de la expansión y el mantenimiento de la autoridad central era tan estrecho que la correlación inversa también funciona perfectamente bien. Cuando una autoridad previamente poderosa dejaba de beneficiarse de los frutos de la expansión, entonces su autoridad se erosionaba rápidamente porque cada generación siguiente tenía que sufragar la construcción del régimen utilizando recursos no renovables. Ya hemos visto el funcionamiento de esta correlación en los carolingios del siglo IX, pero también se aplica perfectamente a los merovingios del siglo VII y a la Inglaterra anglosajona. Allí, después de que los pictos y los británicos del norte se organizaran lo suficiente como para repeler la expansión de Northumbria de finales del siglo VII, los gobernantes del reino del siglo VIII palidecieron hasta una relativa insignificancia frente a la inestabilidad política interna. Esto es también aplicable a los otonianos. En la década de 980, los procesos de desarrollo habían avanzado lo suficiente en el mundo eslavo como para cerrar la frontera abierta. Debido a una mezcla de rebelión por parte de los eslavos anteriormente sometidos y a una total resistencia por parte de las nuevas fuerzas eslavas, en la que el reino de Polonia desempeñó un papel estelar, la expansión otoniana hacia el este llegó a un punto muerto, y los posteriores miembros de la dinastía y sus sucesores salianos tuvieron mayores dificultades para ejercer la autoridad central que Enrique el Pajarero u Otón I.[27]

Todo esto suscita una pregunta final: si la expansión era tan

crucial para el ejercicio de la autoridad central a largo plazo, llenando el inmenso vacío de las finanzas reales creado por el fin de la tributación, por qué permitieron los últimos monarcas carolingios que terminase? Se han planteado varias propuestas, incluyendo la idea de que no consideraron legítimo continuar la expansión más allá de la zona que ocupara la vieja hegemonía merovingia en su momento cumbre. Sin embargo, no es un planteamiento convincente, sobre todo porque el gobierno de Carlomagno fue en realidad mucho más lejos en muchas direcciones. También se ha sugerido que, tras la coronación imperial, la avanzada edad, los costes de las guerras sajonas (que duraron veintitantos años) y su interés en asuntos cristianos desviaron la atención real del baile de la conquista. Hay algo de cierto en estas líneas de pensamiento, y el Carlomagno anciano se movía poco de su nuevo palacio real de Aquisgrán; no obstante, ello no explica por qué no se reanudó la expansión bajo sus sucesores.

Una forma más fructuosa de abordar el problema es pensar en la guerra de expansión en términos de la ecuación costebeneficio que la estimulaba. La guerra expansionista aportaba beneficios, pero también implicaba costes, y no solo en términos económicos (comida, armas, etc.), sino también personales, puesto que algunos de los participantes sin duda morirían. Si pensamos en ello desde esta perspectiva, entonces el perfil ideal de una zona madura para la expansión es bastante fácil de elaborar: ha de ser económicamente lo bastante desarrollada como para ofrecer un nivel satisfactorio de recompensa tanto en términos de botín o bienes muebles como de potencial usurpación de tierras, pero militarmente

no tan bien organizada como para que mueran, de promedio, demasiados efectivos del ejército expedicionario tratando de conseguir un premio. Está también la cuestión de que los costes, tanto emocionales como económicos, aumentaban con la distancia, puesto que los esfuerzos y la fatiga son más elevados y el guerrero está desconectado de su hogar y principales preocupaciones mientras se encuentra en campaña en una tierra lejana.

Si uno pasea su mente por las fronteras del imperio carolingio de comienzos del siglo IX, se pone de manifiesto, creo, por qué poco a poco se fue abandonando la expansión. En el sur, los territorios de la Hispania musulmana eran ricos y francamente deseables, pero la península estaba repleta de sistemas de gobierno islámico bien organizados que combatían la expansión con uñas y dientes. Aparte de la famosa derrota de Roncesvalles en los Pirineos, los considerables esfuerzos carolingios solo consiguieron expandir la frontera en dirección sur hasta Barcelona. Este lento avance contrasta enormemente, y de forma reveladora, con la conquista de los lombardos. Asimismo, las mejores partes de Italia ya habían sido incorporadas, y todo cuanto quedaba era o pobre o montañoso, o estaba todavía en manos bizantinas, y no era fácil hacer que las abriesen. En los Balcanes, tras la derrota de los ávaros, el progreso quedó bloqueado por una poderosa mezcla de los imperios búlgaro y bizantino, y los Balcanes centrales no eran una atractiva fuente de potenciales recompensas en las que pensar. La frontera oriental del río Elba, más allá de Sajonia, seguía siendo una posibilidad, y Luis el Germánico realizó allí campañas efectivas, pero aquella región septentrional todavía no estaba tan desarrollada económicamente como lo estaría cien años más tarde cuando los otonianos pudieron explotarla con gran efectividad, mientras que más al sur, en Bohemia y Moravia, estaban emergiendo estructuras eslavas lo suficientemente sólidas como para dificultar la expansión. En todos los rincones de la frontera, la ecuación coste-beneficio empezaba a arrojar cifras negativas, bien porque el enemigo fuera demasiado formidable (Hispania), bien porque los posibles beneficios no eran tan grandes (los Balcanes), o bien por una combinación de ambas cosas (sur de Italia y la región sur del Elba).

La situación estratégica no estaba en general madura para continuar con la expansión, pero ¿cómo llegó esto a generar la decisión de dejar de organizar campañas? Es inconcebible que Carlomagno o Luis el Piadoso se sentaran frente a un mapa, sobre todo porque probablemente no tenían ninguno, e hicieran el mismo tipo de análisis que acabamos de plantear. La respuesta, según creo, reside en el hecho de que las guerras de expansión eran libradas activamente por la clase terrateniente políticamente importante, que proporcionaba el grueso del ejército. El hecho de que el expreso carolingio hubiera alcanzado las toperas de la expansión habría sido una experiencia vivida por ellos que habría adoptado la forma altamente perceptible de un número creciente de vidas perdidas por un decreciente nivel de beneficios. Y dado que aquellos hombres eran políticamente importantes, en contacto con sus gobernantes en el ciclo regular de asambleas, entonces el modelo más probable a priori de cómo realmente se detuvo la expansión sería que la organización de la resistencia a realizar más campañas finalmente forzara a los gobernantes. Cuando uno se pone a buscar, resulta que hay cierta evidencia que muestra precisamente este tipo de proceso en acción. La determinación de Luis el Piadoso de enviar a Hugo de Tours y a Matfrid de Orleans, dos de los principales partidarios de Lotario, a combatir en Hispania, por ejemplo, fue la chispa que encendió en Lotario la sospecha y la ira que lo lanzaron a la rebelión abierta. Desde el punto de vista de aquellos, y también de Lotario, los costes de quedar excluidos de las maniobras políticas internas eran más importantes que cualquier beneficio que pudiera obtenerse de su participación en la guerra de expansión.

Y esto, en mi opinión, añade una importante faceta al análisis. Los magnates militarizados del mundo carolingio en realidad tenían en mente dos ecuaciones simultáneas de coste-beneficio. Por un lado, calculaban las potenciales ganancias y pérdidas de participar en campañas más allá de las fronteras, pero, al mismo tiempo, comparaban la clase de respuesta que obtenían ante esta disyuntiva con un cálculo similar acerca de los potenciales costes y beneficios de la intriga política en casa. La ecuación de la campaña no solo ofrecía una respuesta mucho más negativa c. 800, sino que desde la década de 810 en adelante, o desde la divisio regni de 817 como más tarde, su paralelo político interno parecía mucho más positivo. A partir de entonces, mientras todavía había un solo gobernante en el poder, los valores y acciones en el mercado de futuros de la lealtad política subían constantemente con tres herederos en busca de apoyos, una tendencia que la llegada de Carlos el Calvo no hizo más que acelerar. Por consiguiente, en mi opinión, la presión política de la élite militarizada puso freno a la expansión, puesto que era menos provechosa y las potenciales recompensas derivadas de la venta de la propia lealtad crecían internamente. Esta última, por supuesto, ofrecía gratificaciones en moneda local que nuestros magnates apreciaban sobremanera, y significaba que no tendrían que emprender marchas al otro lado del Elba o más allá de los Pirineos. Así pues, la verdadera historia del fin de la expansión no es tanto la del fin de la violencia como la de desviar la atención de los enemigos externos a los internos, y esto pone de relieve lo peligroso que realmente fue el fin de la expansión para el poder de la monarquía carolingia. [28]

La creación de Europa y el fin del imperio

Si pensamos en la historia de estos tres intentos de restauración imperial romana llegamos, en mi opinión, a una conclusión por encima de todas. A finales del primer milenio ya no era posible crear un dominio imperial en el territorio europeo a la misma escala geográfica que había abarcado Roma. Esta había utilizado una base demográfica y económica en el Mediterráneo para conquistar la Europa occidental y meridional y además intimidar a gran parte de la zona del centro-norte de desarrollo secundario. En el año 1000, el auge del islam había fracturado la unidad de aquella base de poder, escindiendo sus costas meridionales del resto y convirtiendo el cuarto trasero del Imperio Romano de Oriente en el Bizancio medieval, a su manera un estado sucesor como cualquier otro de los reinos occidentales.

No obstante aunque el Mediterráneo hubiera permanecido unido, la región ya no habría proporcionado suficientes recursos para dominar la Eurasia occidental a la misma escala. En torno al nacimiento de Cristo, cuando Roma estalló al dominio imperial, había tres claras zonas de desarrollo en el norte de Europa, y las tres operaban con menos intensidad en términos demográficos, económicos y políticos que la nueva base de poder mediterránea del imperio. En el año 1000, las diferencias en el norte de Europa se habían reducido drásticamente y la ventaja estratégica general que un estado con base en el Mediterráneo tenía al comienzo de la era había desaparecido. La densidad de población en lo que había sido la región occidental de La Tene mil años antes, y en lugares de la vieja zona del centro-norte (en las tierras centrales del Reich otoniano hacia el este hasta el río Elba por lo menos) había superado por aquel entonces a la del Mediterráneo, como bien ilustran las trayectorias de Carlomagno y de Otón I. La Europa occidental y el centro-norte eran ahora las bases de estados que podían depredar Italia y Roma, no viceversa. Y mientras iba en cierto modo quedándose «atrás», por así decirlo (no es que estuvieran haciendo carreras), en el sentido sus potenciales recursos distaban completamente activos, las formas de vida en la tercera zona de la Europa oriental y del norte se habían transformado hasta ser totalmente irreconocibles. Lo que había sido la morada de pequeñas poblaciones dispersas de simples granjeros de la Edad de Hierro, un mundo tan aislado del resto de Europa en la primera mitad del milenio que sus restos arqueológicos no muestran el menor indicio de contacto con Roma, ahora mantenía extensas poblaciones, una economía cada vez más diversa y algunas robustas estructuras políticas propias.

Todo esto equivalía a una completa revolución respecto a los predominantes equilibrios regionales de poder estratégico, tan avanzada que, aunque el norte y el este todavía carecieran de la complejidad e intensidad de la actividad agrícola y económica perceptible en el oeste, sus nuevas dinastías seguían al frente de bases de poder de tamaño suficiente para repeler el transgresor dominio imperial que provenía de Occidente. A finales del siglo x y en el siglo XI, por ejemplo, el Reich otoniano se enfrascó en una compleja diplomacia con el nuevo estado que la dinastía Piast estaba construyendo en la cercana Polonia. Las relaciones oscilaban entre la amistad y la competencia, y el primer Reich era sin duda el más poderoso de los dos. No obstante, cuando la diplomacia dio paso al conflicto, el Reich no pudo hallar el modo de conquistar al estado Piast. A pesar de que estaba abierto a las influencias culturales provenientes del Reich como el cristianismo, el reino polaco estaba demasiado alejado y era fácilmente demasiado poderoso para caer bajo sometimiento militar. Lo que en realidad vemos al final del primer milenio es el verdadero nacimiento de Europa, definida como una zona de sociedades más o menos iguales enfrascada en complejas interacciones políticas, económicas y culturales. Las viejas y grandes disparidades eran cosa del pasado y, como resultado directo, ya no era posible basar un imperio dominante en un extremo del territorio europeo que había experimentado un proceso de desarrollo más precoz que el resto.

Paradójicamente, los testimonios indican que el pasado

ejercicio de dominio imperial había desempeñado un papel fundamental en la estimulación de aquellos mismos cambios extraordinarios que ahora hacían imposible la existencia del imperio. Mirando de nuevo a lo largo de todo el primer milenio vemos, a grandes rasgos, un proceso de dos etapas. Las estructuras económicas, sociales y políticas del mundo germánico experimentaron un conjunto de transformaciones estructurales similares en la periferia del mundo romano en sus primeros quinientos años, como después ocurrió con el mundo eslavo en la periferia de Francia en los quinientos años posteriores, con cierta estimulación imperial adicional proporcionada en su caso por los contactos con los ávaros, Bizancio y, sobre todo, el islam. En los viejos textos sobre este tipo de temas la tradición describía normalmente a los imperios haciendo cosas por sus vecinos menos desarrollados, aportando los frutos de la civilización como la escritura y el cristianismo. Después de haber visto el funcionamiento de la globalización, y de haber avanzado en el tiempo más allá de la gran era del imperialismo europeo, no estamos tan seguros, y con razón, de que los imperios aporten siempre beneficios a aquellos con quienes entran el contacto. No obstante, comerciar con los imperios, adoptar de ellos nuevas técnicas agrícolas, recibir sus subsidios diplomáticos, copiar su armamento e ideologías, y organizarse para repeler los peores excesos de su dominio, todo esto hizo posible la emergencia secuencial de economías más desarrolladas y de estructuras estatales más amplias en los mundos germánico y eslavo en las dos mitades del primer milenio. Los términos de «civilización» o «regalo» no captan el proceso. Todos los imperios operan en las periferias básicamente en beneficio propio, y no todos en las periferias sacan ventaja de las transformaciones a largo plazo que se producen. Sin embargo, algunos grupos en particular de la periferia son capaces de aprovechar las oportunidades que se abren con el alcance de los nuevos contactos con un vecino imperial, y esto es precisamente lo que hoy en día denominamos globalización. De este baile en concreto surge finalmente en la periferia una fuerza económica mucho mayor, poblaciones más grandes y estructuras políticas más robustas centradas en aquellos que más se beneficiaron. A largo plazo, y hablamos de siglos de contactos, el imperialismo romano y franco desempeñó pues un papel central aunque indirecto en la construcción de potencias periféricas que finalmente descabezarían las lanzas imperiales. En vez de considerar a las poblaciones periféricas como recipientes pasivos de la civilización imperial, hemos de tener en cuenta que determinados grupos periféricos pasaron a la acción para aprovecharse de una nueva situación.[29] El efecto estratégico añadido no pudo haber sido más profundo.

Como resultado directo, un imperio restaurado que conservase la esencia del original romano se había convertido en algo totalmente imposible en el año 1000. No solo había roto el islam la antigua unidad mediterránea, y el equilibrio de poder en la Europa occidental se había desplazado decisivamente al norte de los Alpes, sino que, aún más importante, las pautas de desarrollo eran ahora demasiado iguales a lo largo del ancho territorio europeo. Podríamos decir que gracias a esta igualación en el desarrollo, se preparó el escenario para los siguientes mil años de infructuosas guerras en las que los dinastas europeos combatían por conseguir un nivel de dominio global que de hecho era

imposible. En este sentido, fue necesaria la pesadilla de dos guerras mundiales en el siglo xx antes de que el «sueño europeo» cobrase vida para intentar detener el proceso de interminable confrontación armada entre potencias que eran siempre demasiado iguales para que pudiera haber un vencedor indiscutible.

No obstante, si un imperio tradicional de dominio militar y económico a escala del viejo imperio romano era imposible en el año 1000, una nueva modalidad de imperio estaba a punto de renacer de las cenizas de los proyectos imperiales carolingio y otoniano. Emperadores como los romanos operando a una escala verdaderamente romana eran cosa del pasado, y su centro sin duda ya no podía resistir más; sin embargo, mil años después del nacimiento de Cristo, una hostil bestia imperial de una catadura totalmente nueva se disponía a nacer, esta vez no en Belén como imaginó Yeats, sino en la vieja capital imperial.

Parte IV

SEGUNDA VENIDA

Capítulo 7

CARLOS EL GRANDE Y LEÓN EL PAPA

San Pedro de Roma es la iglesia cristiana con el interior más grande del planeta. Ubicado en el emplazamiento original de la iglesia construida por el emperador Constantino en el siglo IV d. C., el edificio actual se inició el 18 de abril de 1506 y tardó más de cien años en terminarse. La ceremonia de consagración fue finalmente celebrada el 18 de noviembre de 1626, tras haber consumido dicho proyecto las energías y el intelecto de un equipo de ensueño del Renacimiento, que incluyó a Bramante, Miguel Ángel y Bernini. San Pedro no es ni la iglesia madre de la comunión católica romana, ni siquiera la catedral del papa como obispo de Roma. Este honor le corresponde a Letrán, donde el papa León III erigió originariamente su famoso mosaico como parte de su campaña para limitar el daño que la coronación imperial de Carlomagno causó a su propia posición.

El extraordinario estatus religioso de San Pedro deriva totalmente del hecho de que su altar se yergue sobre lo que la comunidad cristiana de Roma, desde tiempos inmemoriales, ha considerado el lugar de enterramiento de san Pedro. Y con cierta razón. Fue ejecutado en la persecución neroniana de 64

d. C. en el Circo de Nerón que estaba allí cerca, y efectivamente hay un cementerio romano de aquella misma época que contiene enterramientos cristianos debajo de la basílica, algunos de los cuales fueron examinados durante una década de excavaciones desde 1939. Yo no estaría tan seguro como lo estaba el papa Pío XII, en su famosa emisión radiofónica del 23 de diciembre de 1950, de que se habían hallado los huesos de san Pedro, pero la pista descendente había conducido a los excavadores a ciertos fragmentos de hueso envueltos en tela de oro y teñida de la apreciada púrpura imperial en una zona justo debajo de la basílica original de Constantino que había sido monumentalizada a finales del período romano, e inaccesible desde el siglo IX. Los excavadores habían encontrado por lo menos lo que los cristianos de finales del período romano y comienzos de la era medieval identificaron como el último lugar de descanso de san Pedro. Esto basta para convertir a la basílica de San Pedro en un lugar muy especial para el mundo cristiano, pero sobre todo para el catolicismo romano.

San Pedro es la piedra angular de la autoridad papal que reúne la comunión católica romana, como la propia iglesia nos recuerda. En cuanto uno entra por sus majestuosas puertas, se encuentra frente a una enorme y clara inscripción (obviamente en latín...) de los versículos clave del Evangelio según san Mateo:

Y yo también te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.[1]

No hay error. Estas palabras, la famosa respuesta de Jesús cuando Pedro lo identificó correctamente como «el Cristo, el Hijo de Dios vivo», están sobre la roca sobre la que se ha construido la autoridad papal. San Pedro es considerado el primer papa, el primer obispo de Roma, que transmitió a sus sucesores una única autoridad religiosa, sintetizada en el derecho a atar y desatar pecados, que como puede leerse en este fragmento Jesús había concedido originalmente a san Pedro. Completada y perfeccionada a lo largo de los años, la autoridad papal dentro de la comunión católica romana incluye una serie de responsabilidades fundamentales. El papa ha de definir en última instancia la correcta teología cristiana, no necesariamente siendo él mismo un teólogo académico (aunque debería), pero por lo menos fomentando y controlando los necesarios debates y sus resultados. Unas veces también ha de crear leyes y otras definir normas (siguiendo, una vez más, el oportuno consejo), que expongan las pautas de práctica religiosa y conducta moral personal tanto para el clero como para el laicado. Asimismo, es responsable de la creación y el mantenimiento de estructuras de aplicación que garanticen el cumplimiento de dichas pautas. Por último, y no por ello lo menos importante, el papa ejerce el control de los nombramientos de los cargos más elevados (de los obispos y superiores) en el seno de la Iglesia.

Utilizados a la vez, estos poderes permiten a la Iglesia católica romana funcionar como una sociedad religiosa multinacional, unida por un conjunto de normas y un presidente legislador en la persona del papa. Estos poderes papales, y su efecto general, un cuerpo eclesiástico centralizado que funciona como una unidad atravesando

fronteras políticas, son de hecho antiguas características del paisaje cristiano. No obstante, no son tan antiguas como normalmente se piensa.

Una de las obras poéticas más originales que se han conservado de la corte de Carlomagno es un poema épico virgiliano anónimo que posiblemente fuera escrito por nuestro viejo amigo Einhard. Lleva un título impuesto por su moderno editor: *Karolus Magnus et Leo Papa*. En cuanto a título, está bastante bien. El fragmento conservado de (probablemente) su tercer libro termina con la reunión de Carlos y León en Paderborn, y se supone que había un cuarto libro que culminaba en el día de Navidad de 800. No obstante, el poema originalmente contenía mucho más. Se han perdido por completo otros dos libros, e incluso el fragmento del libro tres que ha llegado hasta nosotros contiene muchísimo más que el trascendental encuentro que condujo a la restauración del imperio.

En el poema, el papa León es tratado con gran compasión y respeto. El horrorizado poeta recuerda la abominable conducta de los ciudadanos de Roma hacia «el mayor pastor del mundo», y muestra el debido respeto al milagro de la recuperación del papa de sus heridas:

[Carlomagno] está asombrado de que los ojos del papa que fueron cegados, ahora hayan recuperado la visión,

y se maravilló de que una lengua mutilada con tenazas ahora hable.

No obstante, no hay la menor duda de que la figura

dominante del poema es el propio Carlomagno. A lo largo del poema, este es siempre situado en elevadas posiciones, de manera que domina la acción físicamente. Cuando llega el papa, el ejército franco está dispuesto al pie de una colina, pero Carlomagno se encuentra en la cima y desciende para saludar a su huésped. La palabra «emperador» se deja caer en el poema aunque la acción se sitúe en 799. Este era el punto de vista, como ya hemos visto, de Carlomagno y su corte: Dios hizo emperador a Carlomagno mucho antes de 800, y todo cuanto hizo el papa León, como regalo de Navidad para el resto de la humanidad, fue, finalmente, reconocer este hecho. En consonancia con esto, el poeta centra la atención principal antes de la reunión, en Carlomagno como fundador de una Nueva Roma en forma de su complejo palacial de Aquisgrán. Esto es fundamental en la elección del poeta de la épica virgiliana porque tomó como modelo el retrato que Virgilio hace de Eneas como fundador de la primera Roma. Sin embargo, la imagen está cuidadosamente adaptada. Al lector no le queda absolutamente la menor duda de que la nueva Roma es superior a la primera (y este es un tropo muy generalizado entre los poetas de la corte de Carlomagno).

Más interesante aún es la descripción general de Carlomagno con la que el poema precede su relato de Aquisgrán. Todo empieza como cabría esperar. Carlomagno es el gran pero compasivo vencedor de innumerables campañas y es la generosidad misma con sus leales seguidores. Humilla también al orgulloso, levanta al débil (bla, bla, bla), pero después se hace más interesante:

Exhorta [al injusto] a aprender justicia mediante acciones piadosas,

inclinando la cabeza de los impíos, encadenándolos con sólidos grilletes, y enseñándoles a cumplir los mandamientos de Dios entronizado en las alturas...

Aquellos que, como los bárbaros, se han negado a ser piadosos son encauzados hacia la piedad por un justo temor.

Y el motivo por el que puede llevar a cabo todo esto se debe a su soberbio intelecto y devoción, que le han permitido a él solo comprender el pensamiento de Dios:

Solo él merece tomar posesión de todos los enfoques del aprendizaje, penetrar sus ocultos caminos y comprender todos sus misterios, porque Dios le revela a él la evolución del universo desde los comienzos.

El poeta reivindica para Carlomagno una excepcional y estrecha relación con el Todopoderoso y le proporciona el correspondiente cargo que pisotea las prerrogativas del papado como bien sabemos: no solo obligando a los bárbaros a convertirse al cristianismo, sino definiendo la correcta conducta cristiana para todos sus súbditos. A pesar de todo, León es tratado con gran respeto, su autoridad religiosa palidece reducida a la relativa insignificancia junto al contacto directo de Carlomagno con el Todopoderoso. En efecto, Carlomagno conocía todos los problemas de León mucho antes de la llegada de cualquier mensajero de Roma, precisamente porque Dios le envió la noticia en un sueño. En el retrato trazado por nuestro poeta, la relación de Carlomagno con Dios le proporciona una autoridad política, moral y religiosa, que sobrepasa a la de cualquier posible rival, incluso al apostolicus, el obispo de Roma.[2] Antes de desestimar todo esto por ser precisamente lo que diría un poeta cortesano carolingio, hemos de examinar más de cerca las tradiciones heredadas de autoridad política y religiosa en cuyo seno se movían Carlomagno y León.

EMPERADORES Y PATRIARCAS

En tiempos de las Actas de los Apóstoles ya había una comunidad cristiana en la ciudad de Roma. En aquel entonces, cuando la nueva religión se extendía posteriores generaciones, hay que imaginar a la amplia civilización cristiana, o ecúmene como los cristianos la denominaban, adoptando la forma de un número creciente de congregaciones esencialmente autónomas en torno a las principales ciudades del Mediterráneo (como ranas en torno a una charca, como dijo Sócrates). Estas congregaciones se gobernaban a sí mismas y tenían solo contactos periódicos unas con otras, sobre todo porque el estado romano lanzaba ocasionales ataques persecutorios contra ellas. No había ninguna jerarquía formal institucionalizada de autoridad religiosa ni entre las congregaciones ni siquiera, para empezar, dentro de las mismas, puesto que los cargos de sacerdote y de obispo tardaban en formalizarse, y tanto el liderazgo general como el análisis teológico provenían a veces de lo que hoy denominaríamos miembros del laicado. No obstante, de entre toda la confusión que rodea este temprano período de la historia del cristianismo, tenemos un ocasional momento lucidez que muestra que la congregación de Roma, y en particular su liderazgo, ocupaba una posición de especial prestigio gracias a su asociación con dos de los más grandes líderes de los primeros tiempos del cristianismo: Pedro y Pablo. Este especial prestigio ya se menciona en una famosa carta de Ignacio de Antioquía fechada en la primera década más o menos del siglo II, y podría significar, en este caso, un insólito grado de autoridad religiosa. De esta misma época se ha conservado una famosa epístola del papa Clemente I del año 96 d. C. a la congregación de Corinto, en la que interfiere en una disputa interna sobre los derechos de los sacerdotes. Cien años después, el papa Víctor I actuó de forma más general para excomulgar a todo cristiano (los llamados cuartodecimanos) que insistiera en celebrar la Pascua en la misma fecha que el Pésaj judío. La congregación de Roma creció rápidamente y ya en 253, bajo el papa Cornelio, consistía, aparte de su obispo, en nada menos que cuarenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cincuenta y dos exorcistas y una variedad de lectores y porteros. No obstante, dado que no había ninguna estructura jerárquica formalizada en el seno del cristianismo en su conjunto, la interferencia de Roma en los asuntos de otras comunidades se limitaba a la (muy) ocasional declaración de un principio general (como la excomunión de Víctor) o a determinados momentos en los que otra congregación pedía al liderazgo romano un fallo respecto a un tema complicado. Se han conservado unos pocos y valiosos ejemplos de tales peticiones anteriores a 300 d. C., y no hay indicios de que las evidencias existentes conserven tan solo la punta de algún gran iceberg ya derretido.[3]

Todo esto cambió con la conversión del emperador Constantino a comienzos del siglo IV, y la consiguiente promoción de la Iglesia al rango de religión oficial del estado romano. A medida que se iba desarrollando este proceso, con el telón de fondo de un creciente ritmo de conversiones que multiplicaron inconmensurablemente el número de congregaciones cristianas dentro del imperio, la Iglesia adquirió su primera estructura de autoridad articulada. Esto supuso la formalización, por primera vez, del papel del papado en el seno del cristianismo en su totalidad. Comparado con posteriores pautas de desarrollo, e incluso con lo que a diversos papas les gustaba decir sobre sí mismos en aquella época, la forma en que aquellas nuevas estructuras operaron resulta sorprendente.

La importancia de la sede romana dentro de la nueva estructura fue formalmente reconocida en todo el ancho mundo cristiano (que pronto acabó teniendo las mismas fronteras que el imperio). Un importante efecto de la conversión de Constantino fue el de permitir (e incluso hacer posible, pues los pagó con fondos imperiales) que se extendiese la tradición por parte de los líderes cristianos de todo el imperio de reunirse ocasionalmente en grandes concilios ecuménicos cuando había importantes asuntos que dirimir. El primero de ellos se reunió en Nicea en 325, y su sexto canon (los cánones son la lista de las decisiones tomadas en un concilio) reconocía el especial estatus apostólico concedido al obispo de la sede de Roma, porque había sido fundada por san Pedro. En la práctica, esto tenía varias dimensiones de importancia. En primer lugar, y de manera más específica, ya no todos los obispos eran considerados iguales. Algunas sedes adquirieron el rango metropolitano (convirtiéndose efectivamente en arzobispos, aunque este

término todavía no era de uso general) con derechos reconocidos para interferir en cierto modo en la gestión de las sedes subordinadas de su provincia; específicamente, para convocar sínodos periódicos con el fin de mantener los niveles de creencia y práctica, y para confirmar todas las elecciones episcopales. Utilizo la palabra «provincia» deliberadamente. Con muy pocas excepciones, las ciudades que adquirieron el rango metropolitano fueron las capitales de las provincias romanas imperiales existentes, y su ámbito de autoridad coincidía generalmente con los límites de las provincias. Más o menos de la noche a la mañana, las jerarquías administrativas de la Iglesia copiaron las del gobierno imperial. Dentro de esta extraordinaria convulsión, la sede de Roma adquirió derechos metropolitanos sobre una extensa zona en torno a la ciudad. [4]

En segundo lugar, ahora desde un punto de vista más amplio, el tradicional papel de Roma como tribunal de apelación ocasional para asuntos eclesiásticos complicados adquirió nueva importancia. La forma en que habitualmente se pronunciaban estos fallos cambió de manera harto significativa. La forma epistolar directa del período cristiano inicial dio paso en tiempos del papa Inocencio I (401-417) a la mucho más formal y característica decretal papal. La decretal estaba inspirada en el rescripto imperial, que era un tipo específico de carta utilizado durante siglos por los emperadores para dar respuesta formal y totalmente razonada en la mitad inferior de una carta a una consulta legal planteada en la mitad superior. El rescripto del emperador tenía absoluta fuerza legal y a menudo dictaba posteriores prácticas legales para casos análogos. Por consiguiente, el

hecho de imitar este tipo particular de formato de carta fue una jugada altamente significativa, que mostraba un papado decidido a que lo que había empezado como poco más que pequeñas declaraciones de opinión se considerasen ahora fallos legalmente vinculantes. La creciente frecuencia y amplio alcance geográfico de las decretales de un grupo de papas de las primeras décadas del siglo v es verdaderamente impresionante. Entre ellos, Inocencio I, Zósimo I, Bonifacio I y Celestino I (a lo largo de los años 401-432) emitieron fallos formales a congregaciones cristianas no solo dentro de Italia, sino en zonas tan alejadas como Hispania, la Galia y África del Norte. [5]

En tercer lugar, y ampliando todavía más el punto de vista, la herencia apostólica de Roma significaba que tenía que ocupar una posición preeminente en las continuadas disputas que constituyen un rasgo característico del cristianismo romano tardío, sobre todo la llamada disputa arriana, que generó la variante del cristianismo a la que se adhirió Teodorico. La razón fundamental por la que la disputa teológica fue tan importante en los años posteriores a la conversión de Constantino es que ofrece un fascinante atisbo de los efectos revolucionarios de convertirse en religión de estado. Hasta el siglo IV había habido ocasionales controversias doctrinales, que terminaron con la expulsión efectiva de la principal tradición cristiana de un puñado de grupos disidentes, como los cuartodecimanos. Sin embargo, una vez concluida la persecución del estado romano, la comunicación intercongregacional creció en intensidad, y pronto se puso de manifiesto que todavía no se había desarrollado del todo gran parte de la doctrina cristiana. La conversión de Constantino promocionó, y también sufragó, lo que parece, desde la perspectiva de la vida universitaria moderna, un proyecto de investigación de 250 años para reunir a obispos y otros intelectuales cristianos a intervalos irregulares en una mezcla de pequeños seminarios y a la ocasional y numerosa conferencia internacional (los concilios ecuménicos) para completar los vacíos doctrinales y atar los cabos sueltos.

A grandes rasgos, los temas teológicos tratados eran, en orden cronológico: primero, en qué sentido era Cristo divino (la disputa arriana); segundo, cómo había que entender la posición del Espíritu Santo dentro de la Trinidad; y, tercero, cómo se combinaba exactamente lo divino y lo humano en la persona de Cristo (la disputa monofisita). Y, entretanto, otros grupos eclesiásticos más localizados, con ayuda externa ocasional, se enfrentaron a aspectos disciplinarios como por ejemplo si los cristianos que se desmoronaban ante la persecución podían ser readmitidos en la Iglesia (la disputa donatista en el África del Norte) y si se podía tener un exagerado ascetismo (las controversias priscilianista y pelagiana, entre otras muchas).[6]No hay que preocuparse por los detalles. Lo que interesa es el cuadro general, y este es sencillo. Las congregaciones relativamente aisladas y en ocasiones perseguidas de los inicios de la Iglesia habían dado por sentado que todas creían más o menos en las mismas cosas. Cuando Constantino y sus sucesores las acercaron unas a otras y las pusieron en contacto, no tardó en hacerse evidente que no era así, o que por lo menos no habían pensado lo suficiente en ciertos asuntos. La secuencia de las disputas marca un proceso inevitable en el que se pusieron muchos puntos sobre las íes y se aclaró lo suficiente para aportar un apropiado nivel de coherencia teológica a la que ahora se había convertido en la religión imperial. El estatus apostólico de Roma significaba que su participación en este proceso era fundamental, y, en particular, que ninguna formulación doctrinal podía pugnar por conseguir el aura necesaria de legítima ortodoxia, si el obispo de Roma no la suscribía. De ahí que, como ya vimos en el capítulo 2, en tiempos de Teodorico, el patriarca de Constantinopla del emperador Zenón, Acacio, apoyara una solución de compromiso en la disputa monofisita que solo podía funcionar en la Iglesia oriental, pero Roma se negó a aceptarla. Al final, Justino y Justiniano volvieron a poner al este en consonancia con el papado. El estatus de Roma significaba que esta funcionaba como piedra de toque de la ortodoxia en el mundo en desarrollo del cristianismo romano tardío.

En cuarto y último lugar, todavía había tiempo para atar algunos cabos ideológicos sueltos, ya que son necesarios un par de saltos en la polémica para convertir las palabras de Jesús del Evangelio según san Mateo en un acta de justificación de los poderes del papado tal como hoy los ostenta. En primer lugar había que aceptar que el poder concedido a san Pedro era transferible a sus herederos, en vez de ser un don a un individuo. A continuación había que defender el argumento de que el heredero de Pedro era el actual obispo de Roma, porque él había sido el primer obispo de Roma, a pesar de que no había nada que lo describiera como tal en los Evangelios o Actas de los Apóstoles, los antiguos textos clave del cristianismo. No obstante, los

verdaderos creyentes nunca han permitido que la ausencia de documentación auténtica se interpusiera en el camino de algo que ellos consideraban correcto y, fieles a su costumbre, procedieron a cumplimentar minuciosamente los vacíos en la historia de san Pedro. En algún momento de este período, se generó un texto clave originalmente en griego y después traducido al latín en torno al año 400 por un erudito monje cristiano de nombre Rufino. Conocido como Recognitiones Clementinae, afirmaba ser una carta del papa Clemente I a Jaime, el hermano de Jesús y líder de la Iglesia en Jerusalén. En ella Clemente le explicaba a Jaime cómo había sido convertido y adiestrado por san Pedro, y cómo, mira por dónde, finalmente Pedro había traspasado su autoridad religiosa única a Clemente nombrándole su sucesor como obispo de Roma. Ambas lagunas ideológicas quedaron cumplimentadas con un hito textual. Clemente fue elegido como objeto de la falsificación presumiblemente por aquella primera carta genuina a los corintios, bien conocida de todos. Para acabar de zanjar la cuestión, una generación después, el papa León I demostró minuciosamente que todo aquello estaba en total consonancia con la ley romana sobre la herencia, y el círculo se cerró por completo. Entretanto, por si acaso no bastase con un apóstol, el papa Dámaso I convocó un sínodo local para declarar, en 382, que la Iglesia de Roma era distinta a cualquier otra comunidad cristiana porque había sido fundada por dos apóstoles, san Pablo y san Pedro, añadiendo otra justificación a la singularidad papal.[7]Hasta aquí, todo bien. En todos estos ámbitos, el papado consiguió explotar las oportunidades que se le presentaron tras la conversión de Constantino para reforzar sus pretensiones a la autoridad religiosa cristiana. Sin embargo, la Iglesia romana no era la única alternativa cristiana, y si ampliamos el horizonte para analizar modelos generales de autoridad religiosa cristiana en el mundo romano tardío, la posición del obispo de Roma empieza a parecer mucho menos Seamos más precisos. Los poderes impresionante. metropolitanos adquiridos por el papado dentro de la región de Roma, concretamente sobre las mismas provincias suburbanas que desde hacía tiempo estaban bajo la competencia administrativa del prefecto urbano de Roma, no eran más que las sometidas al dominio del obispo de cualquier otra capital provincial. No había nada de excepcional.[8]En cambio, la proclamación de decretales era exclusiva de los papas, pero no hay que exagerar la importancia de esta actividad en la construcción del poder papal general. En primer lugar, las decretales, al igual que los rescriptos imperiales, solo podían hacerse públicas si alguien formulaba la pregunta original. En la cumbre de la popularidad del sistema imperial, por ejemplo, sabemos que los emperadores redactaban unos cinco rescriptos al día. Y aunque, siguiendo el modelo de la terminología legal moderna, les demos a los emperadores algunos días libres, al cabo del año habrán fabricado varios centenares. A comienzos del siglo VI, Dionisio el Exiguo, cuya recopilación es la fuente primordial de gran parte de nuestro conocimiento de la actividad decretal de los papas, tan solo pudo encontrar cuarenta y un ejemplos de los casi 200 años que separaban su época de la de la conversión de Constantino. Esto indica que consultar al papa todavía no se había convertido en una actividad habitual de la Iglesia occidental. Además, había otro problema. Redactar una respuesta que uno considerase autorizada era una cosa, pero en sus rescriptos los papas a menudo recalcaban que sus argumentos formalmente razonados deberían ser de obligada obediencia. Sin embargo, no tenían mecanismos de imposición. Si un papa daba una respuesta que no era obedecida, no había nada que pudiera hacer al respecto. *In extremis*, a veces se recurría al apoyo imperial, como en 445 cuando León I consiguió una resolución imperial que apoyaba su propia posición en una disputa con el obispo Hilario de Arlés.[9]

Sin embargo, tampoco esto es el fin de las malas noticias. Los cristianos romanos tardíos se contentaban con reconocer que Roma era un lugar muy especial, pero no que fuera el único, puesto que otras comunidades cristianas primitivas también habían sido fundadas por apóstoles. El sexto canon de Nicea eligió las iglesias de Antioquía y Alejandría como fundaciones apostólicas, junto con Roma, y el canon siete añadió Ierusalén a la lista. A estas se les Constantinopla, que fue declarada (en un concilio celebrado, como era de esperar, en esta misma ciudad) la Nueva Roma. A partir de aquel momento sería considerada en todos los aspectos como un igual junto a la Vieja Roma. Por consiguiente, en la década de 380 había surgido el modelo clásico romano tardío, que consistía no en una sola sede de prestigio único, sino en cinco patriarcados cristianos de igual preeminencia. Así pues, la ortodoxia cristiana se definiría, idealmente, sobre la base de lo que aquellos cinco patriarcas considerasen verdadero. En este contexto, las Recognitiones Clementinae y el énfasis de Dámaso en la doble fundación apostólica de Roma eran parte de un desesperado intento por poner distancia entre la sede de Roma y un conjunto de pares que se contentaban con reconocerla como igual, pero que no creían en la singularidad de Roma.[10] Y por si las cosas no fueran lo bastante malas, los patriarcas se vieron ensombrecidos por otra fuente de autoridad religiosa cristiana: el emperador.

Llegados a este punto, vale la pena recordar la lista de funciones que actualmente define al papado como cabeza colectiva de la comunión católica romana: máxima regulación de lo que constituye la creencia ortodoxa; definición e imposición de las normas de práctica cristiana tanto para el clero como para el laicado; creación de la ley de la Iglesia; y control de los altos nombramientos de la Iglesia. Si se analizan todos estos testimonios de la época romana tardía y se contrastan con esta lista (sin centrarse solo en el papado), entonces enseguida salta a la vista que la cabeza en funcionamiento de la Iglesia cristiana del período romano tardío era de hecho el emperador.

Empecemos con la doctrina. Los trescientos años más o menos que siguieron a la conversión de Constantino fueron un período extraordinariamente creativo en términos teológicos, en el que gran parte de las enseñanzas cristianas alcanzaron su completa definición. El papado tuvo cierto papel en este proceso, pero en realidad fue un papel sorprendentemente marginal. Las decisiones sobre la doctrina correcta se tomaron en los grandes concilios ecuménicos, Nicea, en 325, seguido a intervalos irregulares por Serdica, Constantinopla y Calcedonia antes de la deposición del último emperador de Occidente en 476. Estos concilios se celebraban en Oriente (incluso Serdica, la moderna Sofía,

estaba en la mitad oriental de los Balcanes), y gran parte de la gestión intelectual de los grandes debates teológicos se llevaba a cabo también en Oriente por parte de intelectuales cristianos que trabajaban principalmente en griego. Aparte de Calcedonia, donde el papa León I contribuyó con un importante documento, conocido como el *Tomo de León*, el papado latino solo enviaba a unos pocos observadores y dejaba que los eclesiásticos orientales realizasen la tarea. Muchos de los supuestos de la ciencia y filosofía griegas proporcionaron las herramientas metodológicas básicas para el desarrollo de la doctrina cristiana. [11]

Sin embargo, la serie de emperadores cristianos desempeñaron un papel todavía más fundamental en la acción. Ya nos hemos encontrado con el hecho de que los emperadores contribuían a la mecánica del desarrollo de la doctrina proporcionando transporte, emplazamiento y alojamiento a cientos de obispos a la vez, cuando estos eran trasladados (literalmente) por todo el imperio hasta el siguiente jolgorio teológico. Amiano Marcelino, historiador pagano del siglo IV, es especialmente mordaz en lo relativo a la frecuencia y el coste de los concilios eclesiásticos bajo el emperador Constantino II (337-351). Aparte de los cuatro grandes, hubo además numerosos concilios menores, y algunos otros más importantes que llegaron a lo que finalmente se decidió que era una respuesta «equivocada» y por lo tanto no figuran en las listas habituales de los concilios ecuménicos, aunque esto es precisamente lo que eran. El papel del emperador en todos aquellos concilios era mucho más significativo que el de simplemente sacar el talonario. Siempre decidía si había que convocar grandes concilios y cuándo: sin su visto bueno sencillamente no se celebraban. Junto a todo esto, los emperadores solían establecer por lo menos parte del orden del día de los asuntos de debate, cosa bastante lógica puesto que la mayoría de concilios se convocaban por un motivo en concreto. Presionaban también enormemente a los participantes para que se alcanzase el resultado deseado, y proporcionaban los únicos mecanismos de imposición a su alcance para hacer que las decisiones conciliares se cumpliesen: exiliando al clero disidente o confiscando edificios eclesiásticos y riquezas a aquellas sectas que terminaban siendo condenadas.

La intensidad del interés de los individuos en determinados asuntos doctrinales variaba considerablemente, y Constantino II y, más tarde, Justiniano, se caracterizaron por su amor al detalle teológico, no obstante, todos los emperadores estaban interesados en la paz y unidad en el seno de la Iglesia, que es el otro tema que acompañaba al elemento puramente intelectual en el debate doctrinal romano tardío. Todos los emperadores estaban dispuestos a involucrarse con la Iglesia hasta este punto por lo menos; por consiguiente, en términos generales, la voluntad imperial era más importante que el debate conciliar para los resultados doctrinales finalmente se alcanzaban. Veamos, por ejemplo, el llamado debate arriano acerca del término correcto que había que utilizar para describir la relación de lo humano y lo divino en la persona de Cristo. Nicea acordó una definición en 325, pero fueron necesarias dos generaciones para que aquella definición fuese finalmente aceptada. Entretanto, otras definiciones fueron apoyadas en su totalidad como ortodoxas por el estado romano durante largos períodos. El debate quedó zanjado en la década de 380, cuando partidarios de definiciones rivales no nicenas no consiguieron encontrar respaldo imperial, y el estado estableció la imposición de la postura nicena. El mismo modelo se repite en asuntos disciplinarios. En este aspecto, la gran polémica vino de África del Norte: la llamada disputa donatista acerca del estatus de aquellos líderes de la Iglesia que habían cedido ante la Gran Persecución que precedió a la conversión de Constantino. Mientras la voluntad imperial vaciló, cosa que sucedió durante gran parte del siglo IV cuando diferentes regímenes adoptaban diferentes políticas, la disputa se enardecía cada vez más. No obstante, tan pronto como la política imperial se endureció tras una resolución de la disputa, tomando firme partido contra los donatistas, y desplegó toda la panoplia de imposición imperial tras dicha resolución, la polémica rápidamente disminuyó el tono hasta convertirse en algo irritante. No es que todos los donatistas desaparecieran ni tampoco todas las corrientes de opinión no nicenas, pero una vez obtenido el respaldo imperial definitivo a favor de una postura, el apoyo de los oponentes tendía a disminuir de forma tan sustancial que rápidamente pasaba de ser un movimiento a convertirse en una secta, y entonces los emperadores dejaban de preocuparse. Los obispos y los intelectuales eran sin duda los que pensaban, pero los emperadores contribuían a que las conclusiones doctrinales se produjesen (o no) convocando concilios, construyendo las coaliciones necesarias en aquellos concilios para aprobar una determinada opinión, y forzando, después, el cumplimiento de aquella decisión conciliar con la debida determinación. [12]El papel del emperador en cuanto al establecimiento y la obligación de cumplimiento general de las normas de práctica para el clero y el laicado fue también fundamental. Las decretales papales desempeñaron cierto papel en el Occidente latino, pero hubo muchas más reglas y regulaciones propuestas en los cánones de diferentes concilios eclesiásticos (donde el papel del emperador en los más importantes fue esencial), y también en la legislación imperial directa. El Libro 16 del Código Teodosiano consiste en su totalidad en legislación imperial sobre asuntos religiosos aprobada entre la época de Constantino y c. 435, y el Código de Justiniano recopiló mucha más legislación a comienzos de la década de 530. La base del derecho canónico de finales del período romano la proporcionaron una mezcla de decisiones conciliares y legislación imperial, con las decretales papales ocupando una mísera tercera parte en términos de la cantidad de normas importantes y ampliamente extendidas para el clero y el laicado cristianos. En cuanto a la imposición, la estructura de los tribunales del imperio era importante, pero estaba complementada por una novedad fundamental. Desde la era de Constantino en adelante, los obispos tenían la prerrogativa de celebrar procesos y cualquier participante cristiano en una disputa podía pedir que su caso se trasladase a estos tribunales. No obstante, tal como se desarrollaron las cosas, dicho tribunal se convirtió en la práctica en una especie de corte de apelación de pequeños asuntos encaminada a la reconciliación y mediación más que en el rotundo castigo. Esto sin duda limitó el tipo de casos que podían ser llevados ante él (nunca casos que implicasen la pena capital, puesto que los obispos tenían prohibido el derramamiento de sangre). Dado que los tribunales episcopales habían sido autorizados por la ley imperial, se constata de nuevo la preeminencia imperial en el ámbito de la ley de la Iglesia. [13]Lo mismo es aplicable a los nombramientos eclesiásticos superiores. A los emperadores les importaba un comino quién fuera el obispo de una pequeña diócesis, por ejemplo, de los Pirineos. Sin embargo, sí les importaba quién ostentara este cargo en las grandes ciudades del imperio, y, sobre todo, en sus capitales centrales y regionales. Hay que señalar que no se referían a Roma. En el siglo IV incluso la mitad occidental del imperio estuvo gobernada desde Milán o Trier, y después desde Ravena, mientras que las ciudades clave de Oriente eran Constantinopla, Antioquía y Alejandría. Roma siguió siendo una capital cultural, pero, en todo el siglo IV, los emperadores la visitaron como mucho en cuatro ocasiones durante más o menos un mes seguido. Por consiguiente, las elecciones papales no atraían demasiada interferencia imperial directa, aunque cuando estas conllevaban violencia, como en la elección del papa Dámaso en 366, la cosa era distinta. En cuanto a las sedes que sí les importaban, los emperadores obtenían y conservaban el derecho a controlar los nombramientos. [14]

Sin duda, el emperador era la cabeza operativa de la Iglesia cristiana. Otros, incluyendo los papas, también ejercían su influencia, pero el papel imperial en la formulación de la doctrina correcta, en la definición e imposición de las normas exigidas de la práctica, y en la selección del personal era primordial. Y este dominio no era puramente *de facto*. La teoría política romana tardía, adoptada como ya hemos visto por Teodorico e invertida por Procopio, aseguraba que el emperador era nombrado directamente por Dios y

cuidadosamente seleccionado por él para gobernar como su vicario en la tierra. Estas ideas provenían directamente de la concepción helenística no cristiana de la realeza, pero sorprendentemente la conversión del imperio al cristianismo generó muy pocos cambios. La divinidad en cuestión fue identificada con el Dios cristiano y el propósito divino fue reelaborado y transformado en la idea de reunir a toda la humanidad bajo el cristianismo en vez de crear una civilitas perfectamente racional para unos pocos. Sin embargo, no se produjo ninguna reducción en la declaración acerca de la estrecha relación entre el emperador y Dios. Todo lo que tenía que ver con el emperador siguió siendo sagrado, desde su erario hasta su dormitorio, toda ceremonia imperial desde la ocasión pública más señalada hasta los momentos más insignificantes e íntimos (como el acto de proskynesis: postrarse ante la presencia imperial para mostrar el debido respeto) eran orquestado para mantener la preeminencia. El emperador no era un mortal cualquiera, por lo menos en público, y tenía que mantener una impasividad sobrehumana cuando se desarrollaban las ceremonias. Es posible que Constantino llevase las cosas demasiado disposiciones originales para su enterramiento exigían depositar sus restos en un gran mausoleo (la iglesia de los Santos Apóstoles) en Constantinopla, rodeado de altares dedicados a los doce apóstoles. Se ha dicho a menudo que se consideraba a sí mismo como el decimotercer apóstol. Sin embargo, el decimotercer individuo que suele encontrarse en medio de los doce apóstoles es Cristo, así que hemos de preguntarnos quién exactamente se consideraba Constantino. Su hijo, Constancio II, recondujo las cosas hacia una condición ligeramente más modesta. Aunque solo ligeramente: Constancio y sus sucesores, de Oriente y de Occidente, hasta Justiniano y más allá, insistieron firmemente en la pretensión de haber sido elegidos por Dios para gobernar con él en la tierra.

Si miramos cómo se han desarrollado las cosas a lo largo de los siglos posteriores al período romano tardío, y en particular a la más o menos completa separación de la Iglesia y el Estado que se ha convertido en la norma de la tradición política occidental desde hace dos siglos, resulta natural prestar atención a la línea de pensamiento que regía en el pasado y que ha conducido a este presente. Desde el período romano tardío, la voz de Agustín de Hipona argumentaba en La ciudad de Dios que ningún estado terrenal podía jamás reflejar tan perfectamente la voluntad divina como para durar eternamente. Era Dios quien hacía surgir y caer a los estados, esgrimía Agustín, pero únicamente para sus propósitos, y solo durarían mientras fuesen capaces de servir a su elevado propósito, que sistemáticamente estaba separado del de aquellos. Agustín ya pensaba así desde hacía algún tiempo, pero el saqueo de Roma por parte de los godos en agosto de 410 le supuso un estímulo adicional para poner por escrito su idea. Tampoco fue el único que desafió directamente algunas de las principales pretensiones de la ideología del estado romano. Cada vez que un eclesiástico se resistía al intento imperial de imponer una determinada posición doctrinal, estaba negando implícita y a veces explícitamente el derecho del emperador a interferir en los asuntos de la Iglesia, y, a veces, la resistencia era férrea. Atanasio, obispo de Alejandría, consiguió que la provincia de Egipto fuera absolutamente ingobernable durante un breve período en la década de 340, por ejemplo, porque era contrario a la preferencia del emperador Constantino por la teología no nicena. O cuando la tradición cristiana ascética, que proliferó enormemente tanto en número como en influencia a partir de mediados del siglo IV, negaba por implicación las pretensiones de la ideología imperial. Si el emperador romano y la estructura política que él gobernaba reflejaban la voluntad divina respecto a la humanidad, entonces los individuos no deberían abandonarla y buscar la salvación de sus almas imitando la abnegación y el rechazo del mundo que proclamaban los ejemplos de Cristo, los apóstoles y de muchos profetas del Antiguo Testamento. No obstante, tenemos numerosos ejemplos en las Vidas de los Santos de este período que muestran este tipo de rechazo de la participación pública en los asuntos del estado romano, incluso entre los miembros de la élite. Júntese todo esto, añádase una buena dosis de retrospectiva y es relativamente fácil descartar las pretensiones de la ideología imperial como pura palabrería. [15]

Sin embargo, si hiciéramos esto sería un grave error. Si se pueden rastrear las líneas de resistencia a la autoridad religiosa del emperador en los escritos de algunos eclesiásticos, también se puede encontrar fácilmente otra línea de aceptación en los escritos de otros. Casi en el momento de la conversión de Constantino, por ejemplo, el obispo Eusebio de Cesarea estaba dispuesto a aceptar que no era ninguna casualidad que Cristo hubiera nacido bajo el mandato de Augusto, el primer emperador romano. Este hecho demostraba, según Eusebio, que Dios había

predispuesto, a pesar de las primeras persecuciones, que el estado romano se convirtiera en su vehículo para conducir a la humanidad al cristianismo. En otras palabras, el estado romano tenía un papel en el plan divino distinto al de cualquier otro. Esto, por extensión, otorgaba al emperador un cometido mucho más importante que el de cualquier otro gobernante seglar. Asimismo, en la sesión del cuarto concilio ecuménico de Calcedonia el 25 de octubre de 451, 370 obispos reunidos (es verdad que algunos a través de agentes) saludaron al emperador Marciano como «rey y sacerdote». Este clamor no era ningún rompimiento con la tradición, solo una expresión concreta de una línea de pensamiento bien establecida. También en el quinto concilio ecuménico de Constantinopla en mayo de 553, 152 obispos declararon con satisfacción que no debería ocurrir nada en asuntos eclesiásticos sin la aprobación explícita del emperador. [16]

Para cada voz clerical disidente del período romano tardío, hay otras diez que implícita o explícitamente aceptaron la pretensión imperial de autoridad religiosa dominante. Y, de hecho, hay que ser muy cauto con las voces disidentes. Si se analiza más de cerca, no es extraño encontrar al mismo individuo oponiéndose violentamente a las declaraciones imperiales cuando el emperador apoyaba una postura doctrinal alternativa, pero defendiéndolas vehementemente cuando el emperador estaba en el propio bando. No se trata de negar la existencia de una disidencia profunda y con principios en algunos sectores del clero respecto al criterio del emperador sobre su autoridad religiosa, pero la inmensa mayoría del clero cristiano, y del laicado de clase alta (porque los ascetas eran solo una pequeña aunque ruidosa minoría),

aceptaban básicamente que el emperador era elegido por Dios y que, por consiguiente, debería ejercer por lo menos una vigilancia en todos los asuntos de la Iglesia. Podría, es más, debería dejar que los obispos elaborasen la detallada teología, pero formaba parte de sus funciones encontrar la sabiduría, con la ayuda de Dios, para elegir entre posiciones opuestas y asegurar que sus súbditos, el pueblo de Dios, acabasen siguiendo los pasos de la verdadera fe y auténtica devoción cristiana. Esto atribuía al papado solamente un papel secundario, sobre todo en un mundo de cinco patriarcas iguales, donde gran parte de la teología más innovadora se llevaba a cabo en griego.

REYES Y OBISPOS

La mayoría de los parámetros en que se había estado moviendo el papado desde la conversión de Constantino se transformaron hasta llegar a ser irreconocibles en el período comprendido entre el derrocamiento de Rómulo Augústulo y la coronación de Carlomagno. Un imperio occidental unido dio paso a una serie de estados sucesores que, en su mayoría, se convirtieron finalmente en cristianos nicenos en algún momento entre los siglos v y vIII, aunque sus élites hubieran surgido como algo distinto. No obstante, las estructuras políticas de este nuevo mundo distaban mucho de ser estables, y en el curso de un período de trescientos años a partir de 450 d. C., el papado empezó a operar dentro de los confines del todavía existente imperio occidental. Pasó

sesenta años bajo el gobierno de los estados sucesores establecidos por Odoacro y Teodorico, antes de verse formando parte del imperio oriental gobernado desde Constantinopla. Este período duró casi ciento cincuenta años, hasta el siglo VIII, cuando el papado empezó a gobernar Roma y sus alrededores como unidad política independiente, mientras repelía las indeseadas atenciones de los reyes lombardos y al mismo tiempo las de los duques lombardos independientes de Spoleto y Benevento. ¡Época interesante!

Igual que con el período romano tardío, si uno se aproxima a estos siglos con retrospectiva, pueden distinguirse incipientes cadenas de conexión que finalmente contribuirán a la transformación del papado en cabeza operativa de la comunión católica romana. De 494, a comienzos del reinado de Teodorico, se ha conservado una famosa carta del papa Gelasio I al emperador Anastasio. Conocida por sus palabras iniciales *Duo sunt* («Hay dos»), continuaba formulando la doctrina de que hay dos autoridades iguales e independientes en el mundo: el sagrado poder de los obispos y el poder regio de los monarcas, y, de las dos, las responsabilidades de los sacerdotes son mayores:

Hay dos poderes que en gran parte controlan este mundo, la sagrada autoridad de los sacerdotes y la fuerza de los reyes. De estos dos, la función de los sacerdotes es la más importante puesto que en el juicio divino han de dar cuenta al Señor incluso de los reyes ... Por lo tanto, debéis saber que dependéis de sus decisiones y estas no se someterán a vuestra voluntad.

Dios quiere que los poderes trabajen en armonía, pero estos tienen esferas independientes y no deberían interferir en las áreas de competencia de uno y otro. Gelasio redactó esta

misiva en el apogeo del cismo acaciano y desafiaba las pretensiones de la ideología del estado imperial de que el emperador tenía el derecho de conducir los asuntos de la Iglesia. Más concretamente, era un ataque al *Henotikon*, el decreto imperial por el que Zenón había intentado establecer la armonía de la Iglesia en Oriente, pero el tema principal estaba enmarcado dentro de una declaración más general de principios.

Prácticamente del mismo contexto intelectual tenemos también la importante obra de Dionisio el Exiguo. Su especialidad era la traducción del griego al latín, pero lo que tiene especial relevancia aquí para nosotros es su obra sobre el derecho canónico. El proyecto se realizó en dos partes. Primero retradujo (en dos ediciones separadas) los cánones de los concilios ecuménicos del original griego. Había traducciones anteriores al latín, pero no eran especialmente cuidadas y a veces incluso mezclaban los cánones (harto embarazosa fue la apelación de un clérigo de África del Norte al papa Zósimo [417-418] en referencia a lo que según su traducción era uno de los cánones de Nicea, para descubrir que de hecho era un canon de Serdica). La segunda parte (la Collectio decretorum Pontificum Romanorum) recogía las decretales desde el papa Siricio I a Anastasio II (384-498). Este texto constituye la fuente de gran parte de nuestro conocimiento acerca de la actividad decretal de los papas en el período romano tardío, pero al mismo tiempo rompía una lanza a favor de la futura importancia papal elaborando una colección de considerable tamaño de las anteriores decisiones papales de forma sumamente práctica. La recopilación no tardó en difundirse, dando notoriedad a Roma como fuente de resoluciones autorizadas en asuntos eclesiásticos. [17] Otros momentos estelares papales del período incluyen a Gregorio I Magno, cuyos escritos fueron enormemente influyentes, pero también fue muy activo administrativamente, reorganizando el gobierno de las propiedades papales para aumentar el flujo de beneficios y renovando la burocracia central para que toda la empresa fuera más eficiente. Como es bien sabido, condujo también negociaciones prácticamente independientes con los lombardos en la década de 590, cuando se estaban abalanzando sobre Roma y no había ningún ejército romano oriental a la vista. A esto le siguió en el siglo VII cierta resistencia de altos principios a los intentos emperadores orientales de atajar los debates cristológicos que Calcedonia había dejado pendientes en los territorios orientales, argumentando que por más naturalezas que Cristo hubiera podido tener en diferentes momentos (y a los cristianos se les prohibió utilizar la palabra «naturaleza») una voluntad. Esta doctrina. solo tenía monotelismo (la forma griega para «una voluntad»), rechazaba implícitamente las enseñanzas del Concilio de Calcedonia a las que León había contribuido con su famoso tomo; por consiguiente, el papado, especialmente el papa Martín I, no la podía aceptar, fuera cual fuese el coste (y el coste fue elevado). Por último, el período presenta la primera evidencia de un interés papal serio por expandir las fronteras de la Europa cristiana, con Gregorio Magno en el papel protagonista. Tras pronunciar su famosa observación sobre unos esclavos anglosajones «Non angli sed angeli» («No son anglos sino ángeles»), envió a Agustín de Canterbury y a un intrépido grupo de cuarenta compañeros a través de Francia al norte del canal en 597. El continuado apoyo papal al proyecto tras la muerte de Gregorio fue en cierto modo esporádico, pero sí que proporcionó a uno de los clérigos más extraordinarios que jamás pisaran la verde y agradable tierra de Inglaterra: Teodoro de Tarso. Nacido en Asia Menor y refugiado de los triunfos persas y árabes en aquel lugar, fue repentinamente arrancado de un tranquilo monasterio a la edad de sesenta y seis años y enviado para ser el arzobispo de Canterbury. Impávido ante el espantoso clima, se dispuso sin ayuda a revolucionar la Iglesia anglosajona antes de morir finalmente a la avanzada edad de ochenta y ocho años: su carrera terrenal pronto fue coronada por una de las beatificaciones más merecidas de la historia. [18]

Si unimos estos momentos estelares papales, es posible ondear el argumento de que la Alta Edad Media fue testigo de algunos pasos cruciales que conformaron el papado tal como lo conocemos hoy. Dionisio destacó la importancia de la autoridad papal en el desarrollo del cuerpo del derecho canónico en Occidente. Los papas Gelasio y Martín articularon exactamente por qué los emperadores tenían que mantener sus pegajosas manos fuera de la teología y procedieron a poner en marcha la teoría, mientras que las enseñanzas de Gregorio Magno centraron las mentes de muchos eclesiásticos occidentales en Roma, al mismo tiempo que renovaba la burocracia papal y la convertía en una organización mucho más seria, aumentando los beneficios e iniciando el proceso que vería al papado desechar una órbita constantinopolitana y avanzar hacia el oeste en busca de su futuro destino. No obstante, a pesar de que los fenómenos individuales que acabamos de repasar son todos muy reales, hay que resistirse a toda costa a la tentación de unir los puntos para crear la imagen de un giro consciente del papado hacia Occidente en este período (como muchas veces se ha hecho, con Gregorio a la cabeza).

Ante todo, las relaciones entre el papado y el emperador de Constantinopla requieren un examen más minucioso. En mi opinión, es muy probable que los papas de finales del siglo v y comienzos del VI «gozaran» en cierto modo de libertad respecto al estrecho control imperial. Es harto dudoso que Gelasio se hubiera atrevido a escribir aquella misiva a Anastasio si hubiera estado viviendo en territorio romano oriental. Sin duda habría habido importantes consecuencias, y durante casi doscientos años desde la caída de Ravena a manos de las fuerzas de Justiniano en el verano de 540, Roma se encontró reducida efectivamente al rango de uno de los cinco patriarcas iguales bajo la dominante supervisión imperial. Quizás ligeramente molesto para un papado que había aprendido a vivir sin el imperio (aunque, como ya vimos en el capítulo 2, Roma no movió un dedo acerca del fin del cisma acaciano sin consultar primero a Teodorico, por consiguiente, no estoy seguro de que la situación fuera tan diferente), regresar por la fuerza la órbita a constantinopolitana era periódicamente problemático debido al furor que todavía rodeaba Calcedonia en Oriente. Algunos eclesiásticos orientales encontraban que su definición de Cristo compuesto «de dos naturalezas» era imposible de aceptar sin más comentarios. De ahí la secuencia de emperadores que trataron de encontrar posiciones de compromiso añadiendo algo a Calcedonia, o sacando alguna cosa, para hacerlo aceptable a una masa crítica de opinión eclesiástica oriental. No obstante, puesto que el *Tomo* del papa León era una parte central de los registros del concilio (y casi la única cosa con la que Occidente había contribuido al debate cristológico en curso), Roma no estaba en absoluto dispuesta a aceptar ninguno de los compromisos propuestos.

A pesar de este comienzo, la presión que los emperadores podían ejercer en ocasiones era tan intensa que determinados papas no pudieron hacer otra cosa que ceder. Vigilio, por ejemplo, fue sacado a rastras dos veces y conducido a Constantinopla a finales de la década de 540 y dos veces forzado a aceptar un compromiso que condenaba un pequeño fragmento del texto de Calcedonia. Denominado los Tres Capítulos, incluso este grado de compromiso causó una conmoción en gran parte de la Iglesia latina de Occidente, que se utilizó para la defensa inquebrantable de Calcedonia. Sin embargo, dos de los sucesores de Vigilio sintieron que el acaloramiento era demasiado feroz y aceptaron compromiso que él había firmado. Cuando en el siglo VII estalló por primera vez la tormenta de «una voluntad», el papa Honorio (625-638) suscribió también la propuesta imperial sin reparos. Le tocó a su sucesor Martín I contraatacar convocando su propio sínodo Laterano en 649, que condenaba el monotelismo sin reservas. Sin embargo, no tardó en recibir su decisivo merecido. Fue trasladado a Constantinopla, juzgado y exiliado a Crimea, donde murió (aunque las cosas podrían haber sido peores: su cómplice principal, Máximo Confesor, fue condenado a perder la lengua y la mano derecha para que no pudiera hablar ni escribir herejías). Por consiguiente, el peso de la autoridad imperial fue fundamental durante la fase «bizantina» del papado, pero, y este es un punto clave, no hay indicios serios de que, mientras durara, los papas buscasen positivamente cualquier cambio fundamental en esta situación básica.

Gregorio Magno, por ejemplo, se enzarzó en negociaciones independientes con los lombardos solo porque no tuvo otra elección, ya que no había tropas imperiales cerca de Roma en aquellos momentos. Sin embargo, su correspondencia pone de manifiesto con diáfana claridad que su objetivo subyacente conseguir que Constantinopla se comprometiese seriamente en la defensa de su ciudad estableciendo allí un mando militar: un ducado (llamado así porque estaría comandado por un dux). Finalmente así ocurrió y, pese a todos sus demás intereses, Gregorio no hizo intento alguno por alejarse de la órbita constantinopolitana. Y cuando, más tarde, la pérdida definitiva de las provincias orientales a manos de los árabes, donde se concentraba el grueso de la posición anticalcedoniana, hizo posible que los emperadores cedieran en sus intentos por llegar a un compromiso, el papado recibió su vuelta a la ortodoxia con los brazos abiertos. El año 681 fue el annus mirabilis. Fue testigo de una paz general entre el imperio y los lombardos, y también de la celebración concilio ecuménico de un sexto Constantinopla, que declaró finiquitado el monotelismo. El papado parecía dispuesto en aquellos momentos a ser un patriarcado bizantino en el futuro previsible.[19]

Lo que verdaderamente cambió la situación fue el deterioro de la posición estratégica del imperio bizantino a medida que sus pérdidas en Oriente a manos de los árabes iban en aumento. El efecto provocado tuvo tres importantes dimensiones: las dos primeras fueron las precondiciones

necesarias para la «desbizantinización» de Roma, la tercera su fuerza operativa. Una precondición estaba clara. Como los ingresos derivados de los impuestos disminuyeron en Constantinopla en quizás tres cuartas partes a causa de aquellas pérdidas catastróficas, esta se vio obligada a economizar y ahorrar en todos los frentes, con el resultado, sobre todo tras las reformas de Gregorio Magno, de que el papado emergió como el cuerpo independiente que disponía, con mucho, de la renta anual más sustanciosa dentro de la ciudad de Roma. Con el tiempo (y es difícil trazar el proceso en detalle), la administración papal se fue adjudicando cada vez más aquellas funciones públicas que mantenían a la funcionamiento: caridad. ciudad alimentos en abastecimiento de agua, incluso la defensa de la ciudad. Oficialmente, el funcionario más importante de la ciudad era el dux imperial, y esto había sido así a comienzos del siglo VII, pero tras dos generaciones y una invasión árabe, las cosas habían cambiado.

No obstante, para comprender perfectamente la nueva situación, es preciso entender también un segundo cambio estructural propiciado por todas las derrotas frente a los árabes. Aunque el imperio había perdido una parte sustancial de sus ingresos, la amenaza militar no había disminuido. En todo caso, lo que hizo en realidad fue aumentar a medida que el descontrolado islam conquistaba y absorbía los recursos de los territorios restantes. Así pues, Constantinopla tenía forzosamente que mantener ingentes fuerzas militares con sus ahora reducidas bases tributarias. Para conseguirlo, imitó en parte los métodos que Teodorico y los reyes de los estados occidentales habían adoptado cuando sucesores

recompensaban a sus seguidores militarizados que les habían aupado al poder del viejo Occidente romano. A lo largo y ancho del imperio se distribuyeron bienes inmuebles a las fuerzas armadas de Constantinopla como parte integrante de la paga militar. De hecho, el imperio conservó algunas de sus estructuras tributarias, y había periódicas pero valiosas distribuciones de paga militar además del reparto de tierras. Este último tuvo importantes repercusiones políticas, sobre todo en Italia. En toda la Italia bizantina, que estaba dividida en una serie de mandos militares independientes (como el exarcado en torno a Ravena, o el ducado que Gregorio Magno había conseguido para Roma), lo que empezaron siendo militares desembocaron guarniciones milicias en terratenientes locales cuyos miembros destacados ahora dirigían redes políticamente dominantes de terratenientes en cada una de sus subregiones. Dado que ahora tenían un carácter similar a las milicias armadas locales del reino franco. aunque la razón de su existencia fuera otra, estas redes desarrollaron naturalmente motivaciones políticas que a primera vista no eran tan imperiales, sino que respondían a sus intereses como terratenientes locales. Esto ocurrió en todas partes desde Nápoles hasta atravesar los ducados de Perugia y la Pentápolis e incluso dentro del exarcado de la propia Ravena, pero en Roma adoptó una forma peculiar porque estos terratenientes (llamados proceres y possessores en latín) también acabaron controlando las elecciones papales. No está claro cuándo ocurrió exactamente, pero a mediados del siglo VII era ya un asunto zanjado, y puesto que el papado era la institución pública más rica e importante de los alrededores, es fácil ver por qué esta red local romana en concreto trató de controlarlo, al igual que trató de gobernar el ducado.[20]

Un poco como el mundo franco del norte de los Alpes en ausencia de expansión, la configuración de la Italia bizantina tendía hacia motivaciones políticas centrífugas y locales, puesto que, esquilmada de gran parte de sus ingresos, Constantinopla tenía menos que ofrecer a estas redes de terratenientes en términos positivos y carecía de la fuerza militar independiente para obligar al cumplimiento. No obstante, en 681, la situación general de la Italia bizantina todavía parecía lo bastante sólida. La paz con los lombardos y el pleno reconocimiento de Calcedonia parecían ofrecer una vía pacífica hacia un indefinido futuro imperial a la Italia bizantina en general y a la ciudad de Roma en particular. Pero entonces una tercera dimensión del factor islámico dio en el blanco, y el potencial del localismo que los dos anteriores procesos habían sembrado en toda la Italia bizantina produjo un fruto verdaderamente extraño.

Lo que sucedió fue sencillo. La recuperación del ataque islámico que en aquellos momentos estaba experimentando Bizancio resultó ser breve, aunque de hecho su fin fue en gran medida culpa del emperador Justiniano II. Trató de dar un vuelco a algunas de las pérdidas de los anteriores cincuenta años reabriendo las guerras árabes en la década de 690, con resultados totalmente desastrosos. En la década de 710, los ejércitos islámicos no solo habían derrotado al fallido contraataque bizantino, sino que estaban de nuevo sedientos de sangre. Alcanzaron su momento álgido con un asedio de doce meses a Constantinopla en 717-718, que prácticamente acabó para siempre con el imperio. En realidad, la ciudad

resistió, pero a duras penas, y la crisis no terminó con el fracaso del asedio. El emperador León III (717-741) hizo lo que cualquier otro gobernante hubiera hecho en semejantes circunstancias. En 722-723 anunció grandes aumentos de impuestos, al parecer los duplicó, en busca de fondos para apuntalar su frente oriental, y poco después anunció el inicio de la iconoclasia cuando él y sus consejeros trataban de averiguar qué era lo que había enfurecido tanto a Dios.

Los efectos en el seno de la Italia bizantina fueron electrizantes. El aumento de los impuestos provocó un gran resentimiento en todas las redes terratenientes militarizadas. En Roma, los proceres y los possessores utilizaron al papa Gregorio II (715-731) para anunciar que se negaban a pagar y se declararon abiertamente en rebeldía. Debido desesperada situación del imperio en su conjunto, que tenía tan pocas fuerzas de sobra, cuando en 725 la ofensiva cobró fuerza y el exarca se dirigió a Roma con todos los efectivos que pudo reunir, los romanos encontraron, entre sus propios recursos y un poco de ayuda externa, la suficiente fuerza para repelerlo. En aquel momento, más que en cualquier otro, nació la República independiente de San Pedro, el progenitor directo de los estados papales que finalmente serían desmantelados en el siglo XIX por una combinación de grandes y pequeños Napoleones.

Hicieron falta unos años más para que la situación se estabilizase y para que cada uno comprendiese que se había producido algo irrevocable. A finales de la década de 720, todavía había una facción dentro de la red de terratenientes de Roma, dirigida por el entonces *dux*, Pedro, que estaba dispuesta a conspirar con Constantinopla para expulsar a

Gregorio II y restaurar la lealtad bizantina. Pero el golpe falló. La declaración de iconoclasia por parte de León III fomentó también enormemente la causa de la independencia local, puesto que permitió a Gregorio jugar su carta religiosa con creces. Excomulgó al emperador y le envió otra lectura sobre la no interferencia de los emperadores en teología (como Gelasio antes que él, la actual situación político-militar obviamente le permitió actuar con cierta seguridad). También hubo pérdidas. En 732-733, el emperador confiscó todos los estados papales del sur de Italia, Sicilia e Ilírico, que todavía estaban bajo control imperial, a un coste anual para el papado, según informes, de 350 libras de oro anuales de ingresos perdidos. No obstante, a mediados de la década de 730, el asunto se había enfriado y había surgido un nuevo modelo. Los terratenientes locales militarizados del viejo ducado bizantino de Roma habían creado y mantenido con éxito una república romana independiente bajo el liderazgo general del papado y cuyas elecciones controlaban.[21] Sin duda fue una revolución, pero no tenía nada que ver con la visión de amplio alcance de convertir al papado en la cabeza efectiva de la Iglesia occidental. Al contrario, era un proceso impulsado por motivaciones económicas y políticas extremadamente locales y obstinadas. De hecho, cuando se analiza más a fondo, se llega a la inevitable conclusión de que, tomados en su conjunto, estos diferentes acontecimientos de comienzos del período medieval en realidad habían reducido la amplia influencia ejercida por el papado sobre las comunidades cristianas del Occidente latino.

Por otro lado, cuando primero el *dux* de Roma y después las autoridades imperiales centrales de Constantinopla

empezaron a quedarse sin dinero, y el papado había asumido sus funciones, el componente religioso del cargo papal forzosamente disminuyó. La organización de los alimentos y del agua, la caridad, las construcciones públicas, la defensa y finalmente la política y la diplomacia en la zona del ducado no era tarea fácil, ni siquiera con la ampliación de la burocracia. Obviamente, los papas encontraron tiempo para los asuntos religiosos. Gregorio II y Gregorio III (715-741), uno sucesor del otro, propiciaron ambos la existencia del nuevo estado proporcionando también amplio apoyo al misionero anglosajón Bonifacio. No obstante, la situación política del nuevo estado requería constante atención. La gran crisis de los impuestos ocurrida en la década de 720 había generado una ola de localismo por toda la Italia bizantina cuando las restricciones empezaron a surtir efecto. Fuera de Roma, el emperador consiguió reafirmar su autoridad, pero, tal como se desarrollaron las cosas, solo durante cierto tiempo. En el norte por lo menos, los lazos entre las redes terratenientes locales y Constantinopla sufrieron un grave desgaste, y una serie de reyes lombardos (Liutprando, Rachis y Astolfo) aprovecharon la oportunidad para adueñarse de porciones de territorio bizantino. Este proceso gradual culminó con la definitiva ocupación de Ravena y la Pentápolis en 751 por parte de Astolfo, que acabó reduciendo las posesiones bizantinas de Italia a un conjunto limitado de territorios en el sur. Entretanto, el ducado de Perugia se había unido a la república romana, ampliando su base de poder, el contexto estratégico general seguía siendo amenazador. En lugar de estar protegida por el paraguas imperial, una república de modesto tamaño era ahora la responsable de su propia defensa en una Italia fragmentada vecinos ducados lombardos los eran SUS independientes ligeramente más grandes de Spoleto y Benevento, y el reino lombardo del norte, mucho más extenso (Figura 13). La autodefensa enviaría finalmente a los papas al norte en busca del apoyo de los francos (capítulo 2), pero el caso para el tema que nos ocupa es simple. Todos sus inmediatos vecinos eran relativamente poderosos y todos tenían intenciones depredadoras por lo menos respecto a la periferia de la República de San Pedro. Desde el momento de su nacimiento, los papas tuvieron que dedicar gran parte de su tiempo diario a preocuparse de los ejércitos, los ingresos y las relaciones diplomáticas. [22]

Sin embargo, no fue por este motivo fundamental por lo que el papel general de Roma había disminuido en el seno del cristianismo latino en desarrollo. Sabiendo que la evolución papal a largo plazo implicaría más tarde una afirmación de la autoridad religiosa de Roma contra las pretensiones de los emperadores medievales, y que los emperadores romanos ejercieron ellos mismos una poderosa autoridad religiosa, es fácil que se nos escape hasta qué punto el papado romano dependía de hecho de las estructuras romanas tardías para el amplio papel que había conseguido labrarse para sí en el seno de la Iglesia de Occidente del período. Las decretales papales no solo imitaron las formas de la legislación imperial romana, sino que su efectividad general descansaba en la existencia del estado imperial. Aunque todos los caminos conducían a ella, Roma estaba sumamente alejada de la mayoría de lugares, incluso en el Occidente romano. El mejor tiempo registrado de un viaje desde a Roma Inglaterra en contextos premodernos era de unas seis semanas. Esto no solo hacía engorroso el proceso de aportar un asunto ante el papa, sino que lo encarecía en extremo, puesto que había que ausentarse de las actividades habituales durante varios meses. Sin embargo, dado que la Iglesia era un departamento del estado romano, los clérigos a menudo habían utilizado el sistema de transporte imperial, el cursus publicus, para moverse por el imperio. Tampoco esto aceleraba demasiado las cosas, pero sí reducía considerablemente el coste de llevar a Roma una apelación. Además, aunque no le gustaba reconocerlo, la efectividad de las resoluciones papales dependía en realidad del apoyo imperial para su eficacia legal. En 445, el papa León I llegó a tener problemas para conseguir una resolución explícita del emperador Valentiniano III, que se aplicase a todo el territorio del imperio occidental (tal como era entonces): que «nada se hiciese contra o sin la autoridad de la Iglesia romana». La estructura de autoridad que hizo que Roma fuera cada vez más importante para la Iglesia de Occidente en el período romano tardío fue un acto doble imperial/papal, que dependía de las estructuras logísticas y legales del imperio para poder funcionar.[23] Ambas desaparecieron con el desmoronamiento del Imperio de Occidente, y lo que encontramos en su lugar es que la Iglesia occidental de la Alta Edad Media desarrolló nuevas estructuras de autoridad que redujeron considerablemente el papel que pudiesen desempeñar los distintos papas.

Los reyes de estados sucesores heredaron *de facto* y *de jure* en los territorios bajo su dominio la clase de autoridad religiosa que antes había correspondido a los emperadores romanos; por lo menos tras su conversión al catolicismo. Los

reyes de los francos (y por consiguiente todos los que ellos conquistaban) eran oficialmente católicos desde tiempos de Clodoveo, y los visigodos desde el Tercer Concilio de Toledo en 589. Los reyes anglosajones empezaron a convertirse en buenos cristianos católicos a partir de 597 y en torno a 660 todos se habían convertido. Todos estos reyes se apoderaron rápidamente de las viejas ideologías de poder del imperio romano. Todos habían sido nombrados por Dios, decían, y todos gobernaban en virtud de una especial relación con él. La combinación, semejante a la de los emperadores romanos tardíos, del modelo de la realeza helenística y del Antiguo Testamento les convertía en mucho más que simples gobernantes seglares. Eran los elegidos de Dios, por nombramiento divino.[24] Y, como había ocurrido con sus predecesores romanos, esto les facultaba ideológicamente para actuar como cabezas efectivas de la Iglesia dentro de sus propios dominios.

Si cogemos la misma lista de funciones que hemos utilizado antes, vemos que no hubo demasiada actividad doctrinal en Occidente durante aquellos años. Cosa que no es de extrañar porque era la época en que las viejas estructuras romanas tardías de conocimiento estaban cediendo ante otras estructuras medievales sucesoras menos intensas (es decir, en gran medida no profesionales). Pero la actividad doctrinal que había muestra el mismo modelo, por lo que las agendas reales predominaban ahora en aquella intersección entre doctrina, concilios e imposición. Los mejores ejemplos proceden del reino visigodo del siglo VI. El rey Leovigildo (568-586), que restauró la unidad política en el reino tras una serie de derrotas francas, intentó la misma artimaña en el

frente religioso, tratando de forzar un acuerdo doctrinal que funcionase como un compromiso entre la élite visigoda mayoritariamente arriana de su reino y la hispanorromana nicena. Esta iniciativa fracasó, pero fue una iniciativa real que seguía el modelo romano clásico. En la siguiente generación, fue el hijo de Leovigildo, Recaredo (586-601), cuyas decisiones e iniciativas estaban en la base de la adopción formal por parte del reino del cristianismo niceno en el Tercer Concilio de Toledo en 589. En la Inglaterra anglosajona, en el sínodo de Whitby en 664, la crucial intervención del rey Oswy, como relata el venerable Bede, fue la que posibilitó que el reino de Northumbria siguiera el método romano para calcular la fecha de Pascua en vez del método irlandés. Tras presentar ambos bandos SHS argumentaciones, Oswy saltó al escenario:

Entonces el rey concluyó: «Y también os digo que [san Pedro] es el guardián de las puertas, a quien no contradiré, sino que, por lo que sé y soy capaz, obedeceré sus decretos en todas las cosas, no sea que, cuando yo llegue a las puertas del reino de los cielos, no haya nadie para abrirlas, por ser mi adversario quien tiene las llaves».

Sin duda el papado desempeña aquí un papel más que de figurante, puesto que la autoridad papal es lo que finalmente decantó las cosas a favor del rey; no obstante, tenemos a un rey en un sínodo convocado por la realeza, que, tras escuchar a su clero debatir tecnicismos, tomó él mismo la decisión crucial. Esta es una réplica a pequeña escala del modelo imperial romano de autoridad religiosa global.[25]

También en la esfera de los nombramientos de los altos cargos de la Iglesia, el mandato real tenía gran peso. Nuestra

fuente más fértil, como para todo lo relativo a la Alta Edad Media, es la obra histórica de Gregorio de Tours. Incluye múltiples anécdotas de la actuación de la Iglesia franca, que muestran que los reyes francos tenían la última palabra sobre los nombramientos episcopales en sus territorios. Las decisiones individuales podían estar influidas por numerosos factores, pero en última instancia era el rey quien realizaba el nombramiento, y un candidato sin la aprobación real estaba perdido. Gregorio se lamenta de ello a menudo, pero también deja caer que él tuvo que asegurarse la aprobación real, en su caso del rey Sigiberto, para hacer valer sus pretensiones por encima de las de un rival a su sede de Tours. ¿No fue Churchill quien dijo que la coherencia es señal de mediocridad? Carecemos de fuentes narrativas similares del reino católico visigodo, pero, a pesar del inusual contraejemplo, estoy seguro de que la influencia regia en los nombramientos episcopales también debía fundamental (como increíblemente siguió produciéndose tras la conquista islámica cuando los emires y califas heredaron el derecho, por lo menos, a aceptar a los candidatos antes de que fuesen formalmente consagrados). También en la Inglaterra anglosajona resultaba siempre problemático si a un rey se le endosaba un obispo que por alguna razón no era de su agrado; como pone de manifiesto el detallado relato de Bede en la Historia eclesiástica del pueblo inglés, allí también prevalecía normalmente la voluntad real.[26]

Sin embargo, el modelo se torna evidente cuando dirigimos nuestra atención al establecimiento de principios para el clero y el laicado y al funcionamiento de las estructuras de imposición de cumplimiento. Esta fue siempre la segunda función clave de los concilios eclesiásticos en el período romano tardío, más allá de las cuestiones doctrinales, y en el período posromano continuó siéndolo. No obstante, después de 476, las estructuras conciliares occidentales no funcionaban en toda la Iglesia latina en su conjunto, sino reino a reino.

Tomemos por ejemplo la Iglesia cristiana de la Galia franca. Clodoveo convocó un concilio de los eclesiásticos de su nuevo reino en Orleans en 511, pero después la actividad fue más bien esporádica. La única actividad gala concentrada que conocemos es la secuencia de cuatro concilios reformistas celebrados por el obispo Cesáreo de Arlés entre 524 y 529, pero bajo la tutela de Teodorico y Atalarico, que en aquellos momentos ocupaban una posición dominante en lo que hoy en día es la Francia mediterránea. De hecho, hasta comienzos de la década de 580 el nieto de Clodoveo, Guntram, no adquirió suficiente poder e interés para iniciar una secuencia de concilios reformistas para los obispos del reino franco, que progresivamente se dispusieron a mejorar los principios de conducta y práctica religiosa en todo el reino. No cabe duda de que esto se convirtió rápidamente en una tradición. Un extraordinario manuscrito original de Lyon en el corazón del reino de Guntram, pero ahora repartido entre San Petersburgo y Berlín, nos permite ver el desarrollo de este proceso. Lo que hicieron los obispos en los veinte años posteriores al Primer Concilio de Mâcon en 579 fue recoger todas las resoluciones existentes que pudieron encontrar y añadirles sus propios argumentos, a veces inducidos por algún caso especialmente complicado que se les hubiese presentado. Con el tiempo consiguieron encontrar unos pocos conjuntos adicionales de viejas resoluciones conciliares y empezaron, cuando habían de tomar nuevas decisiones, a remitirse deliberadamente a las que ya habían recogido o elaborado. El trabajo culminó con la producción de un nuevo código de derecho canónico ordenado temáticamente, la *Vetus Gallica*, que reorganizaba los materiales existentes de una forma mucho más sencilla para saber cuál era el estado actual de la ley sobre un determinado tema. Esto nos muestra una dinámica comunidad eclesiástica franca que adoptaba la decidida responsabilidad del progreso del cristianismo dentro de su propia zona de jurisdicción.[27]

Es una historia fascinante que dota de vida a la Iglesia occidental medieval de una forma que pasa completamente desapercibida si uno solo se interesa por el desarrollo del papado. Saltan a la vista varios aspectos. La Iglesia franca no funcionaba aisladamente. Sus obispos tenían un profundo sentido de pertenencia a una tradición cristiana más amplia en la que el papado tenía cierta relevancia. De hecho, uno de sus textos básicos de la tradición cristiana era la recopilación de leyes hecha por Dionisio el Exiguo, tanto su traducción latina de los antiguos concilios griegos como su edición de decretales papales. Al mismo tiempo, esta comunidad franca dependía totalmente del apoyo de su rey para poder funcionar. Ninguna tradición reformista que afectase a todo el reino pudo despegar hasta que Guntram empezó a mostrar interés, y sospecho que, al igual que sus predecesores romanos imperiales, Guntram no solo convocaba los concilios sino que también los sufragaba. Asimismo, cuando había que abordar nuevos problemas, los obispos francos estaban contentos de depender de sus propios recursos

intelectuales y no veían la menor necesidad de consultar nada a Roma. Tampoco hay ningún indicio de que hubiera observadores romanos ni de que nadie hubiese considerado la necesidad de que estuviesen presentes. Cuando el interés real disminuyó de nuevo en el siglo VII, quizás como resultado de la lenta erosión del poder real en aquel período, la tradición se detuvo por completo. Solo se sabe de otro concilio eclesiástico en todo el siglo VII.

El modelo es tan similar a los correspondientes testimonios de los reinos visigodo y anglosajón que no hay necesidad de entrar en detalles. Una vez repuestos todos del sobresalto de la conversión al cristianismo niceno en Toledo III, el nuevo reino visigodo desarrolló finalmente la tradición de operar en ciertos aspectos importantes a través de una secuencia de concilios generales del reino. Estos se celebraban siempre en Toledo, pero en realidad la secuencia más o menos continuada no empieza hasta Toledo IV de 633, cuando, tras un lapso de casi cincuenta años, los concilios se celebran (relativamente) cada dos por tres. A diferencia de sus homólogos galos de finales del siglo VI, estos concilios trataban tanto de asuntos seglares como eclesiásticos, aunque los obispos iban por su cuenta cuando abordaban problemas puramente religiosos. Dejando de lado este aspecto, el modelo es idéntico. Los concilios eran convocados por los reyes, y el conjunto de legislación eclesiástica que generaron (conocido como la Hispana) incluía copias de viejos concilios y recopilaciones de Dionisio el Exiguo. También tenían copias de muchos de los concilios galos merovingios (que habían dejado de convocarse cuando la tradición hispánica se puso realmente en marcha). A pesar de ser conscientes de que pertenecían a un mundo cristiano más amplio, igual que sus pares francos, se pusieron a tratar de cualquier tema totalmente por su cuenta, a partir de los recursos de su propio intelecto y de su fe. No se convocaron expertos del exterior, ni se envió a Roma ningún asunto complicado para ser revisado por el papa.

En la Inglaterra anglosajona, la tradición conciliar empezó a encontrar su lugar bajo la llamada supremacía merciana en el sur de Britania un siglo más tarde. Los reyes mercianos convocaban concilios, cuyo alcance geográfico coincidía con su propio poder, y a pesar de que también eran conscientes de la existencia de un mundo cristiano más amplio los obispos ingleses generalmente se las arreglaban solos. La única vez que se convocó a expertos del exterior fue porque uno de los reyes, Offa, quería algo. Había conquistado el antiguo reino de Kent, sede del arzobispado de Canterbury, y le resultaba problemático tener ubicado lejos (desde la perspectiva británica) del centro de su reino al supremo funcionario religioso de la provincia sureña de Inglaterra, cuya extensión coincidía más o menos con las fronteras de su propio reino. Por consiguiente, quería dividir la provincia eclesiástica en dos y crear un segundo arzobispado en Lichfield, en el corazón de su reino. Para engrasar las ruedas de la aprobación papal, invitó a dos legados papales a una visita en 786. Los registros de las actas constituyen una lectura fascinante. Se celebró una gran cumbre en la que todo el mundo dejó constancia de su aceptación de innovadoras ideas religiosas, como la de que sería buena idea bautizar siempre a todos los niños. Y luego, un par de reuniones más tarde, y tras haber firmado el comunicado, los legados se fueron a casa. Fue un total ejercicio de relaciones públicas, nada que fuera remotamente engañoso ni que obligase a establecer mecanismos de imposición para controlar el posterior desarrollo de los diversos objetivos triviales que se habían estado discutiendo tan laboriosamente. Así pues, la oferta especial del rey al papado no le costó nada, y sin embargo cumplió su cometido. Lichfield fue debidamente convertido en un arzobispado por el amigo de Carlomagno, Adriano I, unos meses más tarde en 787, aunque no estaba destinado a durar. Tras la muerte de Offa, la supremacía merciana quedó socavada y, como uno a estas alturas ya puede adivinar, los asuntos de la Iglesia se doblegaron al viento político. En 803 el papa León III devolvió a Canterbury la absoluta supremacía y las cosas han quedado así desde entonces. [28]

Este episodio sirve para subrayar el tema dominante: todo el mundo seguía otorgándole gran prestigio a la Iglesia romana. En Occidente, este estatus era único puesto que no había ninguna otra fundación apostólica. Nada interrumpía tampoco el flujo de peregrinos a los monumentos y martyria. Cuando Tierra Santa se hizo más inaccesible tras las conquistas islámicas, es posible que el tráfico se intensificara (aunque no hay un estudio completo). Roma, tan llena de mártires y santos gracias a las persecuciones del imperio preconstantiniano, era también una creciente fuente de valiosas reliquias con las que a los fundadores les gustaba enriquecer las iglesias que construían.[29] No obstante, en el período romano tardío, y especialmente en el siglo v cuando, durante un tiempo bajo Valentiniano III (425-455) y después, los emperadores volvieron a Roma, el papa pudo ejercer, hasta cierto punto, de principal obispo del Imperio de

Occidente y de potencial árbitro supremo en complicados asuntos eclesiásticos. Pero todo esto quedó frenado con el caos de la caída del imperio, y cuando se calmaron las cosas, la Iglesia de Occidente emergió en unidades del tamaño de los reinos que funcionaban sin referencia a ninguna estructura de autoridad global. En tales circunstancias, el papado medieval precarolingio fue adquiriendo gradualmente una nueva autoridad y de mayor alcance, que combinaba funciones religiosas y seglares, pero que solo podía ejercerla dentro de propias y limitadas fronteras políticas. Con la desaparición de los emperadores de Occidente, los papas perdieron la estructura de apoyo que les había permitido ejercer una amplia función de liderazgo religioso en toda la cristiandad latina. A pesar de que las apariencias iniciales indiquen lo contrario, esta función tampoco fue significativamente restaurada en tiempos de los carolingios.

EL PADRINO (PARTE II)

Retrospectivamente, la era carolingia podría considerarse un período en el que los sucesores de san Pedro avanzaron a zancadas hacia la preeminencia de la que disfrutarían en la Edad Media Central y en la Baja Edad Media. En el frente ideológico, los dos grandes momentos de coronación de Pipino y Carlomagno se utilizarían para demostrar que el heredero de san Pedro tenía derecho a actuar de árbitro político, una idea que había anidado cómodamente junto a las pretensiones de la *Donación de Constantino*. En realidad,

Pipino se había hecho nombrar rey primero por los francos. Sin embargo, lo que se recordaría sería la historia de la supuesta carta y la respuesta definitiva del papa a favor de Pipino. Asimismo, León III tuvo que ser arrastrado al altar para coronar a Carlomagno, pero, una vez más, dado que el papado duró mucho más que los carolingios, acontecimiento pasó a la historia mostrando al papa como elemento esencial en cualquier coronación imperial. Este no era el criterio de Carlomagno, como bien demostró coronando él mismo a su hijo. No obstante, estas ganancias ideológicas adquirieron especial protagonismo a largo plazo, maneras más inmediatas por las y hubo otras Carlomagno y Luis el Piadoso acrecentaron la importancia del papado en las mentes y las vidas de los eclesiásticos occidentales.

En particular, la generosidad de Carlomagno enriqueció de nuevo al papado a escala verdaderamente épica, un excelente rendimiento de todas las angustiosas cartas y documentación de apoyo con las que el papa Adriano había bombardeado al rey a finales de la década de 770. No podemos poner cifra al incremento de los ingresos papales, pero sin duda fue colosal. Su envergadura queda asombrosamente reflejada en la colección de biografías papales más 0 contemporáneas, el Liber Pontificalis. Mientras que sus inmediatos predecesores, Esteban II (752-757) o Pablo I (757-767), pudieron renovar respectivamente uno de los grandes albergues de caridad para peregrinos (xenodochia) y un monasterio verdaderamente importante, los nuevos ingresos permitieron a Adriano I (772-795) y León III (795-816) emprender una extraordinaria oleada de renovación, construcción y dádivas de regalos destinados igualmente a infraestructuras seglares y religiosas de la ciudad.

A juzgar por sus inversiones, Adriano I tuvo buen ojo para la planificación urbana. Hay constancia de que invirtió la friolera de cien libras de peso en oro en una importante restauración de las defensas de la ciudad. Puso también de nuevo en pleno funcionamiento tres antiguos acueductos de la ciudad (Sabbatina, Virgo y Claudio), y encargó una importante restauración de la margen del río y de los pórticos frente a San Pedro. Una abultada serie de logros, pero solo una pequeña selección sacada de los archivos, que también incluía un majestuoso conjunto de puertas de bronce para la entrada principal de San Pedro. Por otro lado, la biografía de León III consiste más o menos en una lista de las donaciones que realizó, excluyendo casi todo lo demás. Algunas de las omisiones son deliberadas. No hay mención alguna en el Liber Pontificalis de que se postrara ante Carlomagno tras haberlo coronado, ni de la segunda rebelión contra su autoridad por parte de algunos nobles romanos en 813. También algunos acontecimientos de menos importancia, como su segundo viaje a Francia, son omitidos. En cambio, la biografía consiste prácticamente en los regalos hechos por León III a las distintas instituciones religiosas de la ciudad. En particular, bajo el año 807, el autor añadió una escueta lista de donaciones, que empieza así:

La iglesia de Nuestro Señor el Salvador llamada Constantiniana, corona de excelente plata, 23 lb.

Basílica de la santa madre de Dios *ad praesepe*, corona de plata pura, 13 lb. 3 oz.

Su iglesia en el titulus de Callistus, corona de plata, 13 lb. 3 oz.

Su diaconato llamado *Antiqua*, corona de plata, 13 lb. Su iglesia llamada *ad martyres*, corona de plata, 12 lb. 3 oz. Su diaconato llamado Cosmedin, corona de plata, 12 lb.

La lista sigue hasta documentar un total de ciento diecinueve regalos de plata a diferentes instituciones religiosas de toda la ciudad, y se ha calculado que el total asciende a regalos de metal precioso de unas mil libras de peso realizados en tiempos de León. En la Roma de finales del siglo VIII y comienzos del IX, la donación de Carlomagno fue mucho más importante que la *Donación de Constantino* y proporcionó los medios para una completa renovación de la Ciudad Santa en todos los ámbitos, desde el abastecimiento de agua hasta el esplendor de sus iglesias.[30]

También las políticas religiosas de Carlomagno convirtieron al papado en un elemento más fuerte en la mentalidad de gran parte del clero del imperio, porque veían a Roma como fuente de auténtica tradición cristiana. Sobre todo cuando él o sus eclesiásticos buscaban versiones no manipuladas de textos religiosos clave, Roma era su destino favorito. Ya en 774, Carlomagno pidió a Adriano, y la consiguió, la recopilación más actualizada de derecho canónico que hubiera en Roma. Con el nombre de Dionysio-Hadriana, era una versión ligeramente actualizada de la doble colección de cánones y decretales de Dionisio el Exiguo. Esto solo era el comienzo. Carlomagno consiguió también de Roma copias de sus mejores textos de la Biblia latina, y buenos ejemplos de los principales libros de oficios utilizados allí. Importó también maestros cantores de la ciudad para que enseñasen a los eclesiásticos galos a oficiar misa a la manera de Roma. Desde finales del período del imperio romano no había habido tanto ir y venir a Roma, en un proceso que claramente confirmaba la centralidad y autenticidad de todo lo romano cuando se trataba de identificar al «correcto» cristianismo.

Gracias a las atenciones de Carlomagno, el papado se enriqueció, fue visitado, cortejado y enormemente respetado, pero todos estos beneficios tenían un precio. El respeto del emperador por el papado era genuino, pero al mismo tiempo estaba convencido, como ya hemos visto, de que él tenía su propio acceso directo al Todopoderoso. No era un simple vasallo de san Pedro, por lo tanto no dudaba en utilizar al papado en su propio beneficio, como ya vimos en la fase previa a la coronación imperial, porque también aquello era la voluntad de Dios. Por otro lado, Carlomagno no sentía ningún temor por el hecho de estar en desacuerdo con el papa, ni siquiera en asuntos doctrinales. El ejemplo por excelencia es el Concilio de Fráncfort. Allí y a la cara del papa (por lo menos ante sus delegados) Carlomagno hizo que sus eclesiásticos declarasen que la aceptación por parte del papa Adriano del nuevo precepto de Constantinopla sobre los iconos era un error. Un segundo ejemplo menos contundente nos lo proporciona la famosa cláusula filioque, un añadido al habitualmente denominado Credo Niceno, pero que en realidad es el Credo del Concilio de Constantinopla de 381. En él se afirma que el Espíritu Santo procede «del Padre y del Hijo juntos» (filioque significa «y el Hijo») en vez del Padre solo. La comunión de la ortodoxia oriental nunca ha aceptado este añadido, que sigue siendo un escollo en los debates ecuménicos. Tanto esta cláusula como el precepto que subyace en ella cobraron importancia en el Occidente medieval y, a finales de la década de 790, Carlomagno y sus eclesiásticos lo adoptaron formalmente como artículo de fe y extendieron su uso por todo el imperio. A continuación empezó a retorcer el brazo del papa León. Atrapado entre la espada y la pared, porque sabía perfectamente la tempestad que desataría la cláusula en la cristiandad oriental, que se resistía con vehemencia a cualquier cambio en la formulación del Credo tradicional, León finalmente cedió en que el precepto subyacente era ortodoxo, pero insistió en que era mejor no tocar el Credo, tratando de prevenir potenciales dificultades con Constantinopla. El filioque no se adoptó formalmente en la ciudad de Roma hasta 1014, pero no hay duda de que Carlomagno se sentía con perfecto derecho a usar su propio criterio para decidir incluso en asuntos de ortodoxia doctrinal.[31]

Por consiguiente, podemos ubicarlo en una tradición que se remontaba a casi medio milenio. Desde tiempos de Constantino en adelante, la responsabilidad suprema incluso en la identificación de la doctrina correcta había sido una de las funciones del gobernante cristiano, y la actitud de Carlomagno respecto a Roma no era más que su prolongación directa. Efectivamente, en este momento sería muy fácil repasar la misma lista de funciones que hemos utilizado antes, y llegar a la inevitable conclusión de que Carlomagno era indudablemente el jefe de la Iglesia dentro de sus dominios. Nombraba a todos los principales eclesiásticos, convocaba todos los concilios importantes y autorizaba casi todos los demás. También se redactaban en su nombre importantes tramos de indicaciones legales sobre las prácticas

de la devoción clerical y laica.

Aunque todo esto es cierto, seguir por esta línea sería un poco aburrido y corre el riesgo de obviar un aspecto mucho más importante de la era carolingia. Sin duda Carlomagno era el jefe de la Iglesia (y Luis el Piadoso lo fue después de él), ambos de facto y de jure como sus predecesores imperiales romanos. A la mayoría de sus eclesiásticos nunca se les hubiera ocurrido que el jefe supremo de la República papal, por más que se reconociera su estatus de apostolicus, pudiera aspirar a nada remotamente parecido a la autoridad religiosa suprema que había de ejercer el rey-emperador por mandato de Dios. Muy bien, pero bajo la guía de Carlomagno se estaba produciendo algo mucho más interesante. El simple tamaño del imperio y los recursos económicos que Carlomagno tenía a su disposición se combinaban con la ambición colectiva mostrada por él mismo y por sus destacados eclesiásticos para desencadenar un extraordinario proyecto de reforma cristiana, que transformaría la Iglesia occidental por entero.

Sus principios están articulados de forma completa en el prefacio de la *Admonitio Generalis* (*Admonición general*), hecha pública en Aquisgrán el 23 de marzo de 789:

Cuán necesario es no solo rendir constantes agradecimientos a su bondad con todo nuestro corazón y voz sino también dedicarnos a su alabanza mediante la práctica continua de buenas obras, que aquel que ha conferido tan grandes honores a nuestro reino permita que siempre permanezcamos nosotros y nuestro reino bajo su protección; por este motivo nos complace solicitar de vuestra sagacidad, oh pastores de las iglesias de Cristo y líderes de su rebaño y brillantes luminarias del mundo, que os afanéis con sumo celo y diligente admonición para conducir al pueblo de Dios a los pastos de la vida eterna y os esforcéis por devolver a la oveja descarriada a las murallas de la fortaleza eclesiástica a hombros del buen ejemplo y llamamiento, para que el lobo que acecha no halle a nadie transgrediendo las sanciones de los cánones o

infringiendo los preceptos de los padres de los concilios ecuménicos, ¡Dios no lo quiera!, y los devore.

Dios ha dado a Carlomagno victorias sin precedentes para que la civilización cristiana prevalezca en el mundo y, para continuar mereciendo su favor, el rey (que todavía era en 789) el deber de hacer que así suceda. Este texto extraordinario sigue hasta un total de ochenta y dos cláusulas que abarcan desde pensamientos generales sobre vivir en castidad hasta temas más concretos sobre cómo hay que llevar a cabo los servicios, pero también subraya la importancia de utilizar pesos y medidas fiables y de actuar con justicia en los tribunales. Para Carlomagno y sus principales consejeros, tanto seglares como eclesiásticos, no hay distinción entre Iglesia y Estado, ni entre seglar y sagrado. El imperio de Carlomagno había sido creado para que se hiciera la voluntad de Dios, y esto no solo incluye su religión sino cualquier otra dimensión de sus funciones. Esta visión está totalmente en consonancia con las ideologías imperiales romanas, es decir, no es más que su principal consecuencia puesta de manifiesto en voz alta, pero la declaración es una exploración extraordinariamente profunda de este aspecto. El principio se mantuvo con total coherencia a lo largo del reinado, y reapareció, de forma más sucinta, en una caracterización general del propósito de Carlomagno en 812, inspirada por uno de los destacados intelectuales de su corte:

Porque esto es siempre de su agrado: instruir a los obispos en la búsqueda de las Sagradas Escrituras y de la doctrina prudente y sensata, a los clérigos en la disciplina, a los filósofos en el conocimiento de las cosas divinas y humanas, a los monjes en la religión, a todos en general en la santidad, a los primados en el consejo, a los jueces en la justicia, a los soldados en la práctica de la puntería, a

los prelados en la humildad, a los súbditos en la obediencia, a todos en general en la prudencia, justicia, fortaleza, temperancia y concordia.

Los jueces juzgando, los soldados practicando puntería y los obispos estudiando las Escrituras: todo al mismo tiempo. El programa carolingio no reconocía ninguna distinción fundamental entre estas actividades. Todas habían de realizarse según la voluntad de Dios en el imperio que Dios había creado.[32]

Por consiguiente, Carlomagno, como muchos otros conquistadores, tenía un sentido exagerado de su propia importancia, y la suficiente inteligencia para convertir su posición en coherentes declaraciones de principios, que podían resumirse en la palabra latina correctio: el deseo de corregir las formas de vida predominantes para adecuarlas a un modelo de perfección cristiana. ¿Por qué habríamos de prestar tanta atención a todo este ridículo sinsentido sobre la construcción de la sociedad de Dios en la tierra? Como bien nos ha mostrado la narración política, su propia familia no pudo mantener ni siquiera una fachada de amor fraternal tras su muerte, y no hay el menor indicio de ningún estallido de valores cristianos en la Francia del siglo IX en su conjunto. Sin embargo, el proyecto de Carlomagno tuvo, y todavía tiene, una enorme importancia. El rey y sus eclesiásticos no solo proclamaron el sueño, sino que trataron de vivirlo. Y gracias a esta serie de conquistas sin precedentes, Carlomagno tuvo enormes recursos para dedicarse a ello personalmente, y el suficiente apoyo para hacer que otros también se uniesen al proyecto. Esto le permitió, ante todo, reunir en su corte un extraordinario acervo de experta erudición compuesto por los

mejores sabios que pudo hallar en todos los rincones de la Europa occidental: Alcuino de York (que entonces tenía una de las mejores bibliotecas de la cristiandad occidental), Teodulfo de Hispania, Pedro de Pisa y Pablo Diácono de Italia, para nombrar solo a unas pocas superestrellas. Esta fluida asamblea de eruditos (los individuos iban y venían a lo largo del tiempo) representaba una congregación de talento intelectual única que solo un gobernante con la riqueza e influencia de Carlomagno podría haber reunido. Aparte de escribirle ingeniosos poemas laudatorios y de renegar unos de otros, estos hombres se apuntaron también al gran proyecto de reforma cristiana del rey-emperador. Junto con el propio Carlomagno, y gran parte de sus destacados consejeros seglares y eclesiásticos, formaron un equipo que se puso a trabajar en la construcción de la sociedad cristiana concebida en la Admonitio Generalis. El resultado fue una total transformación de la Iglesia de la cristiandad latina occidental.[33]El primer paso fundamental hacia consecución de aquel sueño fue asegurar una comprensión más completa y más exacta de la auténtica tradición y práctica cristianas dentro del clero del imperio. Y el mejor medio, de hecho el único, para lograr este fin era aumentar la disponibilidad del cuerpo de textos mediante los cuales se había definido y transmitido a lo largo de los siglos la tradición cristiana verificada y verificable, es decir, las tripas de la religión. Obviamente estamos hablando aquí de la Biblia, pero la Admonitio también menciona el derecho canónico (los cánones) y mucho más: todo desde los libros de derecho no religiosos para apuntalar la nueva era más justa que estaba por venir hasta interminables comentarios

bíblicos. A menudo se ha dicho que el cristianismo es una religión de libro, y Carlomagno y sus eclesiásticos lo comprendieron a la perfección. Por consiguiente, el proyecto de correctio de Carlomagno tuvo que empezar con los libros, y los concilios de reforma de 812 (a los que volveremos dentro de un momento) estaban preparados para determinar qué reformas. Los textos clave para la construcción de una sociedad cristiana eran los Evangelios y las Actas del Nuevo (debido al tamaño de los manuscritos Testamento medievales, las Biblias completas, llamadas pandects, con todo reunido bajo una misma cubierta eran extremadamente raras en aquella época), libros litúrgicos, escrituras patrísticas, la Regla de Benito para los monjes, la Cura Pastoralis (Cura Pastoral) del papa Gregorio Magno para obispos y sacerdotes, el derecho canónico y los códigos legales seglares para oficiales laicos.[34] La obtención y distribución de copias de estos textos fundamentales distaba de ser sencilla en la Francia de finales del siglo VIII. Los libros eran sin duda muy raros, y los ejemplares lujosos eran sumamente caros: hicieron falta más de 1.500 vacas para conseguir el pergamino necesario para los Evangelios de Lindisfarne (Lámina 21). No obstante, el problema mayor era llegar a una consensuada versión «correcta» de los textos.

A veces, con textos originalmente en griego, la dificultad surgía porque en el pasado se habían realizado numerosas traducciones latinas independientes. La Biblia es el ejemplo clásico. En el período imperial romano, se llevaron a cabo cuatro traducciones latinas independientes, pero a finales del siglo VIII sus tradiciones textuales se habían entremezclado de tal manera que tratar de averiguar lo que cada una de ellas

decía en su original, y después cuál de ellas podía proporcionar la mejor traducción de un determinado pasaje, era una verdadera pesadilla.

No obstante, aún había otro problema fundamental que provenía del hecho de que, con la desaparición de la cultura civil altamente alfabetizada de la élite romana tardía, el latín había dejado de ser enseñado por los maestros de lengua profesionales, los gramáticos, que antes se encontraban en la mayoría de las grandes ciudades comerciales del imperio. Colectivamente, estos hombres habían evitado de forma artificial que el latín clásico, la lengua hablada y escrita de la élite romana, cambiara demasiado a lo largo del período romano redactando complejos libros de normas (los ancestros de las gramáticas latinas utilizados para torturar a los jóvenes de hoy en día) que definían la miríada de terminaciones del latín «correcto» (es decir, clásico). Pero cuando estos hombres se quedaron sin trabajo con la transformación de la vida de la élite hacia carreras militares en lugar de civiles, como ocurrió al norte de los Alpes antes de 500 d. C. y en Italia más o menos una generación después, el dique gramatical que retenía los procesos normales de cambio lingüístico reventó. Los grafitos de Pompeya muestran que, en círculos menos elevados, el cambio lingüístico hacía tiempo que se estaba produciendo, y no tardó en extenderse a la élite. Al parecer, la pronunciación cotidiana ya no distinguía entre algunos de los sonidos que originalmente habían diferenciado entre sí las terminaciones de los casos, y, debido a ello, la pronunciación se llevó consigo gran parte de la estructura gramatical del latín clásico. Con el paso del tiempo, este proceso convirtió al latín en sus diversos derivados romances (como el francés y el español) que pueden considerarse como un latín sin la mayoría de las terminaciones de los casos, donde el orden de las palabras dentro de la frase (como el inglés moderno) desempeña aquella función, puesto que las terminaciones habían perdido la capacidad de transmitir significado. Entre la élite, este proceso se produjo gradualmente y más o menos inconscientemente a partir del siglo v, para después abrirse camino en la cultura textual, afectando no solo a las nuevas composiciones, sino también a los intentos de copia de textos antiguos. El resultado fue un auténtico desbarajuste, pues ni siquiera los clérigos cultos se daban cuenta de que su intento por escribir en latín clásico en realidad era una mezcla de formas latinas y romances. Como lo expresó Carlomagno en una famosa capitular *Sobre el estudio de las letras*:

En los últimos años nos han enviado numerosas cartas procedentes de varios monasterios notificándonos los esfuerzos realizados en nuestro nombre en oraciones sagradas y piadosas por parte de los hermanos que allí residen; y hemos identificado en la mayoría de estos escritos suyos sentimientos correctos y lenguaje zafio. Pues lo que la piadosa devoción dictaba fielmente por lo que se refiere al asunto, una lengua inculta, por falta de aprendizaje, era incapaz de expresar sin errores.[35]

Para tener alguna posibilidad de éxito en su anhelo de reabastecer a la Iglesia occidental con auténticas copias de los textos clave del cristianismo, Carlomagno y su equipo tuvieron que combatir este extendido problema, y lo hicieron con entusiasmo. Como ya hemos visto, una estrategia fue la de dirigirse al papado, puesto que dónde sino en Roma podrían hallarse copias auténticas de los textos fundamentales de la tradición cristiana. No obstante, aunque Roma fue de

alguna ayuda (la Admonitio Generalis influyó enormemente por su conocimiento del derecho canónico en las Dionysio-Hadriana que el papa había proporcionado), la respuesta resultó insuficiente. Algunos de los libros que había facilitado el papa no encajaban en un contexto franco, como el Misal Romano, que carecía de algunas de las lecturas que necesitaba el mundo franco. De forma más general, ni siquiera el latín romano era del todo clásico. Para solucionar el problema, Carlomagno volvió al punto de partida y puso a sus eruditos a trabajar en los textos cristianos clave para que elaborasen versiones «correctas», que después se distribuirían a los principales centros religiosos del imperio de Carlomagno: las catedrales y los grandes monasterios. A Alcuino, por ejemplo, le cayó el muerto bíblico y le dieron los Evangelios y los Salmos, textos fundamentales no solo para la comprensión cristiana, sino también para la liturgia, puesto que extractos de los mismos facilitaron muchas de las lecturas utilizadas en los oficios.

Sin embargo, para que todo esto funcionara correctamente hacía falta una reforma más de raíz. Si el proceso de edición había de tener un efecto duradero, el conocimiento del latín clásico «correcto» había de difundirse ampliamente entre los eclesiásticos de la Europa occidental. De lo contrario, cada vez que se copiase un texto, los viejos errores volverían a colarse en él. Por lo tanto, para la *correctio* carolingia, trabajando codo con codo con las iniciativas de edición, era absolutamente esencial el énfasis en el aprendizaje del latín «esmerado», término con el que Carlomagno y sus consejeros hacían referencia a su versión de la lengua clásica. Los mejores gramáticos de latín que tenía a su disposición se

pusieron manos a la obra, especialmente Alcuino y Pedro de Pisa, e inventaron una estrategia triple. Los viejos textos de enseñanza elaborados por los maestros profesionales del período romano tardío (sobre todo de Donato y Prisciano) fueron desempolvados, copiados y puestos en circulación. En segundo lugar, añadieron algunos nuevos textos de enseñanza propios, con la obra de Alcuino de cómo pronunciar la lengua artificial que trataban de restaurar desempeñando un papel estelar. En realidad, el hecho de ser anglosajón y de haber aprendido el latín totalmente como lengua extranjera convirtió, al parecer, a Alcuino en mejor maestro de las nuevas normativas que algunos de sus colegas continentales que ocupaban aquella tierra lingüística de nadie entre el latín y el romance.[36] Tercero, los eruditos empezaron a copiar y a divulgar grandes cantidades de textos romanos clásicos en una impresionante variedad de géneros, desde astronomía antigua hasta la poesía amorosa de Catulo.

Hemos llegado ahora al famoso Renacimiento carolingio, y vale la pena que nos detengamos un momento para explorar sus contornos. Muy simple, gracias a la tradición de copiar establecida por el conjunto de eruditos de Carlomagno se ha conservado hasta nuestros días la inmensa mayoría de la literatura latina clásica existente. Nada que no se copiase a finales del siglo VIII y a comienzos del IX (y sabemos que hay mucho que se ha perdido) sencillamente no sobrevivió. Por lo tanto, sin los eruditos de Carlomagno, gran parte de los logros culturales romanos antiguos se habrían perdido por completo.

No obstante, el término «Renacimiento», que, de acuerdo con la denominación original del siglo XIV, significa un

resurgimiento del interés por los clásicos por sí mismos, no es el más adecuado para lo que sucedió a continuación. Los eruditos de Carlomagno estaban interesados en los textos del latín clásico por dos razones principales: bien porque podían ayudar en la enseñanza de la lengua, incluyendo las rarezas gramaticales, bien porque contenían conocimientos útiles que todo cristiano culto debía saber. Potencialmente, esto podía haber llevado a ignorar algunos textos clásicos que hubieran llegado renqueando hasta el siglo VIII, pero que entonces se descartasen porque los eruditos carolingios cristianos no los considerasen útiles. Esta es la auténtica pregunta del millón sobre el Renacimiento carolingio: ¿qué tamaño tenía la papelera de pergaminos carolingia? ;Copiaban todo lo que encontraban o tiraron muchos textos? Es imposible responder con certeza. Uno podría pensar que la supervivencia de Catulo indica que lo copiaban más o menos todo, pero quizás monjes carolingios encontraron algunos gramaticales verdaderamente fascinantes entre tanto sexo. Sea cual fuere la respuesta más correcta, y yo me inclino hacia el criterio de que «lo copiaron casi todo», la evidente importancia cultural de los eruditos de Carlomagno es innegable.[37]

El hecho de que así fuera nos demuestra otra cosa de gran relevancia. Los eruditos de Carlomagno se las arreglaron para finalmente integrar sus textos corregidos, y el conocimiento del latín clásico que garantizaría su cuidada reproducción, estructuralmente dentro de la Iglesia occidental. También esto era parte del diseño original del proyecto. No obstante, los propios sabios, aun siendo intelectuales serios e industriosos, no eran tan numerosos: unas pocas decenas

como mucho. Si la *correctio* y su necesaria infraestructura cultural hubiera sido solo proyecto suyo, su impacto habría sido muy limitado. Por ejemplo, tan solo se ha conservado una docena de manuscritos más o menos que pueden ser atribuidos directamente y con cierta verosimilitud a la corte de Carlomagno.[38] Sin embargo, de la época carolingia en general han sobrevivido unos nueve mil, que contienen varias obras (incluyendo toda la literatura clásica latina existente). En otras palabras, los esfuerzos de los eruditos tuvieron el impacto que tuvieron porque sus valores y productos se convirtieron en parte fundamental de una cultura intelectual más amplia dentro de la Iglesia occidental en el siglo IX.

Las dos herramientas necesarias para conseguir este resultado ya existían, y aguardaban a ser utilizadas para lograr el máximo efecto. Desde el punto de vista técnico, la primera fue un nuevo tipo de caligrafía: la minúscula carolingia, como se la denomina. Variantes de esta caligrafía ya empezaron a usarse antes de tiempos de Carlomagno, y esto es importante porque era más pequeña y más cursiva que las antiguas escrituras unciales (Lámina 21). Ello significaba que se podía escribir más deprisa y que una página podía contener más texto. En un mundo en que los manuscritos eran sumamente caros tanto por el pergamino como por las horas de copia, esto supuso un gran avance. Como siempre, la correctio carolingia identificó una determinada minúscula cursiva como la mejor de todas las formas posibles, y esta escritura se impuso a todas las demás. La inmensa mayoría de nuestros nueve mil manuscritos carolingios están escritos utilizando esta caligrafía (aunque si uno tiene «ojo», cosa que yo no tengo, puede distinguir la caligrafía entre un escriba y otro).

[39]

Por sí sola, la minúscula carolingia habría incrementado la rapidez de la elaboración de libros y abaratado los costes, pero la correctio aceleró la producción de otras dos maneras. En los albores de la era carolingia, las instituciones religiosas tenían también más dinero para gastar. La riqueza procedente de las conquistas de Carlomagno proporcionó parte de este dinero. Por lo que sabemos, no fundó ningún monasterio, pero sí hizo numerosas donaciones, como también hizo con muchas catedrales. Por ejemplo, todas las sedes arzobispales metropolitanas de su imperio se hicieron acreedoras de dispensas especiales en su testamento. Sin embargo, desde el punto de vista estructural, fue precisamente en la era carolingia cuando quedó firmemente establecida la práctica del diezmo en el seno de la Iglesia occidental. En este aspecto Carlomagno no fue innovador, puesto que el diezmo ya aparece en los concilios de reforma de la Iglesia celebrados por su padre y su tío, Pipino y Carlomán, y esta es la segunda herramienta que aguardaba su pleno empleo. No obstante, Carlomagno insistió en que se pagase el diezmo, y puso en esta exigencia todo el peso de su autoridad legal. En consecuencia, el diez por ciento del PIB (casi lo mismo que las naciones desarrolladas dedican hoy a la sanidad pública) quedaba disponible teóricamente para fines religiosos. De hecho, se aplicaron las reglas habituales. El diezmo pertenecía a las instituciones religiosas, pero numerosos miembros de la clase terrateniente tenían derechos sobre estas instituciones. incluyendo una parte de su diezmo, por consiguiente, en la práctica no quedaba en absoluto el diez por ciento del PIB para fines religiosos. A pesar de ello los ingresos religiosos sin duda aumentaron considerablemente, puesto que otras medidas adicionales de reforma carolingia garantizaron que se dedicase un dinero extra a los maestros de latín y a la copia de los textos que los eruditos de Carlomagno habían identificado como herramientas cruciales para el cristianismo.[40]

A partir de la *Admonitio*, se hizo mucho hincapié en la importancia de que las catedrales y los monasterios tuviesen sus propias escuelas. Se trata de una exigencia clásica de la legislación de Carlomagno, repetida en muchas ocasiones. Carlomagno y Luis el Piadoso impulsaron reformas más específicas en relación al estilo de vida de aquellos que vivían en las comunidades catedralicias y monásticas. La reforma del clero asociado a las catedrales (canon catedralicio) empezó antes de Carlomagno, pero él no escatimó esfuerzos para que se llevase a cabo, y una de sus características fundamentales era la obligatoria existencia de escuelas, libros y un compromiso mucho mayor con el aprendizaje cristiano por parte de aquellas comunidades.

Lo mismo puede decirse del monasticismo. Antes del período carolingio había normas monásticas que siempre implicaban una cierta instrucción en la fe, pero la cantidad variaba porque la mayoría de monasterios tenían sus propias reglas que eran adaptaciones individuales de algunos de los prototipos más conocidos, como la *Regla de Benito*, ideada originariamente para el monasterio italiano de Montecasino en el siglo VI. Bajo Carlomagno y sobre todo bajo Luis el Piadoso en este caso, la monarquía carolingia exigió una observancia mucho más estricta de la regla benedictina en su totalidad, sin escoger ni mezclar. Pero no se trataba de la regla

benedictina original. Luis descargó su peso imperial en la versión revisada que incorporaba un cambio altamente significativo. La regla original dividía la jornada de un monje en tres partes iguales: oración, trabajo (trabajo físico, cultivo de alimentos para el monasterio) y estudio. La versión revisada, redactada por un segundo Benito (para evitar confusiones), Benito de Aniane, fomentaba una jornada dividida en dos partes: rezo y estudio. Ahora el trabajo físico lo tendrían que hacer los hermanos que no formasen del todo parte de la comunidad. La revisión incluía también algunos otros cambios, pero, una vez más, se hacía hincapié ante todo en el estudio. [41]

En cuanto a la reforma cristiana, Carlomagno no se limitó simplemente a obviedades piadosas. Él y sus eruditos se dispusieron a aumentar el nivel de conocimiento cristiano en todo el imperio a través de un proyecto de reforma extraordinariamente bien elaborado y profundo. No solo incidía en problemas superficiales, como la escasez de libros, sino que aspiraba a revisar por completo la infraestructura cultural de la Iglesia, para que los textos cristianos auténticos, y el conocimiento para garantizar que permanecieran correctos, se difundieran por todo el imperio. Surge una conclusión inmediata. El papel del papa en todo esto fue mínimo. Toda la energía procedía de la corte de Carlomagno. Él pagaba, y los eruditos trabajaban bajo su mando o con su aprobación. La imagen de responsabilidad global que encontramos al inicio del capítulo en Karolus Magnus et Leo Papa refleja la realidad con exactitud. Todo fue como Carlomagno lo había dispuesto para el nuevo papa en su primera carta a León III:

Es nuestro cometido, en la medida en que la divina benevolencia nos asiste, defender externamente a la santa Iglesia de Cristo desde todos los flancos mediante las armas contra las incursiones de los paganos y la devastación de los infieles [e] internamente reforzarla en el conocimiento de la fe católica. El vuestro, santo padre, es ayudar en nuestra lucha con las manos alzadas a Dios, como Moisés, con el propósito de que, con vuestra intercesión y la guía y benevolencia de Dios, el pueblo cristiano pueda gozar en todo momento y en todos los lugares de la victoria sobre los enemigos de su santo nombre y que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo entero. [42]

Este es uno de mis documentos favoritos de toda la Edad Media. El papa no es más que el vicepresidente de Carlomagno en la oración, mientras que él mismo es presidente ejecutivo de la Iglesia. Mientras que Adriano y León estaban ocupados gastando el dinero que Carlomagno les había dado en el embellecimiento de los atractivos religiosos de Roma, Carlomagno estaba reformando por completo el cristianismo occidental. El esfuerzo es impresionante, y la posición de Carlomagno como jefe de la Iglesia es innegable, pero ¿qué consiguió en realidad la correctio?

¿Cristianismo en nuestros días?

Lo que a todas luces no logró es hacer realidad el gran sueño de Carlomagno de crear una sociedad cristiana. Nadie podría sostener seriamente que Carlomagno se aproximara a su objetivo de construir una sociedad «mejor» (o incluso «más grande») digna del apoyo de Dios. Recordemos que Luis el Piadoso encontró el palacio de Aquisgrán lleno de putas, y que en la administración del imperio reinaba la corrupción, y no hay nada remotamente cristiano en el proceso político carolingio del siglo IX. No obstante, las críticas de Luis se apropiaron de la retórica del sueño, y para dar lo debido a los emperadores y a los eclesiásticos, se hicieron serios esfuerzos por traducir la renovación de la infraestructura cristiana del imperio por parte de Carlomagno en elevados niveles de devoción cristiana entre el clero y el laicado.

Gran parte de los esfuerzos se centraron en el clero, cosa que tiene su lógica. Si el clero no respondía a la correctio, no había la menor posibilidad de que surtiera el menor efecto en el laicado. Una vez más, las medidas adoptadas no fueron tópicos piadosos, sino algo concreto y bien dirigido. A comienzos del reinado de Carlomagno, se restauró la jerarquía dentro del episcopado, que al parecer había caído en desuso. El poder de los obispos metropolitanos, como se dispuso en Nicea, se reafirmó en la legislación real, de tal manera que los arzobispos podían ejercer su influencia sobre cualquiera de sus obispos subordinados que no respondiese a la correctio con entusiasmo. A esto le siguieron periódicas indagaciones para comprobar lo que se estaba haciendo, y después, hacia finales del reinado de Carlomagno, una serie de concilios reformistas. Sabemos que se celebraron en 813 en Arlés, Châlons, Maguncia, Reims y Tours; es posible que hubiera más. Su objetivo era reiterar a todo el clero cuál había de ser exactamente su contribución a la creación de la sociedad cristiana de Carlomagno.

No obstante, el clero no era más que un medio para llegar al laicado. También esto quedó patente en los concilios reformistas, donde, por primera vez, se expuso el principio de que los sacerdotes habían de predicar a sus congregaciones en su lengua nativa, fuera cual fuese. Esto marcó la culminación de un nuevo énfasis en la importancia del sermón como método esencial para educar al laicado, y una vez más los eruditos proporcionaron ayuda concreta. Se corrigió, copió y circuló un viejo favorito, las *Cuarenta homilías sobre los Evangelios* del papa Gregorio Magno, y se recopilaron nuevas colecciones. Pablo Diácono se adentró laboriosamente en los sermones de los grandes padres de la Iglesia mientras Carlomagno celebraba el resultado final:

Pablo Diácono ... ha leído los tratados y sermones de los diversos padres católicos, ha seleccionado lo mejor y nos ofrece dos volúmenes de lecturas adecuadas para cada una de las distintas festividades a lo largo de todo el año, y sin errores. Tras examinar el texto con nuestro perspicaz juicio, confirmamos los susodichos volúmenes con nuestra autoridad y los entregamos a vuestra religiosidad para que sean leídos en las Iglesias de Cristo.

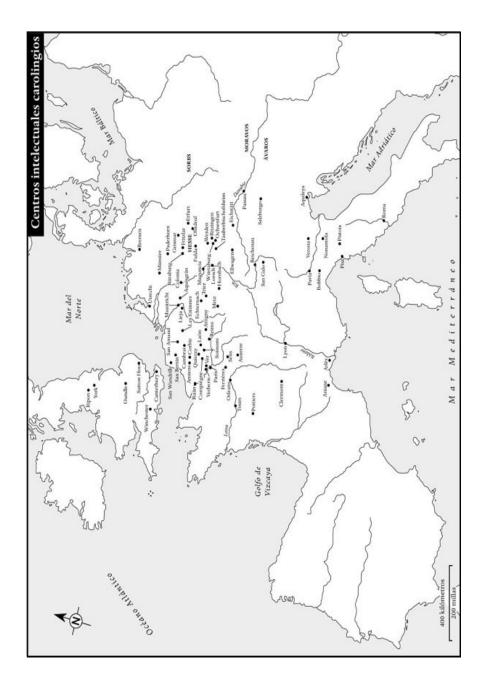
Esta es una perfecta instantánea de la *correctio*: definir como «correcta» una versión de un texto importante, conseguir la autorización del rey-emperador para que se utilice solo esta en todo el imperio. Asimismo, justo al final del reinado, Rabano Mauro recopiló otra gran colección de sermones.[43]También tuvieron cabida en la revisión la devoción laica y la provisión de servicios. Los estatutos episcopales que empiezan a aparecer en el reinado de Carlomagno son particularmente interesantes. Este era solo el comienzo de una tradición que florecería a lo largo de los siglos, pero cinco de los estatutos existentes datan de antes de los concilios reformistas de 813. En ellos, un obispo exponía a

los sacerdotes de su diócesis exactamente lo que tenían que destacar en la experiencia religiosa que ofrecían a sus congregaciones, y hay algunas llamativas variaciones. En Lieja, por ejemplo, el obispo Gerbold no se sintió capaz de hacer otra cosa que destacar los deberes básicos del laicado de bautizar a sus hijos y pagar el diezmo: cristianismo 101. En Orleans, más al oeste, el obispo Teodulfo pudo establecer un programa mucho más ambicioso que incluía la participación del laicado en los ayunos y las vigilias del año litúrgico. Esto indica que había numerosas variaciones sobre la verdadera religiosidad en las diferentes regiones de Francia, pero lo realmente interesante es el hecho del estatuto en sí. Fuera cual fuese el nivel de devoción cristiana, la forma del estatuto nos muestra a los obispos arremangándose y tratando de influir en la experiencia religiosa de todos aquellos que estuviesen en su diócesis.

A mi parecer, este es el aspecto verdaderamente interesante. Al igual que con la reforma de la educación y aprendizaje cristiano de Carlomagno, hay un práctico y fascinante giro hacia todos los aspectos de la *correctio* carolingia. Otra legislación imperial insistía en que el nuevo libro de oficios, adaptado del modelo romano que Adriano envió al norte, a la Galia, había de ser utilizado en todo el imperio, y que todo el laicado tenía que aprenderse el Credo y el Padrenuestro. El programa no hizo que la gente fuera más cristiana en el sentido moral de la palabra que Carlomagno sin duda tenía en mente en la *Admonitio Generalis*, pero afectó de forma manifiesta a la experiencia religiosa en general. Los arzobispos presionaron a los obispos, que, a través de los concilios reformistas y sus estatutos, definieron

los nuevos valores religiosos para que sus sacerdotes los promulgasen. El esfuerzo se trasladó al laicado por lo menos en términos, aunque lentos, de nuevas maneras de oficiar los servicios eclesiásticos, pero también se le impusieron nuevas exigencias, y, como mínimo, estoy razonablemente convencido de que el Credo y el Padrenuestro realmente se enseñaron por todo el imperio. Todo esto no era más que el comienzo de un proceso extremadamente largo con numerosos factores limitadores como la resistencia del clero. sin duda en algunos lugares, y la continuada escasez de libros, pero lo más importante es que el proceso se puso en marcha. Fueran cuales fueren los límites, Carlomagno utilizó su autoridad religiosa para definir una devoción cristiana masiva que debía aplicarse a todo el mundo dentro de su imperio. [44] Era la primera vez que se llevaba a cabo un programa tan profundo, y el intento es mucho más importante que cualquier fracaso. Como dijo el Dr. Johnson del perro que caminaba con sus patas traseras, lo importante no es que la cosa se haga mal, sino que sencillamente se haga.

No obstante, junto a este resultado mixto, hay un ámbito en el que, por lo menos a largo plazo, los esfuerzos de absoluta indiscutiblemente Carlomagno fueron e satisfactorios: su empeño en revisar y reformar la infraestructura intelectual de la Iglesia occidental. Al final, todos los elementos clave de esta parte del programa puesto en marcha por Carlomagno y sus intelectuales triunfaron. El latín, su versión del latín clásico, se convirtió en la lengua de la Iglesia hasta la era moderna: un resultado directo de las iniciativas carolingias. De ello podemos deducir que la insistencia carolingia en la educación y en la copia de textos también logró cambiar la cultura general de la vida eclesiástica occidental. Las comunidades catedralicias y monásticas se convirtieron en centros de educación, y crearon bibliotecas adecuadas que les permitían enseñar, conservar y difundir el conocimiento cristiano, y oficiar los servicios divinos de acuerdo con el modelo establecido. A partir de mediados del siglo IX, empiezan a conservarse algunos catálogos de las bibliotecas monásticas, pues los monjes dividían debidamente sus colecciones para reflejar las diversas funciones: libros de oficios, obras de amplia relevancia para la comunidad (reglas monásticas, derecho canónico. hagiografías) y finalmente los libros escolares (gramática, retórica e historia). Así pues, una cultura cristiana latina compartida acabó siendo conservada y alimentada en las 180 catedrales y 700 grandes monasterios del imperio. Los eruditos de Carlomagno habían logrado aportar toda su experiencia y garantizar que los textos que contenían la base datos religiosos cristianos pudieran encontrarse debidamente custodiados en varios centenares instituciones separadas.



Hay que señalar, no obstante, que este fue un resultado a largo plazo. Lo que no está tan claro es la rapidez con que las nuevas enseñanzas, las escuelas y los libros penetraron en los viejos monasterios y catedrales. Por su especial mención en el testamento de Carlomagno, y la forma general en que funcionó el proyecto de la correctio, no es descabellado suponer que las comunidades catedralicias de todos sus arzobispados rápidamente entraron en vereda. Hay también algunos grandes monasterios vinculados a la realeza como Fulda, Reichenau y San Galo, que parece que adoptaron los nuevos preceptos del aprendizaje cristiano desde un buen principio. La rapidez con la que se extendieron a las sedes menores y a los monasterios más pequeños no está tan clara, pero teniendo en cuenta el énfasis que todavía se le pone a la necesidad de la reforma en el reinado de Luis el Piadoso y después, parece que la difusión no fue demasiado rápida. A pesar de ello, muchos de los intelectuales de Carlomagno eran maestros, como muchos de sus alumnos lo fueron después, y la influencia personal de esta creciente red de académicos, junto con la legislación regia, desempeñaron un importante papel a la hora de conseguir una amplia aceptación de los nuevos preceptos de cultura eclesiástica. En tiempos de los nietos de Carlomagno, por lo menos, tenemos ya sin duda varias decenas de instituciones por todo el viejo imperio donde hay clara evidencia de que la nueva cultura de la Iglesia latina estaba floreciendo (Figura 16). A medida que los nuevos preceptos fueron ganando amplia audiencia entre el clero, la experiencia religiosa del laicado se vio afectada.[45]

Uno se pregunta qué debió de pensar Carlomagno de todo esto en su lecho de muerte. ¿Tuvo sensación de éxito, o acaso era más consciente del número relativamente pequeño, hasta aquel momento, de centros en los que la nueva enseñanza estaba ya floreciendo, y del hecho de que muchos servicios

eclesiásticos todavía no se realizaban como él deseaba? La parte moral del proyecto, desde una perspectiva moderna más predispuesta, parece completamente imposible, puesto que aunque se consiga hacer que la gente sea más devota, no por ello se comportará necesariamente mejor en términos morales, y quizás Carlomagno, siendo un viejo zorro, también debió de pensar en esto. Sin embargo, en términos de importancia histórica por lo menos, cualquier defecto queda superado con creces por los extraordinarios éxitos de Carlomagno, aunque todavía habría de transcurrir un poco más de tiempo para que fueran del todo evidentes. Sobre todo, la fragmentación eclesiástica que caracterizó al período posromano se había invertido por el ejercicio de una autoridad religiosa global e indiscutida del emperador. Ahora todo el imperio tenía una cultura cristiana, y el cristianismo había dejado de funcionar independientemente reino a reino (excepto en las islas británicas). No es ni de lejos una exageración concluir, de hecho, que el proyecto de reforma de Carlomagno fue el primer responsable de la existencia de una cristiandad occidental latina, puesto que definió y divulgó la cultura latino-cristiana común que en adelante la uniría. Lo que le ocurrió a la cristiandad occidental cuando la potencia imperial que la había creado dejó de existir, y cómo este proceso finalmente alumbró a un segundo imperio romano, es tema del capítulo final.

Capítulo 8

HABEMUS PAPAM: DESPEGUE PAPAL

El 11 de noviembre de 1215 se inauguró el concilio de líderes cristianos más grande que jamás se había visto. Unos cuatrocientos obispos y ochocientos abades asistieron en persona. Había también representantes de todo el clero catedralicio de Occidente, cuando el obispo no podía asistir personalmente, junto con otro grupo de observadores enviado por los patriarcas de Oriente. Los padres de la Iglesia allí reunidos procedieron a sentar las bases del programa más ambicioso de reforma total cristiana jamás visto: de acuerdo con el espíritu de la *correctio* carolingia, pero redefinida ahora a escala industrial.

Un conjunto de cánones del concilio abordaba la corrupción clerical. Muchas prácticas se declararon ilegales, incluyendo el nombramiento de familiares menores de edad para cargos eclesiásticos, la venta de puestos de clericales y la manifiesta falta de castidad. El concilio también se esforzó por dar fuerza de ley a estas restricciones con la expresa inclusión en el Canon 8 de que cualquier queja formalmente interpuesta contra un clérigo tenía que ser investigada a fondo, y no escondida debajo de la alfombra. También los

monjes tuvieron su parte en cuanto a restricciones con el Canon 12, que exigía que cada provincia arzobispal estableciera un cuerpo supervisor (llamado capítulo) para garantizar que la disciplina monástica se mantenía adecuadamente dentro de sus límites (esta idea se generalizó a partir de precedentes establecidos en Dinamarca en 1205, y en Roma en 1210).

Sin embargo, se hizo todavía más hincapié en la masa de la la responsabilidad del clero de población laica: en proporcionar a los parroquianos el mejor servicio posible, y en las responsabilidades devotas del laicado a cambio. Entre los aspectos más destacados, el Canon 21 decretaba que todos los hombres y mujeres laicos tenían que confesarse por lo menos una vez al año, cumplir debidamente con la penitencia impuesta y tomar la Sagrada Comunión en Pascua. El Canon 10 hacía referencia a los sermones, el mecanismo crucial por el que el laicado, en su mayoría analfabeto, había sido siempre instruido sobre la religión. El concilio estaba especialmente preocupado por la organización en las grandes diócesis donde el obispo (responsable de predicar dentro del cristianismo desde la Antigüedad) tenía que lidiar para garantizar una adecuada provisión general. El Canon 11 exigía que cada arzobispo metropolitano enseñara las Sagradas Escrituras a los sacerdotes y a todos los otros miembros de las órdenes clericales que tuvieran alguna responsabilidad en las congregaciones laicas. Los Cánones 19 y 20 dirigían su atención a los edificios eclesiásticos, exigiendo que el pan y el vino consagrados se conservasen en condiciones santificadas dentro de la iglesia, y que las propias iglesias fuesen tratadas como lugares sagrados reservados solamente para los oficios religiosos (es precisamente en este momento cuando los pueblos empiezan a necesitar locales separados de sus iglesias). Los Cánones 50-52 hacían referencia al matrimonio, exigiendo que se realizara solemnemente en la iglesia como un sacramento totalmente cristiano y redefiniendo la prohibición del incesto de los siete grados de parentesco casi imposibles de controlar (según esta norma, francamente, casi todo el mundo estaba demasiado estrechamente emparentado como para poder casarse) a cuatro.

Incluso esto (que significaba tener menos de un tatarabuelo en común) era un poco delicado tanto para la relativamente reducida clase alta de la Europa occidental, que estaba muy interconectada, como para el relativamente inamovible campesinado de los pueblos. En la Lorena del siglo XIX, se ha calculado que casi el cincuenta por ciento de los matrimonios campesinos contravenían el límite, que era sustancialmente más amplio de lo requerido para mantener saludable el acervo génico. Por otro lado, tampoco se produjo un repentino estallido masivo de intensa devoción cristiana por toda la cristiandad occidental inmediatamente después del concilio. Pero este es otro asunto.

Este concilio extraordinario y ambicioso se celebró en la Gran Sala del palacio de Letrán en Roma, la residencia principal del papa desde el siglo IV. Fue convocado y presidido por el papa reinante, Inocencio III, quien no solo estableció los puntos que se tratarían sino que pronunció el sermón de apertura. Basándose en Lucas 22:13, Inocencio declaró: «En gran manera he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que yo padezca, es decir, antes de que muera». Sus palabras fueron extrañamente premonitorias puesto que

la mortalidad lo alcanzó al verano siguiente, el 16 de julio, en Perugia, pero lo que el papa tenía en mente no era su propia muerte. Utilizó la Pascua, que conmemora la huida de Egipto de los israelitas, para introducir otros tres tipos de viaje que eran fundamentales en su agenda conciliar: el viaje corporal para recuperar Jerusalén (puesto que ahora estamos en un mundo en que las cruzadas eran parte inevitable de la vida e Inocencio estaba a punto de proclamar la quinta), el viaje espiritual de la Iglesia desde la corrupción hacia la reforma y el viaje individual de todas las almas desde la tierra a la gloria del cielo.

No obstante, si el papa Inocencio contemplaba algunos viajes nuevos, uno de los viejos ya se había completado. En el Cuarto Concilio de Letrán encontramos finalmente a un papado que estaba ejerciendo de forma manifiesta como cabeza de la cristiandad occidental: convocando concilios de masas del clero, dictando los temas de debate, estableciendo preceptos de creencia y práctica para el clero y también para el laicado, y forzando el cumplimiento de dichos preceptos. Y contraste con la correctio carolingia, cuatrocientos años antes, no podía ser más acusado. En aquel entonces, siguiendo la práctica establecida, el emperador y su corte habían funcionado como principal impulso de la reforma religiosa. Las pretensiones de Inocencio al poder iban todavía más lejos. En 1201, en una decretal que debatía acerca de una plétora de candidatos al trono del Sacro Imperio Romano, había declarado que velar por los intereses del imperio era asunto del papa, porque el imperio debía su origen y autoridad última al papado. Esta pretendida autoridad no se limitaba tampoco al imperio únicamente. En una famosa carta de 1198, utilizó una analogía astronómica para ratificar que su autoridad era sin duda superior a la de cualquier gobernante de Europa:

Igual que la luna obtiene su luz del sol y en efecto es inferior a él en cantidad y calidad, en posición y en poder, también el poder real obtiene el esplendor de su dignidad de la autoridad pontifical.[1]

Inocencio III no solo proclamaba su autoridad total sobre la Iglesia occidental, demostrando la realidad de aquella afirmación en la reunión extraordinaria de eclesiásticos que estaban presentes en Roma para el Cuarto Concilio de Letrán, sino que basaba su declaración en la aseveración de que su autoridad era de un orden superior al de cualquier otro gobernante terrenal de la cristiandad. ¿Cómo se había invertido medio milenio de liderazgo imperial del cristianismo, basado en sus propias y coherentes ideologías, en el período transcurrido entre Carlomagno e Inocencio III?

La forja de la autoridad papal

Tal como estaban las cosas después de la coronación de Carlomagno, había dos diferentes obstáculos entre el papado y el nivel de liderazgo cristiano que ejercería Inocencio III. En primer lugar, había un déficit ideológico. Desde tiempos de Gelasio, Roma esgrimía el argumento de que la autoridad en asuntos religiosos era de un orden tal que no podía ser ejercida legítimamente por ningún emperador ni rey, y de que la espada eclesiástica había de ser empuñada por el papa en

calidad de sucesor de san Pedro. Pero esta reivindicación no se reconocía. La respuesta de los emperadores romanos de la época tardía, de los reyes de estados sucesores y de los gobernantes carolingios, de que habían sido nombrados por Dios y que por consiguiente habían de dirigir en su nombre tanto los asuntos de la Iglesia como los del Estado, había sido aceptada tanto en la teoría como en la práctica por la inmensa mayoría de los eclesiásticos desde la conversión de Constantino.

En segundo lugar, aunque se quisiese reconocer la alternativa papal, las numerosas ventajas en riqueza e influencia práctica de que gozaban los emperadores y reyes planteaban un tipo de problema totalmente diferente. A finales de la Antigüedad y a comienzos de la Edad Media, los emperadores y los reyes eran una presencia abrumadora en las vidas de la inmensa mayoría de los eclesiásticos occidentales, especialmente de los cargos superiores, nombrando a los obispos y a los abades más importantes, presentándose de vez en cuando en sus localidades y convocándolos a asambleas, en las que se debatían todas las cuestiones eclesiásticas fundamentales y se aprobaban nuevas reglamentaciones. Gracias sobre todo a Carlomagno, la Iglesia de Roma era ahora mucho más rica, pero incluso su nueva riqueza se tornaba insignificante al lado de los ingresos de la monarquía carolingia; y, además, había el viejo problema que hacía que la ciudad de Roma fuera poco práctica como centro de la autoridad imperial en el período romano tardío: ahora que el centro de gravedad de la Europa occidental se había trasladado al norte de los Alpes, Roma estaba físicamente en la periferia, en una posición sumamente incómoda dada la velocidad de movimiento premoderna. Roma se convirtió, como bien lo expresó un comentarista del siglo IV, en un «recinto sagrado lejos de la carretera»; es decir, un poco como Justiniana Prima, estaba a kilómetros de cualquier maldito lugar que interesase a la mayoría de la gente, y transformarla en el foco de atención cada vez que se precisaba una resolución, o se necesitaba resolver un problema, no era una perspectiva demasiado práctica.[2]

Sin embargo, en las décadas centrales del siglo IX se dio un paso crucial hacia la resolución por lo menos del primero de estos problemas. Hacía tiempo que todos habían reconocido que la sede de Roma y su obispo, el papa, podía reclamar con razón un estatus muy especial dentro del firmamento cristiano, pero frente a la potente combinación de justificación ideológica y poder práctico que podían movilizar los reyes y los emperadores, aquello nunca había contado demasiado en cuanto a verdadero poder e influencia, no era más que simple prestigio. Un poco como ser el vicepresidente de Estados Unidos, uno tiene que vivir en algún sitio bonito y de vez en cuando se arma un alboroto ceremonial en torno al personaje, pero obviando al individuo en concreto (Dick Cheney como papa Gregorio Magno es lo que me viene a la cabeza), uno resulta totalmente irrelevante en la operaciones de la Iglesia occidental. Esto era así en la era carolingia y también en el siglo IV e incluso antes. Sin embargo, si no existía ningún rastro documental de liderazgo, siempre podía inventarse uno, y a mediados del siglo IX empezaron a circular por la cristiandad occidental una serie de falsificaciones legales destinadas a forjar un sólido futuro.

La colección entera de cuatro textos se conoce como

Pseudo (=falso) Isidoro, por el nombre que aparece en el prefacio del más importante de todos. Parece como si la intención original hubiera sido la de atribuir esta parte de la colección a Isidoro de Sevilla, el gran obispo español, erudito y abogado canonista, pero después alguien con más sentido de la cronología se percató de que parte del material era de fecha posterior a su muerte y, por lo tanto, el autor se transformó en un inidentificable individuo llamado Isidoro Mercator. Estos textos se componen de una colección de cánones de concilios de la Iglesia española y gala (la Collectio Hispana Gallica Augustodunensis, si hemos de ser exactos), de una larga epístola del papa Adriano I (772-795) al arzobispo Angilram de Metz (los Capitula Angilramni), de una continuación de la colección de las capitulares del abad Ansegio que ya encontramos en el capítulo 6 (Benedictus Levita) y finalmente del Pseudo-Isidoro mismo, una colección mixta de resoluciones de una serie de concilios eclesiásticos más amplia que el primero de los textos (que incluye todos los antiguos concilios ecuménicos) y una extensa colección de decretales papales. Abarcando los antiguos concilios de la Iglesia, sus equivalentes galos e hispánicos de la era de los estados sucesores, materiales carolingios y numerosas decretales papales, constituía más o menos una colección completa de derecho canónico de todas sus diversas fuentes, tal como estaban las cosas a mediados del siglo IX.

Sin embargo, la colección era toda ella una compleja mezcla de textos genuinos y falsificaciones, con la sola excepción de los *Capitula Angilramni*, que eran totalmente falsos. Muchas de las resoluciones incluidas en la *Collectio Hispana Gallica Augustodunensis* eran bastante genuinas,

pero su latín fue sistemáticamente enmendado para que se adecuase mejor a las normas clásicas carolingias, hecho que proporcionó la ocasión para «ajustar» parte del contenido de acuerdo con los propósitos del falsificador o falsificadores. Asimismo, aproximadamente una cuarta parte del material carolingio recogido en *Benedictus Levita* era genuino, pero el resto eran falsificaciones.

No obstante, el plato fuerte era el propio Pseudo-Isidoro, que como la Galia en tiempos de Julio César, constaba de tres partes. Dos de las tres estaban compuestas por textos básicamente genuinos harto conocidos por el público eclesiástico latino: una colección de resoluciones conciliares desde Nicea hasta el siglo VII, y de decretales papales desde el siglo IV hasta tiempos de Gregorio II (715-731). Gran parte de ello cubría el mismo campo que la colección Dionysio-Adriana que el papa Adriano I había enviado al norte a Carlomagno, y que había sido el punto de partida de la posterior legislación eclesiástica carolingia, pero, una vez más, encontramos importantes enmiendas. A todo este material conocido se le añadió una colección de decretales papales anteriores que abarcaban desde tiempos del papa Clemente I a finales del siglo I hasta el papa Melquíades (314 d. C.). A comienzos del siglo VI, Dionisio el Exiguo no había podido encontrar ninguna decretal completamente constituida para su colección con fecha anterior a finales del siglo IV, como ya vimos en el último capítulo, y por una buena razón: no había ninguna. Todas y cada una de estas decretales supuestamente contenidas el Pseudo-Isidoro anteriores en eran completamente falsas. En su conjunto, la colección era un astuto fraude de la mejor calidad y factura, que combinaba sus falsificaciones con un conocimiento de textos auténticos de gran alcance, un impresionante control de los diferentes estilos de latín y una nada desdeñable erudición de las diferentes eras de la historia cristiana. En toda la obra, lo genuino y familiar se utilizó minuciosamente para hacer que el incauto lector aceptase con facilidad lo engañoso y falso.

Comparada con otras falsificaciones, tuvo un gran éxito y se extendió como la pólvora por todos los *scriptoria* monásticos y catedralicios de la cristiandad latina. De vez en cuando se alzaron voces recelosas acerca de determinados textos, pero se han conservado más de cien manuscritos parciales o completos del *Pseudo-Isidoro* desde antes del año 950, es decir, de los primeros cien años de existencia de la colección (un elevado número de copias para la época), con treinta textos completos anteriores incluso al año 900.[3]

Este éxito refleja, sin duda alguna, la astucia de la falsificación, pero esta es solo una parte de la historia. Lo esencial es que la colección apareció exactamente en el momento adecuado para causar semejante impacto. A mediados del siglo IX, la correctio carolingia estaba en pleno apogeo, y los eclesiásticos occidentales tenían claro que sus prácticas habían de estar regidas por el derecho canónico establecido y cuáles habían de ser en realidad las principales fuentes de aquella legislación. A partir de la Admonitio Generalis de Carlomagno de 789 en adelante, se les había inculcado que la práctica cristiana correcta se definía por una combinación de resoluciones pasadas de concilios ecuménicos, importantes concilios regionales y decretales papales, actualizadas donde resultaba conveniente por las nuevas resoluciones de las capitulares carolingias. No

obstante, conseguir todos los textos relevantes no era ni mucho menos sencillo. Incluso los más recientes, las capitulares carolingias, solo se empezaron a recopilar anárquicamente antes de la década de 840, y el acceso a los otros textos era parcial. Los testimonios manuscritos indican que ni siquiera las principales bibliotecas eclesiásticas tenían su propia copia de todos los textos fundamentales. Así pues, en el momento de su creación, no existía ninguna otra colección de derecho canónico que abarcase las fuentes necesarias tal como el Pseudo-Isidoro parecía ofrecer. Todo lo que uno podía haber oído estaba incluido en una cómoda colección, y para colmo en un excelente latín carolingio clasicizante. Y cualquier diferencia en los detalles entre sus lecturas y cualquier otra versión de textos duplicados que uno pudiera tener era fácilmente calificada de error de copista, dado el confuso e incompleto estado de los documentos alternativos disponibles que, por ejemplo, todavía tenían más de una traducción latina de los concilios ecuménicos y muchas colecciones parciales de cartas papales y resoluciones conciliares. Dicho de otro modo, el Pseudo-Isidoro apareció en un momento en que los eclesiásticos carolingios conocían lo suficiente para saber a qué materiales habían de recurrir, no lo suficiente para poder reconocer posibles falsificaciones.

No obstante, si la casual oportunidad del momento desempeñó un papel tan fundamental en la aceptación de la colección, no hace falta que insista en que la brillante combinación de lo genuino y lo falso en el *Pseudo-Isidoro* fue absolutamente deliberada. Semejante obra de falsificación tan erudita, sofisticada y elaborada nunca se habría emprendido

sin un propósito específico en mente. ¿Cuál era?

La primera pista reside en su visión general de las estructuras de autoridad de finales del cristianismo antiguo. La correctio carolingia, como vimos en el último capítulo, hacía hincapié en la autoridad de los arzobispos por encima de sus obispos convirtiéndolos, bajo los auspicios directos de la autoridad imperial, en los principales agentes de presión del proceso de reforma y responsables de poner en vereda al resto del clero, incluyendo a los obispos sufragáneos. El presentaba Pseudo-Isidoro punto un significativamente diferente de cómo había de ser la legítima estructura de autoridad religiosa cristiana. En primer lugar, sus falsificaciones proclamaban a voces la idea de autoridad papal histórica. Como ya vimos en el capítulo 5, la idea de que el emperador Constantino había hecho una importante concesión de autoridad al papa Silvestre ya estaba clara en el siglo VIII y fue utilizada por Adriano I para «animar» a Carlomagno a hacer el máximo esfuerzo de generosidad tras su conquista del reino lombardo. No obstante, en el Pseudo-Isidoro, estas ideas alcanzaron su plena madurez en forma de la Donación de Constantino, una falsificación totalmente elaborada de lo que pretendía ser la concesión original del emperador en el siglo IV. Esta declaraba sin ambages que, al partir hacia Constantinopla, el emperador otorgó plena autoridad sobre la Iglesia occidental al papa Silvestre.[4]Esta importante declaración de principio quedaba reforzada por numerosos ejemplos prácticos de esta supuesta autoridad papal en las decretales falsificadas. Asimismo, bajo este paraguas papal, el poder de los arzobispos quedaba minimizado en dos direcciones. De arriba abajo, la colección retrataba una Iglesia antigua en la que las concesiones papales de estatus patriarcal sobrepasaban la autoridad de los arzobispos metropolitanos. De abajo arriba, la colección también defendía el estatus de los obispos sufragáneos normales y corrientes frente a sus superiores metropolitanos, reduciendo prácticamente a cero los derechos de un arzobispo a interferir en la gestión de un obispo en su propia diócesis. De forma harto significativa, la colección también imponía normas estrictas que hacían mucho más difícil sacar a los obispos de sus sedes de lo que era práctica corriente en el siglo IX.

Bajo Carlomagno y Luis el Piadoso, los obispos eran en conjunto perfectamente prescindibles. Había que seguir un proceso de tipo legal, pero si uno perdía el favor imperial, entonces los días en el puesto estaban contados. En cambio, el Pseudo-Isidoro afirmaba que, sin una confesión episcopal de haber obrado mal, era preciso reunir nada menos que a setenta y dos testigos independientes que estuviesen todos dispuestos a suscribir los cargos presentados, antes de iniciar cualquier procedimiento. Una vez empezado el juicio, las cosas no eran más sencillas para la acusación. Un obispo podía rechazar al juez responsable de su caso, aunque dicho juez fuera su arzobispo metropolitano, e interponer un recurso en cualquier momento del proceso (antes, durante o después del juicio) a la más alta autoridad de la sede romana. Era un absoluto sinsentido. Nada de esto se llevó nunca a la práctica. Sin embargo, el Pseudo-Isidoro utilizaba una intolerable falsedad al conjurar una Antigüedad tardía en la que la autoridad papal había dominado una estructura coherente dentro de la cual los demás jugadores clave no eran emperadores ni arzobispos, sino patriarcas nombrados por dispensa papal y obispos diocesanos.[5] Por primera vez, la colección traducía el concepto generalmente aceptado pero totalmente vago de que la sede romana era en cierto modo especial en una visión coherente de lo que aquella «calidad de especial» debería significar en la práctica. Una falsa visión del pasado sorteaba el déficit ideológico que desde hacía tiempo había relegado a los papas a una posición profundamente secundaria a la cola del imperio. Resulta tentador pensar que finalmente vemos al papado en movimiento, asumiendo el control práctico de las estructuras de autoridad de la cristiandad occidental.

No obstante, a pesar de que parte de la erudición da por supuesto que el texto de la Donación de Constantino fue falsificado en la cancillería papal, hay un segundo conjunto de pistas que indican otra cosa. En las décadas de mediados del siglo IX, el llamado Renacimiento carolingio significaba que los eruditos francos del norte estaban escribiendo en una forma de latín más clásica que la de sus homólogos de la cancillería papal, donde las nuevas normas todavía no habían arraigado. El Pseudo-Isidoro está redactado en un impecable latín carolingio, y esto, junto con algunos de los anacronismos que incorpora en determinadas falsificaciones como la de la Donación de Constantino, apunta hacia el norte de Francia. Asimismo, el rastro del manuscrito es inequívoco: la colección se originó en el norte y después se extendió hacia el exterior. Lo mismo puede decirse de los primeros rastros evidentes de su uso. En algún momento de 852-853, el arzobispo de Thietgaud de Trier proclamó su supremacía patriarcal sobre su vecino el arzobispo de Reims alegando que él era arzobispo de la vieja provincia romana de Bélgica I, mientras que Reims había sido la capital de Bélgica II. Era la primera vez que se utilizaba el pasado romano para alegar una reivindicación en el siglo IX, y una señal evidente de que el *Pseudo-Isidoro* estaba funcionando, aunque no se citara la colección directamente. La primera mención directa del texto procede más o menos del mismo tiempo y lugar: los decretos sinodales publicados por el arzobispo Hincmaro de Reims el 1 de noviembre de 852. A partir de entonces, las evidencias de su uso implícito y explícito, e incluso citado directamente, se encuentran cada dos por tres, siempre empezando por el norte de Francia y extendiéndose hacia el exterior. La evidencia es indiscutible: la falsa visión de la antigua autoridad papal que presenta el *Pseudo-Isidoro* no se generó en Roma sino en el norte de Francia. [6] ¿Por qué?

La apuesta más inteligente es que la colección creciera por etapas, y que por lo menos parte de ella apareciera por primera vez con ocasión de la pelea entre Luis el Piadoso y sus hijos a comienzos de la década de 830. En un momento crucial, el abad Wala de Corbie y el arzobispo Agobardo de Lyon aparecen documentados presentando al papa Gregorio IV textos sobre el tema de la autoridad papal, de los que el propio papa no tenía conocimiento alguno. La abrumadora probabilidad es que los misteriosos documentos fueran parte de la colección del *Pseudo-Isidoro*. Wala y Agobardo eran ambos convencidos partidarios de los derechos del hijo mayor de Luis, Lotario, y ambos temían que la reescritura del proyectado acuerdo de sucesión de 817 para incluir a Carlos el Calvo pusiese en peligro el éxito de la reforma eclesiástica disminuyendo las perspectivas de una acción continuada y

coordinada. Gregorio se había dirigido al norte en el verano de 833 para tratar de negociar un tratado de paz, y los partidarios de Lotario aprovecharon la oportunidad para utilizarlo para sus propios fines, ofreciéndole una elevada visión de la autoridad papal para tensar sus nervios. No está del todo claro que fuera esto lo que envalentonara al papa hasta el punto de dirigirse al campamento de Luis para negociar la paz a petición explícita de sus hijos, mientras ellos, secreta y eficientemente, lograban sustraer todo el apoyo del emperador para poder derrocarlo. No obstante, esta pauta general muestra detalladamente el contexto en el que hemos de situar la creación del texto. El Pseudo-Isidoro fue falsificado por un pequeño grupo de eclesiásticos francos bien relacionados para sus propios fines: acrecentar la figura de la autoridad papal no en beneficio de esta, sino solo en la medida en que les conviniese. A pesar de que es posible que comenzasen teniendo en mente la particular crisis de 833, el objetivo no tardó su de en considerablemente. Sobre todo, el tema central de la colección respecto a dificultar la destitución de los obispos tenía sus orígenes en una reciente avalancha de suspensiones. Una vez más, el uso de la autoridad papal era secundario para el proyecto, y uno de los atractivos para los falsificadores en cuanto a su utilización de una elevada visión de la autoridad romana residía precisamente en el hecho de la distancia. Dado que Roma estaba tan lejos y que el papado carecía de apoyos efectivos de poder en el contexto franco (en aquel momento no había cortes papales ni jueces papales), entonces era totalmente inocuo utilizar una visión de la antigua autoridad papal para interferir en el ejercicio de la autoridad combinada y muy presente del emperador y sus arzobispos. Incorporar a Roma en la foto no aumentó demasiado el poder papal en la práctica, pero sí que fomentó la independencia episcopal.[7]Si este era el objetivo original de la colección, su gran difusión y hábil falsificación indican que otros grupos se aprovecharon de él para sus propios fines. Como ya hemos visto, en la década de 850 el arzobispo de Trier le cogió gusto a revivir a un patriarca supuestamente antiguo (el objetivo era conseguir un estatus superior y mayores ingresos, puesto que una afirmación de superioridad le habría dado ciertos derechos sobre los dominios de Reims). También en la década de 860, el violentamente independiente obispo Hincmaro de Laón, sobrino y sufragáneo del arzobispo Hincmaro de Reims, utilizó el Pseudo-Isidoro para tratar de protegerse de la autoridad de su tío. Al final, ninguna de estas maniobras llegó a buen puerto, y el joven Hincmar terminó particularmente mal, pues su táctica le costó su obispado y sus ojos.[8] No obstante, lo que importaba a largo plazo no era el resultado de determinados casos. Lo verdaderamente significativo era el hecho de que el uso del *Pseudo-Isidoro* completo por parte de una amplia variedad de eclesiásticos francos, aunque fuera por intereses propios (y el Hincmaro tío estaba dispuesto a usarlo también), legitimaba la colección como derecho eclesiástico y, poco a poco, empezó a integrar su visión de la autoridad cristiana, con el papa a la cabeza, en la conciencia de los eclesiásticos occidentales. Finalmente sembró también las semillas del cambio en el seno de la propia Roma.

Una vez más, las motivaciones individuales de un eclesiástico franco hicieron de catalizador. A comienzos de la década de 860, Hincmaro de Reims se encontró de nuevo

enfrentado con otro de sus sufragáneos, esta vez el obispo de Rothad de Soissons. El motivo era si el sufragáneo tenía derecho (como afirmaba el Pseudo-Isidoro: una vez más en el centro de la disputa) a privar a algunos clérigos de su diócesis de su medio de vida. Hincmaro dijo que no, de acuerdo con lo que había sido una práctica habitual en la Iglesia carolingia, y finalmente se sintió obligado a destituir a Rothad de su sede. Llegados a este punto, Rothad, invocando al Pseudo-Isidoro, apeló a Roma directamente a la persona del papa Nicolás I (858-867). La respuesta inicial de Nicolás fue la de remitir el asunto a un sínodo provincial, como era práctica habitual en aquella época, y cuya respuesta, con Hincmaro en la presidencia, era más que predecible. Sin embargo, Rothad era un individuo de recursos que emprendió el camino que, como suelen hacer todos, conducía a Roma, llevando consigo una copia del Pseudo-Isidoro. La actitud de Nicolás cambió repentina y drásticamente. Al ver ante sí la «evidencia» de la antigua práctica cristiana, el papa proclamó una nueva resolución el 24 de diciembre de 862. De acuerdo con las normas establecidas en el Pseudo-Isidoro, ahora necesitaba que la apelación de Rothad fuera escuchada en Roma, con él en la presidencia.[9]

Un arma confeccionada en el norte para propósitos totalmente distintos se había abierto camino hacia Roma hasta llegar a manos de un papa que no tenía miedo de utilizarla. Los resultados fueron explosivos. Nicolás no era un individuo tímido ni retirado, y en cualquier caso no había dudado en involucrarse ampliamente en los asuntos de la Iglesia occidental, afirmando su propia autoridad despiadadamente en 860-861, antes de la llegada de Rothad,

sobre el arzobispo Juan de Ravena y sus intentos de independiente. Sin embargo, las permanecer justificaciones ideológicas y procedimientos recomendados que contenía el Pseudo-Isidoro elevaron el alcance de sus ambiciones a un nivel totalmente nuevo. En consecuencia, los últimos cinco años de su reinado estuvieron marcados por una serie de drásticas intervenciones papales en asuntos en los que sus predecesores jamás se habrían atrevido a intervenir. El más llamativo fue el intento de divorcio por parte del emperador Lotario II de su esposa Teutberga por no haberle dado hijos. Nicolás intervino porque, tras muchos forcejeos, Lotario convenció a un sínodo de eclesiásticos en Aquisgrán para que sancionase su matrimonio con la fértil concubina Waldrada en 862. Nicolás ejerció su autoridad celebrando su propio sínodo en el palacio de Letrán en octubre de 863, que declaró sin validez las resoluciones del sínodo provincial llegando incluso extremo de excomulgar a los dos arzobispos que lo habían presidido.

Puede que el camino fuera tortuoso, pero lo que cuenta es el destino final. En la persona del papa Nicolás, armado con el *Pseudo-Isidoro*, encontramos a un papado que por fin empieza a ajustarse a la esperada función de su cargo como cabeza de la Iglesia occidental. No importa que Nicolás no ganase todas sus batallas, él por lo menos las libraba, mientras que sus predecesores se habían contentado con sentarse tranquilamente en Roma y recibir periódicos cumplidos. El *Pseudo-Isidoro* proporcionó un modelo de cómo podía traducirse el reconocido prestigio papal en autoridad práctica, y en manos de Nicolás este modelo se llevó a la práctica. El

olor a revolución está en sus acciones, y también en las respuestas de algunos de sus contemporáneos. Como es bien sabido, el cronista Regino de Prum observó cáusticamente que el papa trataba de «convertirse en el amo del mundo entero». Ciertos elementos incluso dentro de Roma encontraron que las extravagantes pretensiones de Nicolás eran difíciles de tragar: a su muerte no se estableció ningún culto en su memoria. No obstante, no se dio ningún paso atrás respecto al ejemplo del vigoroso Nicolás. El papa Adriano II (867-872) fue igual de firme en cuanto a los derechos papales de intervenir en los asuntos eclesiásticos del norte: en las últimas etapas de la pelea entre los dos Hincmaros, por ejemplo, o en el aleccionamiento de los gobernantes de Britania acerca de cómo gestionar sus asuntos eclesiásticos.[10]Por consiguiente, si uno tuviera que evaluar a la cristiandad occidental en el año 870, sería difícil no concluir que los modelos tradicionales estaban cambiando, que la autoridad imperial sobre la Iglesia estaba en proceso de ser sustituida por la del obispo de Roma, o por lo menos de ser desafiada como es debido por primera vez. El viaje no había terminado ni mucho menos. El comportamiento de Carlomagno al utilizar el papado para sus propios intereses había sido imitado en las dos siguientes generaciones políticas por un montón de eclesiásticos francos, especialmente por aquellos que querían escapar, aunque solo fuera por un momento, de la estructura de autoridad imperial/arzobispal que constituía la base de la correctio. Encontrar una autoridad externa a la que apelar, cuando a uno no le gusta la resolución obtenida en casa, es un fenómeno humano harto común. Hace años, escuché una extraordinaria ponencia que

exploraba cómo los tribunales coloniales de la Rodesia Británica se encontraron inundados de casos de divorcio a petición de mujeres, porque las sentencias tendían a ser menos automáticamente favorables a los hombres que los tribunales locales del pueblo. Cuando estas apelaciones se llevan a cabo lo bastante a menudo, las acciones individuales pueden cambiar relativamente deprisa las pautas de autoridad tradicionales. El papa Nicolás I es el último obispo de Roma que ha pasado a la historia con el epíteto formal de «grande» cosido a su nombre, y esto es un reflejo de su agresiva elevación de la autoridad papal a un nivel totalmente desconocido. Puede que merezca el epíteto, o puede que no; no me siento en absoluto cualificado para juzgarlo. No obstante, lo que sí está muy claro es que, a pesar de los progresos ideológicos codificados en el Pseudo-Isidoro, la aparente elevación de la autoridad papal por parte de Nicolás fue casi totalmente ilusoria.

PORNOCRACIA

En enero de 897, el papa Esteban VII inauguró formalmente un sínodo en San Juan de Letrán, archibasílica de la Iglesia romana. Poco queda hoy del auténtico edificio, cuyo original se inició en tiempos del propio Constantino, pero la estructura actual se yergue en el mismo emplazamiento. Esteban convocó el sínodo para juzgar el caso de su predecesor, el papa Formoso (891-896), que estaba allí en persona, en cierto modo. Formoso había muerto en

abril del año anterior, y Esteban hizo desenterrar su putrefacto cadáver tras ocho meses bajo tierra, lo engalanó con la vestimenta papal y lo sentó en el banquillo. Los cargos eran que Formoso había transgredido la ley canónica al ser trasladado de su sede original de Porto para convertirse en obispo de Roma en 891 (el decimoquinto canon de Nicea prohibía semejantes traslados), perjurio (en un determinado momento Formoso había sido destituido como obispo de Porto y prestó juramento de que nunca volvería a ejercer de obispo), y de desempeñar las funciones de obispo siendo laico (puesto que después de su juramento había actuado otra vez como obispo de Porto). Sobre todo, Esteban acusó a Formoso del pecado cardinal de haber intentado activamente acceder al cargo papal en vez de dejar que la voluntad de Dios actuase por sí sola: precisamente el tipo de acusación que Carlomagno había tratado desesperadamente de evitar en la década de 790. Según un relato, Esteban se pasó gran parte del juicio vociferando y despotricando ante el cadáver de su predecesor sobre este asunto: «Cuando erais obispo de Porto, ¿por qué usurpasteis la Sede romana universal con semejante espíritu de ambición?».[11]

La defensa de Formoso, si así se le podía llamar, fue montada por un diácono joven y por lo que parece no muy contento, que estaba situado detrás del cadáver y que periódicamente mascullaba negativas poco entusiastas. El rechazo posterior evitó que los documentos del juicio, que probablemente existieron, llegasen hasta nosotros, pero sabemos (sorpresa, sorpresa) que Formoso fue declarado culpable. Su ocupación del trono papal fue declarada ilegal, su nombre borrado de los archivos y todas sus actuaciones

formales como papa fueron anuladas. El cadáver fue despojado de la vestimenta papal, le cortaron los tres dedos de la mano derecha, aquellos con los que solía dar la bendición, y, tras una breve estancia en un cementerio reservado para extranjeros, el cuerpo fue atado a un peso y arrojado al Tíber. Nada de esto era remotamente acorde con el comportamiento esperado de un ocupante del trono papal, ni siquiera a finales del siglo x (ni los Borgia llegaron a perpetrar algo tan escandaloso), por lo tanto, no es de extrañar que el propio Esteban no durase demasiado. En agosto del mismo año, fue depuesto del cargo y a finales del mismo mes estaba muerto, silenciado por estrangulamiento. Un último comentario acerca de aquellos procedimientos fue quizás dictado por el Todopoderoso, puesto que aquel mismo año, un devastador terremoto arrasó el escenario del juicio, como bien lo expresó un contemporáneo, «desde el altar hasta las puertas».

Aunque el juicio de Formoso siga siendo el incidente más estrafalario de toda la historia papal, no fue un momento aislado de rivalidad violentamente injuriosa. En los siglos IX y X, el gran liderazgo eclesiástico del papa Nicolás fue sustituido por una secuencia de implacables luchas por el control de su sede, que se convirtió en el tema recurrente de la historia papal durante más de cien años. Las bufonadas del papa Esteban pertenecen al nadir más absoluto, un período que fue testigo de nada menos que nueve diferentes individuos ocupando el trono papal entre 896 y 904. Pero el siglo y medio posterior a la muerte del inmediato sucesor de Nicolás, Adriano II, estuvo marcado por tantos y a menudo tan violentos cambios de régimen papal, que es imposible redactar una lista completa de papas con cierto sentido. Con

frecuencia había múltiples contendientes que reivindicaban el Posteriormente simultáneamente. todo recompondría distinguiendo entre papas verdaderos antipapas ilegítimos, pero este proceso a veces arbitrario no puede ocultar el hecho fundamental de que las constantes y violentas turbulencias fueron una de las características de la época. Hasta un tercio de los ocupantes del trono papal entre 872 y 1012 murieron en circunstancias misteriosas. Y aunque no todos sus destinos están documentados, tenemos una sospecha de lo que estaba pasando. estrangulamiento del acusador de Formoso, podemos añadir momentos culminantes como la asfixia de Juan X (914-928) y la mutilación del antipapa griego Juan XVI (997-998), que consiguió sobrevivir a la extracción de los ojos y la amputación de nariz, labios, lengua y manos. Toda la grandeza del tercer cuarto del siglo IX desapareció en una aparentemente interminable pelea de perros por el control de la sede romana, cuya primera parte se granjeó la degradante etiqueta de «pornocracia», gobierno de putas, por parte de Liutprando de Cremona, el mismo comentarista que informa del juicio a Formoso con horrorizada fascinación. Liutprando estaba particularmente afligido por la gran influencia sobre la sucesión papal que ejercieron las mujeres miembros de una dinastía de la nobleza romana local en la primera mitad del siglo x. Estas eran concretamente las putas que tenía en mente. No obstante, un análisis más profundo de este amplio fenómeno del desplome papal sugiere que la pornocracia, en un sentido más amplio y sin aludir tanto al género, funciona perfectamente bien como etiqueta para todo el período entero.[12]Para comprender lo que estaba pasando, es importante dejar de buscar la serie de puntos que, con retrospectiva, pueden unirse para conducirnos al papado tal como lo conocemos, y considerar la totalidad de la información histórica disponible. Si hacemos esto en lo que respecta a la era carolingia, rápidamente salta a la vista que, incluso en los momentos estelares del siglo IX, la política papal había sido siempre altamente polémica, con un acusado trasfondo de violencia acechando cerca de la superficie. Como ya hemos visto, lo que dio a Carlomagno el empuje que necesitaba para completar su coronación imperial fue una violenta rebelión que amenazó los ojos y la lengua de León III. Además, este último se enfrentó a un segundo episodio de revueltas, mucho menos conocido, a finales de su reinado. Por lo tanto, Carlomagno tuvo que repetir su papel de salvador de la década de 790 en varias ocasiones posteriores, de manera que, en términos estructurales, los emperadores carolingios actuaban como límite en las violentas divisiones internas que siempre amenazaban con destapar los secretos inconfesables de la vida política de la República de San Pedro. El papa Pascual I (817-824), por ejemplo, fue tan impopular entre ciertos sectores del populacho romano que no quisieron que fuera enterrado en San Pedro. Para acceder al poder, tuvo también que cegar y decapitar, respectivamente, a dos de sus altos funcionarios: al primicerius Teodoro y al nomenclator León. Una posterior investigación a instancias de su padre realizada por Lotario, el hijo mayor de Luis el Piadoso y futuro emperador, no vio necesidad alguna de intervención carolingia en el asunto, pero sí generó la Constitutio Romana. Este texto establecía un conjunto de procedimientos pactados para la elección de un papa, diseñados precisamente para minimizar las posibilidades de futuras violencias en tiempos de elección; dichos procedimientos incluían un período de prueba mientras se buscaba la aprobación del emperador para el candidato local elegido.[13]

A pesar de todo, aquella amarga división interna evidente en el pontificado de Pascual nunca desapareció por completo. Su sucesor, Eugenio II (824-827), era un aristócrata local romano, pero era un candidato de compromiso impuesto por Lotario frente a múltiples pretendientes al trono. Asimismo, Sergio II (844-847) solo alcanzó el poder aplastando a un amplio grupo de adversarios que habían apoyado la candidatura del arcediano Juan. Esta disputa dejó muchos muertos en las calles de Roma, pero Sergio por lo menos se negó a sancionar la ejecución de su rival derrotado. Y la lista sigue. Ragiberto, enviado del papa León IV (847-855), fue asesinado cuando se dirigía a Francia. El papa culpó e intentó matar a tres de sus más destacados seguidores romanos: Jorge, Adriano y Pedro. Ni siquiera el gran Nicolás consiguió el apoyo universal. Su memoria no fue objeto de culto, como ya hemos visto, y su sucesor, Adriano II, consideró necesario ordenar que los clérigos fuesen convocados a un concilio en Troyes el 8 de mayo de 868, el año de la muerte de Nicolás, para incluir a su predecesor en sus plegarias de la misa. De lo que podemos inferir que, si se les hubiera dejado a su antojo, no lo habrían hecho. No es que a Adriano le fuera mejor. Su reinado es conocido por el incidente en el que su hija fue secuestrada y posiblemente violada, junto con su madre, por un tal Eleuterio, quien después las hizo matar a las dos. Es muy posible que se tratase de algo personal, las fuentes no nos informan, pero dado que Eleuterio era hermano de un tal Anastasio, que desde 850 aproximadamente había sido un potencial candidato apoyado por el imperio para el trono papal, la apuesta más creíble es que en torno a la violencia hubiera algún elemento de interés. En realidad, toda la secuencia de muertes papales violentas se pone en marcha con el propio Adriano, que fue apaleado hasta morir por su propio séquito, que se impacientó por la tardanza en hacer efecto del veneno que se le había administrado. [14]

El mensaje procedente de los testimonios del siglo IX en general es claro. La política de la República papal fue siempre corrupta y proclive a la división, pero, mientras el imperio carolingio continuó siendo lo bastante fuerte como para intervenir, se mantuvo un cierto grado de orden, puesto que la rebelión contra un papa debidamente elegido (y por consiguiente aprobado por el imperio) era castigada a punta de espada. Una manipulación demasiado escandalosa en tiempos de elecciones provocaba una intervención y, muy probablemente, la imposición de un candidato compromiso como Eugenio II. Por lo tanto, no es ninguna casualidad que la política papal empezara a fallar en el momento en que lo hizo. La coherencia política se perdió definitivamente en el mundo carolingio (capítulo 6) a partir de la década de 870, con las muertes de Carlos el Calvo, Luis el Germánico, Luis II y la gran matanza de sus inmediatos sucesores. Como consecuencia directa, en Roma se acabaron las contemplaciones, y llegamos rápidamente a San Juan de Letrán en enero de 897. No obstante, esto no hace más que suscitar otra pregunta. ¿Por qué la vida política de la República de San Pedro estaba sujeta a semejante división

sistémica?

El tratamiento dispensado al putrefacto esqueleto del papa Formoso apunta en la dirección correcta. Como recordará el lector, Esteban anuló todos los actos de su predecesor y le cortó los dedos utilizados para las bendiciones, que eran parte esencial de la ceremonia con la que se sancionaba formalmente cualquier resolución papal escrita. Uno de estos actos era decididamente personal. Esteban había sido nombrado obispo cuando Formoso era papa, por lo tanto, la anulación de sus actos liberaba a Esteban de cualquier imputación de haber sido trasladado de otra sede a la silla papal, violando el mismo decimoquinto canon de Nicea, que constituía la base de las acusaciones contra Formoso. Por otro lado, no tenemos constancia de que Formoso se hubiera implicado en ningún tema serio en el frente religioso, ni en lo que respecta a la promulgación de leyes canónicas ni al impulso reformista mientras estuvo en el cargo, a pesar de que en su tiempo fue eclesiástico serio. Su servicio en la misión papal a Bulgaria en tiempos de Nicolás fue, al parecer, sobresaliente, puesto que está documentado que el kan de los búlgaros quería a Formoso, y a ningún otro, como nuevo arzobispo.[15] Dejando de lado el problema particular de Esteban, los actos anulados en cuestión no eran esencialmente religiosos, sino cartas de nombramientos, concesiones de nuevos regalos y confirmaciones de viejos obsequios hechos por Formoso durante los seis años que había ocupado el puesto. Igual que un emperador carolingio, un papa del siglo IX era el jefe de un estado, la República de San Pedro, y además de las funciones religiosas tenía que desempeñar un papel decididamente seglar. El control de la silla papal implicaba también el control final del destino de todos los activos financieros que estaban dentro del ámbito de la república, y una parte considerable de cada reinado tenía que dedicarse a la distribución de patrocinio para devolver los favores y construir la base de apoyo necesaria.

Gracias a Carlomagno y a Luis el Piadoso, los activos financieros existentes que estaban a disposición de los papas eran verdaderamente enormes. Entre padre e hijo dotaron a la República papal de una enorme cartera de propiedades territoriales, además de una serie de valiosos derechos en lugares de la geografía italiana: interminables otros porcentajes de tributos, ingresos de los tribunales y de los peajes de los mercados, por no mencionar los otros innumerables pagos habituales. Fue esta prosperidad lo que permitió a los primeros destinatarios (Adriano I y León III) renovar el entramado urbano de su ciudad. Sin embargo, a largo plazo toda esta riqueza que continuaba fluyendo (Adriano y León se estaban gastando los intereses, no despilfarrando el capital) resultó ser un cáliz envenenado, por lo menos en términos de la capacidad del papado para proporcionar un liderazgo religioso para la amplia Iglesia occidental. Dicho de forma más simple, los papas tenían un trabajo dual: gozaban de un prestigio especial dentro del cristianismo latino y al mismo tiempo gobernaban la República de San Pedro. Gracias a Carlomagno, la escala de la riqueza papal hizo que gran parte de la planificación política local se centrase en el cargo que controlaba el dinero, dedicando poco tiempo y energía a funciones religiosas de mayor alcance.

Incluso cuando el imperio carolingio era poderoso, la lucha

por el control de la riqueza amenazaba periódicamente con colapsar la dimensión religiosa del puesto. El régimen de Sergio III a mediados de la década de 840, por ejemplo, ha pasado a la historia con muy mala reputación. La lista de biografías papales más o menos contemporáneas, el Liber Pontificalis, documenta que en tiempos de Sergio, su hermano Benedicto amasó una fortuna vendiendo tierras y el derecho a ostentar determinados cargos. No obstante, antes de sacar conclusiones, es importante señalar que la biografía de Sergio fue escrita en el reinado de su sucesor, y que siempre fue una estrategia efectiva establecer la propia reputación a expensas de un predecesor muerto y por lo tanto silencioso. Dicha estrategia fue adoptada por el papa Esteban V (885-891), que (según el fragmento final que se ha conservado del Liber Pontificalis) ordenó que se realizase un inventario público para mostrar que el saqueo de los vasos sagrados de las iglesias de Roma había tenido lugar antes de que él accediera al cargo, y también el restablecimiento de la vieja costumbre según la cual el clero de San Pedro cobraba por sus servicios.[16] Puede que el régimen de Sergio III fuera un poco más desvergonzado que otros en sus actividades lucrativas, pero dudo mucho que se apartasen demasiado de la norma. Si no es así, la competencia intensa y absolutamente no religiosa por el control del trono papal es inexplicable. La sucesión, sobre todo, era el foco de la acción, puesto que era el momento en que los grupos que no se beneficiaban de la actual distribución de los recursos tenían la oportunidad de apoyar a un candidato que en el futuro se preocupase más por sus intereses. Por otro lado, los inquilinos de turno tampoco estaban dispuestos a ceder sus beneficios sin pelear, por consiguiente, era natural que la competencia fuera feroz.

Así pues, detrás de la fachada de la afirmación de la autoridad religiosa papal sobre la cristiandad occidental, incluso en los días gloriosos de Nicolás I, había una fragilidad subyacente. El aspecto fundamental inherente a las políticas locales de la República papal, que se iba a beneficiar del flujo de activos, estaba siempre en efervescencia. Las divisiones que esto generaba solo se mantenían a raya ante la amenaza de una intervención imperial, pero tan pronto como el imperio dejó de ser una fuerza real en el centro de Italia, la política local se impuso, relegando el perfil religioso del cargo papal a un segundo término. Efectivamente, cuando se analizan las evidencias del siglo IX un poco más de cerca, de todos estos detalles surge un aspecto más general.

En cierto modo, ya lo hemos visto con el particular disfraz de Pseudo-Isidoro. Fueron las maquinaciones de un grupo de eclesiásticos francos imperiales las que crearon este texto, y toda una serie de obras que lo citaban, movilizaban y copiaban mientras su visión imaginaria del pasado cristiano se utilizaba en una variedad de contextos posteriores inimaginables para sus creadores originales. En todo esto, los papas individuales, por lo menos los anteriores a Nicolás I, nunca habían desempeñado, ni habían pensado hacerlo, la clase de papel que los textos fraudulentos les atribuían. Los papas del siglo IX fueron en su mayoría beneficiarios pasivos (si es el término correcto) de los papeles más activos que los eclesiásticos francos imperiales querían adjudicarles, en beneficio de estos últimos. Por su propia cuenta, la función religiosa del papado, incluso en el siglo IX, giraba en torno a las tradicionales preocupaciones como patrocinar misiones y acceder (o no) a la creación de nuevos obispados y arzobispados (en el contexto de la misión). Los sínodos generalmente se hacían eco de los intereses carolingios contemporáneos relativos a la correctio, y aunque los papas tuvieran algo más importante en la cabeza, se guardaban de no pisar los derechos imperiales establecidos. Enfrentado a una disputa entre dos posibles patriarcas de Aquileya, el obispo Andrés de Frejus y Venerio de Grado, el papa Sergio pensó que la mejor respuesta era la de convocar un concilio general de la Iglesia. No obstante, convocar este tipo de concilios era un derecho tradicional de los emperadores, de modo que Sergio pidió permiso a Lotario como es debido. [17] Dicho de otro modo, no hay el más remoto indicio en la primera mitad del siglo IX de que los papas hubiesen empezado a pensar que el estatus especial de la sede de San Pedro tuviera que traducirse en una interferencia general en los altos nombramientos de la Iglesia, o en las interrelaciones prácticas de emperadores, reyes, arzobispos y obispos que vivían lejos de sus dominios italianos.

Incluso cuando determinados papas se mostraron más activos en el tercer cuarto de siglo, solo pudieron hacerlo en el seno de las estructuras en desarrollo del *imperium* carolingio. Algunos de los momentos que han pasado a la historia como grandes victorias papales dependieron totalmente del apoyo imperial. En 860-861, Nicolás restringió finalmente la independencia del arzobispo de Ravena obligando al aspirante a ser su igual a acudir a Roma e inclinarse ante él en sumisión. Llegado a este punto, el papa magnánimamente lo perdonó, devolviendo a Juan su pleno favor a cambio de un porcentaje de los ingresos del ravenato. No obstante, como

incluso el Liber Pontificalis documenta, el momento clave de este intercambio se produjo cuando el emperador (por sus propios motivos) se negó a seguir apoyando la independencia del arzobispo.[18] De forma más general, Nicolás pudo ejercer un grado de influencia mayor que sus predecesores porque estaba operando en un pequeño resquicio de oportunidad que se abrió debido a la división del imperio todavía en funcionamiento entre los diferentes agentes de poder. En realidad, los interesados deseos de Carlos el Calvo y Luis el Germánico, con los ojos puestos en heredar sus tierras, hicieron más para evitar el divorcio de Lotario II que la entrometida interferencia de Nicolás. Y si solo hubiera habido un gobernante carolingio en escena con la voluntad de divorciarse, es muy poco probable que el papa hubiera tenido influencia alguna en el asunto. Lo mismo cabe decir de los casos de los obispos Rothad de Soissons o Wulflad de Bourges: una vez más Nicolás solo fue capaz en parte de hacer frente al arzobispo Hincmaro de Reims. Solo pudo hacerlo con el activo consentimiento de Carlos el Calvo, y lo que le dio la oportunidad a Nicolás fue una diferencia (pasajera) de intereses entre el rey y su arzobispo. El papa fue utilizado por el rey para ayudar a intimidar al arzobispo, y fue simplemente una alianza pasajera.

Además, incluso en esta época, si un monarca carolingio realmente anhelaba un determinado resultado religioso, el papado no tenía apoyos de poder verdaderamente importantes para cambiar su postura. Un ejemplo clásico al respecto es la misión cristiana a Moravia, donde Nicolás y varios de sus sucesores apoyaron a los famosos hermanos griegos, Cirilo y Metodio. Muchos eclesiásticos franco-

orientales eran sistemáticamente hostiles a ellos, pero una alianza de apoyo papal y consentimiento imperial mantuvo a los hermanos y a sus sucesores en el cargo durante más de veinte años entre 862 y 885. Sin embargo, cuando a la muerte de Metodio la voluntad (ahora real) cambió, el papa Esteban V (el de «no fui yo quien vendió los vasos») la aceptó, y los discípulos de los ahora fallecidos hermanos expulsados inmediatamente.[19] Así pues, el éxito papal del siglo IX o bien dependía directamente del apoyo imperial carolingio, o se producía cuando había la posibilidad de operar dentro de algunos de los intersticios que se abrían cuando la estructura imperial antes monolítica empezó a fragmentarse. Sin embargo, en ninguno de los casos actuó el papado con independencia del imperio y, cuando el imperio se desmoronó de verdad a partir de finales de la década de 880, aquel no pudo mantener ni siquiera el modelo existente de liderazgo religioso parcial y ocasional. El imperio no solo ya no estaba allí para reforzar las intervenciones papales y hacer efectivas las resoluciones papales, sino que el cargo papal por entero cayó presa de las exigencias de los procesos políticos locales romanos.

Evidentemente, no todo en Roma se desmoronó en el absoluto caos en el frente religioso. El juicio de Formoso pertenece a un período inicial convulso, cuando las estructuras que definían al período carolingio habían desaparecido, pero antes de que cualquier indicio de estabilidad moderada emergiese para sustituirlas. Y aunque los reinados papales de finales del siglo IX, X y comienzos del XI tendían a ser cortos, nueve papas en nueve años es algo verdaderamente insólito incluso para este período. Este grado

de anarquía refleja el hecho de que todas las partes interesadas estaban ocupadas haciendo alarde de su fuerza para establecer un nuevo orden jerárquico en un mundo nuevo donde todo era imprevisible. No obstante, a partir de mediados de la primera década del siglo x, empezó a surgir el modelo básico de un nuevo orden poscarolingio. En ausencia de cualquier restricción carolingia, el papado quedó incorporado en las estructuras de poder de la nobleza local terrateniente de la Italia central, y el grupo familiar, fuera cual fuere, que hubiera establecido su preeminencia política local ejercía generalmente una gran influencia sobre aquel. Dos de estos clanes principalmente se fueron intercambiando entre ellos el control sobre el papado casi durante los siguientes ciento cincuenta años.

La primera familia en aparecer en escena fue la casa de Teofilacto. Su fundador, llamado Teofilacto, era conde de Túsculo, con grandes propiedades en los alrededores de Roma y originariamente leal servidor del último monarca de ascendencia carolingia que mostró interés en los asuntos romanos en torno al año 900, Luis el Ciego, llamado así porque su expedición italiana le costó la vista. Sin embargo, a remolque de Luis, Teofilacto extendió su influencia dentro de la misma ciudad de Roma, donde este emerge como comandante de los ejércitos de la república en 905. En 915, el resto de la nobleza romana había aceptado su liderazgo proclamándolo «cónsul», y su primer nombramiento papal directo, Juan X (914-928), se había llevado a cabo el año anterior. Como había ocurrido con los carolingios, en el seno de la familia surgían muchas intrigas cada vez que una nueva generación subía a la palestra, generándose muchas

oportunidades para que otros círculos se reafirmasen en la periferia, pero, en términos generales, el clan se mantuvo en el poder durante las dos siguientes generaciones en las personas, primero, de sus dos hijas, Teodora la joven y la infame Marozia, y después, a través del hijo de esta, Alberico II, que ostentó el título honorífico de «duque y senador de los romanos» entre 933 y 954. Diferentes miembros de la familia (a veces en pugna unos contra otros, y siempre en alianza con otros miembros de la nobleza romana) fueron, pues, responsables de la inmensa mayoría de nombramientos papales entre 910 y 950. En la segunda mitad del siglo x, los Crescentii, cuyas posesiones territoriales estaban ubicadas en las colinas Sabinas, al sur y al este de la ciudad, ejercieron un nivel de control similar, a comienzos del siglo XI, antes de que la supremacía volviera a aquella rama de los descendientes de Teofilacto que todavía controlaban su base de poder original como condes de Túsculo. [20] Sin duda la motivación que movía a estos clanes nobles a ejercer su dominio sobre el cargo papal era su deseo de controlar los recursos económicos que, gracias a Carlomagno, estaban a la entera disposición de la Iglesia romana. Sin embargo, esto no significaba que todos sus nombramientos se hicieran sin tener en cuenta las dimensiones religiosas del cargo. Alberico II, por ejemplo, fue responsable del ascenso del papa León VII (931-939), al que le unía una antigua amistad con el gran reformista monástico Odón de Cluny (del que hablaremos a continuación), a quien se trajo consigo a Roma para que le ayudase en la reforma de los tres antiguos monasterios de la ciudad: San Pablo, San Lorenzo y Santa Inés. Los condes de Túsculo del siglo XI también produjeron, literalmente, a Benedicto VIII (10121024). Nacido «Teofilacto», no fue simplemente un elegido de la dinastía, sino un miembro de la misma. Era hijo del conde Gregorio, líder del clan tusculano desde finales del siglo x, que ejerció su dominio dentro de Roma desde comienzos del siglo XI, tras dirigir la revuelta que expulsó a los Crescentii. No obstante, a pesar de ser un noble romano genuino, Benedicto se tomó muy en serio la dimensión religiosa de su cargo, cooperando estrechamente con el emperador Enrique II (que sería canonizado, por lo que ambos formaban un buen dúo).

No obstante, para cada «buen» papa de este período, es decir, que se tomase los deberes religiosos en serio, es fácil encontrar otros dos que mostraban relativamente poco interés. Además de León VII, Alberico II fue responsable de la designación de su propio hijo como Juan XII (955-964). Juan accedió al puesto a la poco canónica edad de dieciocho años (se suponía que los obispos habían de tener por lo menos treinta) y gozó al máximo de la riqueza y de las prebendas de su cargo, antes de morir de una apoplejía tan solo nueve años después, según cuentan en cama con una mujer casada. Asimismo, en 1032, el hijo y sucesor de Gregorio al frente de los tusculanos, Alberico III, nombró debidamente a uno de sus hijos, también bautizado Teofilacto como su tío Benedicto VIII. Este último papa tusculano emuló a imponiéndose el nombre de Benedicto IX (1032-1048/1056). Pero aquí acabaron todas las semejanzas. El nuevo Benedicto no mostró el más mínimo interés por nada referente a la religión y se dedicó al sexo (en todas sus formas posibles, según se dice), a amasar riquezas y a conspirar contra la oposición cuya escandalosa conducta rápidamente generó en la ciudad, hasta el extremo de organizar asesinatos (también supuestamente). La incertidumbre acerca de sus fechas refleja la consiguiente turbulencia de su reinado. Su primer período en el cargo terminó cuando fue expulsado de la ciudad en 1044. Después forzó su regreso al año siguiente, antes de decidir vender su puesto a su padrino para poder casarse (el único papa del que se tiene constancia de haber vendido su silla), pero volvió a ocupar el cargo brevemente antes de ser finalmente depuesto.[21]

Todo esto ilustra perfectamente los estrechos límites de la posición en la que se encontraba el papado tras el desmoronamiento de las estructuras del imperio carolingio. Incluso en manos de destacados papas de finales del siglo IX, seguía siendo una institución sensible, dependiente de los emperadores y de los eclesiásticos imperiales, que imponían sus asuntos y estaban dispuestos a usar sus propias estructuras de autoridad, a veces, para poner en práctica sus resoluciones. Cuando el imperio desapareció, también desapareció gran parte de la infraestructura que había permitido a ciertos papas avanzar hacia un estadio más amplio. Como resultado directo, la República de San Pedro cayó en una serie de poco edificantes y en ocasiones escandalosas disputas por el control de los recursos que Carlomagno le había conferido.

Los clanes nobles que saltaron a la palestra eran sin duda cristianos, y no inmunes a las grandes corrientes religiosas que fluían a su alrededor. Ellos o los que habían sido designados por ellos (que a menudo eran los mismos, dada la tendencia de los tusculanos a conservar el trono papal en el seno de la familia) a veces podían estar genuinamente

interesados en las preocupaciones habituales de la cristiandad occidental en su conjunto. No obstante, y ante todo, el cargo papal era un elemento clave en la cartera de activos gracias a la cual estos clanes mantenían su poder en la Italia central. Como tal, el liderazgo religioso en general siempre acababa relegado a un triste segundo lugar respecto a la función política local inherente al cargo papal. La ilusión que podría conjurarse a través de una insensata yuxtaposición de la visión del oficio papal en el Pseudo-Isidoro y su funcionamiento práctico en tiempos del papa Nicolás se desvanece por completo con lo que pasó después. El imperio carolingio en todas sus manifestaciones, y los dirigentes y eclesiásticos francos en sus distintos procederes hicieron posible que el papado ejerciera una cierta influencia general sobre la Iglesia occidental durante el siglo IX. Al carecer por completo de apoyos independientes propios de poder, dependía totalmente de las estructuras imperiales carolingias poder desempeñar cualquier papel de envergadura, y, cuando estas desaparecieron, el oficio papal quedó reducido a nivel de peón en la subasta política local. A veces literalmente vendido al mejor postor, a partir de la década de 890, el cargo papal se convirtió en la puta, o quizás en la vaca lechera si uno se siente caritativo, de la nobleza de la Italia central: una auténtica pornocracia.

Papas bárbaros

No obstante, si la nobleza de Roma tenía suficiente control

sobre el papado para que este se contentase con avanzar a trompicones, por sus propios medios, en el papel ceremonial de vicepresidente de la cristiandad latina, con el grueso de sus funciones centradas en la mediación de un altercado de grandes proporciones, otras circunscripciones en el seno del cristianismo occidental distaban mucho de satisfechos con esta situación. El grupo más evidente interesado en un cambio era una retahíla de aspirantes imperiales. Gracias a Carlomagno, había una acusada tendencia entre los potenciales emperadores a querer ser coronados en Roma: la alternativa carolingia de «hazlo tú mismo» iniciada por Luis el Piadoso, nunca logró reemplazar al poder simbólico de la Navidad de 800. Gracias también al ejemplo carolingio, ahora se había establecido el principio de que estos emperadores tenían el deber de velar por la calidad de la vida religiosa en Roma: el centro religioso más importante del Occidente latino. En la Europa occidental poscarolingia estas dos tradiciones coincidían periódicamente en llevar a Roma a un gobernante del norte de Europa con los ojos puestos en el título imperial, para ser coronado y para obtener puntos extra actuando contra la corrupción papal.

De hecho, estos momentos de intervención imperial sustentaban la influencia rotatoria de los tusculanos y de los Crescentii. Otón I rompió el primer período de dominio tusculano, aunque como una ocurrencia de último momento. Los excesos de Juan XII (937-964), hijo del conde tusculano Alberico II, estaban despertando ya destellos de una revuelta romana interna a comienzos de la década de 960. Esto llevó a Juan a coronar emperador a Otón el 2 de febrero de 962, buscando un cierto apoyo político de peso, aun cuando sabía

que el título imperial le daría a Otón licencia para intervenir en los asuntos romanos. Tras la marcha de Otón, Juan trató de minimizar los daños promoviendo contra él una alianza entre bizantinos y magiares, de modo que Otón regresó y lo sustituyó por un hombre nuevo, León VIII, una jugada que finalmente permitió, cuando los intereses del emperador lo arrastraron de nuevo hacia el norte y León murió, que los Crescentii reafirmaran su influencia a expensas de los destituidos tusculanos. El primer papa de este grupo fue Juan XIII (965-972), hermano del primer Crescentio. A su debido tiempo, el poder de los Crescentii quedó fragmentado parcialmente por Otón III en la década de 990 y definitivamente por su primo y sucesor Enrique II en la segunda década del siglo XI. Esto permitió finalmente el regreso de los tusculanos, primero en la persona de Benedicto VIII, hermano del entonces conde. [22]

Otón III y Enrique II, por lo menos, no estaban solamente interesados en su propia coronación. También estaban profundamente comprometidos en la causa de la reforma eclesiástica. En el año 1000, los dos temas verdaderamente candentes dentro de la Iglesia occidental eran la simonía y el matrimonio de los clérigos. Simonía era la etiqueta impuesta a la compra de cargos eclesiásticos, denominada así por Simón el Mago y documentada en Hechos 8:9-24, cuando este ofreció dinero a los apóstoles Pedro y Juan para que le otorgaran el poder de conferir el Espíritu Santo mediante la imposición de manos. Dado que muchas instituciones eclesiásticas (obispados, monasterios y sobre todo iglesias parroquiales) eran propiedad privada en aquellos momentos, y puesto que sus fundadores (y los herederos de los

fundadores) conservaban derechos sobre las mismas, era completamente normal en algunos lugares que el nuevo ocupante pagara una compensación financiera a cambio de acceder al puesto. Las adquisiciones directas suscitaron la condena general en tiempos de Otón III, pero el tema planteaba delicados problemas marginales de definición. Si un individuo nombrado ofrecía a un propietario un regalo por el nombramiento, ¿era simonía? Por extensión, reformistas más radicales esgrimieron que ningún laico, tanto si había o no regalos de por medio, podía tener voz en los nombramientos eclesiásticos. Pero ¿quiénes eran los laicos? Los reyes y los emperadores pensaban que ellos no entraban en esta categoría. Esta amplia agenda tenía sus orígenes en los movimientos monásticos de reforma de los siglos IX y X, después de que muchos reformistas llegaran a la conclusión de que los intereses laicos, especialmente en la riqueza monástica, eran el principal obstáculo que impedía que muchos monasterios se uniesen a las nuevas normas de conducta, aprendizaje y liturgia que se habían instaurado bajo Carlomagno y Luis el Piadoso. Sin embargo, a lo largo del siglo x se había extendido fuera del contexto monástico para abrazar a la Iglesia entera. La condenación del matrimonio clerical tenía orígenes similares, reflejando, una vez más, un énfasis originalmente monástico en el vínculo entre castidad y devoción. Primero se extendió como una petición y después como la expectativa de que el clero vinculado a las catedrales debería llevar una vida comunal y sin sexo, y también abandonar la propiedad privada. Después, con un poco de teoría sacramental añadida, desembocó en el argumento de que ningún clérigo podía administrar correctamente los sacramentos si estaba casado o mantenía a una concubina. Como dijo Pedro Damiano, una destacada voz del siglo XI a favor de la reforma: «Si cometéis incesto con vuestra hija espiritual, ¿con qué conciencia os atrevéis a administrar el misterio del cuerpo del Señor?»[23]Otón III y Enrique II estaban dispuestos a abordar estos dos temas, y vieron que un papado remodelado podía ser el vehículo que les ayudase en la tarea. Sostenían a grandes rasgos la misma opinión que Carlomagno, que era su deber designado por Dios conducir a la Iglesia a una forma más perfecta de religiosidad cristiana, pero diferían en cuanto a atribuir al papado un papel más activo en el proceso. No obstante, la colaboración todavía tenía que ser formulada en los términos dictados por los emperadores. Otón III en particular fue intransigente en su postura. Repudió públicamente la Donación de Constantino por fraude, y dejó claro que él era y había de ser considerado el miembro más importante de la alianza. Sin dejarse amilanar por los potenciales nominados que encontró en Roma (tras haber sido llamado por el papa Juan XV como contrapeso frente a Crescentio el joven, hijo del original), instaló a dos norteños como nominados papales propios: primero a su primo Bruno como Gregorio V, y después, tras la temprana (y misteriosa) muerte de Gregorio en 999, a Gerberto de Aurillac, que se convirtió en Silvestre II (999-1003). Bruno era un nieto de Otón I, y por consiguiente de ascendencia sajona directa, aunque su padre hubiera sido nombrado duque de Carintia, más al sur. Gerberto procedía del centro-sur de Francia. Ambos eran productos altamente cultos de la Iglesia poscarolingia del norte de Europa: Gregorio, como capellán de Otón, había salido de las escuelas catedralicias del este de Francia, mientras que Gerberto, uno de los mayores eruditos de su tiempo (famoso por haber reintroducido el ábaco y la esfera armilar en Occidente a partir de su conocimiento de las matemáticas griegas y la ciencia conservadas por los árabes), era un monje instruido en uno de los monasterios más famosos del siglo x: Aurillac en la Alta Auvernia. Ambos estaban comprometidos con la misma agenda de reformas, y Gerberto duró lo suficiente como para dejar huella. Enrique II, por su parte, estaba satisfecho de trabajar con el tusculano Benedicto VIII, pero Benedicto también estaba dedicado a la reforma. El emperador y el papa presidieron conjuntamente un sínodo reformista en Pavía en 1022, que una vez más insistió en los dos abusos que estaban en el centro del programa de reformas.[24]

Este nuevo modelo de liderazgo cristiano, con un emperador dominante actuando junto a un papa mucho más activo, era necesario en el año 1000, cosa que no había ocurrido 200 años antes, por una razón muy simple. Tras su sorprendente carrera de conquistas, Carlomagno había reunido bajo su control directo más o menos a toda la cristiandad occidental. No obstante, aunque ostentaban el mismo título, no podía decirse lo mismo de los sucesores salianos y otonianos de Carlomagno. En términos carolingios, estos últimos controlaban la Francia oriental, el norte de Italia y algunos pequeños territorios adicionales. La Francia occidental estaba fuera de su control, igual que lo estaban las extensas tierras recientemente cristianas de la península ibérica y la Europa centro-oriental, donde, en el año 1000, Bohemia, Polonia y los reinos magiares ya se habían

convertido al cristianismo latino. Gran parte de esta cristiandad occidental que se había expandido era administrada por eclesiásticos que debían lealtad a otros reyes y príncipes, que a su vez rechazaban la interferencia imperial directa en sus tierras. En estas circunstancias, el papado era un aliado más neutral cuya participación en el proceso de reforma contribuía a alejar las sospechas de que pudiera ser una tapadera para la interferencia de tipo político. Con el papado a bordo, la reforma podía presentarse como un asunto para toda la cristiandad occidental, alejando cualquier repetición potencial de la situación existente entre 500 y 700, cuando la cristiandad occidental funcionaba en la práctica en comunidades independientes según los diferentes reinos (capítulo 7).

Lo que hacía más efectiva esta alianza imperial-papal, y evitaba también cualquier posibilidad real de que se repitiera la fragmentación posromana en la era poscarolingia, era que había un segundo e importante grupo preparado para una implicación papal más activa en la gestión de la Iglesia occidental. Gracias a las transformaciones estructurales puestas en marcha por Carlomagno y sus sucesores, la fragmentación política no fue acompañada de desintegración religiosa y cultural, con el resultado de que, incluso en el año 1000, muchos y destacados eclesiásticos cristianos occidentales continuaron hablando con una sola voz. Muchos de ellos se habían formado en las catedrales y en sus escuelas adjuntas, cuyo modelo básico había sido establecido por Carlomagno y sus consejeros. Ahora sus bibliotecas eran más grandes, y además se habían fundado nuevas catedrales a medida que el cristianismo se extendía hacia el este del Rin y el Elba. Los textos habían seguido circulando entre ellas a través de fronteras políticas, y continuaban compartiendo básicamente las mismas tradiciones litúrgicas, homiléticas, disciplinarias y teológicas. Al compartir en general la misma formación moral e intelectual, los productos de estas formidables instituciones, que también eran caldo de cultivo para el reclutamiento de obispos y arzobispos, tendían a sostener criterios similares respecto al mundo. Enrique II, por ejemplo, obtuvo a todos sus obispos de las principales escuelas catedralicias de su reino, igual que solían hacer otros reyes y gobernantes de su época.

Una visión del mundo muy similar podía también encontrarse en los productos de la otra gran fuente de liderazgo de la cristiandad latina a comienzos del segundo milenio: los grandes monasterios. El modelo de vida básico en estas instituciones también había quedado establecido en tiempos carolingios, por lo menos en los monasterios imperiales que habían respondido con entusiasmo al programa monástico de reformas de Benito de Aniano y Luis el Piadoso. Por consiguiente, también estas comunidades compartían las tradiciones litúrgicas e intelectuales, así como los ejemplares de sus bibliotecas, que eran muy similares a los de sus equivalentes catedralicios. Con el modelo de reforma de Benito de Aniano extendiéndose por una amplia variedad de instituciones en diversos contextos geográficos y políticos, y mediante un amplio abanico de mecanismos, el siglo poscarolingio fue, una vez más, testigo de numerosos cambios. El monasterio más famoso de la época fue Cluny, en Borgoña, donde los monjes habían aplicado la reforma, pero de acuerdo con la pauta benedictina tradicional carolingia. En otros lugares, a veces (como en Roma) con la activa colaboración cluniacense, los señores laicos o los obispos (o el arzobispo de Metz en el caso del famoso monasterio de Gorze en Renania) primero tuvieron que creerse el principio, pero en todas partes de la vieja y nueva geografía de la cristiandad occidental se extendió rápidamente el mismo modelo de vida religiosa, con una considerable superposición en términos intelectuales de la cultura de las escuelas catedralicias. Y a pesar de que había diferencias en los detalles, como por ejemplo en qué punto de la jerarquía había que trazar la línea contra los clérigos casados, y en qué momento el ofrecimiento de regalos se convertía en simonía, los discípulos salidos de los principales monasterios y catedrales estaban igualmente comprometidos con el gran programa de reformas del año 1000.[25]

La fragmentación política poscarolingia no solo no provocó una desintegración similar en la cultura religiosa de la cristiandad occidental, sino que una dimensión de la compartida programó de cultura antemano componentes monásticos y catedralicios de este segundo grupo para que aceptasen, o que esperasen, que el papado había de desempeñar un papel de mayor peso en el liderazgo religioso. A finales del siglo IX y a lo largo del X, las catedrales y monasterios estaban ocupados copiando y leyendo el Pseudo-Isidoro. La inmensa mayoría de los primeros manuscritos del texto que se han conservado pertenecían a las bibliotecas en las que los líderes del cristianismo latino se habían instruido, de manera que la visión del Pseudo-Isidoro de un cristianismo antiguo tardío más perfecto gobernado

por el papa siguió difundiéndose a través de generaciones. En efecto, cuando en el siglo x se consideró necesario disponer de nuevos manuales de derecho canónico, como los creados por Regino de Prum y Burcardo de Worms, los nuevos ejemplares incluían naturalmente muchos de los textos falsificados del *Pseudo-Isidoro*. Por lo tanto, incluso cuando la colección original había dejado de ser útil, seguía ejerciendo una poderosa influencia a favor de la idea de que la autoridad papal debería ser fundamental en la dirección de la cristiandad occidental. [26]

Un reflejo de la fuerza de esta idea es el hecho de que, incluso a través de la era pornocrática, la demanda del consumidor eclesiástico occidental requería que el papado desempeñase por lo menos algunas nuevas funciones. Este proceso no fue solo resultado del Pseudo-Isidoro, sino que fue impulsado también por la notoriedad de determinados papas en el tercer cuarto de siglo IX; aunque todo ello había dependido de las estructuras imperiales carolingias, era más que un reflejo del impacto de la colección. Como es sabido, varias casas monásticas reformadas empezaron a ponerse bajo la tutela y protección formal del papado, pidiendo actas escritas a tal efecto. Cluny inició la moda en 909 cuando los monjes reformistas consiguieron su documento original de protección, a pesar de que entonces la Roma poscarolingia estaba sumida en el caos. Después emprendieron pasos para obtener más confirmaciones de que se encontraban bajo protección papal a lo largo del siguiente siglo, que incluían el poder vincular el nombre del papa Gregorio V a un importante y completo inventario de las propiedades del monasterio elaborado en 998. Como pone de manifiesto un influyente estudio de las posesiones territoriales de Cluny, estos documentos de protección papal tenían poco valor práctico, pues el papado no tenía apoyo efectivo en la Borgoña del siglo x, y para conseguir una verdadera protección, el monasterio tenía que confiar en otros mecanismos. No obstante, anunciaban el estatus de Cluny a un mundo cristiano más amplio y, como tales, eran lo suficientemente útiles para que otros muchos monasterios siguieran el ejemplo. Entre 896 y 1049, las instituciones religiosas, la mayoría de ellas monasterios (incluyendo a las más grandes casas reformadas del período), redactaron 630 actas papales confirmando derechos de diferentes clases, de las que un abrumador número hacía referencia a propiedades de tierras. Aproximadamente una cuarta parte eran falsificaciones. Presumiblemente, la institución no quería afrontar la molestia y el gasto que suponían la obtención de un documento real de Roma, y simplemente se fabricaba sus propios documentos.

Sin embargo, real o fraudulento, el deseo de obtener privilegios, algo extremadamente raro antes de este período, es un claro indicio del mayor papel simbólico que ahora se le atribuía al papado en el pensamiento de los eclesiásticos occidentales. Finalmente también involucraron al papado en la consagración de santos. En el cristianismo romano y de comienzos de la Edad Media, la consagración de un santo era un asunto totalmente de la comunidad local en la que el santo o la santa habían actuado. Una parte interesada componía una *Vida* como parte de la fundación de un centro de culto, y a continuación el santo propuesto atraía o no a sus seguidores. En la última década del siglo x, por primera vez,

una comunidad cristiana local recurrió a Roma para obtener una validación extra en la propuesta beatificación del obispo Ulrico de Augsburgo. Este había sido gran defensor de la reforma en la Iglesia otoniana y el papa Juan XV no tuvo inconveniente en confirmar su santidad en un sínodo romano celebrado en Letrán el 31 de enero de 993, anunciando los resultados al resto del mundo en una bula formal. Esta innovación fue seguida de la canonización de cinco mártires misioneros de la región báltica en la siguiente década. Con ello despegó rápidamente este nuevo proceso. [27]

Al movilizar al papado como aliado activo en la causa de la reforma, Otón III y Enrique II estaban sembrando semillas en un suelo altamente fértil. No obstante, como solución al problema de proporcionar una autoridad religiosa global al bloque cultural unificado que era la cristiandad occidental, el modelo de alianza papal-imperial distaba de ser perfecto. Al estar gran parte de la cristiandad occidental bajo el control de otros gobernantes, siempre habría la sospecha de que no se podía confiar en que un papado aliado con el imperio actuase con la debida imparcialidad. También es importante señalar, aunque no fuera evidente en los grandes momentos de coronación imperial, que el Sacro Imperio Romano de los siglos X y XI era una institución en cierto modo destartalada, cuyos gobernantes se enfrentaban a una inestabilidad sistémica sobre todo cuando accedían al poder (exactamente igual que sus homólogos carolingios). En consecuencia, era muy probable que desviasen su atención de Roma con regularidad debido a una serie de problemas acuciantes en sus distintas fronteras. Por consiguiente, en la práctica no se podía confiar en que el imperio (al igual que su predecesor carolingio) tuviera la capacidad necesaria para garantizar sistemáticamente que la nobleza de la Italia central no devolviese el papado al festín romanocéntrico que estaba en el corazón de todos los grandes escándalos papales del período poscarolingio. Inmediatamente después del sínodo conjunto dirigido por Enrique II y Benedicto VIII, por ejemplo, el sucesor de Enrique simplemente se mantuvo al margen y observó mientras Benedicto IX, el sobrino sexualmente voraz del anterior Benedicto que conocimos algunas páginas atrás, utilizaba la riqueza papal como vehículo para conseguir placer con tal intensidad que se equiparaba a los peores excesos de la pornocracia. Por consiguiente, lo que la unidad religiosa funcional de la cristiandad occidental realmente necesitaba era una estructura de liderazgo que fuera independiente del gobierno imperial; pero, si esto era lo que había de ser el papado, entonces había que encontrar algún mecanismo de sustitución para mantenerlo independiente de las depredadoras ambiciones pecuniarias de la nobleza italiana. La historia de cómo se resolvió este problema nos sitúa cara a cara con el papa más bárbaro de todos: Bruno de Eguisheim-Dagsburg, que, al acceder, afortunadamente adoptó el nombre más corto de León IX.

Al comienzo de esta historia, no se sabía que algo fuera de lo normal se estaba gestando. Empezó con el modelo ampliamente probado y comprobado del potentado del norte de Europa interesándose por Roma porque anhelaba el título imperial. Esta vez era Enrique III, no un descendiente directo de Enrique II de Pavía, porque aquel Enrique y su esposa habían hecho votos de castidad. Por consiguiente, el poder había pasado del linaje otoniano directo a sus primos

salianos, que descendían de una hija de Otón I. Enrique heredó el poder en el norte a la muerte de su padre en 1039, y tras haber dedicado el habitual período a su consolidación, a mediados de la década de 1040 estaba ya preparado para abalanzarse sobre el título imperial. En aquel momento, se vio enfrentado a tres papas, todos ellos problemáticos a su manera. El peor infractor era Benedicto IX, pero aun siendo su padrino Juan Graciano (al que vendió la silla papal por mil libras de plata), con el nombre de Gregorio VI, un reformista bien considerado, el énfasis que entonces se le concedía a la simonía significaba que la manera en que se había producido la elección de Gregorio era suficiente para excluirlo como maestro de ceremonias adecuado para la proyectada coronación de Enrique. El tercer papa era Silvestre III, anteriormente obispo Juan de Sabina, que estaba claramente implicado en el caos engendrado por las bufonadas de Benedicto IX, pero que por otra parte resulta harto misterioso. Enrique no quiso problemas con ninguno de los tres y propuso para ocupar el puesto a uno de sus propios eclesiásticos, Suidger, obispo de Bamberg, que se convirtió en Clemente II, y que en la Navidad de 1046 coronó emperador a Enrique. Enrique III, como su anterior tocayo con el que estaba colateralmente emparentado, era un reformista convencido, y parecía que la cristiandad occidental estaba lista para una repetición de la alianza entre el imperio y el papado. El hecho de que las cosas se torcieran se debió a una combinación del clima italiano, que había matado a Clemente y a su inmediato sucesor, Damasio II (antes obispo Poppo de Brixten, otro de los obispos de Enrique), en el verano de 1048 (el pobre Poppo solo duró desde el 17 de julio al 9 de agosto de 1048: siendo solo el séptimo papado más corto), y la asombrosa energía del siguiente candidato de Enrique.

Este era Bruno de Eguisheim-Dagsburg, alias León IX (1049-1054). De cuna noble, primo de los emperadores salianos, había sido educado en la escuela catedralicia de Toul, y, según la Vida contemporánea, mostró todos los signos prometedores de una creciente santidad desde muy temprana edad. Entre ellos una devoción por los santuarios de la Santa Sede, que le llevaron a visitar Roma casi cada año. Sin embargo, en un fascinante atisbo de la vida cotidiana de una importante institución eclesiástica del siglo x, esto no hacía de Bruno un pusilánime y pacífico asceta. La Vida celebra asimismo, sin el menor rubor, el cuidado y habilidad mostrados por el joven Bruno cuando tuvo que dirigir el contingente de caballeros de su obispo en campaña. A su debido tiempo, fue elevado al obispado de Toul a comienzos de 1026, y resultó un ardiente partidario de la causa reformista contra la simonía y el matrimonio clerical, y del impulso reformador del movimiento monástico cluniacense. Nada de esto le hacía distinto de los demás obispos alemanes aristócratas de su edad. Lo que le hace destacar es la clara idea que tenía del elevado papel que el papado había de desempeñar en la Iglesia occidental, y la energía e imaginación que mostró, durante su relativamente breve reinado, al poner en marcha una completa revolución en cuanto a su funcionamiento para lograr que se ajustase a esta función.

Su objetivo estuvo claro desde el principio. Fue elegido para el cargo por su primo imperial, pero se negó a aceptarlo (tras mostrar, como nos cuenta la *Vida*, la requerida cantidad

de duda) a menos que el clero y el pueblo de Roma estuvieran totalmente dispuestos a respaldarlo. Sin duda tenía en mente ser mucho más que aquellos extranjeros nombrados por el emperador que no habían conseguido alterar el enfoque fundamentalmente local del oficio papal desde la caída del imperio carolingio. Una estrategia crucial e inmediata para llevar a cabo este cambio era reclutar la ayuda de una serie de eclesiásticos de toda la Europa occidental con ideas afines. Humberto fue importado del monasterio de Moyenmoutier de la anterior diócesis del propio León, y la lista incluye clero catedralicio (como Federico, hermano del duque Godofredo de Lorena, del capítulo catedralicio de Lieja), así como clérigos italianos, el más conocido un tal Hildebrando (al que volveremos en breve), que originariamente había surgido de las filas del séquito de Juan Graciano y que posteriormente le siguió fuera de Italia y al exilio en Cluny. León estaba también en estrecho contacto con el prominente líder e intelectual eremita, oriundo de Ravena y educado en el norte de Italia, Pedro Damiano. Así pues, León inundó Roma con una camarilla de reformistas de toda la cristiandad occidental. algunos de dentro de las fronteras del imperio, otros de fuera, que representaban las principales líneas del cristianismo contemporáneo: las catedrales, los monasterios e incluso el ala más radical, como Pedro Damiano, que consideraba que los monasterios eran demasiado lujosos. A todos ellos los ascendió a puestos superiores dentro del clero romano, con el efecto general de romper los estrechos vínculos entre el liderazgo de aquel cuerpo y la nobleza de la Italia central, y, de paso, redirigir las energías de toda la institución hacia el proyecto de reforma.

Tras haber llenado de reformistas internacionales el palacio de Letrán, León dedicó la mayor parte de su energía durante el resto de su reinado a progresar en el programa de reformas. Parte de lo que hizo fue más o menos normal. En 1049 celebró un sínodo Laterano que, una vez más, como en Pavía en 1022, condenó la simonía y el matrimonio clerical. No obstante, esta vez la energía fue mucho mayor. León declaró que todo el clero por encima del nivel de subdiácono, incluido este, había de ser célibe, poniendo el listón más abajo que nunca en la escala clerical. Intimidó hasta tal punto al obispo de Sutri con la acusación directa y personal de que había pagado por su cargo, que el obispo cayó muerto allí mismo. Todavía más sorprendente para sus contemporáneos fue el hecho de que León no limitó sus actividades simplemente a Roma y sus alrededores, sino que se extendió hacia fuera de la ciudad, incluso fuera de Italia, para celebrar sínodos reformistas también en Francia y Alemania: once o doce de ellos (no es del todo seguro) en su reinado de cinco años. Mientras estaba de viaje, convocaba a destacados miembros del clero regional a sínodos donde la agenda de reformas se ponía sobre la mesa, y el papa en persona se enfrentaba a los infractores que pudiera haber entre los eclesiásticos presentes. Como es sabido, el traslado (es decir, el nuevo enterramiento ceremonial en una nueva tumba por regla general más imponente) de los restos de san Remigio en 1049 se convirtió en un gran concilio reformista en Reims, donde León preguntó a bocajarro a los veinte obispos franceses reunidos si habían pagado por sus cargos y, por consiguiente, eran culpables de simonía. El obispo de Langres se negó a contestar, ante lo cual León lo excomulgó y, en un momento de alta crispación, el arzobispo de Besançon se quedó mudo cuando trataba de defenderlo (Langres era uno de sus sufragáneos). No es de extrañar que en aquel momento, cinco de los restantes confesaran y fueran debidamente perdonados y restituidos de nuevo en sus cargos. Solo el obispo de Nantes fue realmente depuesto: había sucedido a su padre, hecho que fue considerado totalmente inaceptable.

De pronto, la cristiandad occidental se hallaba frente a un papado totalmente nuevo, literalmente dispuesto a inculcar el temor de Dios a los infractores. En vez de instalarse en Roma recibir visitas y redactar espléndidas actas de confirmación que en la práctica no significaban absolutamente nada, aquel papa tomaba la iniciativa de los asuntos eclesiásticos. León se expandió más allá de los Alpes y utilizó sus concilios para colocarse él y al papado en el epicentro del programa de reformas en marcha, y la onda expansiva es totalmente visible en un montón de comentarios contemporáneos. Un testigo del sínodo con juicio incluido de Reims todavía se sentía impresionado, muchos años después, al recordar el temor que le había generado aquel suceso. El primer vicepresidente para la oración se había convertido en el líder autodesignado de la cristiandad occidental en manos de un líder visionario que veía la potencial autoridad que podía construirse gracias al prestigio papal.[28]

Por consiguiente, no es coincidencia que la primera cita directa de la *Donación de Constantino* en una carta papal se realizase en el reinado de León. El objetivo era el patriarca de Constantinopla, y el tema la jurisdicción sobre determinadas zonas del sur de Italia. En el momento de la fundación de la

República papal, Constantinopla había retirado las sedes de Sicilia y del sur de Italia del ámbito de acción de Roma. León quería su devolución y utilizó la *Donación* para sustanciar su reivindicación de primacía sobre todas las sedes de la cristiandad: de Oriente y Occidente. Al no atender a razones los bizantinos, la misión de León, dirigida por Humberto, ahora cardenal obispo de Silva Candida, no dudó ni un instante en proclamar el decreto de excomunión contra el patriarca de Constantinopla, iniciando así el gran cisma entre las comuniones ortodoxa y católica. Y fue precisamente Humberto el que formuló el nuevo espíritu que León había aportado al papado en su disquisición a los bizantinos:

Todos los hombres sienten tal veneración por el ocupante del cargo apostólico de Roma que prefieren recibir los sagrados mandamientos y las tradiciones de boca del jefe de la Iglesia que de las Sagradas Escrituras y escritos patrísticos. [Así el papa] hace que el mundo entero persiga a Dios con deleite y entusiasmo.

La antigua reivindicación en busca de un prestigio especial se había transformado ahora en una doctrina activa de primacía papal, que se utilizó para justificar que León y sus colegas hubiesen tomado las riendas del liderazgo cristiano. [29]

Sin duda anteriormente había habido momentos de grandeza papal, sobre todo en las épocas de León I y Nicolás el Grande, por lo tanto no fue inmediatamente obvio que la revolución puesta en marcha por León IX estuviera destinada a cambiar permanentemente la naturaleza del papado. Tras un comienzo tan espléndido, su reinado se consumió en una confrontación con los invasores normandos que estaban

inmersos en la conquista de gran parte de Sicilia y del sur de Italia (motivo por el que León había reabierto el tema de jurisdicciones con Constantinopla). Primero derrotaron a las fuerzas que el papa pudo reunir (fiel a su costumbre Enrique fue inevitablemente retenido, en el norte), y a continuación capturaron al propio papa. A pesar de que trataron a León con la debida deferencia, lo mantuvieron prisionero la mayor parte del año y murió poco después de su liberación. Fue sucedido por otros dos norteños, Víctor II (1055-1057, el anterior obispo de Eichstatt) y Esteban IX (1057-1058, el Federico de Lorena importado a Roma por León IX). No obstante, dado que entretanto también había muerto Enrique III, los tusculanos vieron en la muerte de Esteban la oportunidad de regresar a los negocios como siempre. En 1058 presentaron a su propio candidato, Benedicto X, que a su muerte en 1061 fue sucedido por Honorio II.

Sin embargo, esta vez no se pudo volver atrás a tiempos pasados. El reinado de León había creado un liderazgo consistente e inquebrantable en el corazón mismo del papado que no iba a renunciar al proyecto que había iniciado. Toda la sangre nueva importada que ocupaba los rangos superiores del clero romano seguía allí, y no iba a ser fácil hacerla retroceder a las viejas costumbres de las maniobras políticas de la Italia central. Como grupo, los elegidos por León estaban dispuestos a llevar adelante la revolución hasta la siguiente generación. A partir de León surgió una línea directa que se prolongó después de la muerte de Esteban hasta los pontificados de Nicolás II (1059-1061, otro norteño importado, nacido Gerardo de Borgoña cerca de Arlés) y Alejandro II (1061-1073, anteriormente el obispo reformista

Anselmo de Luca). En estos dos pontificados se llevaron a importantes pasos que atrincheraron extendieron la revolución. En Pascua de 1059, Nicolás llamó a Roma a 113 obispos de toda la cristiandad para un concilio que legitimó una reforma fundamental en el procedimiento de la elección papal. En lo sucesivo, las elecciones habrían de ser conducidas solamente por eclesiásticos cardenales: los siete cardenales obispos (de las siete antiguas suburbicarias), los veintiocho cardenales sacerdotes al frente de las principales iglesias de la ciudad, y los dieciocho cardenales diáconos que dirigían lo que originalmente habían sido los centros desde los que se distribuía caridad. El emperador, en caso de que lo hubiera, no tenía voz. El papado había hecho una declaración unilateral de independencia: otro importante paso hacia adelante. A pesar de todo su bombo y platillo, al gran sínodo de León en Reims solo habían asistido veinte obispos franceses, mientras que más de un centenar permanecieron al margen. La razón fue que el rey de Francia, considerando a León, no injustamente, una criatura del imperio, se negó a permitir que los demás asistiesen. Por consiguiente, para ejercer como verdadero jefe de la cristiandad occidental, era imperativo que el papado se independizase del imperio.

Como cabía esperar, la reacción en el norte fue hostil y el bando germánico-imperial empezó a nombrar a sus propios antipapas. Pero el régimen del nuevo monarca, Enrique IV, que había subido al trono en 1056 a la tierna edad de seis años, en realidad no estaba en posición de intervenir en Roma, y Nicolás llevó a cabo otro cambio en su política que contribuyó a cimentar la independencia papal tanto frente al

Sacro Imperio Romano como a los tusculanos. En 1059, en un importante cambio súbito de opinión, cerró un crucial acuerdo de paz con los invasores normandos. Este tratado reconocía como legítimas sus conquistas a cambio de su apoyo político y militar. A corto plazo, aquello era exactamente lo que el naciente papado necesitaba: la suficiente fuerza militar para mantenerse independiente mientras arraigaban las amplias dimensiones de la revolución de León, dentro y fuera de Roma.

Dentro de Roma, el pontificado de Alejandro II vio importantes avances en la reorganización de la burocracia papal para que sus sistemas operativos se ajustasen a las funciones que los reformistas habían impuesto al cargo papal. En particular, se adoptó de nuevo como práctica administrativa el registro formal de las cartas papales. Los registros de Alejandro no se han conservado, pero sí los de su sucesor, Gregorio VII. Las anotaciones o registros implicaban la realización de una segunda copia de todas las cartas importantes enviadas por un papa para ser conservadas en los archivos papales, en calidad de control formal de cualquier decisión tomada para minimizar las posibilidades de fraude (si esto se hubiera hecho de forma coherente en el pasado, irónicamente, la creación de las decretales falsificadas del Pseudo-Isidoro habría sido imposible, por lo menos sin la connivencia papal). Esta práctica imitaba a la vieja cancillería imperial romana tardía, y en el pasado lejano había sido copiada por lo menos en determinados reinados papales: sin duda en el de Gregorio I (algunos de cuyos registros todavía existían en papiros hechos trizas en el siglo IX) y nuevamente en los de algunos papas del siglo IX (sobre todo el de Juan VIII, 872-882). Es posible que fuera una práctica papal completamente habitual de finales de la Antigüedad y comienzos de la Edad Media, pero que sin duda había quedado suspendida durante el caos de la pornocracia. El hecho de que se adoptara otra vez es claro indicio de que los reformistas eran conscientes de que estaban creando un papado nuevo, cuyas palabras, gracias a la doctrina de la primacía papal, podrían ser de gran relevancia en el futuro, especialmente en materia de resoluciones legales, y, por consiguiente, habían de ser cuidadosamente archivadas. El pontificado de Alejandro vio también el inicio de importantes reorganizaciones de los departamentos financieros (que estaban destinados a ser el tema constante a lo largo del siglo XII) cuando los reformistas trataron de imponer orden en el flujo de todos los ingresos romanos que sobrevivían de tiempos antiguos y de las ingentes donaciones de la era carolingia. Mientras tanto, muchas propiedades papales habían sido cedidas en condiciones sumamente generosas a miembros de la nobleza de la Italia central, y conseguir que volviesen a manos del papado iba a ser una lucha importante.

Fuera de Roma, tanto Nicolás como Alejandro consiguieron mantener las tradiciones del dinámico papado de León, sobre todo la de enviar jueces nombrados por el papado, los llamados legados, para imponer una voz romana activa allí donde fuera posible. En tiempos de Nicolás, Pedro Damiano y el futuro Alejandro II (entonces todavía obispo de Luca) lograron que la Iglesia de Milán renunciase a sus prácticas en los nombramientos (que habitualmente implicaban sustanciosos pagos) para ajustarse más al programa de reformas. Esto implicaba la aceptación formal de

la autoridad papal por parte del arzobispo, que fue uno de los que más a disgusto asistió al gran sínodo de Nicolás de 1059. También bajo Alejandro, Pedro Damiano fue enviado a arbitrar una disputa entre los monjes de Cluny y el obispo de Mâcon, en cuya diócesis estaba ubicado el monasterio. Cluny, como ya hemos visto, hacía tiempo que había conseguido actas de hipotética protección por parte de Roma, pero esta vez el eje romano tenía significado real. Pedro convocó un concilio en Chalon-sur-Saône que dictaminó que el monasterio había de ser completamente independiente de su obispo, al que ya no debería cuotas ni servicios de ninguna clase. Alejandro envió además otros legados, en particular a 1070 por invitación de Guillermo Inglaterra en Conquistador (cuya expedición había bendecido en 1066) para que le ayudasen a poner en orden el caos que reinaba en la Iglesia anglosajona, al norte del imperio para arbitrar en una pelea entre los obispos de Bamberg y Constanza, y por último para convencer a Enrique IV de que no se divorciase de su esposa Berta. [30]

Alejandro no procedía del norte, pero su agenda y actitud se habían forjado a través de la secuencia de papas norteños iniciada por Enrique III, que gobernó el papado a lo largo de un período de veinte años de revolución sostenida. Al final de dicho período, la naturaleza y prácticas del oficio papal habían cambiado hasta hacerse irreconocibles. En el tercer cuarto del siglo XI, ocupado por reformistas del norte, el papado se reinventó hasta convertirse en una fuente activa de autoridad eclesiástica, que defendía enérgicamente el programa de reformas de toda la cristiandad latina. Se había liberado también de la dependencia de la alianza imperial que

había sido la ruta más bien insatisfactoria por la que algunos papas del pasado habían conseguido una supremacía temporal, y afirmado la prioridad papal impulsada explícitamente por la *Donación de Constantino*, aunque en aquel momento solo en el contexto de una disputa con Constantinopla. Uno de los menos celebrados del grupo, debido a que murió muy pronto, Clemente II, acuñó al parecer el término específico *papatus* (papado) para describir a la nueva institución que estaban creando. Se formó a partir del término *episcopatus*, pero con el objetivo de señalar que el papa ocupaba una posición jerárquica claramente superior a la de cualquier obispo. A la muerte de Alejandro, tenemos ya un papado que intentaba por lo menos actuar como jefe de la cristiandad occidental.

Sin embargo, el rasgo más sorprendente de la historia del desarrollo papal en la era carolingia y después es quizás que aquel papado recién transformado no era en absoluto producto de ambiciones internas de la propia Iglesia romana. Fue creado más bien por la demanda de los consumidores, por los eclesiásticos reformistas originarios de tierras que los antiguos romanos habrían considerado totalmente bárbaras. A mediados del siglo XI, los bárbaros del norte penetraron en Roma y empezaron a construir un nuevo imperio romano eclesiástico. Actuaron deliberadamente, y eran del todo conscientes de lo que estaban haciendo. Como bien lo expresó Pedro Damiano:

Ahora la Iglesia romana, la sede de los apóstoles, debería imitar al antiguo tribunal de los romanos. Igual que antiguamente el Senado terrenal se esforzaba por someter a la multitud de pueblos al imperio romano, ahora los ministros de la sede apostólica, los senadores espirituales de la Iglesia universal, deberían

tener un solo empeño, someter mediante sus leyes a la raza humana de Dios, el verdadero emperador.[31]

No obstante, en 1173, este nuevo imperio romano distaba mucho de estar completo. El papado reformado, al tratar de expandir el alcance de su autoridad religiosa, disponía tan solo de apoyos de poder extremadamente limitados. Su capacidad práctica de intervenir en asuntos eclesiásticos todavía se limitaba a momentos en los que su participación era requerida, o a zonas que carecían de un gobierno central fuerte. Allí donde los reyes o los emperadores eran poderosos, su alcance seguía siendo muy reducido, y estos hombres todavía se acogían a la vieja creencia de que también ellos habían sido elegidos directamente por Dios. El obstáculo final en el camino del nuevo imperio romano del papado consistía en establecer una base de auténticos soportes de poder, que pudieran utilizarse activamente para la consecución de sus propios programas en vez de tener simplemente que responder, cuando fuera posible, a los requerimientos de otros. Todo esto se resolvería tomando prestado uno de los mecanismos clave mediante los cuales los viejos emperadores romanos habían gobernado el estado más grande y más duradero de Eurasia occidental jamás conocido.

La «Armonía de los cánones discordantes»

Una rápida ojeada al período posterior a la muerte de Alejandro II podría llevarnos a pensar que el método romano tradicional empleado para consumar el imperio papal era la intimidación directa. No cabe duda de que esta fue un arma leal en manos de los fundadores del primer imperio romano, a pesar de que, más tarde, la predisposición de las élites provinciales conquistadas a adoptar los valores romanos transformó la estructura imperial, especialmente a partir del siglo II d. C en adelante, en una empresa mucho más consensuada en su conjunto. El sucesor de Alejandro fue Gregorio VII (1073-1085), aquel Hildebrando que al principio había servido en el séquito de Juan Graciano. Gregorio es famoso por haber colocado al papado reformado en una nueva senda de confrontación directa con el imperio de Enrique IV sobre el tema de la simonía, una política que hizo gala de toda la sutileza de la carga de la Brigada Ligera en la batalla de Balaclava.

En cierto sentido, le hago un flaco favor a Gregorio. Él percibió el mismo problema en gran parte de los otros estados europeos occidentales de su época, y fue lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que era imposible abarcarlos todos a la vez, por lo tanto dejó tranquilos a los reyes de Inglaterra y Francia. Pero cuando vio que esto no le llevaba a ninguna parte, anunció a bombo y platillo un cambio de rumbo en enero de 1075 en forma de una carta papal que fue distribuida por todas las cortes y principales instituciones eclesiásticas de la Europa occidental:

No encuentro casi a ningún obispo que se atenga a la ley, sea en su nombramiento sea en su forma de vida, ni que rija al pueblo cristiano en el amor de Cristo y no por ambición terrenal. Entre todos los príncipes seglares no conozco a ninguno que anteponga el honor de Dios al suyo y la virtud al beneficio ... Puesto que no hay ningún príncipe que se preocupe por estas cosas, nosotros debemos proteger las vidas de los hombres religiosos.

La pulla de la última línea iba dirigida especialmente contra Enrique IV, cuyo padre partidario de la reforma había iniciado la transformación del papado en la década de 1040, y Gregorio eligió luchar precisamente en territorio imperial. Su particular diana era la sede de Milán, la gran ciudad imperial en el norte de Italia donde abundaba la simonía. El arma elegida por Gregorio era recurrir a la amplia población de la ciudad para que boicotease todos los servicios eclesiásticos ofrecidos por clérigos simoníacos y casados. A partir de aquel momento, la pelea rápidamente escaló hasta descontrolarse. En enero de 1076, Enrique ya había decidido que era imposible convivir con Gregorio y empezó a conspirar para forzar su abdicación. Gregorio respondió excomulgando a Enrique en su sínodo de Lenten aquel mismo año. El papa estaba siendo deliberadamente provocador, y sabía que los problemas internos del imperio, donde una alianza de príncipes germánicos se había declarado en rebelión, jugaban a su favor. Por consiguiente, Enrique decidió hacer las paces y en enero de 1077 se humilló públicamente, permaneciendo de pie en la nieve en el castillo toscano de la condesa Matilde de Canossa donde Gregorio se había refugiado. Fue readmitido a la comunión, pero las disputas entre ambos no quedaron resueltas. Gregorio puso ahora su empeño en evitar que los laicos, en cuya categoría incluía a los reyes y a los emperadores, tuviesen voz alguna en el nombramiento de obispos y demás clérigos, y lo que se conoce como la Querella de las Investiduras (puesto que gran parte de la energía intelectual acabó centrando su atención en la ceremonia mediante la cual se investía a los obispos en su cargo) alcanzó

su pleno apogeo. En la primavera de 1080 volvían a estar enfrentados. Gregorio excomulgó a Enrique por segunda vez y reconoció en su lugar como rey al líder de la coalición de germánica, Rodolfo de Suabia. Basándose en la *Donación de Constantino*, Gregorio sabía que ostentaba una autoridad de orden superior a la del emperador, puesto que Constantino había trasladado poder imperial al papa Silvestre al partir hacia Constantinopla, y por ello se sentía capacitado para deponer a cualquier ocupante de dicho cargo que no diera la talla. En aquel momento, la dimensión de autoridad política quedó finalmente añadida a la autoridad religiosa que le había sido atribuida a Roma de acuerdo con la *Donación* en el siglo IX. La reivindicación papal al poder imperial había encontrado al fin completa articulación.[32]

No obstante, de hecho, en una dimensión fundamental las políticas de Gregorio no tenían ninguna opción de triunfar. Cuando las cosas llegaron al límite, a Enrique (y cualquiera de sus pares al frente de Francia o Inglaterra) le fue imposible a Roma todo el control sobre los principales nombramientos eclesiásticos dentro de sus reinos, por una muy sencilla: los obispados y los principales monasterios de la Europa medieval estaban todos sufragados con los ingresos procedentes de las carteras de las propiedades de tierras. No había otro modo de financiar a institución importante en aquel abrumadoramente agrícola (lo mismo que había ocurrido en el mundo antiguo). Tras siglos de dotaciones, impulsadas por las exenciones tributarias que a menudo se aplicaban a las donaciones eclesiásticas, las diferentes instituciones religiosas de finales del siglo XI controlaban, de diversas formas (es decir, el porcentaje de los ingresos totales que recibían variaba), vastas extensiones de tierras productivas de la Europa occidental: normalmente entre un cuarto y un tercio de toda la riqueza agrícola de los reinos en los que estaban ubicadas. Naturalmente, dado que ningún estado podía permitirse que gran parte de su potencial base imponible quedase excluida del sistema, estas instituciones fueron gravadas con varios pagos y servicios por sus dirigentes locales. En su mayoría eran cuotas económicas de algún tipo, efectivo o en especie, pero además había otras obligaciones. A los abades y los obispos, por ejemplo, a encomendaban responsabilidades menudo administrativas y/o legales de vastas subunidades dentro de los reinos, pero el más importante de los deberes era, por supuesto, proveer un servicio de caballeros. Esto requería que los obispados y los monasterios mantuvieran un determinado número de caballeros en una parte de sus tierras, disponibles para cuando el rey necesitase movilizar un ejército. Como se recordará, la Vida de León IX celebra su liderazgo precisamente de uno de estos contingentes en una campaña antes de acceder al trono episcopal. En Inglaterra, donde los archivos del siglo XI están completos, los obispados y los monasterios proporcionaban aproximadamente un tercio de toda la fuerza militar que un rey podía reclutar, y no hay motivo para pensar que esta proporción fuera muy distinta en otros lugares. Además, como los obispos y, hasta cierto punto, los principales abades eran nombrados por el rey, hay sólidos indicios en nuestras fuentes de que los contingentes militares de las instituciones religiosas eran políticamente más fiables que la media. Por consiguiente, cuando un rey estaba en apuros, solía recurrir a estos caballeros antes que a sus magnates seglares que posiblemente estaban demasiado ocupados calculando para presentarse. ¿Eran los problemas del rey tan graves como para que aquellos desviasen sus lealtades hacia otro aspirante al liderazgo? Dado que el componente controlado por la Iglesia era tan inmenso, y que constituía una parte tan importante políticamente de todos los recursos de un reino medieval, ningún rey pudo jamás permitirse la cesión de todos sus derechos sobre los principales nombramientos eclesiásticos.[33]

Al mismo tiempo, la devoción laica poco a poco iba ajustándose cada vez más a algunas de las exigencias del programa de reformas, en particular respecto al tema de la propiedad laica de las iglesias. Entre 1028 y 1126, el monasterio de Montecasino fue dotado con la propiedad nada menos que de 193 iglesias, de las cuales 186 eran regalos de propietarios laicos. Pero no se trata de un ejemplo aislado. En Angers, en el valle del Loira, hay constancia de 44 transferencias de iglesias de propiedad laica en el período comprendido entre 1050-1100, y otras 120 en la siguiente mitad de siglo.[34] Por lo tanto, al mismo tiempo que Gregorio trataba de ganar una batalla imposible, con un poco más de reflexión podía haber obtenido considerable éxito si hubiera abordado con más sensatez el problema de la implicación laica en la administración de la Iglesia, sin poner al papado reformado contra las cuerdas.

En general, Gregorio estropeó por exceso la oportunidad de forma desastrosa, a pesar de algunos llamativos triunfos a corto plazo. Al final, la rebelión de los príncipes germánicos no fue lo suficientemente fuerte como para lograr una victoria inmediata ni para forzar a Enrique IV a realizar importantes concesiones en el frente religioso. Por su parte, Enrique empezó a nombrar otra vez a sus propios papas, eligiendo a Clemente III, mientras que Gregorio era finalmente expulsado de Roma. Murió en el castillo de Salerno, junto al mar, en 1085 bajo la protección de las fuerzas normandas que le habían rescatado de Roma el año anterior. En aquel entonces se encontraba atrapado por las fuerzas imperiales en el Castel Sant'Angelo, y la reputación del papa quedó dañada porque los normandos aprovecharon la oportunidad para saquear la ciudad al mismo tiempo. Y todo esto por una causa verdaderamente imposible después de que el imperio se hubiera mostrado dispuesto a aceptar la existencia de un papado independiente.

Fueron necesarios casi cuarenta años para poner orden en el caos generado por Gregorio, y el curso acontecimientos estuvo marcado por múltiples callejones sin salida, medias victorias y cambios de lealtades que muestran cierto parecido con las retorcidas peleas entre los nietos de Carlomagno, sobre todo en 1105 cuando el hijo de Enrique (sí, lo habéis adivinado: Enrique V) depuso a su padre, excomulgado nuevamente esta vez por el papa Pascual II, aduciendo que un rey que había sido expulsado de la comunidad cristiana no podía inspirar lealtad alguna. Sin embargo, finalmente Enrique IV no solo se recuperó, justo antes de su muerte, sino que Enrique V no estaba dispuesto a ceder el control práctico de los recursos de una parte tan extensa de su reino. No obstante, se aireó tanta condena mutua y tan amargas recriminaciones que hubo que esperar hasta el 23 de septiembre de 1122 (870 años antes del día previo al nacimiento de uno de mis hijos) para que el Concordato de Worms finalmente generara el compromiso que debería haberse encontrado mucho antes. Enrique V y el papa Calixto II finalmente acordaron que los reyes y los emperadores todavía podían participar en la ceremonia de investidura de los obispos, pero solo podrían investirlos con una lanza como símbolo de los deberes seglares que eran parte integrante de aquellos nombramientos, y nunca con el anillo y el báculo que eran símbolos de su autoridad religiosa. Evidentemente, estas normas abarcaban las ceremonias públicas que se realizaban después de la cuestión privada de la elección de la persona que había de ser investida, y aquí los reyes y emperadores continuaron, por lo general, saliéndose con la suya, aunque a partir de entonces solían consultar esta elección a Roma para su autorización. El acuerdo fue hecho público en el primer Concilio de Letrán renovado, ahora remodelado en calidad de concilio general de toda la Iglesia (en vez de ser un concilio provincial de la Iglesia romana, como era antes), en marzo de 1123, en el que trescientos obispos y seiscientos abades suscribieron el acuerdo.

Se evitó que el rubor cundiera entre todos los presentes, pero el mensaje era claro. La imprudente acusación lanzada por Gregorio VII había terminado en un punto muerto, y al papado le había costado más que lo que había ganado. No todos habían aprendido la lección. Los textos pseudoisidorianos como la *Donación de Constantino* alentaron las ambiciones papales, y siempre había cristianos dispuestos a apoyarlas. Bernardo de Clairvaux, el gran intelectual cisterciense, reinterpretó la vieja doctrina gelasia de las dos espadas esgrimiendo que las dos pertenecían al papa gracias a

la donación de Constantino. Este tipo de argumentaciones se planteaban cuando los papas tenían que enfrentarse a emperadores problemáticos, como siguió ocurriendo de vez en cuando en el siglo XII. No obstante, también los emperadores tenían sus propias justificaciones ideológicas y nunca pudieron permitirse, como ya hemos visto, ceder la última palabra en los nombramientos importantes. Por consiguiente, la confrontación directa tendía a generar solo cambios simbólicos, no fundamentales, como ocurrió en la Querella de las Investiduras o en la pelea entre Enrique II y Tomás Becket. Tras el asesinato de Becket el 29 de diciembre de 1170, Enrique se vio obligado a tragarse el orgullo y aceptar muchas de las nuevas normas papales relativas al gobierno de la Iglesia, pero, de hecho, conservó la última palabra sobre el personal clave de su episcopado.[35]

En realidad, la consolidación final de la autoridad papal sobre la cristiandad occidental no vino de la mano de la serie de destacadas confrontaciones que salpicaron la vida eclesiástica a partir de Gregorio VII, sino por otros medios mucho más silenciosos. Algunos eran en cierto modo predecibles dadas las pautas que ya hemos observado. La Querella de las Investiduras, por ejemplo, no evitó el continuado desarrollo institucional dentro del mismo papado. Urbano II (1088-1099) fue responsable de un ajuste de la administración económica. Importó la institución y las prácticas de la llamada «cámara» del gran monasterio de Cluny, que había desarrollado técnicas efectivas para seguir el rastro del flujo de ingresos y de gastos, que, gracias a la extensa red de casas filiales que él había construido, eran comparables en diversidad y complejidad a las del propio

papado. Bajo su sucesor, el antiguo monje cluniacense Pascual II (1099-1118), la curia inició efectivamente su andadura, aunque el término todavía no era de uso generalizado. Fue responsable de la creación de un personal papal que combinaba un despacho, una capilla y una cancillería, y que se convirtieron en el brazo derecho del papa: el órgano burocrático controlaba el flujo de negocio que llegaba a la bandeja de entrada papal y tenía el cometido de redactar los rescriptos adecuados para la bandeja de salida. De forma más general, a medida que el papado reformado generaba diferentes tipos de negocios, se creaban nuevos modelos de cartas, y este período fue testigo del abandono final del viejo libro de fórmulas de tipos de cartas prescritas: el famoso Liber Diurnus que había salido a la luz en el siglo v. Despacio pero sin pausa la sede papal se iba transformando en un centro administrativo con verdadera capacidad gubernamental. Una burocracia que anteriormente solo había escrito las insólitas actas para los monasterios reformistas, y que conservaba un vago rastro de los activos que pasaban a manos de los nobles italianos, estaba asumiendo nuevas formas que le permitirían manejar cantidades mucho más elevadas de negocios más complejos, tanto legales como financieros.

Fuera de Roma, el período de disputa propició también cierta expansión en el ejercicio de la influencia papal sobre la cristiandad de Occidente en su conjunto. Los demás dirigentes se sentían harto satisfechos ante los problemas que Gregorio causaba al imperio y, en consecuencia, aceptaron la presencia de sus legados, es decir, jueces delegados, en sus territorios de forma más permanente. Estos legados habían

funcionado de acuerdo con las necesidades del momento en reinados anteriores, pero el pontificado de Gregorio se caracteriza por nombramientos mucho más sistemáticos: como los obispos Hugo de Die (después arzobispo de Lyon) en Francia, Amato de Oleron en el sur de la Galia y España, y Anselmo el Joven de Luca en Lombardía. Estos representantes permanentes acrecentaron el peso de la presencia papal fuera de Roma, y aumentaron el volumen de negocio de la Iglesia sobre el que el papado podía ejercer cierta influencia. No obstante, la efectividad potencial de los legados todavía descansaba fundamentalmente en la predisposición de los reyes a aceptar su presencia y en la voluntad del alto clero de presentarles casos; por lo tanto, toda la iniciativa quedó limitada a situaciones específicas.[36] Por otro lado, Urbano II continuó con la tradición de León IX de sacar al papado fuera de Roma, como es sabido en el sínodo de Clermont en 1095, donde hizo un llamamiento a las armas que desembocó en la primera cruzada. Este fue otro ejemplo del papado situándose a la cabeza de las tendencias del momento en el cristianismo, pero no puede decirse que expandiera el control papal, puesto que el llamamiento de Urbano fue interpretado de diferente manera por gente diferente, y terminó generando algo muy distinto de lo que el papa tenía en mente. Él quería que un reducido número de profesionales militares bien equipados emprendiese el camino, y lo consiguió, pero no pudo controlar el fenómeno en general ni muchas otras cosas. [37] Por consiguiente, a pesar de que la influencia papal sobre la vida religiosa de la cristiandad occidental sin duda aumentó a lo largo las dos generaciones posteriores a la de los papas bárbaros, este período no vio la menor señal de la aparición de ningún mecanismo gubernamental habitual mediante el cual el papado pudiera inmiscuirse sistemáticamente y con regularidad en las vidas religiosas cotidianas de los habitantes de la cristiandad occidental, tal como Inocencio III lo contemplaba en el Cuarto Concilio de Letrán. Por otro lado, tampoco vemos que el papado se comprometiese en políticas que pudieran abarcar más de un tema en asuntos religiosos, en vez de adoptar un enfoque más global en cuanto a la definición de la mejor práctica eclesiástica. La solución a este amplio problema y los acontecimientos clave que hicieron posible una aproximación más global de Inocencio a la reforma religiosa surgiría por una vía totalmente inesperada.

Para encontrarla, hemos de volver al tema del derecho canónico. Aquí, el siglo x poscarolingio no experimentó ningún desafío sostenido al predominio del Pseudo-Isidoro; falsificaciones se incorporaron libremente importantes colecciones adicionales producidas en aquella era. No obstante, la Querella de las Investiduras provocó un renovado interés por el tema mientras ambos bandos trataban de justificar sus posiciones en lo que enseguida se convirtió en un conflicto de autoridad. Gregorio VI y sus sucesores, en particular, alentaron de entre sus partidarios a los más destacados eruditos para que crearan nuevas colecciones de cánones que proporcionarían con pelos y señales la justificación de la posición respecto a la soberanía imperial que estaban reclamando. No es de sorprender que, una vez más, los textos pseudo-isidorianos proporcionasen gran parte de la munición. Aparte de su función como legado de Gregorio, Anselmo el Joven de Luca elaboró la primera de estas colecciones reformistas en 1083, a la que pronto le

siguieron otras: la del cardenal Deusdedit en 1087, y la Colección anónima en setenta y cuatro títulos de la misma década. Gracias al Pseudo-Isidoro y a la Donación de Constantino en particular, resultó bastante fácil apuntalar las demandas de los reformistas respecto a la superioridad sobre el imperio. Sin embargo, lo que a largo plazo se reveló incluso más significativo fue la comprensión general de que los textos derecho canónico existentes eran, de hecho, casi imposibles de manejar. Había tantas y tan diversas fuentes desde escrituras hasta pronunciamientos papales con casi un milenio de concilios entre medio— que decían tantas y tan diversas cosas en numerosas tradiciones manuscritas, incluso sin las deliberadas distorsiones del Pseudo-Isidoro, que a menudo resultaba imposible encontrarle sentido y saber lo que uno debería hacer en la práctica. El mayor canonista de la época era Ivo de Chartres, que abordó el problema en dos intentos. Su primera versión fue el Decretum que vio la luz en diecisiete volúmenes. Su segundo esfuerzo, más breve y más popular, fue la Panormia, publicada en ocho libros y ligeramente más manejable. Ivo era perfectamente consciente del problema general de incoherencia y tenía algunas ideas de cómo podría resolverse (volveremos a ello en unos instantes). De todos modos, no intentó llegar a ninguna solución, por lo tanto, a pesar de sus útiles contribuciones, el usuario tenía que enfrentarse a una ingente masa de materiales contradictorios.[38]

El derecho canónico era especialmente confuso a finales del siglo XI, sobre todo porque precisamente en el mismo momento en que los reformistas papales recurrían apresuradamente a aquel en busca de munición, se

redescubrieron los grandes textos justinianeos de derecho romano. Esta historia es extraordinaria por derecho propio. Todos los textos medievales (y por tanto modernos) del Digesto de Justiniano provienen justamente del manuscrito del siglo VI que se conservó en Pisa hasta 1406, cuando los florentinos victoriosos se lo llevaron a casa como botín. No hay indicio alguno de que, en Pisa, nadie lo hubiese leído en quinientos años, pero de alguna manera logró sobrevivir sin ser desechado. Después, en la segunda mitad del siglo XI, se hizo una primera copia del original (hoy perdido), de la que dependía todo el conocimiento medieval del texto. Esta primera labor de copia se realizó en tres etapas distintas, y, a lo largo de la Edad Media, los tres fragmentos del texto circularon como libros separados en un conjunto de cinco volúmenes. Los otros dos volúmenes eran los nueve primeros libros del Código de Justiniano y un libro recopilatorio final que contenía la Instituto, los tres últimos libros del Código (que había circulado independientemente de los nueve primeros) y las novelas imperiales. Comparada con la versión reducida y sistematizada del antiguo derecho romano elaborada en el Digesto por Tribonio y sus colegas comisionados, la masa de textos contradictorios que era el derecho canónico parecía una broma de mal gusto, y fue generalmente desdeñado por la nueva abogacía romana que surgió en Bolonia a partir del último cuarto del siglo XI. No obstante, a medida que se desarrollaba el estudio del derecho romano en manos de estos profesionales, sus estrategias y prácticas no tardaron en ser empleadas por los abogados canónicos para convertir aquel ingente montón de material de fuentes dispares en un sistema de leyes escritas más operativo.

El punto de partida de este extraordinario proceso fue, sorprendentemente, la declaración de Justiniano en la *Constitutio Tanta*:

En cuanto a la aparición de alguna contradicción en este libro, nada por el estilo tiene cabida en él, ni se encontrará ninguna, si consideramos en su totalidad las bases de la diversidad; se descubrirá algún rasgo diferencial especial, aunque oculto, que elimina la imputación de inconsistencia, añade un aspecto diferente al asunto y lo mantiene a salvo de la imputación de discrepancia.[39]

Como vimos en el capítulo 3, en un principio este fragmento no era más que una fanfarronada imperial destinada a compensar el hecho de que el proyecto del Digesto hubiera tomado enormes atajos. Sin embargo, la escuela de derecho de Bolonia, empezando por Irnerio, su famoso fundador, se tomó esta declaración al pie de la letra, y se dedicó, generación tras generación, a demostrar que de hecho no había contradicciones en el corpus legal de Justiniano. Para ello analizaron los textos fragmento a fragmento y, cada vez que encontraban una aparente contradicción, se aferraban a cualquier argumento que pudieran encontrar en un intento por hallar algún desvío, descubriendo cómo lo hubiera expresado Justiniano en cada caso el «rasgo diferencial especial ... que elimina la imputación de inconsistencia». La naturaleza de los argumentos que emplearon variaba. Los juristas prestaban mucha atención a las palabras precisas del fragmento que estaban examinando, y a veces resolvían problemas mediante un detallado análisis gramatical o retórico. Sin embargo, lo que también hicieron fue comparar

cada pasaje individual con todas las resoluciones potencialmente análogas dentro del corpus, un enfoque que les proporcionaba otro conjunto de explicaciones potenciales cuando la gramática y la retórica no eran suficientes. Algunos casos de resoluciones aparentemente contradictorias los solucionaron decidiendo que uno o más de los textos contradictorios habían de ser catalogados como excepciones permitidas solo en circunstancias muy determinadas. Por consiguiente, no contradecían la regla general que ellos identificaban en otra ley diferente, y, de forma muy general, la distinción entre leyes «generales» y «particulares» resultó una vía de aproximación sumamente fructífera. Toda la iniciativa en sí es un monumento al poder de la ingenuidad humana frente a las vanas ilusiones.

El método elegido para presentar todos estos argumentos fue la glosa. Primero aparecía el pasaje de Justiniano que era analizado y, a continuación, en la glosa auxiliar, una explicación completa de su significado y la solución preferida de cada aparente contradicción. En el curso del siglo XII, eruditos elaboraron detalladas glosas, con numerosos rezagados que se unían a la tradición de comentar las decisiones ofrecidas por sus predecesores, hasta que el tema acabó amenazando con salirse de control. Finalmente se impuso el orden de manos de un héroe jurista llamado Acursio, que, entre 1220 y 1240, recopiló más de cien años de argumentos legales en un texto de dos millones de palabras, la Glossa Ordinaria, que rápidamente se convirtió en el comentario clásico sobre el corpus, y en la herramienta de todo principiante y de los abogados romanos practicantes. Al final solo habían quedado 122 pequeñas contradicciones no

resueltas. Cien años de erudición provista de gran inventiva casi habían demostrado que Justiniano tenía razón.[40]

Lo que hizo saltar de alegría a los juristas canónicos contemporáneos mientras todo esto se estaba produciendo fue el pensamiento de que los métodos y principios de los estudios de derecho romano les ofrecían una vía para resolver su propia maraña legal. Es posible que este pensamiento surgiera y se justificase por el hecho de que había una considerable superposición entre los dos cuerpos de material, porque los emperadores romanos tardíos en particular habían legislado sobre asuntos eclesiásticos. Ya en la última década del siglo XI, Ivo de Chartres era consciente del potencial. Sus dos colecciones estaban compuestas por selecciones del mismo montón de material antiguo, pero en el prefacio de la Panormia destacó los principios, en su mayoría basados en los métodos empleados por la escuela de Bolonia con relación al derecho romano, por los cuales podía abordarse la resolución del conflicto canónico. Por su parte, él no intentó, por lo menos por escrito, poner en marcha aquellos principios, aunque debió de hacerlo oralmente en sus enseñanzas.

El gran salto hacia adelante se produjo dos generaciones de eruditos después con la publicación en torno a 1140 de la Concordantia disconcordantium Canonum (Armonía de los cánones discordantes), del jurista Graciano, del que no se sabe prácticamente nada salvo esto. Trabajaba en Bolonia junto con todos aquellos abogados romanos, pero incluso la fecha de su obra ha de deducirse por inferencia: incluye algunas de las provisiones del Segundo Concilio de Letrán de 1139, pero no están del todo compendiadas. Sin embargo, lo que hizo

Graciano fue seguir el consejo de Ivo de Chartres y aplicar los que los abogados principios que vio contemporáneos empleaban para los problemas del derecho canónico. Estos últimos podían estructurar sus comentarios abriéndose camino a través de los textos de Justiniano desde el principio hasta el final. No obstante, no había ni un solo texto de derecho canónico acordado, por lo que, incluso antes de empezar, Graciano tuvo que crear una secuencia de encabezamientos temáticos bajo los que después pudo reunir todas las resoluciones importantes extraídas de la ingente masa de textos canónicos. A continuación, siguiendo los métodos de los abogados romanos, se puso a reducir el discordante clamor de sus numerosos textos para ordenarlos en una serie de discusiones que trataban de emplear principios coherentes de análisis para obtener la respuesta correcta sobre el tema en cuestión.

Fue una extraordinaria tarea de amor, erudición y habilidad. En conjunto redujo un total de aproximadamente unas 3.800 resoluciones originales a un cierto orden aplicando pacientemente la misma clase de principios que Ivo había destacado. Ambos coincidían en que, en caso de contradicción, se debería recurrir siempre a la mejor autoridad y aquí la contribución del *Pseudo-Isidoro* es evidente. Las decretales papales ocupan el rango más alto, después las resoluciones de los concilios ecuménicos y, por último, los sínodos provinciales. Pero Graciano invocó otros principios que derivaban directamente de la argumentación legal romana. Leyes invariables opuestas a leyes variables, leyes generales opuestas a leyes particulares eran categorías de análisis que le resultaron extremadamente útiles, así como

también todas las restricciones sobre la importancia del detallado análisis textual, tanto si se utilizaba el lenguaje genuino como si se utilizaba el contexto original de cualquier decisión.

El Decretum de Graciano marcó el inicio, no el final, de una revolución. La obra que creó fue tan extraordinariamente superior a cualquier otra jamás vista que, sin haber sido nunca adoptada formalmente, se convirtió inmediatamente en el punto de partida de cualquier estudio futuro, y esto afectó de forma similar a la escuela de derecho romano contemporánea. En cuanto al derecho romano, la glosa era el arma elegida y, puesto que el propio Graciano trabajaba también mediante glosas, a veces resulta difícil distinguir sus resoluciones originales de las realizadas por aquellos que prosiguieron con su labor. También por lo que al derecho romano respecta, el resultado fue una superglosa clásica y totalmente esencial: otra Glossa Ordinaria. En el caso del derecho canónico, el noventa por ciento del trabajo fue realizado en la década de 1210 por Juan Teutónico, con un suplemento a cargo de Bartolomé de Brescia (Bartolomaius Brixiensis) en la década de 1240. Ambos estudiaron y llevaron a cabo el grueso de su trabajo en Bolonia, aunque Juan al final regresó al norte para convertirse en abad de Halberstadt. [41] El Decretum de Graciano y toda la glosa clásica que generó contribuyeron en gran medida a que el derecho canónico se convirtiera en un sistema aprovechable, pero, debido a la influencia firmemente arraigada del Pseudo-Isidoro, todavía no hemos llegado al fondo del papel que desempeñó Graciano en la sistematización de la autoridad papal en toda la cristiandad occidental. Para comprenderlo, hemos de tener en cuenta la segunda etapa de desarrollo derivada directamente de la innovadora obra de los canonistas de Bolonia.

El Decretum de Graciano se convirtió inmediatamente no solo en el punto de partida de posteriores estudios académicos, sino que también arraigó como el texto más importante hasta entonces disponible para zanjar disputas eclesiásticas. En el tercer cuarto del siglo XII, para los eclesiásticos de alto rango era necesario un buen conocimiento del texto y de la tradición erudita boloñesa en desarrollo, por lo tanto se aseguraban de tener ellos mismos dicho conocimiento (Tomás Becket, como otros muchos, pasó por lo menos un año en Bolonia), o empleaban a otros clérigos que lo tuvieran. En calidad de obispo de Londres, Gilberto Foliot (1163-1187) envió a Bolonia a dos sobrinos suyos y a un tercer clérigo con el que no tenía ningún parentesco para que adquirieran la necesaria experiencia, puesto que las creaciones de la escuela de Bolonia estaban muy solicitadas en toda la cristiandad occidental en la segunda mitad del siglo XII. Sin embargo, el uso práctico en la disputa eclesiástica se combinaba directamente con continuado estudio primero en Bolonia, pero después mucho más extendido (París, en especial, se alza como uno de los primeros centros de estudios eclesiásticos) para demostrar que, en el caso del derecho canónico, un prolongado proceso de argumentación mediante glosas no sería suficiente para convertir los textos originales en un sistema legal totalmente coherente. Con el corpus justinianeo había habido suficiente, pero, en este caso, los abogados boloñeses eran los beneficiarios directos de cientos de años de antigua erudición legal romana, y solo tenían la fuente única de derecho para trabajar. En cambio, las fuentes del derecho canónico eran tan diversas, y el *Decretum* de Graciano era solo un primer paso en el proceso necesario de consolidación académica legal, que las glosas nunca iban a ser suficientes. En muchos lugares, la *Glossa Ordinaria* eclesiástica o bien no da respuesta al problema observado o solo ofrece una respuesta insatisfactoria.

Por consiguiente, lo que requería además el derecho canónico era un conjunto de resoluciones cuidadosamente enfocadas que pudieran, por un lado, llenar las evidentes lagunas identificadas mediante la práctica y el estudio, y por el otro, tomar decisiones definitivas allí donde las estrategias clásicas del glosador no habían conseguido ofrecer respuesta. Dada la relevancia del papado reformado en la vida de la cristiandad occidental en el siglo XII, y el reconocimiento de la superioridad legal de las resoluciones generadas por el papado que habían sido incorporadas a la tradición legal en desarrollo a partir del *Pseudo-Isidoro* en adelante, solo podía haber una respuesta en cuanto a dónde podían encontrarse dichas resoluciones: Roma. Efectivamente, en un fragmento clave, el propio Graciano había asegurado que aquel era el único reflejo posible:

La santa Iglesia romana imparte derecho y autoridad a los sagrados cánones, pero no está atada a ellos. Pues tiene derecho a establecer cánones, ya que es el eje de todas las iglesias, de cuyas resoluciones nadie puede disentir.[42]

El proceso cogió repentino impulso a mediados del siglo XII. El papa Eugenio III (1145-1153) proclamó doce resoluciones formales (decretales) en los seis años más o

menos de su pontificado; Adriano IV (1154-1159), solo ocho en cinco años. No obstante, el papa Alejandro III (1159-1181) hizo públicas 713 en veintidós años. En otras palabras, fueron precisos unos veinte años para que todas las implicaciones del Decretum de Graciano se abrieran camino a través del mundo eclesiástico de la cristiandad occidental, pero, una vez lo consiguieron, aparecían en el camino del papado cada dos por tres. Muchas de estas resoluciones hacían referencia a asuntos insignificantes y cotidianos, solo unas cuantas trataban de asuntos que generaban gran controversia, y muchas (algunos contemporáneos se lamentaban de que eran demasiadas) consistían en concesiones automáticas de favores que no mostraban el menor indicio de que hubiera habido una previa reflexión en el proceso. No obstante, el efecto general del flujo de peticiones, y el flujo de rescriptos en forma de decretales, situaría al papado prácticamente, y también simbólicamente, en el centro de las operaciones de la cristiandad latina. Y una vez iniciado, el flujo de consultas, peticiones de aclaración y preguntas nunca se detendría. Así pues, rápidamente surgió la necesidad de recopilar los rescriptos que los papas daban en sus cartas, puesto que algunos de ellos estaban cambiando la ley de forma decisiva. Como ocurrió con la legislación capitular de Carlomagno y sus sucesores, la necesidad de recopilar todas las nuevas resoluciones no surgió de forma inmediata, por lo menos no por parte de los que estaban en el poder. Los primeros intentos de reunir la nueva legislación decretal de los papas fueron, al parecer, iniciativas particulares no autorizadas, posiblemente por parte de abogados en ejercicio (los descendientes espirituales de aquellos que habían recopilado la legislación de los

emperadores romanos tardíos antes de los grandes momentos de codificación). Después, en 1234 el papa Gregorio IX autorizó la publicación del *Liber Extra*. Era «extra» porque contenía material que no estaba en el *Decretum* de Graciano. Esta obra consistía en 1.971 resoluciones decretales organizadas en cinco libros. En 1298 apareció un suplemento cuando Bonifacio VIII autorizó la publicación del *Sixtus*, así llamado porque era el sexto libro de legislación decretal que se sumaría a los otros cinco. Ahora el trabajo estaba hecho: Graciano y su glosa, junto con los seis volúmenes suplementarios de decretales, se convertirían en las fuentes clásicas del derecho canónico occidental hasta 1918. [43]

No obstante, nuestro interés en esta resolución medieval de los problemas intelectuales planteados por la diversidad y complejidad del derecho canónico antiguo es solo accidental. Lo que también hizo este proceso en desarrollo, en el siglo posterior a la publicación de la obra de Graciano (y ahí es donde cobra un protagonismo absolutamente central para nuestros propósitos), fue completar la transformación del papado en la jefatura ejecutiva totalmente operativa de la cristiandad occidental. Incluso en tiempos de Alejandro III, solo había un lugar evidente al que acudir para resolver tema eclesiástico pendiente: Roma. consiguiente, el proceso decretal mató a dos pájaros papales de un tiro. Primero, cualquier déficit ideológico que pudiera quedar estaba más que compensado. Los más de quinientos años, en los que el nombramiento divino de los monarcas, combinado con sus poderes prácticos, había prevalecido por encima del estatus especial de la sede romana, eran ahora cosa del pasado. La autoridad papal en asuntos eclesiásticos era un hecho incontestable.

Asimismo, aunque en realidad no fuera demasiado importante, puesto que los papas bárbaros ya habían ganado en gran medida la batalla ideológica, el proceso finalmente resolvió los problemas logísticos que siempre habían limitado la capacidad de Roma de dictar al detalle la vida religiosa cotidiana. En 1200, la autoridad romana precisa estaba ahora disponible de una forma que podía transportarse fácilmente a cualquier lugar de la cristiandad occidental. Anteriormente, para saber lo que pensaba un papa, había que viajar a Roma o enviarle una carta y esperar la respuesta. A partir de 1234, con la publicación del Liber Extra en particular, esto ya no era necesario. En la mayoría de asuntos, la opinión papal estaba ahora disponible por escrito, y los jueces autorizados por el papado podían utilizarla para resolver casos en cualquier lugar del mundo cristiano latino. El crecimiento del derecho canónico controlado por el papado hizo posible que la montaña papal se acercase a Mahoma, y la vida religiosa en los vastos territorios de Europa pudo por primera vez marchar al unísono al son de los redobles que marcaba Roma.

Como el papa Inocencio III en el Cuarto Concilio de Letrán, nos acercamos al final de un viaje. Gracias a los papas bárbaros de finales del siglo XI, el papado había conseguido independizarse del Sacro Imperio Romano, y gracias a Graciano y a los decretalistas, en los siglos XII y XIII, fue finalmente capaz de construir los puntales de poder que convirtieron la superioridad ideológica teórica en un imperio eclesiástico operativo que podía funcionar, a pesar de las comunicaciones premodernas, sobre una amplia extensión territorial. En todo esto, destacan dos rasgos preeminentes de

la historia. Primero, a diferencia de su predecesor, este segundo imperio romano fue creado sin ningún diseño consciente, y, de hecho, en gran medida fuera de la propia Roma. La práctica creación de la cristiandad occidental por parte de Carlomagno fue el primer paso fundamental que inició la andadura, en forma de instituciones de aprendizaje y fe cristiana que pudieran garantizar la exacta réplica de la esencia de la religión a lo largo de las generaciones, independiente por primera vez del surgimiento o de la caída de las estructuras políticas que la rodeaban. Asimismo, todos los acontecimientos posteriores importantes tuvieron lugar más allá de las murallas de la ciudad y por iniciativas no romanas. La Iglesia poscarolingia dentro de la propia Roma no mostró el menor indicio de poseer la capacidad, ni siquiera el deseo, de transformar su tradicional prestigio apostólico en auténtico poder papal operativo. La demanda de los consumidores del norte, enfrentada a la incapacidad de las estructuras imperiales de proporcionar la necesaria unidad eclesiástica, se encuentra en el centro de esta transformación. Ante todo, fue precisamente esta demanda la que forzó a una secuencia de papas a adoptar papeles más activos, y después eclesiásticos procedentes en realidad del antiguo mundo bárbaro del norte invadieron Roma para adueñarse del cargo y remodelarlo de acuerdo con los nuevos patrones que ellos mismos habían creado. El contraste con el viejo imperio romano no podía ser más fuerte. Después, todo el poder y el proyecto se situaron dentro de la propia Roma. En 1100, reflejando los cambios demográficos, económicos y culturales de los siglos intermedios, mientras Roma era de nuevo el vehículo del imperio, todo el poder se había trasladado al norte de los antiguos bárbaros.

Segundo, en la historia del primer imperio romano, las estructuras legales habían desempeñado solo un papel secundario, que había tenido un efecto ampliamente balsámico en el funcionamiento general del imperio. El imperio romano original fue creado directamente por la fuerza de las armas, respaldada por el acoso diplomático. El uso de la ley romana se había extendido después e inicialmente muy despacio por todos sus dominios con las concesiones de ciudadanía que elevaban a los descendientes de algunos de sus súbditos conquistados al estatus de ciudadanos de pleno derecho. Por consiguiente, al operar junto con los procesos de romanización, el efecto más amplio de la difusión de la ley romana había sido el de convertir un estado formado mediante conquista y gobernado desde Roma en un cuerpo de comunidades más o menos iguales. Sin embargo, en el caso del papado, lo que convirtió la superioridad ideológica en verdadero poder imperial fue el sistema legal, que extrajo sus métodos fundamentales, sus protocolos y gran parte de su contenido de antiguos modelos imperiales romanos. En 1200, un sistema de tribunales eclesiásticos independientes iniciaba su andadura por toda la Europa occidental, donde el derecho canónico controlado por el papado era aplicado por jueces autorizados por el papado, y cualquier situación nueva o confusa había de ser referida a Roma para su resolución. Allí donde la difusión del derecho civil del viejo imperio romano suavizaba el impacto del poder imperial, la difusión del derecho eclesiástico del nuevo imperio romano en realidad lo creaba.

Y si un viaje terminaba en tiempos de Inocencio III con el

surgimiento del papado como jefe de pleno derecho de la Iglesia occidental, el poder latente de las estructuras legales que lo habían creado estaba a punto de iniciar otro. Entre Carlomagno e Inocencio III, la demanda de los consumidores propició la existencia del papado para que este proporcionase el nuevo director general que necesitaba ahora la Iglesia de la Europa latina culturalmente unida, y que las estructuras políticas de Europa ya no podían aportar. En otras palabras, lo que se creó fue una estructura imperial, si no por accidente, entonces sin duda por consenso. Sin embargo, en el Cuarto Concilio de Letrán, Inocencio puso en marcha los procesos que convertirían lo pasivo en activo y el consenso en coacción. La maquinaria de una estructura imperial que sus consumidores habían iniciado estaba a punto de volverse contra ellos. La cristiandad occidental nunca volvería a ser la misma.

Epílogo

EL PADRINO (PARTE III)

El viejo imperio romano de Julio César, Augusto y sus sucesores fue una superpotencia corriente de tipo totalmente reconocible. Sus creadores utilizaron una mezcla de recursos económicos, militares y demográficos para proyectar una fuerza abrumadora sobre una vasta extensión de territorio circundante, cuyas poblaciones fueron constreñidas, a punta de jabalina, a formar parte de un nuevo orden imperial. En el centro de esta nueva construcción imperial estaba la propia ciudad de Roma, y si, con el tiempo, las poblaciones incorporadas adoptaron el proyecto imperial romano aprendiendo latín y llevando togas, como hicieron en casi todas partes, esto no oculta en absoluto el hecho de que el primer imperio romano fue un estado formado mediante la conquista y gobernado desde Roma en beneficio, al principio, de las élites romanas.

El imperio romano medieval de los papas fue una criatura totalmente diferente. El poder del papado es de hecho un ejemplo casi perfecto, el tipo ideal para usar una cierta jerga, de la categoría sociológica de autoridad ideológica. Los obispos de Roma pudieron ejercer el poder precisa y

únicamente porque una masa suficiente de opinión influyente en toda la amplia geografía europea asumió una serie de ideas que decían que los papas deberían ejercer aquel poder. La idea había surgido de las palabras de Jesús a san Pedro en Mateo, pero sirvieron para llenar todos los vacíos: que Pedro había sido el primer obispo de Roma; que sus poderes para atar y desatar podían ser heredados por sus sucesores; y que esta autoridad religiosa suprema podía traducirse en derechos concretos para definir la doctrina, crear leyes y controlar los nombramientos de los altos cargos de la Iglesia. Debido a estas ideas, los obispos de Roma adquirieron riqueza, derechos legales e incluso soldados, y pudieron utilizarlos como medios adicionales para proyectar su poder. Sin embargo, en el caso papal, estos elementos de poder imperial más habituales fueron simplemente adornos secundarios. Extendieron pero no crearon el poder papal: este fue el resultado directo de aceptar el conjunto original de proposiciones ideológicas.

La otra abrumadora diferencia entre los dos imperios romanos es el asombroso hecho de que el segundo se creara fuera de la propia Roma. No significa esto que la historia del papado no arroje momentos de ambición casi imperial cuando uno sigue el proceso extremadamente lento por el que los papas se convirtieron en los directores generales de la cristiandad latina. Los papas romanos de la época tardía que remedaban los rescriptos imperiales para crear decretales papales no se amedrentaron ni se quedaron al margen, como tampoco lo hizo el papa Gelasio cuando dio la lata con las dos espadas de autoridad en pleno apogeo del cisma acaciano, ni Nicolás I cuando se inmiscuyó en el caso de divorcio de

Lotario II. No obstante, dejando de lado unos pocos momentos de superlativa falsificación, en especial los *Reconocimientos clementinos* que rellenaron algunas lagunas cruciales en la historia del acceso de Pedro al papado, gran parte de las acciones clave se produjeron en realidad fuera de la propia Roma, y más allá del control directo del obispo de la ciudad y sus administradores.

En cuanto al aspecto económico, fue Carlomagno quien dio el paso fundamental. Su decisión de dotar a la sede papal tan espléndidamente tras su conquista del reino lombardo marcó un hito en los recursos económicos a su alcance. Aunque a corto plazo fuera un cáliz envenenado, los beneficios a largo plazo son incalculables. Asimismo, desde el punto de vista legal, los cristianos no romanos desempeñaron un papel crucial en dos momentos distintos. En primer lugar, fueron los eclesiásticos carolingios quienes recogieron algunas antiguas ideas sobre el papa Silvestre y el emperador Constantino y, a través del Pseudo-Isidoro (que incluía la Donación de Constantino), las convirtieron en un conjunto de derechos concretos que el antiguo papado había ejercido sobre la Iglesia occidental. Crearon esta falsificación totalmente en beneficio propio, pero los efectos a largo plazo fueron enormes. Sobre todo, y esta es la segunda etapa crucial del desarrollo legal, el hecho de aceptar esta visión del funcionamiento de la antigua organización cristiana provocó una oleada de nuevas peticiones a Roma a partir de mediados del siglo XII en adelante. En respuesta, la curia generó una marea de nuevas decretales papales a través de las cuales el control papal del derecho canónico occidental se convirtió en una realidad concreta e irrevocable.

También políticamente, la ambición de convertir al papado en un activo director general del cristianismo occidental se gestó al inicio en círculos eclesiásticos fuera de Roma. Ya en el año 1000, las pruebas indican que los obispos de Roma generalmente se contentaban con gozar de un prestigio preeminente, en vez de ejercer algún tipo de control global. Determinados papas disfrutaban siendo invitados por los emperadores a las ocasionales cumbres reformistas, y todos se contentaban con patrocinar misiones y proclamar actas aparentemente trascendentales, pero que en la práctica significaban bien poco. No obstante, el principal cometido del oficio papal seguía siendo, desde el punto de vista religioso, garantizar que los santuarios de la ciudad permanecieran en excelentes condiciones de funcionamiento para que los peregrinos pudieran seguir acudiendo en oleadas, y, desde el punto de vista político, utilizar la riqueza de la sede de forma efectiva orquestando el juego de ambiciones entre la aristocracia terrateniente de la Italia central. La idea global de que el papado debería movilizarse para convertirse en la jefatura de la cristiandad latina fue concebida por primera vez en términos teóricos en el antiguo norte bárbaro en el siglo IX, aunque la idea que los falsificadores del Pseudo-Isidoro tenían en mente era más la de emascular a los emperadores que la de dotar de poder a los papas. Después, los papas bárbaros del siglo XI la convirtieron en una realidad práctica, cuando al principio utilizaron una alianza con el dominio militar del imperio para acceder al poder en Roma, reformaron el papado y a continuación dieron un rumbo completamente nuevo a sus operaciones. A pesar de la singular expresión de ambición propiamente romana, todas las ambiciones cruciales conjuntas que generaron el segundo imperio romano tuvieron sus orígenes fuera de la ciudad.

Como, por supuesto, tenían que haber hecho, teniendo en cuenta la forma general de las estructuras de autoridad heredadas del cristianismo. Dado que la religión alcanzó la madurez como una religión mundial de masas a finales del contexto imperial romano tardío, la autoridad religiosa global original de la que gozaron los emperadores romanos de los siglos IV y V, heredada a su vez por los reyes de los estados sucesores, era más o menos inevitable. Los emperadores no asombrosamente ricos y amenazadoramente solo eran poderosos, sino que las antiguas raíces ideológicas de la autoridad monárquica en el mundo clásico los convirtieron en representantes elegidos directamente por Dios, y no en meros dirigentes seglares. En estas circunstancias, y especialmente cuando la nueva religión mundial estaba enfrascada reinventando sus estructuras administrativas. normas y doctrinas religiosas a espaldas de la autoridad del emperador, era completamente imposible que en este contexto pudiera surgir alguna figura alternativa rival al papel en rápido desarrollo del emperador como director general de la nueva religión de masas. Una vez firmemente establecido este modelo, resultó extremadamente difícil desplazarlo. Casi quinientos años después de Constantino, Carlomagno se arrogó la tarea de dar cumplimiento a la voluntad de Dios lanzando la correctio, y la inmensa mayoría de sus eclesiásticos se contentaron con aceptarla. Doscientos años después, eclesiásticos de pensamiento reformista todavía tuvieron que ganarse a devotos gobernantes políticos, como los emperadores sacrorromanos Enrique III y Enrique IV, para tener alguna posibilidad de poner en marcha sus políticas.

Durante los primeros setecientos años de cristianismo como religión de masas, los puntales de poder religioso en el Occidente latino estuvieron ubicados fuera de Roma, y el papado no tenía absolutamente ninguna influencia sobre ellos. Todo esto pudo cambiar cuando la situación fuera de Roma evolucionó de dos maneras cruciales. En primer lugar, el efecto a largo plazo de las reformas religiosas de Carlomagno generaron una Iglesia latina con institucionales lo bastante fuertes en las catedrales y grandes monasterios como para formar y mantener una identidad religiosa continua (aunque no invariable) y un programa de reformas, independientemente de la situación política circundante. Por lo tanto, en contraste con lo que ocurrió tras la caída del viejo Occidente romano, el desmoronamiento del imperio de Carlomagno no provocó la fragmentación de la cristiandad occidental en sus distintas partes constituyentes. En segundo lugar, cuando el imperio carolingio se rompió y la cristiandad latina se expandió —gracias a la Reconquista en la península ibérica y al éxito de las misiones en el norte y el este— se hizo cada vez más evidente que ningún otro gobernante (aunque recibiese el nombre de emperador) volvería a conseguir un nivel de dominio suficiente para actuar como jefe efectivo de la comunidad cristiana que las Carlomagno habían instituciones de creado. consiguiente, los eclesiásticos latinos necesitaban estructura de autoridad alternativa, protegida del surgimiento y caída de los distintos estados, y fue este nuevo requisito el que dio vida al segundo imperio romano papal: más que a causa, a pesar de lo que estuviera aconteciendo en el interior de Roma.

Debido a su particular naturaleza, y a la historia que lo hizo surgir, este nuevo imperio romano fue en muchos sentidos mucho más limitado que su predecesor. Al carecer de niveles verdaderamente imperiales de fuerza militar y política, tuvo siempre que funcionar formando tándem con las potencias políticas predominantes dentro de sus zonas de jurisdicción religiosa. Si el papado iba demasiado lejos y tentaba a la suerte, amenazando intereses no negociables de estos dirigentes, entonces el resultado era siempre caótico, y aunque al final siempre se encontraba una forma de salvar las apariencias, a la práctica los papas generalmente tenían que retractarse. La Querella de las Investiduras es un buen ejemplo de ello, y los papas aprendieron que no podían exagerar sus cartas en lo relativo a los nombramientos eclesiásticos superiores, pero la historia del Occidente medieval arroja una serie de analogías. Durante la guerra de los Cien Años, por ejemplo, Juan de Gante, entonces regente, chantajeó a los obispos de Inglaterra para que aumentasen su contribución «voluntaria» al esfuerzo de guerra, invitando a eclesiásticos más radicales como Wyclif a que empezasen a contrastar la riqueza de la Iglesia contemporánea con la pobreza de Cristo y sus discípulos. Asimismo, si la política papal empezaba a acercarse demasiado a la línea de una de las dos grandes potencias de la Alta Edad Media, los reyes de Francia por un lado, y los emperadores sacrorromanos por el otro, entonces la parte agraviada podía volver a la vieja estrategia de elegir a su propio papa, y el cisma no fue un incidente aislado en los siglos posteriores a Gregorio VII.[1]

No obstante, la mayoría de las veces se evitaban las confrontaciones frontales, y el nivel de la fuerza ideológica que el papado podía desplegar era tal que la lista de iniciativas papales efectuadas desde la Edad Media es extraordinaria. Es bien conocida la pregunta de Stalin cuando le dijeron que había que tener en cuenta las opiniones del entonces papa en una cuestión de política: «¿Cuántas divisiones blindadas tiene el papa?». Aquello fue no comprender lo poderosa que puede ser una ideología, aunque esto era un hecho del que, por otro lado, mostró ser profundamente consciente. En general, el aspecto verdaderamente impresionante es lo mucho que el papado medieval pudo conseguir, y de hecho consiguió, a pesar de las limitaciones bajo las que operaba. Todo el movimiento de las cruzadas, aunque el desarrollo concreto de muchas expediciones individuales estuviera fuera de su control directo, debió su existencia al papado, y la contribución papal a la formación de las políticas medievales enorme, sobre todo autorizando o impidiendo matrimonios entre la realeza emparentada para crear determinadas alianzas. Y esto sin tener en cuenta el papel que desempeñó en el dictado de la vida religiosa en la Europa medieval, a todos los niveles desde el mundo cotidiano de la devoción laica hasta las nuevas normas del comportamiento sexual de los clérigos, los grandes y verdaderamente desagradables momentos de persecución interna por herejía, así como los numerosos y violentos ataques lanzados contra los llamados cátaros del suroeste de Francia.[2]

Obviamente, todos los imperios tienen sus límites, por lo tanto el hecho básico de que el imperio papal medieval tuviera que hacer frente a importantes restricciones no niega su estatus imperial. Los imperios convencionales, como el primer imperio romano, el imperio británico o el actual imperio americano, normalmente surgen cuando el centro imperial desarrolla tal excedente de recursos demográficos y/o económicos y/o tecnológicos que está en disposición de mantener bajo control extensos territorios, ya sea mediante conquista («imperio formal») ya mediante regímenes intimidatorios con el método del palo y la zanahoria («imperio informal»). Este tipo de imperios suele durar el tiempo que se mantiene la ventaja en cuanto a recursos, más un par de generaciones adicionales gracias a la fuerza de la costumbre, antes de que su desaparición se haga reconocible y sea derrocado. El nuevo imperio romano papal nació precisamente porque una nueva igualdad en los niveles de desarrollo a lo largo y ancho de la geografía europea hizo imposible un imperio al viejo estilo romano a finales del primer milenio, y la clase de ventajas que crean los imperios más tradicionales suelen estar limitadas en el tiempo, sobre todo porque el acto de proyección imperial tiende a erosionarlos. Esto es sin duda lo que ocurrió en Europa en el primer milenio, y lo mismo puede decirse hoy: América y Occidente han alentado una gran expansión económica en Asia en beneficio propio, pero han creado en este proceso lo que probablemente se convertirá en la próxima superpotencia económica del mundo.

Visto en este contexto, el hecho de que el imperio papal tuviera que trabajar dentro de unos límites políticos estrictamente definidos no parece tan importante, ya que, por otro lado, la base ideológica de su poder lo hizo mucho más poderoso que su anterior predecesor romano. Evidentemente, no es que no haya un componente ideológico en todos los imperios. El viejo imperio romano, por ejemplo, difundió la idea de una civilización racional de base urbana de forma tan efectiva que las élites conquistadas de todos sus territorios, desde la muralla de Adriano hasta el Éufrates, adoptaron dichas ideas, se convirtieron en romanos, y como resultado adquirieron por lo menos ciertos derechos políticos, en particular el derecho a ser juzgados bajo la ley romana. Todo este proceso transformó el original estado romano de conquista en algo parecido a una comunidad de comunidades y, además, generó los sistemas legales que a su debido tiempo permitirían el surgimiento del segundo imperio romano papal. No obstante, desde el punto de vista ideológico, el primer imperio romano nunca trató de abarcar a la masa de la población que estaba fuera de la élite. La tarea del campesinado, el noventa y tantos por ciento de la población, era simplemente la de proporcionar los ingresos tributarios que financiaban las obras importantes del imperio y la civilización

En este aspecto el contraste con el imperio romano papal no podía ser más acusado. El programa de reforma diseñado por Inocencio III en el Cuarto Concilio de Letrán afectaba en principio a todo el mundo. A algunos más que a otros: el clero recibió una lista de quehaceres mucho más detallada que el laicado, pero este no quedó ni remotamente olvidado. Observando a grandes rasgos lo que sucedió a continuación, lo que me resulta más fascinante es el resultado, es decir, el hecho de que el laicado en su mayoría aceptara la agenda de Inocencio durante los años siguientes, y todo el proceso que lo hizo posible. En cierto modo podría utilizarse el estudio de

este proceso para hacer hincapié, una vez más, en los límites del poder papal. Dos generaciones después de la muerte de Inocencio en la década de 1260, por ejemplo, todavía había que celebrar un encuentro de todo el clero en la diócesis de Worcester en el oeste de Inglaterra para ensayar la agenda laterana y comunicar con claridad al clero lo que tenía que hacer. En otras palabras, cincuenta años después de 1215, el programa laterano distaba de ser automático, incluso para el clero. De dos generaciones posteriores se conserva un documento harto realista que muestra lo limitada que podía ser todavía la conformidad entre el laicado inglés. Entre 1292 y 1294, inspectores nombrados por el papado recorrieron las parroquias locales de la región de Romney Marsh de Kent en el sureste de Inglaterra (en aquel entonces una zona pobre y más bien recóndita, aunque formaba parte de la archidiócesis de Canterbury) e hicieron una lista de todos los abusos que encontraron. Tiene muchas páginas y es una estupenda herramienta de aprendizaje. Aparte de anotar una multitud de iglesias de pueblos en las que aún no había misales, ni se preocupaban por la Eucaristía, y en las que los sacerdotes no cumplían con su labor o estaban casados, también desmiente la idea de que el período medieval fuera de alguna manera más «santo» que hoy en día, dependiendo de cómo quiera uno definir el concepto de santidad. Dado que el programa laterano incluía la conversión del matrimonio en un sacramento en toda regla, la indecencia sexual estaba incluida en el examen de los inspectores, y había mucha, sobre todo en el pueblo de Woodbridge:

Robert le Ster es conocido por adulterio cometido con una tal Carter. No aparece. Por consiguiente le prohibimos entrar en la iglesia.

Juliana de Hornyngbroke es conocida por adulterio con Ralph de Pysinghe. Citada la mujer no aparece y por lo tanto es expulsada.

John el Capellán que estaba en Woodchurch el año anterior es conocido por su relación con Joan, la esposa de William le Hert. Citada la mujer no aparece y por lo tanto es expulsada. Posteriormente es citada de nuevo, no aparece y por lo tanto es excomulgada.

El mismo John [sin duda un tipo muy ocupado] es acusado en relación a la viuda de le Spyle.

Y sigue así durante gran parte de las cuarenta páginas de la edición impresa, catalogando las muchas aunque no tan variadas faltas de los supuestos cristianos de Romney Marsh. [3]

No obstante, en vez de centrarnos en estas faltas tan humanas, por más divertidas que puedan ser (o no, dependiendo del punto de vista del lector), hay un aspecto mucho más importante que destacar. La agenda laterana avanzaba muy lentamente (de acuerdo con los parámetros modernos) por la Europa del siglo XIII, pero lo más importante es que realmente avanzara. Y, de hecho, siguió avanzando. Sin duda, la gente (incluyendo a gran parte del clero) continuó gozando de lo que para la postura oficial de la Iglesia eran relaciones sexuales ilícitas a lo largo del período medieval y después, pero muchas de las otras exigencias se convirtieron finalmente en prácticas del todo habituales. El celibato clerical, la asistencia regular a misa y la confesión, la separación de los edificios de la iglesia, la debida provisión de misales y muchas otras cosas: en el siglo XV todo esto estaba totalmente aceptado y eran elementos indiscutibles y habituales de la devoción europea occidental. Es más, una de las fascinantes tendencias historiográficas de la última generación de estudiosos ha sido la gradual exposición de dos hechos. Primero, aparte de un puñado de radicales, la reforma, incluso en Inglaterra, no estuvo motivada por una oleada de repulsa ante las prácticas corruptas de la Iglesia: las tradicionales pautas de devoción lateranas fueron ampliamente aceptadas y, en el siglo xv, eran un elemento confortablemente familiar de la existencia cotidiana. Segundo, en la misma época, aquellos hábitos en realidad fueron impuestos por las propias congregaciones, de las que surgió una nueva clase de guardianes laicos para controlar el cumplimiento de las normas. Probablemente llevó más de un siglo, pero el papado finalmente consiguió que la población de la Europa latina adoptase sus ideologías relativas a lo que realmente significaba ser un buen cristiano. [4]

En mi opinión este fue un logro extraordinario teniendo en cuenta las condiciones premodernas, donde las tecnologías de comunicación eran tan limitadas, y deberíamos detenernos un momento para pensar en cómo se hizo. La siguiente entrada de Woodbridge nos da una pista:

William hijo de William Lucas dejó encinta a Juliana Bructyn. El hombre aparece y confiesa y renuncia a su pecado y es azotado tres veces alrededor de la iglesia. Después se le concede que reciba humildemente un castigo en la procesión porque apareció humildemente, y la mujer queda excusada porque está de parto.

Significa exactamente lo que dice aquí: si uno no adoptaba los nuevos modelos de comportamiento, era golpeado o peor, como, a una escala mucho mayor, testifican directamente los numerosos cátaros, judíos y otros mártires religiosos de la Edad Media europea. De hecho, esta combinación de disciplina y perdón es especialmente convincente. Sí, uno era

azotado, pero, si no había sido demasiado terrible, también podía ser perdonado y readmitido. Para muchos sentimientos de culpa esta es una solución altamente satisfactoria.

Sin embargo, a mi modo de ver, hay todavía una cuestión más interesante. La visita de Romney Marsh la realizaron eclesiásticos bastante importantes que no conocían la región. Cualquier fallo en el estado de los edificios eclesiásticos o misales habría sido fácil de identificar, pero ¿cómo demonios pudieron averiguar quién se estaba tirando a quién, excepto en casos concretos como el de William hijo de William que confesó? La respuesta, creo, se halla en una de las facetas más repugnantes de la naturaleza humana, que no tiene sentido obviar, por más que uno quisiera que no fuera así. Si se introduce una autoridad extraña intimidatoria en una pequeña comunidad, lo que a menudo suele ocurrir está muy bien documentado en numerosos contextos. Las tensiones y enemistades locales existentes tienden a aparecer a un nivel totalmente nuevo a través de un desagradable proceso de delación. Un conocido estudio del pueblo medieval francés de Montaillou, acusado de albergar tendencias cátaras, mostró que la capacidad de indagación de los inquisidores estaba alimentada exactamente por este mecanismo, y sin duda esto fue lo que sucedió en Romney Marsh. La información sobre los muchos y variados pecadillos sexuales de la población debió de ser proporcionada por otros miembros de los mismos pueblos. Fue precisamente este mismo mecanismo lo que permitió, sin duda, que los aparatos de seguridad de los países del viejo bloque oriental fueran tan efectivos antes de la caída del Muro de Berlín en 1989. Solo después salió a la luz la terrible evidencia de lo dispuesta que había estado la población a informar sobre sus semejantes, con la esperanza de obtener el inmediato favor para sí mismos o para sus seres queridos.[5]

He de decir que no estoy en absoluto alardeando. Gracias a Dios, nunca he estado sometido a semejante situación y no sé cómo reaccionaría. Sin embargo, lo que sí estoy en condiciones de afirmar es que el imperio papal poslaterano, despacio pero sin pausa, pudo erigir una especie de estado religioso de un solo partido, que reunió a gran parte de la población de la Europa latina bajo el programa que Inocencio III había declarado de forma tan triunfal. Si uno se remite a las fuentes del siglo xv, cuando el proceso llevaba ya tiempo en marcha, la conformidad parece ampliamente aceptada, del mismo modo que los jóvenes adoctrinados de la nueva Unión Soviética estaban en general dispuestos a luchar en la gran guerra patriótica contra la Alemania nazi sin pensar en los terribles sacrificios que se exigía de ellos.[6] No obstante, el elemento de coacción, aunque ubicado en el pasado, es absolutamente real en ambos casos. El imperio papal puede que se creara fuera de Roma, y en cierto modo por la demanda de los consumidores de entre una masa crítica de líderes e intelectuales cristianos en la Europa poscarolingia. Y estos hombres, como la mayoría de los viejos bolcheviques, eran sin duda idealistas con una creencia real en los valores que estaban defendiendo. Pero después de haber reinventado el papado para servir a sus deseos, este se puso a funcionar como un estado de un solo partido exigiendo conformidad con su visión de la auténtica devoción cristiana. Por consiguiente, a pesar de estar limitado, como sin duda lo estaba, desde el punto de vista político y militar, el papado

creó un imperio, y en algunos aspectos importantes un imperio mucho más poderoso y opresivo que el que los primeros romanos administraron. La proyección de sus valores imperiales nunca fue más allá de las élites terratenientes, mientras que sus sucesores papales apuntaron a la totalidad de la población. Y allí donde la difusión del derecho romano en el primer imperio permitió que el consentimiento sustituyese a la coacción entre las provincias del imperio, en la nueva Roma, el consentimiento a su autoridad legal fue de hecho el camino hacia la coacción, una coacción que se ejercía sobre la totalidad de la población constituyente. Esta, sin duda, puede que sea la razón por la que el nuevo imperio romano ha durado hasta ahora aproximadamente el doble que su predecesor.

ABREVIATURAS

Acta synh. habit. Romae - Acta Synhodorum habitarum Romae

Anon. Val. - Anónimo Valesiano

Cod. Just. - Codex Justinianus (Código de Justiniano), véase Corpus Iuris Civilis

C. Th. - Codex Theodosianus (Código Teodosiano)

Ep. Aust. – Epistolae Austrasiacae

H.E. – Historia Ecclesiastica (Historia Eclesiástica)

ILS - Inscriptiones Latinae Selectae, véase Dessau (1974)

Justiniano Nov. - Justinianus Novellae (Novelas del emperador Justiniano),

véase Corpus Iuris Civilis

Lib. Pont. - Liber Pontificalis (Libro de los Papas)

MGH - Monumenta Germaniae Historica

Nov. Val. III - Novelas del emperador Valentiniano III, véase Código Teodosiano

PLRE – Prosopografía del imperio romano tardío

SH – Procopio, Historia secreta

FUENTES PRIMARIAS

Acta Synhodorum habitarum Romae: texto Mommsen (1894).

Admonitio Generalis: texto Boretius (1883), núm. 22; trad. King (1987), pp. 209-220.

Agathias, Historias: texto Keydell (1967); trad. Frendo (1975).

Amiano Marcelino: texto y trad. Rolfe (1935-1939).

Anónimo Valesiano: texto y trad. Rolfe (1935-1939), vol 3.

Bede, *Historia eclesiástica*: texto y trad. Colgrave y Mynors (1969).

Boecio, *La consolación de la filosofía*: texto y trad. Stewart et al. (1918).

Casiodoro, *Variae*: texto Mommsen (1894a); trad. Hodgkin (1886); Barnish (1992).

Chronicon Paschale: texto Dindorf (1832); trad. Whitby y Whitby (1989).

Codex Carolinus: texto Gundlach (1892); trad. escogida King (1987).

Codex Theodosianus: texto Mommsen y Kreuger (1905); trad. Pharr (1952).

Código Bávaro: texto Krusch (1924); trad. Rivers (1977).

Código Teodosiano: véase Codex Theodosianus.

Const. Omnem: véase Corpus Iuris Civilis.

Const. Tanta: véase Corpus Iuris Civilis.

Corpus Iuris Civilis:

- 1. *Institutiones* (*Institutos*) y *Digesta* (*Digesto*): texto Kruger y Mommsen (1928); trad. Birks y MacLeod (1987), Watson et al. (1998).
- 2. Codex Justinianus (Código de Justiniano): texto Kruger (1929); trad. Scott (1932).
 - 3. Novellae (Novelas): texto Scholl y Kroll (1928); trad. Scott (1932).

Corripo, Iohannis: texto Diggle y Goodyear (1970); trad. Shea (1998).

De litteris colendis: texto Boretius (1883), núm. 29; trad. King (1987), pp. 232-233.

Deo Auctore: véase Corpus Iuris Civilis.

Divisio Regnorum: texto Boretius (1883), núm. 45; trad. King (1987), pp. 251-256.

Donación de Constantino: texto y trad. Fried (2007).

Einhard, Vida de Carlomagno: texto Waitz (1911); trad. Dutton (1998).

Engelbert: texto Dummler (1884), pp. 138-139; trad. Dutton (2004).

Enodio: texto Hartel (1882).

Epistolae Austrasiacae: texto Gundlach (1902).

Eusebio: texto Krusch (1888).

Gregorio de Tours, *Historias*: texto Krusch y Levison (1951); trad. Thorpe (1974).

Inscriptiones Latinae Selectae: Dessau (1974).

Juan de Antioquía: texto Muller (1868/1870); trad. Gordon (1966).

Juan de Éfeso, Historia eclesiástica; trad. Smith (1860).

Jordanes, Getica: texto Mommsen (1882); trad. Mierow (1915).

Justiniano, Novellae: véase Corpus Iuris Civilis.

Karolus Magnus et Leo Papa: texto Beumann et al. (1966); trad. Godman (1985).

Liber Historiae Francorum: texto y trad. Bachrach (1973).

Liber Pontificalis (Libro de los Papas): texto Duchesne (1886-1872); trad. Davies (1992) 1995, Davies (2000).

Liutprando, Antapodosis: texto Dümmler (1877); trad. Wright (1993).

Malco: texto y trad. Blockley (1983).

Marcelino Comes, Crónica: texto Mommsen (1894b).

Menandro Protector: texto y trad. Blockley (1985).

Ordinatio Imperii: texto Boretius (1883), núm. 136; trad. Dutton (2004).

Orosio, *Contra los paganos*: texto Arnaud-Lindet (1990-1991); trad. Deferrari (1964).

Parastaseis: texto y trad. Cameron y Herrin (1984).

Pablo Diácono, *Historia de los lombardos*: texto Bethmann y Waitz (1878); trad. Foulke (2003).

Prisco: texto y trad. Blockley (1983).

Procopio: Obras: texto y trad. Dewing (1914-1940).

Regino de Prum, *Crónica*: texto Kurze (1890); trad. Dutton (2004), p. 541.

Ruricio de Limoges: texto Engelbrecht (1891); trad. Mathisen (1999).

Temistio, *Oraciones*: texto Schenkl et al. (1965-1974); trad. Heather y Moncur (2001).

Teófanes, *Cronografía*: texto Niebuhr (1839-1841); trad. Mango y Scott (1997).

Teofilacto Simocatta, *Historia*: texto de Boor y Wirth (1992); trad. Whitby y Whitby (1986).

Venancio Fortunato, *Poemas*: texto Leo (1881); trad. seleccionada George (1995).

Vida de Cesáreo: texto Morin (2010); trad. Klingshirn (1994b).

Vida de Epifanio: trad. Deferrari (1952).

BIBLIOGRAFÍA

AIRLIE, S. (1998). «Private Bodies and the Body Politic in the Divorce Case of Lothar II», *Past & Present* 161, pp. 3-38.

ALFÖLDI, G. (1974). Noricum (Londres).

ALLEN, P. (2000). «The Definition and Enforcement of Orthodoxy», en Cameron et al. (2000), pp. 811-834.

AMORY, P. (1997). People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554 (Cambridge).

ARNAUD-LINDET, M.-P. (ed. y trad. fr.) (1990-1991). *Orose: Histoires contre les païens* (París).

AUSTIN, G. (2009). Shaping church law around the year 1000: the Decretum of Burchard of Worms (Farnham).

BACHRACH, B. S. (1973). Liber historiae Francorum (Lawrence, Kans.).

BARNES, T. D. (1993). Athanasius and Constantius: theology and politics in the Constantinian Empire (Cambridge, Mass.).

BARNISH, S. J. B. (1986). «Taxation, Land and Barbarian Settlement in the Western Empire», *Papers of the British School at Rome* 54, pp. 170-195.

- —, (1988). 'Transformation and Survivial in the Western Senatorial Aristocracy, c. 400-700 d. C.', *Papers of the British School at Rome* 56, pp. 120-155.
- —, (1990). 'Cassiodorus, Boethius, Theodahad: Literature, Philosophy and Politics in Ostrogothic Italy', *Nottingham Medieval Studies* 34, pp. 16-32.
 - —, (1992). Cassiodorus: Variae (Liverpool).

BARTHÉLEMY, D. (2009). The Serf, the Knight, and the Historian, trad. G.R. Edwards (Ithaca).

BASSETT, S. (ed.) (1989). The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms (Londres).

BAVANT, B (2007). 'Caricin Grad and the Changes in the Nature of Urbanism in the Central Balkans in the Sixth Century', en A. G. Poulter (ed.), *The Transition to Late Antiquity on the Danube and Beyond* (Oxford), pp. 337-374.

BAXTER, S. (2007). The Earls of Mercia: Lordship and Power in Late Anglo-Saxon England (Oxford).

BETHMANN, L. y Waitz, G. (eds.) (1878). *Pauli Historia Langobardum*, MGH Scriptores rerum Germanicarum (Hanover).

BEUMANN, H. et al. (1966). Karolus Magnus et Leo Papa. Ein Paderborner Epos vom Jahre 799 (Paderborn).

BIERBRAUER, V. (1975). Die ostgotischen Grab- und Schatzfunde in Italien (Spoleto).

—, (1980). «Zur chronologischen, soziologischen und regionalen Gliederung des Gliederung des ostgermanischen Fundstoffs des 5. Jahrhunderts in Südosteuropa» en Wolfram, H. y Daim, V. (eds.), *Die Völker an der mittleren und unteren Donau im fünften und sechsten Jahrhundert*, Denkschriften der 442 Bibliography Österreichischen Akademie der Wissenschaften, phil.-hist. Kl. 201 (Viena), pp. 131-142.

BIRCH, D. (1998). *Pilgrimage to Rome in the Middle Ages* (Woodbridge).

BIRKS, P. y McLeod, G. (1987). Justinian's Institutes (Londres).

BISCHOFF, B. (1990). *Latin Palaeography. Antiquity and the Middle Ages*, trad. D. Ganz y D. O. Cronin (Cambridge).

—, (1994). Manuscripts and Libraries in the Age of Charlemagne (Cambridge).

BJORNLIE, S. (2009). «What have Elephants to do with Sixth-Century Politics? A Reappraisal of the 'Official' Governmental Dossier of Cassiodorus», *Journal of Late Antiquity* 2, pp. 143-147.

BLOCKLEY, R. C. (1981). The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus, vol. 1 (Liverpool).

- —, (1983). The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus, vol. 2 (Liverpool).
 - —, (1985). The History of Menander the Guardsman (Liverpool).
- —, (1992). East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius (Leeds).

BLUMENTHAL, U.-R. (2004). «The Papacy 1024-1122», in Luscombe and Riley-Smith (2004b), pp. 8-37.

BONA, I. (1991). Das Hunnenreich (Stuttgart).

BORETIUS, A. (1883). MGH Capitularia, Legum Sectio II, Capitularia regum francorum i (Hanover).

BOURCHARD, C. (1981). «Origins of the French nobility: a reassessment», *American Historical Review* 86, pp. 501-532.

BOWLUS, C. (1995). Franks, Moravians, and Magyars: The Struggle for the Middle Danube, 788-907 (Philadelphia).

Braund, D. C. (1984). Rome and the Friendly King: The Character of Client Kingship (Londres).

- BRIGHT, W. (1892). The Canons of the First Four General Councils of Nicæa, Constantinople, Ephesus and Chalcedon, 2^a ed. (Oxford).
- BROCK, S. (1981). «The Conversations with the Syrian Orthodox under Justinian (532)», *Orientalia Christiana Periodica* 47, pp. 87-121.
- BROOKS, E. R. (1893). «The Emperor Zenon and the Isaurians», *English Historical Review* 8, pp. 209-238.
 - Brown, P. R. L. (1967). Augustine of Hippo: A Biography (Londres).
- —, (1970). «The Rise and Function of the Holy Man in Late Antiquity», *Journal of Roman Studies* 61, pp. 80-101.
- —, (1981). The Cult of the Saints: Its Rise and Function in Latin Christianity (Londres).
- Brown, P. (1996). The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, AD 200-1000 (Oxford).
- Brown, T. S. (1984). Gentlemen and Officers: Imperial Administration and Aristocratic Power in Byzantine Italy, AD 554-800 (Londres).
 - Brundage, J. A. (1995). Medieval Canon Law (Londres).
 - BRYER, A. y Herrin, J. (eds.) (1977). *Iconoclasm* (Birmingham).
- BULLOUGH, D. (1970). «Europae pater: Charlemagne's Achievement in the light of recent Scholarship», English Historical Review 85, pp. 59-105.
 - —, (2003). *Alcuin: Achievement and Reputation* (Leiden).
- —, (2005). 'Charlemagne's «men of God»: Alcuin, Hildebald, Arn', in Story (2005a), pp. 136-150.
- BURGESS, C. y Duffy, E. (eds.) (2006). The Parish in Late Medieval England: Proceedings of the 2002 Harlaxton Symposium (Donington).
- BURRUS, V. (1995). The Making of a Heretic: Gender, Authority, and the Priscillianist Controversy (Berkeley).
- BURY, J. B. (1889). *History of the Later Roman Empire (AD 395 to 800)*, 2 vols. (Londres).
- —, (1923). History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius to the Death of Justinian, 2 vols. (Londres).
- CABANISS, A. (1979). The Emperor's Monk: Contemporary Life of Benedict of Aniane (Ilfracombe).
- CAMERON, A. D. E. (Alan) (1970). Claudian: Poetry and Propaganda at the Court of Honorius (Oxford).
 - —, (1973). Porphyrius the Charioteer (Oxford).
- —, (1976). Circus Factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium (Oxford).
 - CAMERON, A. M. (Averil) (1985). Procopius and the Sixth Century (Londres).
- CAMERON, A. M. (Averil) and Herrin, J. (1984). Constantinople in the Early Eighth Century: The Parastaseis syntomoi chronikai: Introduction, Translation,

and Commentary (Leiden).

CAMERON, A. M. (Averil) et al. (eds.) (2000). *The Cambridge Ancient History*, 2^a ed., vol. 14 (Cambridge).

CAMPBELL, J. (1986). Essays in Anglo-Saxon History (Londres).

CHADWICK, H. (1981). Boethius: The Consolations of Music, Logic, Theology and Philosophy (Oxford).

—, (1993). The Early Church, ed. rev. (Londres).

CHARLES EDWARDS, T. M. (1979). «The Distinction Between Land and Moveable Wealth in Anglo-Saxon England», en P. H. Sawyer (ed.), *English Medieval Settlement* (Londres), pp. 97-104.

CHAZELLE, C. y CUBITT, C. (2007) (eds). The Crisis of the Oikoumene: The Three Chapters and the Failed Quest for Unity in the Sixth-century Mediterranean (Turnhout).

CHRISTIE, N. (1995). The Lombards (Oxford).

- —, (1996). «Towns and Peoples on the Middle Danube in Late Antiquity and the Early Middle Ages», en N. Christie y S. T. Loseby (eds.), *Towns in Transition: Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages* (Aldershot), pp. 71-98.
- —, (2005). «Charlemagne and the Renewal of Rome», en Story (2005a), pp. 167-182.

CLARENCE SMITH, J. A. (1975). Medieval Law Teachers and Writers, Civilian and Canonist (Ottowa).

CLAUDE, D. (1989). «Zur Begrundung familiarer Beziehungen zwischen dem Kaiser und barbarischen Herrschern», en E. K. Chrysos y A. Schwarcz (eds.), Das Reich und die Barbaren (Viena), pp. 25-56.

COLGRAVE, B. y Mynors, R. A. B. (eds. y trad.) (1969). *Bede's Ecclesiastical History of the English People* (Oxford).

COLLINS, R. (1990). «Pippin I and the Kingdom of Aquitaine», en Godman y Collins (1990), pp. 363-390.

- —, Visigothic Spain 409-711 (Oxford).
- —, (2005). «Charlemagne's Imperial Coronation and the Annals of Lorsch», en Story (2005a), pp. 52-70.

CORMACK, R. (1985). Writing in Gold: Byzantine Society and its Icons (Londres).

COSTAMBEYS, M. et al. (2011). The Carolingian World (Cambridge).

COURTOIS, C. (1955). Les Vandales et l'Afrique (París).

COWDREY, H. E. J. (1970). The Cluniacs and the Gregorian Reform (Oxford).

- —, (2002). The Register of Pope Gregory VII 1073-1085: An English Translation (Oxford).
 - -, (2004). «The Structure of the Church 1024-73», en Luscombe y Riley-

Smith (2004a), pp. 229-267.

CROKE, B. (2001). Count Marcellinus and his Chronicle (Oxford).

—, (2005). «Justianian's Constantinople», en Maas (2005), pp. 60-86.

CROKE, B. y Crow, J. (1983). «Procopius and Dara», *Journal of Roman Studies* 73, pp. 143-159.

CRONE, P. (1987). *Meccan Trade and the Rise of Islam* (Oxford).

CRONE, P. y Cook, M. (1977). Hagarism: The Making of the Islamic world (Cambridge).

CUBITT, C. (1995). Anglo-Saxon Church Councils c.650-c.850 (Leicester).

CURRAN, J. (2000). Pagan City and Christian Capital: Rome in the Fourth Century (Oxford).

CURTA, F. (2001). The Making of the Slavs: History and Archaeology of the Lower Danube Region, c. 500-700 (Cambridge).

DAGRON, G. (1974). Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 à 451 (París).

DAIM, F. (2003). «Avars and Avar Archaeology: An Introduction», en Goetz et al. (eds.) (2003), pp. 463-570.

DAVIES, W. y FOURACRE, P. (1986). The Settlement of Disputes in Early Medieval Europe (Cambridge).

DAVIS, R. (1992). The Lives of the Eighth-Century Popes (Liber Pontificalis) (Liverpool).

—, (1995). The Lives of the Ninth-Century Popes (Liber Pontificalis) (Liverpool).

—, (2000). The Book of Pontiffs (Liber Pontificalis). The ancient Biographies of the First Ninety Roman Bishops to AD 715, 2^a ed. (Liverpool).

D'AVRAY, D. (2005). Medieval Marriage: Symbolism and Society (Oxford).

DE BOOR, C. y Wirth, P. (eds.) (1992). *Theophylacti Simocattae Historiae* (Stuttgart).

DEFERRARI, R. (1952). Early Christian Biographies (Washington DC).

—, (1964). Orosius: Seven Books of History Against the Pagans (Washington DC).

DE JONG, M. (2009). The Penitential State: Authority and Atonement in the Age of Louis the Pious, 814-840 (Cambridge).

DEPREUX, P. (1994). «Le Comte Matfrid d'Orléans», *Bibliothèque de l'Ecole de Chartres* 152, pp. 331-74.

DESSAU, H. (1974). Inscriptiones Latinae Selectae, 4ª ed. (Berlín).

DEWING, H. B. (1914-40). *The Works of Procopius* (Londres).

DIGGLE, J. y Goodyear, F. R. D. (eds.) (1970). Corippus Iohannis (Cambridge).

DIGNAS, B. y Winter, E. (2007). Rome and Persia in late antiquity: neighbours

and rivals (Cambridge).

DINDORF, L. (ed.) (1832). Chronicon Paschale (Bonn).

DODGEON, M. H., y Lieu, S. N. C. (1991). The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (AD 226-363): A Documentary History (Londres).

DONNER, F. M. (2005). «The Background to Islam», en Maas (2005), pp. 510-534.

DOOGHE, D.-G. (2002). Le Comté de Flandre et ses origines (Wattignies).

DOUGLAS, D. C. y Greenaway, G. W. (1952). English historical documents, 1042-1189 (Londres).

DUCHESNE, L. (1886-82). Le Liber Pontificalis, Texte, introduction et commentaire, 2 vols. (París).

DUFFY, E. (2005). Stripping of the Altars: Traditional Religion in England 1400-1580, 2ª ed. (New Haven, Conn.).

—, (2006). Saints and Sinners: A History of the Popes, 3a ed. (Londres).

DÜMMLER, E. (1877). Liudprandi episcopi Cremonensis Opera omnia (Hanover).

-, (1884). MGH Poetae Latini Aevi Carolini, vol. 2 (Berlín).

DUNBABIN, J. (2000). France in the Making 843-1180, 2a ed. (Oxford).

DUTTON, P. (1998). Charlemagne's Courtier: The Complete Einhard (Peterborough, Ontario).

—, (2004). Carolingian Civilization. A Reader (Peterborough, Ontario).

DVORNIK, F. (1966). Early Christian and Byzantine Political Philosophy: Origins and Background, The Dumbarton Oaks Center for Byzantine Studies (Washington DC).

—, (1970). Byzantine Missions Among the Slavs: Saints Constantine-Cyril and Methodius (New Brunswick, NJ).

ELTON, H. (2007). «Cavalry in Late Roman Warfare», en A. S. Lewin y P. Pellegrini (eds.), *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest* (Oxford), pp. 377-382.

ENGELBRECHT, A. (1891). Fausti Reiensis Praeter sermones pseudo-eusebianos opera: accedunt Ruricii Epistulae (Milán).

EVANS, J. A. S. (1984). «The 'Nika' Rebellion and the Empress Theodora», *Byzantion* 54, pp. 380-382.

FLETCHER, R. A. (1989). The Quest for El Cid (Londres).

FONTAINE, J. (1967). «Conversion et Culture chez les Wisigoths d'Espagne», Settimane di studi sull'Alto medioevo 14, pp. 87-147.

Foss, C. (1977). «Archaeology and the Twenty Cities of Byzantine Asia», *American Journal of Archaeology* 81, pp. 469-486.

- —, History and Archaeology of Byzantine Asia Minor (Aldershot).
- —, (1996). Cities, Fortresses and Villages of Byzantine Asia Minor (Aldershot).

FOULKE, W. D. (2003). History of the Lombards (Filadelfia).

FOURACRE, P. (1986). «Placita and the Settlement of Disputes in Later Merovingian Francia», en Davies y Fouracre (1986), pp. 23-44.

- —, (2000) The Age of Charles Martel (Harlow).
- —, (2005). «The Long Shadow of the Merovingians», en Story (2005a), pp. 5-21.

FREND, W. H. C. (1972). The Rise of the Monophysite Movement: Chapters in the History of the Church in the Fifth and Sixth Centuries (Cambridge).

FRENDO, J. D. (trad.) (1975). Agathias History (Berlín).

FRIED, J. (2007). Donation of Constantine and Constitutum Constantini (Berlín).

FUHRMANN, H. (1973). «Das Reformpapsttum und die Rechtswissenschaft», *Vorträge und Forschungen* 17, pp. 175-203.

GANSHOF, F. L. (1949). La Flandre sous les premiers comtes, 3^a ed. rev. (Bruselas).

—, (1971). The Carolingians and the Frankish Monarchy (Londres).

GANZ, D. (1989). «The Preconditions for Caroline Minuscule», *Viator* 19, pp. 23-44.

GEARY, P. (1985). Aristocracy in Provence: The Rhone Basin at the Dawn of the Carolingian Age (Stuttgart).

GEORGE, J. (1995). Venantius Fortunatus: Personal and Political Poems (Liverpool).

GERBERDING, R. (1987). The Rise of the Carolingians and the Liber Historiae Francorum (Oxford).

GIBBON, E. (1896-1900). *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. J. B. Bury (Londres). [Hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, Debolsillo, Barcelona, 2003.]

GIBSON, M. T. (1975). The Continuity of Learning c.850-c.1050 (Berkeley).

—, (1981). Boethius: His Life, Thought and Influence (Oxford).

GILCHRIST, J. (1973). Diuersorum patrum sententie siue Collectio in LXXIV titulos digesta (Ciudad del Vaticano).

—, (1980). The Collection in Seventy-Four Titles: A Canon Law Manual of the Gregorian Reform (Toronto).

GILLET, A. (ed.) (2002). On Barbarian Identity: Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages (Turnhout).

GODMAN, P. (1985). Poetry of the Carolingian Renaissance (Londres).

—, (1987). Poets and Emperors: Frankish Politics and Carolingian Poetry (Oxford).

GODMAN, P. y Collins, R. (eds.) (1990). *Charlemagne's Heir: New Perspectives on the Reign of Louis the Pious* (Oxford).

GOETZ, H.-W. et al. (eds.) (2003). Regna and Gentes: The Relationship between Late Antique and Early Medieval Peoples and Kingdoms in the Transformation of the Roman World (Leiden).

GOFFART, W. (1980). Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accommodation (Princeton).

- —, (1988). The Narrators of Barbarian History (AD 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon (Princeton).
- —, (2006). Barbarian Tides: The Migration Age and the Later Roman Empire (Filadelfia).

GOLDBERG, E. J. (2006). Struggle for Empire: Kingship and Conflict under Louis the German 817-876 (Ithaca).

GORDON, D. C. (1966). The Age of Attila (Ann Arbor).

GOSCINNY Y UDERZO (1963). *Astérix et les Goths* (Neuilly-sur-Seine). [Hay trad. cast.: *Astérix y los godos*, Barcelona, 1980.]

GRAY, P. (1979). The Defence of Chalcedon in the East (Leiden).

GRAY, P. (2005). «The Legacy of Chalcedon: Christological Problems and Their Significance», en Maas (2005), pp. 215-238.

Greatrex, G. (1994). «The Dates of Procopius' Works», *Byzantine and Modern Greek Studies* 18, pp. 101-114.

- —, (1997). «The Nika Riot: A Reappraisal», *Journal of Hellenic Studies* 117, pp. 60-86.
 - —, (1998). Rome and Persia at War, 502-532 (Leeds).
- —, (2000). «Procopius the Outsider?», en D. S. Smythe (ed.), *Strangers to Themselves: The Byzantine Outsider* (Burlington, Vt.), pp. 215-218.

Greatrex, G. y Lieu, S. (2002). *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: A Narrative Sourcebook* (Londres).

GRIG, L. y Kelly, G. (2012). Two Romes: Rome and Constantinople in Late Antiquity (Oxford Studies in Late Antiquity) (Oxford).

GUNDLACH, W. (ed.) (1892). *Epistolae karolini aevi*, MGH Epp. III, Epistolae merowingici et karolini aevi (Hanover).

—, (ed.) (1902). *Epistolae aevi merowingici collectae*, MGH Epp. III, Epistolae merowingici et karolini aevi (Hanover).

HAGENEDER, O. (2000). Il sole e la luna: Papato, impero e regni nella teoria e nella prassi dei secoli XII e XIII (Milán).

HAGENEDER, O. et al., (1965-). Die Register Innocenz III (Graz).

HALDON, J. F. (1990). Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture (Cambridge).

HALLAM, E. (1980). Capetian France, 987-1328 (Londres).

HALSALL, G. (2003). Warfare and Society in the Barbarian West, 450-900 (Londres).

- —, (2007). Barbarian Migrations and the Roman West 376-568 (Cambridge).
- HANSON, R. P. C. (1988). The Search for the Christian Doctrine of God (Edinburgh).
 - HARRIES, J. (1999). Law and Empire in Late Antiquity (Cambridge).
 - HARTEL, W. (1882). Magni Felicis Ennodii Opera omnia (Viena).
- HEATHER, P. J. (1989). «Cassiodorus and the Rise of the Amals: Genealogy and the Goths under Hun Domination», *Journal of Roman Studies* 79, pp. 103-128.
 - —, (1991). Goths and Romans 332-489 (Oxford).
- —, (1993). «The Historical Culture of Ostrogothic Italy», en *Teoderico il grande e i Goti d'Italia*, Atti del XIII Congresso internazionale di studi sull'Alto Medioevo (Spoleto), pp. 317-353.
- —, (1994a). «Literacy and Power in the Migration Period», en A. Bowman y G. Woolf (eds.) (1994), *Literacy and Power in the Ancient World* (Cambridge), pp. 177-97.
- —, (1994b). «New Men for New Constantines?: Creating an Imperial Elite in the Eastern Mediterranean», en P. Magdalino (ed.), New Constantines: The Rhythm of Imperial Renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries (Londres), pp. 11-33.
- —, (1995). «Theodoric King of the Goths», Early Medieval Europe 4.2, pp. 145-73.
 - —, (1996). The Goths (Oxford).
- —, (2000). «State, Lordship and Community in the West (*c*. ad 400-600)», en Averil Cameron et al. (2000), pp. 437-468.
- —, (2003). «Gens and regnum Among the Ostrogoths», en Goetz et al. (eds.), pp. 85-133.
 - —, (2005). The Fall of Rome: A New History (Londres).
- —, (2007). «Goths in the Roman Balkans *c.* 350-500», en A. Poulter (ed.), *The Transition to Late Antiquity on the Danube and Beyond* (Oxford), pp. 163-190.
- —, (2008). «Ethnicity, Group Identity, and Social Status in the Migration Period», en I. Garipzanov et al. (eds), Franks, Northmen, and Slavs: Identities and State Formation in Early Medieval Europe (Turnhout), pp. 17-50.
- —, (2009). Empires and Barbarians: Migrations, Development, and the Birth of Europe (Londres).
- —, (2010). «Elite Militarisation and the Post-Roman West», en G. Bonamente y R. Lizzi Testa (eds.), *Istituzioni, Carisimi et Esercizio del Potere (IV-VI secolo d.C.)* (Bari), pp. 245-266.
- —, (ed.) (1999). The Visigoths from the Migration Period to the Seventh Century: An Ethnographic Perspective (Woodbridge).
- HEATHER, P. J. y Matthews, J. F. (1991). *The Goths in the Fourth Century*, Textos traducidos para historiadores, (Liverpool).

HEATHER, P. J. y Moncur, D. (2001). *Politics, Philosophy, and Empire in the Fourth Century: Select Orations of Themistius*, Textos traducidos para historiadores (Liverpool).

HEINICHEN, F. A. (1868-70). Eusebii Pamphili Scripta Historica (Leipzig).

HENDY, M. F. (1985). Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. 300-1450 (Cambridge).

HERRIN, J. (1987). The Formation of Christendom (Oxford).

HERRMANN, K. J. (1973). Das Tuskulanerpapsttum (1012-1046): Benedikt VIII., Johannes XIX., Benedikt IX. (Stuttgart).

HILLGARTH, J. N. (1966). «Coins and Chronicles: Propaganda in Sixth Century Spain», *Historia* 16, pp. 482-508.

HILL, S. (1996). The Early Byzantine Churches of Cilicia and Isauria (Birmingham).

HODGKIN, T. (1886). The Letters of Cassiodorus (Londres).

HOLUM, K. (2005). 'The Classical City in the Sixth Century: Survival and Transformation', en Maas (2005), pp. 87-112.

HONORÉ, A. M., (1978). Tribonian (Londres).

HONORÉ, A. (1994). Emperors and Lawyers, 2ª ed. rev. (Oxford).

HOOKE, D. (1998). The Landscape of Anglo-Saxon England (Londres).

HORDEN, P. (2005). «Mediterranean Plague in the Age of Justinian», en Maas (2005), pp. 134-160.

HOWARD JOHNSTON, J. (2010). Witnesses to a World Crisis: Historians and Histories of the Middle East in the Seventh Century (Oxford).

HOWARD JOHNSTON, J. et al. (eds.) (1999). The Cult of Saints in Late Antiquity and the Middle Ages: Essays on the Contribution of Peter Brown (Oxford).

HUMFRESS, C. (2007). Orthodoxy and the Courts in Late Antiquity (Oxford).

JAMES, E. F. (1988). The Franks (Oxford).

JARNUT, J. (1982). Geschichte der Langobarden (Stuttgart).

JASPER, D. y Fuhrmann, H. (2001). Papal Letters in the Early Middle Ages (Washington DC).

JOHNSON, M. J. (1988). «Towards a History of Teodorico's Building Programme», *Dumbarton Oaks Papers* 42, pp. 73-96.

JONES, A. H. M. (1962). «The Constitutional Position of Odoacer and Teodorico», *Journal of Roman Studies* 52, pp. 126-130.

—, (1964). The Later Roman Empire: A Social Economic and Administrative Survey, 3 vols. (Oxford).

KALDELLIS, A. (2004). Procopius of Caesarea: Tyranny, History, and Philosophy at the End of Antiquity (Filadelfia).

KASTER, R. A. (1988). Guardians of Language: The Grammarian and Society

in Late Antiquity (Berkeley).

KENNEDY, H. (2007). The Great Arab Conquests: How the Spread of Islam Changed the World We Live in (Londres). [Hay trad. cast.: Las grandes conquistas árabes, Crítica, Barcelona, 2007.]

KEYDELL, R. (1967). Agathiae Myrinaei Historiarum libri quinque (Berlín).

KHAZANOV, A. M. (1994). Nomads and the Outside World, 2^a ed. (Madison, Wis.).

KING, P. D. (1987). Charlemagne: Translated Sources (Kendal).

KLINGSHIRN, W. (1994a). Caesarius of Arles: The Making of a Christian Community in Late Antique Gaul (Cambridge).

—, (1994b). Caesarius of Arles: Life, Testament, Letters (Liverpool).

Krautheimer R. (1980). Rome: Profile of a City, 312-1308 (Princeton).

KREUGER, P. (ed.) (1877). Corpus Iuris Civilis (Berlín).

KREUGER, P. y Mommsen, Th. (1928). Codex Theodosianus (Berlín).

KRUSCH, B. (1888). Fredegar Chronicorum libri IV cum continuationibus, MGH scriptores rerum Merovingicarum 2 (Hanover).

—, (1924). Die Lex Bajuvariorum: Textgeschichte, Handschriftenkritik und Entstehung. Mit zwei Anhängen: Lex Alamannorum und Lex Ribuaria (Berlín).

KRUSCH, B. y Levison, W. (eds.) (1951). *Gregory of Tours Historiae*, MGH scriptores rerum Merovingicarum 1.1 (Berlín).

KURZE, F. (ed.) (1890). MGH SRG, Reginonis abbatis Prumiensis Chronicon (Hanover).

LA ROCCA, C. (ed.) (2005). Italy in the Early Middle Ages: 476-1000 (Oxford).

LATTIMORE, O. (1940). Inner Asian frontiers of China (Oxford).

LAW, V. (1994). «The Study of Grammar», en McKitterick (1994a), pp. 88-110.

LAWRENCE, C. H. (2001). Medieval Monasticism: Forms of Religious Life in Western Europe in the Middle Ages, 3ª ed. (Harlow).

LENGYEL, A. y Radan, G. T. B. (eds.) (1980). The Archaeology of Roman Pannonia (Budapest).

LEO, G. (1881). Venantius Fortunatus, Opera Poetica, MGH auctores antiquissimi 4.1 (Berlín).

LEONARDI, C. (1999). «Intellectual Life», en Reuter (1999), pp. 186-211.

LE ROY LADURIE, E. (1990). Montaillou: Cathars and Catholics in a French Village, 1294-1324 (Harmandsworth).

LEYSER, K. (1979). Rule and Conflict in an Early Medieval Society: Ottonian Saxony (Londres).

-, (1982). Medieval Germany and Its Neighbours, 900-1250 (Londres).

LLEWELLYN, P. (1971). Rome in the Dark Ages (Londres).

- LUSCOMBE, D. y Riley-Smith, J. (eds.) (2004a). *The New Cambridge Medieval History. Volume IV, c. 1024-c. 1198*, parte 1 (Cambridge).
- —, (eds.) (2004b). *The New Cambridge Medieval History. Volume IV, c. 1024-c. 1198*, parte 2 (Cambridge).
- MAAS, M. (2005). The Cambridge Companion to the Age of Justinian (Cambridge).
 - MACARTNEY, C. A. (1930). The Magyars in the Ninth Century (Cambridge).
- MACCORMACK, S. A. (1981). Art and Ceremony in Late Antiquity (Los Angeles y Berkeley).
 - MACGEORGE, P. (2002). Late Roman Warlords (Oxford).
- McGiffert, A. S. (1905). Eusebius: Church History, Life of Constantine the Great, and Oration in Praise of Constantine (Nueva York).
- McKeon, P. R. (1978). Hincmar of Laon and Carolingian Politics (Urbana, Ill.).
- MCKITTERICK, R. (1977). The Frankish Church and the Carolingian Reforms, 789-895 (Londres).
- —, (1983). The Frankish Kingdoms under the Carolingians, 751-987 (Londres).
 - -, (1989). The Carolingians and the Written Word (Cambridge).
 - -, (1990). The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe (Cambridge).
- —, (ed.) (1994a). Carolingian Culture: Emulation and Innovation (Cambridge).
- —, (1994b). «Script and Book Production», en McKitterick (1994a), pp. 221-247.
- —, (ed.) (1995). The New Cambridge Medieval History, II: c. 700-c. 900 (Cambridge).
 - —, (1999). «The Church», en Reuter (1999), pp. 130-163.
- —, (2005). «The Carolingian Renaissance of Culture and Learning», en Story (2005a), pp. 151-166.
 - —, (2008). Charlemagne: The Formation of a European Identity (Cambridge).
- MACLEAN, S. (2003). Kingship and Politics in the Late Ninth Century: Charles the Fat and the End of the Carolingian Empire (Cambridge).
 - MCLYNN, N. (1994). Ambrose of Milan (Berkeley).
- Mango, C. (1977a). «Historical Introduction», en Bryer y Herrin (1977), pp. 1-6.
- —, (1977b). «The Liquidation of Iconoclasm and the Patriarch Photius», en Bryer y Herrin (1977), p. 133-140.
- —, (1985). Le Développement urbain de Constantinople (IVe-VIIe siècles), Travaux et Mémoires, Monographies 2 (París).
 - MANGO, C. y Scott, R. (trad.) (1997). Chronographia, The Chronicle of

Theophanes Confessor (Oxford).

MARKUS, R. (1997). Gregory the Great and his World (Cambridge).

MARTINDALE, J. (1981). «Charles the Bald and the Government of the Kingdom of Aquitaine», en Gibson y Nelson, pp. 115-138 (Oxford).

MATHISEN, R. (1989). Ecclesiastical Factionalism and Religious Controversy in Fifth-Century Gaul (Washington DC).

—, (1999). Ruricius of Limoges and Friends (Liverpool).

MATTHEWS, J. F. (1975). Western Aristocracies and Imperial Court AD 364-425 (Oxford).

- —, (1959). The Roman Empire of Ammianus (Londres).
- —, (2000). Laying Down the Law: A Study of the Theodosian Code (New Haven).

MAYR-HARTING, H. (1972). The Coming of Christianity to Anglo-Saxon England (Londres).

MERRIDALE, C. (2006). Ivan's War: the Red Army 1939-1945 (Londres).

MERRILLS, A. y Miles, D. (2010). The Vandals (Oxford).

METZGER, E. (ed.) (1988). A Companion to Justinian's Institutes (Ithaca).

MIEROW, C. C. (1915). Jordanes Getica (Nueva York).

MILLAR, F. (2006). A Greek Roman Empire. Power and Belief under Theodosius II 408 450 (Berkeley).

MITCHELL, S. (1993). Anatolia. Land, Men and Gods in Asia Minor II. The Rise of the Church (Oxford).

MOCSY, A. (1974). Pannonia and Upper Moesia (Londres).

MOMIGLIANO, A. (1955). «Cassiodorus and the Italian Culture of His Time», *Proceedings of the British Academy* 41, pp. 215-248.

MOMMSEN, Th. (ed.) (1882). *Jordanes Romana et Getica*, MGH auctores antiquissimi 5. 1 (Berlín).

- —, (ed.) (1894a). Cassiodori ... Variae: i. Epistulae Theodericianae variae. ii. Acta synhodorum habitarum Romae. iii. Cassiodori Orationum reliquiae, ed. L. Traube. MGH auctores antiquissimi 12 (Berlín).
 - —, (ed.) (1894b). Chronica Minora, vol. 2, auctores antiquissimi (Berlín).

MOORE, R. I. (1987). The Formation of a Persecuting Society: Power and Deviance in Western Europe, 950-1250 (Oxford).

MOORHEAD, J. (1992). Teodorico in Italy (Oxford).

—, (1994). *Justinian* (Londres).

MORDEK, H. (1975). Kirchenrecht und Reform im Frankenreich: die collectio vetus Gallica: die älteste systematische Kanonessammlung des fränkischen Gallien: Studien und Edition (Berlín).

—, (1985). «Kanonistik und gregorianische Reform», en K. Schmid (ed.), Reich und Kirche vor dem Investiturstreit (Sigmaringen), pp. 65-82.

MORIN, G. et al. (eds.) (2010). Vie de Césaire d'Arles (París).

MORRIS, C. (1989). The Papal Monarchy: The Western Church from 1050 to 1250 (Oxford).

MULLER, C. (1868/1870). Fragmenta Historicorum Graecorum, vols. 4 y 5 (París).

NELSON, J. (1977). «On the Limits of the Carolingian Renaissance», *Studies in Church History*, pp. 51-67 (reeditada como núm. 2 en Nelson, 1986b).

- —, (1983), «Legislation and Consensus in the Reign of Charles the Bald», en C. P. Wormald et al. (eds.), *Ideal and Reality in Frankish and Anglo-Saxon Society: Studies presented to J. M. Wallace-Hadrill* (Oxford), 202-27 (reeditada como núm. 5 en Nelson 1986b).
- —, (1986a). «Dispute settlement in Carolingian West Francia», en Davies y Fouracre (1986), pp. 45-64.
 - —, (1986b). *Politics and Ritual in Early Medieval Europe* (Londres).
- —, (1987). «Making Ends Meet: Wealth and Poverty in the Carolingian Church», *Studies in Church History* 24, pp. 25-36.
- —, (1990). «The Last Years of Louis the Pious», en Godman y Collins, pp. 147-160.
 - —, (1992), Charles the Bald (Londres).
- —, (1998). «Making a Difference in Eighth-century Politics: The Daughters of Desiderius», en A. Murray (ed.), *After Rome's Fall* (Toronto), pp. 171-190.
 - —, (2005). «Charlemagne the Man», en Story (2005a), pp. 22-37.
 - —, (2008). Opposition to Charlemagne (Londres).

NICOL, D. M. (1992). The Immortal Emperor (Cambridge).

NIEBUHR, B. G. (ed.) (1839-41). Theophanes Chronographia (Bonn).

NOBLE, T. F. X. (1984). The Republic of St Peter: The Birth of the Papal State, 680-825 (Filadelfia).

- —, (1995). «The Papacy in the Eighth and Ninth Centuries», en McKitterick (1995), pp. 563-586.
 - —, (2009). Images, Iconoclasm, and the Carolingians (Filadelfia).

NORWICH, J. J. (1988). Byzantium: The Early Centuries (Londres).

OBOLENSKY, D. (1982). The Byzantine Commonwealth: Eastern Europe, 500-1453 (Nueva York).

O'DONNELL, J. J. (1979). Cassiodorus (Berkeley).

—, (2009). The Ruin of the Roman Empire (Londres).

PALLAS, D. (1977). Les Monuments paléochrétiens de Grèce découverts de 1959 à 1973 (Ciudad del Vaticano).

PERIN, P. y Kazanski, M. (1996). «Das Grab Childerichs I», en *Die Franken: Wegbereiter Europas: vor 1500 Jahren, König Chlodwig und seine Erben* (Maguncia), pp. 173-182.

- PHARR, C. (1952). The Theodosian Code and Novels, and the Sirmondian Constitutions (Nueva York).
- POHL, W. (1988). Die Awaren: ein Steppenvolk im Mitteleuropa, 567-822 n. Chr. (Múnich).
- —, (2003). «A Non-Roman Empire in Central Europe: The Avars», en Goetz et al. (eds.), pp. 571-195.
 - —, (2005). «Invasions and Ethnic Identity», en La Rocca, pp. 11-33.
- POLY, J.-P. y Bournazel, E. (1991). *The Feudal Transformation*, 900-1200 (Nueva York).
 - POTTER, D. (2004). The Roman Empire at Bay: AD 180-395 (Londres).
- PRICE, R. (2009). The Acts of the Council of Constantinople of 553: with related texts on the Three Chapters Controversy (Liverpool).
- PRINGLE, D. (1981). The Defence of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest (Oxford).
- *PLRE* = *The Prosopography of the later Roman Empire*, Jones, A. H. M. et al. (eds.), 3 vols. (Cambridge), 1971-1992.
- PROSTKO-PROSTYNSKI, J. (1994). Utraeque Res Publicae: The Emperor Anastasius' Gothic Policy (491-518) (Poznan).
- PUZO, M. (1969). The Godfather (Londres). [Hay trad. cast.: El padrino, Barcelona, 1969.]
- REUTER, T. (1982). «The 'Imperial Church System' of the Ottonian and Salian Rulers: A Reconsideration», *Journal of Ecclesiastical History* 33, pp. 347-374.
- —, (1985). «Plunder and Tribute in the Carolingian Empire», en *Transactions of the Royal Historical Society*, pp. 75-94.
- —, (1990). «The End of Carolingian Military Expansion», en Godman y Collins, pp. 391-407.
 - —, (1991). Germany in the Early Middle Ages c.800-1056 (Londres).
 - —, (ed.) (2000). The New Cambridge Medieval History, vol. 3 (Cambridge).
- —, (2005). «Charlemagne and the World beyond the Rhine», en Story (2005a), pp. 183-194.
- REYDELLET, M. (1981). La Royauté dans la littérature latine: de Sidoine Apollinaire à Isidore de Séville (Roma).
- REYNOLDS, L. D. y Wilson, N. G. (1991). Scribes and scholars: a guide to the transmission of Greek and Latin literature, 3^a ed. (Oxford).
- REYNOLDS, R. E. (1995). «The Organisation, Law, and Liturgy of the Western Church 700-900», en R. McKitterick (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, vol. 2 (Cambridge), pp. 587-621.
- RICHARDS, J. (1979). The Popes and the Papacy in the Early Middle Ages, 476-752 (Londres).
 - RICHÉ, P. (1987). Gerbert d'Aurillac: le pape de l'an mille (París).

RICHTER, M. (1985). «Die politische Orientierung Mährens zur Zeit von Konstantin und Methodius», en H. Wolfram y A. Schwarcz (eds.), *Die Bayern und ihre Nachbarn*, vol. 1 (Viena), pp. 281-292.

RILEY-SMITH, J. (1986). The First Crusade and the Idea of Crusading (Londres).

RIPOLL, G. y Velázquez, I. (1995). La Hispania visigoda: del rey Ataúlfo a don Rodrigo (Madrid).

RIVERS, T. J. (1977). Laws of the Alamans and Bavarians (Filadelfia).

RIVIÈRE, Y. de la (ed.) (2012). Confiscations et l'histoire de l'Empire Romain (Roma).

ROBINSON, I. S. (1978). Authority and Resistance in the Investiture Contest. The Polemical Literature of the Eleventh Century (Manchester).

- —, (1990). The Papacy 1073-1198: Continuity and innovation (Cambridge).
- —, (2004a). The Papal Reform of the Eleventh Century: Lives of Pope Leo IX and Pope Gregory VII (Manchester).
- —, (2004b). «Reform and the Church 1073-1122», en Luscombe y Riley-Smith (2004a), pp. 268-334.
- —, (2004c). «Institutions of the Church 1073-1216», en Luscombe y Riley-Smith (2004a), pp. 368-460.
- —, (2004d). «The Papacy 1122-1198», en Luscombe y Riley-Smith (2004b), pp. 317-383.

ROLFE, J. C. (ed.) (1935-9). Ammianus Marcellinus (Londres).

ROSENWEIN, B. (1989). To be the Neighbor of Saint Peter: The Social Meaning of Cluny's Property, 909-1049 (Ithaca).

ROTHWELL, H. (ed.) (1975). English Historical Documents 1189-1327 (Londres).

ROUCHE, M. (1979). L'Aquitaine: des Wisigoths aux Arabes, 418-78; naissance d'une région (París).

RUSHWORTH, A. (2004). «From Arzuges to Rustamids: State formation and regional identity in the Pre-Saharan Zone», en A. H. Merrills (ed.), *Vandals, Romans, and Berbers: New Perspectives on Late Antique North Africa* (Aldershot), pp. 77-98.

SARRIS, P. (2002). «The Justinianic Plague: Origins and Effects», *Continuity and Change* 17, pp. 169-182.

—, (2011). Empires of Faith: The Fall of Rome to the Rise of Islam, 500-700 (Oxford).

SARTRE, M. (1982). 'Trois études sur l'Arabie romaine et byzantine', en *Revue d'études latines* (Bruselas).

SCHÄFER, C. (1991). Der weströmische Senat als Träger antiker Kontinuität unter den Ostgotenkönigen (490-540 n. Chr.) (St Katharinen).

SCHATZ, K. (1990) Papal Primacy from its Origins to the Present (Collegeville, Minn.).

SCHENKL, H. et al. (eds.) (1965-74). Themistii Orationes (Leipzig).

SCHIEFFER (2003). Die Streitschriften Hinkmars von Reims und Hinkmars von Laon, 869-871 (Hanover).

SCHMIDT, T. (1977). Alexander II. (1061-1073) und die römische Reformgruppe seiner Zeit (Stuttgart).

SCHOLL, R. y Kroll, G. (eds.) (1928). Novellae (Berlín).

SCOTT, L. R. (1976). «Aspar and the Burden of Barbarian Heritage», *Byzantine Studies* 3, pp. 59-69.

SCOTT, S. P. (trad.) (1932). The Civil Law, Including the Twelve Tables: The Institutes of Gaius, the Rules of Ulpian, the Opinions of Paulus, the Enactments of Justinian, and the Constitutions of Leo (Cincinnati).

SHANZER, D. y Wood, I. N. (trad.) (2002). Avitus of Vienne: Letters and Selected Prose (Liverpool).

SHEA, G. W. (1998). The Iohannis or De bellis libycis of Flavius Cresconius Corippus (Lewiston, Me.).

SINOR, D. (1977). Inner Asia and Its Contacts with Medieval Europe (Londres).

SIRKS, A. J. B. (2007). The Theodosian Code: A Study (Friedrichsdorf).

SMITH, C. (1988). Christians and Moors in Spain, vol. 1 (Warminster).

SMITH, R. P. (1860). The Third Part of the Ecclesiastical History of John Bishop of Ephesus (Oxford).

SOMERVILLE, R. y Brasington, B. C. (1998). *Prefaces to Canon Law Books in Latin Christianity: Selected Translations*, 500-1245 (New Haven).

SORABJI, R. (1983). Time, Creation and the Continuum: Theories in Antiquity and the Early Middle Ages (Londres).

SOTINEL, C. (2005). «Emperors and Popes in the Sixth Century: The Western View», en Maas, pp. 267-290.

STANIFORTH, M. (ed.) (1987). Early Christian Writings (Harmondsworth).

STATHAKOPOULOS, D. (2000). «The Justinianic Plague Revisited», *Byzantine* and Modern Greek Studies 24, pp. 256-276.

STEIN, E. (1949). Histoire du Bas-Empire, vol. 1 (París).

-, (1950). Histoire du Bas-Empire, vol. 2 (París).

STEIN, P. (1999). Roman Law in European History (Cambridge).

STEWART, H. F. et al. (1918). Boethius: Tractates, De Consolatione Philosophiae (Cambridge, Mass.).

STOCKING, R. (2000). Bishops, Councils, and Consensus in the Visigothic Kingdom, 589-633 (Ann Arbor).

STORY, J. (ed.) (2005a). Charlemagne: Empire and Society (Manchester).

—, (2005b). «Charlemagne and the Anglo-Saxons», en Story (2005a), pp. 195-210.

TEILLET, S. (1984). Des Goths à la nation gothique: les origines de l'idée de nation en Occident du Ve au VIIe siècle (París).

THOMPSON, A. y Gordley, J. (1993). The Treatise on Laws: (Decretum DD 1-20) (Washington D C).

THOMPSON, E. A. (1946). «The Isaurians under Theodosius II», *Hermathena*, pp. 18-31.

- —, (1969). The Goths in Spain (Oxford). [Hay trad. cast.: Los godos en España, Alianza Ed., Madrid, 1990.]
- —, (1982). Romans and Barbarians: The Decline of the Western Empire (Madison).

THORPE, L. (1974), *Gregory of Tours: The History of the Franks* (Londres).

TILLMANN, H. (1980). Pope Innocent III (Ámsterdam).

TUCHMAN, B. (1979). A Distant Mirror: The Calamitous 14th Century (Nueva York).

TURNER, C. H. (1903). «Chapters in the History of Latin MSS III: The Lyon-Petersburg MS of Councils», *Journal of Theological Studies* 4, pp. 426-434.

TYERMAN, C. (2006). God's War: A New History of the Crusades (Londres). [Hay trad. cast.: Las guerras de Dios: una nueva historia de las Cruzadas, Crítica, Barcelona, 2007.]

ULLMANN, W. (1960). The Medieval Papacy: St Thomas and Beyond (Londres).

—, (1970). Growth of Papal Government, 3a ed. (Londres).

VESSEY, M. (1993), «The Origins of the Collectio Sirmondiana», en *The Theodosian Code*, ed. I. N. Wood y J. Harries (Londres), pp. 178-199.

VIVES, J. (1963). Concilios visigóticos e hispano-romanos (Barcelona).

WAITZ, G. (1911). *Einhardi Vita Karoli Magni*, 6^a ed., MGH Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum (Hanover).

WALLACE-HADRILL, J. M. (1982). The Long-haired Kings (Toronto).

WARD PERKINS, B. (1984.). From Classical Antiquity to the Middle Ages: Urban Public Building in Northern and Central Italy, AD 300-850 (Oxford).

—, (2005). The Fall of Rome and the End of Civilization (Oxford).

Watson, A. et al. (1998). The Digest of Justinian (Filadelfia).

WATT, J. A. (1999). «The Papacy», en D. Abulafia (ed.), *The New Cambridge Medieval History*, vol. 5 (Cambridge), pp. 107-163.

WERNER, K. F. (1979). «Kingdom and Principality in Twelfth Century France», en T. Reuter (ed.), *The Medieval Nobility: Studies on the Ruling Classes of France and Germany from the Sixth to the Twelfth Century* (Ámsterdam), pp.

- —, (1980). «Missus-marchio-comes: entre l'administration centrale et l'administration locale de l'empire carolingien», en W. Paravicini y K. F. Werner (eds.), *Histoire comparée de l'administration (IVe-XVIIIe siècle)*, Beihefte der *Francia* 9 (Múnich), pp. 91-239.
- WHITBY, L. M. (1985). «Justinian's Bridge over the Sangarius and the Date of Procopius' *De adeficii*», *Journal of Hellenic Studies* 105, pp. 129-148.
- —, (1986). «Procopius and the Development of Roman Defences in Upper Mesopotamia», en H. Kennedy y P. Freeman (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine Near East* (Oxford), pp. 717-735.
- —, (1988). The Emperor Maurice and his Historian: Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare (Oxford).
- —, (2000). «The Balkans and Greece, 420-602», en Cameron et al. (2000), pp. 701-730.
- WHITBY, L. M., y Whitby, J. M. (1986). *The History of Theophylact Simocatta* (Oxford).
 - —, (1989). The Chronicon Paschale (Liverpool).
- WHITELOCK, D. (1996). English Historical Documents, c.500-1042, 2^a ed. (Londres).
- WHITTOW, M. (1996). The Making of Orthodox Byzantium, 600-1025 (Londres).
- WICKHAM, C. J. (1981). Early Medieval Italy: Central Power and Local Society, 400-1000 (Londres).
- —, (1993). «La chute de Rome n'aura pas lieu. À propos d'un livre récent», *Le Moyen Age* 99, pp. 107-126.
- —, (2005). Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean 400-800 (Oxford).
- —, (2009). The Inheritance of Rome: A History of Europe from 400 to 1000 (Londres).
 - WILLIAMS, A. (1991). The English and the Norman Conquest (Woodbridge).
- WISEMAN, J. (1984). «The City in Macedonia Secunda», en V. Popovic (ed.), *Villes et Peuplement dans l'Illyricum protobyzantin* (Rome), pp. 289-313.
 - WOLFRAM, H. (1988). History of the Goths, trad. T. J. Dunlap (Berkeley).
- WOLLASCH, J. (1999). «Monasticism: the First Age of Reform», in Reuter (1999), pp. 163-185.
 - WOOD, I. N. (1994). The Merovingian Kingdoms (Londres).
- —, (1995). «Teutsind, Witlaic and the History of Merovingian Precaria», en W. Davies y P. Fouracre (eds.), *Property and Power in the Early Middle Ages* (Cambridge), pp. 31-52.
 - WOOD, S. (2006). The Proprietary Church in the Medieval West (Oxford).

WORMALD, P. (1999). The Making of English Law: King Alfred to the Twelfth Century. Volume 1, Legislation and Its Limits (Oxford).

WRIGHT, F. A. (1993). Liutprand of Cremona: The Embassy to Constantinople and Other Writings (Londres).

WRIGHT, R. (1982). Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France (Liverpool).

—, (1996). Latin and the Romance Languages in the Early Middle Ages (Filadelfia).

AGRADECIMIENTOS

Es un enorme placer poder agradecer algunas de las deudas, intelectuales, prácticas y personales, que he contraído al escribir este libro. Como siempre, los nombres que aparecen aquí mencionados lo están en detrimento de otros muchos que deberían mencionarse, pero que no aparecen: en parte porque sería harto difícil manejar una lista completa y en parte porque la génesis de cualquier libro extenso es tan intrincada que reconstruir con precisión todas las deudas generadas es una tarea imposible.

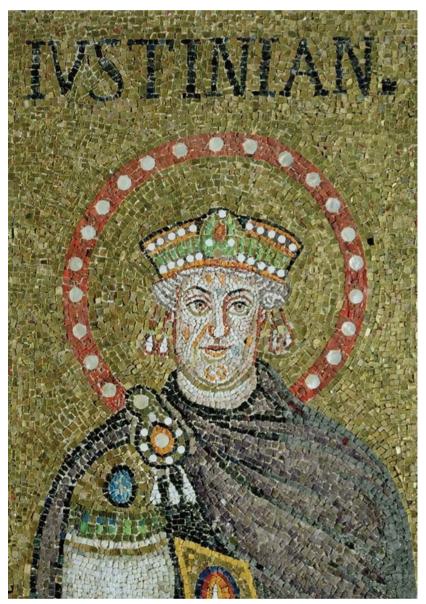
En primer lugar, me gustaría dar las gracias al Einstein Forum y a Sander Evers, organizador de los coloquios actualmente en curso de la *Collectio Avellana*, por haberme invitado a hablar, cosa que me ha permitido exponer en contextos más formales versiones de las argumentaciones que subyacen en la cuarta parte de este libro. La influencia de mi colega y amigo David d'Avray es aquí también profunda. En la tercera parte, me he aventurado a escribir sobre un campo en el que hasta ahora solo había enseñado, y mis esfuerzos dependen por completo de un grupo de colegas de quienes he aprendido mucho a lo largo de los años, aunque querría

destacar especialmente a Wendy Davis y a Jinty Nelson, con quienes he tenido el privilegio de trabajar directamente en diferentes etapas de mi carrera. La primera parte refleja mis obsesiones de toda la vida por lo relacionado con los godos, pero mi interés en Procopio y Justiniano se remonta directamente a mis tiempos de estudiante y particularmente a la influencia conjunta de James Howard Johnston y Michael Whitby. Mi deuda con ellos y con una multitud de académicos, tanto si aparecen en mis notas al pie como si lo hacen solo en mi cabeza, es inmensa y mi gratitud totalmente genuina.

También quiero agradecer a mi agente, Felicity Bryan, y a su equipo por todo el apoyo y aliento que me han brindado mientras escribía. En particular la actitud alegre y de no darse jamás por vencida de Felicity constituye el mejor de los tónicos. Asimismo, mi editora de Macmillan, Georgina Morley, ha sido paciente e infinitamente servicial a lo largo de todo el proceso, sobre todo en el tema de las ilustraciones, y el resto del equipo de producción, especialmente Nicholas Blake, Tania Wilde y mi corrector David Milner, han evitado los innumerables errores y concluido la obra con la máxima eficiencia y celeridad. Estoy enormemente agradecido.

Por último, pero en absoluto menos importante, me produce gran placer dar las gracias a Gail, William y Nathaniel que indirectamente han de compartir el intenso y prolongado proceso que constituye la escritura. Solo puedo disculparme por mis innumerables períodos de fatiga e irritabilidad, pero estoy contento de que el proyecto nos brindase la excusa de compartir un maravilloso viaje a Estambul. No hace falta decir que Tookie, Constance, Percy,

Nottle y Bella, por su parte, contribuyeron todo el tiempo proporcionando interminables y alegres distracciones y, también, una constante insistencia en la importancia del ejercicio saludable.



1. Mosaico de Teodorico de San Apolinar Nuevo en Ravena. Cuando fue hallado oculto bajo capas de yeso, los historiadores del arte lo interpretaron como Justiniano y como tal lo restauraron, pero San Apolinar era la iglesia del palacio de Teodorico, por consiguiente, es más que probable que sea él la figura retratada.



2. Broches con forma de águila del tesoro de Apahida: un ejemplo de la inmensa riqueza en oro acumulada en la Europa central gracias a las sorprendentes victorias de Atila de la década de 440. La lucha por su control alimentó el proceso competitivo que destruyó al imperio húnico e impulsó el auge de los godos panonios.



3. Moneda del emperador Zenón (474-491). Su interminable lucha por aferrarse al poder imperial creó las condiciones que permitieron a Teodorico el Amal consolidar una base de poder aún mayor a expensas de los godos tracios rivales, e incluso conseguir la aprobación del emperador para su conquista de Italia.



4. El emperador Anastasio retratado en marfil.



5. Murallas de Constantinopla. Construidas a comienzos del siglo v, fueron demasiado resistentes para que ni Atila ni ninguno de los dos Teodoricos pudieran romperlas. De hecho, resistieron ante todos los agresores durante mil años hasta que los turcos trajeron sus cañones.



6. Mosaico del palacio de Teodorico de San Apolinar Nuevo. Originariamente, entre los arcos había retratos de importantes personajes políticos, con el rey supuestamente en el centro, pero fueron eliminados tras la conquista de Justiniano. En un pilar todavía puede verse una mano.



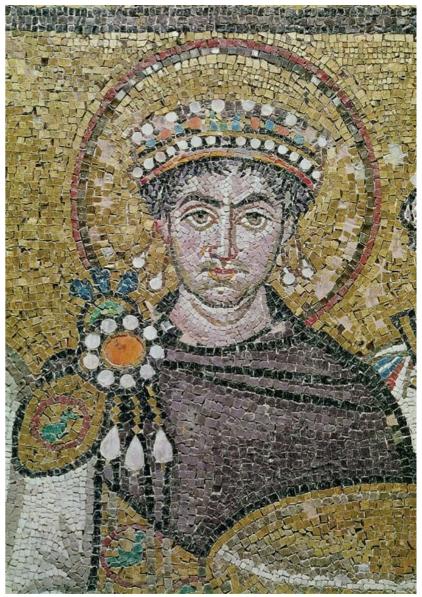
7. Mausoleo de Teodorico, según los modelos imperiales romanos, en Ravena. El tejado fue construido con una formidable pieza de mármol.



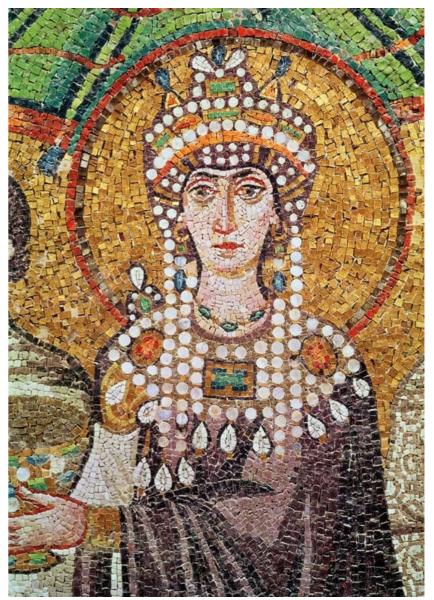
8. Teodorico en el medallón de Senigallia. La acuñación de monedas de oro era una prerrogativa imperial; este retrato triunfal es un claro indicio de su pretensión al estatus casi imperial.



9. Bautismo de Cristo del baptisterio llamado de los arrianos en Ravena. Los cristianos nicenos y no nicenos cooperaron gustosamente bajo el gobierno de Teodorico, convocando incluso al rey para resolver un complicado cisma papal.



10. Justiniano y su corte en el famoso mosaico de la iglesia de San Vitale en Ravena. La construcción de la iglesia se inició bajo Teodorico, pero la decoración fue modificada tras la toma de la ciudad por parte de Belisario.



11. Teodora retratada en el panel del mosaico justo enfrente de la figura de Justiniano en San Vitale. Aquí aparece plenamente como la emperatriz elegida por Dios, la imagen exacta del retrato que hace de ella Procopio en su *Historia secreta*.



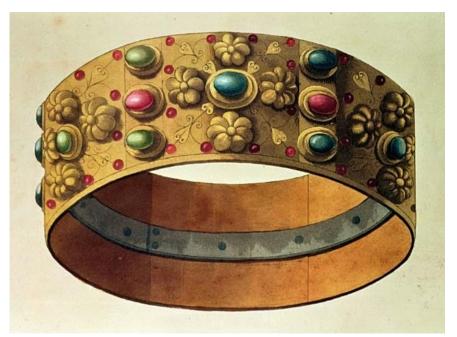
12. La gran iglesia de Justiniano de Santa Sofía en Estambul. El hecho de si se hubiera construido o no esta iglesia de no haber ardido la original hasta los cimientos en la revuelta de la Nika es irrelevante.



13. Puerto de Cartago, capital del reino vándalo de África del Norte. La total e inesperadamente fácil conquista del reino por parte de Belisario, junto con la satisfactoria finalización de la reforma legal, ratificaron la pretensión de Justiniano de ser el emperador legítimo elegido por Dios, tras el desastre de la Nika.



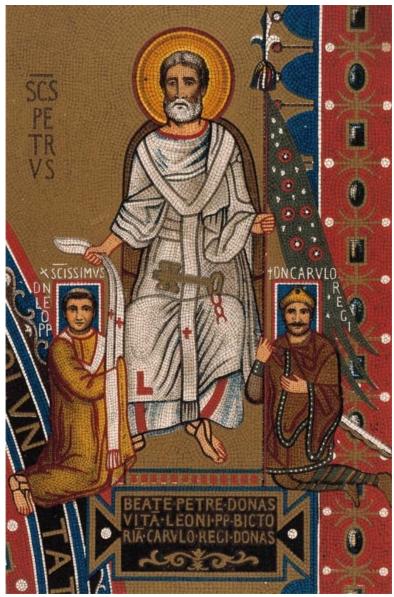
14. El *Corpus Iuris Civilis*. El gran logro legal de Justiniano fue tan importante para él en términos ideológicos como sus victorias en África e Italia.



15. Un aguatinta del siglo XIX que muestra la corona de hierro de Lombardía. La conquista de Carlomagno de sus vecinos italianos marcó un cambio súbito en sus ambiciones y lo situó decisivamente en la senda hacia la coronación imperial.



16. Relicario de Carlomagno en Aquisgrán. Su hijo y sus nietos no fueron capaces de mantener el legado de la unidad imperial que él, aunque de modo fortuito, les había transmitido a su muerte en 813.



17. Una copia del famoso mosaico del papa León, que muestra a Carlomagno y al papa como subordinados del apóstol fundador de Roma, san Pedro. Por su parte, Carlomagno estaba convencido de que su autoridad imperial provenía directamente de Dios.



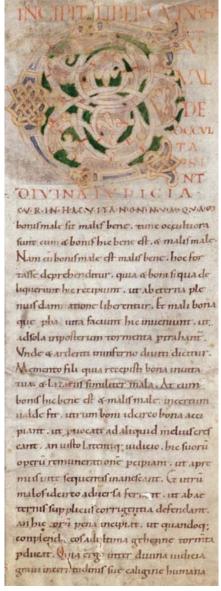
18. Coronación de Luis el Piadoso. Las inesperadas muertes de los hijos mayores de Carlomagno en los años anteriores a 813 dejaron a Luis como único heredero. Este fue reconocido como tal en una ceremonia de coronación imperial a la que el papa ni siquiera fue invitado.



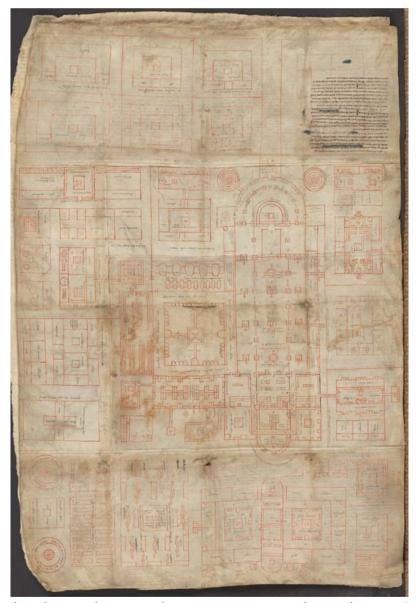
19. Carlos el Calvo retratado como Carlomagno al estilo imperial en su libro de los Evangelios.



20. El libro de Josué del Evangelio de Carlos el Calvo: un hermoso ejemplo de la alta calidad en la producción de libros característica del Renacimiento carolingio.



21. La minúscula carolingia, la escritura altamente eficiente que el Renacimiento carolingio normalizó y que se utilizó para copiar los miles de textos considerados necesarios para la *correctio*, el correcto conocimiento de la religión cristiana que Carlomagno valoró que debía inculcar a toda la cristiandad.



22. Plano de San Galo. Los grandes monasterios patrocinados por el imperio (San Galo era uno de ellos) y las escuelas establecidas en las casas de los arzobispos y los obispos más importantes de Carlomagno aportaron sus recursos para desarrollar una percepción compartida del «verdadero» cristianismo basada en un conjunto común de textos religiosos.



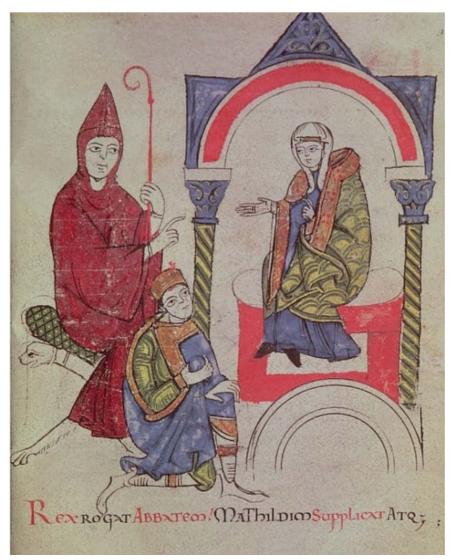
23. Juicio del papa Formoso. Cuando las estructuras imperiales carolingias a través de las que había empezado a desempeñar un papel más relevante en la cristiandad occidental se desmoronaron, las ambiciones del papado rápidamente se redujeron a intereses materiales y locales del centro de Italia.



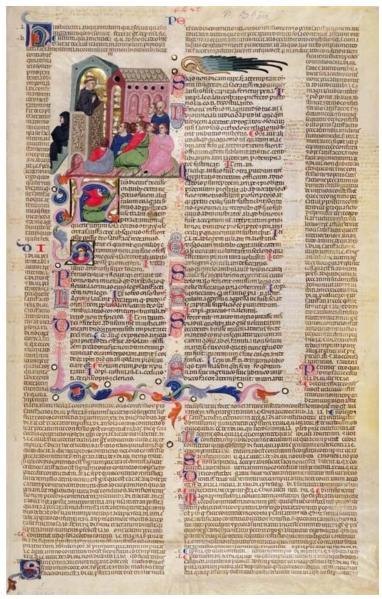
24. León IX, el más grande de los papas bárbaros. Aquí aparece retratado junto al patriarca de Constantinopla mostrando su superioridad.



25. Muerte de León IX. Rápida y debidamente santificado después de su muerte, el reinado de León cambió el rumbo del papado hacia el papel de jefe supremo que habría de representar para la cristiandad latina.



26. Un episodio de la Querella de las Investiduras. El emperador Enrique IV convoca a la condesa Matilde para mediar entre él y el papa Gregorio VII. En realidad, la trayectoria de Gregorio pone de manifiesto que la confrontación directa no podía ser nunca la base para la renovación del imperio papal.



27. El *Decretum* de Graciano en su forma clásica con el texto principal rodeado de las secciones relevantes de la *Glossa Ordinaria*. La demanda por parte del consumidor de una guía legal autorizada, no de una confrontación, es lo que verdaderamente permitió a los papas reemplazar a los emperadores como autoridad central reconocida de la cristiandad occidental.



28. La construcción de la iglesia se inició bajo Constantino para honrar los supuestos restos de san Pedro que yacían debajo. La posesión de estas reliquias y la declaración que ello les permitía nombrar a los obispos de Roma, como herederos directos de la única autoridad que Cristo había concedido a Pedro como Príncipe de los Apóstoles, conformaron las bases para la final reivindicación del papado, primero rivalizando y después superando la tradicional autoridad religiosa de los emperadores.



29. El papa Inocencio III. Su gran programa de reformas presentado en el Cuarto Concilio de Letrán de 1215, la mayor reunión de líderes cristianos jamás vista antes, simbolizó el surgimiento del papado como jefe supremo indiscutido de la cristiandad latina y puso a la Iglesia de la Alta Edad Media en el decidido sendero de obligar a sus congregaciones a ceñirse a los preceptos establecidos en los cánones conciliares.

NOTAS

- [1] El tiempo que duró el imperio romano depende, indudablemente, de cómo se cuente. Yo fecho su fundación a partir del momento de su primera gran anexión no italiana: la conquista de Sicilia. La cita es de Malco fr. 14, trad. Blockley (1983), p. 410.
- [2] Para indagar más profundamente sobre estas importantes transformaciones, véase Heather (2005), cap. 3; (2009), caps. 2-3 con una completa guía de los distintos estudios en los que se basa esta descripción.
- [3] Este es un breve resumen de la historia que abordé con mucho más detalle en *La caída del imperio romano*: Heather (2005).
- [4] Sobre la llamada eslavización de Europa que modificó el mapa de la Europa central y oriental, véase Heather (2009), esp. caps. 7-8, llenos de referencias al cuerpo de literatura en el que se basa esta descripción.
- [1] Casiodoro *Variae* 1.1: trad. Hodgkin (1886), pp. 141-142. La mejor introducción a los conceptos helenísticos de realeza y de su (apenas) cristianizada continuación en el período romano tardío es la de Dvornik (1966), con MacCormack (1981) sobre su habitual representación en el ceremonial imperial.
 - [2] Getica 52.271.
- [3] Gens Purpura: por ej. Variae 4.1; 9.1; 10.1-4. Las generaciones están numeradas en Variae 9.25. Una genealogía Amal más completa aparece en Getica 14. 79-81.
- [4] Jordanes explica del uso que hace de la historia de Casiodoro en *Getica* Pref. 2-3. Momigliano (1955) esgrimió que Jordanes estaba mintiendo para encubrir su proximidad con Casiodoro; Goffart (1998) argumentó lo contrario. Ambos criterios tienen además otros defensores. Yo he expresado mis propias opiniones con más detalle en Heather (1991), cap. 2, (1993). Las dos cartas de Casiodoro que pertenecen específicamente al debate son *Variae* 9. 24-25.
- [5] Los godos tracios desempeñarán un importante papel en los acontecimientos que siguen a continuación. Los godos bajo el dominio de los hunos: Prisco fr. 49. Crimea y mar de Azov: Procopio *Guerras* 8. 4. 9 ss.; *Los edificios* 3. 7. 13.

- [6] Getica 48. 246-252 expuesta en Heather (1989).
- [7] Las 300 libras de oro anuales de Valamer: Prisco fr. 37. El contraste entre la riqueza visible de la cultura de Cernjachov del siglo IV dominado por los godos y el oro de la era húnica es asombroso: compárese, por ej., Heather (1996) cap. 3 con Bierbräuer (1980) o Bona (1991). Heather (2009), cap. 5 debate el amplio impacto del auge y caída del imperio húnico más detalladamente y con completas referencias a la investigación actual.
- [8] Para un debate más detallado de los vándalos y los visigodos, con referencias: Heather (2009), cap. 4. Clodoveo: Gregorio de Tours *Historias* 2. 40-42.
- [9] Sobre la política de la creación de la ciudad, véase Dàgron (1974) con Heather y Moncur (2001) para la creación del Senado y algunos de sus posteriores usos políticos. Grig y Kelly (2012) contiene algunas contribuciones adicionales útiles.
- [10] Nunca se encontró su cuerpo, circunstancia que generó muchas historias románticas, sobre todo la leyenda del emperador de mármol que, como un moderno rey Arturo, despertaría para recuperar Constantinopla de manos de los turcos: véase Nicol (1992).
- [11] Alfödi (1974); Mocsy (1974); Lengyel y Radan (1980) siguen siendo la mejor introducción, aunque desde entonces se ha aprendido mucho; véase por ej. Christie (1996); Whitby (2000).
- [12] Croke (2005) desencadenó mi línea argumental sobre la llegada del joven Teodorico. La mejor guía (y maravillosamente breve) del desarrollo arqueológico de la ciudad sigue siendo Mango (1985) con completas referencias.
 - [13] Puzo (1969), p. 16.
- [14] Rosamunda: Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 4. 28. Véase *Getica* 522. 271 para la división de opiniones acerca del envío de Teodorico a Constantinopla.
 - [15] Braud (1984), esp. pp. 9-31.
- [16] Sobre León, Aspar y los isaurios, véase por ej. Brooks (1893); Thompson (1946); Scott (1976); Stein (1949), cap. 10, (1950), c. 1.
- [17] Getica 55: 282 ss.: cf. PLRE 1, 905 para referencias al triunfo sármata de Teodosio.
- [18] *Getica* 53: 276; cf. Heather (2009), pp. 246 ss. para un tratamiento más detallado de los efectos colaterales provocados por Atila.
- [19] Paga: Malco fr. 2. Teófanes AM 5931 sugiere que por lo menos algunos de los godos tracios estaban establecidos en territorio imperial desde la década de 420. El texto no carece de problemas, pero es coherente con una cadena de diferentes evidencias (la relación de Teodorico Estrabón con Aspar a través del matrimonio, el hecho de que estos godos abastecieran la guarnición de Constantinopla, etc.) que muestran hasta qué punto estaban integrados en las instituciones políticas constantinopolitanas en la década de 470: véase con más detalle en Heather (1991), pp- 251-263.

- [20] Expongo más extensamente mi punto de vista sobre el debate de identidad relacionado con los llamados (por los romanos) «bárbaros» de la Antigüedad tardía en Heather (2008) con referencias completas. Pueden encontrarse opiniones alternativas en varias de las ponencias recogidas en Gillett (2002), y Halsall (2007), cap. 2. Véase también Heather (2009), caps. 1 y 11 para la asociación intelectual que opera en este período entre las concepciones de identidad y la realidad o no de la migración a gran escala. La evidencia clave en cuanto a la tendencia de los godos panonios a dedicarse a la agricultura nos la proporciona Malco fr. 18. 3, p. 430. 5 ss.; fr. 20. p. 438. 55 ss.; fr. 20, p. 446. 199 ss. con más debate en Heather (1991), pp. 242 ss. Todas las posteriores referencias de página y línea a los fragmentos conservados de la historia de Malco hacen referencia a la edición y traducción de Blockley (1983).
- [21] Caravana: Malco fr. 20. p. 448, 11. 245; cf. Heather (2009), 28 ss. con referencias completas sobre el hábito de la migración.
- [22] Grupos: *Getica* 56: 283. Es posible que Vitimer, hijo de Vitimer, recibiera en la Galia dos cartas del obispo Ruricio de Limoges: *Epp.* 2. 61 y 63: trad. Mathisen (1999).
 - [23] Avance hacia Tesalónica: Getica 56. 287. Salida hacia Italia: Getica 57. 289 ss.
- [24] El principio de que solo se podía pagar a un grupo a la vez está expresado en Malco fr. 15, p. 420. 11. 10 ss.
- [25] Euboia: *Getica* 56: 285-287. El texto del tratado de Estrabón con León se puede encontrar en Malco fr. 2, p. 408. 11. 22 ss. En el siglo x se conservan extensas citas de la historia de Malco. Emperador bizantino Constantino VIII Porfirogénito: véase Blockley (1981), cap. 4. Brooks (1893) sigue siendo una excelente guía sobre la política de la corte en Constantinopla, siempre que se tenga en cuenta que tendía a ver a todos los isaurios como aliados naturales, mientras que los testimonios ponen de manifiesto que había diferentes grupos con sus potenciales rivalidades internas.
- [26] Para introducciones a la floreciente arqueología de Isauria: véase por ej. Foss (1990); Mitchell (1993); Hill (1996).
- [27] Un relato más detallado del auge y caída de Basilisco puede encontrarse en Brooks (1893); Heather (1991), pp. 272-278; Stein (1959), cap. 1.
- [28] Las fuentes sobre Amato y su caída se mencionan en *PLRE* 2, 148. Los 13.000 hombres de Estrabón: Malco fr. 18. 4. En un momento dado Teodorico el Amal se ofreció a realizar una campaña allí donde quisiera el emperador con 6.000 «de sus mejores» hombres mientras dejaba a sus no combatientes en la ciudad de Dirraquio (Malco fr. 20, pp. 446, 215 ss.), que precisaba una guarnición de 2.000 (Malco fr. 20, pp. 440, 83 ss.). No quería correr ningún riesgo en aquellos momentos, por lo tanto tenemos nuevamente a 10.000 combatientes. Cambios de bando: Malco fr. 18. 1.
 - [29] Malco fr. 18.2.
 - [30] Malco fr. 20, p. 444. 175 ss.
 - [31] Malco fr. 18. 2, p. 428. 30 ss.
 - [32] Malco frs. 18. 3-4, 20. En la investigación arqueológica ha surgido cierta

evidencia de estos asaltos godos: Pallas (1977); Wiseman (1984) con referencias.

- [33] Malco fr. 20, p. 446. 212 ss.
- [34] Malco fr. 20, p. 446. 226 ss.
- [35] El intento de golpe de estado de Marciano a finales de 479 es el último incidente relatado por Malco: fr. 22. A partir de 480, nuestra fuente principal la constituyen los fragmentos que se han conservado de Juan de Antioquía, que pueden leerse en una traducción de Gordon (1996). El relato de su muerte está sacado de Juan de Antioquía fr. 211. 5; otras fuentes como *PLRE* 2, 1076.
- [36] El asesinato de sus tíos por parte de Recitach: Juan de Antioquía fr. 211. 5. Su propia muerte: Juan de Antioquía fr. 214. 3; cf. Heather (1991), pp. 301 ss. para un debate más completo del probable cambio de lealtades entre el grueso de los godos tracios.
 - [37] Véase Brooks (1893) para un vívido relato.
- [38] Otoño, una vez recolectada la cosecha, pero mientras la hierba todavía crecía, era una época excelente para realizar estos desplazamientos. La fuente principal para esta revuelta y el desplazamiento a Constantinopla es Juan de Antioquía fr. 214. 4 ss.
- [39] La cita es de Juan de Antioquía fr. 214.a. Otros buenos relatos secundarios de la conquista de Italia pueden encontrarse en Wolfram (1988), pp. 278 ss.; Moorhead (1992), cap. 1.
 - [1] Casiodoro Variae 9.24.
- [2] Las cartas están editadas por Fridh (1973). Hodgkin (1886) es una traducción resumida y a veces muy abreviada de la colección de las *Variae*; Barnish (1992) proporciona una traducción actualizada con comentarios de una selección de las cartas. Para una introducción a Casiodoro y su trayectoria, véase O'Donnell (1979); Barnish (1992), IX-LIII; Heather (1993). Liberio sin duda y puede decirse que también Símaco y Boecio, a los que volveremos más adelante en el capítulo, fueron todos consejeros romanos de Teodorico en el período formativo de su reinado más importantes que Casiodoro.
- [3] Bjornlie (2009) es excelente en cuanto al contexto de la creación de la colección, pero considera, inverosímilmente desde mi punto de vista, que las cartas fueron en gran medida reescritas para una audiencia burocrática en Constantinopla después de 540. Sobre la agenda clasicizante del régimen de Teodorico a la que se ajustan perfectamente el tono y el contenido de las cartas, véase Heather (1993). Esto no quita que Casiodoro pudiera manipular, y de hecho lo hizo, la selección y organización de las cartas por él elegidas, como veremos más adelante en este capítulo.
- [4] Kaster (1988), esp. pp. 12-19, es excelente en lo relativo al papel adscrito a la educación; cf. Sorabji (1983), esp. caps. 13 y 20, respecto a cómo se entrecruzaron estas ideas con la antigua visión del universo. Un estudio clásico de la antigua teoría política y del limitado impacto del cristianismo es Dvornik (1996), esp. caps. 8, 10-12.

- [5] Decoración de los mosaicos: MacCormack (1981), pp. 236-239; cf. en general sobre los palacios de Teodorico: Johnson (1988); Ward-Perkins, 1984.
- [6] Para una introducción al cristianismo no niceno de los godos, véase Heather y Matthews (1991), caps. 4-7. Teodorico y el papado: *Anon. Val.* 12.65 sobre el *adventus*, y Moorhead (1992), cap. 4 sobre la disputada elección. Sínodo: *Acta synh. habit. Romae*, 1, p. 405. Enodio: ed. Hartel, pp. 267-268; cf. id., *Vida de Epifanio* 97. 35.
- [7] Civilitas: Barnish (1992), xxiv-xxv; cf. Variae 1.27; 2.24; 6.5; 8.33; 9.18. Importancia general de la ley: por ej. Variae 2.7; 3.17 (cf. 18); 4.22; 5.40; 10.5. Fridh (1973) en pp. 281-283 cita referencias cruzadas al Código Teodosiano y a otras leyes imperiales. Véanse también Variae 12.5 y 11.13 sobre libertas.
- [8] Panegírico: ed. Hartel, p. 264, pp. 13 ss.; cf. *Variae* 3.13, 8.15, 8.31; con *Variae* 9.21 sobre el salario de los gramáticos.
- [9] Para una discusión más profunda de todos estos temas, véase Heather (1993); (1994a).
- [10] Sobre el desarrollo de los derechos y propiedades eclesiásticas en el período romano tardío, véase Jones (1964), cap. 22; Wood (2006), esp. cap. 1. Contraste vándalo: por ej. Courtois (1955), pp. 289-310; Heather (2007); Merrills y Miles (2010), cap. 7.
- [11] Para la amenaza, véase Enodio *Vida de Epifanio* pp. 122-135. Sobre la aristocracia italiana, véase Barnish (1988); Schäfer (1991); Wickham (2005), pp. 155-168.
- [12] Para una introducción a la requisición de tierras por parte de los normandos, véase por ej. Hooke (1998); Williams (1991); Baxter (2007), cap. 7. La pérdida de efectivos de Teodorico a manos de Estrabón en 477.
- [13] Casiodoro *Variae* 2.15-16. Enodio *Ep.* 9.23. *PLRE* 2, pp. 677-681 recopila y debate las otras referencias a él en nuestras fuentes.
- [14] Bierbräuer (1975), pp. 23-39, se basa fundamentalmente en la información que surge casualmente de la narrativa de Procopio de la conquista del Oriente romano.
- [15] Goffart (1980), sustancialmente confirmado en (2007), cap. 6, esgrimió que en realidad ninguna propiedad de tierras cambió de manos y su postura ha ganado muchos adeptos. En mi opinión, su argumento es convincente en la medida en que añade el ajuste de impuestos al panorama general, y a él le debemos la convincente identificación de los «tercios» italianos. No obstante, su insistencia en que ninguna tierra cambió de manos lleva el debate más allá del límite, y ha generado la necesaria reacción: véase por ej. Barnish (1986); Wickham (1993); Halsall (2007), pp. 442-447; y las ponencias recogidas en Riviere (1012).
- [16] Amory (1997) esgrimió que el ejército de Teodorico básicamente desapareció en la campiña, y, como el argumento de adaptación de Goffart, tiene también sus admiradores. Heather (1995) recoge y debate la evidencia de las *Variae* relativa a la organización del ejército godo, que no es insustancial, incluyendo

Variae 5.26-7 (que reúne a los godos de Piceno y Samnio para recibir sus donativos); 5.36 (una liberación por escrito); 8.26 (subgrupo en Rieti eligiendo a su propio *prior*).

- [17] *Getica* 60:313.
- [18] Pueden hallarse buenos relatos en James (1988), cap. 3; Wood (1994), cap. 4. Los principales puntos de polémica son la detallada cronología y el tamaño de la entidad ubicada en torno a Soissons.
 - [19] *Variae* 3.1.2-3.
 - [20] Variae 3.2.3-4.
 - [21] *Variae* 3.5.2-5.
 - [22] Variae 1.1.
- [23] Una vieja tendencia de la erudición —por ej. Jones (1962)— trató de establecer la posición constitucional exacta de Teodorico como gobernante de Italia, pero esta al final resulta una tarea imposible. Prostko-Prostynski (1994), cap. 1 y 131 ss., reúne y argumenta hábilmente los testimonios de las diferentes rondas de negociaciones, y aquí a grandes rasgos he seguido su reconstrucción. El único aspecto en el que no estoy del todo seguro es el de si Constantinopla accedió formalmente a todo lo que Teodorico hizo en la práctica en asuntos como la ubicación de estatuas y aclamación; a mi modo de ver no hay manera de estar seguros.
- [24] Casamiento de Amalafrida: Procopio *Guerras* 3. 8. 12. Intercambio de cartas: Casiodoro *Variae* 5.43-44.
 - [25] Véase más en Wolfram (1988), pp. 320 ss.
- [26] Variae 3.2.1 con 1.46.2-3 sobre los relojes. La excelente traducción de una selección de obras de Avito en Shanzer y Wood (2002) ha hecho que importantes aspectos de la cultura y política del reino burgundio sean mucho más accesibles a un público de raíz no latina.
 - [27] Variae 3.4.1-2; 2.41.2.
- [28] Conquista de Hispania y centralización del tesoro: Procopio *Guerras* 5. 12. 33 ss.; cf. *Variae* 5.35 y 39 para dos instantáneas de administración consolidada incluyendo Hispania, presumiblemente de 511 justo antes de que Casiodoro dejase el puesto de cuestor.
- [29] *Vida de Cesáreo* 1. 36-43 para el encuentro, trad. en Klingshirn (1994b). Los concilios están comentados con más detalle en Klingshirn (1994), p. 124 ss.
 - [30] ILS 827.
- [31] Eutarico aparece en la *Getica* en 33: 174-175. Su rudeza está comentada en *Anon. Val.* 14. 80. A menudo se supone que Amalarico, nieto de Teodorico a través de su yerno el rey visigodo Alarico II, estaba destinado a gobernar Hispania.
- [32] La literatura sobre el contexto del cisma acaciano es inagotable, pero véase por ej. Allen (2000); Gray (2005); Millar (2006), cap. 4.
 - [33] Para relatos más detallados con abundantes referencias, véase Moorhead

- (1992), pp. 194-200; cf. Noble (1993); Sotinel (2005).
- [34] Sobre la *Crónica* de Casiodoro, véase O'Donnell (1979), pp. 36-43. La adopción de Eutarico por parte de Justino se menciona en *Variae* 8.1.3; cf. Claude (1989) sobre la relevancia del acto.
- [35] Anon. Val. 14. 83 da una explicación diabólica de la habitual lista de fracasos de los que se tiene constancia (es también la fuente del comentario de que Teodorico estaba a punto de lanzar una persecución de católicos justo antes de su muerte). Véase más en Momigliano (1995); Moorhead (1992), cap. 7.
- [36] Momigliano (1995). Su modelo de una división Roma/Ravena ha sido muy influyente desde entonces: por ej. Moorhead (1992), cap. 5.
- [37] Variae 6.6 proporciona una útil descripción del cargo de Magister Officiorum. Las fuentes para la carrera de Boecio están recopiladas y comentadas en PLRE 2, pp. 233-237.
- [38] Matthews (1975), caps. 1-2, es un soberbio enfoque de *otium*: este ideal de ocupación racional y cultural por parte de la élite concuerda perfectamente con la propia visión grecorromana de las características culturales que hacían de ella una sociedad humana inherentemente superior.
- [39] Boecio: *Variae* 1.10; Gundebaldo: *Variae* 1.45; Clodoveo: *Variae* 2.40. Símaco y Teodorico: *Variae* 1.23; 2.14; 4.6; 4.22; 4.51.
- [40] Marcelino Comes a. 508. Croke (2001) es una excelente introducción al cronista y sus relaciones.
- [41] La consolación de la filosofía está disponible traducida en Stewart et al. (1918). Muchos historiadores han lidiado con su narración evasiva, sospecho que deliberadamente evasiva, puesto que Boecio aún debía esperar un desenlace positivo cuando la escribió. No obstante, al final, no nos cuenta lo que nos gustaría saber. Véase por ej. Chadwick (1981), esp. pp. 58 ss. y cap. 5, junto con muchos de los ensayos en Gibson (1981).
- [42] *Gens purpura*. Teodahad: *Variae* 8.23; cf. 9.25.9. Disturbios ligures: *Variae* 8.16. Tuluin, *Variae* 8. 9-11; cf. *Variae* 8.3 para el reconocimiento explícito de que se barajaba una sucesión no Amal.
- [43] Split: Procopio, *Guerras* 5. 13. 4 ss.; cf. *ibid.* 5.12.50-54, y Jordanes, *Getica* 58:302 sobre el desarrollo de poder e independencia de Teudis en Hispania.
- [44] Para una reconstrucción narrativa más detallada, véase Wolfram (1988), pt. 5, cap. 10.
- [45] No adopción: *Variae* 8. 1. 3; cf. Moorhead (1992), cap. 5 para un enfoque más detallado de los problemas de los últimos años de Teodorico.
- [46] Barnish (1990) explora a fondo los testimonios en busca de vínculos entre ambos.
- [47] Un tal Pitza, por ejemplo, se rindió a Belisario con la mitad de los godos instalados en Samnio: Procopio, *Guerras* 5. 15. 1-2 con Heather (1995) sobre evidencias más claras de estructuras de autoridad independiente dentro del grupo

- global. Amory (1997) trató de argumentar que no había en absoluto ninguna identidad de grupo sólida entre los seguidores de Teodorico, basándose esencialmente en el caso de un tal Gundilas que cambiaba claramente de bando en la guerra según la inmediata conveniencia (véase esp. su Ap. 1, pp. 321-325). No obstante, esto no explica por qué la guerra bizantina de conquista duró veinte años: Heather (2003).
- [48] La transformación a largo plazo del mundo germánico en la periferia del imperio, y sus consecuencias estratégicas, están argumentadas con más detalle en Heather (2009), esp. caps. 2 y 7 con abundantes referencias.
 - [1] Justiniano Nov. 11; cf. Bavant (2007) para un resumen reciente de hallazgos.
- [2] La «autopsia» —literalmente ser testigo de algo uno mismo— se consideraba el mayor garante de veracidad, por consiguiente en el mundo antiguo gustaban los historiadores que habían sido parte de los acontecimientos que describían. Las mismas convenciones se aplicaban a los que trabajaban en griego y latín, aunque su dominio no era tan profundo como para evitar que surgiesen voces autorizadas tan dispares. Sobre la tradición griega en la Antigüedad tardía, véase en general Blockley (1981), (1983), mientras que Matthews (1989) centra su atención en el principal representante latino que se conserva.
- [3] Los edificios puede leerse en la traducción inglesa de Dewing (1940). El ataque acerca de su veracidad fue liderado por Croke y Crowe (1983), pero véase ahora por ej. Whitby (1986), (1988), cap. 3; Curta (2001), cap. 4.
 - [4] *SH* 1.3: trad. Dewing (1935).
 - [5] SH 8.22-33.
- [6] SH 9.10-30; Cod. Just. 5.4.23.1-4 documenta el importante cambio legal que permitía a las antiguas actrices casarse con personas de cualquier rango.
- [7] El carácter demoníaco y las alianzas de la pareja están expuestas con claridad en *SH* 12.14-32.
- [8] Averil Cameron (1985), cap. 5, es excelente en cuanto a la cuidadosa inversión de lo que debió haber sido Teodora.
- [9] SH 8.12-22. El poeta satírico Claudiano de finales del siglo IV y comienzos del V, que trabajó en nombre del gran *generalissimo* occidental Estilicón, utilizó la sexualidad para burlarse de uno de los grandes enemigos romano-orientales (Eutropio) de su patrón y para demonizar a otro (Rufino): Alan Cameron (1970), caps. 4, 6. Al interpretar también la demonización de Justiniano como un artificio retórico bien elaborado, al igual que la presentación de Teodora como una puta, en vez de considerarlo el pensamiento genuino de Procopio, mi relato está más próximo aquí al de Kaldellis (2004), esp. pp. 150-159, que al de Averil Cameron (1985), pp. 56-59, pero Kaldellis ve una intención mucho menos humorística.
- [10] Kaldellis (2004), para el análisis, pero las críticas han sido variadas y hay alternativas: por ej. Greatrex (2000). Por mi parte no dudo de que Kaldellis añade una percepción convincente a nuestra comprensión del Procopio autor, pero sospecho que su intención global es argumentar un propósito políticamente preciso

tras la sátira de Procopio.

- [11] Deo Auctore 1: sobre la reacción de Teodorico a la importancia de la ley escrita.
- [12] Ataúlfo: Orosio 7. 43. Un mercader romano convertido en huno: Prisco fr. 11.2 (trad. Blockley, 1983, pp. 269 ss.). El Prefacio al Código Bávaro, trad. Rivers (1977), retrata perfectamente la importancia ideológica general de la ley escrita a comienzos de la Edad Media: véase por ej. Heather (1994a).
- [13] El antiguo manual de Cayo consiguió sobrevivir por pura casualidad en un único palimpsesto manuscrito (es decir, todavía podía leerse debajo del material posterior escrito encima). La sustitución por parte de Justiniano puede leerse en la traducción de Birks y McLeod (1987) y junto con Metzger (1988).
- [14] Una excelente visión general del proyecto de Justiniano es Honoré (1978), esp. cap. 7. Sobre la obra de Hermogeniano y Gregoriano, véase Honoré 1994. Matthews (2000) y Sirks (2007) proporcionan relatos modernos y en algunos aspectos contradictorios del proyecto teodosiano, pero los desacuerdos se centran en los motivos del lento avance, no en el hecho de que fuera tan lento comparado con su proyecto sucesor de Justiniano.
 - [15] Deo Auctore 4-5.
- [16] Sobre el caótico contexto legal al que esta reforma tenía que remitirse, véase Jones (1964) cap. 14 (un poco pesimista); Harries (1999), cap. 1; Humfress (2007), pt 1.
- [17] Sobre los antecedentes, véase Dodgeon y Lieu (1991); Heather (2005), caps. 1 y 3; Dignas y Winter (2007), pp. 9-32.
- [18] La cita es de *Guerras* 1. 11. 17-18 de Procopio; con más comentarios y argumentación más detallada de la situación general en Greatrex (1998), cap. 7; Greatrex y Lieu (2002), pp. 79 ss.; Dignas y Winter (2007), pp. 34-44.
 - [19] Sobre Constancio, Juliano y los persas, véase Matthews (1989), cap. 6.
- [20] Las fuentes para el golpe de estado de Justino está recogidas y argumentadas en *PLRE* 2, 650. La diferencia entre apoderarse del trono y ejercer realmente el poder es un tema habitual entre la erudición moderna sobre la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media. Su importancia ha sido señalada especialmente por los historiadores carolingios, que han considerado que se necesitaban entre cinco y diez años, y una ingente dosis de suerte, para convertirse en un gobernante efectivo.
 - [21] Const. Tanta 12.
- [22] Cincuenta Decisiones: Honoré (1978), pp. 142-146. Supresión de escuelas rivales: *Cons. Omnem* 7.
 - [23] Const. Tanta 13; 15.
- [24] Para relatos más detallados, véase Greatrex (1998), caps. 7-9; Greatrex y Lieu (2002), cap. 6; Dignas y Winter (2007), pp. 100-106.
- [25] Alan Cameron (1973), (1976) proporciona la mejor introducción moderna a las facciones del circo. Nuestra fuente principal para la Nika son *Guerras* 1.24 de

- Procopio y el *Chronicon Paschale* trad. de Whitby y Whitby (1989), pp. 115 ss. Para un comentario más detallado, véase por ej. Alan Cameron (1976); Greatrex (1997); Sarris (2011), pp. 148-153.
- [26] Como identificó Evans (1984). Para Kaldellis (2004), pp. 24 ss. este es un excelente ejemplo de un extremadamente astuto y extremadamente subversivo Procopio en acción: cf. nota 10 más arriba.
- [27] Las citas son respectivamente de Justiniano *Nov.* 30. 11. 2 (536 d. C.), y *Cod. Just.* 1. 27. 1. 1-2 (534 d. C.). Variaciones de la vision tradicional de Justiniano pueden encontrarse en más comentaristas académicos como Jones (1964), pp. 269 ss. y estudios más populares: Norwich (1988), cap. 10. No obstante, también hay quien tiene dudas: por ej. Moorhead (1994), p. 63 ss.
- [28] Sobre los antecedentes, véase Courtois (1955), pt. 3, caps. 1-2; Heather (2007); Merrills y Miles (2010), cap. 7.
- [29] Golpe de Gelimer: Courtois (1955), pp. 269 ss.; Merrills y Miles (2010), pp. 74 ss.
- [30] La fuente clave para las «conversaciones» de 532 está traducida en Brock (1981); cf. Gray (2005) para un contexto más amplio.
 - [31] Sobre estos ataques previos, véase más en Heather (2005), pp. 385-407.
 - [32] Pudencio y Godas: Procopio Guerras 3. 10-11.
- [33] Procopio, *Guerras* 3.11.13-14.13 relata el viaje, cf. *Guerras* 3.14.1-5 para la misión de exploración de Procopio.
 - [34] Procopio, Guerras 3.14-21 para la campaña hasta la captura de Cartago.
 - [35] Procopio, Guerras 3.21-4.3.
- [36] Procopio, *Guerras* 4.4-9; cf. *PLRE* 3, pp. 192-193 para las otras muchas fuentes que documentan el triunfo.
- [37] Const. Tanta Pref.; cf. Honoré (1978), pp. 170 ss. para una reconstrucción planificada del horario de trabajo.
- [38] El surgimiento de esta nueva arma del ejército romano-oriental aguarda todavía un estudio global, pero el prefacio de Procopio a la guerra goda (*Guerras* 5) ofrece un elaborado relato de su indudable importancia, que está fuertemente respaldado por la narración de las batallas que le sigue. Para algún otro comentario secundario de importancia, véase Thompson (1982), pp. 77-81, 90-91; Elton (2007).
- [39] Nuestra principal fuente para el reinado de Amalasunta es Procopio, *Guerras* 5. 2-4, con importante material suplementario en las *Variae* de Casiodoro, esp. 9.8-9 (sobre Osuino) y 8.9-10 (Tuluin); cf. Wolfram (1988), pt. 5, cap. 9; Heather (1995) para más debate.
- [40] Las fuentes para Pedro el Patricio están recogidas y argumentadas en *PLRE* 3, pp. 994-998. Buenas noticias: *Guerras* 5. 3. 30. Malas noticias: *SH* 24. 22-3.
 - [41] Procopio, Guerras 5. 3. 30-7. 25.
 - [1] SH 18. 3-30 con nota al pie 1 en p. 213 de la traducción Loeb.
 - [2] Procopio, Guerras 5.6-11 es nuestra fuente principal para el reinado de

Teodahad. Relatos modernos secundarios de la conquista de Justiniano pueden encontrarse por ej. en Wolfram (1988), pt. 5, cap. 10; Heather (1996), cap. 9; Moorhead (1994), cap. 3; O'Donnell (2009), pp. 257 ss. Gracias a Procopio, los acontecimientos se comprenden bien y no hay necesidad de seguir recurriendo a lo que sigue a este cuerpo de literatura, ni al todavía más voluminoso al que dan acceso las notas al pie.

- [3] Francos: *Francos* 5.11.28-9. Pitza: *Guerras* 5. 15. 1-2. Roma: *Guerras* 5. 14 a 6. 6. Salona: *Guerras* 5. 16. 8-18.
- [4] Piceno: Guerras 6. 7. 28-34. Rímini: Guerras 6. 10. Guarniciones: 6. 11. 1-3. Belisario: Guerras 6. 11-13.
 - [5] Frente adriático: Guerras 6. 23-8. Urais: Guerras 6. 18 ss.
 - [6] Abandonos: Guerras 6. 28. 30-5. Negociaciones: Guerras 6. 22. 9-20.
 - [7] Guerras 6. 29. 1-3.
- [8] Embajada goda: *Guerras* 6. 22. 17-20. Armenios: *Guerras* 2. 3. 31-57. El relato de Procopio de la invasión puede leerse en *Guerras* 2. 5-13. La destrucción de Antioquía está documentada en *Guerras* 2. 10. 4-9, y la creación de la nueva Antioquía en 2. 14. Relatos secundarios: por ej. Greatrex y Lieu (2002), caps. 7-8; Greatrex (2005), pp. 488 ss.; Dignas y Winter (2007), pp. 37 ss. y 106 ss.; Sarris (2011), pp. 153 ss.
- [9] Urais e Ildebaldo: *Guerras* 6. 28. 35; 29. 39-41. Ofrecimientos a Belisario: *Guerras* 6. 30. El regreso del general a Constantinopla está relatado en *Guerras* 7. 1.
- [10] *Guerras* 7. 1. 25-2. 13 con Goscinny y Uderzo (1963) sobre la enfermedad de los godos.
- [11] Para relatos más detallados sobre la continuada guerra con Persia, véanse las obras citadas en la nota 8. Heather (1996) proporciona una lista completa de los elementos del ejército romano que Totila reclutó en diferentes momentos, pero téngase en cuenta que la inmensa mayoría solo se unió de forma circunstancial, normalmente porque no habían recibido la paga, y regresaron a la lealtad imperial tras haber cobrado.
- [12] Las victorias iniciales de Totila están descritas en *Guerras* 7. 3-8 por Procopio.
 - [13] Auximum: Guerras 7. 9-12. Roma: Guerras 7. 13-21.
- [14] Belisario y Totila: Guerras 7. 21-37. La flota atacante: Guerras 7. 35, 37-9, 8.22.
 - [15] Guerras 7. 37. 6-7; cf. 8. 24. 4.
 - [16] Guerras 8. 23.
 - [17] Campaña final de Totila: Guerras 8. 26-32. Teya: Guerras 8. 33-5.
- [18] Tres centros de resistencia: *Guerras* 8. 35. 37; *Guerras* 8. 34. 19-20: Agathias, *Historias* 2. 13-14; la campaña de Butilino y su fracaso se encuentran en Agathias, *Historias* 2. 1-14. La historia de Widin la relata Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 2, 2 con comentario en *PLRE* 3, p. 924.

- [19] Aunque esto nunca ha sido un impedimento. O'Donnell (2009), p. 289, cita un intento reciente, más meditado que la mayoría, pero incluso así la única cifra «real» es el informe de que Justiniano heredó una reserva de 28 millones de solidi de Anastasio y de Justino, cuyo estatus no está claro.
- [20] Para una argumentación más detallada de la forma problemática en que se han recibido los nuevos conocimientos de la identidad humana de grupo en los debates de la antigüedad tardía, véase Heather (2008). En el caso italiano, el razonamiento de Amory (1997) ha convencido a algunos de que el seguimiento de los godos de Teodorico fue de naturaleza altamente efímera, pero su base testimonial es endeble, y tiene la limitación predominante de dejar sin explicación por qué muchos miles de los miembros que le acompañaban estaban dispuestos a luchar y a morir entre 536 y 556, cuando, desde por lo menos 540, Justiniano estaba dispuesto a permitir que conservasen las tierras que habían recibido en el proceso de asignación: cf. Heather (2003) para más argumentación. Mucho más convincentes que Armory sobre los godos son Merrills y Miles (2010), esp. cap. 4 sobre los vándalos, puesto que hacen hincapié, y con razón, en que las recompensas del proceso de asentamiento distinguieron a los seguidores de Geiserico como una nueva élite militar diferente en África del Norte, cuyo posterior traslado a raíz de la conquista romano-oriental fue asimismo un importante fenómeno histórico.
- [21] Heather (1996), esp. pp. 273-275 y Ap. 1: Procopio utiliza tres términos sinónimos para este grupo: los «mejores», los «elegidos» y los «destacados». La narrativa permite contemplar su destrucción. Sobre la equivalente destrucción de los vándalos, véase Merrills y Miles (2010), cap. 9.
- [22] Wickham (2005), pp. 728-739; cf. Wickham (2009), pp. 140-147 para mayor detalle de las evidencias. El modelo general de Wickham en estas obras (véase por ej. 2005, pp. 708-717) es que la complejidad económica del período romano tardío se construyó en torno a las estructuras y operaciones del estado romano tardío. Si es así, entonces la desaparición de aquel estado había de generar una gran simplificación, a pesar de que la guerra goda acelerara las cosas. Un criterio menos centrado en el estado es el de Ward Perkins (2005), que explica la complejidad en términos de las condiciones generales generadas por el imperio más que en el funcionamiento de su propia economía política. En este modelo, la violencia asociada al fin del imperio y sus consecuencias tiene un importante efecto causativo.
- [23] Courtois (1995), pt. cap. 2, es el relato clásico; Rushworth (2004) y Merrills y Miles (2010), esp. pp. 124-129, ambos con referencias, proporcionan suplementos actualizados.
- [24] Pringle (1981) recoge los testimonios de fortificación; cf. Merrills y Miles (2010), pp. 241 ss. sobre reconstrucción religiosa. Wickham (2005), pp. 637-644 y 720-728 argumenta la evidencia de la continuada prosperidad urbana y complejidad económica en África del Norte después de la conquista.
- [25] Curta (2001), cap. 4 (reuniendo refuerzos arqueológicos), argumenta convincentemente en contra de la vieja tendencia a rechazar la realidad de la evidencia de Procopio en relación a las importantes inversiones de Justiniano en las

defensas de los Balcanes.

- [26] Una buena explicación reciente de las reformas tributarias de Justiniano es la de Sarris (2011), pp. 151-153; cf. *SH* 12 para algunos ejemplos de la destrucción de fortunas de grandes hombres.
 - [27] Justiniano, *Nov.* 148, debatida por Sarris (2011), pp. 227-228.
- [28] Hay excelente literatura reciente en inglés sobre todos los aspectos de la peste: Horden (2005); Stathakopoulos (2003); Sarris (2002). Yo generalmente sigo la guía de Horden en cuanto a detalles. Sobre la continuada prosperidad del Mediterráneo oriental después de 550, véase Ward Perkins (2000); Holum (2005); Wickham (2005), pp. 443 ss. (sobre la producción rural), pp. 626 ss. (sobre las ciudades), con pp. 548-549 para su particular análisis de los efectos de la peste considerados «marginales».
- [29] Cf. más arriba, nota 19, la conjetura citada por O'Donnell (2009) sugiere que Justiniano heredó una reserva de 28 millones de solidi, que las conquistas costaron aproximadamente unos 36 millones, y que Italia y África del Norte aportaron quizás unos 500.000 anuales cada una: no hay cifras para Sicilia. Incluso utilizando estas cifras, todavía habría que considerar que las conquistas efectivamente se amortizaron a medio y largo plazo.
- [30] Teofilacto Simocatta 1. 3. 8-13; el paralelo idóneo es el rechazo por parte de Teodorico de los regalos con los que el rey vándalo Trasamundo trataba de granjearse nuevamente su favor en 511.
- [31] Menandro fr. 5. 1 trad. Blockley (1985), p. 49. Whitby (1988); Pohl (1988), (2003) proporcionan buenas introducciones a la historia ávara. Para una introducción a la arqueología ávara en inglés, véase Daim (2003).
- [32] Para cierta orientación sobre los nómadas eurasiáticos, véase Lattimore (1940); Sinor (1977); Khazanov (1994).
- [33] Ataques cutrigures: Procopio, *Guerras* 2. 4; Agathias, *Historias* 5. 11 ss. Ataques eslavos: *Los edificios* 4. 7. 13 y 17 s.; *Guerras* 7. 39-40. Curta (2001), caps. 5-6 (que tratan de los lombardos y los gépidos, y de los eslavos) proporciona una buena introducción a los distintos aspectos de la situación general.
 - [34] Menandro fr. 5. 1-2: trad. Blockley (1985), pp. 50-51.
- [35] Declaración de Justiniano: Juan de Éfeso, H.E. 6. 24: trad. Smith (1860), p. 429; cf. Menandro fr. 8: trad. Blockley (1985), p. 97.
- [36] Para una argumentación más completa de los paralelos húnicos, véase Heather (2005), cap. 8; (2009), cap, 5. Sirmio: Menandro fr. 12. 5.
 - [37] Menandro fr. 111, trad. Blockley (1985), p. 429.
- [38] La historia de la invitación de Narsés está narrada por Pablo Diácono, *Historia de los lombardos* 2. 5, trad. Foulke (2003). Para más debate de su traslado a Italia, véase por ej. Wickham (1981), p. 28 ss.; Jarnut (1983), cap. 1; Christie (1995), cap. 2; Pohl (2005) que hace hincapié exclusivamente en el ansia depredadora de los lombardos.

- [39] Whitby (1988), p. 156 ss., explora el efectivo contraataque romano-oriental de la década de 590. Para una explicación más detallada de la eslavización de los Balcanes, véase Heather (2009), cap. 8, esp. pp. 399-406.
- [40] La imagen general del primer conjunto de excavaciones fue elaborada por Foss (1977); cf. Foss (1996) para mayor detalle. Para un resumen reciente de posteriores materiales, véase Wickham (2005), pp. 626 ss. Ward Perkins (2000) y Wickham (2005), pp. 609 ss., hacen hincapié en el contraste ofrecido por la continuada prosperidad de las viejas ciudades romanas en Egipto y el Creciente fértil que cayeron bajo el dominio islámico de los omeyas.
- [41] Documentos otomanos: Hendy (1985), pp. 613-669; más generalmente Haldon (1997) sobre los drásticos ajustes administrativos, militares y políticos requeridos.
- [42] Para buenas introducciones al contexto general del conflicto romano-persa en la Antigüedad tardía, véase por ej. Whitby (1988), cap. 7; Blockley (1992); Greatrex (2005). Para la situación que se desarrolla más tarde en el reinado de Justiniano, véase Dignas y Winter (2007), esp. pp. 138 ss.; Sarris (2011), pp. 153 ss.
- [43] Parte de la diplomacia con los turcos occidentales está cubierta con extraordinario detalle en los fragmentos que se han conservado de Menandro: esp. frs. 10 y 13. Para más detalle y criterios alternativos, especialmente de motivación turca, véase Dignas y Winter (2007), esp. 109-115; Sarris (2011), pp. 226 ss.
- [44] La mejor presentación de las campañas de Mauricio es la de Whitby (1988), caps. 9-11. Véase también Sarris (2011), pp. 232 ss. para el «momento Versalles».
- [45] Para enfoques narrativos más detallados, véase por ej. Whitby (1988), cap. 6; Sarris (2011), pp. 236-242.
- [46] El relato del sitio de Constantinopla del *Chronicon Paschale* puede leerse en la traducción inglesa de Whitby y Whitby (1989), pp. 168 ss. Las fuentes para las guerras persas de Focas y Heraclio están brillantemente analizadas en Howard Johnston (2010). Para una reconstrucción narrativa más detallada, véase por ej. Dignas y Winter (2007), pp. 44 ss., 115 ss. y 148 ss.; Sarris (2011), pp. 242-257.
- [47] Sobre la crisis del siglo III y la recuperación romana, véase por ej. Dodgeon y Lieu (1991), pt. 1; Potter (2004), caps. 6-7; Heather (2005), caps. 2-3.
- [48] Para una introducción a los problemas de las fuentes, véase esp. Crone y Cook (1972); Crone (1987).
- [49] La cuestión surge claramente de Sartre (1982); cf. más generalemnte sobre Arabia en la Antigüedad tardía por ej. Donner (2005); Dignas y Winter (2007), cap. 5. Para paralelos con el mundo germánico, véase Heather (2009), esp. caps. 2 y 11.
- [50] Kennedy (2007) (entre otros) ofrece una excelente y reciente presentación en inglés.
 - [51] Volveremos a la historia de la iconoclasia en el siguiente capítulo.
- [52] Para más detalles acerca de la política árabe de Justiniano, y el giro de Mauricio, véanse las obras citadas en las notas 42 y 49.

- [1] Lib. Pont. 98. 23 trad. Davis (1992), pp. 190-191. Einhard, Vida de Carlomagno 28. Carlomagno recibe el nombre de Pater Europae en Karolus Magnus et Leo Pope línea 93 del fragmento conservado (puede que el poema sea también de Einhard: véase cap. 7, nota 2): trad. Godman, (1985), p. 203. Dio pie a una bien conocida visión general: Bullough (1985).
- [2] Prisco fr. 20. 3 para el intento de Atila de interferir en una disputa sucesoria franca en la década de 440. Las fuentes para la carrera de Childerico están enumeradas y razonadas en *PLRE* 2, pp. 285-286, su exilio está documentado en Gregorio de Tours *Historias* 2. 12; cf. Halsall (2007), pp. 269-271, 303-306 para un intento harto convincente de situarlo en el contexto del desarrollo imperial romano. Para una explicación más detallada de la tumba, véase Perin y Kazanski (1996).
- [3] Sobre el rápido desarrollo de los últimos cabos del imperio después de 468, véase Heather (2005), pp. 407-430.
- [4] El sueño de Basina está narrado en Fredegar 3.12. Buenos relatos de las conquistas de Clodoveo en inglés pueden encontrarse en James (1988), pp. 79-90; Wood (1994), pp. 38-50. James argumentó que la primera víctima de Clodoveo, Siagrio, controlaba una entidad mucho más pequeña de lo que tradicionalmente se creía, pero esto tiene sus detractores: MacGeorge (2002), pp. 111 ss. Gregorio de Tours, *Historias* 2. 40-42, documenta los resultados, pero véase Heather (2009), pp. 303-310, sobre el potencial problema de datación.
- [5] Sobre la cronología revisada y contexto teológico de la conversión de Clodoveo, véase Shanzer y Wood (2002), pp. 362-373, con el cap. 2 más arriba sobre las generalmente excelentes relaciones que el Teodorico no niceno mantenía con los eclesiásticos católicos bajo su gobierno.
- [6] Buenas explicaciones de la expansión franca posterior al traslado del bloque ostrogodo, así como de las múltiples guerras civiles y división del reino, pueden hallarse en James (1988), pp. 91-108 y cap. 5; Wood (1994), pp. 50-54 y cap. 6. Carta de Teudeberto a Justiniano: *Ep. Aust.* 20. Monedas de oro: Procopio, *Guerras* 7.33.5-6. El poeta cortesano merovingio Venancio Fortunato solo utiliza «César» referido a un rey franco en una ocasión (6. 1: matrimonio de Sigiberto con Brunilda). En cuanto al resto se ciñe a «rey» en los numerosos poemas que escribió para una serie de diferentes reyes francos.
- [7] Wickham (2009), caps. 4-6, proporciona una buena introducción general al Occidente posromano. Reino visigodo niceno: Collins (2004), cap. 8, complementado con una serie de ensayos de Heather (1999) que proporcionan una introducción en inglés a la abundante erudición reciente en lengua española sobre el estado sucesor visigodo. Sobre los lombardos, véase por ej. Wickham (1981), pp. 28 ss.; La Rocca (2005), esp. los ensayos de Pohl y Gaspari.
- [8] Einhard, *Vida de Carlomagno*, cap. 1; cf. Wallace-Hadrill (1982), pp. 231 ss. para un ejemplo de alta calidad del modo tradicional de tratar a los posteriores merovingios.
 - [9] Gerberding (1987); esp. cap. 8.
 - [10] Sobre las relaciones con la propiedad: Wood (1994), cap. 10.

- [11] La cita es de Gibbon (1896-1900), cap. 52. Fouracre (2000), pp. 1-10, proporciona un espléndido análisis y demolición combinados con enfoques más tradicionales de Carlos Martel. Wood (1995) es un excelente estudio de las tensiones generadas por la concesión de arriendos laicos a los laicos «equivocados» debido a la presión externa impuesta por un nuevo gobernante.
- [12] Hay buenas y abundantes narraciones en inglés, todas sobre los aspectos que surgen debido a la naturaleza fragmentaria y sesgada de las fuentes que se han conservado: por ej. Fouracre (2000), cap. 3; Fouracre (2005); McKitterick (2008), pp. 63 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 41 ss.
- [13] Narraciones más detalladas: Fouracre (2000) cap. 4; McKitterick (2008), pp. 63 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 44-51. Sobre el testamento de Abbo, véase Geary (1985).
- [14] Volveremos a la importancia de los reyes ofreciendo recompensas en el capítulo siguiente, pero unas buenas introducciones son: Bassett (1989); Reuter (1985), (1990). Véase más en Fouracre (2000), esp. pp. 175-184 sobre los orígenes del éxito inicial de Carlos, aunque yo esgrimiría que los éxitos de Pipino significaron que las cosas estaban más sólidamente inclinadas en favor de aquel que emergiera victorioso de la lucha de poder dentro de Austrasia de que lo él imaginaba.
- [15] Guías más detalladas de los acontecimientos: por ej. McKitterick (1983), pp. 33 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 51 ss.; véase también Fouracre (2005), esp. para similares sospechas acerca del nombramiento del último merovingio.
- [16] Para más lecturas sobre el golpe de estado de Pipino (lleno de referencias a la ingente literatura erudita), véase por ej. McKitterick (1983), cap. 2; Fouracre (2005); McKitterick (2008), pp. 71 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 51 ss.
- [17] Sobre las pérdidas bizantinas, véase Mango (1977a); Whittow (1996), pp. 82 ss. Las obras citadas en la nota 11 también proporcionan buenos relatos de la expansión lombarda del siglo VIII.
- [18] Acontecimientos en Italia: Noble (1984), pp. 71 ss.; cf. las traducciones y excelentes introducciones a las vidas de papas importantes en Davis (1992), esp. núms. 92-95. Pipino y Francia: McKitterick (1983), pp. 45-53; Costambeys et al. (2011), pp. 57-65.
- [19] Para relatos más completos sobre las maniobras de Carlomagno, véase por ej.: McKitterick (1983), pp. 64 ss.; Nelson (1998); McKitterick (2008), pp. 75 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 65 ss.; cf. Nelson (2005), pp. 28-31 para un fascinante relato del impacto recibido por Carlomagno en su visita a Roma durante el asedio de Pavía. King (1987), pp. 269-279 proporciona una traducción de las cartas a los reyes francos del papa Esteban conservadas en el *Codex Carolinus*. La angustia del papa frente a la proyectada alianza matrimonial entre Carlomagno y la familia real lombarda, y su posterior alivio ante el fracaso, es muy evidente (texto latino: Gundlach (1892), núms. 44-48).
- [20] La carta está traducida por King (1987), pp. 286-288 (texto latino: Gundlach (1892), núm. 60). En la vida de Silvestre del siglo VI del *Liber Pontificalis* trad. Davis

- (2000), p. 14, la cura y el bautismo ya aparecen, pero no hay mención de ninguna gran entrega de poder (sobre la fecha de la vida, véase Davis (2000), XLVI-XLVII). Muchos piensan, con razón, que la aparición de la importante vinculación entre cura, bautismo y transferencia de poder en la carta de Adriano es señal de que el texto totalmente falsificado de la *Constitutum* ya existía: cf. Noble (1984), pp. 134-137 con referencias para lecturas adicionales. No obstante, como veremos, recientes investigaciones muestran que el auténtico documento, opuesto a algunas de las ideas claves, se elaboró después.
- [21] Una buena selección de las cartas de Adriano a Carlomagno en aquellos angustiosos años está traducida por King (1987), pp. 276 ss. (texto latino: Gundlach (1892), núms. 49 ss.). Su contenido y contexto están fantásticamente tratados por Noble (1984), cap. 5, cuyas conclusiones generales sobre los regalos de Carlomagno resumo aquí.
- [22] Einhard, *Vida de Carlomagno*, cap. 13. Para relatos más detallados de estas últimas conquistas, véase por ej. McKitterick (1983), pp. 59-72; Reuter (1985), (2005); McKitterick (2008), pp. 103 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 68 ss.
 - [23] Story (2005a) ofrece un excelente enfoque reciente.
- [24] Sobre las reflexiones de los intelectuales de Carlomagno, véase por ej. Godman (1987), cap. 2; Collins (2005); McKitterick (2008), pp. 114-118; Costambeys et al. (2011), pp. 160-170.
- [25] Una buena introducción a la iconoclasia la proporciona Cormack (1985), esp. cap. 3; Herrin (1987), cap. 8; Whittow (1996), cap. 6; Noble (2009), cap. 2. Sobre su fin, véase además Mango (1977b).
- [26] Véase por ej. McKitterick (2008), pp. 311 ss. y ahora con mayor detalle Noble (2009), cap. 4.
- [27] Es una repetición del énfasis en las cartas papales del *Codex Carolinus*: por ej. trad. King (1987), núms. 1, 2, 6, 8, 13, 17, 18, 26, 30, 35, 37 (texto latino: Gundlach (1892), núms. 44, 45, 53, 50, 56, 60, 61, 72, 76, 82, 83).
 - [28] Juliano: Amiano 15. 8. 17; cf. Matthews (1989), cap. 6.
- [29] La secuencia de acontecimientos desde el ataque a León hasta la coronación imperial ha sido extraída de fuentes papales y carolingias que, inmediatamente después de los sucesos, empezaron a tejer la historia de la manera que mejor convenía a su interpretación, un claro indicio de que era algo que sucedió bajo coacción por lo menos de una de las partes. Buenos enfoques son los de Noble (1984), pp. 291 ss.; Collins (2005); McKitterick (2008), pp. 88 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 160 ss.
- [30] El supervisor en cuestión es el profesor John Matthews, ahora en la Universidad de Yale: hay que distinguirlo siempre del otro John Matthews que escribe sobre el rey Arturo...
- [31] Véase por ej. McKitterick (2008), pp. 96 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 194 ss.
 - [1] Einhard, Vida de Carlomagno, p. 22.

- [2] *Divisio Regnorum*: texto Boretius (1883), núm. 45, trad. King (1987), pp. 251-256. Para más debate sobre el tema de la sucesión, véase por ej. McKitterick (2008), pp. 96-103; Costambeys et al. (2011), pp. 194 ss.
- [3] La cita es de Yeats, *La segunda venida*. *Ordinatio imperii*: texto Boretius (1883), núm. 136, trad. Dutton (2004), pp. 199-203; cf. sobre la sucesión de Luis y los problemas con sus hijos, McKitterick (1983) cap. 5; Nelson (1990); Collins (1990); Nelson (1992), cap. 4; Goldberg (2006), pt. 1; de Jong (2009), cap. 1, esp. pp. 19-31, caps. 4-6; Costambeys et al. (2011), pp. 196 ss.
- [4] Hay muchas y buenas explicaciones de la estructura básica del imperio: por ej. Dunbabin (2000), cap. 1; McKitterick (2008), caps. 3-4; Costambeys et al. (2011), cap. 4. El seguimiento del fracaso carolingio en cuanto a las limitaciones burocráticas de su imperio es un argumento especialmente, aunque no solamente, asociado a F. L. Ganshof. Véase Ganshof (1971) para una excelente selección de sus ponencias en inglés. Sobre los modelos de alfabetización en la Alta Edad Media occidental en general, y del mundo carolingio en general, véase McKitterick (1989), (1990).
- [5] Sobre el desarrollo de los modelos de elaboración y recopilación de leyes bajo el gobierno carolingio: Nelson (1982); cf. McKitterick, (1989), cap. 2, (2008) pp. 233 ss. Para una perspectiva alternativa, véase también Wormald (1999), cap. 2. 1.
- [6] Además de la literatura citada en la nota 4, véase también sobre la organización militar, Reuter (1985), (1990); Halsall (2003), cap. 4. Véase también Werner (1980), pp. 191-211 sobre los *missi*. Caso Wulfad: Nelson, (1986a), pp. 53 ss.
- [7] Regla general: Goldberg (2006), esp. introducción (pp. 1-11) y epílogo (pp. 335-346). Sobre la frecuencia de las campañas: Reuter (1985). Sobre la supresión de la revuelta por parte de Carlomagno, Nelson (2008); Costambeys et al. (2011), pp. 65 ss.; cf. más general en Leyser (1979), pt. 1 sobre los resentimientos que podía suscitar el favor real, especialmente en los hermanos aristocráticos que no lo recibían.
- [8] Engelbert: texto Dummler (1884), pp. 138-139; trad. Dutton (2004), pp. 332-333. Sobre la proximidad de la batalla, véase Nelson (1990); Goldberg (2006), cap. 3; Costambeys et al. (2011), pp. 379-388.
- [9] Sobre la reafirmación en el poder de Carlos el Calvo: Martindale (1981); Nelson (1992), caps. 5-6. Sobre Luis el Germánico: Goldberg (2006), caps. 4-5.
- [10] Véanse en general Nelson (1992), caps. 7-8; Goldberg (2006), caps. 7-8; Costambeys et al. (2011), pp. 388 ss. Estas obras proporcionan abundantes referencias a las fuentes y otras lecturas secundarias. Además, sobre el divorcio de Lotario II, véase en particular Airlie (1998).
- [11] McKitterick (1983), cap. 7; MacLean (2003), esp. caps. 5-6; Goldberg (2006), pp. 335 ss.; Costambeys et al. (2011), pp. 419 ss.
- [12] Narraciones más detalladas de estos acontecimientos las proporcionan por ej. McKitterick (1983), cap. 10; Dunbabin (2000), caps. 3-4; MacLean (2003), caps. 3-4.

- [13] Regino de Prum, *Crónica* 888; texto de Kurze (1890), p. 129; trad. Dutton (2004), p. 541.
- [14] Buenas introducciones en inglés las proporcionan Dunbabin (2000), caps. 4-5; MacLean (2003), caps. 3-4; cf. Hallam (1980) para una serie de instructivas perspectivas regionales.
- [15] Odo y Boso: Hallam (1980), cap. 1; Dunbabin (2000), caps. 3-4; MacLean (2003), cap. 3. Ducados francos orientales: Reuter (1991), caps. 4-5.
- [16] Dunbabin (2000), pp. 37 ss., es excelente en relación a los problemas de guerra defensiva para ejércitos de tipo carolingio y al amplio impacto de la fortificación; cf. Halsall (2003), cap. 10 y Hallam (1980), pp. 13 ss. Sobre Roberto el Fuerte, véase Nelson (1992), esp. pp. 183 ss.
- [17] Una mezcla estratégica de lealtad y usurpación similar subyace, por ejemplo, en el surgimiento y posterior crecimiento de Flandes: Ganshof (1949). Para una introducción más amplia y orientación bibliográfica, véase por ej. Werner (1979); Bourchard (1981); Poly y Bournazel (1991); Barthélemy (2009). Hallam (1980), cap. 2, proporciona una muy necesaria diferenciación regional para completar el modelo general.
 - [18] Véase con más detalle Heather (1994b) y (2005), caps. 1 y 3 con referencias.
- [19] La única excepción al modelo de redistribución administrativa fue religiosa, en el sentido de que las diócesis medievales del antiguo Occidente romano solían conservar las viejas fronteras de la *civitas*, aunque aquellas hubiesen dejado de ser relevantes para otros propósitos. He examinado las causas y consecuencias de esta transformación con más detalle en Heather (2000), (2010); cf. Halsall (1003), cap. 3, para un excelente análisis de los testimonios de reclutamiento de ejércitos en la Europa posromana.
- [20] La transformación de las estructuras de estado está argumentada globalmente en Wickham (2005), esp. caps. 3 y 6 con abundante bibliografía.
- [21] Leyser (1979) y Reuter (1991) ofrecen buenas introducciones en inglés a la historia del imperio.
- [22] Una magnífica introducción a la reconquista la proporciona Fletcher (1989). Para una introducción al desarrollo de la Europa cristiana oriental y del norte: Heather (2009), caps. 8-10.
 - [23] Leyser (1979), caps. 7-8; Goldberg (2006), pp. 335 ss. Reuter (1991), cap. 6.
- [24] Sobre los magiares y la historia del Reich, véase esp. Leyser (1982a), (1982b); cf. más general Macartney (1930); Bowlus (1995).
 - [25] Reuter (1991), pp. 94-102, 229-236.
- [26] Reuter (1991), esp. pp. 77 ss.; cf. Heather (2009), cap. 8 con referencias para los antecedentes.
- [27] Reuter (1985), (1990) desarrolla el modelo en relación al poder carolingio; cf. Reuter (1991), pp. 174-180, 253-264 sobre el fracaso de los avances eslavos de los otonianos. Sobre la Inglaterra anglosajona, véase por ej. Bassett (1989); Charles

Edwards (2003). Wickham (2005), pp. 339 ss., proporciona un enfoque comparativo más general.

- [28] Reuter (1990) estableció la ecuación coste-beneficio de la expansión (que en gran medida he seguido aquí); cf. Depreux (1994) sobre Matfrid de Orleans. Halsall (2003), pp. 889 ss.; McKitterick (2008), pp. 103 ss. esp. 135-136 ofrecen cierta crítica y algunas modificaciones a las explicaciones originales de Reuter, que ha influido en mi visión del par de ecuaciones simultáneas de coste-beneficio.
- [29] Heather (2009), esp. caps. 2, 9-11 explora estos procesos y sus consecuencias más detalladamente.
 - [1] Mateo 16. 18-19.
- [2] El texto y una traducción pueden encontrarse ambos cómodamente en Godman (1985), pp. 197-207. Godman (1987), pp. 82 ss., proporciona más argumentación que sus notas al pie de la traducción, incluyendo el tema de la posible autoría de Einhard.
- [3] Traducciones de *La epístola de Clemente* y las cartas de Ignacio se encuentran en Staniforth (1987). Víctor: Eusebio, *Historia eclesiástica*. 5. 24. Para el temprano desarrollo de la comunidad cristiana en Roma en general, véase Ullmann (1970), cap. 1.
 - [4] Un debate más completo se encuentra en Jones (1964), cap. 22.
- [5] Véase más en Ullmann (1970), pp. 12 ss.; Jasper y Fuhrmann (2001), 7-22 con referencias.
- [6] La literatura que podría y en cierto modo debería citarse aquí es ilimitada, pero una excelente introducción general en inglés es la de Chadwick (1993), que puede complementarse con explicaciones más detalladas de temas concretos como las de Hanson (1988) (la llamada disputa arriana); Burrus (1995) (priscilianismo); y Frend (1972) (el llamado movimiento monofisita). El argumento teológico en desarrollo necesita ser comprendido en el marco de la difusión general del cristianismo y la transformación de sus estructuras institucionales analizadas en Jones (1964), cap. 22; Herrin (1987), caps. 1-3; y Brown (1996), caps. 3-4.
- [7] Todo esto está muy bien argumentado en Ullmann (1970), pp. 13 ss. (cf. su más completa argumentación en Ullmann, 1960), complementada de forma útil por Schatz (1990).
- [8] Las sedes suburbicarias originalmente subordinadas a la autoridad metropolitana de Roma eran Albano, Túsculo, Palestrina, Sabina, Ostia, Porto y Santa Rufina.
- [9] Colecciones decretales: Jasper y Fuhrmann (2001), pp. 22 ss. con referencias. León I dejó una extensa colección independiente, pero solo 17 de sus misivas entraron en las recopilaciones decretales. Hilario: *Nov. Val. III* 17. Para una introducción a la disputa que generó esta resolución, véase Mathisen (1989), cap. 7. Sobre la contrastada laboriosidad del sistema imperial de rescriptos, véase Heather (2005), pp. 108-109 con referencias.
 - [10] Referencias como en la nota 6 más arriba.

- [11] Esta conclusión surge con gran vigor de todas las evidencias; argumentaciones más detalladas pueden encontrarse en las obras citadas en la nota 6. Los cánones de los cuatro primeros concilios ecuménicos están traducidos en Bright (1892), y los procedimientos de Constantinopla (533) en Price (2009).
- [12] El papel imperial en el debate cristiano en curso del siglo IV se analiza por ej. en Barnes (1993); McLynn (1994). Sobre el siglo VI, véase por ej. Gray (1979), (2005) otra vez con Frend (1972). La consecuencia habitual de perder en una disputa por la confirmación imperial en los siglos IV y V no suponía la completa erradicación del punto de vista del perdedor, sino su reducción al estatus de secta, el destino que sufrieron los llamados «arrianos» y los donatistas.
- [13] Una introducción muy breve al desarrollo del derecho (canon) eclesiástico en este período la proporciona Brundage (1995), cap. 1; cf. sobre los tribunales eclesiásticos, Jones (1964), cap. 22; Harris (1999), cap. 10; Humfress (2007), cap. 7.
- [14] Para una introducción a las elecciones papales y la violencia asociada a ellas, véase Curran (2000), esp. cap. 4.
- [15] Una buena introducción al pensamiento de Agustín es la de Brown (1967). Sobre Atanasio, véase Barnes (1993). El moderno debate del movimiento asceta está nuevamente asociado a Peter Brown, véase por ej. Brown (1970); (1981); Howard Johnston et al. (1999).
- [16] Dvornik (1966) sigue siendo influyente, complementado de forma útil por MacCormack (1981) sobre las manifestaciones ceremoniales de la ideología.
- [17] Gelasio: véase, por ej., Ullmann (1970), pp. 31-135; Llewellyn (1971), pp. 38-40; Richards (1979), cap. 4; Duffy (2006), pp. 49-53. Somerville y Brasington (1998), cap. 2, proporcionan ambos una introducción a la obra de Dionisio y traducciones de sus distintos prefacios. Sobre la influencia de su colección de decretales, véase Jasper y Fuhrmann (2001), pp. 22-28 con referencias.
- [18] Con mucho el mejor análisis del pontificado de Gregorio I es el de Markus (1997). Para buenas introducciones a la disputa monotelita y la resistencia papal, véase Llewellyn (1971), cap. 5; Herrin (1987), pp. 207-218, 250-259. Un excelente camino para entrar en las misiones anglosajonas y Teodoro de Tarso lo proporciona Mayr-Harting (1972) pt. 1; Campbell (1986), núms. 1 y 4.
- [19] Sotinel (2005) y las distintas ponencias en Chazelle y Cubitt (2007) ofrecen buenas introducciones a la Controversia de los Tres Capítulos. Sobre Gregorio y los lombardos, véase Markus (1997), cap. 7. 681 d. C.: Noble (1984), pp. 12-14.
- [20] Reestructuración imperial en general: Haldon (1990). Consecuencias en Italia y en las cercanías de Roma en particular: Krautheimer (1980), cap. 4; Brown (1984); Noble (1984), pp. 2-11. Las sumamente reveladoras biografías papales del *Liber Pontificalis* para este período crucial están disponibles en la excelente traducción de Davis (2000).
- [21] Noble (1984), cap. 2, es de lejos el mejor relato en inglés. Davis (1992) es una excelente traducción de las biografías papales más importantes.
 - [22] El tema surge claramente de la bien elaborada narración de Noble (1984),

- caps. 2-4; cf. Llewellyn (1971), caps. 7-8; Duffy (2006), pp. 86 ss.
 - [23] Nov. Val. III 17; trad. inglesa en Pharr (1952).
- [24] Reydellet (1981) es un excelente análisis general; cf. Teillet (1984) concretamente sobre el reino visigodo, pero incorporando además mucho más material.
- [25] Relatos generales de la conversión visigoda al catolicismo en inglés son: Thompson (1969), cap. 4; Collins (2004), cap. 2; cf. con más detalle Hillgarth (1966); Fontaine (1967); Ripoll y Velázquez (1995). La cita es de Bede *Historia eclesiástica del pueblo inglés* 3.25, más comentarios están disponibles en las obras citadas en la nota 18.
- [26] Las *Historias* de Gregorio de Tours están traducidas por Thorpe (1974). La posición de los obispos españoles bajo el gobierno de los omeyas surge de la misión de Juan de Gorze a España en el siglo x, trad. en Smith (1988).
- [27] Las precoces iniciativas de Cesáreo pueden examinarse con más detalle a través de Klingshirn (1994a). Desarrollo de la tradición desde la década de 580 en adelante: Turner (1903); Vessey (1993); cf. Mordek (1975) sobre la *Vetus Gallica*.
- [28] Vives (1963) proporciona una edición completa con una traducción española de los concilios visigodos; cf. Stocking (2000) para un estudio reciente en inglés utilizando algunos de estos materiales. El mejor estudio moderno de la tradición conciliar anglosajona es Cubitt (1995). La visita de los legados papales está traducida en Whitelock (1996), núm. 191, pp. 170 ss.
- [29] Para una introducción al peregrinaje romano, véase Llewellyn (1971), cap. 6; Birch (1998).
- [30] Las vitae de Adriano I y León II están convenientemente traducidas en núms. 97 y 98 de Davis (1992), que también proporciona excelentes introducciones a las vidas, y lo que estas omiten. Un comentario secundario sobre las construcciones se puede encontrar por ej. en Llewellyn (1971), pp. 242 ss.; Krautheimer (1980), cap. 5; Christie (2005).
 - [31] Para más debate acerca del filioque, véase McKitterick (2008), pp. 311-325.
- [32] La *Admonitio Generalis* está traducida en King (1987), pp. 209-220. Va acompañada de más traducciones de gran parte de la legislación capitular de Carlomagno. Para más debate sobre los principios generales de la reforma, véase por ej. de Jong (2005); McKitterick (2008), cap. 5; Costambeys et al. (2011), cap. 3.
- [33] La bibliografía sobre los intelectuales de Carlomagno es enorme, pero, para una introducción completa, véase por ej. Godman (1987), cap. 2; la sumamente útil colección de ensayos en McKitterick (1994a) esp. los de Law, Garrison y Rankin; los ensayos de Bullough y McKitterick en Story (2005). Estos pueden complementarse con estudios de pensadores individuales como Dutton (1998) (Einhard) y Bullough (2003) (Alcuino).
- [34] Los ensayos recopilados bajo encabezamientos temáticos en McKitterick (1994a) proporcionan una excelente introducción a la carpeta de textos clave.
 - [35] Sobre el estudio de las letras (De Litteris colendis) está traducido en King

- (1987), pp. 232-233. Sobre el gramático romano tardío, véase Kaster (1988), y sobre la posterior evolución del latín, Wright (1982), (1996); cf. Heather (1994a) sobre las transformaciones sociológicas subyacentes.
- [36] Véanse, entre muchas posibilidades, Law (1994); McKitterick (2005) con referencias. Los estudios individuales detallados recogidos en Bischoff (1994) arrojan una luz intensa y específica.
- [37] Sobre la importancia cultural general del período carolingio para la literatura latina en su conjunto, véase Reynolds y Wilson (1991). Nelson (1977) es particularmente bueno en lo relativo a los límites ideológicos impuestos a la actividad intelectual carolingia. Por lo demás, las obras citadas en la nota 33 son sumamente útiles.
- [38] Una reciente y excelente reconsideración de este tema es la de McKitterick (2008), pp. 345 ss.
- [39] La mejor introducción a la historia de la escritura es la de Bischoff (1990); pero véase también Ganz (1989) y McKitterick (1994b).
 - [40] Nelson (1987); Wood (2006), caps. 14-15.
- [41] Sobre las escuelas catedralicias y el aprendizaje, véanse por ej. McKitterick (1994); Costambeys et al. (2011), pp. 142 ss. Lawrence (2001), caps. 2-3, proporciona una buena introducción a la reforma monástica carolingia, y Cabaniss (1979) una traducción inglesa de la *Vida* de Benito de Aniano de Ardo.
 - [42] Trad. King (1987), pp. 311-312.
- [43] La carta de Carlomagno celebrando la obra de Pablo Diácono está traducida en King (1987), p. 208. Sobre el proyecto de reforma en general, véase sobre todo McKitterick (1977), cap. 1 (obispos), y cap. 3 (oración). Útiles debates adicionales incluyen a de Jong (2005); McKitterick (2008), pp. 299-311; Costambeys et al. (2011), cap. 3: todos con más referencias.
- [44] Los testimonios de tipos clave de textos fuente está recogido y analizado por McKitterick (1977), cap. 2 (estatuas episcopales), cap. 4 (experiencia litúrgica). Mis conclusiones generales reiteran las de otras recientes contribuciones (véase nota previa).
- [45] El razonamiento está bien elaborado en Costambeys et al. (2011), pp. 142 ss., que resume el panorama general que ha emergido tras un siglo y medio de erudición moderna sobre el denominado Renacimiento carolingio, al que las obras citadas en las notas 33, 36, 37 y 41 proporcionan excelentes puntos de entrada.
- [1] La bibliografía sobre Inocencio III y el Cuarto Concilio de Letrán es inmensa, pero una buena introducción es la de Morris (1989), cap. 17, esp. pp. 447-451; con más debate en Tillmann (1980): una traducción del original alemán de 1954. Una versión inglesa de los cánones conciliares puede encontrarse en Rothwell (1975), pp. 643-675. La nueva edición de las cartas de Inocencio (Hageneder et al., 1965-) llega hasta ahora al año 1208/9, pero una excelente argumentación general de los criterios de Inocencio sobre la autoridad papal es la de Hageneder (200).
 - [2] Temistio, Oraciones 6. 83c-d; que es la razón por la que el imperio romano

tardío acabó siendo gobernado no desde Roma sino desde centros políticos más cercanos a las fronteras clave, como Trier, Constantinopla y Antioquía: Heather (2005), cap. 1.

- [3] Una buena introducción es Jasper y Fuhrmann (2001), pp. 135 ss. con 154-155 y 184-186 sobre la difusión del manuscrito.
- [4] Fried (2007), esp. cap. 4, me ha convencido de que en el momento en que se elaboró la falsificación solamente se pretendía adjudicar al papa una autoridad religiosa. La extensión de su contenido al reino de la autoridad seglar fue un desarrollo posterior, como veremos más adelante en el capítulo.
- [5] Sobre la visión del texto, véase en general Jasper y Fuhrmann (2001); Fried (2007) y Reynolds (1995).
- [6] Jasper y Fuhrmann (2001), esp. pp. 173 ss.; Fried (2007), esp. pp. 88 ss. Con el Ap. A pp. 115-128 (de Wolfram Brandes). Por el contrario, véase Noble (1984), pp. 134-137 con referencias completas para la visión alternativa de que la *Donación de Constantino* se creó por lo menos en la Roma del siglo VIII.
- [7] Sobre 833, véanse con referencias y comentarios particulares de Jasper y Fuhrmann (2001), esp. pp. 173 ss.; Fried (2007), esp. pp. 88 ss.
- [8] Un enfoque completo en inglés de la disputa entre los dos Hincmaros es el de McKeon (1978); véase también Schiefer (2003).
 - [9] Jasper y Fuhrmann (2001), pp. 186-195.
- [10] Buenas explicaciones de las actividades de Nicolás y Adriano con referencias completas se pueden encontrar en las introducciones a las traducciones de sus vidas en el *Liber Pontificalis*: Davis (1995), pp. 189-202 (Nicolás) pp. 249-258 (Adriano). También están argumentadas en todos los estudios generales del papado medieval en inglés: por ej. Llewellyn (1971), cap. 9; Ullmann (1972), cap. 5; Duffy (1997), cap. 4.
 - [11] Liutprando, Antapodosis, I.30.
- [12] Para introducciones generales al período, véase por ej. Ullmann (1970), pp. 111 ss.; Llewellyn (1971), cap. 10; Duffy (1997), pp. 103 ss.
 - [13] Noble (1984), pp. 308-322; Davis (1995), pp. 1-4.
- [14] Véanse las introducciones a estos papas y sus biografías reales, con las disputas que había entre ellos, en Davis (1995).
- [15] Liber Pontificalis 107. pp. 68 ss., esp. pp. 73-74 sobre la petición de que Formoso fuera nombrado arzobispo. Nicolás se negó, basándose en Nicea 15, porque Formoso ya era obispo. Véase la introducción y las notas al pie de Davis (1995) para las complejas redes de intriga en torno a la misión.
 - [16] Liber Pontificalis 104. pp. 40-43 (Sergio III); 112. pp. 6-11 (Esteban V).
- [17] Cf. Davis (1995), pp. 72-73, probablemente la muerte de Sergio acabó con esta iniciativa.
 - [18] *Liber Pontificalis* 107. pp. 21-35.
 - [19] Argumentaciones más completas de estos incidentes están disponibles en

- Davis (1995), pp. 189-202, 249-258 (introducciones a las vidas de Nicolás y Adriano). Véase también sobre el divorcio, Airlie (1998); Nelson (1992), pp. 215 ss.; Goldberg (2006), pp. 292-295. Y sobre Moravia: por ej. Dvornik (1970); Richter (1985); Goldberg (2006), pp. 270-288.
- [20] Relatos generales por ej. en Llewellyn (1971), cap. 10; Ullmann (1972), caps. 5 y 6; Duffy (1997), pp. 103-109.
- [21] Sobre Benedicto IX, véase Morris (1989), pp. 82-84, apoyándose esp. en Herrmann (1973).
- [22] Relatos generales por ej. en Ullmann (1970), caps. 5 y 6; Llewellyn (1971), cap. 10; Morris (1989), pp. 18-33; Duffy (1997), pp. 103-121.
- [23] Entre muchas otras buenas introducciones a los orígenes y naturaleza del programa de reformas en inglés, véase Morris (1989), pp. 28-33 y caps. 3-4 (la cita de Pedro Damiano es de la p. 103); Robinson (2004a), pp. 1-12, o, con más detalle, Cowdrey (1970).
- [24] Ullmann (1970), cap. 6; McKitterick (1999); cf. Reuter (1982). Para un estudio más detallado de Gerberto, véase Riché (2987).
- [25] La bibliografía importante es enorme, pero, para introducciones, véase Gibson (1975); Reuter (1982), Morris (1989), cap. 3; McKitterick (1999); Wollasch (1999); Leonardi (1999); Cowdrey (2004).
- [26] Sobre Burcardo y Regino, véase Austin (2009), esp. pt. 1. Aunque cf. Jasper y Fuhrmann (2001), pp. 184-186 (con referencias completas), Ullmann (1970), cap. 7, está sin duda exagerando la situación al denominarla «La Edad del Pseudo-Isidoro», puesto que el texto en la práctica se utilizó poco.
- [27] Rosenwein (1989) sobre la propiedad de Cluny, con por ej. McKitterick (1999); Wood (2006) sobre modelos más generales.
- [28] Hay numerosas narraciones de León IX, pero pueden encontrarse buenas introducciones en inglés en Morris (1989), pp. 79-89; Cowdrey (2004); Blumenthal (2004); y Robinson (2004a), pp. 17-36. Esta obra incorpora también una traducción de la más o menos contemporánea *Vida* de León, en la que su liderazgo de los caballeros está relatada en 1.7. Entre los sospechosos habituales, véase también Ullmann (1970), cap. 6; Duffy (1997), pp. 110 ss.
 - [29] Morris (1989), pp. 107-108; Fried (2007), esp. pp. 16 ss.
- [30] Sobre Nicolás y Alejandro en general, véase Morris (1989), pp. 89-108; Cowdrey (2004); Blumenthal (2004); cf. con mucho más detalle Schmidt (1977). Sobre el retorno al registro, Cowdrey (2002), pp. XI ss.
 - [31] Carta 97, citada en Cowdrey (2004), pp. 260 s.
- [32] Sobre la radical extensión del programa de reformas de Gregorio, véase Morris (1989), cap. 5; Ullmann (1970), cap. 7; Duffy (1997), pp. 120 ss.; Robinson (2004b); Blumenthal (2004). Las cartas de Gregorio están traducidas en Cowdrey (2002), y otros materiales contemporáneos relativos a su pontificado en Robinson (2000a), pp. 158 ss., que también proporciona una buena introducción a su pontificado y a estos documentos en p. 36 ss.

- [33] Hay ahora una excelente guía general a los procesos de concesión de tierras y otros derechos económicos a las instituciones eclesiásticas de la Edad Media: Wood (2006). Para Inglaterra, el testimonio es global gracias al *Doomsday Book (Libro del Juicio final*) y las *Cartae Baronum* de 1166: Douglas y Greenaway (1952), pp. 903 ss. Sobre la situación en Germania, Reuter (1982) y en particular el *indiculus loricatorum*: cuando Otón II estaba en dificultades tras la derrota en Italia en 981, solo requirió refuerzos a los obispados y a los monasterios.
 - [34] Morris (1989), pp. 60-62.
- [35] Para narraciones más completas de la Querella de las Investiduras y posteriores confrontaciones, véase por ej. Morris (1989), caps. 5,7-8; Robinson (1990), (2004b), (2004d); Blumenthal (2004). Las notas al pie de estas obras y esp. los ensayos bibliográficos de Morris de cada capítulo proporcionan una excelente guía a la bibliografía (extensiva) de estudios más detallados y en lengua no inglesa disponibles sobre este tema.
- [36] Para mayor argumentación de estos acontecimientos dentro y fuera de Roma, véase por ej. Morris (1989), esp. pp. 164 ss. y cap. 9; Robinson (2004c), (2004d); Blumenthal (2004).
- [37] La bibliografía sobre las cruzadas es inmensa, pero para una introducción más detallada, véase por ej. (en inglés) Riley-Smith (1986); Tyerman (2006).
- [38] Para una introducción a estas colecciones, véase Robinson (1978); Brundage (1995), cap. 2; Morris (1989), pp. 126-133, basándose en estudios más detallados como el de Fuhrmann (1973) y Mordek (1985); cf. Austin (2009) sobre los antecedentes más profundos. Parte del material más relevante todavía aguarda adecuadas ediciones eruditas, pero la *Colección anónima en setenta y cuatro títulos* ha sido editada y traducida: Gilchrist (1973), (1980).
 - [39] Const. Tanta 13, 15.
- [40] Para una excelente introducción al redescubrimiento del *Digesto*, véase Stein (1999), pp. 43-48 con referencias completas. Clarence Smith (1975) es una guía prosopográfica extremadamente útil a los abogados romanos y canónicos de los siglos XII y XIII.
- [41] Buenas introducciones: por ej. Brundage (1995), cap. 3; Stein (1999), pp. 49 ss. La primera parte del texto de Graciano está traducida en Thompson y Gordley (1993), que también proporciona una introducción sumamente útil.
 - [42] Graciano, Decr. C. IX. Q. 1 dictum post cap. 16 (1011).
- [43] Hay varios enfoques posibles, pero véase por ej. Morris (1989), pp. 397-416; Brundage (1995), cap. 3; Stein (1999), pp. 49 ss.
- [1] Tuchman (1979) ofrece una introducción de fácil lectura sobre la tendencia al cisma papal.
- [2] Sobre las cruzadas en general, véase Tyerman (2006), y sobre las estrategias matrimoniales papales de Avray (2005). Moore (1987) es una guía clásica a la creciente persecución de herejes.
 - [3] Trad. Rothwell (1975), núm. 146, pp. 705 ss.

- [4] Véase por ej. Duffy (2005); Burgess y Duffy (2006).
- [5] Sobre Montaillou, véase Le Roy Ladurie (1990).
- [6] Sobre la disposición ideológica del ejército ruso a luchar y morir, véase Merridale (2006).
 - [*] En español en el original. (*N. de la t.*)
 - [*] En inglés BEF (Byzantine Expeditionary Force).
- [*] Asimilación de las siglas BEF (British Expeditionary Force) con las iniciales de la frase *back every Friday*.

Primera edición: noviembre de 2013

La restauración de Roma Peter Heather

Título original: The Restauration of Rome

© Peter Heather, 2013

© de la traducción, Silvia Furió, 2013

© Editorial Planeta S. A., 2013 Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España) Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

- © del diseño de la portada, Jaime Fernández, 2013
- © de la imagen de la portada, Giraudon/ Bridgeman Art Library www.planetadelibros.com

First published 2013 by Macmillan, an imprint of Pan Macmillan, a division of Macmillan Publishers Limited.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-9892-648-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor igual

www.victorigual.com

ÍNDICE

2
3
5
6
8
10
20
21
101
183
184
259
340
341
403
478
479
558
648
664
665

Fuentes primarias	665
Bibliografía	668
Agradecimientos	688
Ilustraciones	691
Notas	720
Créditos	747